HISTORIA
DE
SAN LUIS

URBANO J. NUÑEZ

(Año 1980)

INDICE

INTRODUCCION 5
DESCUBRIMIENTO Y CONQUISTA 7
1. La entrada de los Césares 7
2. Conquista de Chile.....9
3. Andanzas de Villagra.....10
4. Francisco de Villagra.....12
5. Población de Cuyo.....12
6. La provincia de Conlara 14
7. La servidumbre del indio 15
8. Conocimiento de la tierra.....18
FUENTES.....20
LA FUNDACIÓN DE SAN LUIS 21
La idea de fundar 21
Un poblador de 1593.....22
La fundación.....25
Juana Coslay y los michilingües.....27
Los primeros tiempos.....29
Ubicación y traslados.....30
FUENTES.....32
SAN LUIS EN EL SIGLO XVII.....33
Raíz del localismo.....33
El sentir de un pueblo.....34
La ciudad junto al camino.....36
Alrededor del Cabildo.....37
El hombre de la Punta 38
Vecinos y moradores mencionados entre 1600 y 1650 40
Vecinos y moradores mencionados entre 1651 y 1699 40

FUENTES....41
AFIRMACIÓN DE SAN LUIS EN EL SIGLO XVIII....41
Población de la campaña....41
El cauce religioso....43
Maderas y frutales....45
Algo más sobre agricultura....47
Noticias sobre ganadería....48
Actividades comerciales....51
La lucha con el indio....52
Algunas tareas del Cabildo....55
FUENTES....59
BAJO LA AUTORIDAD DE SOBREMONTE....60
Sucesos notables durante el virreinato....61
Las invasiones inglesas....67
FUENTES....70
LOS DÍAS DE MAYO....71
Antes de la Revolución....71
La revolución en San Luis....73
Cabildo, expresión, de pueblo....77
Obediencia, pero no sumisión....80
El diputado puntano....83
FUENTES....85
GUERRA DE IDEAS POLÍTICAS....86
Gérmenes de discordia en San Luis....86
La contribución militar....88
Luchas por el poder....89
En busca de los saludables efectos....92
Los representantes de San Luis....96
Los ganaderos puntanos....101
FUENTES....103
LA LLAVE DE CUYO....104
Carne y espíritu de la epopeya....104
El baluarte de la Patria....106
El diputado al Congreso....108
La contribución material....111
Política, comercio y ambiciones....112
Conjuración de los prisioneros realistas....125
En una petaca....131
FUENTES....132
DE LA AUTONOMÍA PRIMEROS TIEMPOS....133
El baluarte puntano....133
En el turbión del año XX....135
El gobierno de Ortiz....142

FUENTES....144
LA GUERRA CIVIL....145
Estado de la provincia en 1828....145
Gobierno de Prudencio Vidal Guiñazú....149
San Luis bajo los Videla....153
FUENTES....161
UN PUEBLO QUE NO QUIERE MORIR....161
Consolidación de los federales....161
Rebeldías, malones y un estatuto....167
La expedición al desierto....179
FUENTES....190
EN EL CAUSE DE LA POLITICA ROSISTA....191
Los Auxiliares de los Andes....191
Barranca Yaco y la orfandad de San Luis....197
Origen del escudo de San Luis....201
El famoso año 40....207
FUENTES....214
LA DURA BREGA DE UN BUEN HIJO....215
DE LA TIERRA....215
Mientras despunta la nueva ley....215
Al servicio de la patria chica....231
FUENTES....235
FORJA Y DEFENSA DE LA CONSTITUCIÓN....236
El hombre de los nuevos tiempos....236
Los hombres de la Constitución....247
FUENTES....257
UN HORIZONTE DE PROGRESO....258
El gobernador constitucional....258
La obra de Daract....264
Fundación de Fuerte Constitucional....274
FUENTES....283
LOS PUEBLOS CONTRA EL MITRISMO....284
Gobierno de Pedernera....284
Gobierno de Saá....287
Gobierno de Barbeito....291
Segundo Gobierno constitucional de Daract....295
FUENTES....299
EN LAS REDES DEL CENTRALISMO PORTEÑO....300
Gobierno de Lucero y Sosa....300
Gobierno de Ortiz Estrada....303
Gobierno de Quiroga....307
FUENTES....311
LOS SEÑORES DE LA TIERRA....311

Gobierno de Cortés....311
Gobierno de Toribio Mendoza....314
Primer gobierno de Zoilo Concha....316
Gobierno de Eriberto Mendoza....318
Segundo gobierno de Concha – Gobierno de Orellano....320
Gobierno de Videla – Revolución de Teófilo Saá....322
FUENTES....324
LOS LERDOS MOLINOS DE LA VOLUNTAD POPULAR....325
Segundo gobierno de Quiroga....325
Gobierno de Berrondo....327
Gobierno de Gutiérrez....329
Gobierno de Gerónimo Mendoza....331
FUENTES....334
A LOS TUMBOS POR EL CAMINO DE LA DEMOCRACIA....335
Gobierno de Rodríguez Jurado....335
Gobierno de Adaro – intervenciones de Iriondo y de Botet....337
Gobierno de Rodríguez Saá....338
Gobierno de Daract....340
Gobierno de Alric – Intervenciones de Bellingieri y de Luna....341
Gobierno de Guillet....343
Gobierno de Arancibia Rodríguez....345
FUENTES....346
APÉNDICE....347

INTRODUCCION

Urbano Joaquín Núñez. – Historiador, escritor, poeta y periodista, nació el 25 de mayo de 1916 en Cabildo (Bahía Blanca, provincia de Buenos Aires), y murió el 26 de enero de 1980 en San Luis. Al decir de un escritor argentino: "Consagró su vida a Dios, a la Patria, a la exaltación de los próceres y de los valores morales y espirituales, y a su tan amada San Luis". Desde 1953 residía en San Luis donde formó su hogar.

A partir de aquel año desarrolla una infatigable labor investigadora del pasado puntano, junto a una fructífera y notable producción literaria, y una diligente y rectora actividad cultural, siempre unida a una constante acción católica.

Fue presidente fundador de la Asociación Cultural Sanmartiniana de San Luis y de los Clubes Escolares Sanmartinianos, cargo que ejerció hasta su muerte; secretario fundador de la Junta de Historia de San Luis; se desempeñó como Director del Museo de Bellas Artes y Ciencias Naturales, y desde 1962 hasta su fallecimiento como Director del Archivo Histórico de la Provincia.

Ha sido Miembro Honorario de la Sociedad Evocativa Argentina y de la Institución Alberdi; Miembro Correspondiente de la Junta de Historia Esclesiástica, del Instituto de Ciencias Genealógicas, del Centro de Investigaciones de Historia, y Académico Correspondiente de la Academia Belgraniana de la República Argentina; Delegado Regional Honorario en Cuyo de la Comisión Nacional de Museos y Monumentos Históricos, y Miembro de la Junta de Historia de Tucumán, de la Academia Provincial de la Historia de San Juan, de la Junta de Estudios Históricos de Mendoza y del Centro de Estudios Genealógicos de Córdoba.

Cumplió funciones como Encargado de la Cátedra de Estudios Sanluiseños de la Universidad Nacional de Cuyo, y ejerció la labor periodística como Director del Diario Democracia y del Informativo Mensaje de la Diócesis de San Luis. Fue permanente colaborador de El Diario de San Luis, La Opinión, Impulso, y en repetidas ocasiones ocupó las columnas de diarios capitalinos y del interior del país.

Sus brillantes piezas oratorias y sus magnificas conferencias lo destacaron en diversos puntos del país, y a lo largo de sus casi treinta años de permanencia en San Luis.

Asistió a varios congresos de historia y ciencias afines en Tucumán, Catamarca, La Rioja, San Juan, Mendoza, Córdoba, Rosario y Buenos Aires.

También lo contaron entre sus miembros, o como socio fundador o adherente numerosas y diversas Entidades cívicas y religiosas tanto de nivel nacional como provincial.

Ha publicado las siguientes obras: Stella Maris (1944), El Parte de San Lorenzo (1950), Puerta del Cielo (1951), Historia del Señor de Renca (1953), San Luis, lecturas regionales (1961), Los Pueblos de San Luis (1962), San Luis y los granaderos (1963), Nicolás Jofré, Centenario de su natalicio (Recopilación, 1964), Calendario Sanmartiniano Puntano (1965), Pringles, algunas noticias familiares (1967), Historia de San Luis (1967-1968) (2 tomos), Así nació el Colegio Nacional (1969), Así en San Luis (1969), Recuerdos Belgranianos (1970), La Obra del Padre Laciar en San Luis (1973), Itinerario de Pringles (1973), La Espada Rota (1974), De Adentro (1974), San Martín visto desde San Luis (1978), Espigas para una ofrenda (Recopilación, 1979), Calendario Sanmartiniano Puntano (2ª edición ampliada) (1979).

Entre sus innumerables trabajos inéditos figuran: Itinerario Lírico de Vicente Castro Cambón (1944), Guillermo Brown, Almirante del Plata (1944), Lis de la Punta (1953), La Imprenta en San Luis (1953), La Educación en San Luis (1954), Contribución de San Luis a la formación del Regimiento de

Granaderos (1958), El Padre Luis Joaquín Tula y su labor cultural (1958), Un Hijo de Francia en el Combate de San Lorenzo (1959), El Padre Saldaña Retamar y la Fundación de San Luis (1959), El Comercio y la Industria en la antigua San Luis (1959), Algunas manifestaciones culturales en San Luis de antaño (1959), La Revolución de Mayo en San Luis (Recopilación, 1960), San Luis en la Revolución de Mayo (1960), San Martín en Buenos Aires (1960), Dos palabras sobre la tradición (1960), Sarmiento, historiador de San Martín (1961), San Francisco del Monte de Oro (1961), Don Marcelino Poblet. Noticias para su Biografía (1961), Geografía Lírica de San Luis (1961), Cronología de la Revolución de Mayo en San Luis (1962), La Infanta de San Martín. De lo novedoso a lo histórico. Aportes para un estudio psicológico. Efemérides Puntanas 1541-1875 (1962), Antecedentes históricos para el estudio de apero puntano (1962), Estampas de San Luis. Cronistas y viajeros, 1591- 1858 (1963), La guitarra en San Luis: antecedentes históricos (1963), Origen puntano de un cantar tradicional (1963), Pequeña Cátedra Sanmartiniana (1963), Catálogo Descriptivo de la Colección de Medallas del Museo Histórico (1964), Figuras Sanmartinianas (1964), Los primeros vigilantes de San Luis (1964), El Chorrillo singular (1964), Perfiles Mercedinos (1964), La Vivienda en San Luis – Siglo XVIII (1964), Apuntes cronológicos para la Historia de la Medicina en San Luis (1965), Mujeres de San Luis (1965), Juan W. Gez, Noticias para su Biografía (1965), Pueyrredón visto desde San Luis (1966), Orígenes del Fuerte de San Ignacio (1967), El Arte en San Luis (1968), El capitán Manuel Antonio Salazar y los orígenes de Santa Rosa (1969), Los Tres Sargentos de San Lorenzo (1970), San Martín, Soldado de la Concordia (1970).

A la producción editada mencionada debe agregarse una considerable cantidad de folletos publicados como adhesión de la Asociación Cultural Sanmartiniana de San Luis, e innumerables artículos periodísticos.

No puede dejarse de destacar que días antes de su inesperado fallecimiento, víctima de un paro cardíaco, finalizaba la 2ª edición de la Historia de San Luis, como última ofrenda al legado heredado por los hijos de esta tierra a la que se prodigara con tanto amor. Esta obra póstuma se publicará en el transcurso de este año 1980.

Sólo dos de las distinciones que recibió en vida merecen destacarse, es el Galardón Escudo de Chancay y el Premio Santa Clara de Asís, símbolos fielmente representativos de quien, en beneficio de la Patria, unió la difusión de las virtudes sanmartinianas con la obra misional de la Iglesia, para mostrar al argentino ese único Camino, que es Verdad y que es Vida, el Camino del hombre hacia Dios.

Fue un Soldado de la Cultura, un Soldado de Cristo.

San Luis, febrero de 1980.

Puerta de Cuyo, San Luis ofrece al viajero el cálido aroma de sus tradiciones y esa placidez fecunda que parece descender de la serranía para fortalecer el espíritu, nutriéndolo con la savia telúrica de una estirpe heroica y sencilla, acostumbrada a crecer en soledades y silencios.

Perdida en el tiempo la fecha de su fundación – aunque fue en 1594 cuando el general don Luis Jofré hizo flamear por tres veces el pendón real sobre la tierra recién bautizada – la ciudad de la Punta sintió siempre el escozor del camino que, como una flecha, hería sus carnes por el Oriente y el Poniente, sustentando su desvelo con la vibración de una dinámica urgida de progreso.

De cara al desierto soportó el huracán de los malones y se asomó a las pampas neblinosas de misterios, en galopes interminables donde verdeaba, más que el trébol, la esperanza.

Conmovida por el reclamo de la Patria, abrió al par que la mano el corazón. Y mientras se desangraba soñando con el sol de la libertad, la Historia escribió sobre su escudo el mote señero: LEAL Y GENEROSA.

Acostumbrada a dar, se olvidó de pedir. Pero en todas partes dejó una hazaña para recordar, un gesto para imitar, un nombre para bendecir. Sencillamente. Como perfuma en la sierra el Husillo. Como guarda el arroyo serrano la mística pureza de la estrella.

Su sed de siglo no es de agua, sino de justicia. Y su clamor, como el del Chorrillero, es un grito de salud, un ímpetu bravío que no busca abatir sino convocar las huestes fraternales, para la grande empresa del bien común.

Que nadie le achaque hosquedad de chañar ni hurañez de travesía, porque, desde el principio, se irguió junto al camino hecha mano de amor siempre tendida.

Y allí está. Y allí espera, Puerta de Cuyo que tiene "del lado de venir puesta la llave".

A SAN LUIS:

Junto al umbral de mis sueños
puerto y remanso de paz.

CAPÍTULO I

DESCUBRIMIENTO Y CONQUISTA

1. La entrada de los Césares

La noticia que Gaboto recibiera sobre la existencia de la Sierra de la Plata y el Rey Blanco, transmitida por los querandíes, le indujo a despachar tierra adentro, desde Sancti Spiritus, una partida exploradora al mando de Francisco César, quien partió de la fortaleza del Paraná por noviembre de 1528.

Divididos en tres grupos, los pocos hombres de César ─ unos quince en total ─ remontaron el río Carcarañá y reconocieron las comarcas adyacentes.Y aunque de sus declaraciones posteriores "nada resulta en cuanto al camino que recorrieron o al punto donde César y sus compañeros llegaron,"en la documentación aportada por Medina "consta que dijeron que habían visto grandes riquezas de oro y plata y piedras preciosas."

En febrero de 1529, César y algunos de sus soldados retornaron a la fortaleza, a tiempo para embarcarse en las naves que se aprestaban a dejar esas riberas de infortunio.

"Respecto del destino de la ocho o nueve personas que constituían el resto de la expedición, y que no regresaron a Sancti Spiritus ni volvieron con Gaboto a España – dice Canals Frau – sólo algunas indiferencias contiene la documentación traída por Medina.

Pero es posible encontrar en otra parte alguna otra información que podemos utilizar. Pues, junto con la versión de Medina, que es la que surge de la documentación directa por él dada a conocer, existe otra de que se hace eco el primer historiador del Río de la Plata, el conquistador criollo Ruy Díaz de Guzmán. Esta segunda versión que hace suya, exornándola, el cronista Lozano, se basa en la tradición que de la entrada de César y sus compañeros se conservara entre los más antiguos conquistadores del Perú.

De acuerdo con esa nueva versión conservada por Díaz de Guzmán, los que habrían llevado a término esta primera exploración terrestre habrían sido sólo cuatro españoles a cargo de uno llamado César. Éstos, saliendo de Sancti Spiritus, se habrían dirigido hacia el oeste trasponiendo una primera Cordillera, que no puede ser sino la Sierra de Comechingones, o Sierra Grande de Córdoba.

Nuestros expedicionarios, después de pasar esa Sierra, cuyos habitantes les agasajaron y dieron pasaje, entraron en una provincia de gran suma y multitud de gente, *muy rica de oro y plata, que tenían juntamente mucha cantidad de ganados y carneros de la tierra, de cuya lana fabricaban gran suma de ropa bien tejida*.

Sigue relatando nuestro autor que, después de permanecer algún tiempo en aquella región, la que estaba bajo el dominio de *un gran señor*, los viajeros decidieron regresar a Sancti Spiritu, acompañados por algunos indios facilitados por aquel cacique. Pero como al llegar a la casa – fuerte hallaran el establecimiento desierto y asolado, y partidas las naves de Gaboto, pues en tanto había acontecido el ataque de los indios que la leyenda vincula al episodio poético de Lucía Miranda, habrían retomado nuestros amigos el camino por el que vinieran, y dirigidos de nuevo a la *rica provincia* de marras. Posteriormente, decidieron pasar adelante y, subiendo una cordillera altísima y áspera, indudablemente de los Andes, dieron en la costa del sur, o sea en la Mar del Sur.

Nuestros amigos llegaron, pues, a Chile, desde donde, siguiendo luego hacia el norte por *Atacama y tierra de los Lipes, fueron en demanda de Cuzco, y entraron en aquel reino al tiempo que Francisco Pizarro acababa de prender a Atahualpa Inca en los Tambos de Cajamarca.* El viaje desde el Paraná al Perú había, pues, durado unos cuatro años justos."

Canals Frau destaca que "desde un principio se habló de los *Césares*, en plural, al referirse a esta primera entrada." Y agrega:

"La causa de ello no puede ser sino que desde los primeros momentos se conocieron dos distintas versiones: una originada en los componentes de la partida capitaneada por el mismo César, la que después de llegar a alguna región de alta cultura andina ubicada entre la Sierra Grande de Córdoba y la Cordillera, regresó a Sancti Spiritus y de ahí a España, divulgándose y magnificándose el relato con la lejanía; y la otra versión llevada por participantes de otra partida, la que después de vivir cierto tiempo en la mencionada región que ha de haber

estado situada entre la Sierra de Comechingones y la Cordillera y esta poblada por *Olongastas o Capayanes*, traspuso la Cordillera, y llegó finalmente al Perú."

Ambas versiones coinciden en el hecho de haber sido los Césares los primeros en explorar el territorio puntano, en el cual la fantasía de los conquistadores ubicó, durante muchos años, la encantada Ciudad perdida, "rica en toda clase de placeres terrenales."

2. Conquista de Chile

Don Diego de Almagro, que inició la conquista de Chile en 1535, sólo cosechó penurias. Tantas, que sus mismos capitanes hacían correr la voz de que en aquellas tierras "no se podía ganar nada, excepto malos ratos."

La dura empresa de dominar el alargado país fue confiada, tres años después, a don Pedro de Valdivia, quien partió del Cuzco en 1540, luego que "con grandes esfuerzos consiguió alistar solamente ciento cincuenta hombres, a los que sus camaradas tachaban de locos por abandonar el Perú en una expedición tan infructuosa."

Con ese puñado de audaces y en compañía de unos mil indios portadores del bagaje, Valdivia tomó posesión de la tierra ─ esa que, tras haberla desamparado Almagro, "quedó tan mal infamada que como de la pestilencia huían de ella"─ y ocupó después el valle de Mapocho, donde el 12 de febrero de 1541 fundó la ciudad de Santiago del Nuevo Extremo, en nombre del emperador Carlos V, dándole cien leguas de jurisdicción hacia el oriente.

Posteriormente, en 1548, el Licenciado La Gasca fijó el ancho de la gobernación otorgada a Valdivia en cien leguas que, según enseña Levillier, "comenzaban en la costa y terminaban en el Oriente, en un punto del territorio, hoy argentino, situado en 27º 20 ´ de latitud y 64º 34´ 52 de longitud, o sea en una línea situada al oeste de Santiago del Estero, que seguía bajando, paralela a la costa chilena, hasta alcanzar en el Sur, siempre a cien leguas de distancia la coordenada en 66º 47´ de longitud y 41º de latitud austral."

Valdivia tenía derecho a fundar dentro de ese territorio, como asimismo a aprovechar todos sus recursos. De ahí su preocupación por descubrir, tras la Cordillera de la nieve, indios que sirviesen en las ciudades chilenas, como lo manifestaba al César en carta fechada en la Serena el 4 de septiembre de1545.

Por esa época la noticia de los Césares encendía entusiasmo para nuevas entradas, cual la muy famosa de Diego de Rojas, quien a mediados de 1543 dejó atrás las rivalidades cuzqueñas para descubrir las tierras situadas entre Chile y el Río de la Plata.

Y el mismo Valdivia, en otra carta al Emperador, escrita en los primeros días de julio de1549, informaba:

"A mi teniente general envío al Perú a que traiga gente y con ella vaya a poblar este verano otro pueblo tras de la cordillera de la nieve, en el paraje del de la Serena, que hay disposición y naturales, para que el uno al otro se favorezcan; y yo, en el entretanto, emprenderé lo de adelante y poblaré una ciudad donde comienza la grosedad de la gente, y tierra que ya la tengo bien vista, y en demanda de esta misma noticia, a oscuras y a la

ventura, han andado todos los españoles del Río de la Plata y los que han salido al Perú ahora de aquellas partes."

En las palabras del valeroso Valdivia chisporrotea ya la famosa leyenda, que levanta y empuja las voluntades hacia los confines de la tierra, de esa tierra que tanto más se adueña de los corazones cuando más parece entregarse. Con justeza anota Canals Frau:

"La influencia del mismo relato la vemos también en varios episodios de la misma entrada de Rojas. Por ejemplo, cuando muerto ya el jefe, se establece el real de los castellanos entre los Comechingones, muy probablemente en el actual Valle de Calamuchita, en Córdoba, Francisco de Mendoza que había quedado a la cabeza de la expedición, se va con la mitad de la gente Río Tercero y Carcaraña abajo, en busca del Paraná y del lugar en que estuvo la fundación de Gaboto. Es probable que en esto siguiera ese conquistador las huellas de los compañeros de César, pero en sentido inverso. En tanto, otra mitad de la gente se quedaba en el real, donde de continuo eran atacados por los indios. Y cuentan los cronistas que los indígenas tomados prisioneros hablaban a los del real de cristianos de Chile Y de las grandes provincias de Ungulo y de otras que estaban en las cordilleras de las sierras, entre las cuales se encontraban también una llamada Arauco. Luego, al regreso de Mendoza al real, se produjeron alborotos, por querer la gente irse por Ungulo"…

Este soñado Ungulo o Yungulo sería también la obsesión de Francisco de Villagra, el esforzado teniente de Valdivia.

3. Andanzas de Villagra

Corría el mes de julio de 1549 cuando Valdivia despachó a su teniente Francisco de Villagra con el dinero que pidió prestado ─ "treinta y seis mil castellanos que pude hallar entre amigos" ─ para que le trajese "algún socorro de gente y caballos, porque ya tenían más gana de salir las personas que en el Perú no tuviesen nada que hacer, como hubiese capitán que los sacase."

La empresa no resultó fácil, porque al mismo tiempo Núñez de Prado se aprestaba para poblar en Tucumán. Mas Villagra, decidido y amante de la guerra ─ según el decir de sus biógrafos ─ se dio maña para llevar adelante su cometido, apoyado por La Gasca quien en Lima "le dio poder para que en las ciudades de Cuzco, Guamanga y Arequipa y Villa de Plata y otras partes, hiciese junta de gente."

Para comprender mejor las andanzas de Villagra debe tenerse en cuenta ─ como lo explica Leviller ─ "que los conquistadores emplearon en esta jornada los nombres de los aborígenes tanto para designar las tribus como para denominar las regiones geográficas.

"Así cuando especifican: los *juríes* se refieren a la vez a *la provincia de los juríes* (después Santiago del Estero) y a *los indios juríes* que en ella habitaban. Del mismo modo, *los Comechingones* eran *los indios de la futura provincia de*

> *Córdoba*, *y la comarca dilatada* en que vivían esos naturales*. Los yuquitas* (diaguitas) eran *los indios de Catamarca, de La Rioja*, *de San Juan y de la región montañosa de Salta y esa misma extensión de territorio.*"

Aparentemente, en la marcha de Villagra gravitaban dos preocupaciones mal disimuladas: la provincia de los Césares y la jornada de Núñez de Prado, fundador de la ciudad del Barco. Y aunque es imposible seguir con certeza las huellas del teniente de Valdivia, todo revela que la conducción del socorro a Chile fue aprovechada para dar salida a urticantes ambiciones.

Canals Frau expresa que "todavía se ignora exactamente el itinerario que siguiera Villagra en ese viaje a través del actual territorio argentino. Los únicos jalones seguros son que por abril de 1551 se hallaba en el Barco; que luego acampó en los *Comechingones;* y que a 18 de mayo del mismo año estaba acampado en la comarca de Mendoza, desde donde le escribe a Pedro de Valdivia."

Sagaz inquisidor, Leviller rastrea las intenciones de Villagra a lo largo de la cuantiosa documentación con que honró la historiografía argentina:

> "Pudo ese capitán pasar por los valles calchaquíes o por los valles de Salta al valle del Cajón o al valle de Santa María, y desde allí cruzar por los diaguitas hasta el Paso de San Francisco, o bien tomar rumbo hacia el sur, atravesando Catamarca, La Rioja, San Juan y Mendoza, para torcer frente a Santiago por el Puente del Inca. Pero se desvió. Desde Potosí, bajó a Cotagayta; de allí, a Jujuy, por Humahuaca, tocó en Esteco y alcanzó Toama, tierra adentro, para luego dirigirse hacia el río Dulce, en busca del extremeño. Si no le inspiraba otro móvil que el de conducir un socorro a Chile, ¿qué hacía en el corazón de Santiago del Estero, a más de treinta leguas de distancia del camino real?... Es verosímil que a su paso fuese también buscando tierra para poblar, con idea de hacerlo más tarde. Necesitaba hombres y esperaba a la vez otras ventajas."

En síntesis magistral ─ y reavivando alguna noticia callada por más de un cronista infiel─ Draghi Lucero asienta estos rotundos pilares de la historia cuyana:

> "Señalase al mariscal Francisco de Villagra como descubridor de Cuyo. Efectuó su viaje del Perú a Chile, por el norte argentino, con unos 180 ó 200 hombres, entre los que se contaban cirujanos, carpinteros y herreros, e indios yanaconas y negros; traía, además, unos 500 caballos, mulas, cabras y otros animales europeos. Con él llegó el primer sacerdote que conociera esta región, fray Antonio Sarmiento Rendón, mercedario. Villagra debió entrar presumiblemente por el este, por la *provincia de Comechingones*, de donde se dirigió a la de Yungulo. Apartóse del grueso de su gente, con unos 60 ó 70 hombres, e hizo rumbo a la Cordillera de los Andes buscando tierra para poblar. Llegó a un *valle de Cuyo o de Ayó*, antes del 18 de mayo de 1551. Desde allí dirigió una carta a Valdivia con Diego Maldonado y ocho hombres que se atrevieron a encarar el macizo nevado."

Como detalle culminante del tortuoso itinerario que atribuye a Villagra, Gez anota un encuentro con los indios, "una feroz matanza de hombres inermes", "en un lugar cercano a Larca", sitio que, "regado con la sangre de centenares de víctimas indefensas y cubierto de cadáveres, llamóse desde entonces La Sepultura, recordando aquella hecatombe humana."

Sin embargo, ninguno de los documentos aportados por Medina ─ y que es el material que pudo haber conocido el historiador puntano ─ menciona esa "sangrienta acción". En cambio

son valiosas las noticias sobre la muerte de indios Yanaconas, suceso que motivó un proceso a Villagra, quien no se encontraba en el campamento cuando el hecho ocurrió, pues se había adelantado con parte de soldados. Afirmándose en referencias de testigos, dice Draghi Lucero: "El resto de los expedicionarios, que habían quedado al mando de Gabriel de Villagra, sufrieron una terrible tormenta de nieve el 24 de junio, mientras se dirigían a reunirse con el jefe, que estaba unas 50 leguas adelante. El fenómeno causó sensibles bajas entre los indígenas."

De esta desgracia, acaecida en la festividad de San Juan, se culpó al dicho don Gabriel "por haber hecho marchar el real en día de fiesta de guardar". En cuanto a los indios, pertenecían a un pueblo "donde les habían salido de paz a servir" y ─ según Montes ─ "fueron seguramente de Salsacate y Panaolma".

4. Francisco de Villagra

Nació el descubridor de Cuyo en Astorga, provincia de León, hacia 1511. Hijo natural del comendador Álvaro de Sarría y de doña Ana de Villagra, desde niño sirvió con lealtad y entusiasmo al conde de Benavente. Llegó al Perú en 1537 y marchó con Valdivia a la conquista de Chile. En 1541 fue elegido regidor del cabildo de Santiago y actuó en la defensa de la ciudad atacada por los indios. A fines de 1547, al ausentarse al Perú, Valdivia lo dejó por su teniente de capitán general y a mediados de 1549 le encomendó la tarea de reunir refuerzos para la lucha contra los araucanos. En el actual territorio argentino enfrentó a Juan Núñez de Prado y realizó la expedición llamada de Ungulo, Jungulo o Yungulo, originada por la noticia de la misteriosa Ciudad de los Césares. Después de la muerte de Valdivia fue enviado preso a Lima donde logró vindicarse de las inculpaciones que sus enemigos habían acumulado contra él. En diciembre de 1554 el rey Carlos V le concedió el título de mariscal de las provincias de Chile y cuatro años después lo eligió para gobernador de ese reino. Casado con doña Cándida de Montesa, murió en Concepción en 1563 cargado de deudas pero sin que hubiese amenguado su fama de valiente. Ambicioso y denodado, prudente y sagaz, aunque poco feliz en las empresas que acometió, dio lustre y vigor a las jornadas de la conquista, destacándose, asimismo, por la bondad que puso de manifiesto en el trato con los aborígenes que buscaban su amparo. En numerosos documentos, el apellido del descubridor de Cuyo figura, indistintamente, como Villagra, Villagrá y Villagrán.

5. Población de Cuyo

Los informes suministrados por Villagra, después de sus luchas y exploraciones de este lado de los Andes, impulsaron a Valdivia a tomar posesión del territorio comprendido en la jurisdicción que le fuera asignada. Con ese propósito, el 6 de enero de 1552 nombró al capitán Francisco de Riberos para que pasase la Cordillera "por las espaldas de esta ciudad de Santiago" y conquistase los naturales.

Afirma Leviller que, con anterioridad, al encontrar Villagra en la región de la futura Mendoza "indios dóciles, los repartió en nombre de Valdivia entre vecinos de Santiago, y se les dieron los respectivos títulos. Algunos llevaron sus indios, otros los dejaron, pensando sin duda explotar con ellos feudos nuevos, más tarde".

Con el cráneo quebrado por el golpe de una cachiporra araucana, el intrépido Valdivia vio esfumarse toda su gloria y sus ambiciones el primer día de febrero de 1554 en Tucapel, cuando las rústicas trompetas de Lautaro rasgaron el aire con pregones de rebeldía y de victoria. Pero

aunque la empresa confiada a Riberos no se realizara, otros españoles frecuentaron los pasos del macizo andino, en busca de metales preciosos.

A principios de 1559, durante el gobierno de don García Hurtado de Mendoza, reverdeció el proyecto de poblar al oriente de los Andes, tarea que no debía demandar trabajo ni batallas porque los mismos indios cuyanos fueron a Santiago a pedir al gobernador "les enviase españoles y sacerdotes porque querían ser cristianos". Esteban Rojas, uno de los conquistadores, declara "que vio indios que vinieron de la dicha tierra de Cuyo, a dar noticia de ella al dicho Don García y a comprar ovejas de Castilla para llevar allá, y que pidieron que enviasen españoles que poblasen entre ellos, y decían que había oro y plata y minas en ella, y así lo traían ellos."

Expresa Leviller que eran huarpes, "raza débil que siendo vecina de otras más fuertes buscaban en los blancos amparo. Tenían *pocos bríos*, nos dicen los cronistas, y carecían del *ánimo guerrero* que hacía de los araucanos una de las naciones indígenas más belicosas y temibles. No eran fuertes, sino delgados y ágiles, y grandes corredores".Vale la pena transcribir también esta opinión del eminente historiador:

> "Evidentemente tenían sentido social estos naturales. Rodeados por tribus opresoras y atrevidas, sin exceptuar a los nómadas, apreciaban, a pesar de los inconvenientes que traía aparejada, la convivencia con la raza blanca culta y organizada que les enseñaba a vivir y los protegía. Por otra parte preferían traer sus encomenderos así, que cruzar la cordillera con todos sus peligros y cansancios para servirlos en las minas. Probablemente cambiarían los amos blancos al fundarse entre ellos una ciudad; pero esto les tenía sin cuidado dado que no era el efecto, sino la comprensión de la superioridad española y el deseo de aproximar a sus defensores lo que les había movido a pedir que se estableciesen entre ellos, cerca y para siempre. Por otra parte, ese ruego, sin saberlo probablemente los huarpes, sonaba a recordatorio de las Leyes de Indias, por las cuales debían los pobladores entre los cuales se hubiese repartido indios, defenderlos y asegurarles la enseñanza de la fe. Los agraciados no debían *vivir* en sus encomiendas; pero sí residir en las comarcas y cuando existían pueblos, asistir en sus vecindades."

El inminente retorno triunfal de Villagra, temible adversario del fecundo gobernador de Chile, hizo madurar la empresa de fundar en Cuyo. "Prestóse a esta aventurada empresa D. Pedro de Castillo ─ escribe Draghi Lucero ─ a quien se le extendieron los recaudos necesarios el 20 de noviembre de 1560. Posteriormente, por otra provisión, dada con fecha atrasada, se facultó a Castillo para *depositar y encomendar los indios que en dichas provincias hubieren y vacaren."*

Expresa el mismo historiador que "se ha creído ver en la actitud del joven Don García un manifiesto deseo de molestar a Villagra, haciendo fundar en tierras descubiertas por éste una ciudad que perpetuase su nombre, el de Mendoza, y que con justicia debió llamarse la ciudad de Villagra. Por otra parte, es indudable que se propuso beneficiar a sus amigos y partidarios con encomiendas al oriente de los Andes, a pesar de la viva resistencia de los encomenderos de Cuyo con residencia en Santiago."

En forma provisional, el 2 de marzo de 1561 Castillo fundó la ciudad de Mendoza y aunque "como única construcción sólida, de carácter permanente, hizo levantar, con los indígenas, un fuerte con una torre," otorgó a la población solidez legal nombrando los componentes del primer Cabildo. Procedió, asimismo, a distribuir los solares a los pobladores y "el 6 de octubre, después de haber buscado inútilmente *un sitio más apacible, más sano, más*

fértil que parece que indagó con mucha diligencia, y de haber mandado emisarios a Chile para comunicarse con el nuevo gobernador Villagra, Castillo procedió a fijar definitivamente el asiento de la ciudad de Mendoza en el mismo lugar de su emplazamiento, vale decir, en el corazón del poblado indígena de Guantata".

"Por no poder ir personalmente a visitar y proveer la provincia de Cuyo y lo demás a ella comarcando", el 27 de septiembre de 1561, en Santiago, Villagra nombró al capitán Juan Jufré su teniente de gobernador y capitán general de Cuyo, Cariagasta, Nolongasta, Famatina "y todo lo demás que cayere en los términos de la ciudad que está poblada" ─ evidentemente el nombre de Mendoza no le resultaba grato ─ y en los de la nueva ciudad que debía fundar en Caria. El 1º de diciembre Villagra amplió estos poderes, facultando a Jufré para dar indicios de encomiendas y para nombrar alcaldes y regidores "y otras cosas necesarias tanto al real servicio como al bien y sustentación de estas provincias".

Con unos 40 hombres reclutados en Santiago, Jufré atravesó los Andes y llegó a Cuyo, en fecha que nadie a podido determinar. Aumentadas sus fuerzas con los españoles que Castillo dejara en tierra de los huarpes, marchó de inmediato hacia el este y exploró la provincia de Conlara, en la actual jurisdicción puntana.

De regreso en Guantata ─ o Güentata ─, el 28 de marzo de 1562 fundó la ciudad de la Resurrección, asentándola como a "dos tiros de arcabuz" de la fundación hecha por Pedro de Castillo y aguardó hasta el 5 de junio para repartir las tierras entre los pobladores, después de lo cual, para cumplir las órdenes de Villagra, partió hacia el norte y el 13 de junio de 1562 procedió a fundar la ciudad de San Juan de la Frontera.

Se consolidaba así la empresa que Francisco de Villagra iniciara diez años atrás, cuando su empecinado deambular en busca de la quimérica Lilín o Trapalanda.

6. La provincia de Conlara

Al describir el viaje del teniente de Valdivia, asegura Gez que "Villagrán siguió el itinerario de Diego de Rojas; penetró en la antigua provincia de Tucumán; atravesó la sierra de los Comechingones a la altura de Cruz del Eje; recorrió el valle de Salsacate y también el extenso y hermoso valle de Concarán".

Después del combate de La Sepultura ─ siempre según la relación del historiador puntano ─ "Villagrán continuó su viaje rumbo al sudeste, recorrió el país de los Pehuenches que habitaban la zona septentrional de los desagües del Río V y regresó por el mismo camino deteniéndose en Conlara con el ánimo de fundar allí una población. Entretanto dejó un destacamento y continuó su viaje al país de los Diaguitas (La Rioja)".

Dice también Gez que Villagra, "de regreso de Copiapó" tras haber alcanzado el sur de la actual provincia de Mendoza, "hubo de perecer con toda su gente, a no ser el temerario arrojo de nueve de sus soldados que pasaron la cordillera cubierta de nieve, y a costa de increíbles penalidades, llegaron a Santiago en demanda de auxilios".

De esta intrincada interpretación sólo nos interesa destacar que Gez atribuye a Villagra el descubrimiento y exploración del "extenso y hermoso valle de Concarán" y que nada dice con respecto a su relación con Conlara.

Apoyándose en la rica documentación reunida y publicada por Medina, Canals Frau pudo escribir en forma indubitable:

> "Lo que posteriormente fuera jurisdicción de San Luis de Loyola, o de la Punta de los Venados, fue descubierto y conquistado por Juan Jufré en el año

> 1562. Es sabido que apenas el mariscal Francisco de Villagra quedó encargado del gobierno de Cuyo, mandó a Juan Jufré como teniente de gobernador. Ya de esta parte de los Andes el nuevo comisionado, socorre primero a los españoles que un año antes habían venido con Pedro de Castillo a la fundación de Mendoza, y luego se dirige hacia el Este. Sin duda quería explorar los territorios entrevistos once años antes por Villagra, cuando su regreso del Perú en busca de refuerzos para Pedro de Valdivia. Jufré explora la región, que denomina *Provincia de Conlara*. Y hubo también de empadronar a los indios en esa ocasión, pues las primeras encomiendas referidas a indios de la región puntana, aparecen otorgadas por el gobernador Villagra, como consecuencia directa de esa exploración".

Juan de Ávila, uno de los compañeros del esforzado capitán, declara que, tras recorrer cincuenta o sesenta leguas ─ desde Mendoza ─ Jufré descubrió la Provincia de Conlara, "tierra muy buena y muy fértil, y de buen temple y de mucha gente, el cual descubrimiento hizo muy cristianamente, no consintiendo se hiciese daño a los naturales". Y es de notar que estos indios "no se huían ni se ausentaban de sus pueblos y casas, aunque no habían visto cristianos en su vida".

El mismo Juan Jufré, en 1576, "pidió al gobernador de Chile que le hiciera merced *de la gobernación de las dichas provincias de Conlara*, *las cuales él y no otras personas las descubrió*". Y esto no lo diría por Villagra, ya difunto, sino por Juan de Nodar y otros como él, empeñados en organizar expediciones a esas tierras donde resonaba el llamado de los Césares.

Esta preocupación nutre un memorial sobre las necesidades de Mendoza, que el Cabildo de esa ciudad dirigiera a la Real Audiencia de Chile en los primeros meses de 1567 y en el que se dan estas noticias: "en algunas partes donde se ha cateado hemos tomado muestras de buen oro; no se ha podido seguir por el mal asiento y sosiego de la tierra, que hecho se seguirán y descubrirán de esta ciudad provincias grandes y ricas, que cerca de éstas dicen estos naturales estar, además de las de Conlara y Comechingones que están vistas y en ellas buenas calidades para poblar y cerca la Mar del Norte".

En la provincia ─ o provincias ─ de Conlara se ubica también el Valle de la Vera Cruz, "donde siendo Nuestro Señor servido, se ha de poblar la ciudad de Benavente", según expresa el mismo Villagra en 1563, al enumerar los servicios prestados por don Juan Jufré. Documento éste que, a partir de Morla Vicuña (19039), muchos escritores transcriben convirtiendo Conlara en Córdoba, sin advertir que por entonces esa "provincia de Córdoba" no existía, ocasionando así más de una equivocada interpretación. Canals Frau, que supo manejar con prudencia y seriedad esas referencias antiguas, enseña que "*por valle de la Vera Cruz* ha de entenderse, sin duda, el actual de Concarán o Conlara".

Montes ha pretendido demostrar que el valle de Concarán "era cosa distinta a Conlara", ubicando al primero más al norte y sobre el curso del mismo río, aunque extendiéndose al este hasta la sierra de Comechingones. Sin embargo, este autor no ha aportado ningún documento en el que aparezca la denominación *Concarán o Concaran*, que él utiliza con insistencia. Parece haber olvidado que es en el mapa de don Juan de la Cruz Cano y Olmedilla, publicado en 1775, donde por primera vez se denomina *Concaran* al río Conlara, cometiéndose un error que un siglo después, entre nosotros, Lallemant prohijó y transmitió a sus discípulos.

7. La servidumbre del indio

Más que el oro buscaba el conquistador las servidumbre de los aborígenes. Porque ella era no sólo el camino de la riqueza, sino también el patrimonio inigualado, escudo y cimiento de la propia existencia. El valeroso Valdivia lo explica con palabras áureas, cuando le escribe a Carlos V:

> *"Los trabajos de la guerra puédenlos pasar los hombres, porque loor es al soldado morir peleando; pero cuando el hambre concurre con ellos para hacerlos sufrir, más que hombres han de ser".*

Por eso se endurece de ira "viendo la gran desvergüenza y pujanza" de los araucanos que insistentemente los acosaban, "matándose cada día a las puertas de nuestras casas nuestros anaconcillas *que eran nuestra vida*, y a los hijos de los cristianos".

El formidable extremeño declaraba no tener la intención de otros gobernadores, "que es no parar hasta topar oro para engordar", ni pretendía abarcar mucha tierra, pues para su persona "siete pies le bastan" para descanso y sepultura. Mas no podía olvidar a sus soldados, "teniéndolos aquí, sujetos, trabajados, muertos de hambre y de frío, con las armas a cuestas, arando y sembrando por sus propias manos para la sustentación suya y de sus hijos". Funda, entonces, ciudades. "Y porque las personas que allá envié fuesen de buena gana, *les deposité indios que nunca nacieron*, por no decirles habían de ir sin ellos a trabajos de nuevo, después de haber pasado los tan crecido de por acá". Y reparte la tierra, porque así conviene, "para aplacar los ánimos de los soldados". Y aún confiesa: "desmembré a los caciques, *por dar a cada uno quien le sirviese*". Servidumbre no muy holgada, al parecer, pues cada vecino tiene "a ciento y doscientos indios no más", y en comarcas recién conquistadas "a veinte y treinta", haciendo el reparto como mejor se puede, "para que no se disipen los naturales y se perpetúe la tierra".

Buscando esa "perpetuación de la tierra" ─ tierra que ya fructificada en hijos ─ Valdivia iba "con pie de plomo poblándola y sustentándola", sirviendo a Dios y al Rey, fortalecido por luminosos presentimientos: "Tengo para mí que los caminos y las voluntades de los hombres se abrirán, y vendrán a esta tierra muchos sin dineros a tenerlos en ella"

Conviene recordar, con respecto a este punto, lo que bien enseña Kirkpatrick:

> *"La encomienda* no era un feudo territorial, y nada tenia que ver con la propiedad de la tierra: el encomendero era señor de un distrito, poblado o grupo de poblados, cuyos habitantes le debían los mismos servicios que en otro caso hubieran tenido que prestar a la Corona, pero no tenía derecho de propiedad sobre el terreno. En los lugares en que hubiera sido inconveniente hacer una concesión de tierras, la encomienda consistía en un cacique indio y su tribu. Después de la Conquista, a partir de 1552, la Corona intentó la reforma de las encomiendas prohibiendo a los encomenderos la exacción de más tributos que el impuesto por cabeza."

Draghi Lucero cita algunos documentos, por los que "se comprueba que los vecinos encomenderos de Mendoza se ausentaban a Chile, desde donde pretendían explotar cómodamente a los indígenas, contra disposiciones terminantes de las Leyes de Indias". Y es el mismo sagaz escritor el que traza este rotundo perfil:

> *"El ideal del encomendero de Cuyo era dejar un encargado de sus intereses cisandinos e irse a Santiago con sus indios para arrendarlos. En Chile, los huarpes sirvieron en lavaderos de oro, en la fabricación de botijambre y en las labores urbanas y rurales. En Mendoza, plantaron viñas, las podaron y cosecharon la uva y aun guiaron las carretas que conducían el vino a Buenos Aires, elaborado por ellos mismos… La caza del indio estuvo perfectamente organizada en los tiempos iniciales de la colonia. El poblador*

necesitó del mitayo para los laboreos agrícolas extensivos que debía encarar en estos apartados lugares. La mansedumbre de los huarpes los hizo considerar como piezas útiles, especialmente a los adolescentes que fueron, en realidad, antecesores de los esclavos africanos".

No está de más repetirlo: mucho antes que el viento bravío arrullara las noches largas de la ciudad de la Punta, los hijos cobrizos de esta tierra recorrieron, una y otra vez, las fantasmagóricas travesías, los quemantes arenales, para ir a servir a sus amos allá en las vegas que fueron de Guaymaye, o en la torturada comarca que fustiga el Zonda, cuando no del otro lado de la cordillera nevada, majestuoso testigo de su penar y de su muerte. El indio fue, sin duda, el *primer producto* arrancado a esta tierra. Y acaso la ciudad que don Luis Jofré puso al amparo de la sierra profunda y bella, nació para mitigar el dolor de los pocos indios que aún quedaban en los valles fragantes y promisorios del confín puntano, ese que, desde la primera hora, como la luz de una lámpara, vivió de darse.

Todo cuanto Draghi Lucero dice del encomendero de Santiago, puede aplicarse sin quitar ni añadir nada al avecindado en San Juan y, particularmente, al mendocino. Siglo tras siglo, Mendoza consideró poco menos que propia ─ o común ─ la jurisdicción puntana. Cuando en 1603 el gobernador de Chile don Alonso de Rivera mandó que los indios de San Luis "no estén obligados de presente ni en tiempo alguno a acudir a la ciudad de Mendoza con servicios ni tributos ni de otra manera", los capitulares mendocinos, "hablando con el acatamiento debido", acordaron suplicar al gobernador para que, "mejor informado", revocase una medida que implicaba la "total destrucción" de la ciudad de Mendoza.

Por su parte, el Cabildo de San Luis defendió con energía sus derechos. Así, en 1630, después de recordar un auto de don Cristóbal de la Cerda, visitador general y oidor de la Real Audiencia, ordenó que no se sacasen indios ni indias de la encomienda del general Francisco de Lariz y Deza, "pena de 50 pesos oro y pérdida de la vecindad". Y dos años después al rechazar al teniente de corregidor Domingo Amigo Zapata, lo hizo apoyándose en la circunstancia de que el nombrado arrendó sus indios puntanos a un vecino de Santa Fe, por tres años, "para acarretear desde esta ciudad con trajín de vino". El mismo aprovechado morador había sacado indios e indias para la ciudad de Mendoza, "en una collera de yerro y entre ellos se llevó a una india, mujer del cacique Choronta, metida en la dicha collera."

El uso de la collera había sido denunciado al rey por el obispo de Santiago de Chile, don Francisco Gonzaléz de Salcedo, quién expresaba en una carta de 1626:

"Y para traer los dichos indios de mita de tan lejos como están sus tierras, envían los encomenderos mestizos y mulatos y otra gente de este jaez, que sean cruelmente con ellos, que por no venir a sus manos, se huyen y esconden por los montes y entran en islas de lagunas; y habiéndolos a las manos, los meten en colleras y los traen pereciendo de sed y hambre… Y trayéndolos acollarados y maniatados, ha acontecido que, muriéndose uno de dichos indios, por no soltar los demás para sacar al difunto, le han cortado la mano."

También el obispo fray Diego de Humanzoro pidió que se remediase la angustiosa situación de los indios de Cuyo, "que no tienen de libertad más que el título", por lo que añadía en carta de 1665:

"Si Su Majestad no lo manda remediar, poniendo en todo aún más eficaces medios que hasta aquí, no sólo se acabará la tierra, pero también se perderán las almas de los

indios y de sus encomenderos: la de éstos, por la tiranía con que les usurpan su libertad, sin pagarles ni restituirles jamás por entero el precio de su sudor y trabajo; y las de los indios, por no saber ellos la doctrina cristiana y lo necesario para salvarse, por no darles lugar sus encomenderos para que lo aprendan."

En marzo de 1686 otro prelado chileno, fray Bernardo Carrasco, manifestaba al rey que el descaecimiento de la provincia de Cuyo se debía, en gran parte, al hecho de haberse encomendado sus indios entre vecinos de Santiago, quienes ponían en su lugar un escudero, "que ordinariamente es arrendador de los tributos de la encomienda, y el que procura desnaturalizar los indios, sacarlos de sus pueblos para reducirlos a las estancias y haciendas de campo," al oeste de la cordillera. Para obviar este inconveniente, el obispo Carrasco aconsejaba que los indios de Cuyo "no se encomendasen si no es a los vecinos de ella y que estuviesen cimentados con sus casas y familias en alguna de sus ciudades; y que los vecinos de está ciudad que tienen encomiendas en dicha provincia, pasasen luego con sus casas a hacer vecindad en ella, son pena de pérdida sin dispensación por cualquier pretexto que sea."

Una real cédula fechada el 14 de abril de 1633 y publicada en San Luis a mediados de 1635 suprimía el servicio personal de los indios y establecía el tributo que debían pagar en dinero, sebo, ganados mayores y menores, trigo, maíz, anís, lentejas, garbanzos, y gallinas.

Pero las cartas de los obispos de Chile revelan "la impunidad con que pueden los gobernadores omitir la ejecución y cumplimiento" de las disposiciones reales, sobajados de los sobornos cuantiosos que le dan los vecinos encomenderos".

8. Conocimiento de la tierra

Con ciencia y paciencia, Canals Frau ha demostrado que "el núcleo central del hábitat de los huarpes estuvo bajo la dependencia del Cuzco" y fue, por consiguiente, "área de influencia política y cultural incaica". Y en un trabajo publicado en 1942 agregaba este prudente investigador:

> "Es cierto que la conciencia de esto no está muy generalizada entre los especialistas. Y que hasta se ha discutido que los Incas hubieren, en momento alguno de su historia, domi9nado ningún rincón de lo que es hoy territorio argentino. A nuestro modo de ver, hoy ya no se justifica en manera alguna este escepticismo. En los últimos años se han acumulando distintas pruebas, tanto de índole histórica como arqueológica, que no pueden ser pasadas en alto, y las que señalan claramente en el sentido de que el Imperio Incaico extendió efectivamente sus dominios por una parte del actual territorio argentino. Tampoco era lógico esperar, que habiendo los Incas conquistado la parte norte y central de Chile, no hubieren hecho algo similar con los territorios correspondientes de esta arte de los Andes, máxime si se considera que ellos se hallaban en su camino."

Sin caer en la ingenua interpretación de supuestas pictografías de Intihuasi, hecha por Ameghino y repetida con fruición por Gez, Canals Frau analiza diversos rastros reveladores de la influencia incaica en la región cuyana, a través del cultivo del suelo, el vestido, la cerámica y la cultura espiritual. Particularmente estudia el *camino del Inca*, elemento civilizador utilizado también por los conquistadores españoles, verdadera vía de luz que doblegó la tierra ignota.

La comarca de Cuyo fue hollada tanto por los hombres de César como por los soldados de Villagra, los pobladores de Castillo y los descubridores de Jufré. La ambición y la curiosidad,

cuando no el hambre, llevaron y trajeron las huestes hispánicas, por todos los rumbos. Anduvieron así no sólo tras los ecos del Inca, sino también a lo largo de los senderos que abrieron huarpes y juríes, Comechingones y pampas, en pos de maíz y de algarroba, de oro, de mujer y de aventura.

Por otra parte, "para que unos indios pudieran ser encomendados, era menester estar empadronados antes. Y para ser empadronados, era necesario que tuvieran una residencia más o menos fija en un lugar." Había, pues, que recorrer la tierra buscando esos lugares, guiados por las noticias dadas por los yanaconas o por los indios sometidos, cuando no por las señales que el hombre deja, irremediablemente, en el suelo, en la piedra o en el árbol.

Parte de los indios cuyanos fueron empadronados por Villagra, en 1551. Y cuando Juan Jufré exploró la *Provincia de Conlara*, en 1562, "hubo también de empadronar a los indios en esa ocasión, pues las primeras encomiendas referidas a indios de la región puntana, aparecen otorgadas por el gobernador Villagra, como consecuencia directa de esa exploración".

Así escribe Canals Frau. Y Montes ─ que califica de *operación militar* a la exploración hecha por Jufré ─ afirma que con ella "empieza la verdadera historia de la conquista de las sierras de San Luis."

A Diego Rodríguez Fragoso se le encomendaron indios cuyas tierras estaban en las cercanías de la sierra de los Apóstoles; Francisco Muñoz se hizo cargo del cacique Canchuleta y todos sus pueblos; el cacique Cayasta pasó a servir a Francisco de Urbina; y a los favorecidos se suman luego Gabriel de Cepeda y Alonso de Reinoso, que también obtienen indios de la rica provincia de Conlara o valle de la Vera Cruz.

Por acta del 6 de julio de 1573 don Jerónimo Luis de Cabrera declaró fundada la ciudad de Córdoba, a la que más tarde asignó por jurisdicción 50 leguas al oeste, superponiéndose así a los derechos de Chile y originando numerosos pleitos al encomendar indios de la región puntana, a espaldas de la sierra del Comechingones y en la parte norte de la región explorada por Jufré.

A las jornadas militares de conquista y a las tareas de empadronamiento y evangelización ─ en las que inscribió su nombre fray Antonio de la Cruz ─ debe agregarse la introducción de valiosos elementos que gravitaron favorablemente en el asentamiento de las poblaciones.

Ya hemos recordado el interés de los huarpes por adquirir ovejas de Castilla, antes de que los españoles poblaran el valle de Guantata. Draghi Lucero expresa que los nativos "desde 1551 ya conocían los caballos, mulas, cabras y posiblemente otros animales extranjeros".Leviller enseña que, a fines de 1556, desde Chile se llevaron a Santiago del Estero "semillas de algodón, plantas de uva, higueras y árboles frutales de Castilla" y que por esa época, también desde el otro lado de los Andes, se introdujeron ovejas, yeguas y vacas. De ese tiempo "data la iniciación del intercambio comercial de las provincias con Chile y Potosí. Recibía el Tucumán ropas, caballos, vacas, cabras, ovejas, plantas y semillas, y mandaba miel, cera, ropas de algodón, grana y cochinilla."

Después de la exploración realizada por Jufré, los mendocinos frecuentaron la comunicación con las poblaciones de arriba. Para ello utilizaron el camino que, desde el pie de los Andes, llegaba a la Punta de los Venados y luego se internaba en el valle de Conlara, rumbo a los juríes. También los sanjuaninos deben haber buscado salida hacia el oriente, atravesando la jurisdicción puntana para llegar a Córdoba.

La tierra, estaba, pues, "batida y cruzada en todas direcciones por indios y blancos". Tanto que, en 1578, Juan de Nodar añadía a su solicitud para poblar en Conlara, un "modelo y pintura" de sus descubrimientos.

A las andanzas de los cuyanos sumaron pronto las de los cordobeses, empeñados en cimentar sus encomiendas al oeste de los Comechingones. Los nombres de los capitanes

Hernando Mejía Mirabal y Tristán de Tejeda adquirieron resonancia en esa época, junto a los de Juan de Mitre y Bartolomé Valero, descubridores del río Quinto en 1578.

El camino entre Córdoba y Mendoza se consolidó en 1583, al pasar hacia Chile el gobernador don Alonso de Sotomayor con un refuerzo de 500 soldados. Desde Buenos Aires, el contingente marchó hasta Córdoba y de esta ciudad al río Cuarto, en tanto que don Alonso se dirigía directamente a San Juan y de allí a Mendoza, desde donde "se despacharon vaquéanos y lograron dar con el paradero de esta tropa". Draghi Lucero anota que "Alonso de la Cámara informó que él había ayudado grandemente al éxito de la empresa".

La última batida militar fue ejecutada, con fuerzas cordobesas, por el capitán Tristán de Tejeda, quien en 1585, en las proximidades del Morro dispersó los indios alzados del cacique Cosle.

Juan Jufré

Hijo de don Francisco Jufré de Loaiza y de doña Cándida de Montesa, nació en Medina de Rioseco (provincia de Valladolid, España) hacia 1516 y falleció en Santiago de Chile en 4 de setiembre de 1578. Crióse en casa del conde don Pedro de Toledo y en 1538 se encontraba en el Perú, empeñado en reclutar gente para Valdivia, a quien acompañó desde Copiapó. Asistió a la fundación de la ciudad de Santiago y luego retornó al Perú para luchar contra Gonzalo Pizarro.

De nuevo en Chile, sirvió en las campañas del Sur y apoyó con valor y denuedo ha Hurtado de Mendoza para después ayudar con dinero, caballos y bastimentos a Villagra, su pariente. Cuyo fue su premio y su porfía: exploró las legendarias tierras de Conlara trasladó la ciudad de Mendoza y fundó la de San Juan de la frontera. El Cabildo de Santiago lo vio desempeñar con celo todos sus empleos: regidor, alcalde, procurador, alférez real. Constante y metódico, encauzó sus desvelos hacia la industria y el comercio con singular provecho: ejemplos de laboriosidad fueron su molino del Mapocho, su astillero del Maule y su fábrica de tejidos de Peteros. También impulsó la ganadería y la agricultura, robusteciendo así la conquista del Reino de Chile. Próximo a su fin, estableció una capellanía en Santo Domingo, donde fueron sepultados sus restos.

En 1555 había contraído matrimonio, por poder, con doña Constanza de Meneses, quien obtuvo autorización para pasar a Chile en noviembre de 1556. De esta unión nacieron once hijos, destacándose entre ellos el general don Luis Jofré, fundador de San Luis de Loyola.

FUENTES

- Academia Nacional de la Historia*: Actas capitulares de Mendoza*. Tomo I, años 1566 a 1609. Buenos Aires, 1945.
- Cabrera, Pablo: *Los aborígenes del país de Cuyo*. Córdoba, 1929.
- Canals Frau, Salvador: *La primera entrada al territorio argentino, en Anales del Instituto Étnico Nacional*, Tomo 1, Págs. 17-33. Buenos Aires, 1948.
- Canals Frau, Salvador: *Tres estudios de etnología de Cuyo*. Mendoza, 1942.
- Cunninghame Graham, R. B.: *Pedro de Valdivia*. Buenos Aires, 1943.
- Díaz de Guzmán, Ruy*: La Argentina*. Espasa – Calpe Argentina S.A. Buenos Aires, 1945.

- Draghi Lucero, Juan: *Introducción a las Actas capitulares de Mendoza*. Buenos Aires, 1945.
- Gez Juan W.: *Historia de la provincia de San Luis*. Tomo I. Buenos Aires, 1916.
- Grenón, Pedro*: Cartografía cordobesa*. Córdoba, 1925.
- Guerrero, César H.: *Juan Jufré y la conquista de Cuyo*. San Juan, 1962.
- Kirkpatrick, F. A.*: Los conquistadores españoles*. Buenos Aires, 1946.
- Leviller, Roberto*: Descubrimiento y población del Norte argentino por españoles del Perú*. Buenos Aires, 1943.
- Leviller, Roberto*: Guerras y conquistas en Tucumán y Cuyo*. Buenos Aires, 1945.
- Medina, José Toribio*: Diccionario biográfico colonial de Chile*. Santiago de Chile, 1906.
- Montes, Aníbal: *Las Sierras de San Luis*, Córdoba, 1955.
- Morales Guiñazú, Fernando: *Los corregidores y subdelegados de Cuyo*, Buenos Aires, 1936.
- Udaondo, Enrique: *Diccionario biográfico colonial argentino*. Buenos Aires, 1945.
- Verdaguer, José Aníbal: *Historia eclesiástica de Cuyo*. Tomo I. Milán, 1931.
- Vignati, Milcíades Alejo*: Culturas prehispánicas y protohistóricas de la Provincia de San Luis*. Buenos Aires, 1940-1941.

CAPÍTULO II

LA FUNDACIÓN DE SAN LUIS

La idea de fundar

Entrecruzadas noticias, recogidas en diversos documentos no siempre bien ponderados, han acumulados errores y dislates alrededor del proceso de la fundación de San Luis.

Así, la historia mal aprendida se convierte en manantial de leyendas y misterios, gratos a quienes prefieren el fácil camino de las repeticiones. Sin embargo, aquel proceso puede aún ser estudiado y comprendido, por encima del acta desaparecida y más allá de la documentación reveladora que manos interesadas se esmeraron en destruir.

Como pasos precursores de la fundación se mencionan, preferentemente, un destacamento en Conlara, la ciudad de Benavente y un fuerte en el Portezuelo del Chorrillo. De los tres es preciso escribir algunos párrafos, para separar lo verdadero de lo imaginado o burdamente zurcido.

Afírmase que, el 1551, Villagra se detuvo “en Conlara con el ánimo de fundar allí una población” y que, “entretanto, dejó un destacamento”, el que hizo retirar luego de recibir las

provisiones que concluyeron con la horrible tortura del hambre" y le permitieron pasar la Sierra Nevada. El acaudalado Medina ─ rico de dinero y de paciencia ─ reunió muchos papeles que, si bien certifican que Villagra anduvo "buscando tierras para poblar", demuestran que el capitán de Valdivia no podía fundar ninguna ciudad porque no tenía poderes para hacerlo, ya que sólo había sido enviado a buscar refuerzos para la conquista de Chile. La misma documentación mediniana explica cómo Villagra se adelantó con algunos soldados y suministra valiosas noticias sobre la gran mortandad de indios que sufrió el grueso del contingente, a consecuencia de una tormenta de nieve, tras haber reiniciado la marcha el día de San Juan.

Aunque no es posible determinar con certeza el lugar donde estuvo acampado el contingente, puede probarse que no se trataba de un destacamento sino de lo principal del refuerzo que Villagra conducía a Chile: Soldados, artesanos, yanaconas, negros e indígenas sometidos durante la marcha, además de quinientas cabalgaduras "y otras cosas con que ennobleció la provincia".

En el valle de la Vera Cruz, explorado por Juan Jufré en 1562, proyectaba Villagra fundar la ciudad de Benavente, sin duda como un testimonio de gratitud hacia quien tanto había pasado en las empresas guerreras de ambos conquistadores. Mas esa población no sería trazada en la extremidad de la sierra puntana, sino "en la provincia de Conlara", es decir en las proximidades del río de ese nombre, más allá de los cerros de los Apóstoles y acaso en el paraje denominado La Cruz, origen de nuestro Concarán actual. Pero la ciudad de Benavente nunca fue fundada y "no pasó de la ensoñación de algún ambicioso conquistador o explorador, cuando no cristalizó en el magín de algún cronista fantasioso".

Según Gez, "existe la tradición de que, desde un principio, las autoridades de Mendoza vinieron a fundar al pie de la sierra, un fuerte, reducción o ciudad con el nombre de Benavente, el cual parece estableciese por algún tiempo en el Portezuelo del Chorrillo". Los documentos, que circunscriben el ámbito de "ciudad ideal" la población de Benavente, nada dicen de ese mudable fuerte. No deja de ser notable, en consecuencia, que Torre Revello haya afirmado que "en 1593 el general Luis Jufré y Meneses levantaba en la llamada Punta de los Venados un pequeño fortín, que fue origen de la ciudad de San Luis de Loyola, fundada por el mismo jefe en 1596". Y es más notable aún porque, de haber levantado Jofré ─ o Jufré─ el pequeño fortín en 1593, de hecho hubiera fundado la ciudad, como lo explica la sapiencia de Leviller cuando dice:

> "Evidente es que la práctica de construir un fortín como principio de ejecución, era usual entre los conquistadores. Tal hicieron los soldados de Pérez de Zorita en Córdoba de Calchaquí, Cañete y Londres, los de Castillo en Mendoza, y más tarde los de Abreu en el valle Calchaquí y los de Lerma en el de Salta, antes de dar por fundada la ciudad. Y era válida la fundación misma, aún cuando no se cumpliese en hecho en años subsiguientes. Don Gerónimo Luis de Cabrera levantó el acta el 6 de julio de 1573, y aún cuando en ese momento sólo existiese un rancho, un fuerte o el rollo y la picota, quedaba la ciudad (de Córdoba) legalmente asentada, con su cabildo y sus autoridades".

Sin embargo, afirmamos que ni "desde un principio" ni en 1593 hubo en la Punta de los Venados fuerte o fortín. Cuando San Luis nació, nació ciudad, aunque sus pobladores estuviesen "de presidio" ─ es decir, de guarnición ─ por orden de don Luis Jofré, puesto que "si se descarnase esta ciudad de gente, sería en deservicio de Su Majestad".

Un poblador de 1593

La carencia de documentación cuyana relacionada con su actuación como Teniente de Gobernador, impide seguir detenidamente las huellas del fundador de San Luis de este lado de

los Andes. Con fecha 17 de abril de 1593, don Martín García de Loyola informaba al rey haber nombrado por su lugarteniente de Capitán General en la Provincia de Cuyo a don Luis Jofré. Dos meses después, el 21 de junio, Jofré hizo merced a don Juan Eugenio de Mallea de doscientas cuadras de tierra a media legua de la ciudad de San Juan. Y el 9 de agosto de 1593, en Mendoza, otorgaba dos mercedes de tierra en la jurisdicción puntana. Dice uno de los documentos:

> "El General don Luis Jufré, Teniente de Gobernador y Capitán General y Justicia Mayor en esta provincia de Cuyo, jurisdicción del Reino de Chile, por el Rey nuestro señor. Por cuanto por parte de Francisco Muñoz me ha sido hecha relación diciendo que para poderse sustentar en esta ciudad de Mendoza, donde tiene su casa poblada, tiene necesidad de un pedazo de tierras en que hacer sus chacras y tener sus ganados, la cual había vaca en la dormida del Carrizal que esta tres leguas, poco más o menos, de la Punta de los Venados, camino de los juríes, que es el agua que está en el dicho Carrizal se llama *Teutenap* y la tierra *Icunap* en la cual parte me pidió y suplicó le hiciese merced de doscientas cuadras de tierras y por mí visto lo susodicho, atento a que el dicho Francisco Muñoz ha servido a su Majestad, doy por la presente como mejor puedo y de lo dicho debo, en nombre del Rey nuestro señor y en virtud de los reales poderes que me son dados y subrogados por el Gobernador de este Reino, hago merced al dicho Francisco Muñoz de doscientas cuadras de tierras en la parte y lugar de huso deslindando y declaro que linda con tierras del capitán Juan Luis de Guevara, a quien este día le hice merced de doscientas cuadras de tierras en las dichas tierras, con tal que entre ambos haya y gocen de lo mejor de las dichas tierras por iguales partes."

El texto de la otra merced hecha al capitán Juan Luis de Guevara "para mejor sustentar su vecindad", expresa que "la tierra se llama *Usunap*" aunque está también redactado por el escribano Gabriel Rodríguez de León.

Las tierras otorgadas por Jofré son el cogollo de la puntanidad, pues estaban ubicadas en lo que andando el tiempo se denominaría Estancia Grande, las Chacras y Potrero de los Funes. Más lo que interesa destacar de estos documentos es la existencia de una *dormida* o paradero en la Punta de los Venados, a la vera del camino que conducía a Córdoba.

No hay en el texto ninguna referencia a la ciudad, fundada o por fundarse, ni se menciona fuerte alguno. En cambio es terminante la indicación sobre el quehacer de quienes pretendían poblar el paraje: "hacer sus chacras y tener sus ganados."

Dos años después, el capitán Juan Luis de Guevara vendió su parte a Muñoz por "veinte y cinco piernas de tijeras, de a catorce o quince pies de largo cada pierna y catorce umbrales de a dos palmos de ancho y de largo como un eje, toda la cual dicha madera ha de ser de quebracho." Por lo que se revela otro de los principales elementos de la economía puntana: la madera de sus montes, que tanto sirvió a la industria y al comercio de Cuyo.

Juan Luis de Guevara, natural de la Serena y morador de la ciudad de Mendoza, no quiso atarse a la serrana Usunap. En cambio don Francisco Muñoz ya no se apartó de la Punta de los Venados. Acaso era el mismo conquistador a quien Villagra, en 1563, encomendó al cacique Canchuleta con todos sus pueblos. Más lo cierto es que, un año después, asistió a la fundación de la ciudad de San Luis de Loyola, para dar su vigor y su constancia al linaje troncal de los Muñoz de Aldana.

Afirma Lallemant que "la propiedad individual de las tierras data aquí del 2 de octubre de 1594, fecha en que el general Luis Jofré, como *fundador de esta ciudad de la Nueva Medina de*

Río Seco…otorgó a favor del capitán Juan de Barreda Estrada las tierras del Carrizal y de los Cerros de los Apóstoles", afirmación que ha sido repetida por diversos autores, desde 1888 hasta nuestros días.

Esa referencia puede ahora corregirse documentalmente, ya que las primeras mercedes que conocemos son las que Jofré concedió a Francisco Muñoz y al capitán Juan Luis de Guevara el 9 de agosto de 1593, cuando aún no había sido fundada la ciudad de la Punta.

Intervención Federal

Decreto Nº 1959- G

Exp. Nº 4160 – C - 1944

San Luis, junio 13 de 1944

Visto el informe presentado por los señores Subsecretarios de Gobierno de la Provincia, don Guillermo F. Valerga Aráoz, y profesores doctores Nicolás Jofré, Juan C. Saa y Gilberto Sosa Loyola, referente a la fecha de la fundación de la ciudad de San Luis y a quien fue su ilustre fundador, en cumplimiento de lo dispuesto en el decreto Nº 107 de fecha 29 de diciembre de 1943, y

Considerando:

Que en el referido informe, cuya importancia debe destacarse no solamente por el estudio y dedicación que han puesto de manifiesto sus autores, quienes han debido consultar una abundante bibliografía y buscar la documentación pertinente, sino también porque con el mismo se pone término a la duda que existía respecto al hecho histórico y al nombre del fundador de la ciudad, se expresa que se ha llegado en forma terminante y sin lugar a dudas a la siguiente conclusiones:

1º) Que se ha perdido el acta de la fundación de la ciudad de San Luis, ignorándose, por consecuencia, el día exacto en que tuvo lugar el acontecimiento histórico;

2º) Que la fundación de la ciudad de San Luis se efectuó en el año 1594 y antes del mes de octubre;

3º) Que es muy probable que la fecha de la fundación de la ciudad de San Luis haya sido el 25 de agosto, día del Santo Patrono;

4º) Que el ilustre fundador de la ciudad de San Luis fue el General don Luis Jofré y no don Martín García Oñez de Loyola, como equivocadamente se ha venido repitiendo;

Que, en consecuencia, corresponde que el Gobierno, de acuerdo a lo dispuesto en el decreto Nº 107, de fecha 29 de diciembre de 1943, establece en forma oficial la fecha de la fundación de la ciudad de San Luis y quien la efectuó, para conmemorar anualmente tan importante acontecimiento y honrar a su fundador.

Que es necesario también que dicho informe, con la documentación pertinente, se conozca públicamente para que se sepan las razones por las cuales se ha llegado a las conclusiones mencionadas.

Por ello,

EL INTERVENTOR DE LA PROVINCIA
EN ACUERDO DE MINISTROS

DECRETA:

Art. 1º.— Apruébase en todas sus partes el informe presentado por los señores Subsecretarios de Gobierno, don Guillermo F. Valerga Aráoz, y profesores doctores Nicolás Jofré, Juan C. Saá y Gilberto Sosa Loyola, con fecha 7 del corriente, y que se haya agregado al expediente Nº 4160 – C – 1944, referente a la fecha en que fue fundada la ciudad de San Luis y quien fue su fundador.

Art. 2º.— Establécese oficialmente que la ciudad de San Luis fue fundada en el año 1594, muy probablemente el día 25 de agosto, y que el ilustre fundador fue el General don Luis Jofré.

Art. 3º.—Institúyese el día 25 de agosto para que anualmente se celebre el aniversario del referido acontecimiento histórico y se honre al fundador de la ciudad.

Art. 4º.— Darse las gracias a los miembros integrantes de la Comisión por los importantes y desinteresados servicios prestados a la provincia.

Art. 5º.— Imprímanse trescientos ejemplares del referido informe, conteniendo la documentación pertinente, en papel de primera calidad, como así también dos mil ejemplares en edición popular, encargándose al nombrado señor Guillermo F. Valerga Aráoz para que dirija la impresión.

Art. 6º.— Por el Ministerio de Gobierno se adoptarán oportunamente las medidas del caso para la distribución de los ejemplares a que se refiere el artículo anterior, a las bibliotecas, instituciones oficiales, escuelas y demás establecimientos de educación y particulares.

Art. 7º.— El Consejo de Educación de la Provincia tomara las medidas necesarias para que se enseñe a los alumnos de las escuelas lo relacionados con la fundación de la ciudad de San Luis, de acuerdo a las conclusiones del informe referido.

Art. 8º.—El gasto que demande el cumplimientote lo dispuesto en el artículo 5º, se imputará al presente Acuerdo.

Art. 9º.— Comuníquese, publíquese, dése al Registro Oficial y archívese.

HORACIO CARRANZA

Guillermo F. de Nevares (h)
Roberto Corbella Figini

La fundación

Ya es tiempo de ir desechando por inútil y contraproducente todo lo erróneo que se ha sostenido con respecto a la fundación de la ciudad de San Luis. Quien se interese por conocer las vicisitudes del tema, así como el ir y venir de cronistas e historiadores, podrá leer con provecho el minucioso trabajo que realizaron los doctores Nicolás Jofré, Gilberto Sosa Loyola y Juan Carlos Saá, con la colaboración del señor Guillermo F. Valerga Aráoz, en 1944.

Al margen de tanteos y simples repeticiones, podemos sostener que, si bien el 9 de agosto de 1593 la ciudad de San Luis no existía, ya estaba fundada el 2 de octubre de 1594.

En efecto: este día el general don Luis Jofré, " Teniente de Gobernador y Justicia Mayor de las ciudades de las provincias de Cuyo por el Rey nuestro señor, y fundador y poblador de esta ciudad de San Luis de Loyola, Nueva Medina de Río Seco", hizo merced al capitán Juan de Barreda Estrada y a Juan de Barreda, su hijo, de dos pedazos de tierras o estancias: el uno, en el Carrizal, "dos leguas y medias de esta ciudad", y el otro, delante de la dormida de las

Peñuelas, en las cercanías del cerro de los Apóstoles, “trece leguas de esta ciudad”. A mayor abundamiento, digamos que esta merced fue hecha “en la ciudad de San Luis de Loyola, Nueva Medina de Río Seco, en dos días de octubre de mil y quinientos y noventa y cuatro años”,con la intervención de Gabriel Rodríguez de León.

Varios documentos fechados en San Luis, ese mismo mes de octubre, revelan que Gabriel Rodríguez de León era alcalde de la nueva ciudad y que igual cargo desempeñaba don García de Reinoso, en tanto que el capitán Juan de Barreda Estrada ejercía el empleo de Justicia Mayor y don Alonso de Villegas el de Escribano Público y de Cabildo. Todo lo cual evidencia que Jofré no fundó un fortín sino una ciudad, dándole las autoridades que las leyes establecían. A ellas se agregan los vecinos que oportunamente mencionaremos.

Se sigue, no obstante, reclamando el acta y hasta alguien se aventura a suponer que, acaso, ella nunca haya existido. Sin embargo, los pocos documentos que se salvaron de la destrucción intencional, alcanzan para certificar que Jofré no procedió en forma arbitraria. Uno de los fundadores, Pedro López de Novoa, declara que en la ciudad de San Juan de la Frontera le fue notificado por el capitán Juan de la Barreda “que dentro de cuarenta días me hallase en la fundación de esta ciudad, pena de suspensión de indios”. Y el mismo Jofré, a mediados de diciembre de 1595, dijo: “que habrá más tiempo de un año que mandó por su auto que fue pregonado públicamente, que todos los vecinos de esta ciudad (de Mendoza) exhibiesen las encomiendas que tenían para que, conforme a ellas fuesen amparados en lo que legítimamente les perteneciese, y esto fue con intención de que pretendía poblar la ciudad de San Luis de Loyola, como lo ha hecho, y los indios que apareciesen no estar encomendados se repartiesen en los pobladores”.

Con respecto al nombre de la ciudad, queda asentado que don Luis Jofré la denominó *San Luis de Loyola*, *Nueva Medina de Río Seco* (y no *del* Río Seco, como suele escribirse por indebida asociación con el Río Seco puntano). El punto ha sido bien estudiado por monseñor Cabrera, quien escribe:

> “Los españoles no bautizaban de ordinario, caprichosamente, o sea como al acaso, a los pueblos o ciudades que erigían en los territorios por ellos conquistados. Vinculaban su denominación al Santo del día, al nombre de algún personaje preclaro, a unas efemérides, a un hecho memorable, a alguna singularidad topográfica, etc.: y a esta línea de conducta amoldó escrupulosamente Luis Jofré la suya, al abrir los cimientos de la urbe que había de inmortalizarlo. Apellidóla, *San Luis de Loyola, Nueva Medina del Río Seco*, que es a mi manera de ver, el nombre original de la misma, es decir, su apellido actual reintegrado a la forma del que se le asignó en la pila vale decir, para su elección. Este nombre, pues, a despecho de lo vario y múltiple de su estructura, constituye bajo el aspecto de su significado, una armonía. Analicémoslo.
>
> Llamóse San Luis la nueva urbe, por la circunstancia de que su fundador traía desde la pila el nombre del hijo de Blanca de Castilla, Rey de Francia, *Ludovicus*, Luis; *de Loyola*, “en contemplación” (que dijera el erudito Lozano), del entonces Gobernador y Capitán General de Chile, don Martín García Oñez de Loyola, propulsor de la jornada que llevó a cabo en la Provincia de Conlara su Teniente; *Nueva Medina de Río Seco*, porque el pueblo natal de Juan Jufré, padre del Luis de nuestra narración, fue el llamado Medina de Río Seco, de la Provincia de Valladolid, en la Península.”

Frecuentemente, la ciudad de San Luis de Loyola fue mencionada simplemente como *la Punta o la ciudad de la Punta*, aunque más de una vez lo común se engarza en lo oficial y el amanuense escribe *ciudad de la Punta de San Luis de Loyola*. Lo cual es mucho más aceptable

que esos titubeos o trocatintas que se pretende revalidar como denominaciones de la Nueva Medina de Río Seco.

El laborioso Padre Saldaña Retamar, en una de sus amenas y valiosas indagaciones sobre el pasado puntano, agrupó los nombres de catorce "valientes capitanes" que, con "algunos más", habrían llegado a "estos contornos breñosos en la primavera de 1594". Pero como el prudente dominico aclara luego, en nota puesta al pie de esa misma contribución, "No todos estos conquistadores y pobladores fueron propiamente *fundadores*, pero arribaron pocos años después", tenemos que limitarnos a mencionar aquellos de los que existen constancias documentales de haber asistido a la fundación. Son ellos, ordenados alfabéticamente: Juan de Barreda Estrada, Juan Cabrera, Pedro Casero, Diego Céliz de Quiroga, Alonso de Coria Bohorques, Adrián Cornejo, Bartolomé Díaz, Juan Fernández Perín, Andrés de Fuensalida Guzmán, Álvaro de Gelves, Pedro Gil de Oliva, Pedro López de Novoa, Juan Luis de Guevara, Hernán Martín Cecilio, Silvestre de Monsalve, Gregorio Morales de Albornoz, Diego Muñoz, Francisco Muñoz, Lope de la Peña, García de Reinoso, Francisco de Riveros y Figueroa, Gabriel Rodríguez de León, Martín Tejero, Luis de Valencia, Andrés de Videla y Alonso de Villegas.

Veintiséis nombres a los que es preciso agregar el de Juan Gómez Isleño, figura que transita caminos de leyenda.

Juana Coslay y los michilingües

Lallemant, que trabajó tenazmente con los raídos papeles de las mercedes reales, expresaba en 1888: "A Juana Coslay, hija bautizada de un cacique, se dieron todas las tierras desde el Salto de las Piedras Anchas sobre ambas márgenes del Río Quinto, a mejor lindar hasta los límites de este Reino de Chile con el de Tucumán". Este es uno de los hilos de la leyenda. Los otros, de más vivos colores, los entrelazó Gez en 1916 al ocuparse de los michilingües, palabra que él escribe *michilingue*. Y esta es la trama:

> "Desde el principio de su establecimiento, los españoles entraron en amistosas relaciones con los michilingües, que habitaban el valle del Chorillo y parte sud de la ciudad, merced a la prudencia y celo apostólico de los dominios que vinieron con los primeros pobladores. Ya dijimos que los aborígenes de esta región tenían una relativa cultura, un carácter dócil y que eran aptos para asimilarse a la vida civilizada, circunstancias que hicieron más humano el sistema de encomiendas, mientras que, en otras partes, los indígenas sucumbían a los rigores de una esclavitud y de unas fatigas a las cuales no estaban acostumbrados. Prueba evidente de esta fácil sumisión, es la alianza con uno de los principales caciques de los michilingües llamado Koslay, con la única condición de reconocer la autoridad del soberano español y de someterse a sus legítimos representantes.
>
> Una de sus hijas fue bautizada solemnemente con el nombre de Juana y se desposó con un oficial Gómez Isleño, al cual se le otorgó la merced de las tierras de Río V. hasta el límite con Córdoba…Muchos otros españoles imitaron ese ejemplo, desposándose con las jóvenes indígenas y constituyendo así las primeras familias de criollos que, aunque dispersas en la vasta campaña, fueron los elementos con los cuales debían formarse los futuros núcleos de las poblaciones puntanas, comenzando por su propia capital."

Larga es la lista de los estudiosos que han tratado, sin éxito, de averiguar algo más sobre esos “michilingües”, “pobladores de los valles”, “rama de la gran familia de los diaguitas”.Lo único que ha alcanzado a conocerse es la fuente en que bebió Gez.

En 1880 el periódico puntano “El Oasis” publicó una colaboración titulada Fundación de la ciudad de San Luis, trabajo que alguna vez atribuimos a Ricardo Benabal, aunque es muy posible que pertenezca a Raimundo Barroso. De esa manera “crónica” entresacamos estos notables párrafos:

> “En 1557 ya había sido conquistado todo el Litoral y fundada la ciudad de Mendoza. En 1559 se presentaron ante el Gobierno de dicha ciudad, varios indios emisarios del cacique Koslay, jefe de las tribus de indios michilingües, que habitaban en el local llamado *Bajo* y en la sierra y valles de ambas vertientes de esta provincia. Éstos llevaban por objeto hacer acto de sometimiento a las autoridades españolas, y a quejarse, punto principal de su misión, de las continuas hostilidades que recibían de sus vecinos, los indios Comechingones de la sierra de Córdoba, quienes los invadían a tiempo de las cosechas y les llevaban el algarroba, fruto natural muy apreciable para ellos porque de él destilaban la famosa *chicha*, que hasta el día se acostumbra entre la gente del campo.
>
> …La expedición de los conquistadores debió salir de Mendoza (según las antiguas crónicas) en los primeros días del mes de agosto de 1597.
>
> …Cuando llegaron aquí, el cacique Koslay dio un nuevo testimonio de su voluntario y manso sometimiento a las autoridades españolas, recibiéndolas con expresivas y muy cordiales deferencias…El día 25 del mismo mes fue el indicado para que tuviese lugar la fundación de la futura ciudad. Para ese día fueron invitados el cacique Koslay, su familia y los indios más notables de su tribu.”

El incógnito cronista enumera luego las circunstancias favorables que permitieron realizar la conquista de esta tribu sin derramar una sola gota de sangre. La última de ella es “el casamiento de uno de los capitanes de la expedición, Gómez Isleño, con una hija del cacique Koslay”, punto sobre el cual cree conveniente agregar “algunas palabras”. Helas aquí:

> “Ya se ha dicho que a la gran fiesta de la fundación de la ciudad asistió el cacique Koslay con su familia, entre la que descollaba por su hermosura y gracias naturales la preciosa Arozena, hija del cacique .Ya sea que el capitán Gómez Isleño se impresionase realmente de la hermosura de una mujer indiana o que ha ello fuera inducido por razones de alta política, él pidióla al cacique para su esposa, La boda no se hizo esperar. Se casó católicamente después de ser bautizada con el nombre de Juana. Este ejemplo siguieron varios de sus compañeros, contrayendo enlaces matrimoniales con las mujeres indias…Mezcladas así las dos razas, estas uniones fueron troncos de las principales familias de esta provincia.”

Si el capitán Juan Gómez Isleño asistió, efectivamente, a la fundación de San Luis, tendría el mérito de ser fundador de todas las ciudades de Cuyo: Mendoza, la Resurrección, San Juan de la Frontera y la ciudad de la Punta, documental o líricamente, lo cuenta entre sus esforzados pobladores. Cosa que tal vez hubiese resultado grata al colaborador del “Oasis”, ese que se conformó con poner al pie de su artículo una B que despista e intriga. Pero los viejos papeles suelen recortar las alas de la fantasía. Ellos sostienen que el primer Juan Gómez Isleño ya había muerto en 1593. Y que el otro llegó de San Juan bastante después.

Los primeros tiempos

Con demasiada frecuencia se ha escrito que la fundación de San Luis no se *formalizó* hasta 1596. Mas quien pacientemente recorra el áspero sendero de los documentos advertirá que nada prueba tan temeraria afirmación, pues los hechos se encadenan con vitalidad rotunda.

El 2 de octubre de 1594 Jofré donó tierras al capitán Juan de Barreda Estrada y a sus hijo; el 15, Pedro López de Novoa pleitea por el cacique Zabaleta; el 20, Barreda toma posesión de sus tierras de los Apóstoles y del Carrizal, éstas últimas ubicadas entre las de Francisco Muñoz y las del maestre de campo Pedro Gil de Oliva; el 23, Muñoz obtiene una nueva merced de trescientas cuadras en el Río Quinto, a una legua del vado de las carretas, y el mismo día Jofré le concede un solar para molino en esta ciudad, cerca del terreno de la iglesia matriz. También Bartolomé Díaz obtiene tierras en el Carrizal y otros pobladores, como Adrián Cornejo y Diego Céliz de Quiroga, recorren la región para empadronarla.

De regreso de Mendoza, con fecha 3 de noviembre el fundador comisiona a Francisco de Riveros Figueroa para que "corriendo por esta parte de la gran cordillera nevada hasta la mar del Norte y estrecho de Magallanes" por no poderlo hacer él personalmente, razón de tener que "proveer de bastimentos y pertrechos necesarios y concernientes a la gente de guerra que asiste en la ciudad de San Luis de Loyola".

Por esos mismos días, Gabriel Rodríguez de León "vecino encomendadero de la ciudad de San Luis de Loyola", vende a Baltasar de Arce quinientas cuadras que posee en las cercanías de la nueva población, "dos leguas más adelante de la dormida que llaman el Carrizal".

En las postrimerías de noviembre de 1594, don Luis Jofré manda dar a Francisco Muñoz y al capitán Juan Luis de Guevara las tierras del Carrizal que les donara en agosto de 1593, destacando entonces que ellos deben ser preferidos a cualquier otro, como primeros pobladores.

Que la ciudad tenía realidad concreta lo testimonia la carta que el 27 de diciembre desde Córdoba, Rodrígo de Salinas escribe a Lope de la Peña, vecino de Mendoza: "En cuanto a la población que el general don Luis hizo en la Punta de los Venados, cosa clara es que ha de redundar de ello muchos pleitos, así vuestra merced como con otras personas que tienen allí encomiendas".

El año 95, aunque más parco en documentos, no deja de ofrecer nuevos eslabones. El 15 de enero, en el asiento de Chalichiri, Francisco Muñoz toma posesión de las tierras del Carrizal, ante el alcalde don García de Reinoso y en presencia del escribano público y de cabildo Alonso de Villegas y de los testigos Pedro Casero, Juan Cabrera y Bartolomé Díaz. En septiembre Juan Luis de Guevara vende su parte al tesonero Muñoz por madera que éste se compromete a terminar de pagar en todo el mes de marzo de 1596. Pero lo más importante es que el 11 de noviembre de 1595 don Luis Jofré visita otra vez la jurisdicción puntana y "en la ciudad de San Luis de Loyola" declara que el cuerpo de tierras de que hizo merced a ambos pobladores debe tener "debe tener veinte y cinco cuadras del pie de la sierra que está enfrente del dicho Carrizal hacia el Poniente, corriendo los pies hacia el Levante, así como va el carril de las carretas".

Si los amanuenses son fieles, estos documentos vendrían a demostrar que Jofré no estuvo de paso cuando fundó San Luis, sino que veló por ella, visitándola en el tiempo oportuno, como harían después los demás Corregidores.

Ubicación y traslados

Aunque respetables historiadores han determinado ya, "ante la luz de la historia", el lugar de la fundación de San Luis, es conveniente agregar nuevas noticias para alcanzar a comprender mejor cuán peligrosas resultan, a través del tiempo, ciertas repeticiones. Sostuvo Lallemant que la Nueva Medina de Río Seco "estaba en el Talar a ½ legua al oeste de la hoy ciudad da San Luis de Loyola". Gez recoge y amplía esa información, escribiendo sin hesitación: "La planta de esta ciudad estuvo como a una legua más al Oeste de la actual capital, lugar llamado El Talar, donde aún se ven los vestigios de tapias y calles". Pero el autor de la conseja fue Barroso, quien en su crónica periodística de 1880 dice estas cosas sobre la nueva ciudad:

> "El local que se eligió para plantarla, no fue el mismo en que hoy se encuentra, sino dos kilómetros al Oeste, donde hasta hace pocos años, existían las ruinas del templo y otros edificios que hubieron allí. El punto elegido no fue a propósito para el fin a que se destinó, tanto por no haber en el aguas subterráneas, como porque la muy escasa que suministra la del río Chorillo, no alcanzaba a la nueva población, sino en parte muy pequeña.
>
> Esto obligó a los pobladores a abandonarla y colocarla en el Bajo que forma un delta del Chorillo. Aquí tampoco sirvió por el peligro que ofrecen las crecientes que bajan de la sierra en tiempos de grandes lluvias. Al fin tuvieron que traer definitivamente la población a la hermosa planicie inclinada de Este a Oeste, en que hoy se encuentra ubicada la ciudad".

La documentación que el P. Cabrera exhumó en archivos cordobeses ha servido para demostrar que la ciudad de San Luis fue fundada en el Bajo, trasladada más tarde hacia el Oeste y establecida, finalmente, en el lugar que hoy ocupa.

Sin echar en saco roto las Leyes de Indias, pensamos que el conquistador imitó al aborigen en su natural búsqueda de la proximidad del agua. Acierta Gez cuando expresa que el indio, en "su movimiento inmigratorio dentro del territorio, no se apartó jamás del curso de las aguas" y que "allí vinieron también a fundirse los nuevos elementos étnicos que aportó la conquista española". Recuérdese que Francisco Muñoz, al solicitar las tierras del Carrizal "para hacer sus chacras y tener sus ganados", destaca la existencia de una *dormida* o paradero junto al camino de las carretas y que aquello que pide "es el agua que está en dicho Carrizal y se llama Teutenap".

Nuestro desolado Río Seco actual nos aparta, con su enjuta cicatriz, del afán y el quehacer de los primeros pobladores. Pero es preciso recordar que ese cauce macilento es el mismo que ceñía las aguas del Chorillo cuando la planicie del Bajo se presentó, promisoria, a los ojos de los españoles. En esa ribera ─ que no guardaba el recuerdo de las crecientes estivales ─ hizo trazar Jofré los solares de su *medina* puntana, regada por una acequia con vigor suficiente para dar vida al molino de Muñoz. Y sólo cuando las repetidas inundaciones demostraron lo riesgoso del paraje, los pobladores se apartaron del agua combativa, estableciéndose en el Talar.

El traslado o reedificación lo ordeno el Corregidor de Cuyo, general don Juan de la Guardia Berberana quien en esta ciudad, el 12 de octubre de 1643, en presencia de los capitulares Juan Gómez Isleño y Francisco Díaz Barroso para que los vecinos y moradores pudiesen mejor y con más comodidad sustentarse, "dio por vacas todas aquellas tierras que hubiere desiertas y despobladas, de los vecinos que se hallaron en la población primera, pues

ha más de cuarenta y nueve años y no las han poblado ni se esperan vendrán, pues se les dio con la calidad de que la poblasen".

Sin embargo, el paraje del Talar no fue propicio para el sustento de la población. Así lo declaraba en 1872 don Lino Paéz, añadiendo que la falta de agua "obligó por segunda vez en 1689 a cambiar la ubicación de la ciudad, buscando la proximidad de las vertientes".

Aunque San Luis no volvió al Bajo, esas tierras continuaron siendo las mejores para las labranzas. En ellas y por ellas, junto con el trigo y el maíz, crecieron las rencillas y los pleitos. Y hasta fueron fecundas en "consejas de viejas" ─ como bien dijera Poblet─ para regodeo de escritores tendenciosos.

Sin poder exhibir el acta que la liberase de avances y tutelas, la ciudad de San Luis pidió ser *aprobada y confirmada*, para que su existencia legal "fuese permanente" y continuase "en mucha estabilidad redimida en servicio de Dios nuestro Señor y de su majestad y bien común de españoles y naturales, por estar fundada en parte cómoda".Asimismo solicitó que se le señalase el término y jurisdicción que había de tener, el cual debía ser el mismo que el general don Luis Jofré le señalara al tiempo de su población.

Consecuentemente, con fecha 25 de septiembre de 1603, el gobernador de Chile don Alonso de Rivera hizo saber "que a la fundación y población hecha por el dicho general don Luis Jofré de la dicha ciudad de San Luis de Loyola, en el real nombre la apruebo y confirmo para que tenga el dicho aditamento y nombre de San Luis de Loyola y sujeta al patrimonio real de Castillo y corona real de León.

En el mismo documento, Rivera expresaba: "Señalo por término y límite de jurisdicción s la ciudad dicha, el camino que va a la ciudad de Mendoza desde la ciudad de San Luis de Loyola hasta el Desaguadero, que está distancia de doce leguas, poco más o menos porque pasando el dicho Desaguadero de la otra parte se entienda ser jurisdicción de la ciudad de Mendoza".

También mandó el gobernador de Chile que los indios de la jurisdicción de San Luis en manera alguna fuesen obligados "de presente ni en tiempo alguno" a acudir a la ciudad de Mendoza con servicios ni tributo.

Se consolidaba así la fundación de Jofré y la ciudad sin Blasones entraba a ganarlos con valor e hidalguía, para bien de Cuyo.

LUIS JOFRÉ

Don Luis Jofré de Loaiza nació en Santiago de Chile y era hijo del general Juan Jufré y de doña Constanza de Meneses. Siguió las huellas de su padre, tanto en las empresas de guerra como en las actividades industriales. Heredó la encomienda de Petorea y poseyó casas, viñas y estancias en Nuñoa, Chiquén, Petorea y Villavicencio. Fue regidor y alférez real en Santiago en 1581; en 1593 Martín García Oñez de Loyola lo nombró su lugarteniente de capitán general y corregidor de Cuyo. Reedificó la ciudad de San Juan y fundó la de San Luis de Loyola, pagando de su propio caudal a los soldados que le acompañaron. Volvió a Chile en 1596, sufrió un proceso criminal y fue condenado a una multa en dinero y confinamiento en el mismo territorio chileno. Comisionado por el gobernador Pedro de Vizcarra, llevó al Perú la noticia del desastre Curalava y de la muerte de Loyola, ocurrida en 23 de diciembre de 1598. Por sus grandes servicios y experiencia en la guerra, Quiñones lo nombró maestre de campo general del reino de Chile. El 22 de agosto de 1611 hizo su testamento en la ciudad de Santiago, donde falleció ese mismo año y fue enterrado en el convento de Santo Domingo. Había contraído matrimonio en la Imperial, en 1588, con doña Francisca de Gaete, y fueron sus hijos Juan, Luis, Diego, Beatriz y Luciana. Tuvo particular devoción por Nuestra Señora, a la que dedicó la iglesia de la ciudad, que fundó en 1594 en la Punta de los Venados. Magnánimo y agradecido, dispuso en su testamento que se repartiesen mil ovejas entre los indios de su hacienda de Petorea, así como ordenó que sus

esclavas Isabel y Elena no fuesen vendidas. Si bien el fundador de San Luis firmaba *Jufré,* la firma Jofré aparece ya en documentos del siglo XVII y es la que adoptan sus descendientes.

FUENTES

- Archivo General de la Nación.
- Archivo Histórico y Gráfico de San Luis.
- Academia Nacional de la Historia: *Actas Capitulares de Mendoza*, Tomo I, años1566 a 1609, Buenos Aires, 1945.
- Acevedo, Edberto Oscar: *Documentación histórica relativa a Cuyo*. Mendoza, 1963.
- Avé- Lallemant, Germán: *Memoria descriptiva de la provincia de San Luis*. San Luis 1888.
- Cabrera, Pablo: *Los aborígenes del país de Cuyo*. Córdoba, 1929.
- Canals Frau, Salvador: *Tres estudios de etnología de Cuyo*. Mendoza, 1942.
- Draghi Lucero, Juan*: Introducción (a las Actas capitulares de Mendoza)*. Buenos Aires, 1945.
- El Oasis ─ *Periódico de intereses generales* ─ Redactor: Joaquín Carlés. Año IV, Núm. 319. San Luis, sábado 13 de marzo de 1880. Escribanía de Gobierno y Archivo General de San Luis.
- Espejo, Juan Luis*: La Provincia de Cuyo del Reino de Chile*, Tomo I. Santiago de Chile, 1954.
- Gez, Juan W.: *Historia de la provincia de San Luis,* Tomo I. Buenos Aires, 1916.
- Gez de Gómez, María Estela: *El escudo de San Luis*. Buenos Aires, 1942.
- Guerrero, César H.: *Juan Jufré y la conquista de Cuyo*. San Juan, 1962.
- Intervención Federal: *La Fundación de San Luis*. Informe presentado al Gobierno de la Provincia por los señores Guillermo F. Valerga Aráoz, Nicolás Jofré, Gilberto Sosa Loyola y Juan C. Saá. San Luis, 1944.
- Junta de Estudios Históricos de Mendoza: *Actas capitulares de Mendoza,* Tomo II. Mendoza, 1961.
- Leviller, Roberto: *Guerras y conquistas en Tucumán y Cuyo*. Buenos Aires, 1945.
- Medina, José Toribio: *Diccionario biográfico colonial de Chile*. Santiago de Chile, 1906.
- Montes, Aníbal: *Las sierras de San Luis*. Córdoba, 1955.
- Núñez Urbano, J.: *Don Ricardo Benabal, un olvidado precursor.* En revista "Virorco", Año I, Nº 1, p. 9. San Luis, junio de 1965.
- Pastor, Reynaldo A.: *La guerra con el indio en la jurisdicción de San Luis.* Buenos Aires, 1942.
- Pastor, Reynaldo A.: *San Luis ante la historia*. Buenos Aires, 1938.

- Saldaña Retamar, Reginaldo de la Cruz: *Del pasado puntano: Patronazgo de San Luis, Real Estandarte, Iglesia Mayor.* En revista "*Ideas*", Año II, Nº 24, p.303. San Luis, mayo de 1934.
- Udaondo, Enrique: *Diccionario biográfico colonial argentino.* Buenos Aires, 1945.
- Verdaguer, José Aníbal*: Historia esclesiástica de Cuyo.* Tomo I. Milán, 1931.
- Vignati, Milcíades Alejo: *Culturas prehispánicas y protohistóricas de la provincia de San Luis.* Buenos Aires, 1940 – 1941.
- Vignati, Milcíades Alejo*: Resultados antropológicos de algunos viajes por la provincia de San Luis.* Buenos Aires, 1936.
- Zuluaga, Rosa M.*: El cabildo de la ciudad de Mendoza.* Mendoza, 1964.

CAPÍTULO III

SAN LUIS EN EL SIGLO XVII

Raíz del localismo

La carencia de documentos o la falta de información no nos autorizan a sostener que "no hay nada digno de especial mención durante los treinta años subsiguientes al establecimiento de la ciudad de San Luis". Y aunque todo se hubiese reducido al "amargo recuerdo de aquella lucha a muerte con el salvaje de la frontera sud" ─ lucha que no podía ser recuerdo por cuanto no existió hasta mucho después ─ hay una ineludible obligación de tratar de averiguar cuál fue la vida de los puntanos a lo largo de esas décadas, acaso las más difíciles y seguramente a raíz de un quehacer todavía no bien comprendido.

La atracción de la tierra se muestra vigorosa desde los tiempos iniciales y no es necesario ahondar en la interpretación de los viejos y escasos papeles para advertir cómo el hombre de San Luis se aferra a su suelo. Así, pocos días después de la fundación de la ciudad, don Francisco Muñoz pide a Jofré que se lo prefiera en la posesión del Carrizal, como poblador más antiguo. No es, pues, el aprovechado encomendero que quiere crecer con el trabajo de los indios, sino el conquistador conquistado, el que se enamora del terruño y desea quedarse, arraigado en el dolor y en la esperanza de la gleba y la arena. El plácido verdor de Chalachiri y de Chumire guardarán no sólo su honrado sudor sino también sus sueños y, lo que es más ponderable, sus hijos con alma serrana.

El espíritu de la ciudad, su nervio y su rumbo aparecen sin sombras en la gestión que en 1603 el Cabildo encarga a don Andrés de Fuensalida para conseguir que el Gobernador de Chile confirme la fundación realizada por Jofré y limite las aspiraciones mendocinas, deslindando las jurisdicciones en el Desaguadero y liberando a los indios puntanos de trabajos y dependencias fuera de sus tierras.

Concedido esto y algo más por don Alonso de Rivera, los capitulares de Mendoza no dejaron de expresar que la supresión de las mitas puntanas señalarían la total destrucción de su ciudad y encargaron a su mayordomo lo hiciese así presente al Corregidor para que no se quitase tal servicio, "pues de derecho y conforme a las encomiendas de los vecinos deben gozar de ello". Alegaron también que la ciudad de San Luis se había poblado en términos de la de Mendoza "y los vecinos de ésta haber más tiempo de cuarenta años, desde que se pobló dicha ciudad, que han gozado y tenido de costumbre el venirse de mita los dichos indios, además de los que han enviado a Chile."

La lucha ─ mal que les pese a ciertos cronistas ─ no fue "con el salvaje de la frontera sud". Y esto no puede silenciarse, porque se deforma la verdad y se hace más difícil comprender lo que fue y lo que es.

El 15 de noviembre de 1604 el Corregidor don Jerónimo de Benavidez recordó al Cabildo mendocino, la comisión que tenía "para ir a la gobernación de los juríes y tratar con el gobernador de ella acerca de los términos de esta ciudad y de la ciudad de San Luis de Loyola y de toda esta provincia, para que se obvie los agravios y vejaciones que se han hecho por particulares". En efecto: desde Córdoba, "es notorio que han entrado soldados caudillos de mano armada, veintisiete leguas de esta ciudad de Mendoza, pasando más de catorce leguas delante de la ciudad de San Luis", llevándose muchos caciques e indios y quitándoles sus ganados, mujeres e hijos. Más, por estar ocupado Benavidez, el Ayuntamiento de Mendoza comisionó a los capitanes Andrés de Fuensalida Guzmán y Juan de Godoy para que, cualquiera de ellos, pasase a la ciudad de Córdoba a pedir la restitución de los indios y caciques "y se partiesen los términos de estas ciudades, según la antigüedad de las encomiendas hechas por los gobernadores de cada Gobernación".

Cabe destacar que tanto Godoy como Fuensalida eran encomenderos de la ciudad de la Punta que don Andrés fue uno de los más tenaces defensores de los derechos de San Luis, a la que sustentó sin desmayos. La representación que llevó ante el Gobernador Alonso de Rivera debe haber sido el origen de los dos reales cédulas fechadas en Lisboa el 29 de junio de 1619.

En una de ellas, dirigida al virrey y la Audiencia de Lima, el Rey expresa que por parte de la ciudad de San Luis de Loyola, le ha sido hecha relación que, respecto de estar muy distante de la ciudad de Santiago, convendría darle jurisdicción de por sí, nombrando en ella gobernador aparte, agregándole la ciudad de la Nueva Rioja y poblando otra en el Río Grande, sesenta o setenta leguas de la dicha ciudad, donde hay muchos indios vacos por encomendar.

La otra cédula, en la que solicita el informe de la Audiencia de Santiago de Chile, contiene la relación de San Luis en el sentido de que, por no estar declarados los términos de su jurisdicción y dónde se divide de la de Córdoba, se ofrecen de ordinarios muchos pleitos y diferencias. Pedía San Luis que, para evitar esos inconvenientes, "se lo mandase declarar, dándole la primera posesión."

Revelan estos documentos que San Luis no quiso para sí, un destino de paradero o fortín levantado junto al camino de las carretas, sino que buscó su autonomía de ciudad hispana, consciente de sus obligaciones y celosa de sus derechos. Que era, si bien se mira, una forma de robustecer el país de Cuyo, extendiendo la religión y asegurando sus confines.

El sentir de un pueblo

No son éstas las únicas noticias que se han conservado, sobre el espíritu de independencia que nutría la vida de San Luis. Otros documentos, hondos y esclarecedores, podemos ofrecer a la meditación de los estudiosos, porque no todo ha de ser leer de prisa viejos testimonios.

El 5 de mayo de 1632 el Cabildo acordó, no recibir al nuevo teniente de corregidor Domingo Amigo Zapata y dispuso que el sargento mayor Pedro Pérez Moreno, continuase ejerciendo dicho oficio. Para adoptar esas decisiones, los capitulares se apoyaron en el conocimiento que tenían sobre el estado de la tierra y en las declaraciones de los vecinos sabedores de las andanzas del pretendiente.

Don Francisco Rodríguez de Gamboa, regidor y alcalde de la santa hermandad, expresó que al Cabildo le constaba "por cartas y avisos que el gobernador don Gerónimo Luis de Cabrera y otras personas habían enviado a esta ciudad", que todos los indios de las ciudades de Londres y La Rioja y parte de los de la jurisdicción de San Juan, estaban rebelados "y han peleado muchas veces con los españoles y han muerto más de cien hombres, mujeres y sacerdotes". También le constaba, por aviso que diera el cacique principal don Francisco Muño, que en esta jurisdicción "están muchos indios juntos, prevenidos con armas y caballos, y que no han osado venir a esta ciudad (aunque no hay en ella más de tan solamente tres vecinos feudatarios y cinco moradores y muy pocas armas), por ser al presente teniente corregidor y justicia mayor en esta ciudad, el sargento mayor Pedro Pérez Moreno, persona que ha más de veinticinco años que reside en esta ciudad, pacificando y ayudando a reducir los indios de esta comarca; y por el buen nombre que tiene entre todos los dichos indios y los de las pampas, por ser muy valerosos soldado de mucha opinión, no se atreven a acometer esta ciudad y es muy cierto que si en esta ocasión fuera otra persona teniente, hubieran intentado llevarse esta ciudad los dichos indios".

En la información que el procurador de la ciudad Marcos Muñoz presentó para justificar su contradicción al recibimiento del nuevo teniente corregidor, varias personas declararon que si bien Domingo Amigo Zapata era vecino feudatario de San Luis, no tenía casa poblada ni atendía a las obligaciones de los vecinos. En cuanto a sus indios, los había arrendado a un vecino de Santa Fe; de ahí que pretendiera el gobierno, "para con más facilidad poder maloquear los dichos indios a costa de los vecinos y moradores". Además de haber maltratado a indios e indias, era público y notorio "en esta ciudad y en la de Mendoza donde reside, que es tenido y habido y comúnmente reputado por hombres de mala condición, amigo de pleitos y disensiones".

Recibirlo, pues, hubiera equivalido a hacer desamparar la ciudad. "Y estando desamparada, podrán los indios con mucha facilidad quemar la ciudad y llevarse las mujeres y lo demás que hallaren, con lo que quedará alzada toda la tierra."

Cinco años después, en abril de 1637, compareció el capitán Juan Luis Pacheco con título de teniente corregidor. En esta oportunidad lo contradijo Rodrigo de Narváez, quien ejercía el empleo desde febrero, con derecho a gozar el título durante un año y un día.

Los capitulares, tras manifestar que "tienen buen teniente que los mantiene en paz y justicia", asentaron en su libro de acuerdos que además, "todos los vecinos y moradores de esta ciudad han clamado y pedido a su señoría que no reciban tenientes nuevos, pues el que lo está usando no les hace mal ni agravio".

Expresaron los capitulares, asimismo, que el título de Pacheco "en su fecha diez días antes que el del capitán Rodrigo de Narváez, con lo que quedó revocado". Tampoco había en la ciudad quien le sirviese de fiador, "porque están los moradores ausentes". Finalmente, decían los hombres del Cabildo puntano: "Y cuando sea necesario se darán más causas y lo que el pueblo clama".

En septiembre de 1643 Juan Gómez Isleño intimó el cumplimiento de una real cédula de 1624, en la que la Audiencia de Santiago de Chile, en vista de los daños e inconvenientes que resultaban por no ser examinados ni aprobados los tenientes corregidores, mandó que no se ejerciese dicho oficio ninguna persona que no fuere examinada y aprobada por el Consejo o la Audiencia, ni los Cabildos la admitiesen, debiendo en cambio deponer "a los que en contra de esto estuvieren ejerciendo".

Inútil fue que el teniente gobernador de San Luis don Bartolomé de Ribas alegase que había sido aprobado en Mendoza: El Cabildo puntano le ordenó arrimar la vara, pena de doscientos pesos oro, además de enviarlo "preso y a buen recaudo", si no cumplía.

Seguidamente, el Cabildo mandó "que los vecinos y moradores de esta ciudad no obedezcan ni acaten las órdenes y mandatos del capitán Bartolomé de Ribas, por cuanto está depuesto de la vara de teniente de corregidor y justicia mayor por la cédula intimada a este Ayuntamiento, pena de cien pesos de oro aplicado a la cámara de su majestad al que no cumpliere con el tenor de este auto y real cédula, sin réplica ni súplica obedecida como dicho es".

La ciudad junto al camino

Todavía alguien soñaba con los Césares, en tanto el general Mosquera, desde Buenos Aires, atravesaba soledades para ir a llevar refuerzos de mil hombres al otro lado de la cordillera. Y una tras otra las cédulas reales mandaban sustentar las ciudades de Cuyo, que tendían a despoblarse por la continua extracción de indios y la falta de autoridades temerosas de Dios.

En la jurisdicción de San Luis, luego de confirmada la fundación hecha por Jofré, la acción poblador se vigorizó a pesar de los pleitos y rencillas que asomaban en lontananza, tanto del Naciente como del Poniente. Algunos documentos prueban que la población fue en aumento hasta 1630, año en que la comarca padeció los efectos de la peste introducida desde el Tucumán y el Litoral. Pero los papeles también sirven para disimular escondidos intereses y más de una vez se contradicen, obligando a mirar con atención más allá del duro rasguear de los amanuenses.

No uno sino dos o tres testigos, afirmaban en mayo de 1632 que en esta ciudad sólo había tres vecinos feudatarios y cinco moradores. Sin embargo, ese mismo mes, un capitular expresaba que "en esta ciudad hay muchos moradores que tienen vecindades con que sustentan casas, armas y caballos y hacen sus sementeras y acuden a lo demás".

Entre 1630 y 1647 se menciona a los encomenderos Francisco de Lariz, Domingo Amigo Zapata, Francisco Felipe, Juan Gómez Isleño, Marcos Muñoz, Pedro de Reinoso y Pedro Moyano Cornejo. Se destaca, asimismo, que algunas personas hacen de escuderos o sustentan vecindades ajenas, a pesar de tener la suya propia. El detalle es valioso: Juan Luis Pacheco tiene las vecindades de Diego Flores y de Diego de Salas; Juan Gómez Isleño, las de Andrés de Fuensalida y Jusepe Rodríguez de San Pedro; Marcos Muñoz, las de Bartolomé Maldonado, Valentín Fernández de Córdoba, Pedro de Zárate Bello y Bartolomé de Rojas; don Pedro de Reinoso, la de Alonso de Caravajal; el capitán Pedro Pérez Moreno ─ que no debe confundiese con el sargento mayor de ese mismo nombre ─ las de Francisco de Eraso y Antonio Chacón; y la viuda Inés de Valencia, las de Andrés Illanes de Quiroga, Francisco de Mena y Rafael de Zárate, "siendo mujer, que no puede tener vecindad ninguna".

Este importante documento ─ de fecha 12 de septiembre de 1637 ─ a la vez que pone en evidencia una de las causas que impedían el adelanto de la ciudad, es el primero que menciona el nombre de una mujer pobladora: doña Inés de Valencia. Junto a ella se agrupan las otras, como claras sombras: las que los pampas se llevarán si la ciudad es desamparada; la mujer del cacique Choromta, conducida a Mendoza en una collera; la mujer, la suegra y la cuñada de Melchor Fernández Crispín, que venían del puerto de Buenos Aires por el camino nuevo; las que claman que no se cambien los tenientes; la que Juan Escudero fue a buscar a Santiago de Chile; aquella que, a la puerta de la iglesia bailó con el Corregidor Juan de la Banda al son de un arpa; y aquella otra, hija de la tierra, que casó con Marcelo de Magallanes para que se quedase a poblar.

A mediados de 1632 se afirmaba que los pocos vecinos y moradores eran “todos muy pobres”. Cuatro años después, al Cabildo le constaba “la mucha necesidad que hay de comida y se padece mucha hambre, de que resulta estar apestados los naturales”. En 1637, el procurador don Pedro de Reinoso pedía que no se hiciesen malocas a los indios, “porque al presente no hay en qué ocuparlos ni qué darles de comer”. El teniente corregidor Pedro de Fuentes Pavón, en noviembre de 1650, pidió licencia para ir a Buenos Aires, “pues está pereciendo así su casa como la gente que tiene de indios y mucha chusma, por respecto de haberles faltado la comida y no haberla en esta ciudad para poderla comprar”. Ese mismo año el alcalde Juan de Acosta Acuña repetía que “en esta ciudad no viven más de tres vecinos encomenderos y cinco moradores” y agregaba: “es tanta la pobreza que apenas se pueden sustentar, por no tener granjerías por ser la tierra tan estéril, porque no tienen viñas y otros frutos y sementeras que no se dan”. Decía también que las cosechas eran escasas “por ser el agua tan poca”, “y así viven con necesidades que se pueden entender”.

Sin embargo, a partir de 1650 es notable el incremento de la ganadería puntana, merced a las recogidas de haciendas que se efectuaban en las pampas. Gracias a este importantísimo aporte, crecieron las estancias y fue posible comerciar activamente con Chile, si bien los intereses de muchos poderosos entorpecieron con insistencia esas labores, único recurso de San Luis.

La proximidad de la serranía — baluarte, recreo y despensa — hizo que la ciudad ofreciese pocos atractivos para un prolongado estar. De ahí que los vecinos cumpliesen apenas la obligación de sustentarla. Y no es extraño que en 1636 se ordenase poblar la ciudad, afirmando “está sola y se caen las casas”.

Entregadas las tierras a menos que transeúntes o despreocupados usufructuarios, no se volcaban sobre ellas el interés y el cariño de los auténticos pobladores. Una real provisión de 1633, dictada a requerimiento del Cabildo puntano, trató de extirpar ese mal disponiendo que las vecindades se diesen a los moradores que estuviesen acimentados pero que no se otorgasen a quienes moraban en San Juan y en Mendoza.

Alrededor del Cabildo

No son muchos los acuerdos del Cabildo puntano que han llegado hasta nosotros. Acaso lo más interesante se perdieron en el mismo siglo XVII, para que no quedasen constancias de disposiciones que gravitaban sobre intereses particulares, fueran ellos de tierra o de buena fama. El temor a la justicia también movió las manos de capitulares y allegados, no sólo en San Luis. Y si muchos se adueñaron de leguas y leguas de dudosa propiedad, no fueron menos los que evitaron manchar sus abolengos con tiznes de infieles o contrabandistas.

Evidentemente, nuestros capitulares no se caracterizaron por su actividad. A duras penas se reunían el primer día del año, para practicar la elección obligada. Y con tanto o más esfuerzo volvían a juntarse la víspera de la festividad del santo Patrono, para cumplir con el requisito de entregar el estandarte al nuevo alférez real. Pero, en general, a los acuerdos asisten tres o cuatro personas, incluso el teniente corregidor. De los demás, es frecuente que se diga que no están en la ciudad. En 1634 el sargento mayor Marcos Muñoz ordenó que los capitulares “se juntasen a Cabildo todos los sábados, pena de cuatro pesos, salvo que estén fuera del pueblo, dos leguas para arriba”. Y en 1643 el teniente corregidor Bartolomé de Ribas fue requerido por tres veces, en el asiento de las Chacras, para que asistiese al Ayuntamiento.

Difícil resulta determinar dónde se reunía los cabildantes. El 2 de enero de 1634 lo hicieron “en la chacra del sargento mayor Pedro Pérez Moreno, como una legua de la ciudad”, y en 1684 “en nuestro lugar acostumbrado”, sin agregar otra referencia.

Varias anotaciones indican que las casas para el Cabildo estaban en construcción. A ellas se aplica parte de las penas establecidas por el Ayuntamiento, aunque no se guardan documentos que demuestren la percepción de esas multas. En el acuerdo del 3 de junio de 1636 se expresa: “esta ciudad está sin casas de Cabildo y razón que se hagan; todos unánimes y conformes dijeron que se acaben las casas de Cabildo que están empezadas y se ponga por obra luego que acaben de sembrar, para lo que juntarán y repartirán lo que cabe hacer cada vecindad, y cómo se les ha de dar de comer a los indios que trabajaren, y se cobrarán las condenaciones que se deben para el Cabildo, y mandan se haga memoria de ellas y se traigan para proveer justicia”. Sin embargo, a fines de 1650, se testimonia la pobreza de la ciudad diciendo: “pues se ve que no se han podido hacer unas casas de Cabildo”.

En diversas oportunidades, los capitulares trataron de arbitrar recursos. Así, en 1627, dispusieron que no se cortase madera sin la debida autorización, medida que alarmó al Cabildo mendocino por el “gran daño” que ocasionaría a las ciudades de Mendoza y San Juan, que era donde se la aprovechaba. En 1649 volvieron a ocuparse de ese engorroso asunto, manifestando “que los Cabildos atrasados trataron y pusieron en ejecución, habida consideración a que los vecinos y moradores de esta dicha ciudad están tan imposibilitados y necesitados por la falta de comida para poder acudir a las obras públicas, que son de la iglesia matriz de esta ciudad que está por hacer el campanario y estribarla y las casas de Cabildo que están empezadas, y ser imposible que esto se pueda hacer y acabar sin ayuda de los troperos de carretas, que pasan cada día, así de la provincia como fuera de ella, atendiendo a que los susodichos llegan a esta ciudad y en ella y su jurisdicción cortan la madera que quieren y hacen carretas y llevan sus carretas con ella para sus granjerías cargadas de rayos, camas, ejes y mazas y todo lo demás de madera que quieren y que en esto no se les impide; y así, atendiendo a que no se les hace agravio, ordenamos que todas las tropas de carretas que vinieren de vuelta de viaje, de cualquier calidad que sean y de cualesquier personas, si trajeren veinte carretas (trabajarán) diez tapias, y por este tenor se vaya siguiendo, aplicando en esto al beneficio de las obras públicas dichas y aumento de esta república”.

Ante el reclamo de los vecinos y moradores de San Juan y Mendoza, el Corregidor Juan Ruiz de la Cuesta ordenó suspender tales servicios por los daños y gastos que ocasionaban a los carreteros, pues se huían los indios compelidos al trabajo de tapias, se perdían bueyes, mulas y caballos y “de ordinario faltaba el mantenimiento” en la cuidad de San Luis. Los capitulares puntanos si bien acataron la orden, no dejaron de hacer presente que en Córdoba, “siendo tierra tan abundante”, se ha dado para propios de la ciudad la madera que hay en su distrito y que en Buenos Aires las carretas que van con vino deben trabajar en las obras públicas.

El Cabildo de Mendoza, por su parte, había prohibido a los sanjuaninos sacar barro del que se empleaba para hacer vasijas para el trajín del vino.

Multiplicadas las haciendas en las tierras del sur, San Luis debió soportar las incursiones de sus vecinos, “sin embargo de tener otros medios de sustentarse, como son las minas, viñas y sementeras”. El Gobernador de Chile don Tomás Marín de Poveda determinó en 1691, que quienes se internasen a vaquear debían pagar un quinto al Cabildo de San Luis, impuesto ilusorio como tantos otros.

El hombre de la Punta

El camino tornó andariego al puntano. Pero también lo hizo volvedor. La sierra lo aquerenciaba, con su hilo de agua, sus maicitos, sus árboles tutelares. Y el caballo le daba a

beber horizontes de libertad. Cosa que sino está escrita con tinta, lo está con sangre heroica. Sin que le falte la floración de una copla o una tonada.

Anda el puntano. Ahí está, para certificarlo, el ir y venir de los cabildantes y los tenientes corregidores, que no pueden salir de la jurisdicción sin licencia. Pedro de Reinoso va al puerto de Buenos aires; Juan de Escudero a Córdoba, a San Juan y a Chile; Marcos Muñoz a Chile y a San Juan; Melchor Fernández Crispín atraviesa las pampas para ir a topar a su familia; Juan Gómez Isleño frecuenta San Juan y llega también hasta el Río Cuarto; Bartolomé Díaz viaja a Mendoza, para curarse; Diego José Olguín no descuida sus negocios al pie del Andes.

El puntano ─ indio o criollo ─ es aparcero de la huella. Va con las carretas, para arriba y para abajo. Se adentra en las pampas detrás del ganado cimarrón o para renovar la porfía de los antepasados, marchando hacia adelante. Siempre tiene algo que preguntarle al viento, a la nube, a la arena, al pasto, a las estrellas. Y deja su mensaje tanto en la ribera como en la ciudad empinada.

Los trajines del gobierno se le hacen cuesta arriba. Patente se ve hasta en el desempeño del alferazgo real. En el acuerdo del 8 de mayo de 1647 dicen los capitulares: “Algunos años atrasados han salido nombrados alféreces reales de esta ciudad para sacar el estandarte el día del señor San Luis, patrón de esta ciudad, y su víspera; y algunas personas, no atendiendo a la obligación que tienen de sacarle saliendo electos por este Cabildo, se ausentan y no acuden a sacarle; y así para remedio de lo dicho y para de aquí adelante no sean osado a faltar estos días, acordaron de hacer este auto para ahora y para adelante; y así mandamos que ninguna persona de las electas para aquel día falten o sacarle, pena de cien patacones para la fábrica de las casas de Cabildo y privación de oficio real por cuatro años a los que lo contrario hicieren”.

No sólo se eludía sacar la enseña: también se dejaba de acompañarla, así lo revela un auto de fecha 24 de agosto de 1689, en el que el alcalde Lorenzo Muñoz de Aldana dice: “Habiendo visto que muchas personas se excusan de acompañar el real estandarte, como vasallos del rey nuestro señor, y porque ninguno es reservado en semejantes días a subir a caballo y acompañar el real estandarte, por la presente mando que todos los vecinos y moradores de esta ciudad y pasajeros que al presente están en esta ciudad, suban a caballo y acompañen el real estandarte, pena de cuatro pesos aplicados a la cámara de su majestad y gastos de obras públicas por mitad y diez días de cárcel”.

Sin embargo, numerosas referencias demuestran que, más allá de formulismos y protocolos, el puntano amaba su tierra y la defendía no sólo del indio rebelde sino también del intruso y el ventajero. En ese sentido es notable la proficua labor de hombres como Marcos Muñoz, Pedro Pérez Moreno el Viejo, Juan Gómez Isleño, Rodrigo de Narváez, Francisco Díaz Barroso y Lorenzo Muñoz de Aldana. Y conste que en esta somera y muy limitada enumeración incluimos tanto a los hijos de la tierra como a los que se consubstanciaron con ella, enriqueciéndola con el esfuerzo de su carne y de su espíritu.

Hubo, sí, rencillas y enconos, nutridos muchas veces por los escabrosos y repetidos juicios de residencia a que eran sometidas las autoridades al investigarse la labor de los corregidores. Pero esos mismos resquemores son señales del fervor de la sangre enamorada del terruño y capaz de entregarse en obras de concordia y generosidad.

A fines de 1682 el teniente corregidor José Pardo Parragués, enfermo en Mendoza, informaba al corregidor que, desde San Luis, algunos capitulares y muchas personas le habían llamado “con todo aprieto” para que se hallase en las elecciones, “por estar dicha ciudad en bandos y esperarse para dichas elecciones muchos ruidos y disensiones”. Más notable y digna de recordarse nos parece la exhortación que solía dirigirse a los capitulares antes de que expresasen sus votos: “Que pusiesen sus ojos en Dios y hiciesen sus elecciones en paz y quietud en personas que vean por el bien y útil de esa república”. Exhortación que, a veces, el

escribano de Cabildo asienta de esta manera ejemplar: “Nos pidió, de parte de Dios y de su majestad, hagamos alcaldes que mantengan la república”.

En esa fe que busca “mantener la república” por los caminos de la paz y la quietud, finca el valor moral del puntano.

Y no sólo en el siglo XVII.

Vecinos y moradores mencionados entre 1600 y 1650

Álvaro de Acosta - Juan de Acosta Acuña - Martín Alonso del Rincón - Juan Amaro de Ocampo - Domingo Amigo Zapata - Juan de Benavides - Pedro Bravo - Juan Bravo de Navega - Agustín Bustos - Alonso de Caravajal - Antonio Chacón - Jerónimo de Chávez - Bartolomé Díaz - Juan Díaz - Francisco Díaz Barroso, el Viejo - Francisco Díaz Escudero – Francisco Domínguez – Francisco de Eraso – Juan Escudero de Aldana – Francisco Felipe – Valentín Fernández de Córdoba – Melchor Fernández Crespín – Manuel Fernández Tibel – Diego Flores – Andrés de Fuensalida – Martín de Fuensalida – Juan de Godoy – Juan Gómez Isleño – Francisco de Guzmán – Pedro de Guzmán – Andrés Illanes de Quiroga – Crispín Jorge – Francisco de Laris y Desa – Martín de Larrea – Gonzalo de Lorca – Bartolomé Maldonado – Hernando Martín Cecilio – Francisco de Mena – Antonio Méndez de Sosa – Antonio Moyano Cornejo – Alonso Muñoz – Francisco Muñoz, el Viejo – Francisco Muñoz, el Mozo – Marcos Muñoz, el Mozo – Pedro Muñoz – Diego Muñoz Bohorquez – Rodrigo de Narváez – Pedro de Olivera – Juan Luis Pacheco – Lorenzo Páez – Nicolás Pérez Mella – Pedro Pérez Moreno, el Sargento Mayor- -Pedro Pérez Moreno, el Capitán – Juan de Puebla – Alonso de Reinoso y Robles –Fernando de Reinoso y Robles - Pedro de Reinoso y Robles – Pedro de Ribas – Francisco Rodríguez de Gamboa – José Rodríguez de San Pedro – Bartolomé de Rojas – Francisco Roldán – Diego de Salas – Gabriel Serrano – Gregorio Serrano – Antonio de Sosa, el Mozo – Martín Tejeros – Inés de Valencia – Alonso de Videla – Jacinto de Videla – Francisco de Zapata – Rafael de Zárate – Pedro de Zárate de Bello.

Vecinos y moradores mencionados entre 1651 y 1699

Melchor de Altamirano – Alonso Bustos – Cristóbal Bustos – Domingo Bustos – Lucas Bustos – Juan Bustos de Varela – Alonso Casares y Godoy – Francisco Chacón – Antonio Díaz – Diego Díaz – Bernabé Díaz Barroso – Francisco Díaz Barroso, el Mozo – Juan Díaz Barroso – Antonio de Eraso – Diego Félix Escudero – Diego Gaitán de Escudero – Pedro Escudero – Bartolomé Fernández – Pascual Fernández de Porres – Jerónimo Flores – Nicolás de Fredes – Juan de Fuensalida – Antonio Garín de Azpeitia – Domingo Garín de Azpeitia – Diego Gil de Ortoño – Juan Gil de Ortoño – Juan Godoy del Castillo – Miguel Gómez Isleño – Bernardo de Igoztegui – Luis Lucio Lucero – Marcelo de Magallanes – José de Mena – Lorenzo Muñoz de Aldana – Juan de Ojeda – Diego José Olguín – Juan Vidal Olguín – Miguel Gerónimo de Orozco – José Pallero – Diego Pérez Moreno – Tomás Pérez Moreno – Cristóbal Pizarro – Francisco Pizarro – Marcos del Pozo – Jacinto de Quiroga – Pedro de Quiroga – Antonio Rodríguez Brito – Francisco de Salamanca – Francisco Salinas – Antonio de Salinas y Narváez – Bartolomé de Sosa – Francisco Tobar – Andrés de Toro Mazote.

En esta lista – que no pretende agotar tan riesgoso tema – no se incluyen los nombres que ya figuran en el período 1600 – 1650.

FUENTES

- Archivo Histórico y Gráfico de San Luis.
- Academia Nacional de la Historia*: Actas capitulares de Mendoza*, Tomo I. Buenos Aires, 1945.
- Acevedo, Edberto Oscar: *Documentación histórica relativa a Cuyo*. Mendoza, 1963.
- Cabrera, Pablo: *Los aborígenes del país de Cuyo*. Córdoba, 1929.
- Draghi Lucero, Juan: *Introducción (a las Actas capitulares de Mendoza*). Buenos Aires, 1945.
- Escribanía de Gobierno y Archivo General de San Luis.
- Espejo, Juan Luis*: La Provincia de Cuyo del Reino de Chile,* Tomo I. Santiago de Chile, 1954.
- Gez, Juan W.*: Historia de la Provincia de San Luis*, Tomo I. Buenos Aires, 1916.
- Junta de Estudios Históricos de Mendoza: *Actas capitulares de Mendoza*, Tomo II. Mendoza, 1961.
- Montes, Aníbal: *Las sierras de San Luis*. Córdoba, 1955.
- Saá, Víctor: *El Cabildo puntano*. San Luis, 1964.

CAPÍTULO IV

AFIRMACIÓN DE SAN LUIS EN EL SIGLO XVIII

Población de la campaña

Para vigorizar la ciudad de San Luis, era preciso aumentar sus pobladores tanto en el escueto recinto, demarcado alrededor de la plaza, cuanto en los valles y aguadas propicias. Hablar simplemente de munificencia real es olvidarse de las penurias y sacrificios que implicaba la ardua empresa de poblar, bajo la amenaza de un enemigo que, día tras día, se tornaba más belicoso.

En 1603, a petición del Cabildo, el gobernador Alonso de Rivera facultó al corregidor para señalar chacras, tierras y solares a las personas que quisieran avecindarse en San Luis. Paralelamente se continuó otorgando mercedes y encomiendas, para que el proceso de colonización se efectuase con eficacia.

Todos los confines fueron alcanzados por los tenaces pobladores. Lagunas del noroeste, cerrilladas del sur, apacibles rincones de la sierra tutelar, nada dejó de conmoverse al reclamo del trabajo y del esfuerzo. El indio y el criollo, en función heroica, extendían el vigor de la hispanidad.

En 1674 Domingo Sánchez Chaparro tomó posesión de diez mil cuadras en la rinconada de San Francisco, hacia la punta de Quines. Ese mismo año Jerónimo de Quiroga obtuvo la encomienda del Morro, con el cacique Juan Cuaiguacuendi. Andrés de Toro Mazote, en 1677, pidió cuatro mil cuadras junto a las sierras de los Comechingones, desde la Sepulturas hasta los Chañares. Juan Bustos y Cristóbal Muñoz obtuvieron tierras en las cercanías de Rumiguasi, en tanto que Alonso Garro poblaba Socoscora y Juan Díaz Barroso los cerros del Rosario.

En Conlara, Toro Mazote mereció otras cuatro mil cuadras en 1695. Y mientras los herederos de Francisco Muñoz defendían sus antiguos derechos, la sierra se poblaba promisoriamente: Francisco Díaz Barroso en Tomolasta, José de Mena en Guanacopampa, Ignacio Gutiérrez en el Cerro Blanco, Miguel de Vílchez en el Rincón de Calancho.

No es un reducido grupo de poderosos aprovechando la mano abierta del rey. Es la tierra toda que florece en hijos. Por eso cualquier enumeración resulta vana, pues hay algo más fuerte y duradero que los títulos de propiedad.

La necesidad de prevenir sorpresas de los indios alzados, obligó a establecer en diversos parajes destacamentos militares cuyos integrantes sin dejar de permanecer alertas, cultivaron la tierra y criaron ganados mayores y menores. Así nacieron pequeñas poblaciones, que cobraron más vigor al concentrarse junto a oratorios y pequeñas capillas construidas por particulares. Al mismo tiempo, la toponimia se convierte en encendido testimonio de religiosidad: San Francisco, Renca, Santa Bárbara o la capilla de Mercedes de la Punta del Agua nacen como destellos de fe.

A principios de 1745 el obispo Juan González Melgarejo atravesó la jurisdicción puntana, dirigiéndose a su sede santiaguina. Advirtió entonces cuán necesario era establecer por lo menos dos villas entre el paraje de la Punilla y la ciudad de San Luis. Sus instancias determinaron que la Junta de Poblaciones de Chile propendiese a erigir villas en los lugares denominados Santo Cristo de Renca, Tablas y Pulgas, “para que reducidos en ellas los muchos vecinos dispersos en grandes distancias, lograsen la instrucción en nuestra santa fe, la recepción de los santos sacramentos y demás beneficios espirituales y temporales consiguientes a una población bien reglada”.

Para realizar esta empresa fue comisionado el oidor Gregorio Blanco de Laisequilla, a quien el 2 de mayo de 1753 se dieron instrucciones precisas para el mejor cumplimiento de su cometido. Entre ellas figuran las siguientes:

> “Que hiciera reconocimiento del paraje de las Pulgas (hoy Mercedes) uno de los destinados a una nueva población, que serviría para resguardar las estancias de la ciudad de San Luis; y si hallase que en ese sitio concurrían las cualidades necesarias y suficiente vecindario capaz de sostener las invasiones de los indios pampas, eligiera el más acomodado, repartiera solares para la iglesia, obras públicas y casas particulares, tierra para chacras y estancias y eligiera una persona para ejercer en el pueblo la superintendencia y administración de justicia, mientras se la enviase título en forma por el gobierno de Chile; y porque, como el principal fin de estas poblaciones era la enseñanza de los infieles en los misterios de nuestra santa fe, requiera al cura de la ciudad de San Luis pusiera en el nuevo pueblo un sacerdote del clero secular o regular, que supliese su obligación y llenase este misterio, mientras que por el obispo se diese la providencia conveniente.
>
> Que habiendo sido elegidos para el mismo fin y destino los parajes del Santo Cristo de Renca y de las Tablas, sujetos a la jurisdicción de San Luis practicara el corregidor el mismo reconocimiento y matrícula y demás diligencias como para el pueblo antes citado. Que en atención a que no debían fundarse nuevos pueblos en perjuicio de los antiguos, hiciese que los tres acordados en los

> parajes de Santo Cristo de Renca, las Tablas y las Pulgas, se formasen en su mayor parte con los hacendados de sus respectivos contornos que eran vecinos de la ciudad de San Luis y procediese de modo que quedasen en esta ciudad los suficientes de los que tenían estancias en su inmediación, a los que obligase a fabricar casas a donde llevasen sus familias, y tuviesen sus hijos, la instrucción y educación cristiana y política".

Blanco de Laisequilla, si bien no concretó la formación de pueblos en las Pulgas y las Tablas o Carpintería, formalizó la villa de Renca y mandó trazar otra con el nombre de Nuestra Señora de Mercedes, en las cercanías de la Punta del Agua o capilla de los Funes.

También informó que la jurisdicción de San Luis "se extiende ochenta leguas de norte a sur entre dos sierras, que la primera empieza desde la misma ciudad dirigiéndose al norte, y a veinte y cuatro leguas la otra al oriente, principiando rigurosamente de la Punilla, y divide las dos jurisdicciones, de la referida ciudad y de la de Córdoba".

En esta ciudad, las providencias del oidor tendieron a asegurar el buen reparto del agua – constante motivo de rencillas – y a lograr que los vecinos edificasen casas para morar, como estaba mandado.

El cauce religioso

Al fundar la ciudad, Jofré le dio por patrono a San Luis rey de Francia y puso la iglesia matriz bajo la advocación de la Inmaculada Concepción, acaso para hacer más claro el recuerdo de la Medina de Río Seco vallisoletana, donde la Virgen tenía una capilla con ese título. Y aunque en la Punta, durante más de un siglo, no hubo un San Luis de bulto, grande era la difusión de imágenes en la jurisdicción, como lo certifican numerosos documentos.

La Virgen del Rosario acaparó, en forma notable, el fervor de los puntanos, sin que los inventarios dejen de mencionar otras advocaciones, como Nuestra Señora de Luján, la Virgen de los Dolores, Nuestra Señora de Copacabana, Nuestra Madre de Mercedes o Nuestra Señora del Carmen.

Del Hijo de Dios tampoco escasean las referencias, llámasele Señor de la Columna, Señor de la Agonía, Señor de la Paciencia, Santo Cristo o Crucifijo, como el muy famoso de Renca, o blandamente Niño Dios.

San José y Santa Bárbara, Santa Rosa y San Vicente, San Francisco y Santa Margarita, por no citar más que unos pocos, también aparecen mencionados con significativa reiteración. Pero la somera enumeración no puede faltar el San Antonio de las Baigorrias, tallado en madera, cuya devoción en esta ciudad consta por larguísimas décadas.

Muchas de esas imágenes provenían de otras regiones y se transmitieron, como preciada herencia, de padres a hijos; pero, andando el tiempo también se tallaron en esta provincia.

Como requisito esencial de la fundación, el general Luis Jofré hizo construir la iglesia matriz. Elemental rancho, que los vecinos ayudaban a levantar luego de las mudanzas, robustecido por el cielo de los capitulares y el tesón de los indios que venían a servir. Tanto en el Bajo como en el Talar debe haber ocupado el costado este de la plaza, así como estuvo durante cerca de dos siglos en la planata definitiva de la ciudad. Hacia 1650 se trató de dotarla de un campanario y reforzarla con estribos, como consta en las actas del Cabildo, las mismas que dicen de lo difícil del empeño.

Fue su primer cura el chileno Eugenío Martínez, según enseña Verdaguer. Pero quien más se distinguió como defensor de los indios fue el presbítero Alonso de Reinoso y Robles, de estirpe fundadora.

Debemos a tan prestigioso historiador esta otra valiosa noticia: "El convento dominico de la ciudad de San Luis de Loyola, bajo el título de Santa Catalina Virgen y Mártir, fue fundado,

según parece, a principio del siglo XVII por el prior del convento de Mendoza y vicario provincial de los conventos de Cuyo, J. Fr. Acacio de Naveda, quien en 1603 nombró vicario del convento de San Luis al P. Antonio Garcés".

Muchas páginas magistrales escribió el P. Saldaña Retamar sobre la fecunda labor evangelizadora desarrollada por la Orden de Predicadores en toda la jurisdicción puntana. Tanto la toponimia como la devoción popular a la Virgen del Rosario testimonian, aun en nuestros días, esa siembra constante y generosa.

También los mercedarios actuaron en San Luis y aunque su convento se despobló en 1613 por no poderse sustentar, debido a los pocos habitantes con que contaba la ciudad, la advocación de Nuestra Señora de las Mercedes creció como un dique de esperanza puesto a los malones ranquelinos.

En cuanto a la tarea realizada por los jesuitas, ella no ha sido siempre bien comprendida y más de una vez sólo ha merecido comentarios enherbolados, hijo de la pasión banderiza. Tampoco falta quien se atreva a poner en duda la acción educativa que los soldados de San Ignacio llevaron a cabo en esta ciudad. Sin embargo, son varios los documentos que esclarecen tan interesante aspecto de la cultura puntana.

Apoyándonos en ellos podemos afirmar que, a fines de 1726, los herederos del maestre de campo Francisco Díaz Barroso vendieron al Colegio de Mendoza la sala y cuadra de tierra situada al norte de la plaza en 175 pesos, suma que fue pagada el tercio en plata y lo demás en ropa. Desde Santiago de Chile, con fecha 22 de enero de 1732 el Superior Claudio Cruzat escribía al Cabildo de San Luis en estos términos: "Recibí la carta de usías, con la cual me quisieron favorecer, y reduciéndose toda ella a significarme el deseo que tiene usías y toda esa noble ciudad, a que la Compañía haga en ella fundación, proponiéndome los medios para que se facilite la ejecución de dicha fundación, no puedo menos que rendir a Dios las gracias del cristiano celo que abraza el corazón de usías atendiendo al bien espiritual de todos los vecinos y moradores de esa noble ciudad, que se persuaden se aumentará con la asistencia de los hijos de la Compañía, cuyo fin es cultivar la viña del Señor y llevar y enderezar las almas para que consigan el eterno galardón de la gloria; y por otra parte no puedo menos que apreciar el concepto que usías tienen de la Compañía. Esto supuesto, pueden usías tener por cierto que desde que entré al oficio de Provincial, ha sido mi deseo se efectuase dicha fundación, enterado de los ardientes deseos de usías para lograr en esa ciudad la asistencia de los de la Compañía, pero como los deseos no bastan cuando faltan los medios, esta imposibilidad me ha retardado el ponerlo en planta, porque no teniendo medios para poderse sustentar los sujetos de la Compañía, no podemos empeñarnos ha hacer fundación, porque bien saben usías que la Compañía, para mantener a sus hijos, no tiene el subsidio de capellanías, misas, entierros, y otros emolumentos que gozan las demás sagradas religiones para mantener a sus religiosos, y faltando estos socorros a los de la Compañía, se ha de buscar lo necesario para vestirlos, alimentarlos y para todo lo que es necesario al culto divino, y el medio de conseguir este alivio es con sus haciendas atendiendo a su cultivo, para que de su producto perciban los efectos para su manutención. Hasta ahora no se ha podido conseguir hacienda, y usías me proponen de la hacienda que tiene prometida el maestre de campo don Andrés de Toro para dicha fundación; si esto se consigue, se abre la puerta para dicha fundación; yo al presente, con sumo calor y eficacia; atiendo a este negocio, solicitando haga la escritura de donación de dicha hacienda, y estén usías seguros que al punto enviaré sujetos que den principio a la fundación que tanto desean usías, que conozco será de mucha gloria de Dios, pero sin dicha hacienda no es posible envíe Padres que principien la fundación, por las razones que tengo propuestas a usías".

Obtenida la donación de la Estancuela, el corregidor Juan de Oro Bustamante y Santa María dictó un auto en San Luis el 27 de agosto de 1732 en el que decía: "En atención a que los Reverendos Padres de la Compañía de Jesús se han presentado ante el ilustre Cabildo de

esta ciudad con una real provisión… en que la Real Audiencia de este reino les da por concedida la licencia de sus superiores para la fundación de su residencia en esta ciudad, con el fin de que se eduquen los niños en la buena política y doctrina cristiana, cuyo medio se conseguirá con la habitación de todos los vecinos de esta dicha ciudad y su jurisdicción…, ordeno y mando a todos los vecinos y moradores, que dentro de un mes se pongan a edificar casa en la parte que eligiere cada uno que se le señalará el sitio competente… de lo que resultarán todas buenas consecuencias, así en el bien de las almas como en los niños que aprenden a leer y escribir".

El establecimiento de los jesuitas fue resistido por quienes se consideraban con derecho a las tierras de la Estancuela, y en la primavera de 1733 promovieron un motín del que no han dado noticias los historiadores. Fue su promotor el sargento mayor Miguel de Adaro, secundado por Francisco Alaniz, quien firmó una petición "por todo el Común de la Falda".

En ese documento se expresa, entre otras cosas: "El Común dice salgan los padres jesuitas del paraje de la Estancuela, que así conviene al servicio de ambas majestades… y se retiren con sus haciendas a otra parte, que si prosiguen, quedará esta ciudad sin estas tierras ni se pagarán diezmos a dicha ciudad ni dicha compañía de soldados, ni demás gente obedecerán a estos superiores, sino a los de Córdoba, que allá se pagarán diezmos y primicias, como se solían pagar…Hoy dichos padres echan a los descendientes del capitán Bartolomé Fernández y a los descendientes de los Garines, todos conquistadores y pobladores de esta ciudad de San Luis, por un hombre que ni advenedizo sino por noticias pedía tierras cuantas había, pedía hasta indios cristianos y pampas, sólo con el fin de querer titular… Para que vaya a más esta ciudad, no se han de echar los vecinos y descendientes de conquistadores: ha de dárseles sus tierras pues las han conquistado y defendido".

De este ignorado motín, destacamos que el corregidor Antonio de Escorsa señala "las circunstancias de los mismos vecinos, junto con el Cabildo, pidieron y suplicaron al Reverendo Padre Provincial fundase aquí una residencia para la educación y enseñanza de sus hijos".

Significativos nos parecen los datos que suministra el inventario de la biblioteca dejada por los jesuitas al ser expulsados en 1767, formada por más de trescientos volúmenes en latín, romance, portugués, italiano y francés, entre los que hallamos las *Guerras civiles de Francia*, una *Aritmética* de Ventallol, *los autos sacramentales*, *las Musas castellanas* y *las Obras póstumas* de Francisco de Quevedo, *las Bucólicas Geórgicas* de Virgilio, *las Oraciones* de Cicerón y, lo que es más notable, algunos manuscritos de Lógica, Física, Teología y Metafísica, en su mayor parte del P. Francisco Suárez.

Maderas y frutales

Cuando el 9 de agosto de 1593, en la ciudad de Mendoza, el general don Luis Jofré dona doscientas cuadras de tierras en la dormida del Carrizal, a tres leguas más o menos de la Punta de los Venados, lo hace porque don Francisco Muñoz se las pide para ellas "hacer sus chacras y tener sus ganados". En las mismas razones fundamenta su solicitud el capitán Juan Luis de Guevara, a quien Jofré hace merced de otras doscientas cuadras en el mencionado paraje. La merced de tierras hecha en octubre de 1594 a Juan de Barrera Estrada y a su hijo, parte en el Carrizal y parte en las cercanías del cerro de los Apóstoles o Tiporco, estaba también destinada a poblar dos estancias, lo que demuestra que la ganadería fue la primera ocupación de los vecinos de la nueva ciudad.

A poco andar hallamos un significativo testimonio del quehacer de los pobladores de San Luis. En la primavera de 1595 el capitán don Juan Luis de Guevara vende a Francisco Muñoz las doscientas cuadras que poseía en el Carrizal. Y lo hace por "25 piernas de tijera de 14 a 15 pies de largo y 14 umbrales de dos palmos de ancho y de largo como un eje, toda la cual dicha

madera ha de ser de quebracho". De este modo, junto a la ganadería, nace la artesanía de la madera, aprovechando la riqueza de los montes puntanos y para suplir la notoria falta de ese material tanto en San Juan como en Mendoza.

Las cuatro donaciones de tierras más antiguas que conocemos (tres en el Carrizal o Estancia Grande y la otra en las proximidades de los Cerros del Rosario), mencionan las cercanía del camino de las carretas y hacen referencia a las *dormidas* o paraderos donde las tropas solían "hacer noche", atráidas por las ventajas naturales que esos lugares ofrecían, principalmente el agua y el pasto. Estas *dormidas* o *tambos* como las denominaban los hijos del Inca, dieron origen a las postas, cuando la esperanza de algún vagabundo echó raíces en la cordialidad del paisaje verde y musical.

El laboreo de la madera sirvió entonces a la acuciante demanda de la carretería que debía liberar a Cuyo de esa prolongada y periódica esclavitud de la cordillera cerrada por las nieves. Bajo la dirección más intuitiva que técnica de los vecinos españoles, los indios puntanos aprendieron a manejar la sierra y el escoplo, la azuela y el martillo, para transformar las generosas y recias maderas del terruño en camas y ejes de carretas, que se armaban en estas mismas tierras, hasta donde llegaban con insistencia los hombres de Mendoza y San Juan, en su trajinar mercantil. La toponimia puntana ha guardado alguna lejana referencia a esta primitiva ocupación de los moradores de San Luis. El lugar de la Carpintería, en las proximidades de la Piedra Blanca, denominóse también las Tablas, señal inequívoca de que la industria o la artesanía de la madera, floreció antaño en esos parajes.

Cuando el Protector de los indios naturales don Juan Vidal Holguín, en nombre de Julián Colocasi, reclama por suyas las tierras de San Francisco o de Chutunso, como se nombraban en el idioma de su tribu, expresa que el capitán Sánchez Chaparro – quien las pidió en merced – enamorase de su amenidad cierta vez que desde San Juan llegó hasta ese valle en busca de maderas para carretas.

Los bosques puntanos brindaron la primera y cordial moneda de muchas transacciones, así como alimentaron la codicia de tantos transeúntes. Porque las lentas tropas que atravesaban la jurisdicción de San Luis se daban tiempo para que sus peones y troperos hicieran buen acopio de madera labrada, sin que de nada valiesen las disposiciones del Cabildo puntano, que con insistencia protestaba contra ese avance que en nada beneficiaba a los pobladores de esta ciudad.

Mientras las hachas abatían los robustos algarrobos, quebrachos y caldenes, otros eran los árboles que comenzaban a desplegar al viento, recios sus banderas vegetales…Difícil, por no decir imposible, resulta reconstruir ese progresivo y cordial itinerario, sobre todo si se tiene en cuenta que los archivos de San Luis guardan muy pocos papeles anteriores a 1700. Ellos muestran, sin embargo, que junto a los fragantes molles, a los retorcidos espinillos, a los espinudos talas y a las gráciles y humildes cañas – sin olvidar, por cierto, a las ubicuas jarillas y a las musicales palmeras, que orlaban tanto el faldeo de la sierra en los Papagayos, como los rincones soleados de San Francisco – el terruño se iba enriqueciendo con otros árboles útiles, como el sauce, el durazno y la higuera. Esta última, particularmente, constituyó uno de los puntales de la modesta economía puntana. Con la algarroba, los higos ofrecieron el alimento de muchos días y de interminables años. Y fueron también el elemental producto del trueque, abriendo horizonte a otras actividades más remunerativas.

Entre 1700 y 1800 los documentos consignan asimismo otros frutales, cuya minuciosa enumeración tal vez no ha de resultar superflua. A la par de duraznos y de higueras, numerosos y frecuentes, figuran también – aunque en menor cantidad – manzanos, membrillos, nogales, granados y ciruelos, a los que hay que agregar todavía perales, albaricoques, guindos olivos y almendros.

Don Victoriano Jorge Couto – un portugués avecindado en la ciudad de San Luis – dejó al morir trece parras de uva moscatel, según se anota en el inventario de sus bienes, hecho en

1752. Pero un documento de 1805 revela antecedentes notables con respecto al cultivo de la vid: nada menos que 3568 cepas poseía don José Ignacio Fernández, quien era dueño además de dos higuerales con doscientas y tantas plantas frutales, es decir, productivas. Y no se piense que sólo en la ciudad se cultivaba la vid.

Ella prodigaba la alegría de sus racimos – unas veces en parrales y otras en braceros o espaldares – en todos los rumbos de la campaña puntana: en San Francisco y la Arboleda, en Quines y en San José, en La Cruz y en la Estancia Grande. En este paraje – aquel Carrizal de las primeras mercedes jofrecinas – en 1801 don Prudencio Miranda era dueño de una viña con 166 cepas, en tanto que en su propiedad del Durazno y al cuidado de don Lázaro Barroso, había otras 24.

Como denominación de un paraje cercano al río Conlara, el sauce aparece mencionado en papeles de 1712. En cuanto al álamo, es probable que su introducción en San Luis se deba al infatigable patricio don Tomás Baras. Según su propia afirmación, los primeros que se cortaron en esta ciudad, en 1824, fueron los que él mismo plantó. Sin embargo, conviene recordar que en diciembre de 1822, al hacer el inventario de la estancia de la Guardia del Morro, se anotaron entre los bienes de don Juan Esteban de Quiroga algunos frutales y doce álamos delgados.

Algo más sobre agricultura

Muñoz y Luis de Guevara – este Luis es apellido – solicitaron las tierras del Carrizal para hacer sus chacras. Posiblemente el cultivo inicial haya sido el maíz; pero al año siguiente Muñoz pidió también un solar en la ciudad para construir un molino, aprovechando las ventajas del Bajo.

Los pobladores que se diseminaron por la jurisdicción puntana buscaron siempre la proximidad del agua para asegurar, en cierto modo, el éxito de las sementeras. De ahí arranca el crecimiento de algunos pagos apacibles y fecundos, como los del Saladillo, de Conlara abajo, de las Cortaderas, de la Piedra Blanca, de la Punta del Agua o de la Larca. Este mismo nombre de Larca – que algunos han supuesto aborigen – recuerda el quehacer agrícola de los antiguos moradores de esta hermosa región serrana. Porque *Larca* fue en un principio *la arca*. Y esta voz *arca* – española, que no indígena – equivale a lugar desde donde se distribuye el agua, acueducto, reguera o acequia, si la reducimos a nuestro paisaje criollo.

Los traslados de la ciudad, que tuvo dos ubicaciones anteriores, habrían obedecido a la necesidad de buscar tierras más aptas para las huertas, pues al no tener en el recinto de ella medios para subsistir, sus habitantes la desamparaban para dedicarse a las faenas de las estancias y las chacras. En 1636 el Cabildo ordenó que todos los vecinos y moradores de esta ciudad viniesen a poblarla; pero los notificados se negaron a ello, aduciendo que estaban sembrando. Los capitulares, sin embargo, insistieron en que era justo que la ciudad se poblase y que todos los vecinos y moradores, hombres y mujeres, viviesen en ella resolviendo en definitiva “que asistan a hacer sus sementeras, que cuando muchos se ocuparán veinte días en acabar todos y como fuesen acabando se vengan a esta ciudad y la tengan poblada”. Un año después, el alcalde Juan Gómez Isleño fue de parecer que saliesen tres o cuatro hombres a traer algunos indios para aderezar la iglesia “y para sembrar maíz y rezar”.

Diversos documentos de los archivos puntanos ponen de relieve la preocupación de los cabildantes por asegurar el beneficio del agua a todos los pobladores de la ciudad. Generalmente en el mes de septiembre, “por estar próximo el tiempo de las sementeras de maíz y otras legumbres”, según se expresa, el Cabildo ordenaba acondicionar las hijuelas y cerrar todos los desagües no autorizados.

Entre esos cultivos a que se dedicaban los vecinos, es preciso destacar el zapallo, al que no vacilamos en asignar una importancia semejante a la de los higos en la economía del hogar puntano.

Así lo certifica, por ejemplo, el testamento de doña Águeda Rodríguez de Pedernera, vecina del río de Conlara, quien dio al indio Pascual tres almudes de zapallo charque para que se los vendiera. Y entre los bienes que don Gabriel de Aguilera poseía en 1742 en el paraje denominado Cabeza del Novillo, figura una chacra de maíz y zapallos. Si bien las pruebas documentales son escasas en el siglo XVIII, después de 1810 existen noticias por demás interesantes, que podrían servir para un estudio particular de este verdadero señor de las huertas de San Luis.

El informe que Sobremonte escribiera en 1788 para describir la Intendencia de Córdoba, suministra valiosas referencias:

> "Las labranzas, cultivos, frutos y especies que hacen el ordinario alimento de los habitantes son el trigo y el maíz, y en las ciudades del partido de Cuyo las frutas de que abundan sus chacras y huertas, señaladamente brevas, higos, duraznos, peras, pues en la estación que se dan, toda la gente pobre, que es el número mayor, las recoge para su sustento diario, y aún los más recogen las que pueden conservarse en el invierno para lo mismo.
>
> El trigo lo usan en pan, habiéndose extendido más este alimento en los tiempos presentes que cuando abundaba la carne; el de más pequeño grano, o inferior, lo emplean cocido con la carne; del maíz hacen el mismo uso y también en los guisos, cocido entero cuando está tierno, y desgranado cuando se halla más duro el grano. En San Luis no se cosecha trigo, porque no tienen molino alguno en qué reducirlo a harina.
>
> En todas las jurisdicciones se cultivan las habichuelas o judías, que llaman poroto, y la calabaza que conocen con el nombre de zapallo, y uno u otro es por su abundancia alimento de la gente pobre. En las más partes se dan bien las habas y guisantes que llaman chauchas."

Podemos completar estas noticias de Sobremonte añadiendo que, en diversas épocas, San Luis tuvo molinos de trigo en esta ciudad, en Renca, en Merlo y en las Tapias. De este último – que perteneció a don Agustín Giadas y estuvo al cuidado de don Francisco Goda – ha quedado una valiosa descripción debida a la infatigable pluma de aquel puntano ejemplar que fue don Marcelino Poblet.

Finalmente, diremos que ya en 1725 los puntanos cosechaban sandías. En cuanto a los melones, también los mencionas los viejos papeles, aunque varias décadas después.

Noticias sobre ganadería

Rica era la jurisdicción puntana en especies silvestres como guanacos, avestruces y venados. Más aunque ellas hayan resuelto el problema de la alimentación de los primeros pobladores, nuestro particular interés radica en los ganados mayores y menores que, por existir en Mendoza y en San Juan al tiempo de la fundación de San Luis, por esa misma época – sino antes – deben haberse multiplicado en esta región.

Una vez más la toponimia viene en nuestra ayuda. Hallamos así, en antiguos papeles, los parajes denominados la Majada y Cuchicorral. Si el primero prueba la existencia de cabras y ovejas, el segundo – que certeramente el P. Luis Joaquín Tula tradujo por Chiquero – certifica

que los cerdos también brindaron su aporte a la economía puntana. Con respecto a este tosco pero rendidor animal, recordaremos que su proliferación en esta ciudad constituyó una permanente preocupación para los capitulares, que con reiterados bandos de buen gobierno trataron de confinarlo al Río Seco. Asimismo, su crianza se extendió al sur del Saladillo y en las riberas del río Quinto.

Las mulas, criadas principalmente en las cercanías del Morro, Paso Grande y Saladillo, fueron el más preciado artículo de comercio con las provincias del Norte, hasta que el ganado vacuno se puso por así decirlo. Al alcance de la mano.

Pero es el caballo el primero y más valioso elemento del hombre de esta tierra. Las disposiciones reales establecían que todos los vecinos debían hacer sus casas y tener armas y caballos para acudir a lo que se ofreciere en servicio de su majestad. Don Juan de Adaro, corregidor de Cuyo, autorizó en 1633 al teniente de corregidor de San Luis, sargento mayor Pedro Pérez Moreno, para que en persona saliese a las pampas, fuera de su jurisdicción, a mandar recoger caballos, para el real servicio. Desde entonces, los caballos abundaron en San Luis, sin que el Cabildo dejara de recomendar “que no se quiten a los indios”.

Sobremonte, en 1785, estimaba que el ganado caballar de la Punta superaba las 15.000 cabezas, en tanto que San Juan tenía cerca de 9.000 y Mendoza no pasaba las 1.500. Algunos años después don Francisco Gutiérrez se convierte en el primer poblador de la frontera del Bebedero, en cuyos campos se multiplicaron 400 vacunos y una potrada que había traído de la jurisdicción de Buenos Aires. Desparramados por esas vastas llanuras, los ganados proliferaron hasta el punto de llamar la atención de los mendocinos, que realizaron frecuentes incursiones para apoderarse de la hacienda cimarrona.

En 1725 las autoridades ordenaron que no debía darse caballos a los indios, por el peligro que podían significar. Pero ya era tarde: criollos e indígenas se robaban mutuamente ese valioso auxiliar de pelea, cuando no lo cambalacheaban por ropas, aguardiente, frenos o cuchillos, en los frecuentes tratos en el paraje de las Pulgas o más al sur, donde los guaicos atesoran el espejo argentado de sus aguas.

El capitán Pedro de Fuentes Pavón, teniente de corregidor de San Luis, en el cabildo del 22 de noviembre de 1650 pidió licencia para ir a la jurisdicción de Buenos Aires, “por estar pereciendo su casa y la gente de indios y chusma, por falta de comida, que no hay en esta ciudad”. Aunque estas palabras no deben ser tomadas al pie de la letra – pues era corriente entonces magnificar ciertos problemas para encontrar una justificación al proceder de los capitulares o de sus allegados – ellas revelan, a nuestro entender, la iniciación de las recogidas de ganado y vaquerías, que tanto modificaron el vivir puntano.

Algunos pobladores fronterizos, como los Quiroga y los Pérez Moreno, comenzaron bien pronto a internarse en las pampas, a amparo del ascendiente que tenían sobre los indios, originado a veces por vínculos de sangre.

Empezaron así las recogidas de hacienda cimarrona, tarea que si en un principio sólo tendió a poblar las estancias de San Luis, no tardó en convertirse en pingüe negocio para quienes se atrevieron a llevar a Chile o al Litoral tanto el ganado en pie como los cueros y el sebo de los animales faenados en las mismas pampas.

Pasada la estación de los fríos, se comenzaba a organizar la tropa, integrada por diez o doce peones, según la fortuna de la persona que encargaba la vaquería. Los documentos prueban que esas entradas eran, generalmente, costeadas por gente rica de afuera: de Chile, de Mendoza, de San Juan y de Córdoba. En contadas ocasiones participaban personalmente en la vaquería. La responsabilidad corría por cuenta de un vecino de San Luis, capaz y activo, baqueano de la tierra adentro, que con el título de mayordomo, dirigía la peonada y arriesgaba el cuero, para decirlo con la palabra justa.

Se llamaba Francisco de Tobar, José Gonzáles Pallero, Francisco Díaz Barroso, Luis Chirinos, Baltasar de Miranda, Jacinto de Quiroga, Nicolás de Fredes o Luis Lucio Lucero, y era el terruño mismo, el alma prístina de esta tierra, galopando hacia el futuro.

Los peones – raíz del gauchaje - llegaban de todos los rumbos. A los camperos de la Punta, venidos de los senderos y rincones de Guascara, de Pancarta, de la Isla, del Potrero, de Guanacopampa, se agregaban pardos esclavos, mozos de las Corrientes, indios de los valles cordobeses y otros que, entre revuelos de lazos y mugidos de vacas guanpadas, habrán hecho nacer aquel interrogante famoso: "¿De qué pago será criollo?".

Antes de iniciar la marcha, los peones recibían a cuenta de su trabajo diversos efectos, que suplían algunas de sus necesidades: ponchos, lienzo, bayeta, frenos, tabaco, espuelas, cuchillos y a veces, unos pocos reales. Así aviados – por eso la persona que adelantaba el dinero para la empresa se denominaba *aviador* – los hombres se internaban en las pampas, llevando cada uno de diez a veinte caballos para su servicio. Cuando el capataz o mayordomo no disponía de tantas cabalgaduras como necesitaba su peonada las alquilaba, generalmente a razón de doce reales por caballo, saldando la cuenta con vacas cimarronas. Este alquiler se denominaba *flete* y de ahí proviene, seguramente, la costumbre muy criolla de llamar *flete* a un buen caballo.

Más no se piense que era sólo una tropa – diez o doce hombres y un centenar o dos de caballos – la que cada temporada salía a vaquear. Los viejos papeles de nuestros archivos no hablan de cinco, de diez, de quince tropas que, anualmente, se desparramaban por la inmensidad de las pampas, en busca de ganado salvaje. ¿Y cuántas vacas recogía cada tropa? Término medio, cinco mil. Y eran nada más que vacas, como expresan los contratos, "buenas de dar y recibir, sin lesión de todo ni vacas viejas", las cuales, sin embargo, también eran parte de la vaquería. Porque además de los interesados en el vacaje para pasarlo a Chile o a Córdoba, había gente que se dedicaba exclusivamente a "hacer sebo y grasa", es decir, que en el mismo campo mataba el ganado para acopiar esos productos. En esos casos, la tropa se formaba con mulas o carretas, que volvían atiborradas.

Detrás del ganado cimarrón los puntanos recorrieron distancias asombrosas. Los documentos dan fe de que llegaron no sólo hasta la sierra de la Ventana, en la provincia de Buenos Aires, sino que trabaron contacto – en más de una ocasión nada cordialmente – con los indígenas que habitaban el litoral atlántico. Hacia el este, también el paisaje pampeano era familiar para los jinetes de San Luis, pues muchos apartes de hacienda se hicieron en el valle o pago de Melincué.

Cuando los *aviadores* eran cordobeses, los ganados se conducían a los fértiles campos del Río Tercero, atravesando la sierra a la altura de la Estancuela, camino que más tarde, en tiempos de Sobremonte, utilizaron los correos que, desde la ciudad de Córdoba, llegaban hasta el mineral de la Carolina.

Precisamente a este paraje – que se tornaría famoso por sus minas – eran llevadas las haciendas para invernar, empresa a la que se dedicó con preferencia don Luis Lucio Lucero, cobrando por ello el 16 por ciento.

A mediados del siglo XVIII don Juan de Quiroga manifestaba que "hay muchos que se entran por la jurisdicción, comprando vacas, mulas o caballos, ovejas, carneros, chivatos y lana", y pedía que no se permitiese vender vacas, por cuanto iba en desmedro de San Luis. También los vecinos de río de Conlara, en 1757, solicitaron la creación de un impuesto para las "tropas de mulas que pasan vendidas para el reino del Perú y tropas de vacas que pasan para Mendoza, San Juan y otros reinos". Por entonces se afirmaba "que la decadencia de ganados proviene de las cuantiosas tropas que la jurisdicción de San Luis se extraen para las provincias del Tucumán y para la otra banda de la cordillera".

En 1785 se prohibió sacar ganado para Chile y al año siguiente Sobremonte recomendó que no se impidiese "el tránsito de ganado para abasto de Mendoza, así como de allá vendrán

trigos y harinas". En este comercio estaban incluidas las vacas, pues lo que el marqués tenía prohibido "es la saca del hembraje fuera de la provincia, lo que no se altera porque vaya a Mendoza, como ciudad que corresponde a este Gobierno".

Actividades comerciales

En el informe que dirigiera el virrey Loreto en 1785, Sobremonte expresa que en San Luis "el terreno produce cuanto se quiera, pero es tal la desidia de las gentes de aquellos campos, que sólo recogen lo indispensable de los frutos para la vida frugal que generalmente tienen, y en que son casi iguales los de las demás jurisdicciones de la provincia", es decir, de la intendencia de Córdoba, integrada también por San Juan, Mendoza y La Rioja.

"Su industria – prosigue Sobremonte – se reduce a que las mujeres trabajen ponchos y frazadas que se conducen al reino de Chile, y retornan lencería y otros efectos en cambio".

Las tejedoras puntanas, con sólo cambiar los peines de sus telares, hacían ponchos y tapetados, chuces y pellones, bayeta y picote, cuyos colores provenían casi exclusivamente de los elementos tintóreos del terruño, que Sobremonte pudo describir merced a la paciente observación de aquel secretario singular que fue para él fray Elías del Carmen, filósofo y naturalista. Anota el marqués que "tiñen de azul con añil, de amarillo con una yerba que llaman chasca, de encarnado con una raíz que hay en las sierras y para hacerle subir el color le mezclan grana, el negro con el tinte que sale de un árbol que se llama molle, el verde con otra yerba que se llama romerillo, y el anaranjado con el hollín y la dicha yerba chasca".

Paralela a la tejeduría, aunque en menor escala, se desarrolló en la jurisdicción puntana la artesanía del cuero, como complemento indispensable de la vida de campo y a la vez como pequeña industria. El padrón de 1812 – galardón de la historia de San Luis – registra curtidores, lomilleros, trenzadores y petaqueros en distintos lugares del terruño, como el Rosario, Renca, el Pantanilla, Guzmán, Piedra Blanca, el Morro y la Estancia Grande.

Pasada la floreciente época de las vaquerías, los ganados mayores y menores continuaron siendo la principal fuente de recursos de los habitantes de San Luis, a la par que daban particular fisonomía a sus faenas, sus costumbres y su lenguaje. En las últimas décadas del siglo XVIII, la Punta mantenía un activo comercio con las provincias limítrofes, basado principalmente en su producción ganadera. Si Córdoba era la plaza propicia para la venta de mulas – como lo habían sido antes Salta y Tucumán - , los mendocinos mostraban siempre interés por el ganado vacuno de esta región. También las vacas y los novillos puntanos abastecían las poblaciones de San Juan y La Rioja, buenos mercados asimismo para los lanares, que todos los años eran conducidos desde las estancias del Norte.

Además de ganado, San Luis enviaba a esas comarcas, con regularidad, lana, sebo, grasa, jabón y charque, sin que faltasen, de vez en cuanto, algunas cargas de quesos. Los otros renglones de la producción puntana provenían de los activos telares desparramados por todo el ámbito de la jurisdicción.

Aunque no tanto como vino y harina, La Rioja, San Juan y Mendoza intercambiaban con nuestra provincia otros productos típicos, tales como aguardiente, higos secos, arrope, conserva de membrillo, alfajores. Pasas moscatel, ají, aceitunas y charques de tomate. Por los mismos rumbos llegaban diversos artículos comunes en la alimentación de los habitantes de esta tierra: porotos, trigo y también maíz, cuando las cosechas locales no cubrían las necesidades de los puntanos.

Chile – principalmente desde Santiago y Coquimbo - ,Salta y Buenos Aires – con frecuencia por la vía de Córdoba – hacían llegar a la Punta infinidad de productos manufacturados, ultramarinos en su mayoría, a los que se le agregaban otros efectos de industria regional muy estimados como las ollas, peroles y cuentones de cobre coquimbino y las

cajas o cofres de cedro tucumano, verdadero orgullo de nuestras familias, elemento reemplazado luego por las recias y poco menos que eternas petacas hechas en el terruño.

¿Qué es lo que no traían a San Luis las arrias y carretas provenientes del este, del norte y del oeste? Asombra, por cierto, la variedad de mercadería que componía *el surtido* de las tiendas puntanas, entre las que descollaron, en aquellos tiempos, la de don Ignacio González Pena y la de don Francisco Enrise.

Telas de todas clases – bretañas, angaripolas, puntivíes, ruanes, rasos, lienzos, cotines - ; cintas lisas, pintadas y de aguas – el apreciado groque daba gracia y realce - ;pañuelos de mano y "de taparse"; hilos españoles de Córdoba, de Galicia y de León; hilo de plata del Cuzco; botones de nácar, de huesos, de metal, de vidrio y de "barba de ballena"; medias de seda, rebozos y hasta guantes de gamuza figuran en los prolijos inventarios de antaño.

A esto hay que agregar las herramientas – principalmente de carpintería – el menaje de loza y de peltre – precursor del aluminio, que desalojó a los platos y fuentes hechos con maderas puntanas - ; cartillas, catecismos y rosarios de palo; sombreros – los de paja o *machitos,* los blancos, tan codiciados, y los sufridos *panza de burro*, trabajados en la boca del mortero – sin olvidar los espejitos o tocadores para los desvelos femeninos y el polvo para blanquear transitorias y caducas pelucas masculinas.

Entonces como ahora, los colores influían en la mayor o menor venta de las telas. Por las verdes no había demanda y sólo podía salirse de ese clavo cuando la necesidad obligaba a vestir alguna partida de negros esclavos, de las que con frecuencia se enviaban al otro lado de los Andes. Aunque en nuestra jurisdicción no dejaron de usarse ponchos y sabanillas de tonos verdosos, hombres y mujeres mostraban preferencias por el color cardenillo o sajón subido, el rosa fuerte y el azul turquí. Claro está que la gracia y la coquetería femeninas no dejaban de asomar también en los encargos de esa época. "Me piden unas niñas – escribe un tendedero muy minucioso – que les mande hacer tres rebozos de bayeta de pellón, los dos de color caña e iguales en el dibujo, y el otro, bien de color aurora o cualquier otro que sea honesto". Este color aurora o sajón bajo – por no decir rosado – cedió alguna vez su puesto de preferencia al color nácar, al color flor de romero y, aunque cueste creerlo, también al color pulga.

Por cierto que lejos estaban las pacientes tejedoras puntanas de lograr estos novedosos tonos y matices de embeleco, constreñidas al empleo de yerbas y raíces. Y aunque los comerciantes porteños no dejaban de reclamar por el incierto tinte de los ponchos puntanos, afirmando que no eran "ni azules ni celestes ni blancos", lo innegable es que la jurisdicción de San Luis aportaba "un diluvio" de esas prendas, según la fresca expresión de un despierto consignatario. Y aquí no está de más una referencia al habla popular puntano de esos lejanos tiempos.

Todos los vocabularios indican que *ponchada* es una cantidad de cosas que podrían llenar un poncho; la palabra equivale, asimismo, a "montón, cantidad grande". En San Luis, en la época a que nos hemos referido, algunos comerciantes emprendedores – como don José Daract – compraban en la campaña todos los ponchos que se tejían por su mismo encargo. Entrada la primavera, salían con mulas y peones a recoger la *ponchada* – así se lee en los documentos - , que luego era remitida a Buenos Aires o a Santiago de Chile.

Esas cargas de ponchos, esa *ponchada* de los puntanos, acaso hayan dado al vocablo el sentido de cantidad grande de cosas, de montón, que hoy atesoran los diccionarios criollos.

Una última acotación: cuando los ponchos de San Luis no se podían vender en Buenos Aires por parecer descoloridos, o algo chicos, no faltaba quien con ellos hiciera buen negocio en el Paraguay. Aunque tuviera que cambiarlos por yerba.

La lucha con el indio

Según Pastor el cacique Bagual – “cuyas tolderías se encontraban en la región Sud del hoy Departamento General Pedernera, donde actualmente se encuentran la laguna y el pueblo del mismo nombre” – llevó en 1610 una invasión al territorio cordobés, “incendiando capillas y asesinando a los pobladores españoles”. “Algunos años más tarde – expresa el citado escritor – se produjo el levantamiento de los Calchaquíes, encabezados por el aventurero español Pedro Bohorquez o Chamijo que se había atribuido el título de Inca, pretendiendo ampararse en las prerrogativas y privilegios de tal dignidad para constituirse en soberano de aquella nación.”

Este levantamiento repercutió también en San Luis y en 1632 el Cabildo tuvo aviso de que los indios de la comarca habían hecho “armas de cuero y pertrechos de guerra”, habiendo reunido también sus caballos con el propósito de atacar la ciudad, circunstancia que llevó a los pobladores a solicitar al sargento mayor Pedro Pérez Moreno, a quien consideraban su amparo, por tratarse de “muy valeroso soldado y de mucha opinión”, también entre los indios de las pampas.

Son muy escasas las noticias sobre la organización militar de los puntanos, por aquella época. Sabemos, sí, que tanto vecinos como moradores tenían la obligación de sustentar armas y caballos; pero en ese año de 1632 se dijo que no tenían “armas de fuego, pólvora ni municiones”. Es muy posible que, desde un principio, los puntanos recurriesen a las lanzas, como lo corrobora el hecho de que en 1683 don Juan Vidal Olguín presentó su título de capitán “de a caballos de ligeras lanzas de esta ciudad y su jurisdicción”.

En mayo de 1711 el corregidor de Cuyo don Pablo de Giradles y Rocamora recibió orden de entregar doscientos hombres al maestre de campo don Juan de Mayorga, “para que con ellos entre al castigo de los indios pampas que cometieron las alevosías y atrocidades en las tropas de vaqueros en la jurisdicción de la ciudad de San Luis”. Ochenta de esos hombres debían ser de la Punta, por lo que mandó que “ninguna persona, de cualquier calidad y condición que sea, no salga de dicha ciudad y su jurisdicción, pena de incurrir en la de cuatro años de Valdivia…hasta que dichos ochenta hombres sean entregados al dicho maestre de campo”. Esta expedición, que no dio ningún resultado positivo, aparentemente no tuvo sólo carácter militar, pues algunos documentos mencionan que su rumbo fue el de la ciudad de los Césares.

Expresa Pastor que el 1712 los indios “arrasaron la campaña puntana, saquearon sus estancias y asaltaron la ciudad de San Luis, sometiéndola a los horrores de la destrucción y el incendio, después de lo cual se alejaron llevándose numerosos cautivos y gran cantidad de ganado”. Añade que en 1720 “trajeron un malón de grandes proporciones y de nefastas consecuencias para los pueblos de San Luis. Los establecimientos ganaderos de Las Pulgas (Río V), Morro, Renca y Santa Bárbara (San Martín), fueron cruelmente saqueados, sin que los maloqueros pudieran ser molestados ni perseguidos”.

A mediados de octubre de 1737 el general don Juan de Bermionsolo, corregidor de Cuyo, efectuó en esta ciudad un alarde general y revista de armas, al que asistieron alrededor de trescientos militares que integraban ocho compañías al mando del maestre de campo Miguel de Vílchez y de los capitanes Tomás Lucio Lucero, Juan de Rojas, Manuel Barroso, Miguel de Quiroga, Francisco Ferreira, Gregorio Díaz Barroso y Marcos Chilote, este último al frente de los naturales. En esta oportunidad, si bien se menciona algunas espadas y escopetas, las lanzas constituyen la parte principal del armamento.

En mayo de 1739 la gente de armas fue convocada por tenerse noticias ciertas de andar los indios camino del Desaguadero. Bajaron entonces a esta ciudad todas las compañías, excepto la del capitán Miguel de Quiroga que quedó al reparo de la frontera del Río Quinto. Cabe destacar que la no concurrencia se penaba con 25 pesos, si se trataba de un oficial, y con 6 pesos en caso de ser soldado.

Dos años después, en el mes de junio, las compañías marcharon a la frontera, por haber rumores de indios y colegirse que pudieran dar asalto. En esta marcha, además de los militares

reformados – dados de baja – intervinieron también “indios, mulatos y demás personas forasteras” que había por los partidos.

El 14 de agosto de 1751 se hizo “en esta plaza real” otra revista de armas, a la que todos los capitanes y cabos concurrieron con sus compañías y sus listas, “cada uno por su pago”, incluyendo los milicianos de 16 años para arriba. Como Comisario de la Caballería levantó entonces su bastón don Simón Becerra, por orden del teniente de corregidor don Miguel de Vílchez.

Don Vicente Becerra, maestre de campo y lugarteniente de corregidor, convocó a las milicias a mediados de mayo de 1771 para hacer una entrada a los indios enemigos, para lo cual cada individuo debía presentarse con tres caballos. Para que en esa ocasión “tan precisa para la defensa de la patria” no faltasen cabalgaduras, Becerra ordenó también “sacar los caballos que se hallaren empotrerados, sean de quien fueren”. Para los que no concurriesen, estableció las siguientes penas: capitán, traidor al Rey; españoles o reformados, multa de cincuenta pesos; mestizos, indios y zambos, doscientos azotes y destierro por cinco años a Valdivia.

Esta expedición, que tenía por objeto rescatar las haciendas que los indios arrearon de los campos del Bebedero, fracasó como otras veces y no conjuró el peligro de los malones.

Al igual que en 1750, en 1772 el corregidor de Cuyo ordenó “que todas las tropas de carretas que quisiesen transitar para las ciudades de Buenos Aires y Santa Fe, sea por los caminos arriesgados y en el tránsito más peligroso se junten hasta cincuenta carretas, para ponerse en estado de defensa en caso de que el enemigo les ataque, llevando para este efecto una lanza en cada carreta y las demás previsiones que puedan hacer para defenderse los dueños de las tropas”. En el mismo bando dispuso “porque pudiera acaecer que de paso ejecutasen dichos indios iguales hostilidades en las estancias y fronteras de esta jurisdicción, estarán todos sobre aviso para usar de las precauciones necesarias”.

El lugarteniente de corregidor don José Antonio Lucero, con fecha 27 de marzo de 1773, mandó contribuir con reses para la manutención de los indios que constituían la guarnición del fuerte de San José del Bebedero, “por lo menos en los días que se verifiquen las campeadas a que están obligados” “para evitar las repentinas invasiones de los indios enemigos que hostilizan las campañas”. También se destinaban a ese fuerte los caballos que se quitaran “a los hijos de familia noble” que no respetasen el bando y prohibía correr y galopar por las calles de la ciudad.

A pesar de estas precauciones, los indios del sur continuaron frecuentando la zona del Bebedero, pues en ese lugar se reunían los ganados atraídos por el agua abundante. Por ese motivo, a lo largo de la frontera diversos propietarios fortificaron sus estancias, construyendo reductos o defensas de palo a pique, tanto de quebracho como de caldén. En el Morro se estableció una guardia y en las proximidades del río Quinto se construyó otro fuerte, para asegurar el tránsito de arrias y carretas.

Como ya era proverbial, “no teniendo esta ciudad propio ni ramo alguno de que echar mano para los precisos costos” que demandaba al construcción del fuerte en el paraje del Chañar, se recurrió a los vecinos de toda la jurisdicción, quienes concurrieron “a proporción de sus facultades, cada uno con lo que ha podido gustosamente, contribuyendo con algunos ganados mayores y menores, herramientas y carretas.

A estos trabajos, realizados a fines de 1779, el gobernador de armas interino don Juan José Gatica sumo la revista general que ejecutó a las compañías de milicias, en las que figuraron 1699 hombres, según el siguiente detalle: Clase de Reformados, 69; Compañía distinguida de Nobleza 70; Primera Compañía de Infantería, 70; Segunda Compañía de Infantería, 94; Primera Compañía de la Costa de San Francisco, 62; Compañía del partido del Pantanillo, 123; Compañía del partido de la Yerbabuena, 120; Compañía del partido del Paso Grande, 113; Compañía del partido de las Piedras Coloradas, 69; Compañía del partido del

Salado, 50; Compañía del partido de Santa Bárbara, 71; Compañía del partido de Guanaco Pampa, 65; Compañía del río de Conlara, 62; Compañía del partido de la Punta del Agua, 82; Primera Compañía de la Falda, 77; Segunda Compañía de la Falda, 95; Primera Compañía del partido de Renca, 79; Segunda Compañía del partido de Renca, 107; Primera Compañía de la Frontera, 64; Compañía de Naturales de la Frontera del Río Quinto, 27; Compañía de Naturales de la Frontera del Bebedero,20.

Las milicias puntanas, para castigar las incursiones de los indios, hicieron una entrada en 1786 al mando de don Lucas Lucero y otra en 1792, a las órdenes de don Juan de Videla. En cuanto a los fortines, prácticamente fueron descuidados, hasta que en noviembre de 1808 don Juan Gregorio Blanco, vecino y abastecedor de la frontera de San Lorenzo Mártir, propuso mudar el fuerte a un lugar más adecuado, como media legua hacia el naciente, donde el río Quinto formaba una rinconada y existía un ojo de agua permanente.

A ese paraje del Chañar fue trasladado el fuerte en 1809, conservando el nombre de San Lorenzo y comprometiéndose Blanco a construir, por su cuenta, una capilla para que no faltase el pasto espiritual a más de cincuenta familias que habitaban entre el lugar de las Pulgas y el paso de los Césares.

Algunas tareas del Cabildo

Falto de recursos para atender las obras públicas, el Cabildo no dejó por eso de velar por el adelanto de la ciudad y su jurisdicción. El Padre Saldaña Retamar – que revisó pacientemente las actas capitulares puntanas – dio testimonio de admiración con estas palabras: “Los cabildos y gobiernos coloniales dictaron leyes y reglamentos acerca de abasto, regadío, higiene, comercio, vialidad, docencia, costumbres, moralidad, etc., que el profano llega a dudar por momentos si por ventura se hallara ante un caso de daltonismo agudo, que le hace ver las cosas al revés. Duda si sea las municipalidades, policía o ministerios modernos los que tales disposiciones discurren, los que tan sabios principios asisten. Sin embargo, abre los ojos y convéncese que se trata de asuntos y cosas, de sujetos y entidades actuantes dos o más siglos atrás. Esa es la realidad pura y limpia”. Por nuestra parte nos limitaremos a mencionar algunas de las preocupaciones de los capitulares puntanos durante el siglo XVIII, para dar un reflejo de su labor, digna por cierto de un estudio especial.

En octubre de 1701 el Cabildo acordó autorizar la instalación de dos pulperías, aplicadas para propios de la ciudad, las que fueran concedidas por el gobernador de Chile don Tomás Marín de Poveda. En consecuencia, mandaron publicar autos para que las personas interesadas en instalar dichas pulperías pagasen el derecho de treinta y cinco pesos anuales por cada una. Dispusieron asimismo, “que ninguna persona, de cualquier calidad y condición que sea, no vendan vino ni aguardiente en ninguna casa ni paraje que sea, pena de veinte pesos y pérdida del vino y aguardiente y los géneros vendibles que hubiesen de vender”. Al año siguiente determinaron ser conveniente “el que se publique en auto para que todas las personas que vendan vino y aguardiente, yerba, tabaco y todas las cosas que vendieren por peso de balanza, se ponga el precio y se haga medida para que a razón de los que se les señala se vendan”.

Los capitulares impidieron, en 1632, una posesión o amparo hecha al maestro don Agustín de Olmedo, clérigo presbítero del obispado de Tucumán, despachada por el teniente corregidor Juan Jofré de la Barrera, “por ser en perjuicio y menoscabo de la jurisdicción de esta ciudad, de que se siguen muchos inconvenientes: lo primero, el menoscabo de los haberes reales en lo que mira al ramo de alcabala de este reino; lo segundo, el de las rentas decimales y parte que toca a nuestra parroquia, de este ramo; y lo tercero darle la jurisdicción perteneciente

a este reino a la provincia de Tucumán, de que puede resultar guerras civiles entre una ciudad y otra, materia muy escrupulosa y digna de todo reparo".

El 10 de enero de 1740, con asistencia del corregidor don Juan de Bermionsolo, se reunió un cabildo abierto que resolvió "hacer representación al señor Presidente de las extorsiones y atrasos que se originan por dos o cuatro vecinos de la ciudad de Mendoza, señalados para el matadero de carne cada ocho días, a cuyo pedimiento parece y es notorio han puesto los señores del Cabildo de dicha ciudad precio de veinte reales a cada vaca de las que se llevan diariamente de esta ciudad y su jurisdicción, siendo el precio asentado y corriente el de tres pesos, haciendo notorio agravio a ambas ciudades, respecto de los que no tienen la plata no podrán comprar su res, y los que de aquí van, las venden por todos géneros de la tierra, plata y menestras de legumbres, y es conveniente el que cada uno de los que de aquí fuesen con vacas puedan vender libremente como pudiesen, sin que el que fuere obligado a dicho matadero les ponga el menor embarazo y preferencia a ser ellos primeros en las ventas". Por ello el Cabildo mandó "a todos los vecinos y moradores de esta ciudad y su jurisdicción, y pasajeros de la de Córdoba, no saquen ni lleven vacas a dicha ciudad de Mendoza hasta en tanto que venga la resulta de dicho señor Presidente, como ni tampoco que ningún vecino de la ciudad de Mendoza compre ninguna res en esta jurisdicción ni ningún vecino de ésta las pueda vender pena de diez pesos a cada uno".

A principio del año 1745 llegó a la jurisdicción puntana el obispo don Juan González Melgarejo, natural de la Asunción del Paraguay, quien se disponía a atravesar la cordillera para hacerse cargo de la diócesis de Santiago de Chile. Con fecha 14 de enero y hallándose en esta ciudad, el nuevo prelado dirigió al Cabildo una exhortación en la que expresaba: "Y porque de la criaza buena de la juventud y enseñanza de los niños pende en mucha parte el conocimiento de Dios y de nuestra santa ley: Nos, atendiendo a la salvación de las almas y al mayor lustre de esta ciudad, de parte de Nuestra Santa Madre la Iglesia, exhortamos y requerimos a usía, y de la nuestra rogamos, den y manden las providencias precisas para que en cada valle se nombre un hombre apto, constituido en maestro de niños, y escuela donde asistan los niños a aprender a leer y escribir, la doctrina cristiana y la urbanidad política, dándole a cada uno de los maestros el distintivo competente y la nómina de niños de que se ha de hacer cargo. Que los alcaldes de la Santa Hermandad tengan en cuidado de visitar dichas escuelas, para que de esta suerte se críen con el santo temor de Dios y sean aptos para los ejercicios políticos y bien espiritual y temporal de esta república".

Dos días después los capitulares don Miguel Becerra, don Luis de Salinas y don Domingo Rodríguez, encabezados por el lugarteniente de corregidor don Miguel de Vílchez, acordaron "que debíamos de mandar y con efectos mandamos, que en distancia de seis u ocho leguas de valle a valle, se ponga un maestro de niños que sea idóneo para el efecto, y que a cada uno de ellos se les dé el salario de doce pesos en géneros de la tierra al precio corriente, por cada niño en cada un año, y se les dará nómina a cada uno de dicho maestros de los niños de su partido… Y porque parece que la persona de Juan Melchor Fernández para el río y la falda y valle de San Javier, y Vicente Mendoza para el Paso Grande, Conlara y sus inmediaciones, y Francisco Díaz de la Torre para el Vallecito y Guanaco Pampa y Juan Iturri para el valle de San Francisco y sus contornos, y don Francisco del Pozo para la Frontera, Morro y Río Quinto, son aptos para este ejercicio, mandamos bajen a esta ciudad para que se les despachen sus títulos de tales maestros y que cada uno lleve su nómina de niños para ponerse luego en el ejercicio de su cargo, y en caso de no aceptar alguno de ellos, se practicará su consecuencia con otros que lo puedan ejecutar, sobre que compeleremos a todos los padres de familia a que se pongan a la escuela sus hijos y a la satisfacción anual a cada maestro, y que los pobres huérfanos se enseñen de limosna, sólo con la pensión de servir a su maestro en ejercicios caseros, entendiéndose que los hijos de los principales vecinos concurran a la ciudad, a la escuela de la Compañía de Jesús, para su mejor cultivo".

El maestre de campo don Ignacio Lucero, alcalde de segundo voto, en junio de 1766 expresaba que “conviene al bien público el reparar que los caminos no estén fragosos, como hasta el estado presente se hallan, y que estando desembarazados y limpios de montes y piedras que impidan el transitarlos, para que por ese modo se facilite el que el señor Vicario de esta ciudad y los demás sacerdotes y fueren llamados a confesiones puedan administrar los santos sacramentos a cualquier hora del día o de la noche, sin detrimentos de sus personas”. En consecuencia mandó “se les notifique a los vecinos moradores que residen desde el Durazno hasta las goteras de esta ciudad que hayan de componer y desembarazar el camino, quitándole lo fragoso, especialmente a don Prudencio Miranda, a quien se nombra por cabeza de todos los sujetos que desde esta ciudad quedan a mano izquierda, yendo para el citado paraje, y asimismo se nombra para el mismo efecto por cabeza de todos los sujetos que quedasen a la derecha a don Manuel de Orozco, para que desde Cuchicorral hasta los Pugios hayan de componer y facilitar el que se transite sin embarazo alguno, so pena de seis pesos al que contraviniere y no cumpliere con lo mandado, aplicados para la obra de esta santa iglesia matriz que se está por reedificar, y de quince días de cárcel, entendiéndose lo referido con los españoles, y con los indios o mulatos se les impone la pena de cincuenta azotes en el rollo y quince días de prisión, por todo lo cual se efectuará dentro de cuarenta días que se contarán desde el de la notificación”.

En diciembre de 1774, a instancias del procurador, se practicaron “las más eficaces diligencias a fin de dar la más posible extensión a esta ciudad y que las casas capitulares, calles y plaza se mantengan con la debida decencia, cercados y edificados los sitios vacantes y otras providencias que resultan en servicio del Rey nuestro señor y beneficio del vecindario”. Estos trabajos debían efectuarse “con la gente mal entretenida, ociosa y perjudicial” de la jurisdicción, “en atención a la falta de arbitrio para sufragar este gasto”. Pero, “atendiendo a que la mantención de dicha gente es indispensable y que debe dársele en recompensa de su trabajo”, el teniente de corregidor don Rafael Miguel de Vílchez determinó que diversos vecinos de la campaña entregasen cincuenta y nueve reses “de buena calidad y a satisfacción del comisionado”.

Esta antiquísima forma de obtener mano de obra gratuita se recomendaba a las primeras encomiendas y no cesó ni aún en los tiempos constitucionales. Hacia 1776 el Cabildo acordaba “se avive con el mayor esfuerzo” la construcción de las casas capitulares, “sin embargo de los embarazos que antepone la falta de arbitrios para su costeo”. Y “siendo la más favorable diligencia emprender dicha faena sin perjuicio de personas que deban atender a sus respectivas obligaciones”, determinaba que “quedando éstas exentas de semejante fatiga, se pensione en ella toda clase de sujetos mal entretenidos en juegos, beberajes u otros defectos que atraen la ociosidad”. Alcaldes de Hermandad, jueces de comisión y capitanes de milicias debían concurrir con eficacia, “cada uno en la parte que le toca”, a “la aprehensión de tales sujetos”, “sin mover contienda ni resistencia alguna, pena de veinticinco pesos”. Se les encargaba, igualmente, que “con su acostumbrado celo” procurasen remitir “por primera remesa y en el término de quince días, hasta seis hombres de la citada naturaleza, teniendo igual número a la mira para reemplazo de los que fueren cumpliendo, a fin de que todos trabajen y les sirva de ejemplar para mejorar de costumbres”.

Sin amilanarse ante los infinitos recursos de encumbrados personajes, los capitulares puntanos propendieron ahincadamente a la defensa de los recursos naturales de la jurisdicción. Así, en agosto de 1776, recordaron que esta ciudad y el vecindario de su jurisdicción gozaban “la preferencia y dominio en el territorio de las lagunas de sal que en él se mantienen, de cuya saca se han apoderado varios individuos de la de Córdoba”. Mandaron entonces “que en lo sucesivo se prohíba la internación de gente de extraña provincia en el dicho territorio de las salinas para la saca de sal, sin que primero se presente en esta ciudad a satisfacer el nuevo impuesto de cuatro reales por carga, que se aplica para gasto de obras públicas”.

Más difícil fue evitar la destrucción de los montes. En 1804, el juez subdelegado de Real Hacienda y comandante de armas don Juan de Videla planteó el problema al Cabildo en estos términos: "Tengo noticia cierta que algunos dueños de carretas y vecinos de Mendoza vienen continuamente con tropas de dicha porción de peones a esta jurisdicción, inmediato al río Desaguadero, y se internan en estos campos acortar copias de madera de todas clases y de allí se regresan con ellas, sin que haya ejemplar que ninguno use de la atención de solicitar venia de usía, y haciéndose absolutos dueños de campos extraños de otra jurisdicción y despreciando en cierto modo la autoridad e integridad de usía. Y habiendo acordado con reflexión, como subdelegado de Real Hacienda, que estos cortadores de maderas en estos campos no sufragan nada a beneficio de esta República, antes usurpan el legítimo valor a aquellos terrenos realengos que por este interés los comprarían o se venderían con estimación por razón de la madera. Y para evitar esta absoluta libertad tan gravosa a esta pobre república, no puedo menos que hacer presente a usía, arreglado el artículo 14 del nuevo reglamento de milicias provinciales, que para facilitar la construcción del cuartel del ramo menos gravoso al vecindario, se les aplique un peso por cada cama a los interesados que quieran cortar en cualesquier lugar de la jurisdicción de usía (se entiende a los extraños) y que sólo los vecinos tengan francos los campos, y éstos las puedan vender únicamente en la ciudad sin extraviarlas a otros caminos que se aparten del comercio y entrada en dicha ciudad".

El Cabildo, ante lo expuesto y conforme con lo acordado el 21 de enero de 1804, mandó publicar por bando los artículos siguientes:

> Que ninguna persona de extraña jurisdicción ni residente en ésta como vecino, pueda emprender faenas de cortes de maderas (como son camazones, rayos, batientes y umbrales, ni de otra calidad), sin que primero proceda la correspondiente licencia, que le será dada por el alcalde de primer voto.
>
> Que todo vecino de extraña jurisdicción que con la correspondiente licencia formase faena de cortes de maderas para conducirlas a otra ciudad, deberá pagar por cada pieza lo que aquí va estipulado: por cada cama de carretas, cuatro reales; por cada rayo, un real; por batientes, dos reales; por umbrales, dos reales; por tirantes, cuatro reales; por postes de esquina, cuatro reales; por los medios postes dos reales; todo lo cual deberán pagar al tiempo de sacar la licencia prevenida y expresando la calidad de madera de que van a formar faena. Tendrán los expresados individuos que hacer presente la madera al comisionado del Cabildo, quien la revisará con arreglo a la licencia.
>
> Que todo vecino y residente en ésta que emprenda el citado trabajo de maderas, las conducirá precisamente a esta ciudad, en donde harán venta y no en los caminos ni en otra parte alguna.
>
> Que el que contraviniere a este artículo perderá las maderas que se le encuentren cortadas y el importe de las maderas que hubiese vendido.
>
> Que a los extraños que hiciesen cortas de maderas sin la correspondiente licencia se les pena con el perdimiento de las maderas y costos de su conducción a ésta.

El fiscal de Real Hacienda dictaminó "que los artículos del bando publicado en la ciudad de San Luis de orden del Cabildo, tan lejos de perjudicar los derechos del Ministerio prometen serle favorables en lo sucesivo, pues con motivo del leve gravamen que se impone a los de extraña jurisdicción empleados en el corte de maderas, podrán repararse otras necesidades urgentes, según dicte una juiciosa economía en el destino que se pretende". Con fecha 20 de abril el gobernador intendente aprobó las disposiciones del Cabildo puntano, aunque redujo a la

mitad de su precio la tasa establecida y ordenó que nada se cobrase a los troperos y caminantes por las maderas que cortasen para los precisos reparos de sus carruajes.

En 1789, por disposición virreinal, se aplicó al hospital de Mendoza el noveno y medio de los diezmos de la ciudad de San Luis, “con la calidad de por ahora y hasta tanto hubiese proporción de establecer otro” en la Punta. Una década después acometió esa empresa don José Ximénez Inguanzo, costeando no sólo la corta y acopio de adobes sino también haciendo traer de Buenos Aires herramientas, herrajes, clavazón y medicinas, en tanto que el Cabildo señaló, con destino al hospital una cuadra de tierras situada al norte de la plaza mayor, precisamente donde ahora se levanta el Colegio Nacional “Juan Crisóstomo Lafinur”. Más tarde, el gobernador intendente de Córdoba mandó suspender el trabajo, hasta tanto se obtuviese el correspondiente título de fundación de dicho hospital.

Como en febrero de 1801 el virrey Avilés aprobó el proyecto, “reservándose para tiempo más oportuno el librarle a dicho don José Ximénez Inguanzo el título de fundador que solicita”, este destacado vecino tomó “con más empeño el seguimiento de tan piadosa obra”, a fin de conseguir cuanto antes “la asignación del noveno y medio que con tanto perjuicio nuestro disfrutó en muchos años el hospital de Mendoza”.

Sin embargo ello no se logró, según lo hacía presente en julio de 1805 el síndico procurador de la ciudad, don Lucas Fernández, al destacar “la exclusión que padecemos en este pueblo así del beneficio del hospital como de un médico… que curase las dolencias de los desvalidos, dignos de toda caridad”.

FUENTES

- Archivo General de la Nación.
- Archivo Histórico y Gráfico de San Luis.
- Academia Nacional de la Historia*: Actas capitulares de Mendoza*, Tomo I. Buenos Aires, 1945.
- Acevedo, Edberto Oscar: *Documentación histórica relativa a Cuyo*. Mendoza, 1963.
- *Copiadores de cartas,* de don Bernardo Gregorio de las Heras.
- Cháneton, Abel: *La introducción primaria en la época colonial*. Buenos Aires, 1942.
- Draghi Lucero, Juan: *Introducción (a las Actas capitulares de Mendoza)*. Buenos Aires, 1945.
- Escribanía de Gobierno y Archivo General de San Luis.
- Espejo, Juan Luis*: La Provincia de Cuyo del Reino de Chile*, Tomo I. Santiago de Chile, 1954.
- Furlong, Guillermo: *Nacimiento y desarrollo de la Filosofía* en el Río de la Plata, 1536 -1810. Buenos Aires, 1952.
- Gez, Juan W.*: Historia de la provincia de San Luis*, Tomo I. Buenos Aires, 1916.
- *La Revista de Buenos Aires*, Tomo VI. Buenos Aires, 1865.

- Marfany, Roberto H.: *Fronteras con los indios en el sud y fundación de pueblos*. En Historia de la Nación Argentina, Volumen IV, Primera Sección, p.307.Buenos Aires, 1940.
- Marfany, Roberto H.: *Las fronteras coloniales de San Luis y Mendoza. En Revista de la Junta de Estudios Históricos de Mendoza*, Tomo XIII, p.275. Mendoza, 1938.
- Martínez, Pedro Santos: *Historia económica de Mendoza durante el Virreinato*, 1776 – 1810. Madrid, 1961.
- Núñez, Urbano J.: *Don Marcelino Poblet – Noticias para su biografía. En publicaciones del Archivo Histórico y Administrativo de San Juan, Núm. 17, p. 67. San Juan*, 1965.
- Núñez, Urbano J.: *Maestros de campaña de 1745*. En Boletín de Educación, Vol. 1º, p. 93. San Luis, 1960.
- Núñez, Urbano J.: *San Francisco del Monte de Oro*. En Revista de Historia, Núm. 11, p. 57. San Juan, 1961.
- Pastor, Reynaldo A.: *La guerra con el indio en la jurisdicción* de San Luis. Buenos Aires. 1942.
- Ramos, Juan P.*: Historia de la instrucción primaria en la República Argentina*, 1810 – 1910, Tomo II. Buenos Aires, 1910.
- Saá, Víctor: *El Cabildo puntano*. San Luis, 1964.
- Saá, Víctor: *San Luis en la gesta sanmartiniana*. En Revista "San Martín", números 16,17, 19, 20, 21, 22, 23, 24, 25, 26 y 27. Buenos Aires, 1947 – 1950.
- Saldaña Retamar, Reginaldo de la Cruz: *Del pasado puntano – Patronazgo de San Luis – Real estandarte – Iglesia mayor*. En Revista *"Ideas*", Año II, Núm. 24. San Luis, mayo de 1934.
- Saldaña Retamar, Reginaldo de la Cruz: *Del pasado puntano – Otro título jofresino*. En "Hoja Puntana", Núm. 369. San Luis, agosto de 1930.
- Torre Revello, José: *El marqués de Sobremonte*. Buenos Aires, 1946.
- Berdaguer, José Aníbal: *Historia eclesiástica de Cuyo*, Tomo I. Milán, 1931.
- Videla, Horacio: *Ocho conferencias y una más*. Buenos Aires, 1963.
- Villalobos, R. Sergio*: Comercio y contrabando en el Río de la Plata y Chile*. Buenos Aires, 1965.

CAPÍTULO V

BAJO LA AUTORIDAD DE SOBREMONTE

Sucesos notables durante el virreinato

El virreinato del Río de la Plata, como lo enseña Berdaguer, “fue el cuarto y último de los establecidos en la América española, realizada su erección por real cédula de Carlos III, firmada en San Ildefonso el 1º de agosto de 1776”.Recuerda este autor que, “al erigirse el virreinato del Río de la Plata, la provincia de Cuyo fue separada de la gobernación de Chile y agregada a él (como parte de la provincia del Tucumán).No obstante, eclesiásticamente continuó durante treinta y tres años más bajo la jurisdicción del obispado de Santiago de Chile”.

Por la Ordenanza de Intendentes, dictada el 28 de enero de 1782, el territorio de Cuyo debía componer la Intendencia de Mendoza. Sin embargo, otra real orden de fecha 29 de julio de ese mismo año dividió “en dos gobiernos el de la provincia del Tucumán, con el agregado de la de Cuyo…debiendo en su consecuencia quedar por residencia y capital del nuevo gobierno la ciudad de Córdoba del Tucumán y comprender además las de Mendoza, San Juan del Pico, San Luis de Loyola y Rioja, con sus respectivos distritos”.

De ese modo, tanto la labor del Cabildo como las aspiraciones y quejas de los vecinos remontaron un nuevo curso, primero hacia Buenos Aires y luego hacia Córdoba, sin que San Luis dejara de depender de Mendoza en lo relacionado con el manejo de la real hacienda.

“En conformidad de las repetidas providencias libradas a efecto de prohibir los regadíos y sementeras del Bajo, donde anteriormente se hacían con detrimento común de la ciudad, y atendiendo a la reincidencia de este abuso y la continuación del perjuicio que causa”, el 8 de noviembre de 1777 mandó el Cabildo que ninguna persona “de cualesquier estado, calidad o condición que sea”, sembrase ni regase en dicho Bajo pena de veinticinco pesos y pérdida de la sementera y cercados que hiciere, “si se verificare reincidencia de este asunto, se le declarará por no parte en el dominio del terreno que poseyere en aquel paraje”.Con fecha 19 de diciembre, el virrey don Pedro de Cevallos previno a los capitulares le informasen, “con la mayor brevedad”, de los motivos que los determinaron para hacer suspender el riego en las expresadas tierras, de lo cual “resultan perjudicados los vecinos que tienen sus posesiones en aquel sitio, y principalmente el cura párroco don Cayetano de Quiroga”.La medida adoptada por el Cabildo tendía a asegurar el adelantamiento de la ciudad y a beneficiar por igual a todos los vecinos, pues ya en 1754 el oidor y juez de poblaciones don Juan Gregorio Blanco de Laisequilla “privó del todo no se sembrase sementeras de ninguna clase ni se pusiesen fincas raíces en todo el Bajo a la parte del naciente de esta ciudad, porque del todo se pierde la corta agua que vierte el ojo de ella para su regadío”.Por esta misma razón, dicho juez dio a los jesuitas cuatro cuadras de tierras al oeste, “para que mudasen una viña que allí tenían”, en tanto que “a don Ramón Fernández le dio también dos cuadras y a don Mateo Gatica otras tres”.

Cuando se hizo cargo del virreinato don Juan José de Vértiz, el Cabildo comisionó a don Rafael Miguel de Vílchez para que pasase a felicitarlo y le propusiese a beneficio de la ciudad cuanto conceptuase adaptable. El apoderado señaló, primeramente, que San Luis se hallaba “ de muchos años a esta parte, en la mayor indigencia, falta de propios y de otros fomentos que pudieran darle lustre y aumentarse por este medio su vecindario, y sujetando el furioso orgullo del indio infiel que incesantemente amenaza una lamentable ruina de la ciudad y sus distritos”.

Vílchez concretó luego su representación en cinco puntos principales: la necesidad de armamento, pues siendo mil quinientos sujetos de armas lo que componen veintitrés compañías, sólo se dispone de “cincuenta fusiles viejos inservibles y hasta doscientas lanzas”; la creación de propios para la ciudad, mediante un impuesto destinado a reunir fondos para costear gastos de reconocidas de campo, destacamentos, militares en los fuertes de San José del Bebedero y San Lorenzo, construcción de una cárcel, remisión de reos criminosos y algunas obras públicas; la imposición de una moderada contribución a las personas que, no siendo vecinos, se internen en la jurisdicción para comprar ganado; la creación de un impuesto similar

o licencia para quienes, con dinero o con efectos, se introduzcan a comprar o cambalachear; la aplicación del ramo de compostura a quienes abran venta de licores, yerba, azúcar, jabón, velas y otros productos.

En su interesante informe, Vílchez expresaba también que en la ciudad de San Luis “no hay más casas de religiosos que el convento de Predicadores, y siendo éste el que desde la erección de la ciudad ha sostenido en sí el peso de la predicación evangélica, enseñando e instruyendo a la juventud en las primeras letras, sirviendo de suministrar los santos sacramentos en calidad de curas párrocos, pues por la indigencia de sus habitadores no había por aquel entonces quien ejerciese este ministerio”. Asimismo, pedía para los dominicos todos los bienes que pertenecieran a los jesuitas, “bien entendido que, en tal caso, serán los dichos religiosos obligados a mantener efectivamente la enseñanza de las primeras letras y una clase de Gramática con que se adelante y sujete la juventud”.

Durante más de cuatro meses el apoderado puntano permaneció en Buenos Aires, siguiendo de oficio y a su costa las diligencias que se le encomendaron, hasta que en marzo de 1779 decidió regresar, “así por ser estos unos asuntos tan morosos por su naturaleza como por falta de conocimiento de los sujetos que componen aquellos tribunales”.

En octubre de 1779 y ante la denuncia de que en la campaña puntana existían “muchas familias cuyas gentes carecen de subordinación, abundando en latrocinios por los muchos vagos y bandidos a que el vicio del juego, libertad de costumbres y falta de jueces que administren justicia da lugar”, Vértiz nombró cuatro jueces comisionados “para que se verifiquen la tranquilidad y sosiego de dichos habitantes y la corrección y castigo de los malhechores. Designó el virrey para el partido de la Punilla, Estancuela y Piedra Blanca a don Miguel Antonio Mujica, para el de Quinne (Quines) a don Juan Gutiérrez, para el del Morro a don Alejandro Gómez y para la villa de Renca a don Baltasar Guiñazú, quien se excusó por “su avanzada edad y habituales accidentes”.

Don Fausto Ximénez, como juez visitador delegado para la medida, venta y composición de tierras realengas y baldías, ordenó a fines de 1782 “que todas y cualesquiera personas que poseyeran realengos, estando o no poblados, cultivados o labrados, desde el año de mil y setecientos hasta el presente, acudan a manifestar…los títulos y despachos en cuya virtud lo poseen, dentro del preciso término de seis meses”, que por último y perentorio señaló “en concepto a la distancia y pobreza del país”. Esta orden se publicó por bando en la capilla del Pantanillo, en la capilla de San Francisco, en el paraje de la Piedra Blanca, en la capilla de los señores Funes (Punta del Agua), en la capilla de Renca, en la Punilla, en el paraje del Morro y en el paraje del Saladillo.

Expulsados los jesuitas en agosto de 1767, no quedó en el viejo local de los jesuitas. Pero sólo en 1783 don Juan de Videla, lo dominicos de inmediato tomaron a su cargo la enseñanza de las primeras letras. Diversas constancias documentales certifican que, entre 1767 y 1783, los presbíteros Cayetano de Quiroga y Francisco Javier Gamboa, además de fray Ignacio Sosa, de la Orden de Predicadores, mantuvieron escuela, con gran aceptación del vecindario. De tanto en tanto, el Cabildo dio señales de preocuparse por la instrucción de los niños y en 1771 convocó a los vecinos buscando arbitrar los medios para establecer una escuela en el viejo local de los jesuitas. Pero sólo en 1783 don Rafael Miguel de Vílchez se hizo cargo de la Escuela del Rey, tras un prolijo examen de “lectura, letra y aritmética”.

Poco duró, sin embargo, el eficiente preceptor, pues falleció en 1784. El 1º de diciembre de ese año el Cabildo nombró, “por ser idóneo y de probada conducta”, a don José Quintana, quien desde hacía varios años se encontraba en la capilla de Mercedes o de los Funes (Punta del Agua) “ocupado en el ministerio de enseñar las primeras letras a la juventud del lugar”.Quintana, que tenía unos treinta alumnos, se resistió a dejar aquel vecindario y fue conducido a San Luis a viva fuerza. En su nueva escuela – de la cual era Patrona la Inmaculada

Concepción – permaneció hasta 1791, año en que fue reemplazado por don Juan Laconcha a quien secundaba un hijo de éste, llamado Juan Plácido.

Quedó éste al frente de la escuela al morir su padre, en 1794, pero el cargo de preceptor le fue tenazmente disputado por el presbítero Francisco Borjas Poblete, a quien apadrinaba el Cabildo. Poblete estuvo algún tiempo al cuidado del establecimiento, pero su labor no dio frutos, pues los alumnos lo abandonaron, incapaces de soportar la férrea disciplina que quiso imponerles. Repuesto en su cargo por orden de Sobremonte, Juan Plácido Laconcha continuó enseñando a la juventud puntana, aunque perseguido siempre por más de un enemigo.

Otro de los principales promovedores de la enseñanza pública en San Luis fue el párroco Francisco Javier Gamboa, cuya acción tesonera surge de muchos documentos. A mediados de 1804 es el Cabildo el que asienta en su libro de acuerdos "que se solicite por la superioridad la asignación para los maestros de primeras letras, pues se halla en esta ciudad un sujeto idóneo para poder ejercerla, que lo es el doctor José Manuel Echegaray, clérigo presbítero". En abril de 1806 fue designado preceptor Miguel Lamarca, y al poco tiempo se originó en la ciudad un sonado escándalo. Detalladamente narra el Cabildo lo sucedido: "Atendiendo a las fundadas quejas de algunos honrados vecinos y de constarnos a nos con evidencias que la única escuela de primeras letras… que se le permitió a Miguel Lamarca establecer bajo de las condiciones de darle (a los niños) los documentos propios de la juventud, particularmente el santo temor de Dios y las buenas costumbres… se pasaron algunos meses corriendo con una mediana eficacia y después, olvidado de su contrato, se entregó Lamarca a las intemperancias bacanales y éstas, como producentes de otros efectos mayores hicieron que los padres retirasen a los niños, sabedores de que los más días no se les tomaba lección ni oían misa jamás; porque el principal giro del maestro, después de la ocupación diaria de la embriaguez, era seducir pleitos informes y llenar de cizañas a los pobres ignorantes, presuponiéndose un hombre docto y siendo, por lo mismo, su pluma voraz y sangrienta, como orientada de tales vicios".

Velando siempre por la tranquilidad y aumento de la república, el Cabildo designó a Salvador Martinella para reemplazar a Lamarca.

* * *

El 3 de diciembre de 1783 Vértiz comunicó al Cabildo de San Luis la división de la Provincia del Tucumán en dos gobiernos y el nombramiento del marquéz de Sobremonte para ejercer el que tenía por capital a Córdoba, cabeza también de una de las ocho Intendencias creadas por el rey. Una semana después Sobremonte escribía a los capitulares manifestándoles que tan pronto se lo permitiesen sus ocupaciones de secretario del virreinato, pasaría a Córdoba. "Espero – añadía el marquéz – que tendré algún día la satisfacción de visitar sucesivamente esta ciudad, dedicándome a contribuir a su bien en cuanto alcancen mis fuerzas".

La actividad de Sobremonte al frente de la Gobernación e Intendencia de Córdoba es innegable. Las constancias documentales son numerosas, frecuentes y reveladoras de un quehacer diligente y fecundo. El interés por conocer los diversos territorios bajo su mando, la tendencia a mejorar y vigorizar los Cabildos, como así también la buena disposición para aprovechar el concurso de los más capaces y laboriosos, son aspectos que dan relieve al gobierno de tan injustamente ensombrecido personaje, quien visitó la jurisdicción puntana en 1785 y volvió a hacerlo en 1787, dejando siempre buenos frutos a su paso.

En su primera visita, "habiendo experimentado los perjuicios que ocasiona no tener cantidad alguna para propios de la ciudad" al Cabildo a dar licencia para establecer seis pulperías, "con la misma cuota que contribuyen a su majestad las que actualmente hay en el pueblo". Pero las preocupaciones del gobernador intendente se advierten también en otro plano

que supera lo simplemente material. Vale la pena transcribir, la nota que, fechada en San Luis el 26 de abril de 1785, Sobremonte dirigió al Cabildo y en la que dice:

> "Aunque en honor de la verdad puedo decir con mucha satisfacción mía que en la visita hecha a esta Ciudad y su jurisdicción he encontrado subordinación y respeto a los magistrados y superiores y toda la atención debida a los que mandan en nombre de nuestro católico, benigno y amado Soberano, debo no obstante, por obligación de mi oficio, dejar encargado a usía como el más distinguido cuerpo en el país, que vigile sobre esta exacta observancia; que haga siempre reconocer a estos súbditos la felicidad y la dicha de estar regidos por tal monarca, el cual se desvela por el bien de los vasallos que el Todopoderoso puso en sus manos y bajo el suavísimo yugo de su gobierno. Bien sé que en otros tiempos del engaño y de la preocupación, que merecen borrarse de la memoria de los hombres, hubo algunos en esta jurisdicción que dieron buenas pruebas de su ciega obediencia que todos debemos rendir a nuestros superiores; pero tampoco ignoro que éstos fueron muy pocos, tal vez arrastrados del influjo de algún mal intencionado, y hoy arrepentidos de su falta porque el carácter de estos vasallos que se me ha hecho visible en mi inspección, merece que se tenga de ellos el mejor concepto; por lo mismo, el ejemplo de los hombres honrados y distinguidos es el que debe servir a los de menos obligaciones, porque al paso que la suerte nos constituye superiores a muchos, estamos en más obligación a sobresalir en el respeto y veneración a los que nos mandan, quedando por otra parte persuadidos de que al paso que brilla en nuestro Rey y señor de la piedad, puede y sabe extender su poderoso brazo a castigar al que quebranta la obediencia que deben sus vasallos a aquellos a quienes comunicó su poder y autoridad para regirles a su real nombre; yo estoy bien persuadido que usía se halla penetrado de estas máximas y que cada día se presentan a su vista vivas señales y ejemplares de que su majestad y su Gobierno se dedican a felicitarles por todos términos: léase con atención la nueva Ordenanza de Intendencias y se conocerá que no respira otra cosa que el bien de los vasallos, repásense las reales órdenes y medítese sin espíritu de preocupación a que se dirigen; así veo que lo conocen usía y yo no tendría que recordárselo, si no fuese por cumplir y puntualizar todos los artículos de mi visita, y hacer esta prevención en general a todos los pueblos que la real piedad se dignó poner bajo mi mando, en los cuales no veo otra cosa sino motivos de elogiar estas circunstancias que dejo referidas".

Sin mayores fundamentos documentales, y deslumbrado por la persistencia de diversos topónimos de origen quichua, sostuvo Gez que los Incas o sus descendientes fomentaron el laboreo de yacimientos auríferos en la sierra de San Luis, particularmente en el paraje donde Sobremonte hizo delinear la población de la Carolina. Alguien, con muchísima seriedad, ha mencionado una raza de pigmeos cavadores de piques en esas ricas tierras que también, para más de uno, constituyeron las misteriosas comarcas del cacique Yungulo, señor del oro y de la plata que desvelaron a los Césares, inferencia ésta bastante verosímil. No obstante, afirmamos que la explotación minera de las Invernadas, según lo certifican numerosas constancias y los informes minuciosos del marqués de Sobremonte, data de poco antes de 1785. Una solicitud de Don Vicente Becerra, elevada al gobernador intendente en abril de 1786 y en la que aduce derechos a las tierras denominadas Pampa de Gasparillo – limitadas por Guanaco Pampa, Guascara, Pancanta y San Francisco – aporta interesantes noticias sobre el descubrimiento del

oro en lo que después se llamaría Carolina, noticias que vamos a repetir pues no siempre han sido divulgadas con exactitud.

> "Hacen años – narra don Vicente Becerra, yerno de don Tomás Lucio Lucero, dueño del referido paraje – se descubrió en esta suerte de tierras el denominado Lucero, un famoso asiento de oro, por un lusitano don Jerónimo, cuyo apellido no tengo presente, el cual, como práctico, cateó desde la residencia de mi predecesor Lucero y en su compañía todo el terreno de cumbres, tierra y montes hasta nuestro mismo poblado, que existe en el día; el cual obtuvo el título de descubridor honorario y licencia del gobierno de Chile, a quién en aquel entonces estaba agregado aquel tesoro de mi misma patria, y derecho poseyente legal. Habiendo obtenido los despachos correspondientes de aquel tribunal para poner en práctica en laboreo de este descubrimiento de tesoro, falleció el lusitano don Jerónimo, y a poco tiempo el contenido, mi ascendiente – don Tomás Lucio Lucero fue sepultado en esta Ciudad el 16 de Julio de 1776 - ; de manera que estas labores quedaron suspensas con ambas muertes y falta de inteligentes, desamparado el primordial trabajo del inteligente descubridor en su labor comenzada, como en caso necesario protesto hacerlo costar con los documentos comprensivos que existen en la dicha ciudad de San Luis. Como de esta principiada labor tuviese alguna noticia don Bartolomé Arias Renjel, se introdujo en aquel paraje, y habiéndola cateado nuevamente, halló ser abundante, rica y capaz de sufragar los costos con bastantes utilidades. Más como se haya ocupado la veta por otros individuos y hayan frustrados mis anteriores solicitudes; conociendo los graves perjuicios que se me irrogan, ya por haberse alzado y andar disperso todo el ganado, ya por los costos que hice de herramientas y ya por los que se me ocasionarán en la recogida para sujetar a rodeo el ganado que me serán muy crecidos, ocurro a la integridad de usía a fin de que se sirva mandar al expresado Arias y a todos los demás que allí trabajan, me contribuyan con el uno por ciento, según reales ordenanzas, o se me gradúe y pague algún cómputo a juicio prudente que equivalga a arrendamiento de un terreno fructífero propio mío, como éste; y que de la estaca, que por tal me corresponde, que se me ponga en posesión en lo más acendrado de la labor, librándose para todo el correspondiente despacho a la persona que fuere del superior agrado de usía".

Conviene señalar que Arias Rancel, a comienzos de 1785, se titulaba "minero descubridor de unos lavaderos de oro situados en la jurisdicción de San Luis de Loyola", lo que parece indicar que, al principio, ni él ni su socio don Pedro Ricarte realizaron excavaciones, sino que beneficiaron los llampos. Pero fue Arias Rancel el que primero alborotó la Ciudad de Córdoba, al llevar a ella ocho onzas de oro, para que se fundiese y se ensayase, antes de pagar los debidos quintos al rey. La delicada tarea – que preocupó al mismo Sobremonte – la realizaron dos portugueses, Juan de los Reyes Santos y Fernando Piñeiro, "oribes de la mejor nota", quienes declararon que el oro puntano era de 19 quilates. Afluyeron entonces a las Invernadas muchos empresarios de Córdoba, de Buenos Aires y de la misma, San Luis, inusitado movimiento que determinó a Sobremonte a enviar a aquel paraje un oficial de probadas calidades, el alférez don Luis Lafinur con cuatro o cinco soldados escogidos, para que vigilasen el cumplimiento de las ordenanzas y lograsen que el oro correspondiente al rey se reuniese para mandarlo amonedar a Potosí o remitirlo en barras a España, como estaba dispuesto.

Don Nicolás Pérez del Viso, teniente asesor de la Intendencia de Córdoba, visitó en enero de 1792 el llamado mineral de San Antonio de las Invernadas, con el propósito de

inspeccionar las labores, que comprendían veinte bocaminas, entre las que destacamos las siguientes:

La de don Manuel Pinedo – después suegro de Lafinur – nombrada Nuestra Señora del Rosario, en la que trabajaban tres cuadrillas, cada una con un barretero y un apire. Era la mina más antigua y en ella, "sin ser vetas formales, se demuestran ramas con guías; todos los alcances en gredas o llampos son flexibles y tiernos al tacto, y a la vista se presentan amarillos, blancos, azules y negros, sin llegar a ser metal formal en caja de piedra".

Sigue la bocamina de don Vicente Becerra, titulada Nuestra Señora de Luján; la de Eusebio Cevallos, nombrada San Antonio de Padua; la de don Marcelino Poblet, bautizada también Nuestra Señora del Rosario, y de la Sebastián González de Lara, que llevaba el nombre de Santa Ana.

Este nombre de Santa Ana se daba entonces a la Cañada Honda, donde se hallaban algunas labores, pertenecientes las principales a Don Pedro Ricarte y a don Manuel Pinedo, quienes trabajaban sobre la vega del arroyo que desciende de la referida cañada, abriendo aventaderos de algo menos de una vara de profundidad.

La explotación de las minas de la Carolina originó, poco tiempo después, la construcción de un trapiche para moler minerales en el paraje de las Tapias, en terrenos que pertenecían a los hijos de don José de Sosa.

Con fecha 23 de Junio de 1794 el comandante de armas don Juan de Videla se dirigió a Sobremonte destacando las ventajas que el paraje de la Piedra Blanca ofrecía para la formación de una villa: "lo primero, el terreno de muchísima vista, y muy alegre; lo segundo, mucho agua, y superior; lo tercero, hay setenta y cuatro vecinos que tienen allí sus fincas raíces con arboledas, y como poner dos molinos, que ya no hay más que señalarles las calles, porción de maderas, y últimamente, temperamento tan bello; hay capilla, perteneciente al curato de Renca".

El gobernador intendente requirió la opinión del Cabildo y éste comisionó a don Alberto Aguilar para que, "acompañado con los sujetos de más viso, inteligencia y madurez", reconociera el sitio donde estaba situada la capilla de Nuestra Señora del Rosario. Tras el minucioso y ponderativo informe. Sobremonte solicitó la donación terreno necesario para formar la villa, a lo que, "con pleno reconocimiento del particular y general beneficio que resulta de la propuesta", accedieron sus dueños don Miguel Ortiz, doña Vicenta Ortiz y su esposo don Teodoro Gallardo.

El 1º de octubre de 1796 Sobremonte ordenó que se procediese "a la formación del pueblo, titulándose desde ahora la villa de Melo, en justa memoria del excelentísimo señor nuestro actual virrey don Pedro Melo de Portugal, y de su notoria propensión al bien y aumento de estas provincias". Impartió, asimismo, instrucciones para formalizar la villa según el plano que incluía, "demarcando para su traza siete cuadras haciendo centro la plaza, y cada cuadra de ciento y cincuenta varas castellanas, inclusas en ella las doce que debe tener cada calle, con prevención de que las esquinas caigan a los vientos principales ". También recomendaba Sobremonte "que el sitio de la traza sea el más llano y cómodo, teniendo consideración a la capilla, si ella estuviere en disposición de servir algunos años, y señalando para la iglesia, casas curales y del sacristán media cuadra de frente de la plaza al oriente, y la otra para casas de Cabildo y cárceles".

La fundación la llevó a cabo el comandante de armas don Juan de Videla en la mañana del día primero de enero de 1797, después de haber sido sacada en procesión la imagen de nuestra Señora del Rosario y haber cantado "todos en voz alta la letanía de los Santos para el mejor acierto del establecimiento de esa nueva villa", aclamándose y jurándose por patrón de ella a San Agustín.

De este modo nació la actual villa de Merlo, cuyas primeras autoridades fueron el capitán de milicias don Santiago Romero y don Francisco Gallardo, nombrados jueces pedáneos por el gobernador Sobremonte.

Las invasiones inglesas

Para que colaborase en el resguardo de la ciudad de Buenos Aires, con fecha 12 de marzo de 1805 el virrey Sobremonte ordenó aprontar una compañía de ciento cincuenta hombres del Regimiento de Voluntarios de Caballería de San Luis, la que se reunió con un escuadrón que desde Córdoba marchó con el mismo propósito. El día primero de Junio al ser revistados en aquella capital, los efectivos puntanos totalizaron ciento cincuenta y ocho hombres, al mando del segundo comandante José Ximénez Inguanzo y de los siguientes oficiales: ayudante mayor veterano Matías Sancho, capitán Francisco de Paula Lucero, teniente Blas de Videla y alférez Luis Gonzaga de Videla.

Según asienta don Ignacio Núñez en sus "noticias históricas", debido a la falta de armamentos, las tropas del interior fueron destinadas a la construcción de baterías y al cuidado de las caballadas. Diversos documentos certifican que los voluntarios puntanos, así como estuvieron destacados en la Ensenada, trabajaron en la siega del trigo tanto en los primeros meses de 1806 como en igual época de 1807.

Ximénez Inguanzo – sus descendientes adoptaron la forma Jiménez para su apellido – regresó en marzo de 1806 a San Luis, ante los rumores de una inminente invasión de indios y la enfermedad del comandante de armas don Juan de Videla. Reforzó entonces la guarnición del fuerte de San Lorenzo e hizo pedir armas y pólvora a Mendoza, ciudad que no pudo suministrar esos elementos. Designado comandante de armas interino don Tomás Baras, Ximénez Inguanzo volvió a Buenos Aires para ponerse al frente de sus tropas.

Producido el ataque de los ingleses, los efectivos puntanos se dispersaron, volviendo a reunirse parte de ellos junto a Sobremonte en el Monte de Castro el 28 de junio. De allí retrocedieron por el Saladillo de Ruy Díaz y el Paso de Ferreira, para acampar luego en la Cruz Alta, donde aguardaron los refuerzos pedidos a San Luis.

El Cabildo puntano, con fecha 12 de julio, se dirigió a Baras diciéndole "que sin embargo de la angustia fatal que en el día oprime a nuestra Capital no podemos menos que hacer presente el desamparo en que queda nuestra ciudad, y por lo mismo del todo expuesta y próxima al peligro de ser invadida por los indios que en la actualidad se hallan dispersos en ésta y su jurisdicción, con claros conocimientos de la extracción de armas y de vecinos que se hace en la presente expedición…A más de esto, se halla amenazada dicha ciudad por el salteador Patricio Ríos, quién acompañado de otros varios, escaló la cárcel de Mendoza y asaltó a deshoras ésta, poniendo en libertad a todos los reos que en ella había, con el objeto de ejecutar sus venganzas".

Estos clamores no modificaron los proyectos de Baras, quien concentro en el Morro toda la gente que pudo reunir, particularmente de las milicias de la Falda, o sea la zona comprendida entre la Estancuela y Merlo. Este nuevo contingente marchó a las órdenes del capitán Florentino Puebla, llevando como capellán al dominico Fray Juan José Allende.

El 20 de septiembre, en la Cruz Alta, fueron revistadas las tres compañías del Regimiento de Voluntarios de San Luis, según el siguiente detalle: 2ª compañía: 101 hombres; comandante José Ximénez Inguanzo, teniente Pedro Ignacio Rovere, portaestandarte José Segundo Domínguez; 4ª compañía: 96 hombres; capitán Francisco de Paula Lucero, alférez Juan Esteban de Quiroga, portaestandarte Felipe Lucero; 6ª compañía: 100 hombres: capitán José Narciso Domínguez, teniente José Leguisamo, alférez Juan Alberto Frías.

El aporte de San Luis no fue sólo de hombres. Con fecha 6 de noviembre, Liniers manifestaba al Cabildo Puntano:

"Las actuales y críticas circunstancias en que se halla esta Capital amenazada de nueva invasión de enemigos, la escasez que hay de varios artículos para su defensa, y entre ellos el del plomo para las balas de fusil y metralla, me han obligado a comisionar al comandante de ese Regimiento de Caballería don José Ximénez Inguanzo con su hijo don José Gregorio, un cabo y cuatro soldados, para sacar de las minas de plomo de esa jurisdicción la cantidad que pueda, para remitir a la mayor brevedad; espero del celo de usía que auxilie a dicho comisionado con peones y cuanto pueda, contribuir a la prontitud con que debe efectuarse su remisión, no dudando de su amor a nuestro soberano y a la patria en que tanto interesa el servicio de ambas majestades que usía, por su parte, contribuirá al desempeño de este tan importante objeto."

El 2 de marzo de 1807 se reunió un cabildo abierto, para tratar sobre el socorro pedido por las autoridades de Buenos Aires. El capitán Manuel Ticera y el alférez Luis Gonzaga de Videla ofrecieron costearse, en caso de marcha, "con prest o sin él, deseosos de servir al Rey nuestro señor." También ofrecieron su persona Pedro Latorre y Francisco de Ocaña, sin dejar por eso de contribuir con dinero. Asimismo, se comprometieron a entregar donativos Esteban Fernández, Manuel Panero y Pizarro, Jerónimo de Quiroga, Francisco Enrise Isidro Suaste, Manuel Acosta y Manuel Moreno Bustos.

La intervención de los puntanos en la defensa de Buenos Aires puede comprobarse documentalmente. Los viejos papeles testimonian que el 15 de junio la 2ª compañía estaba apostada en la calle de las Torres (actualmente denominada Rivadavia). Igualmente revelan que en el ataque del 5 de Julio, Pablo Jofré murió en el Retiro y José Romano Zavala en la Residencia. En cuanto a Francisco de Borjas Gómez, herido en el combate, falleció algunos días después.

La noticia del triunfo la difundió en San Luis don Rafael de la Peña, según da cuenta el acta capitular del 18 de julio de 1807, en la que se lee:

> "Nos el Cabildo, Justicia y Regimiento de esta Ciudad. Hallándonos en esta sala capitular para efecto de acordar lo conveniente, presentó el Administrador de Correos un oficio de fecha 10 del presente despacho de la Capital de Buenos Aires por el Señor Administrador Principal de la Renta, referente a comunicar la gran felicidad de las armas españolas vencedoras de las británicas. Y en señal de placer y lealtad a nuestro católico monarca don Carlos 4º (que Dios guarde), mandamos enarbolar las banderas reales y de esta ciudad, con su piquete y luminarias, con general retoque de campanas. Y por lo que respecta a misa de gracias, quedó que se hará celebrar cuanto llegue el correo ordinario el día 24 de éste".

Otras inquietudes trajeron a San Luis las invasiones inglesas. En septiembre de 1806 fueron conducidos a ésta Ciudad cincuenta prisioneros británicos y en enero de 1807 llegaron otros cuarenta que Mendoza no quiso guardar en su jurisdicción.

Según las instrucciones impartidas por el Príncipe de la Paz, los individuos de tropa debían ser socorridos, "con dos reales de vellón al día a cada uno y ración de pan, cama, luz y utensilio por el orden establecido para la tropa, manteniéndolos en arresto de seguridad". Sobremonte, para excusar en todo lo posible la erogación del real erario, resolvió "que todo el que desee y pretenda establecerse, haciendo juramento de fidelidad y vasallaje, pueda salir de su prisión, consignándose precisamente en el pueblo o su distrito con personas que vigile su conducta, o de quién esté dependiente por salario, distantes unos de otros en todo lo posible".

Sin embargo, a la llegada de los prisioneros procedentes de Mendoza, el Cabildo acordó pasar un oficio al comandante de armas, exponiendo la conveniencia de que los ingleses fuesen acuartelados con su respectiva escolta, en lugar de repartirlos en la jurisdicción, "a causa de ser estos hombres sectarios y herejes y nuestras gentes tan llenas de ignorancia y simplicidad la mayor parte de ella, y que se derramarían unas semillas perniciosas, que después redundaría en muchos males que serían irremediables si no se atajaban en tiempo y forma". Afirmaban los capitulares que "así convenía en vista de la poca o ninguna lealtad que los primeros han mostrado a sus patrones… porque no subsisten con nadie, siendo así que les han tratado y tratan con toda humanidad, sino que quieren andar a su libertad, tan presto en el cuartel como mudando cárcel y sin ejercitarse en trabajo que les reporte para sus alimentos". Añadían que aún esos primeros prisioneros ingleses "se debían rejuntar de donde andan dispersos y acuartelados, y no aumentarlos con estos cuarenta últimos".

El 11 de abril de 1807 los capitulares oficiaron nuevamente a don Juan de Videla por haber advertido que, en lugar de custodiar a los prisioneros, "andaban los soldados de noche en juegos y otras ociosidades", cosa que notada también por los ingleses, hacía recelar al Cabildo una sublevación, como se decía la habían intentado los de San Juan. Esta observación no fue de el agrado del comandante de armas, quién respondió "que como tan celoso este Cabildo a los movimientos de los prisioneros, esté a celar no se coliguen vecinos o algún individuo de este cuerpo", respuesta que hizo a los capitulares "una impresión ruborosa a la fe y lealtad que profesamos al Rey nuestro señor". De ahí que pidieran a Videla que declarase "con conocidas expresiones, los vecinos o individuos, de este Cabildo de quién sospeche o supiese que esté coligado con los prisioneros, para con su aviso en la hora proceder contra tales traidores con el celo que tanto nos repite vuesamerced". Finalmente, los capitulares prevenían a Videla "de ser éste el último oficio en cuanto a los prisioneros y su guardia y sólo nos entenderemos con la superioridad".

* * *

Los puntanos no se esmeraron en documentar sus trabajos durante las invasiones inglesas. Pero no todos hicieron lo mismo. Don Cornelio de Saavedra, con fecha 16 de marzo de 1808, escribía al Cabildo de San Luis en estos términos: "Creído de que la Legión de Patricios, a cuya cabeza tengo el honor de hallarme, ha dado pruebas relevantes de los sentimientos más puros por la Religión, el Rey y la Patria, según lo manifiestan los atestados insertos en el adjunto cuaderno, me tomo la libertad de pasarlo a manos de usía a fin de que los hijos de su jurisdicción se impongan de su contenido, no ya para que les sirva de ejemplo, sino para que se gloríen de que les hayamos imitado en sus justas ideas, y sucesivamente tenga a bien conceder lugar en su archivo a este documento, como una demostración de la parte que usía se toma en los esfuerzos con que todos los individuos que la componemos hemos cooperados a conservar en toda su integridad estos interesantes dominios".

Mucho más que esto interesa aclarar el error frecuentemente repetido desde que Gez escribió: "También, con fecha 11 de junio de 1807, comunica el virrey Liniers haber acordado a la ciudad de San Luis, en premio de esa misma cooperación, el tratamiento de *Muy Noble y Muy Leal y el de Excelencia,* y a sus capitulares el honroso tratamiento de *Señoría*.

En realidad, se trata de una circular datada en Buenos Aires el 11 de junio de 1808 – no 1807 – en la que Liniers expresa:

> "Publicada en la Gaceta extraordinaria de 20 de noviembre del año próximo pasado la gracia concedida por su majestad a esta ciudad – de Buenos Aires –

> para que además del dictado de Muy Noble y Muy Leal se les dé en adelante el tratamiento de Excelencia, y sus capitulares gocen el de Señoría, he determinado no obstante no haberse recibido aún la real cédula, que es regular se haya expedido con este motivo, que siempre que se haya de oficiar o representar a este Cabildo, se les dé desde luego el expresado tratamiento de Excelencia en cuerpo, y el de Señoría en particular a cada uno de sus capitulares, sea de palabra o por escrito: en cuya consecuencia lo prevengo a usía para su inteligencia y cumplimiento".

En junio de 1808, la Real Audiencia hizo la regulación de la contribución patriótica "que se hace preciso colectar por la escasez de fondos del real erario para atender a la conservación y defensa de estos dominios". Según ella, Córdoba debía aportar 30.000 pesos anuales, Mendoza 6.000, San Juan 8.000, La Rioja 2.000 y San Luis igual cantidad. El Ayuntamiento de Buenos Aires comunicó al Cabildo puntano esta regulación con fecha 26 de septiembre, "esperando que usía excitará la lealtad y patriotismo que distinguen a ese noble y generoso vecindario para que se preste al nuevo sacrificio que le empeña la conservación de la Patria, y con ella la de la Religión sagrada, que es el más precioso timbre de la nación".

En el mismo oficio se leen estas interesantes palabras: "La cuota que, en proporción la más exacta, corresponde al distrito de ese Ayuntamiento… es la de dos mil pesos (cantidad que aunque al parecer excede en proporción de la asignada a Mendoza, es en el concepto de continuar aquella ciudad con la oblación y donativo anual de doce mil pesos para mantener cien soldados en esta plaza), a cuyo entero puede usía atender con los arbitrios menos sensibles que dicte su prudencia, permitan las producciones del territorio y el preciso consumo de sus habitantes".

FUENTES

- Archivo General de la Nación.
- Archivo Histórico y Gráfico de San Luis.
- Agüero, Antonio Esteban*: La Villa de Merlo, de San Luis*. En "*La Prensa*", *sección segunda*. Buenos Aires, 22 de diciembre de 1946.
- Burmeister, Carlos: *El oro en la sierra de San Luis*. En Revista "Minera", números 3 y 4 (1934) y número 1 (1935). Buenos Aires, 1934 – 1935.
- Cháneton, Abel: *La instrucción primaria en la época colonial*. Buenos Aires, 1942.
- Escribanía de Gobierno y Archivo General de San Luis.
- Gez, Juan W.: *Geografía de la provincia de San Luis*, Tomo Tercero. Buenos Aires, 1939.
- Gez, Juan W*.: Historia de la provincia de San Luis*, Tomo I. Buenos Aires, 1916.
- Instituto de Estudios Históricos sobre la Reconquista y Defensa de Buenos Aires: *La Reconquista y Defensa de Buenos Aires*. Buenos Aires, 1947.

- Julín, Orvar: *El oro en nuestra provincia*. En Revista "Inti – Huasi", números 5 – 6. San Luis, 1936.
- Martínez, Pedro Santos: *Historia económica de Mendoza durante el Virreinato* 1776 – 1810. Madrid, 1961.
- Núñez, Urbano J.: *San Francisco del Monte de Oro.* En Revista de Historia, Nº 11, p. 57. San Juan, 1961.
- Pastor, Reynaldo A.: *La guerra con el indio en la jurisdicción de San Luis*. Buenos Aires, 1942.
- Probst, Juan*: La enseñanza primaria desde sus orígenes hasta 1810*. En Historia de la Nación Argentina, Vol. IV, Segunda Sección, p. 115. Buenos Aires, 1940.
- Ramos, Juan P.: *Historia de la instrucción primaria en la República Argentina*, *1810 – 1910*, Tomo II. Buenos Aires, 1910.
- Torre Revello, José*: El Marquéz de Sobremonte*. Buenos Aires, 1946.
- Berdaguer, José Aníbal: Historia eclesiástica de Cuyo, Tomo I. Milán, 1931.

CAPÍTULO VI

LOS DÍAS DE MAYO

Antes de la Revolución

La historia de las ideas no ha sido encarada en San Luis. Poca es la documentación con que se cuenta para arriesgar en terreno tan difícil, generalmente orillado mediante generalizaciones cómodas y poco peligrosas. De ahí que no resulte superfluo tratar de allegar algunas referencias que acaso sirvan alguna vez de punto de arranque para tan interesantes estudios.

Hemos mencionado el sentido de la independencia y la propensión al gobierno propio que revelan muchas actitudes viriles del pueblo puntano. Señalamos también la defensa del patrimonio común, tanto de las depredaciones de los indios rebeldes como de los avances de vecinos resueltos a llevar adelante sus negocios. Veamos ahora otras huellas de rebeldía, que si no entroncan con la Revolución, ayuda a comprender el alma de los tiempos.

Sobremonte, en la recomendación hecha al Cabildo el 26 de abril de 1785, asentó aquellas palabras que es preciso repetir:

> "Bien sé que en otros tiempos del engaño y de la preocupación, que merecen borrarse de la memoria de los hombres, hubo algunos en esta jurisdicción que no dieron buenas pruebas de la ciega obediencia que todos debemos rendir a nuestros superiores, pero tampoco ignoro que éstos fueron muy pocos, tal vez arrastrados del influjo de algún mal intencionado".

En un oficio dirigido al marquéz de Loreto, el gobernador intendente ilumina algo más el cuadro, al describir así a los puntanos:

> "El carácter de estos habitantes es sencillo, pero la falta de instrucción y buena educación, y sobre todo el que no había experimentado castigos, les ha hecho pasar con razón en el concepto de poco subordinados; sin embargo, el suceso de la prisión de don José Quiroga y don Juan José Gatica que practiqué en consecuencia de un despacho de V. E ., me acreditó no sólo la utilidad de este ejemplar tan oportunamente resuelto, sino que habiendo conocido por él el peso de la autoridad superior, aprendieron que los delitos de inobediencia no quedan impunes ni aún en los más poderosos del pueblo, y dieron señales de respeto y veneración a las providencias superiores".

La Villa de la Carolina fue también escenario de intranquilizadores sucesos, según lo ha hecho conocer el P. Grenón en una muy valiosa relación documental, referida a las actividades del mineralogista don José María Caballero. A fines de junio de 1793, Sobremonte escribía a Lafinur manifestándole haberse enterado de que el tal Caballero "ha producido ese mineral, en las concurrencias, especies muy perjudiciales a la quietud y subordinación, apoyando en ella los procedimientos de la Asamblea de Francia y esparciendo que el hombre nació libre; que, como tal, debe obrar, que en todo, debe serlo; que los franceses han abierto los ojos a las demás naciones en los goces de la libertad".

Por todo ello, Sobremonte ordenaba hacer "una información reservadísima de testigos idóneos", pues, "convenía muchísimo tales especies no se viertan y que se escarmiente, como corresponde, al que las produce".

Al referirse a esas expresiones, uno de los testigos declara que "no las tiene presente porque ha parado poco la consideración en ellas, conceptuando que el que las vertía pensaba hacerse expectable por aquel raro término de producir especies que fuesen extrañas a los sentimientos comunes de los oyentes". Otro de los testigos, el cirujano Francisco Javier Garay, es más memorioso: recuerda que, "cuando venían noticias de las cosas de Francia", Caballero decía:

> "Que aquella nación había abierto los ojos a las demás; que antes eran esclavos y ahora gozaban de su libertad, y también lo son en el gobierno de España los españoles, y debían ser libres para todo".

El comandante don Mariano Larrazábal fue también contundente:

> "En cuanto a las producciones contra el Gobierno, le dijo al que declara que no se quitará las barbas hasta que su causa fuese juzgada por el Tribunal de Méjico o Lima, pues no quería ser juzgado por gobierno de zapateros".

Cuando en 1806 se citaron las milicias para marchar a la reconquista de Buenos Aires, el partido de la Falda – o sea los alrededores de Merlo – se conmovió por culpa del teniente de milicias urbanas don Manuel Vieyra, quien reunió a los vecinos "valiéndose de los medios más extraños y reprobables conductos". Don Pedro Ignacio Rovere, el militar que denunció estos hechos, aseguró que Vieyra empleó "un estilo tan extravagante y tan soez, que no sólo ha hollado los respetos de la sagrada persona de nuestro Soberano, violado las leyes del

reglamento que ha dado a nuestros cuerpos y atropellado los respetos de la Comandancia de armas, sino también ha querido expulsar los soldados de mi compañía".

La acusación no pudo ser probada plenamente. Pero la relación de Rovere vale mucho más que hondas y sapientes inferencias:

> "Sí, señor Comandante: de este modo, luego que el citado Vieyra juntó la gente de su compañía urbana y los individuos de la mía en el paraje de los Molles, los puso en formación en ala y dijo estas palabras: Señores soldados, ya no hay regimientos voluntarios; ya pueden sacarse las cucardas, y cagarse en ellas; y los hijos de viudas, y otros que tuviesen boleto del Comandante, métanselos en el culo, que nada les sirve".

La revolución en San Luis

Afirma Hudson que el portador de los despachos de la Junta Gubernativa para los Cabildos de Mendoza, San Juan y San Luis fue el Oficial Manuel Corvalán, natural de la Ciudad nombrada en primer término, y de quien dice una copla popular: "Allá viene Corvalán / de posta en posta / matando sarracenos / como langostas". Estudios realizados con posterioridad a la publicación de los "Recuerdos históricos" permitieron establecer que Corvalán llegó a Mendoza el 13 de Junio "al ocultarse el Sol".

Schmidetmeyer, que cruzó esta comarca en 1820, dice que un viajero a caballo, sin más equipaje que una muda de ropa en una pequeña petaca, puede hacer con comodidad, treinta, y con fatiga, cuarenta leguas por día, desde la salida a la puesta del Sol, haciendo una breve siesta. Como la distancia que separaba a la ciudad de la Punta de Mendoza era, por estos tiempos, de ochenta y cuatro leguas, puede inferirse que el mensajero hizo el viaje en dos jornadas. Por consiguiente, es posible que arribara a San Luis antes del anochecer del día 11 de junio.

Lo indudable es que el martes 12 de junio de 1810 los capitulares puntanos se reunieron para considerar los oficios entregados por Corvalán: una nota de la Junta, fechada el 27 de mayo, y otra del Cabildo de Buenos Aires, datada el 29. Agregados a la primera venían algunos impresos: tal vez la Proclama del 26 y la Circular del 27. En cuanto al oficio del Cabildo porteño – cuya lectura, como con tanto acierto lo destacara el doctor Sosa Páez, "aún hoy es incienso cívico que sahúma nuestro espíritu, aromándolo con religioso perfume de Patria" – también incluía la Proclama y los Bandos que hiciera publicar el Ayuntamiento de Buenos Aires, los cuales fueron enviados unos impresos y otros en copia manuscrita. Ni esta correspondencia ni la del Cabildo puntano mencionan la Circular impresa del Virrey Cisneros, de fecha 26 de mayo, y autenticada con su rúbrica pero, como todavía existe en los archivos mendocinos, seguramente fue también remitida a San Luis.

Los capitulares de la ciudad de la Punta – repetimos – deliberaron el día 12 de junio, con esos documentos a la vista. Como los textos han sido ampliamente difundidos, no nos esmeraremos en repetirlos. Cabría, sin embargo, hacer una excepción con la nota de la Junta de fecha 27 de mayo, por cuanto de ella sólo se conserva el facsímil que Gez publicó en su "Historia". Por otra parte, no está demás recordarla, porque ella basta para demostrar cuán lejos estaban los hombres de Mayo, en esos momentos, de proclamar la emancipación del secular poder español, como escribe Pastor. He aquí el oficio:

> "La junta Provisional Gubernativa de las Provincias del Río de la Plata, a nombre del Señor don Fernando VII, acompaña a usía los adjuntos impresos que manifiestan los motivos y fines de su instalación.

Después de haber sido solemnemente reconocida por todas las corporaciones y jefes de esta Capital, no duda que el celo y patriotismo de vuesamerced allanarán cualesquier embarazo que pudiera entorpecer la uniformidad de operaciones en el distrito de su mando, pues no pudiendo ya sostenerse la unidad constitucional sino por medio de una representación que concentre los votos de los Pueblos por medio de representantes elegidos por ellos mismos, atentaría contra el Estado cualesquiera que resistiese este medio, producido por la triste situación de la Península y único para proveer legítimamente una autoridad que ejerza la representación del señor Don Fernando VII y vele sobre la guarda de sus augustos derechos, por una nueva inauguración que salve las incertidumbres en que se halla envuelta la verdadera representación de la Soberanía.

Vuesamerced conoce muy bien los males consiguientes a una desunión que, abriendo la puerta a consideraciones dirigida por el interés momentáneo de cada pueblo, produzca al fin una recíproca debilidad que haga inevitable la ruina de todos; y ésta debería esperarse muy de cerca, si la potencia vecina que nos acecha pudiese calcular sobre la disolución de la unidad de estas provincias. Los derechos del Rey se sostendrán si, firmes los Pueblos en el arbitrio de la general convocación que se propone, entran de acuerdo en una discusión pacífica bajo la mira fundamental de fidelidad y constante adhesión a nuestro augusto Monarca, y la Junta se lisonjea que este modo se consolidará la suerte de estas provincias, presentando una barrera a las ambiciosas empresas de sus enemigos y un teatro estable a la vigilancia y celo de sus antiguos magistrados".

Agreguemos a esto, para comprender mejor la actitud de los capitulares puntanos, que la Junta, en su primera Proclama, afirmaba que "Los grandes objetos de sus conatos" eran los mismos sentimientos del pueblo, es decir, "un deseo eficaz, un celo activo y una contracción viva y asidua a proveer por todos los medios posibles la conservación de nuestra Religión Santa, la observancia de las Leyes que nos rigen, la común prosperidad y el sostén de estas posesiones en la más constante fidelidad y adhesión a nuestro muy amado Rey y Señor Don Fernando VII y sus legítimos sucesores en la corona de España.

El día 12 de junio – lo repetimos una vez más, porque la fecha constituye un auténtico fasto puntano – los capitulares asientan por acuerdo en su libro de obedecimiento a las órdenes que se les imparte desde Buenos Aires. No hay, pues, flaquezas ni vacilaciones en su proceder. Muy por el contrario, debe destacarse – como en buena hora lo hiciera el doctor Juan Carlos Saá – que "cabe a San Luis la gloria de ser la primer Provincia argentina que se adhirió a la Revolución".

Al día siguiente del acuerdo, el Cabildo redacta la respuesta a la Junta, en la que dice textualmente:

"Ha recibido este Ayuntamiento el oficio de V. E. que con fecha 27 de mayo le dirigió, acompañado de los impresos relativos a la nueva creación de V. E., representante de los augustos derechos de nuestro amado Rey el Señor Don Fernando VII. No hay para este congreso cosa más adaptable que las disposiciones de V. E. en esta parte; y dándose por ello incesantes parabienes, repite en obsequio de ellas la más sumisa y ciega obediencia con que, desde luego, acudirá gustoso a ejecutar los preceptos que se digne imponerle.

Con respecto ha hallarse varios vecinos de los principales en la jurisdicción de esta Ciudad, se ha suspendido la elección de diputado, convocándolos para el 28 del corriente,

graduando la distancia y dificultades que pueden ocurrirles para presentarse antes a dicha elección.

Verificada que sea en el citado día, que se ha dispuesto concluir con luminaria general y misa solemne en acción de gracias por nuestra reunión, de su resultado se dará parte a V. E. en el correo más próximo".

La nota dirigida al Ayuntamiento de Buenos Aires es similar; pero al afirmar que veneran sus determinaciones, los cabildantes puntanos protestan "en un todo sacrificar hasta el último aliento en obsequio de nuestro amado soberano, el señor don Fernando VII, principal objeto, haciendo entender a sus súbditos esta precisa obligación de cuya pronta unión no duda para seguir las huellas que le demarca la sabia dirección de V. E. en la defensa de sus derechos".

Escrita ambas notas, ocurre lo inesperado: ese mismo miércoles 13 llega a la Ciudad de San Luis un propio conduciendo un oficio del gobernador intendente de Córdoba don Juan Gutiérrez de la Concha, datado el 5, y cuyo texto es el siguiente:

"Anoche llegó el correo ordinario de Buenos Aires y se confirmaron las noticias privadas que ya tenía este Gobierno de que, contra las ideas de su mismo excelentísimo Cabildo y del vecindario honrado, se había depuesto al excelentísimo señor

Virrey y creándose abusivamente una Junta para el Superior o Supremo Gobierno del Virreinato, sin más autoridad que la fuerza. Y aunque no dudaba el partido que debía tomar este Gobierno para sostener el buen orden y las legítimas autoridades, llamó a la misma hora a la casa de mi habitación a las primeras personas de esta Ciudad – y entre ellas al excelentísimo señor don Santiago Liniers y al Ilustrísimo señor Obispo – y tuve la complacencia que con la mayor energía se decidieron por la legítima autoridad, siempre que las fuerzas no les obligasen a una indecorosa subordinación.

Tampoco pudo dudar que la acendrada lealtad de usía le obligará a la misma entereza que ha manifestado el Cabildo excelentísimo de Buenos Aires, su honrado vecindario, la ciudad de Montevideo, ésta y la de Salta, según se me anuncia. Sin embargo, he juzgado conveniente comunicarlo a usía, para que tenga el mayor cuidado en sostener algo en orden, sin obedecer más que a las legítimas autoridades, a lo menos entre tanto las provincias interinas y el Virreinato de Lima nos comunican sus ideas.

Espero que usía llenará estos importantes deberes, comunicándome cuanto ocurra para el mejor servicio, advertido que aunque los impresos que tal vez se comuniquen no den noticia de la oposición que han mostrado dichas ciudades y cuerpos, son notoriamente verídicas las que se refieren, e impartidas por personas fidedignas".

Bien se ve que este oficio podía haber modificado – o por lo menos demorado, la resolución del Cabildo. Pero nuestro Ayuntamiento – como lo demostraremos de inmediato – estaba lejos de ser ese grupo de "Señorones de más tono, que aspiraban a mayor figuración" y que "ambicionaban como una cumbre, los cargos de la Municipalidad", según el fácil decir de algunos cronistas.

Sin perder un instante - y también sin cambiar una sola línea de las respuestas ya listas, los capitulares puntanos redactan esta singular nota reservada, dirigida al Cabildo de Buenos Aires:

"En circunstancias de tener cerrado el contesto de obedecimiento a las disposiciones recibidas de la Excelentísima Junta Provisional de esa capital y de V. E., ha recibido del Gobierno e Intendencia de Córdoba este Ayuntamiento el adjunto oficio de que remitimos copia, cuya oposición a dichas determinaciones nos ha dejado sorprendidos y llenos de un natural sentimiento. Por tanto, ha tenido por conveniente comunicarlo a V. E., para que, hecho cargo de él con el pulso y prudencia que acostumbra tome las medidas que le parezcan a propósito, esto es, manifestarlo a dicha Junta o reservarle en su depósito secreto, pues no es otro nuestro principal objeto que un sincero deseo del mejor acierto, como de obviar enardecer con él a la Excelentísima Junta y que sobrevenga algún mal a dicho Gobierno; y así ha dispuesto consultarlo primero secretamente con V. E., quién sabrá darle el destino e inteligencia que exige su naturaleza ordenando de nuevo a este Cabildo en éste y otro particular cuanto fuere de su agrado".

Esta nota – cuya importancia nos complacemos en señalar, pues revela la actitud dinámica del Cabildo puntano – demuestra la sagacidad de aquellos hombres, puesto que, al dar cuenta de la oposición de Córdoba, sondeaban hasta dónde era sincera y honda la adhesión que el Ayuntamiento de Buenos Aires prestaba a la Junta.

Con la misma cautela – que no vacilamos en atribuir a la voluntad reflexiva del alcalde de primer voto, don Marcelino Poblet – el Cabildo responde a las autoridades cordobesas. Y lo hace incluyendo "testimonio de las disposiciones que por oficio le comunica la Junta Gubernativa de la Capital y el Cabildo de ella":

"Por la de dicho Cabildo, autorizada con sus propias firmas, formamos el concepto que éste, lejos de ser opuesto a lo determinado en orden al Superior Gobierno o instalación de dicha Junta, contribuye lo posible a que se efectúe, dando las razones que aparecen en su citado oficio que dirigió con fecha 29 de mayo, encargándonos a la brevedad posible su cumplimiento. Parece regular que haya pasado a usía el excelentísimo Cabildo la misma noticia; y por si no lo ha hecho a causa de algún evento, se lo remitimos para que, inteligenciado de él igualmente que del otro, resuelva lo que estime conveniente, sirviéndose comunicarnos a la brevedad posible su última determinación".

Y rematan su nota con estos párrafos en los que alguien sólo ha visto diplomacia dilatoria, aunque a través de ellos se traslucen el sentir de un pueblo fiel y amigo del orden:

"Es indecible nuestro asombro y sentimiento, así por los sucesos adversos de la Península como por las discordias de nuestras provincias. Usía sabe muy bien la escasez en todas facultades de nuestra Ciudad de San Luis; conoce que ama y respeta a su Soberano y demás autoridades depositarias de sus augustos derechos, en cuyo concepto no debe dudar de nuestras intenciones y sinceros deseos de acertar. Y por lo mismo, esperamos que con el mayor pulso nos dé aquellas reglas más conducentes a una reunión que no se exponga a aumentarnos, acaso, mayor miseria o total destrucción".

Sólo una suspicacia malsana puede dejar de reconocer que, si bello y justo es entonar loas en honor de los esforzados adalides que allá en la ciudad porteña, echaron sobre sus hombros la tremenda responsabilidad de inaugurar la patria nueva, no menos saludable y digno

resulta tratar de comprender el papel heroico de quienes, a solas Dios y su conciencia, en la encrucijada de San Luis de la Punta buscaron con nobleza el camino que, al asegurar la felicidad del pueblo, conciliase su suerte futura con el espíritu de la ley y el respecto a los magistrados.

Que eso, y no otra cosa, quisieron los cabildantes puntanos, para gloria suya y del terruño.

Cabildo, expresión, de pueblo

Un sincero sentimiento de justicia póstuma nos lleva a detenernos un instante en la consideración atenta y respetuosa del quehacer de aquellos cabildantes puntanos, acaso no tan graves como los perfila Gez, pero sí ordenados y laboriosos aún más allá de esas "grandes preocupaciones de pasear el estandarte real o de lucir ricos escapularios a la cabeza de las procesiones".

Bastaría leer los documentos correspondientes a los primeros meses del año 10, para constatar las múltiples tareas cumplidas por esos hombres, en la ciudad y en la campaña, con un celo y una actividad que no hubiera desdeñado el más conspicuo paladín del siglo de las luces.

Perseguir ladrones y gente de mal vivir en el Saladillo y la Carolina, moralizar en la frontera del Río Quinto, deslindar y amojonar tierras en Santa Bárbara y en los alrededores de la ciudad, celar que los troperos de Mendoza no pongan faena de corte de madera sin licencia, y extender, a la falta de escribano, escrituras de venta, así de bienes, muebles como de esclavos, son trabajos que, si bien no dan proceridad, testimonian que el vivir de aquellos capitulares no se desperdigó sólo en las interminables siestas que tanto escandalizan a muchas austerísimas – o ingenuas – plumas.

La misma celeridad con que fueron copiados los oficios, bandos y proclamas de la revolución y de las autoridades cordobesas y las respuestas redactadas entre el 12 y el 14 de junio, muestra que los colonos – como dice Caillet-Bois – no necesitaron de ningún *facultativo* que les llevara la péndola, porque también ellos, como el quirquincho, sabían tejer a pala y a peine.

¿Qué ocurre en San Luis después de la llegada de Corvalán? Aunque no lo podemos probar documentalmente, es indudable que tanto la ciudad como la campaña se han puesto en movimiento, no sólo para el cabildo abierto que debe verificarse el 28, sino también para otear las andanzas de cordobeses y mendocinos, decididamente reaccionarios los primeros y en escaramuzas nada tranquilizadoras los segundos.

No son muchas las noticias que circulan, porque hasta las arrías y carretas parecen aguardar que se despeje el cielo. El 13 pasa rumbo a Mendoza la tropa de don Francisco Delgado, pero después las huellas se quedan esperando en vano el chirrear de las ruedas enormes o el tranco seguro de las mulas cargueras. Por ahí – tal vez el 17 – otro chasque procedente de Córdoba llega conduciendo un oficio que, a pesar de estar dirigido al comandante de armas, va a parar a manos de los capitulares.

Su contenido torna más oscuros los nubarrones de la tormenta que se cierne sobre Cuyo. Porque el Gobernador Intendente, luego de transcribir las resoluciones del Cabildo cordobés, opuestas a toda innovación, reitera que ese Gobierno "no reconoce otras autoridades que las constituidas por el soberano o sus representantes, que hemos jurado o jure y admita la Nación; y en su defecto, las que establezcan nuestras leyes". Todo lo cual hace saber Gutiérrez de la Concha a Ximénez Inguanzo "para que en caso de hallarse igualmente oficiado por los tribunales y cuerpos de dicha capital de Buenos Aires, arregle su conducta y contestaciones a las de este ilustre Cabildo y Gobierno, en obsequio de la inalterable fidelidad de esta provincia,

y para sostener al buen orden, la paz y quietud que goza, y que es incompatible con toda novedad ilegítima".

El 25, con las carretas de don Félix Palma, circula por la Ciudad la narración de los sucesos de Mendoza, donde el bando realista se mantiene fuerte y atento a las indicaciones de los rebeldes de Córdoba. Nada nuevo se sabe de Buenos Aires, en tanto que Gutiérrez de la Concha pretende arrancar a los cuyanos una adhesión que se va tornando ilusoria.

Sin embargo, el cabildo abierto que ha sido convocado para el jueves 28 no se realiza en esta ciudad sino dos días después. Difícil resulta explicar por qué; pero estamos seguros de que la demora no nació del temor o la prudencia, pues la actitud del Ayuntamiento puntano, como repetidamente lo testimonian los viejos papeles, fue siempre decidida y valiente. Así se comprueba también con el acta de aquella honrosa reunión, que está redactada con este sencillo y a la vez profundo lenguaje:

> *"En la ciudad de San Luis, en 30 días del mes de junio de mil ochocientos diez. Nos el Cabildo, Justicia y Regimiento de ella, hallándonos en la sala de nuestro Ayuntamiento, en virtud de la acta celebrada en doce del que expira, referente a dar cumplimiento a las órdenes recibidas de la capital de Buenos Aires por su Excelentísima Junta, nuevamente creada a nombre de nuestro amado Rey el señor don Fernando VII, en que dicha Junta nos previene que a la mayor brevedad se nombre un diputado para vocal de dicha Junta. Y habiendo recibido al mismo efecto, con fecha veinte y nueve de mayo, un oficio del Excelentísimo Cabildo de dicha Capital, en cuya virtud y habiendo convocado a todas las personas más principales de este vecindario y su jurisdicción, se les leyeron los expresados oficios y demás determinaciones de dicha capital; y siendo interrogados si se conformaban con ellas y daban el debido obedecimiento, respondieron a una voz que sí".*

He ahí el terruño amado alzándose en baluarte de la libertad en la encrucijada más solemne y magnífica de nuestra historia patria. La tierra toda, esa que supo del indio algarrobero y del español sediento de horizontes; la arena que dilata en páramo salino su pupila insomne; el agua musical que convoca a la espiga y al cordero; los recios árboles tutelares que despliegan su bandera fraternal sobre la llama esperanzada de la querencia; el pájaro que inaugura el alba y bendice con su gorjeo melancólico la estrella de la tarde; el toro que echa a rodar por las quebradas su bronco mugido genital; el potro que redobla sobre el tambor de la pampa su libertad perfumada de trébol y lejanía…Y el niño que clava la mirada interrogante en el misterio del tiempo sin medida; y la mujer que guarda su dolor, alma adentro, y lo transmuta en el pan cotidiano que glorifica la mesa con su presencia morena y humilde; y el hombre que cae y se levanta, que se enciende en rebeldías y florece en amor y en justicia, toda esta tierra sobre la que nos erguimos con chisporroteo de fuego fatuo y a la que retornaremos hechos silencio impenetrable, se transforma en puntal de la Patria y se empenacha de gloria cuando aquellos varones olvidados responden, a una voz, que sí.

Allí están, en la modestísima Sala del Ayuntamiento – altar de adobe, de algarrobo, de paja y caña – los hombres venidos de todos los rumbos: el sacerdote y el militar, el empleado del Rey y el pulpero, el estanciero y el fraile de Santo Domingo, el comerciante, el escribiente y el oficial de milicias.

Está el que ha visto crecer los trigos en Renca o en la Piedra Blanca, y el que ejerce su maestría en la posta que mitiga el cansancio de leguas y leguas; el que apacienta su majadita en las olorosas quebradas de Suyuque, del Mollar, de Nogolí o de la costa del Monte y el que rastrea señales de indios por los médanos de Sovén y de Sayape.

Y están los capitulares – el licenciado, el minero, el hacendado – encendidos de fe en el porvenir, descansando en la misericordia del Señor que no ha de negarles la luz que necesitan para acertar en el inigualado trance de apuntalar la patria naciente desde la soledad de San Luis de Loyola.

Sobre su esperanza, el cielo es una inmensa bandera de gloria que tremola orgullosa al soplo de esa hidalguía que, a una sola voz, a respondido que sí.

* * *

Ese mismo día 30 de junio, como si buscase impedir el pronunciamiento del cabildo abierto, llega a esta ciudad un mensajero del gobernador de Córdoba con pliegos que instan al Ayuntamiento y al vecindario a no reconocer como legítima la autoridad de la Junta. A la vez, Gutiérrez de la Concha ordena al comandante del Regimiento de Voluntarios que le remita por la posta y a la mayor brevedad, toda la gente de armas que tenga esta jurisdicción, "de lo que resulta a este pueblo cierta especie de amenaza y convulsión", según manifiestan los cabildantes a las autoridades porteñas en una nota que con igual fecha despachan con la copia del acta de la elección del diputado, recaída en el alcalde de primer voto don Marcelino Poblet.

Teme el Cabildo que sus anteriores oficios, dirigidos a la Junta y al Ayuntamiento, hayan sido interceptados por el gobernador de Córdoba, "según noticias que de ello se le ha comunicado por algunas personas". Más, aún en esa incertidumbre y sin saber cómo se define la situación en Mendoza – para donde marcha el charque de los contrarrevolucionarios – la actitud vigilante de los hombres encabezados por Poblet se transforma en resuelta oposición al gobierno cordobés.

Así, en aquella soledad heroica – la misma que a través de los siglos forjara el temple puntano – el Cabildo no vacila en ocupar su puesto de combate. Virilmente lo hace cuando, al referirse a la orden del camarada de Liniers, dice el comandante de armas:

> *"Ha llegado la noticia de este Ayuntamiento que el señor Gobernador Intendente, reincidiendo en las ideas de oponerse a las disposiciones de la Excelentísima Junta Gubernativa de la capital de Buenos Aires, a quién niega el obedecimiento, solicitando reunirse para ello con este pueblo; y que igualmente le ordena a usted marche para Córdoba a la mayor brevedad, con toda la gente de armas de esta ciudad y su jurisdicción. En cuya virtud y siendo estas ideas en el todo opuestas y delincuentes a las de dicha capital, que debemos obedecer ciegamente, esperamos que vuesamerced no contribuya con el más mínimo auxilio para estos casos, sin anuencia nuestra y con la armonía que corresponde a un buen patriota, en obsequio de la tranquilidad pública; advertido que, de lo contrario, tomará este Ayuntamiento con su vecindario las más serias providencias".*

La Revolución no tuvo en San Luis cronista que recogiese el clamor popular. Pero su acento ha quedado en esta expresión del Cabildo, al afirmar que intervendrá junto *con el vecindario*, si Ximénez Inguanzo niega la obediencia debida.

Que los capitulares no están solos en la lucha – y que saben muy bien lo que hacen – lo demuestra asimismo la circunstancia de calificar de delincuentes las ideas de las autoridades cordobesas, mucho antes de que llegue a sus manos el oficio en que la Junta tilda de imprudente a Gutiérrez de la Concha y de criminal la seducción que pretende, el mismo oficio en que la fogosidad revolucionaria de Moreno crepita en aquel párrafo rotundo:

"La Junta cuenta con recursos efectivos para hacer entrar en sus deberes a los díscolos que pretendan la división de estos pueblos, que es hoy día tan peligrosa: los perseguirá y hará un castigo ejemplar que escarmiente y aterre a los malvados".

Oficio – o circular – que fue despachado desde Buenos Aires con fecha 27 de junio, como si hubiera sido motivado por la denuncia hecha el 13 por el Cabildo puntano en su nota reservada; inferencia que se robustece con la simple lectura de su primer párrafo:

"La Junta ha sabido que el Gobernador de Córdoba expide circulares a todos los gobiernos y cabildos, procurando una división entre esta capital y los demás pueblos de sus provincias".

Fiel a sí misma, San Luis opone el pecho a la desunión. Y aunque no lo mencionan las vetustas crónicas, ahí está el Pueblo, que late en el pulso de aquellos capitulares ignorados, claros varones del terruño, sin estatua ni plaza que los recuerde:

Alcalde de primer voto don Marcelino Poblet
Alcalde de segundo voto don Agustín Palma
Regidor Alguacil mayor don Alejandro de Quiroga
Regidor Alférez real don Jerónimo de Quiroga
Regidor defensor de menores don Nicolás Guiñazú
Regidor defensor de pobres don Santiago Funes
Regidor llano don José Romualdo Ortiz
Procurador de la ciudad don Esteban Fernández

Bien está que echemos a volar sus nombres, porque también ellos fueron Hombres de Mayo.

Nómina de asistentes al cabildo abierto del 30 de junio de 1810

Marcelino Poblet, alcalde de primer voto – Licenciado José Justo de Albarracín, cura y vicario – Fray Benito Lucio y Lucero, prior de Santo Domingo – Agustín Palma, alcalde de segundo voto – Alejandro de Quiroga, regidor alguacil mayor – Gerónimo de Quiroga, regidor alférez real – Nicolás Guiñazú, regidor defensor de menores – Licenciado Santiago Funes, regidor defensor de pobres – Esteban Fernández, procurador general de la ciudad – José Ximénez Inguanzo, comandante de armas – Ayudante mayor Matías Sancho – José de Mayorga, teniente ministro de Real Hacienda – Rafael de la Peña, administrador de correos – Francisco Vicente Lucero, fiscal de Real Hacienda – Capitán Juan Basilio Garro – Capitán Francisco de Paula Lucero – Capitán Manuel Teyseira – Ramón Esteban Ramos, administrador de Temporalidades – Teniente Juan Esteban de Quiroga – Alférez Luis de Videla – Ramón Rey y Ramos – José Justo Gatica – Vicente Carreño – Juan de Amieva Díaz – Nicolás de Leániz – Manuel Herrera – José González de Pena – Capitán Fernando Lucero – Capitán Juan Palma – José Santos Ortiz – Pedro Pablo Fernández – José Mariano Bustos – Juan Andrés Alfonso – Juan Francisco Barbosa – Bernardo García – José Marcos Guiñazú – Flor Basconcelos – Capitán Nazario de Quiroga – Lucas Fernández – Martín Garro – Lucas Moreno – Bernardo Sosa – Capitán Buenaventura Martínez – Mateo Gómez – Juan Adara – José de Blas y García,

Obediencia, pero no sumisión

Con fecha 10 de julio el gobernador de Córdoba dirige una enérgica nota al Cabildo de San Luis, en la que expresa:

> *"El comandante de armas, en oficio de 2 del corriente, me hace presente la escandalosa oposición que usía ha hecho al cumplimiento de la orden de este Gobierno de 26 del próximo pasado junio, comprobándola con copia del oficio que usía le pasó el 1º del corriente. Esta oposición es tan extraña como delincuente, y si usía no solo no se contiene sino que también procura por todos los medios que dicte la prudencia evitar todo alboroto de ese pueblo y su vecindario, será responsable a los daños y perjuicios que sucedan y me veré en la dura necesidad de tomar las oportunas providencias para contenerle. En el supuesto que con esta misma fecha prevengo al referido comandante para que cumpla la citada orden, usando de la fuerza en caso necesario, y repito que los individuos de ese Ayuntamiento serán responsables del resultado con sus personas y bienes.*
>
> *No dudo que ese Cabildo, sin necesidad de otras reconvenciones, seguirá la buena causa a imitación de esta capital, de la Imperial Villa de Potosí y demás provincias interiores del Perú, según de oficio me avisa el señor Intendente de dicha Villa de Potosí, remitiéndome el dinero y auxilios que le he pedido, ejemplo que también seguirá la provincia de Salta, sin embargo de las primeras voces que corrieron".*

Sin embargo, antes que esta nota, llega a San Luis el teniente coronel don Juan Bautista Morón, encargado por la Junta de asegurar el triunfo de la Revolución en Cuyo. Trae este oficial orden de retirar del empleo de comandante a don José Ximénez Inguanzo, en razón de considerárselo sospechoso, disposición que el Cabildo pone en practica de inmediato.

El paso de Morón no hace más que robustecer en el Ayuntamiento puntano y en el pueblo que representa, la conciencia de haber acertado en el camino del deber. Por eso, sin vacilar, intercepta las comunicaciones que un emisario procedente de Mendoza intenta conducir a Córdoba. En vano, pues, el gobernador intendente pretenderá impresionar a los cabildantes de San Luis, diciéndoles con fecha 16 de julio:

> *"Por un certificado del alcalde de primer voto de esa Ciudad, dado a Roque Molina, y por la exposición de éste, se ha enterado este Gobierno que, Habiendo sido detenido en una posta por don Juan Bautista Morón, que se decía comisionado por la Junta instalada en Buenos Aires, fue conducido a ese Ayuntamiento, donde estuvo preso tres días, después de habérsele quitado el pliego que conducía para este Gobierno. Esta conducta, criminal por todos aspectos, prueba que ese ilustre Cabildo desconoce enteramente las legítimas autoridades, avanzándose a interrumpir la correspondencia de los jefes subalternos con este Gobierno; y no pudiendo desentenderme por más tiempo de semejantes excesos, prevengo a usía que inmediatamente me remita por extraordinario el predicho pliego; y que sí, al mismo tiempo, no me comunica haber variado de ideas, tomará las más severas providencias para que ese cuerpo cumpla sus deberes, avisándole para su gobierno que el señor intendente de Potosí, don Francisco Paula Sanz, en oficio de 30 del próximo mes pasado, me dice que todos los Cabildos y jefes de aquellas provincias se habían unido a esta capital en la justa causa que se ha propuesto, y que además del auxilio*

de dinero que ha remitido, ofrece el de tropas y armas para sostener por todas partes nuestras leyes y constitución".

Pero también el Cabildo "toma sus providencias" para no dejarse sorprender. Enterado de que Ximénez Inguanzo, al ser privado de su empleo de comandante de armas, se ha fugado a Córdoba, comisiona a don Ramón Esteban Ramos para que se traslade a Mendoza y prevenga a las autoridades, solicitándoles auxilios para el caso de una agresión. Pero, mientras aguarda la respuesta, el 19 de julio responde el gobierno cordobés:

"Ha recibido este Ayuntamiento el oficio de V. E. que le dirigió con fecha 10 del corriente y en su contesto dice que no se detiene por ahora en demostrarle los sentimientos de razón y justicia que tiene para refutarle las amenazas que le hace por no adherir a sus ideas; sólo sí le hace presente tiene prestado, como es justo, su obedecimiento a la capital de Buenos Aires, de quien se halla prevenido por repetidos oficios que no solamente no se obedezca a ninguna orden de usía, sino que se le mire y trate como a un enemigo declarado del Estado, lo que le servirá de inteligencia y gobierno para lo sucesivo".

Córdoba esta vencida. Porque, pocos días después, llega desde Mendoza la buena nueva que hacia esperar:

"El voto general de este pueblo promete una ciega deferencia a las órdenes de la Excelentísima Junta. Estamos decididos, y no habrá cosa que nos haga variar de idea".

En su baluarte de la Punta, los capitulares deben haber sentido el gozo del triunfo. Triunfo del que muchos detalles quedarán entre las sombras, acaso para siempre. Ahondando interrogantes, las cuentas del Cabildo puntano de 1810 incluyen algunos sobre escritos enigmáticos: uno del Comandante de armas de Mendoza, otro del alcalde de primer voto de San Juan y un tercero en que se lee: "Perú – Al Ayuntamiento de San Luis del Tucumán".

* * *

Paso a paso, sin alardes pero con un dinamismo pleno de responsabilidad los actos del Cabildo puntano demuestran que aquella "sumisa y ciega obediencia" prometida a la Junta, está muy lejos de la obsecuencia o del servilismo estériles.

Arraigaba en el espíritu de la ley y el respeto a los magistrados – que en buena hora recordaran los capitulares porteños – circula por su tallo noble la savia de un federalismo capaz de florecer en actitudes viriles y ejemplarizadoras. Insinúa su trayectoria en la determinación de convocar, para la elección de diputado, no sólo a los principales vecinos de la ciudad, sino a los de toda la jurisdicción. Se vigoriza luego en la significativa demora con que Poblet se traslada a Buenos Aires, a pesar de haberse ordenado que debiera hacerlo inmediatamente. Y culmina con las providencias adoptadas para reemplazar al comandante de armas, depositando el empleo en el capitán más benemérito, por estimar que la persona nombrada por la Junta, "sin embargo de ser hombre bueno, no tiene la más mínima práctica en el mando de armas ni

menos ha servido en tiempo alguno la milicia" y suponer que "acaso V. E. le habría despachado aquel título por equivocación".

Por ese rumbo y con esa hidalguía cosecha el Cabildo puntano sus patrióticos laureles, cuyo verdor perdura aún en tal o cual oficio de la Junta, donde los hombres de Mayo congratulan "a V. E. por la energía y dignidad con que se ha conducido ese Pueblo, acreditando un celo activo por los intereses del Rey y una discreción laudable en el discernimiento de los legítimos derechos de estas provincias".

Los correos porteños traerán después las restallantes órdenes que buscan consolidar la Revolución. La causa, convertida en sagrada, exige primero una leva rigurosa que aumente la fuerza armada de la Capital. Encarga luego "velar con particular cuidado, haciendo castigos ejemplares en los díscolos que resistan la paz y el buen orden a que se les convida".

Convierte, más tarde, a la Punta en tierra de confinados. Y estalla, finalmente, cual trueno horrísono, en las espinosas soledades del Chañarcillo de los Loros.

El humo de la pólvora, la púrpura que glorifica el pecho de los mártires persisten más en la tinta de aquellas proclamas en las que el verbo augural tremolaba hecho bandera:

> "Llevad a las provincias todas de nuestra dependencia y aún más allá, si puede ser, hasta últimos términos de la tierra, la persuasión del ejemplo de vuestra cordialidad…".

Pero San Luis ha elegido el camino del orden y ya no se apartará de él, porque sabe que sólo por esa empinada vía crecerá la Patria en plenitud dichosa.

El diputado puntano

En su circular del 27 de mayo, destacaba la Junta su carácter provisional "hasta la congregación de la general de las provincias", así como manifestaba su deseo de que los pueblos del interior contribuyesen "a que, cuanto más antes sea posible, se nombren y vengan a la Capital los diputados que se enuncian, para el fin expresado en el mismo acto de instalación". Y aún añadía:

> *"Importa que usted quede entendido que los diputados han de irse incorporando en esta Junta conforme y por el orden de su llegada a la Capital, para que así se hagan de la parte de confianza pública que conviene al mejor servicio del Rey y gobierno de los pueblos, imponiéndose con cuanta anticipación conviene a al formación de la general, de los graves asuntos que tocan al gobierno. Por lo mismo, se habrá de acelerar el envío de diputados, entendiendo deber ser uno por cada ciudad o villa de las provincias, considerando que la ambición de los extranjeros puede excitarse a aprovechar la dilación en la reunión para defraudar a su majestad los legítimos derechos que se trata de preservar".*

Por su parte, el Cabildo de Buenos Aires había mandado, con fecha 24 de mayo:

> *"Que los referidos señores (de la Junta) despachen sin pérdida de tiempo órdenes circulares a los Jefes de lo interior y demás a quienes corresponda, encargándoles muy estrechamente y bajo la responsabilidad, hagan que los respectivos Cabildos de cada uno*

convoquen por medio de esquelas la parte principal y más sana del vecindario, para que, formando un congreso de solos los que de aquella forma hubiesen sido llamados, elijan sus representantes, y éstos hayan de reunirse a la mayor brevedad en esta Capital para establecer la forma de gobierno que se considera más conveniente. Que elegido así el representante de cada ciudad o villa, tanto los electores como los individuos capitulares le otorguen poder en pública forma, que deberán manifestar cuando concurran a esta Capital a fin de que se verifique su constancia, jurando en dicho poder no reconocer otro Soberano que el señor don Fernando VII y sus legítimos sucesores, según el orden establecido por las leyes, y estar subordinado al Gobierno que legítimamente les represente".

Después de convocar a los más destacados vecinos de la campaña, el 30 de junio el Cabildo se reunió "con lo principal de este pueblo" y luego de dar el debido obedecimiento a las órdenes de la Capital, los cuarenta y seis asistentes procedieron a la elección del diputado, obteniendo 20 votos don Marcelino Poblet, 10 el Licenciado Santiago Funes y 7 don Nicolás Guiñazú. Cabe destacar que en esta reunión no estuvo presente el regidor llano don José Romualdo Ortiz aunque suscribió el oficio que, también con fecha 30, el Cabildo dirigió a la Junta remitiéndole testimonio del acta de la elección. En dicho oficio, el Ayuntamiento puntano manifestaba aguardar que la Junta le impartiese nueva orden, "asignándole el tiempo en que deba presentarse a esa Capital" el diputado, "para ejecutarlo puntualmente".

El 2 de Julio se extendió el poder a favor de Poblet, obligando los firmantes sus "bienes, muebles, raíces, rentas, derechos y acciones presentes y futuros". Con fecha 9, la Junta reconocía "la legitimidad de la elección del alcalde de primer voto para tan respetable cargo" y al aprobar y aplaudir ese nombramiento, congratulaba al Cabildo "por la energía y dignidad con que se ha conducido ese pueblo".

Decía además:

"El diputado electo deberá partir inmediatamente para esta ciudad y usía deberá comunicar por su conducto todos los medios de fomentar esa población y su comercio, conduciéndola al alto grado de prosperidad que la Junta desea a todos los pueblos de su mando, teniendo entendido que los cargos públicos que ejerce el diputado deberán pasar a quién corresponda según ley y ordenanza, dando cuenta a la Junta para su aprobación".

Por una circular de fecha 18 de julio, la Junta previno que:

"Los costos y manutención de su diputado en esta Capital, deben abonarse en los propios de esa ciudad y que, en caso de que éstos no sufraguen para dichos gastos, está usía facultado para aumentarlos como también para establecer los arbitrios necesarios a cubrir la cantidad correspondiente a ocho pesos diarios, en que se regulan las dietas de cada diputado, desde la salida de su destino hasta su regreso".

El Cabildo formó entonces un "padrón de los vecinos de esta Ciudad y su jurisdicción que deben contribuir con un tanto anual para cubrir las dietas de ocho pesos diarios al diputado de ella", el cual presuponía una recolección de 2.047 pesos. La Junta, enterada de no haber fondos de propios ni arbitrios en la ciudad se San Luis el 22 de agosto aprobó aunque "con calidad de por ahora", la resolución del Ayuntamiento. Difícil fue, sin embargo, reunir esos

fondos y don Gerónimo de Quiroga debió prestar 800 pesos, pagados con tierras a sus descendientes más de medio siglo después.

El 6 de diciembre de 1810, los capitulares puntanos informaban a la Junta lo siguiente:

> "Hoy de la fecha parte para esa Capital nuestro Alcalde de primer voto y diputado de ésta, don Marcelino Poblet, llevando consigo el poder dado al efecto, a quién las propias ocurrencias de su empleo y otras consiguientes a la escasez del lugar, no le han permitido verificar antes su marcha como lo deseaba este Ayuntamiento, que siempre se ha lisonjeado ser el primero para dar el más pronto obedecimiento a las órdenes de V. E."

Poblet se incorporó a la Junta el 23 de diciembre y permaneció en Buenos Aires hasta el 16 de diciembre de 1811, en que se le ordenó abandonar la ciudad dentro del perentorio término de veinticuatro horas. Llegó a San Luis el 9 de enero de 1812. Según sus cuentas, "a estado empleado en la dicha diputación un año, un mes y tres días, correspondiéndole por la referida asignación tres mil ciento noventa y dos pesos, a cuya cuenta sólo ha recibido mil doscientos cuarenta cuando emprendió su viaje".

Marcelino Poblet

Hijo de Francisco de Poblete, chileno, y de Manuela Gómez de Lamas. Nació en San Luis el 2 de junio de 1761 y en 1780 revistaba como miliciano en la Compañía Distinguida de Nobleza. Hacia 1787, poco después de haber sido descubiertos los yacimientos de oro de las Invernadas, emprendió trabajos mineros en el Cerro Rico. En 1796 ejerció el empleo de alcalde de segundo voto y año siguiente el de alcalde de primer voto. Desde 1799 tuvo a su cargo los dos molinos que don Agustín jiadas poseyó en el actual paraje del Trapiche. Teniente de milicias en 1802, secundó al Comandante de armas y Juez subdelegado de tierras don Juan de Videla y en 1807, para colaborar en la lucha contra el indio, permaneció de guarnición en el fuerte de San Lorenzo, situado en las cercanías del río Quinto. En ese lugar se estableció como uno de los primeros pobladores, para dedicarse a la ganadería. Los sucesos de Mayo lo encontraron entregado a las complejas funciones de alcalde de primer voto y a su recio temple se debió, sin duda, la celeridad y valentía con que el Cabildo de San Luis prestó acatamiento a la Junta e hizo oídos sordos a las órdenes y a las amenazas de Córdoba. Electo diputado integro la Junta Grande y a principios de 1812 fue confinado al paraje del Tala, como consecuencia de los cambios políticos. En 1815 ingresó a la Cofradía del Rosario y en 1816 volvió a mostrar su vigorosa personalidad secundando, como alcalde de primer voto, los planes de San Martín. La elección del diputado al Congreso de Tucumán, que se consideró facultad del pueblo, originó su traslado a Mendoza para que no entorpeciera la labor de Dupuy. De allá regresó para cuidar su estancia de la frontera, pero en 1819 volvía a colaborar con Dupuy y en 1820 fue nombrado diputado al congreso que debía reunirse en Córdoba para poner fin a las discordias que ensombrecían el país. Murió en 1825, acaso en el mes de octubre.

FUENTES

- Archivo General de la Nación.
- Archivo Histórico y Grafico de la Ciudad de San Luis.
- Caillet-Bois, Ricardo R.: *La revolución en el virreinato*. En Historia de la Nación Argentina. Vol. V, Segunda Sección. P. 71. Buenos Aires, 1941.

- Escribanía de Gobierno y Archivo General de San Luis.
- Gaceta de Buenos Aires – *Reimpresión facsimilar* – Tomo I. Buenos Aires, 1910.
- Gez, Juan W.: *Historia de la provincia de San Luis*, Tomo I. Buenos Aires, 1916.
- Grenón, Pedro: *Un mineralogista afrancesado*. En Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas, Nº 27, p. 38. Buenos Aires, 1928.
- Hudson, Damián: *Recuerdos Históricos sobre la Provincia de Cuyo*. Tomo Primero. Buenos Aires, 1898.
- Juan Francisco (seudónimo d Isaac Sosa Páez): *La revolución de Mayo en San Luis*. En Heraldo de San Luis, 20 de junio de 1945.
- Levene Ricardo: *Ensayo Histórico sobre la Revolución de Mayo y Mariano Moreno*. Buenos Aires, 1925.
- Núñez, Urbano J.: Don Marcelino Poblet – *Noticias para su biografía*. En Publicaciones del Archivo Histórico y Administrativo de San Juan, Nº 17, p. 67. San Juan, 1965.
- Núñez, Urbano J.: *San Luis frente a la Revolución de Mayo*. En "El Tiempo de Cuyo" (suplemento), p. 20. Mendoza, 25 de mayo de 1960.
- Pastor, Reynaldo A.: *San Luis* (1810 – 1832). En Historia de la Nación Argentina, Vol. X, p. 225. Buenos Aires, 1947.
- Pueyrredón, Carlos A.: 1810 – *La Revolución de Mayo*. Buenos Aires, 1953.
- Registro Oficial de la República Argentina. Tomo Primero. Buenos Aires, 1879.
- Saá, Juan Carlos: *Recepción y repercusión de la Revolución de Mayo en San Luis*. San Luis, 1949.
- Torre Revello, José: *El Marquéz de Sobremonte*. Buenos Aires, 1946.

CAPÍTULO VII

GUERRA DE IDEAS POLÍTICAS

Gérmenes de discordia en San Luis

Doloroso es decirlo, pero con la Revolución de Mayo se abren en San Luis, como en Buenos Aires, los opuestos cauces de las banderías. Detrás de esas "rencillas que matizan la vida pueblerina" o de las "miserables intrigas de aldea" hay algo más amargo, más profundo y también más doloroso: la lucha de partidos, que enfrenta a los vecinos y retarda el progreso de la jurisdicción entera. Y no sólo problemas de San Luis: desde Buenos Aires también se

mueven hilos, manejados por intereses diversos y no siempre confesados. Por eso no podemos conformarnos con el fácil esquema de quienes todo lo achacan a la oscuridad provinciana o miran por sobre el hombro lo que su vanidad no les permite comprender.

No todo fue tan simple en tierras de San Luis. Bien lo certifica el Cabildo cuando, el 29 de julio de 1810, dice a la Junta:

> *"Antes de recibir este Cabildo el oficio de V. E. que le dirige con fecha 19 del presente, ya había tomado las providencias conducentes al mejor arreglo de este pueblo, publicando el correspondiente bando en orden a contener la maledicencia de algunos díscolos de quien tuvo noticia se preferían con dicterios en cuanto a las disposiciones de V. E., sin dudar que si después de esta reconvención no guardaban a ellas el sagrado de sus respetos, los escarmentaría. Nuestro celo en esta parte será siempre infatigable y si en lo sucesivo se interrumpe por alguno el silencio y decoro que hasta aquí conserva el pueblo hacia la persona de V. E., no debe dudar por un momento seremos los ejecutores más fieles y activos de cuanto nos ordena en esta parte".*

La lucha por el poder aparece en San Luis a poco de conocerse los sucesos de la Capital. Sus rastros se encuentran en las distintas fases del cambio de comandante de armas, al ser retirado del empleo don José Ximénez Inguanzo, en razón de tenerlo por sospechoso y a pesar de sus expresiones de acatamiento y obediencia. De cómo empezaron las cosas lo anoticia la nota del Cabildo a la Junta, data en San Luis el 17 de julio y en la que se lee:

> *"…Y como don Francisco Vicente Lucero, a quién V. E. ordena se recibiese de dicho empleo, sin embargo de ser hombre bueno, no tiene la más mínima práctica en el mando de armas ni menos ha servido en tiempo alguno la milicia, nos pareció acertado consultarlo con dicho Lucero, haciéndole presente que acaso V. E. le habría despachado aquel título por equivocación, y que poniéndole en posesión de él resultaría quejosos y desavenidos los capitanes y demás oficiales del cuerpo que hasta aquí nos eran adictos y a quienes por escala nos parece les corresponde. En esta virtud, hecho cargo de la razón el citado Lucero, cedió gustosamente su facultad conferida en este Ayuntamiento, firmando este acuerdo con los capitulares, para que la depositase en el capitán más benemérito, inter se daba cuenta a V. E. para su deliberación.*
>
> *Se ha librado orden a la jurisdicción de esta Ciudad para que baje a ella el capitán del Regimiento de Voluntarios don Juan Basilio Garro a recibirse de dicho empleo, hasta la determinación de V. E.; a éste nos parece corresponderle la Comandancia del Regimiento por su antigüedad, y la de Armas al ayudante mayor veterano don Matías Sancho, según se nos dio a entender estar así dispuesto por real orden desde el tiempo del mando del excelentísimo señor virrey marquéz de Sobremonte".*

Es imposible dejar de advertir el tino y la prudencia del Cabildo presidido por Poblet, así como no puede dejar de llamar la atención el hecho de que, casi al mismo tiempo – el 19 de julio – la Junta designa Comandante de armas al capitán Juan Basilio Garro y ordena a Francisco Vicente Lucero hacer entrega de dicho empleo.

Enfermo de viruela, Garro murió el 14 de noviembre. Pero antes de morir, reconvenido por un religioso dominico, encargó la Comandancia al ayudante Matías Sancho. El gobernador intendente de Córdoba don Juan Martín de Pueyrredón, enterado de este suceso, dirigió un

oficio al Cabildo pidiéndole que propusiese dos oficiales para elegir reemplazante, aunque por nota reservada no dejaba de advertir que los candidatos debían ser patricios.

Como Pueyrredón le había facultado a depositar el mando en persona de su confianza, el Cabildo designó al capitán Francisco de Paula Lucero.

Esto ocurría el 14 de diciembre, cuando ya Poblet había partido hacia Buenos Aires, es decir, cuando ciertos intereses y ambiciones podían aflorar libremente. Así se desprende de la nota que el 19 de ese mes el Ayuntamiento dirigió al gobernador intendente y en la que proponía para ejercer la Comandancia:

> *"En primer lugar, al mismo don Francisco de Paula, que es el capitán más antiguo; a éste le sigue el capitán de Voluntarios don José Narciso Domínguez, pero éste se halla actualmente electo y confirmado de regidor alférez real para el año entrante de 1811; y para evitar en esta parte algún tropiezo, si lo es, proponemos al capitán de milicias urbanas don José Lucas Ortiz, sujeto igualmente de distinguidos méritos y servicios, tanto en la milicia, que la ha servido muchos años como de alcalde ordinario de esta ciudad, con aceptación del pueblo, por su actividad y celo, integridad y conducta".*

Sin embargo, Sancho hizo presente que la Junta el 7 de diciembre le había extendido despachos de Comandante de armas, por lo que volvía a ejercer el mando. Mas el Cabildo, escudado en la facultad que le confiere Pueyrredón, apeló "hasta el próximo correo", mientras hacía llegar sus quejas a Buenos Aires.

A requerimiento de la Junta, el 8 de enero de 1811 don Marcelino Poblet expresaba su opinión en este informe, que después sus adversarios esgrimieron como prueba de los supuestos desvíos del representante:

> *"El diputado de la ciudad de San Luis con vista de la representación del ilustre Cabildo de ella contra el ayudante mayor y Comandante de armas don Matías Sancho, que se le ha pasado a efecto de exigir su informe dice, le tiene a dicho Sancho en el concepto de honrado y el más apto en aquel pueblo para el desempeño de este misterio en que igualmente le consta, por conocimientos prácticos, que ninguno de los otros nombrados por dicho Cabildo tienen actividad ni pericia para desempeñar cualesquier función del servicio militar. Que por este medio se evita al mismo tiempo al erario el dispendio del aumento de sueldo de otro individuo inepto y atendiendo a que el referido Sancho en el largo tiempo que ha estado destinado en aquel pueblo ha observado los mejores oficios de urbanidad y política con los principales vecinos de él, podrá V. E. siendo servido no removerle de dicho empleo sin que sea oído, y convencido de los defectos que por queja de algunos mal afectos o imprudentes han puesto en movimiento el reclamo de dicho ilustre Cabildo".*

La contribución militar

Otra de las vertientes de discordias la constituyó la formación de contingentes destinados a empuñar las armas fuera del terruño. La Junta, con fecha 9 de julio de 1810, había impartido terminantes instrucciones al Cabildo puntano:

> *"Los derechos del Rey y de la patria exigen imperiosamente que se aumente la fuerza armada de esta Capital, con arreglo a los importantes objetos que ocupan la atención del Gobierno y a la extensión necesaria para la seguridad del territorio. A este*

efecto ha ordenado esta Junta que en la jurisdicción de su mando se publique una leva rigurosa, excitando a los buenos patriotas que voluntariamente quieran contraerse al servicio de las armas y empeñando al mismo tiempo usía todo su celo y las facultades de su empleo, a fin de aprehender todos los vagos y hombres sin ocupación de conocida utilidad a la sociedad, remitiéndolos a disposición de esta Junta con la seguridad y prontitud que exige la sagrada causa a que se destinan".

También el comandante Garro se le recomendó "congregar el mayor número de reclutas posibles, remitiéndolos a esta Capital a la mayor brevedad, pues el interés general del Estado exige la formación de una fuerza respetable en esta ciudad".

El 7 de agosto se presentó en San Luis don Blas de Videla, comisionado por la Junta para reunir voluntarios y poco después tanto el Cabildo como el comandante de armas recibieron orden de alistar un contingente de cincuenta hombres, el que debía marchar a la ciudad de Córdoba para incorporarse a las fuerzas auxiliadoras. En estas instrucciones se han basado algunos cronistas para afirmar que efectivos puntanos intervinieron en la batalla de Suipacha, afirmación equivocada, como más adelante se verá.

La Gaceta incluyó en sus páginas una interesante "Lista de los individuos vecinos de esta ciudad de San Luis, de las cantidades y especies que han ofertado por donativo para costear la compañía de cincuenta hombres para marchar a Salta", en la que, junto al vicario José Justo Albarracín y los alcaldes Poblet y Palma, figuran también los comerciantes de la Punta, sin que falte el nombre de una mujer – doña Micaela Pardo, que obló 10 pesos – ni el exponente de una antigua y noble artesanía: el platero José Salinas.

Mas, así como este documento convida a la exultación, deprime el relato hecho por el comandante Garro el 15 de octubre para explicar a la Junta las circunstancias que no le permitieron remitir a Córdoba el mencionado contingente. Apoyándose en una certificación extendida por el mismo Cabildo, dice Garro que el 22 de septiembre se desató un temporal de agua y granizo, que duró cuatro días; a esto siguió una nevada que se prolongó durante una semana, matando muchos animales de los reunidos para encabalgar los voluntarios. El 10 de diciembre, el comandante de armas interino don Matías Sancho dirigió un oficio a la Junta, proponiéndole remitir los cincuenta hombres a Buenos Aires, "en razón de que ya no hacen falta en el Perú", propuesta que fue aceptada por el Gobierno, según el mismo Sancho lo comunicaba al Cabildo el 14 de enero de 1811.

Mientras tanto, don Blas de Videla no cejaba en su empeño de reunir reclutas, para lo cual contaba con mil pesos remitidos desde Córdoba y reclamaba otros tantos que Saavedra enviara al comandante de armas, quien los retenía con el propósito de auxiliar a don Buenaventura Martínez, también comisionado para conducir más soldados a la Capital.

Agravada la discordia entre Sancho y los capitulares, Martínez se puso en marcha el 31 de diciembre al frente de sesenta y seis soldados, "arrogantes muchachos, fuertes y capaces de tomar el fusil". A pesar de la ayuda que le prestara el Cabildo, Videla no pudo partir hasta el 19 de enero de 1811, llevando doscientos cincuenta y dos hombres, de los cuales entregó doscientos veinticinco en Buenos Aires el 2 de marzo. La deserción era inevitable y también la padeció Martínez, quién sólo pudo entregar sesenta hombres.

Luchas por el poder

Antes de que Poblet se trasladara a Buenos Aires, para cumplir con su cometido de representante de la jurisdicción puntana, en San Luis se procedió a elegir los capitulares para 1811. De acuerdo con esa elección efectuada el 23 de octubre de 1810, el Cabildo debía ser integrado por las siguientes personas: Ramón Esteban Ramos, alcalde de primer voto; capitán Fernando Lucero, alcalde de segundo voto; Tomás Luis Osorio, alguacil mayor; José Narciso Domínguez, alférez real; Lorenzo Leániz, regidor llano; Juan Sosa, defensor de menores; Manuel Herrera, defensor de pobres y Francisco Vicente Lucero, procurador.

Al día siguiente, 24 de octubre, llegó a esta ciudad don Martín José de Goicochea, vecino de las Conchas, a quien la Junta internó "por justas y graves consideraciones". Nuevos elementos de intranquilidad se sumaron poco después con el confinamiento de don Juan Cid de Puga y del subteniente Juan Díaz, cuya vigilancia fue causa de permanente malestar entre el Cabildo y el comandante de armas, reconvenidos una y otra vez por la Junta para que depusieran sus enconos. Desde Buenos Aires, con fecha 16 de febrero de 1811, se hicieron al Ayuntamiento estas advertencias:

> *"Que en lo sucesivo guarde aquella dignidad que es tan propia de su representación, sin mezclarse en asuntos que la desluzcan; que reconozcan por tal Comandante de armas a don Matías Sancho, franqueándole los auxilios conducentes para las reclutas que deberán hacerse con arreglo a lo que se previene en las instrucciones impresas que por separado se le dirigen a usía, y que últimamente, como conveniente a la pública tranquilidad de ese pueblo, mande usía que el Licenciado don Santiago Funes salga inmediatamente para la Punta del Agua, como a lugar donde deberá residir sin permitírsele volver a la ciudad, como perjudicial a ella, según lo ha manifestado en tiempo anterior y le consta a esta Junta".*

Por esos mismos días se dispuso la formación de la Junta subalterna, dependiente de la Junta provincial residente en Córdoba, con atribuciones tales como "recaudar las rentas fiscales, organizar las milicias, procurarse recursos en dinero, ganado y especies para su sostenimiento, mantener el entusiasmo a favor de la nueva causa y acudir en auxilio del orden interno y de la defensa general del nuevo régimen". Dicha Junta debía ser presidida por el comandante de armas, a quien secundarían dos vocales elegidos por el vecindario. El Cabildo puntano, persistiendo en sus propósitos de trabar la acción de Sancho, logró que a la Junta subalterna se incorporasen dos de sus hombres de confianza, promotores también de las maquinaciones contra el diputado Poblet: fueron ellos los capitanes José Lucas Ortiz y Tomás Baras, ligados por intereses políticos y comerciales al alcalde Ramón Esteban Ramos. Sin embargo, la Junta Gubernativa de Buenos Aires, con fecha 17 de junio, se dirigió al Cabildo en los siguientes términos:

> *"Resultando del parte dado sobre la elección y posesión de vocales de esa Junta Subalterna, el vicio de nulidad con que se ha procedido en ella, pues en el acto concurrieron a la votación los capitulares de ese Cabildo contra el tenor expreso del artículo 21 del Reglamento de 10 de febrero anterior, ha determinado esta Superioridad que se practique nueva elección con arreglo y sujeción al referido artículo; y para que guarde en su ejecución el orden, legalidad y pureza que corresponde, sin alterar la quietud pública que tanto interesa al bien del Estado, que presida el acto de votación el Comandante de armas de esa ciudad, don Matías Sancho (después que se haga por cuarteles nuevo nombramiento de electores) a quién se le comunica esta providencia y la resolución de que el alcalde don*

Ramón Esteban Ramos salga de ciudad a distancia de 20 leguas, al lugar llamado del Gigante, inmediato a las Lagunas rindiendo ante cuenta de los propios de la ciudad, a cuyo fin se le señala el término de tres días, hasta nueva orden; cuya determinación se le participa a usía para que, contribuyendo a este interesante objeto por sus parte con el celo que le caracteriza, obre aquellos efectos que desea esta Junta en obsequio del bien de ese vecindario".

Aunque con el paseo del real estandarte los días 24 y 25 de mayo se pretendió patentizar al público el patriotismo de las autoridades, la ciudad de San Luis seguía siendo un hervidero de pasiones. Uno sobre otro rodaban los nubarrones de la tormenta: Sancho consideró un atropellamiento del fuero militar el arresto que el alguacil mayor Tomás Luis Osorio impuso al cadete Ramón Rey y Ramos; la Junta insistió en el pago de las dietas reclamadas por Poblet y permitió al licenciado Funes trasladarse a Buenos Aires, para vindicarse; dispuso luego la superioridad que se devolviese a carreteros y arrieros de San Juan y Mendoza el impuesto que se les había exigido para sostén del diputado puntano; y, ahondando la intranquilidad, la Junta ordenó a San Luis la remisión urgente "de los cuatrocientos hombres que había ofertado".

El 31 de julio de 1811, el Superior Gobierno comunicó al Cabildo haber acordado "se suspenda por ahora la elección de los vocales que deben componer la Junta de esa ciudad, hasta la resolución de las ocurrencias que han dividido los ánimos de ese vecindario". Y algunos días después la Junta de Córdoba advertía que "los ocursos que ese vecindario dividido tiene hechos a S. E. debieron haberse dirigido por medio de este Gobierno, con quien primeramente debieron entenderse, según el orden prevenido por las leyes y dependencias de esa ciudad a esta capital".

La creación del Poder Ejecutivo, acordada por los diputados de las provincias para reconcentrar la autoridad, dio a San Luis nuevas palabras para meditar pero no amenguó sus desdichas:

"Los pueblos deben ser libres por todo derecho; y a una causa tan justa no pueden faltar arbitrios para sostenerse. Sólo las pasiones pueden destruir nuestra obra, ellas han hecho decrecer nuestras glorias, y el Gobierno no exige otra cosa de los pueblos que una justa obediencia a sus determinaciones y un eterno olvido de las divisiones y partidos que tantos males nos causaron".

Así escriben Chiclana, Sarratea y Paso; pero, al mismo tiempo, reclaman soldados y más soldados, sin dejar de prevenir "que no se incomoden los vecinos pacíficos y las gentes laboriosas, sino solamente las que sin oficio ni beneficio deban ser una pesada carga a los pueblos que estragan con sus vicios". Para vigilar esa contribución de sangre, la Superioridad dispuso la confección de un censo o padrón, "con inclusión de los habitantes de las campañas y distinción de estados, edades, sexos, profesiones y clases", el que debía remitirse "a la mayor brevedad posible y con la puntualidad que exige el interés de la Patria".

Sancho solicitó al Cabildo que el 20 de noviembre se reuniese en San José del Morro la gente que debía marchar a Buenos Aires, advirtiendo que "en la actualidad sólo pueden caminar doscientos hombres, poco más o menos, por no haber cabalgaduras para más, reservando la remisión de los otros doscientos hasta que el tiempo lo permita".

El 10 de noviembre se juró y reconoció el nuevo gobierno y un mes después se publicó el bando que mandaba jurar el estatuto provisional, remitido a San Luis con un oficio en el que el

Poder Ejecutivo – o Triunvirato, según es costumbre denominarlo – expresaba con verbo rivadaviano:

> *"Los dos puntos que deben en todo tiempo y estado empeñar el celo de los pueblos por su libertad son: el que el depósito de la autoridad no llegue jamás a ser caudal propio de ningún ciudadano; y que el goce de los tres primeros derechos del hombre – propiedad, seguridad y libertad – esté bajo reglas ciertas, afianzado respecto de todo individuo. Estos son cabalmente los dos bienes fecundos que tiene la satisfacción este Gobierno de ofrecer a todos los pueblos de su mando en el Estatuto impreso que acompaña a usía. Él da a todo individuo lo que puede desear respecto de su persona y a todos los pueblos lo que pueden exigir de aquellos en quienes ha depositado su confianza".*

Los capitulares, fortalecidos en sus planes políticos contra Poblet, agitaron su remoción, para lo cual el mismo Ramos – como apoderado del pueblo – fue comisionado a Buenos Aires, en tanto que a los amigos del diputado se les impedía abandonar la ciudad de San Luis con la excusa de "solemnizar la jura del Estatuto provisional, lo que se efectuará a la brevedad posible". La ceremonia se cumplió el 26 de diciembre, cuando ya se tenía conocimiento de lo acontecido en la Capital el día 7, "en la atrevida empresa de restablecer a los diputados de las provincias en el Gobierno", intento que motivó la orden impartida a Poblet el día 16 para que se retirase a su provincia, "disponiendo su salida dentro de veinte y cuatro horas". En ese mismo oficio se decía al representante puntano:

> *"Usted conoce la exigencia de las medidas que conducen a la conservación de la pública tranquilidad, no extrañará este procedimiento de que no puede desentenderse el Gobierno sin faltar a la más sagrada de sus obligaciones, y sacrificando algún pequeño resentimiento particular a los intereses de la Patria, sabrá interponer el influjo de su opinión para persuadir a los pueblos de la necesidad de esta providencia, de las miras benéficas del Gobierno y de la importancia de estrechar los vínculos de la más perfecta unión para llevar a cabo esta obra grande de nuestra independencia civil".*

Concluía el año 11. La tierra toda estaba conmovida, más allá de las "rencillas aldeanas" del porteño Sancho, del cordobés Ramos o del muy puntano Poblet.

En busca de los saludables efectos

El amor al terruño ha hecho escribir muchas inexactitudes. Tal, este cincelado medallón que debemos a nuestro cronista máximo: "San Luis, la primera en el sacrificio y que revelaba tener hombres capaces, resueltos y abnegados, en favor de nuestra causa, llamó la atención del gobierno central, creándose, como un premio, para su jurisdicción el cargo de *teniente gobernador*, que pasó a ocupar D. José Lucas Ortiz, ciudadano probo y excelente patriota".

Conviene, pues, transcribir el oficio que el Poder Ejecutivo dirigió al Cabildo puntano con fecha 7 de febrero de 1812 y en el que la verdad aparece muy otra:

> *"Sumergidos los pueblos de nuestra comprensión en la lucha a que los han provocado por fatalidad sus mismas pasiones, no sólo se mira combatido destructivamente el espíritu que los había guiado ventajosamente con tantos sacrificios, sino lo que es más*

sensible, bien de esperar, detenidos con enorme retroceso los pasos adelantados que daban hacia su libertad. Rotos los vínculos de la armonía social, paralizadas las más justas medidas de la defensa de la Patria, entorpecidos los canales de la abundancia, desfallecidos los más ardientes deseos de muchos buenos y virtuosos ciudadanos, todo presentó a este gobierno en el instante de su inauguración aquel verdadero prospecto de aflicción que amenaza y da origen a las grandes desgracias que han sufrido aun estados más poderosos; pero en medio de tantas calamidades a que también contribuía la falta de fondos públicos, ya ve usía los efectos de nuestros recientes desvelos y contracciones: una reforma general en todos los cuerpos militares y civiles con otras medidas, ha proporcionado nuevos auxilios y el premio al mérito y a la virtud; cree, pues, con una fundada esperanza, que ellas también produzcan los saludables efectos que sólo pueden compensar las desventuras pasadas. Faltaría esta capital a la más sagrada de sus obligaciones sino extendiese sus miras de beneficencia hacia las provincias unidas, y como es correspondiente no removiese los embarazos que las han expuesto a desaparecer en el catálogo de los pueblos libres.

El estado violento a que han llegado en esa ciudad los odios y desavenencias que han mortificado tanto a este Gobierno, exige por ahora una medida que a un tiempo conduzca a su bien y guarde consonancia con la forma de gobierno establecida en la capital; y no de otro modo puede conciliarse que nombrando un jefe que puesto a la cabeza de ese gobierno, cesando en sus funciones la Junta que lo constituía, no sólo consulte aquel importante objeto, sino la tranquilidad general; cuyo grave cargo por las cualidades que reúne, y en clase de Teniente Gobernador, se le ha confiado a don José Lucas Ortiz para que en el momento que se le presente a usía con manifestación de su título, le dé la correspondiente posesión. Espera esta Superioridad que usía, esforzando su celo e influjo, contribuirá a que tengan efecto las justas miras que se proponen en esta determinación que debe penetrar inspirado de su amor por el bien de la santa causa que defendemos; mientras que consagrada a los vastos objetos que privilegiadamente llaman su atención, presenta a esos pueblos con favorables resultados el día glorioso en que la posesión práctica de sus derechos han de fijar su representación y felicidad".

Integraban entonces el Cabildo el licenciado Santiago Funes, Dionisio Peñaloza, Maximino Gatica, José Justo Gatica, José Mariano Bustos y Alejandro de Quiroga, partidarios del flamante teniente gobernador, como lo evidencia su respuesta del 26 de febrero:

"Ha visto este Cabildo el de V. E. de 7 del corriente lleno de satisfacción por haber, con el nombramiento del nuevo jefe puesto fin a los resentimientos en que se hallaba envuelto este pueblo, y arrancado de raíz los males que tanto lo agobiaban. Por sí y a nombre de este vecindario, se dan a V. E. las más expresivas gracias.

Puede V. E., con segura confianza, descansar en la satisfacción que esta provincia toda (a excepción de 18 ó 20 rivales de nuestro sistema) así como fue la primera después de la Capital, en declararse, con alegría, a favor de la felicidad de la América; la primera en reclamar su parte y sagrado derecho, usurpado despóticamente por un diputado ingrato a su patria, también será la primera en presentarse en liberalidad, no sólo a las sabias determinaciones de V. E., sino, igualmente, a la defensa (en caso preciso) en esta capital hasta rendir la vida".

De esta respuesta, acaso lo más digno de destacar sea el hecho de que los mismos capitulares insinúen que San Luis fue la primera en reconocer a la Junta. Este documento y otras constancias detenidamente analizadas permitieron al doctor Juan Saá afirmar: "Cabe a San Luis la gloria de ser la primer provincia argentina que se adhirió a la Revolución". Y no está de más recordar que, para responder al oficio nacido como consecuencia del acuerdo del 12 de junio de 1810, Saavedra y Moreno dispusieron "Conteste el recibo dándose las gracias por la prontitud en el reconocimiento".

Ortiz se hizo cargo de su puesto el 1º de marzo de 1812 y ese mismo día, "por exigirlo así las presentes circunstancias", se dispuso que en el término perentorio de veinticuatro horas Poblet saliese para su estancia del Tala, donde debía permanecer hasta segunda orden, "absteniéndose en lo sucesivo de oficiar a ningún magistrado, a no ser que goce de alguna representación pública". El 2 de abril, reunido en cabildo abierto, "pidió el pueblo que el referido Poblet se mantenga retraído en su casa hasta que por el señor Teniente Gobernador e ilustre Cabildo se le substancie el correspondiente sumario, que deberán gestionarlo el referido síndico procurador (Alejandro de Quiroga) y el apoderado don Ramón Esteban Ramos hasta su conclusión y definitiva con dictamen de letrado". Pocos días después, Quiroga decía en elogio de Ramos:

> "Por él los ciudadanos laboriosos y de obligaciones estamos seguros de no caminar a la Capital en clase de vagos o reclutas; a él debemos el amable conocimientos prácticos que tiene de los procedimientos de cada uno, sabrá distribuir la justicia. Últimamente, por su constante exigencia nos vemos libres de un diputado, que desconociendo y olvidando los sagrados deberes de su comisión, sólo trataba de satisfacer sus parcialidades y pasiones".

Caído también Sancho, el único que siguió enfrentando al Cabildo fue el cura de la ciudad, licenciado José Justo de Albarracín, quién recordó a los capitulares que deberes de ediles y sus obligaciones para con el Rey de la Gloria y el Señor de los Señores:

> *"¿Y es posible que en un pueblo culto se vean yerbasales, basurales e inmundicias por donde ha de pasar el Cuerpo adorable de N. S. J. C.? ¿Tanto cuidado y esmero que observo para lo temporal, tanto aseo en entapizar y adorar las estancias para lo profano, y un descuido e indiferencia tan criminal en disponer y allanar con la limpieza posible las cuadras de la plaza por donde ha de pasar el Dios de las Virtudes? ¡Oh Dios inmortal! ¿Quam Rempublicam Habemus?"*

El 15 de febrero de 1812 asumió sus tareas de gobernador intendente de Córdoba el teniente coronel don Santiago Carreras y de inmediato comenzaron a llegar a San Luis sus indicaciones y advertencias. Encargaba así "velar incesante y enérgicamente" sobre el puntual cumplimiento de la orden impartida a los sacerdotes para que "indefectiblemente todos los sermones de cuaresma y del año, doctrinales y panegíricos", se concluyan con una breve exhortación instructiva al pueblo sobre los sagrados derechos del hombre "y sobre la unión, fervoroso servicio y amor a la Patria". O daba traslado del acuerdo del18 de febrero por el que se resolvió el Gobierno "que desde esta fecha en adelante se haya y reconozca y use por las tropas de la Patria la escarapela que se declara nacional de las Provincias Unidas del Río de la

Plata, y deberá componerse de los dos colores blanco y azul celeste, quedando abolida la roja con que antiguamente se distinguían".

No siempre procedió Carreras con la misma actividad. Lo prueba la denuncia hecha por don Juan Manuel Panelo contra el español europeo don Pedro Manuel Bringas quién a pesar de haber sido expulsado de San Luis "por los orgullos, cizañas y demás enredos que había causado en este pueblo" a principios de 1812 se hallaba en esta ciudad "siguiendo la misma carrera porque fue despatriado y abusando con notable vilipendio de la orden ya referida para no introducirse en éste, sostenido por el patrocinio de su hermano político el Licenciado don Santiago Funes, actual alcalde de primer voto, asesorando uno y otro juzgado y conciliándose con él las órdenes superiores de V. E., siendo este individuo uno de los contrarios al sistema de ese Superior Gobierno y asimismo partidario de los opuestos cuando Córdoba propuso armas contra las disposiciones de la instalación de la Junta".

Desde Buenos Aires se remitió la denuncia al gobernador intendente para que, "siendo cierta la acusación, tome las más ejecutivas providencias que consulten la tranquilidad y el orden". Pero hasta el 14 de julio de 1813 no fue enviada a San Luis, sin más diligencia que una breve nota puesta por el nuevo gobernador intendente, coronel Francisco Javier de Viana, en la cual decía "que el motivo del escandaloso atraso de este negocio, ha consistido en haberse encontrado el día de ayer detenido este expediente entre los papeles de Secretaría".

El 4 de agosto de 1812 se dio cima al padrón mandado confeccionar el 17 de diciembre del año anterior. Es un documento valiosísimo para apreciar muchos aspectos de la vida puntana, olvidados o desconocidos hasta por escritores de fuste, cuando no propensos a generalizaciones divorciadas de la realidad. Sin tomar en consideración las rectificaciones numéricas realizadas por Torre Revello – de poco bulto y menos importantes que otros errores que tan laborioso maestro no destacó – diremos que la población total de San Luis y la campaña alcanzaba a 16.878 habitantes, de los cuales 7.813 eran varones y 9.065 mujeres.

En total general se hallaba formado por las siguientes clases: españoles americanos, 10.890; españoles europeos, 25; indios, 4.491; negros, 1.472.

Tenía la ciudad de San Luis 1.105 habitantes; las cifras de los principales partidos eran las que a continuación se indican: Saladillo, 1.211; Quines, 991; Renca. 907; los Corrales, 895; la Estancuela, 860; Ojo del Río, 835; Rincón del Carmen, 824. El lugar con menos población era el paraje del Desaguadero, donde sólo se registran 37 habitantes.

También en agosto de 1812 el Superior Gobierno comisionó a uno de sus miembros, don Nicolás Rodríguez Peña, para desbaratar en Cuyo una temida conjuración de negros y poner fin a la división de estos pueblos. Hallándose en San Luis, el comisionado y gobernador en jefe dispuso con fecha 28 de agosto:

> *"No siendo compatible, por ahora, con tranquilidad y armonía entre los ciudadanos de este pueblo la permanencia en él de don José Gregorio Ximénez y de don Ramón Rey y Ramos, y consultando al mismo tiempo su propio sosiego, el señor teniente gobernador de esta ciudad hará que en el término de ocho días contados desde este fecha, pasen el primero a la Carolina y el segundo a Renca, encargando a los jueces de ambos partidos estén a la mira de su conducta. Lo mismo practicará con don Juan Escalante, luego que se presente en esta Ciudad, haciendo se dirija a las de Mendoza, donde se me deberá presentar".*

Todo prueba que no era tarea fácil aquietar pasiones e intereses y que en la jurisdicción puntana se vivía en un constante alerta, tanto por parte de quienes trataban de complacer a las autoridades, como de aquellos a quienes no amilanaba el mote de díscolos con que tan ligeramente se los señalaba. Los riegos se multiplicaban con la llegada de nuevos confinados, cuyas ideas y sentimientos se diseminaban por la ciudad y la campaña, donde más de una vez también fueron útiles por su laboriosidad, su industria o sus conocimientos. Y, en verdad, no todos conspiraban: frente a un José Losada o un Antonio Vázquez de Novoa se levanta un Narciso Marull, un José de Saá o un Juan Martín de Pueyrredón, dignos de un gajo de olivo por lo que generosamente enseñaron o fervorosamente anhelaron.

Pero la intranquilidad del pueblo ensombrecía a los capitulares y desasosegaba al teniente gobernador. Por eso en octubre de 1813 no sólo se ordenó saliesen para la campaña "los europeos confinados que sean sospechosos", sino que se dispuso también que "las correspondencias de los indicados europeos giren abiertas, de modo que se pueda prevenir cualesquiera mal o conspiración contra el presente liberal sistema".

¿Y quiénes encarnaban en San Luis ese "presente liberal sistema"? Además el apremiado teniente gobernador don José Lucas Ortiz, es preciso recordar a los miembros del Cabildo de 1813: Ramón Esteban Ramos, Manuel Herrera, Luis de Videla, Agustín Palma, José Manuel Riveros; Mateo Gómez y Tomás Baras. A ellos dirigió estos elogios el gobernador intendente Santiago Carreras el 26 de mayo de 1813, hallándose en esta ciudad:

> *"Me ha sido de la mayor satisfacción el haber tratado, aunque de paso, con los habitantes de San Luis. Sus generosos y nobles sentimientos, su carácter virtuoso, su enérgico patriotismo explicado por el órgano de su Ayuntamiento como su inmediato representante, exigen de un corazón americano toda gratitud y aprecio. El mío, revestido a más con el carácter de jefe de esta Provincia que tanto me honra, quiere dar a usía y su representado este público testimonio, admitiendo su obsequio en nombre de la Patria…Viva usía cierto que en todo tiempo y circunstancia seré un pregonero de las virtudes de este pueblo, con el objeto de proponer en lo sucesivo a sus adelantamientos y corresponder así a tan distinguido mérito contraído con la Nación".*

A través de los tiempos, muchos fueron los funcionarios que prometieron empeñar sus esfuerzos para asegurar el bienestar del pueblo puntano. Pero, una y otra vez, los documentos prueban que fue más efectivo lo que San Luis dio con generosidad sin límites. Tras la promesa de Carrera, vino el pedido de una contribución de mil pesos en dinero. Y, de inmediato, el nuevo gobernador intendente exigió una relación de hombres solteros, así como recomendó formar y disciplinar cuerpos de milicias. La creación de la Intendencia de Cuyo, ordenaba el 29 de noviembre de 1813, no sólo ahondó el cauce de ese notable aporte patriótico, sino que lo tornó heroico hasta lo sublime.

Y esto va dicho con acento de Historia.

Los representantes de San Luis

Chiclana, Sarratea, Paso y el secretario Rivadavia suscribían el oficio siguiente, remitido al Cabildo de San Luis con fecha 18 de enero de 1812:

> *"Acercándose el tiempo en que, con arreglo al artículo 1º del Estatuto Provincial de 22 de noviembre del año próximo anterior, debe crearse la asamblea general que ha de ser compuesta en una gran parte por las representaciones que nombren los pueblos, previene a usía este Superior Gobierno proceda por sí y en unión con doce vecinos conocidamente patriotas que designará a este efecto, a hacer dicho nombramiento que deberá recaer en persona de patriotismo y adhesión notoria a la justa causa y residente en esta Capital, para evitar las demoras y los costos del viaje, en circunstancias que tanto importan la brevedad que a usía se recomienda en la elección del que tuviere a bien nombrar, dando inmediatamente el aviso correspondiente".*

Un mes después, nada había resuelto el Cabildo puntano, a tal punto que con fecha 19 de febrero el Gobierno urgía la designación del diputado con estas palabras:

> *"Y habiéndolo verificado el Cabildo de Mendoza, se ha extrañado mucho por este Superior Gobierno que usía se haya desentendido enteramente de su cumplimiento; y espera que para reparar un tan grave descuido, proceda usía con tal exigencia a hacer la elección de dicho representante, que llegue a manos de esta Superioridad a vuelta de correos su nombramiento".*

El 25 de febrero se reunió el Cabildo y "después de un escrupuloso examen", procedió a nombrar los doce vecinos que determinaba la orden. Fueron ellos: el cura y vicario, licenciado José Justo de Albarracín; el padre prior del convento de Santo Domingo, fray Juan José Allende; el administrador de temporalidades, don Ramón Esteban Ramos; el capitán retirado don Tomás Baras; don Esteban Fernández, don Gerónimo de Quiroga, don Manuel Herrera, don Juan Palma, don Tomás Luis Osorio, el capitán José Romualdo Ortiz, don Mateo Gómez y don José de Blas y García, quienes fueron citados para el día siguiente. El 26 admitió el Cabildo la excusación hecha por el cura Albarracín y nombró en su reemplazo a don Lucas Fernández dijo "que respecto a que el electo debe ser residente en la Capital sufragaba su voto en el señor doctor Antonio Sáenz, por considerarlo apto y suficiente para el indicado ministerio, e igualmente por tener auténticos informes del apoderado del pueblo don Ramón Esteban Ramos de que es un decidido patriota, adicto al actual gobierno y un activo protector de la causa común de esta provincia". Con este voto se conformaron los demás existentes, excepto don Tomás Baras, quién sufragó "en el ciudadano el Señor don Eugenio José Balbastro por su mérito y distinguido patriotismo y que al mismo tiempo ha favorecido la causa de este pueblo".

Con esa misma fecha – 26 de febrero – el Superior Gobierno remitió el Reglamento de la Asamblea, el que había dictado "combinado en el modo posible la libertad del pueblo con el orden y el respeto a las leyes que tan altamente la recomiendan su propio interés y su felicidad". Más, después de disolver la asamblea en 6 de abril, volvió a oficiar al Cabildo Puntano el 1º de mayo para manifestarle que "la opinión universal de los buenos ciudadanos cuenta ya la disolución de la asamblea entre los triunfos de la Patria, y a excepción de un pequeño número de facciosos, no hay hombres en esta Capital que no admire la energía con que el Gobierno evitó la ruina del Estado".

En este mismo oficio el Triunvirato – del que Rivadavia formaba parte desde el 25 de marzo – impartía nuevas instrucciones para la próxima asamblea, en la que los apoderados debían ser distintos de los que compusieron la anterior y sin otras facultades "que las expresadas en el estatuto de 23 de noviembre y reglamento de 19 de febrero último", para evitar en lo sucesivo "competencias y diversiones que pudieran sepultarnos en la mayor de todas las desgracias".

Mediante otra circular de fecha 3 de junio de 1812, Pueyrredón y Rivadavia avisaban que "con el objeto de formar para las representaciones en el Congreso General un plan de elección bajo los principios de una perfecta igualdad política, de fijar el tiempo y lugar de la reunión del Congreso y de concluir y sancionar los tratados de pacificación, amistad, comercio y alianza con los Estados independientes, ha determinado el Gobierno que se reúna en esta Capital, sin pérdida de instantes, la Asamblea extraordinaria anunciada en el manifiesto de 7 de abril de este año, y que al efecto nombre usía sus diputados, les extienda sus poderes y dé sus disposiciones para que a la mayor brevedad se presenten a desempeñar su comisión". En esta oportunidad se señalaba que el Cabildo procedería "con libre arbitrio para elegirlos de esa ciudad, de esta Capital o de cualquiera de los pueblos de las Provincias libres, costeándolos de los fondos públicos con la mayor economía".

Reunido el Ayuntamiento el 30 de junio, "en asocio del señor teniente gobernador de esta ciudad de San Luis de Loyola y su jurisdicción", fueron nombrados los doce vecinos que intervendrían en la elección: fray Juan José Allende, don Ramón Esteban Ramos, don Tomás Baras, don Esteban Fernández, don Manuel Herrera, don Tomás Luis Osorio, don Lucas Fernández, don Agustín Palma, don Juan Palma, don Mateo Gómez, José González de Pena y don José de Blas y García, los que fueron citados "para mañana primero de julio a las ocho y media, al toque de campanas, en cuya hora se procederá a la referida elección".

Correspondió al teniente gobernador Ortiz votar en primer término y lo hizo "en el ciudadano don Nicolás Rodríguez Peña, vecino de la capital de Buenos Aires, en virtud de los prácticos conocimientos que tiene de ser un decidido patriota y adicto a esta provincia y de los mismos que él tiene de ellas". Todos se conformaron con este voto, aunque algunos, como el P. Allende, Baras y Agustín Palma, no dejaron de señalar los elevados méritos, el conocido patriotismo y la suficiencia del expresado don Nicolás. Seguidamente se extendió el poder, en la forma ordenada por el Superior Gobierno aunque haciendo constar que por ahora no quedaba revocado "el poder que en lo particular y general le tiene conferido este pueblo al señor doctor don Antonio Sáenz, a excepción del que se le dio para vocal de la presente Asamblea". En cambio, a Rodríguez Peña se le otorgaba "con facultad especial y general de sustituirlo por una sola vez, en caso de impedimento legal, en la persona que sea de su mejor confianza y satisfacción". Apoyándose en esta cláusula cuando Rodríguez Peña se incorporó al Triunvirato sustituyó su poder a don Juan Agustín Donado, quién se desempeñó hasta que los acontecimientos del 8 de octubre de 1812 removieron "los embarazos que han podido aletargar y obstruir hasta aquí el uso de la libre representación de los pueblos unidos, que en lo sucesivo deben explicarse ampliamente y sin limitación alguna".

El nuevo gobierno, con fecha 3 de noviembre, ordenó la elección del diputado que debía integrar la Asamblea General y recomendó al Cabildo que el nombrado se pusiese en camino con toda celeridad, "para que se consiga, como es tan urgente, que en todo el mes de enero entrante se apersonen en esta Capital y se verifique la apertura inmediatamente de la Asamblea General".

Para dar cumplimiento a esta orden, recibida por correo extraordinario el Cabildo y el teniente gobernador se reunieron el 16 de noviembre y acordaron "se cite al pueblo y vecindario de la campaña, a cuyo efecto líbrense las órdenes correspondientes, convidándoseles

concurran para el día 26 del corriente, en cuyo día o el siguiente se practicará la elección de diputado mandada por la Superioridad". El citado día 26 se procedió a designar los ocho alcaldes de cuartel que presidirían las elecciones de electores. El nombramiento de dichos alcaldes, según lo expresa el acta respectiva, "lo practicó el señor teniente gobernador por sí, con arreglo al artículo 2º del formulario que expidió el Excelentísimo Superior Gobierno con fecha 24 de octubre próximo pasado". Las personas designadas por Ortiz fueron Esteban Fernández, Gerónimo de Quiroga, Agustín Palma, Ramón Esteban Ramos, Francisco Vicente Lucero, Tomás Baras, Fernando Lucio Lucero y Manuel Herrera, "a quienes habiéndoseles mandado comparecer en esta sala capitular, se les recibió el juramento de estilo y entregó a cada uno la lista correspondiente de los ciudadanos que deben concurrir a sus respectivos cuarteles, cuya división se ha practicado con acuerdo del Ayuntamiento, como así está prevenido en el ya citado formulario".

"Sin intermisión de tiempo", los alcaldes procedieron a recibir los sufragios, labor que cumplieron en la mañana del 27 de noviembre. Es preciso señalar que los electores elegidos fueron los mismos alcaldes, salvo en el Cuartel 6º - encomendado a Tomás Baras – donde los votos favorecieron a Tomás Luis Osorio. Ese mismo día el Cabildo, con el teniente gobernador y los ocho ciudadanos electos por sus respectivos cuarteles, procedieron a la elección de representantes. Ortiz, como presidente, fue el primero en votar y lo hizo por "el ciudadano don Agustín José Donado, vecino de la Capital de Buenos Aires, en virtud de concurrir en el dicho las circunstancias prevenidas". La elección resultó canónica y el acta se cerró con estas palabras:

> *"En este estado habiéndose convocado nuevamente al pueblo a toque de campanas, se le notició que el electo representante en la próxima Asamblea era el ciudadano don Agustín José Donado, hijo y vecino de la de Buenos Aires; y hallándose todos en general armoniosamente conformes con el referido representante, se cerró la presente elección y se suscribió por los ocho electores y el magistrado, a falta de escribano".*

En esa jornada, sólo quedaba un paso por cumplir: el otorgamiento del poder "amplio, con libre, franca y general administración, cuanta por el derecho de gentes se requiere". También ese escollo fue salvado, para rematar en la "Instrucción al representante de esta provincia", que el Cabildo redactó el 18 de enero de 1813.

Tan interesante documento, que Hudson y sus repetidores consideraron dirigido a Rodríguez Peña, revela en forma notable el sentir de los capitulares puntanos, que comienzan diciendo:

> *"Este Ayuntamiento y su Provincia, en las circunstancias presentes no mira por ahora otro objeto que el que se asegure nuestra existencia o independencia civil; y por lo mismo prescinde de hacer a usted encargos particulares que pueden en todo tiempo, consolidado nuestro sistema, practicarse sobre el progreso y adelantamiento de este país. Sin la perfecta tranquilidad y verdadera reunión de ánimos en cada provincia es visto que nada se adelanta a favor de la causa, antes todo cede en perjuicio de ella".*

Más, "para que esta provincia y sus magistrados se conserven en la envidiable sociedad que hoy disfrutan", el Cabildo señala a Donado algunos puntos cuya decisión favorable le pide trate y gestione esforzadamente en la Asamblea.

El primer punto es urticante y su redacción no debió agradar mucho al tan centralista don José Lucas Ortiz: “Que por enfermedad grave, ausencia o muerte de este teniente gobernador pueda la Providencia, reunida en sus respectivos cuarteles, con la dignidad y decoro debido a un pueblo virtuoso y enérgico, como se ha demostrado, hacer nombramiento y elección en otro individuo de su plena confianza y satisfacción, y dar cuenta con la posible brevedad al excelentísimo Gobierno para su confirmación, en vista de la voluntad general de la Provincia”. Esto quiere decir, sin necesidad de ahondar mucho, que San Luis no quería “premios” como el que, según Gez, le otorgaron al crearse el cargo de teniente gobernador.

Explican luego los capitulares que, desde hace poco tiempo, se ha suscitado competencia de jurisdicción entre los jueces ordinarios de la ciudad de San Luis y el intendente de Córdoba, “por tratar éste de arrastrar por vía de apelación a él, el conocimiento de algunos asuntos mere contenciosos y peculiares al privativo de estos juzgados”. Como esas apelaciones se llevaban antes a la Real Audiencia y últimamente se ha mandado dirigirlos a la Cámara creada al efecto, los cabildantes piden “se declare asertivamente hasta dónde se extiende la jurisdicción del referido intendente”, que entienden debe limitarse a lo gubernativo.

Con vigorosas tintas – enturbiadas por resentimientos con el cura Albarracín – la “Instrucción” pinta los males causados por los descuidos de los párrocos y la carencia de una escuela de primeras letras, razones por las cuales hay en la jurisdicción innumerables familias pobres cargadas de hijos, “las más de ellas nobles y de buen nacimiento”, que no saben rezar ni confesarse. Dicen los capitulares que desearían mantener un maestro capaz de instruir a los niños “no sólo en los puntos de religión, sino también en los derechos de cada uno y de la causa general que defendemos”, pero que la falta de recursos “y las competencias que suscitan los párrocos” impiden poner remedio a tan perniciosos males. Y como quieren vivir en armonía, piden que se determine a quién corresponde terminar con ellos.

Agregan que, para plantear una escuela de primera letras y principios de latinidad, debe quedar en la provincia el noveno y medio de los diezmos que desde hace tantos años se extrae para Mendoza, a favor de un hospital que nada beneficia a los puntanos. Con esos fondos y los ciento cincuenta pesos que el visitador doctor Juan Justo Rodríguez asignó a la iglesia en 1810, afirmaban los capitulares que sería posible establecer esa escuela tan necesaria “para que el hombre conozca sus verdaderos y legítimos derechos”.

El 24 de febrero de 1813 el Ayuntamiento redactó otra “Instrucción” para informar al representante “sobre los justos motivos que han impedido hasta hoy el establecimiento de la Junta de Concordia que previene el Estatuto de 23 de enero de 1812”. Entre las principales dificultades, mencionaba el Cabildo las siguientes:

> *“Que extendiendo la vista por toda la Provincia, no se halla un individuo que pueda desempeñar el delicadísimo ministerio de Secretario, por falta de principios, práctica y suficiencia de que debe estar revestido para que se conserve inviolable la fe pública y demás confianzas que en él deben depositarse. Que siendo enteramente escaso el fondo público, no hay de dónde sufragarle el pensión que por su trabajo debe percibir”.*

Aunque el Cabildo consideraba que debía esperarse las resoluciones de la Asamblea Soberana, no dejaba de poner estos antecedentes en conocimiento de Donado porque “este Procurador de la ciudad – don Tomás Baras – insta con tan imprudente razón, que más parece empeño particular que del bien común”.

La Asamblea General fue jurada en San Luis el 12 de febrero de 1813. Ese día, según expresa el acta, “habiéndose primero convocado las corporaciones y el pueblo, se prestó en

esta Sala consistorial el juramento prevenido y se hizo por todos el reconocimiento más plausible, con muy vivas demostraciones de júbilo y alegría".

AGUSTÍN JORGE DONADO

Hijo de don Clemente Donado y de doña Petrona Chaury, nació en la ciudad de Buenos Aires el 28 de agosto de 1767. En 1803 estaba empleado en la administración de las colonias guaraníes y a fines de 1809 se hizo cargo de la Imprenta de Niños Expósitos, desde donde secundaría infatigablemente la labor de los patriotas, entre los cuales figuró y actuó siempre en forma decidida. Camarada de Saavedra y de Belgrano, estuvo presente en el Cabildo del 22 de mayo de 1810. A fines de 1811, por sus manejos políticos, fue separado de la Imprenta y desterrado de Buenos Aires. En 1812 Rodríguez Peña sustituyó en él la representación de San Luis y en 1813 se incorporó como diputado por la jurisdicción puntana a la Asamblea General, de la cual fue vicepresidente. Su labor más interesante, en esta magna reunión, la desarrolló como encargado de confeccionar el sello para la Asamblea, origen del Escudo Nacional. Formó en las filas inquietas de la Sociedad Patriótica y de la Logia Lautaro, lo que le valió ser perseguido por alvearista. En abril de 1820 desempeñaba el puesto de inspector general del resguardo. Privado de dicho empleo por razones políticas, fue repuesto en 1827 y al dar la noticia decía la "Gaceta Mercantil" que Donado "es un conocido entre nosotros desde el 25 de mayo de 1810, que se manifestó como uno de los que principiaron el movimiento sagrado de nuestra regeneración política". En 1828 representó en la Cámara de Diputados de los partidos de Quilmas, Magdalena y Ensenada. Murió en Buenos Aires el 13 de diciembre de 1831.

Los ganaderos puntanos

El gobernador intendente de Córdoba don Santiago Carrera escribía a Ortiz, el 16 de abril de 1812, lo siguiente:

> *"Con fecha 27 de marzo el Secretario del excelentísimo Superior Gobierno don Nicolás Herrera me participa que con la misma se ha expedido orden para que de esa ciudad se remitan a la Capital cien hombres de regular estatura y de a caballo, encargándome concurra por mi parte a que a la mayor brevedad, se cumpla la referida orden. A este fin me parece que no debo hacer otra cosa que recordar a ese pueblo los distinguidos beneficios que ah recibido de aquella Capital en todas sus pretensiones y solicitudes. Este poderoso estímulo y en el interés común de la Patria me hacen creer que esa ciudad prestará gustosa los cien hombres que le pide la Capital. En tiempo de la Excelentísima Junta Gubernativa me dijo el diputado de ese pueblo que su jurisdicción, sin mayor dificultad, podía facilitar seiscientos hombres aptos y proporcionados para el manejo de las armas. Agregando a todo esto la firme persuasión en que estoy de su celo y actividad, me prometo que a vuelta de correo tendré ya la plausible noticia de que los dichos cien hombres se hallan en marcha y muy pronto a verificarla, debiendo usted en caso preciso avisar a este gobierno las providencias o auxilios con que pueda concurrir al más exacto cumplimiento de la citada superior orden".*

Don José Lucas Ortiz, con fecha 24 de abril, se dirigió al Gobierno de Buenos Aires para acusar recibo del oficio "en que me dice ha resuelto la formación de un Escuadrón de Granaderos de a Caballo y que ha conferido sus primeros empleos a sujetos recientemente

llegados de Europa". Explicaba el teniente gobernador que, para dar puntual desempeño a la orden de remitir cien reclutas, averiguó "como de primera necesidad", qué dinero existía en las Cajas Reales y en la de Temporalidades, resultando que "en la primera…sólo existen 22 pesos, y en la segunda no hay nada", razón por la cual oficiaría a los ministros de Mendoza solicitando dos mil pesos, "que aún son escasos para socorrerle a cada individuo con 14 pesos, que es lo que le han abonado en las anteriores marchas, y se agrega el flete y la mantención de carne".

El 13 de mayo, los ministros mendocinos manifestaban a Ortiz que "aún mayor falta de numerario padece esta Caja respecto a los fijos desembolsos que hace todos los meses y no podemos contar con existencia alguna". Esta respuesta obligó al teniente gobernador a dirigir su solicitud a Carrera y el 9 de junio pudo informar al Superior Gobierno:

> *"Ayer llegó de Córdoba el teniente de Voluntarios don José Leguisamo conduciendo mil pesos, único numerario que me ha remitido el señor Gobernador Intendente, diciéndome no haber en aquella caja principal más dinero; y que les dé a cada soldado una sola paga a razón de ocho pesos, según el último reglamento de sueldos dispuesto por esa superioridad, lo que así verificaré, puntualizando su salida para ésta a la mayor brevedad".*

Comunicaba también haber ajustado el flete para la conducción de cada individuo a razón de diez pesos dos reales con el alcalde de segundo voto don Dionisio Peñaloza, quién percibiría su haber en la Capital.

El 23 de julio don Tomás Baras – suegro de Peñaloza – como capitán de Voluntarios retirado, se ofreció a conducir los cien granaderos "sin que se me asigne prest ninguno; y me conduciré hasta mi regreso a ésta, con caballos y peones a mi costa, a fin de ahorrarle al Estado siquiera este oficial subalterno".

Montados en mulas mansas, más resistentes a los rigores del invierno, partieron los reclutas puntanos el 21 de agosto, después de "siete días que han estado acuartelados mientras se reunían de las distancias que han bajado de esta jurisdicción". El contingente se presentó el 14 de septiembre en el cuartel del Retiro y fue recibido por el teniente don Justo Bermúdez. Diez días después San Martín certificaba que "el capitán don Tomás Baras ha entregado al Regimiento de Granaderos a mi cargo, ciento once reclutas pertenecientes a la Punta de San Luis".

El 10 de noviembre el capitán don José Narciso Domínguez entregó otros noventa y tres voluntarios puntanos, alcanzando así la contribución de San Luis a doscientos cuatro hombres, sobre un total de cuatrocientos setenta y seis individuos que componían el pie de fuerza del Regimiento de Granaderos en diciembre de 1812.

En el combate de San Lorenzo, el tributo de sangre puntana también fue el mayor; de los catorce granaderos muertos en la mañana del 3 de febrero de 1813, tres eran de San Luis y se llamaban Juanario Luna, Basilio Bustos y José Gregorio Franco. A estos nombres corresponde agregar el de Paulino Sosa, a quién debió amputársele el brazo izquierdo, y el de Juan Bautista Baigorria – simple soldado como Cabral, su camarada de gloria – que a punta de lanza y de coraje ayudó a salvar a San Martín.

Todo es fácil explicarlo con palabras de don Víctor Saá:

"El medio telúrico había hecho del puntano un hombre de a caballo, pero serrano, un campeador de altura que dominaba en forma maestra su caballo de vaso duro – el amigo predilecto – y dos instrumentos inseparables: el lazo y el cuchillo. En ese duro ambiente, conocía y ejecutaba a la perfección todas las faenas de la vida en la estancia; desde rastrear hasta trenzar, desde campear a rumbo hasta lonjear o carnear. En esa escuela, con una educación secular, acostumbrado a enfrentar los tigres, los indios y la soledad, y a resolver con sus propios medios todas sus necesidades, no conocía ni el miedo ni la desidia. Esto, sobre todo, hay que recalcarlo para quienes hablan o escriben sobre lo que no saben. La vida de la estancia lo había disciplinado, dándole una capacidad extraordinaria para la lucha. Lacónico, reservado y sobrio, estaba preparado para vencer.

Esa fue la pasta de los granaderos".

La misma pasta que, levantada en hombre rubio o moreno, sirvió también en los fortines porteños antes de 1810 y defendió las calles de Buenos Aires – la Muy Noble y Muy Leal Ciudad – contra las ambiciones de los británicos. La misma pasta – oscura y olvidada tierra heroica – que sustentó laureles en Suipacha, en Culpina, en Tucumán.

FUENTES

- Archivo General de la Nación.
- Archivo Histórico y Gráfico de San Luis.
- Caillet-Bois, Ricardo R.: *La revolución en el Virreinato*. En la Historia de la Nación Argentina, Vol. V, Segunda Sección, p. 71. Buenos Aires, 1941.
- Furlong, Guillermo: *Historia y bibliografía de las primeras imprentas rioplatenses*, Tomo I. Buenos Aires, 1953.
- "Gaceta de Buenos Aires" – Reimpresión facsimilar – Tomo I. Buenos Aires, 1910.
- Gez, Juan W.*: Historia de la provincia de San Luis*, Tomo I. Buenos Aires, 1916.
- Hudson, Damián: *Recuerdos históricos sobre las Provincias de Cuyo*. Tomo Primero. Buenos Aires, 1898.
- Núñez, Urbano J.: *San Luis y los granaderos*. San Luis, 1963.
- Pastor, Reynaldo A.*: San Luis (1810-1832)*, en Historia de la Nación Argentina, Vol. X, p. 225. Buenos Aires, 1947.
- Piccirilli, Ricardo; Romay, Francisco L.; Gianello, Leoncio*: Diccionario histórico argentino,* Tomo III. Buenos Aires, 1954.
- Saá, Víctor*: Contribución del pueblo puntano a la gesta sanmartiniana*. San Luis, 1951.

- Torre Revello, José: *La población de Cuyo a comienzos del Virreinato y a principios de la iniciación del período independiente*, 1777 y 1812. En Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas, Tomo XXIII, Nº 77-80, p. 77.

CAPÍTULO VIII

LA LLAVE DE CUYO

Carne y espíritu de la epopeya

Con justeza, Pastor ha llamado período glorioso de su historia al vivido por San Luis bajo el gobierno de Dupuy. En él fructifican los siglos de valor y privaciones; en él adquiere robustez de símbolo la puntanidad, y en él se dispersan las semillas de todo lo que después vendrá – bueno o malo – en dimensión de soledad, de silencio y tantas veces de incomprensión. Quien no sea capaz de entender la lección y el mensaje de estos largos y duros años, no sabrá jamás de dónde venía este pueblo y adónde quería llegar. Y será vano tejer y destejer frente a horizontes ilusorios si el telar y el tejedor no sienten en sí el calor telúrico, que es llama de fe y constancia.

¿Quién es ese Vicente Dupuy que viene a cargar con la tremenda responsabilidad de gobernar en la tormenta? Un capitán de los que hizo la patria: de poca ciencia castrense pero de rotunda voluntad, de fervor contagioso, de cabeza y corazón fieles. Donado, que tiene "conocimiento íntimo de sus circunstancias personales", también reconoce "sus méritos de justicia". Por su parte, el nuevo teniente gobernador se considera "un buen americano que sólo desea tener muchas vidas para sacrificarlas en favor de los derechos de su patria". Los hechos, a través de ásperas jornadas, no lo desmienten.

Don Víctor Saá – máximo historiador de San Luis en la gesta sanmartiniana – sintetiza con estas palabras el quehacer de tan celoso gobernante:

> "La misión que debía cumplir Dupuy fue desde el comienzo muy compleja. Como militar experimentado, puso todo su empeño en reglar eficientemente las milicias y, al mismo tiempo, en contribuir con el mayor número de reclutas para la organización del Ejército de los Andes. Como presidente del Cabildo, debía satisfacer las aspiraciones localistas y de consuno anular las persistentes influencias subversivas que disimulaban su epicentro en Mendoza mismo, y que hacían cada vez más ostensibles en Córdoba".

Nadie lo dude: Dupuy fue un gobernante duro, aunque "sensiblemente grato con quienes supieron secundarlo arrostrando toda suerte de penalidades". No vaciló nunca en castigar "con vigor inexorable" a quienes ofendían "la dignidad y el decoro de los derechos republicanos". Y no se perdió en laberintos de jueces y abogados, sino que propugnó los sumarios "sencillos y breves". Amaños y tolerancia le repugnan, porque antepone a todo el interés de la patria, que debía salvarse a toda costa. Y trabaja, trabaja con denuedo de titán, porque en ello le va la propia vida.

Junto a él está el Cabildo, no siempre dócil porque "sin duda, los capitulares puntanos, con la misma firme voluntad que sirvieron la causa de la Patria, resistieron la imposición de hombres que – sin duda, también – eran necesarios, en aquella hora incierta, para el éxito, en su unidad de concepción y de acción, del magno plan sanmartiniano".

Serán los cabildantes – como lo sostienen Víctor Saá – "la más auténtica representación de la oligarquía dirigente". Pero, a través de los años, ardorosos o blandos "como una masa", sirven a la empresa común sin que nada se les quede en las uñas y arriesgando, con plena conciencia, hasta el pellejo. Una y otra vez, el amor al terruño se hace flor en los zarzales de la brega: propenden a la concordia entre los funcionarios, claman por una escuela de primeras letras, moderan las tendencias fenicias de los abastecedores, mendigan los reales para la misa con que dar gracias a Dios.

Cuando el bronce inmortalice la figura de Dupuy, el egregio teniente gobernador no estará solo, como no lo estuvo en ningún instante de su ardua labor. Hombro con hombro, la justicia póstuma – la auténtica, la que está por encima de las banderías, la que no convierte a la Historia en fregona de la politiquería – esa clara y serena justicia levantará en el testimonio aleccionador la recia y provinciana estampa de los colaboradores de Dupuy, así como lo pintó magistralmente don Víctor Saá:

> "¿Quiénes fueron esos colaboradores? Fueron hombres del común vale decir, fieles expresiones del sentido común a nuestro pueblo, en aquello que tal sentido tiene de variable, y que, desde luego, debe al medio y a la época. Fueron hombres, si se quiere, de buen sentido, en todo aquello que destacó su actuación individual de la colaboración del común; pueblo de personas, no de masas… No fueron doctores. Ni necesitaron serlo. Quizá, si lo hubieran sido, habrían fracasado lamentablemente. Fueron hacendados, que afrontaban el regimiento de la comunidad con la misma llaneza e idéntica lealtad con que cualquiera de ellos abandonaba los intereses de su estancia para velar por el bien común llamaransé Francisco de Paula Lucero, José Santos Ortiz, José Justo Gatica o Marcelino Poblet; eran comerciantes, que pasaban, con inalterable sencillez, de la trastienda de una pulpería a la Sala Capitular, tratárase de don Luis de Videla, de don Mateo Gómez o de don Tomás Luis Osorio; o eran modestos artesanos, que descuidaban el tapial cuyas agujas habían plantado, o la fábrica del muro que comenzaba a levantar, para asistir a los acuerdos del Cabildo, como don Tomás Baras o don Isidro Suasti. Eran hombres curtidos en el trabajo y eran también, en cierto modo, soldados aguerridos…Pero en todos ellos había una nota, un acento, que debemos atribuir a la época y al ambiente; nota o acento que, a despecho del estupor que los embargaría de saberlo, los coloca en el plano de la más auténtica heroicidad – la más desconocida para nosotros - ; *nos referimos a esa conciencia que tenían de su propia incapacidad para regir o para actuar*, en la medida que en largo alcance de su sentido común y de su patriotismo les hacía columbrar".

Para comprender mejor el heroísmo y la grandeza de quienes secundaron a Dupuy en la formidable obra de apuntalar la libertad, y para ponderar sin mezquindades ni ditirambos a la patriótica faena de tan singular teniente gobernador, es preciso recordar que, como todos los que tienen la desgracia de regir pueblos, Dupuy halló en su camino desde la piedra que desvía hasta la zarza que desgarra o el abismo que conturba.

Hay que decirlo por que es fácil probarlo: en San Luis también hubo quien se dejó tentar por el reclamo del enemigo a quién se enfatuó con tal o cual pequeño servicio hecho a la patria;

hubo quien sólo se desveló por incrementar su hacienda y quien se hizo el desentendido ante las desgracias o las necesidades; hubo el que se cansó de dar y el que se aficionó a pedir; hubo el que sembró calumnias y el que cosechó lo que nada le había costado. De todo hubo, porque así fue siempre la vida. Y sí no fuera así, ¿con qué barro se amasarían los héroes?

Buen sembrador, San Martín apreció de inmediato la nobleza del trigal puntano. Lo vio levantarse con la gallardía del que no teme darse; lo contempló después en la humillada gracia del que preanuncia el pan; y lo admiró más tarde, con toda la grandeza de su alma cuando no quedó de él más que una sombra parda, a la vera del tiempo molinero.

Quien llamó a San Luis "leal y generosa" hablaba por boca de la Historia. Y tocaba, tal vez sin darse cuenta, el cogollo de la puntanidad.

Dupuy también supo comprender a los puntanos. Por eso se acercó a ellos por los caminos de la religión y el patriotismo, avivando fervores y dando hondura al quehacer cotidiano. En esta ciudad de la Punta, el teniente gobernador fue, hora tras hora, la espada fiel y la chispa comunicativa. Como buen músico que era, tañía todas las cuerdas del alma popular. De cada fausta nueva hizo un revuelo de campanas, un estrépito de fusiles, un baile o una serenata. Cantó y enseñó a cantar la Marcha de fusiles, un baile o una serenata. Cantó y enseñó a cantar la Marcha Patriótica, se puso a la cabeza de los hombres y las mujeres que salían por las calles a vitorear la Patria, improvisaba cielitos para tornar más donosa la alegría.

Pero no se olvidaba de Dios. Frente a su altar se inclinaba y hacía que todos se inclinaran. Porque a nadie dispensó de esa obligación, fuese patriota o realista. Su celo iba más allá: vigilaba que los soldados cumpliesen, el Jueves Santo, con el precepto de nuestra Santa Madre Iglesia. Así lo escribía y lo hacía pregonar, por cierto que no por mera fórmula.

La pobreza y los sacrificios no privaron a la ciudad de luminarias. Como no la ensombrecieron las noticias de los contrastes ni las amenazas. Porque entonces, tras el redoble de la caja guerrera, la proclama de Dupuy se levantaba como un fuego inextinguible para robustecer esperanzas o reclamar el último sacrificio. Su acento retemplaba el coraje, aceraba la voluntad, convocaba las manos laboriosas.

Y el ángel de la victoria batía sus alas majestuosas sobre la heroica ciudad de San Luis.

El baluarte de la Patria

La tarea de organizar las milicias, en la que se empeñara don José Lucas Ortiz a requerimiento del gobernador Francisco Javier de Viana, fue activamente continuada por Dupuy, quién "regló como método más eficiente el reclutamiento iniciado, llevándolo a un plano admirable de su suficiencia militar", como bien lo enseña don Víctor Saá.

Esas fuerzas fueron reunidas por orden de San Martín, ante la incertidumbre de los sucesos de Chile. Pero el 21 de octubre de 1814, desde Mendoza, el comandante de armas don Marcos Balcarce escribía a Dupuy:

> "Ya puede usted mandar retirar las milicias a sus casas, con prevención de estar prontas para siempre que se necesite; y arreglando usted inmediatamente sus compañías, proponiéndose los empleados que se hallasen vacantes en sujetos de la mejor disposición y de conocido patriotismo. Venga un estado de fuerzas".

Poco después Balcarce insistía en la remisión de un padrón que sirviera de base para la organización militar de San Luis y el 5 de enero de 1815 avisaba a Dupuy que el teniente coronel don Miguel Villanueva pasaba a ponerse a sus órdenes para auxiliarlo en el arreglo de las milicias puntanas, tarea que recomendaba "con todo el interés que empeñan las circunstancias actuales".

El 30 de marzo, Dupuy informaba tener reglas "15 compañías de milicias de caballería, con la fuerza de 120 hombres cada una, que se compone de cinco sargentos primeros, doce cabos y ciento tres soldados".

Al mismo tiempo remitía un "Estado de las armas que existen en la Sala de Armas hoy de la fecha", notable por su insignificancia, ya que sólo registra 21 fusiles, 24 bayonetas, 24 cartuchos, 5 sables, 3 espadas y 4 machetes. Eso sí: se menciona 153 lanzas con asta, para confirmar su tradicional uso entre los puntanos.

Los documentos demuestran que, pasó a paso, Dupuy no sólo venció todas las dificultades sino que también superó su angustia y su incertidumbre ante una tierra y unos hombres que no conocía, pero que no retrocedieron ante ningún sacrificio. Organizar las milicias fue, como él lo escribió, "un trabajo ímprobo", porque le faltaron elementos para valorar el caudal humano y las posibilidades de cada población. Sin embargo, secundado con lealtad y diligencia por sus colaboradores puntanos, salió airoso del compromiso, y con trazos imborrables, escribió su nombre en la Historia.

Como se había hecho siempre, los vecinos más prominentes o sus hijos formaron el plantel de oficiales. Y por cierto que sirvieron con honor, cuando no decollaron por su intrepidez o su temeridad.

Nombrarlos es limitar la formidable entrega. Porque, en verdad, era el pueblo puntano todo el que respondía al llamado.

Los viejos papeles también dicen muchos sobre la calidad del aporte humano. Así, el 17 de mayo de 1816, en Mendoza, el teniente coronel don Juan Gregorio de las Heras escribía a San Martín:

> *"Soy de parecer que la 1ª compañía de granaderos del 2º Batallón, y por su orden numérico hasta la 4ª, deben formarse en San Luis, en razón de las buenas tallas que allí podrán proporcionarse, por no haberse hecho saca de granaderos como en San Juan, y que las 5ª y 6ª se formen en esta última ciudad, para las que cualesquier talla sirve".*

En junio de ese mismo año, desde San Luis, el capitán Manuel José Soler comunicaba a San Martín que el 15 había suspendido los ejercicios doctrinales, "por hallarse ya estos oficiales instruidos en los primeros movimientos de la caballería". Agregaba que "desde aquella fecha entablé conferencias acerca de las maniobras de escuadrón, en las que algunos oficiales se han aprovechado en términos de poder explicar cualquiera de las maniobras indicadas", a tal punto que solicitaba se diese por terminada su comisión.

Equivocado estaría quien supusiese que San Luis sólo dio granaderos. Un oficio de Dupuy, de fecha 19 de julio de 1816, revela que por entonces también se disciplinaban tres compañías para el Regimiento Nº 11, aunque no había dinero para socorrerlas ni cartuchos para ejercicios doctrinales.

Finalmente, es preciso mencionar a los milicianos auxiliares, a los que el infatigable teniente gobernador citó en noviembre "para que participara del honor de acompañar al señor

General en Jefe en su expedición a Chile". Milicianos que, en su mayoría, debieron recurrir a mulas mansas por la flacura de los caballos, atrasados por el riguroso invierno y el mucho trajín de los auxilios dados a las fuerzas que marchaban a Mendoza. Oscuros e ignorados milicianos, cuya respuesta es como una medalla sobre el pecho torturado del terruño: "Estamos prontos para el día indicado".

San Luis, *que lo había dado todo* – la afirmación es de Víctor Saá y se basa en documentos irrefutables – dio también un puñado de esclavos: apenas treinta negros, eficaces y fieles artesanos que empuñaron las armas libertarias para rubricar el sacrificio de una tierra donde todo era posible: desde gloriarse en la miseria hasta salir, de la mano de Dios, a comenzar de nuevo.

El diputado al Congreso

Derrocado por la revolución del 8 de octubre de 1812, don Juan Martín de Pueyrredón fue confinado a San Luis, ciudad a la que llegó en los primeros días de 1813. En su obligado, refugio, no sólo se dedicó a mantener vivos sus contactos políticos sino que prosiguió sin desmayos sus actividades comerciales, para lo cual adquirió a don Maximino Gatica las tierras del la Aguada, inmediatas a la Ciudad.

A ese retiro habría ido a visitarlo San Martín, en septiembre de 1814, cuando marchaba a hacerse cargo de la intendencia de Cuyo. Quieren los historiadores que así hayan sido. Pero mucho más debe haber significado, para el insomne patricio, la presencia en San Luis de don Vicente Dupuy, aparcero de tantas jornadas heroicas y amigo o hermano juramentado para altas y riesgosas empresas. Con la llegada del teniente gobernador, las puertas del horizonte se abrieron para Pueyrredón. Y allá, en su estancia de la Aguada, volvió a sentirse el paladín sereno y fuerte, sutil y terco en su trabajar la Patria.

El cerco estaba roto. A fines de noviembre viajó a Mendoza y desde esa ciudad escribió a Dupuy varias cartas que revelan hasta lo que pretende ocultar. "Se había hablado generalmente de los motivos de enemistad que debía haber entre San Martín y yo; y ha servido de sorpresa el recibimiento que me hizo en público, abrazándome y besándome con ternura fraternal". Así dice a su amigo en una de sus misivas. Y aún le recomienda que le conteste "bajo cubierta de San Martín, que está finísimo conmigo". Más no siempre el texto aparece cristalino. Algo indefinible repta por debajo de las palabras: "yo no sé de dónde han sacado la noticia de la provisión de esta Intendencia en mí; yo no sé por qué se resiste tanto mi corazón a volver a entrar en el peligro de los negocios públicos". Y luego añade: "Mi destino secreto me ha conducido hasta aquí por fuerza en todos los lances de mi vida; lo dejaré seguir sus caprichos, mientras no me separen de los principios de honor y virtud que forman mi carácter".

A principio de febrero de 1815 Pueyrredón se alejó definitivamente de las tierras cuyanas, estableciéndose otra vez en Buenos Aires, desde donde el meteoro alvearista conmovía las entrañas del país. Allí prosigue su invariable labor de convocar voluntades alrededor de sus proyectos políticos. Sus cartas van hacia todos los rumbos, insinuantes o esclarecedoras, siempre notables.

La caída de Alvear está marcada en Cuyo por voces rotundas, noblemente aleccionadoras a través del tiempo y del olvido. Así, el cura de Mendoza don Domingo García, en el cabildo abierto del 21 de abril de 1815 declaró que "no siendo regular destrozar unas cadenas para cargar otras nuevas, era de opinión y voto no prestar nueva obediencia a otro gobierno,

mientras no fuese instalado por los votos uniformes y libres de la voluntad general", es decir, un gobierno "que fuese elegido por los votos unánimes de los diputados legítimos de todos los pueblos que componen el Estado en toda su plenitud".

Es indudable, sin embargo, que a la vera de ese claro sendero, turbias aguas discurren. Revueltas aguas, portadoras acaso de limos sagrados, pero duras y salobres, como suele ser la gloria, como es la libertad que las convocaba. Y si no aceptamos esto, difícil será comprender cómo fue aquel proceso, a ratos tumultuario, que culminó con la elección de don Juan Martín de Pueyrredón como representante de San Luis en el Congreso de Tucumán. La voluntad general no tiene el rostro abierto de la concordia. Hace su áspera vía con la frente nublada y sudorosa, con la mirada anhelante, con el labio que vacila entre la imprecación y el ruego. Pero avanza. Y crece y sube hasta plenitudes más excelsas que las soñadas por quienes tuvieron el coraje de levantarla como lábaro de redención. Así la vemos ahora en las jornadas de Mayo. Y así debemos enseñar a verla en los acuciados días de Julio.

Conocida la decisión del pueblo mendocino, Dupuy mueve también las piezas del formidable juego, para que el vecindario reconozca la autoridad de Rondeau y confirme a San Martín en el mando de la Intendencia. Según el acta labrada el 5 de mayo de 1815, San Luis rechazó también la renuncia de su teniente gobernador. Pero esto, al decir de varios vecinos de la ciudad y la campaña, sólo fue un artificio que puso en sus manos la llave maestra para encauzar y acriminar por rebeldes y facciosos a los que no quisieron consentir en su reelección.

Una semana después, el Cabildo puntano difundió una proclama para prevenir a los habitantes contra los "hombres revoltosos" que trataban de sembrar entre ellos la discordia. Protestaban los capitulares de "ser honrados y separados de toda ambición a mandar"; "y aunque no son charlatanes – añadía – su buena intención y la prudencia que les asiste hacen que anhelan siempre por elegir lo mejor para conservar los derechos del pueblo y mantenerlo en tranquilidad y unión". En la misma proclama se decía que "el Cabildo no ha acordado otra cosa que uniformarse en todo con las rectas y puras deliberaciones de vuestra capital, que es Mendoza". Y con palabras reveladoras concluían los cabildantes: "esperamos que los que no habéis podido asistir, os conformaréis y aquietaréis con este propio voto, si aspiráis como todos por la unión, por el sosiego de vuestro país, por vuestra libertad y su independencia".

Es evidente: Dupuy, con energía tiránica, lucha para que el plan de sus amigos se concrete cuanto antes. Por eso no aguardar a que San Martín le dé instrucciones con respecto al Estatuto Provisional y la elección de diputado al Congreso, sino que, tan pronto recibe los pliegos de Buenos Aires, continúa su labor, siempre "fecundo en amaños raposeros", como dirán sus detractores.

En académica página leemos que "El 3 de junio se practicó la elección de los electores del pueblo, obteniendo gran mayoría don José Cipriano Pueyrredón, el capitán don Tomás Osorio y el padre Benito Lucio Lucero". Los papeles del archivo puntano guardan otra versión bastante menos pulcra, firmada por don Tomás Baras, alvearista, sí, pero infatigable obrero del terruño.

Sabemos así "que no se celebró cabildo abierto" y que la comisión nombrada con arreglo al Estatuto fue presidida por el alcalde Tomás Luis Osorio, a cuya casa – también morada de Dupuy – concurrió "como una tercia parte del vecindario", aunque "entraban uno por uno a dar su voto para la elección de los tres electores". Agrega Baras que, "estando en el patio" con el síndico procurador y otro ciudadano, se acercaron al regidor don Juan José Vílchez "y éste les preguntó a los tres en voz baja, que a quienes iban a dar su voto, a lo que respondieron que no sabían todavía". Y "entonces les dijo dicho regidor: pues nosotros los del Cabildo estamos todos de acuerdo de elegir a don José Pueyrredón, a don Tomás Luis Osorio y a fray Benito Lucero".

Nuestros historiadores han llamado “díscolos” a Baras y a sus amigos. Pero es bueno saber que ellos, apartándose del regidor, comentaron: “¿Qué cosas son éstas tan fuera del orden? ¿Así no haremos nunca cosa acertada, porque el voto de cada uno es libre y no para estar de acuerdo antes de elegir?”.

Triunfaron los candidatos de Dupuy. Y ellos, a su debido tiempo, eligió diputado a don Juan Martín de Pueyrredón quién, entre otras cosas, había prometido no cobrar dietas por su representación. Paso a paso, el plan se cumple. Sin embargo, las quejas de “los díscolos” llegan hasta Buenos Aires. Y aunque destinadas al Director, “por un conducto reservado” logra Pueyrredón ver las páginas acusadoras y hasta reconoce la letra de quien quiso ocultarse omitiendo firmarlas. Ofendido, Pueyrredón renuncia a la diputación. Y en carta dirigida a Dupuy, deja correr su pluma siempre reveladora: “Por ti y ese Cabildo admití un cargo penoso y peligroso, y que iba a costarme algunas talegas; pero ni tú ni ese Cabildo podrán resentirse de que, herida mi delicadeza, les largue la cucaña para que se la encapillen a otro”.

El patricio parece conformarse. Pero Dupuy, no. Es fiel, es aguerrido, es tenaz. Y pocos días más tarde, “todos los ciudadanos de San Luis y una parte considerable de su campaña” elevan al Cabildo una petición en la cual, tras renegar de los “ingratos a su suelo y enemigos implacables de la tranquilidad y bien público” que han tirado libelos infamatorios contra “nuestro deseado Diputado”, demandan a los capitulares “los últimos recursos” para que Pueyrredón, “mitigando sus honrosos y justos resentimientos, vuelva a abrazar el cargo que tan dignamente se le había conferido por la uniformidad de sufragios”.

Zorro o león, Dupuy sabía triunfar. Y el hombre de la Aguada, que había creído encontrar “un caminito honesto para salir de ese atolladero”, prefirió tomar el áspero y empinado camino de Tucumán.

Parte ya su coche, el que le costara mil pesos. Y en la polvareda, polvo ellas también, quedan las esperanzas de aquellos paisanos que nuestros historiadores siguen todavía considerando “díscolos y ambiciosos”. No será trabajo vano tratar de aquilatar aquellas pulverizadas esperanzas. Y algo aprenderemos buscando su profunda raíz.

El pueblo mendocino, con cuyanísima voz, exigía el 1º de mayo de 1815 que el Congreso debía celebrarse “distante del Poder Ejecutivo y de las bayonetas, y en una distancia capaz de evitar la violencia de éstas y el influjo de aquél”. Declaraba, asimismo, que los representantes debían ser “forzosamente patricios – es decir, nativos de cada jurisdicción - , sin servir de suficiente pretexto la incultura de los pueblos, con que se ha querido disfrazar hasta aquí el espíritu de partido que ha motivado la supresión de este juicioso establecimiento”.

Los “revoltosos” puntanos, tan denigrados en ciertas historias, marchaban por ese mismo rumbo. Contra la docilidad de los electores surgidos de los artificios de Dupuy, los “díscolos” pretendían que el pueblo, en forma directa y sin desórdenes, hiciese la elección del diputado, “procurando que, aunque no fuese tan ilustrado, fuese sano de corazón y hombre de bien”. O, dicho con otras palabras: “que se dejase hablar del pueblo, y dejando en su buena fama a don Juan Martín Pueyrredón, el pueblo libremente nombrase un diputado criollo, mas que fuese un salvaje, pues lo que se necesitaba era un hombre de buena intención y no de literatura”.

Esperanza, polvo de siglos, que todavía flota sobre el corazón de la Patria.

La contribución material

Con su pluma penetrante y fervorosa, don Víctor Saá ha proclamado verdades que convidan a la meditación. Así ésta:

> "Leyendo los trabajos magistrales más difundidos en nuestro país referentes a la gesta sanmartiniana, la contribución puntana aparece disminuida, cuando no ignoraba. En algún caso se aduce la escasez o carencia de documentos. No pocas veces, sólo Mendoza es Cuyo. Y cuando la prolijidad del cronista o del historiador ha extendido su esfuerzo, sentimos y comprendemos la participación de San Juan. A la tierra de Pringles, tenemos que suponerla entre líneas, formulándonos una interrogación angustiosa: *¿Y San Luis?* Sin embargo, los mejores testimonios irrecusables, reconociendo el sacrificio de nuestro pueblo, lo que nuestro pueblo ofrendó a la patria naciente sin parangón, corresponde al Capitán de los Andes, en primer lugar, y después a Luzuriaga, a Dupuy y a Olazábal".

San Luis no mentó pobreza. Dio hasta lo que debía haber retenido para subsistir. Por eso la suya no fue a contribución sino *inmolación,* como lo afirma y documenta don Víctor Saá en su inigualado trabajo, lamentablemente fuera del alcance de los maestros puntanos, que es a quienes corresponde superar las cómodas generalizaciones portuarias. Tan silenciado autor agrega:

> "Y para probarlo categóricamente, baste decir que, terminada la campaña de la Independencia en 1824, San Luis entra en un período de su vida histórica que es, no sólo de postración y de martirio, sino de manifiesta impotencia para enfrentar, como hubiera sido posible, las hordas ranquelinas. Había quedado sin soldados y sin armas. Estaba inerme. Los indios la arrasaron entonces con sus malones".

Todo sirvió para vigorizar la Patria para liberar los pueblos americanos, para tornar realidad la concepción genial de San Martín. Nada fue olvidado: ni los bienes de los realistas ni las tierras de las Temporalidades ni las míseras monedas de las tituladas arcas del Estado. En la inmortal provincia de Cuyo, el pregón sanmartiniano conmueve hasta el polvo de las tumbas. Todavía los amarillentos papeles guardan el homérico acento de su reclamo formidable. Y se humilla nuestra altivez ante esa voz que exige "mil recados o monturas completas, que sean de regular uso; y asimismo el mayor número posible de pieles de carneros, ponchos, jergas, ristros o pedazos de estas especies, pues nada importa que sean maltratadas y viejas; y los recados pueden admitirse aunque les falte freno, pero no riendas, y todo se ha de acopiar en el inmediato agosto".

¡Qué no hacen, no dan los puntanos! ¡De qué nos hacen holocausto los hombres y las mujeres de San Luis! Cartucheras y pólvora, suelas y piedras de chispas, caballos y mulas, charqui y otros menesteres. Y el charqui deben ser dos mil arrobas, y las mulas mil, y la plata la del año venidero.

Sobre los telares y los morteros, en el patio apacible y en el bravío corral, en la huerta y en el campo, no es el sudor del que cae, sino la sangre misma, la vida entera de un pueblo que ama el orden, que no quiere cadenas, que todo lo espera de la misericordia de Dios.

De horizonte a horizonte, la tierra se entrega. En cada rincón, el viento talla el bronce de un héroe ignorado. Habría que nombrarlos, para mostrar que somos más fuertes que la ingratitud y la indiferencia. Habría que darles firmeza y claridad de símbolo en la prestancia viril de aquellos desvelados alcaldes de la campaña, que bien pueden ser los de 1816. Norberto Adaro en los Chañares, José de las Nieves Moyano en el Morro, José Ambrosio Calderón en el Durazno, Martín Garro en la Estancia Vieja, Pedro José Gutiérrez en la Frontera de San Lorenzo, Mariano Ponce en el Gigante, ayudaron a forjar la libertad. Y como ellos Juan Gregorio Lucero en Intiguasi, José Segundo Quiroga en las Minas, José Santos Ortiz en los Molles, Juan Bernardo Zavala en Ojo del Río.

Nombres todos con sabor a la patria chica y a Patria grande; apelativos nuestros, como debe seguir siendo nuestra constancia de su labor, su heroísmo cotidiano y sin aplausos. Nombres limpios, sin mancha ni adicción de bandería, que devolvemos reverentes a la posteridad, para que cada población los incorpore a su patrimonio de honor, como gajo de laurel o espiga honrada.

Y si ellos no alcanzaran a satisfacer la sed de justicia de los vecindarios esparcidos sobre el fervor de la querencia, levantamos también los de Manuel Antonio Vieira, de Fabián Guiñazú, de Manuel Moreira, de Nicasio Becerra, de José Manuel Montiveros, de Juan de Rosa Ochoa y de Andrés Alfonso, seguros de que tras ellos todavía quedan más patriotas sin vuelta de hoja, para que algún averiguador los ponga en la balanza, el día que se atreva a dudar del sublime sacrificio de San Luis o cuando alguien pregunte qué hicieron los puntanos por la Independencia.

Por ahora, basta con recordar que en noviembre de 1816, el director Pueyrredón, por boca de su ministro Vicente López, empeñó “su palabra que tendrá en la mayor consideración tan importantes sacrificios para dispensarles (a los puntanos) toda su protección e indemnizarles de los quebrantos que han padecido, consultando los medios de procurarles su futuro engrandecimiento”.

Política, comercio y ambiciones

Los sucesos que registran la historia de San Luis durante el difícil gobierno de Dupuy, corroboran la magistral afirmación de Enrique de Gandía:

> “Para nosotros no existió jamás una revolución americana ni hubo guerra entre peninsulares y americanos, en los comienzos, sino guerra de americanos y peninsulares también unidos en otro bando. Con distintas palabras: no hubo guerra de razas, sino de ideas políticas”.

San Luis, convertida en la llave de Cuyo, no vive alerta sólo ante las maquinaciones de los realistas – españoles o americanos - , sino también ante todo lo que amenaza perturbar el orden necesario para ejecutar la tremenda empresa sanmartiniana. El que no está con la causa, está contra la causa. No importa su condición ni el lugar de su nacimiento ni su color. Aunque a veces mal se la nombre, no es una *revolución* la que anuncia el advenimiento de la Patria, sino una guerra civil. Lo que se quiere imponer son las ideas políticas; son ellas las que enfrentan a los mejores hombres en las juntas, en los triunviratos, en los directorios. Y la Historia nos dice que no termina ahí el enfrentamiento.

Por eso es tan agria, tan áspera y tan heroica la vigilia de Dupuy y todos cuantos, en tierras puntanas, aceptaron el orden que San Martín propugnó e impuso. Orden encaminado a un solo objetivo: la liberación de América.

Adviértase bien – como lo apunta don Víctor Saá – que "no necesitó Dupuy asegurar el orden en San Luis… porque el orden era parte de la cordura de la sociedad de entonces". Pero adviértase también que el teniente gobernador no permitió que nada menoscabase la realidad moral de ese orden, que fue la modalidad del puntano.

La mano dura y fiel de Dupuy arranca todas las malezas, no importa si artiguistas, realistas o montoneras. Su celo y su recelo siguen los pasos de los hombres de espada y de los de pluma, del comerciante y del hacendado, del confinado indiferente y del sacerdote que no cae a la huella. Vigila al que entre y al que sale, al que trae la carta de recomendación y al que huele a indio, al que se titula amigo y al que se aparta silencioso. Por su orden se apresa y se encarcela. Y las partidas andan de aquí para allá con desertores, díscolos y frailes. Sin que falte entre los viejos papeles, el detalle de algunos ajusticiados, vaya a saber por qué.

Los tiempos eran tormentosos y todo se derrumbaba. Pueyrredón da testimonio de ello en la carta que escribió a Dupuy, desde Tucumán, el 16 de enero de 1816; y en la que dice, entre otras notables cosas:

> *"…el país está todo dividido; el ejército casi disuelto y en extremo prostituido; la ambición se entroniza con descaro en todos los puntos; cada pueblo encierra una facción, que lo domina; la ambición ciega, la codicia, la sensualidad, todas las pasiones bajas se han desencadenados".*

Por eso es más admirable la colaboración del pueblo puntano, cuyos hombres y mujeres no dejan de trabajar para atender las continuas y perentorias órdenes del Capitán de los Andes, mientras la misma jurisdicción es perturbada por las andanzas de confinados, desertores y ladrones de todas layas. Los mismos contingentes que pasan hacia el Desaguadero son de recelar y no hay alcalde que no reclame armas para contener los desmanes de tanta gente alzada. Hasta algún cacique fronterizo cree llegada la hora de cobrarse cuentas viejas, insolentándose a gritos y riendazas.

En la guerra de ideas políticas no están ausentes los intereses comerciales. Dupuy, en marzo de 1816, se refería al "triste estado de esta jurisdicción, a que lo ha conducido el infame comercio de los mercaderes que corren la campaña" y se condolía al ver "la lamentable situación de las familias, a causa de los gruesos empeños que hacen con los referidos mercaderes, que le dan los géneros a un precio tan exorbitante que con verdad se puede asegurar que un principal de quinientos pesos lo hacen rendir en sus repartos al tres o cuatro mil".

Destacaba el teniente gobernador que uno de los mercaderes que cometía esa "atroz y escandalosa tiranía" era "al fin bárbaro y cruel español", añadiendo: "pero lo más digno de llorarse es que esta misma conducta observen muchos americanos, ayudando de este modo a la destrucción de su mismo suelo, protegiendo la desnudez y miseria de sus mismos paisanos y uniéndose en sus operaciones a los bárbaros enemigos que nos persiguen".

El Cabildo pretendió "exigirle la nimiedad de un cuartillo por carga a las arrias, y a las carretas aún menos"; pero a tal pretensión se opuso el asesor de la Intendencia, alegando que

“el comercio es la sangre del soldado”. Fue entonces cuando el alcalde Poblet defendió su tierra con este ardor inigualado:

> “Los artículos que miran al comercio de él, en que se hace referencia a la extracción de maderas, introduciendo de efectos y la saca de tejidos, ganados, lanas, etcétera, es el todo de sus producciones y, desde que es San Luis hasta la fecha, ha tenido la bondad, o mejor diremos la desidia, de dejarlas llevar sin el más mínimo interés; y es así que, después de talados sus montes a satisfacción de los extraños y aniquilada la campaña de las otras especies, se halla sin ningún fondo de arbitrios de que siempre ha carecido, y en la impotencia de imponerlos en los rezagos que le han quedado. El comercio que circula en este pueblo y su jurisdicción (como tan escaso de dinero) es por lo mayor el defecto de Castilla cambalachados por picotes, ponchos y demás de lo que produce. Los comerciantes saben también aprovechar sus introducciones, que no se contentan con este cambio cuando no ganan un doscientos por ciento, o más, con lo que tienen a esta jurisdicción reducida a esqueleto y nada menos que de esclavos a sus habitantes”.

San Martín que en oficio posterior manifestó disimular “el acaloramiento con que se produce S.S.”, no habrá dejado de advertir la nobleza de esos capitulares puntanos que no dejan de reclamar una escuela, “aunque para los acuerdos de este Cabildo haya de ser bastante el abrigo de un monte, cuando nuestra desdicha no nos proporcione más comodidad”.

A la riquísima bibliografía sanmartiniana queremos agregar un nuevo aporte con la crónica de la campaña de Chile, hilvanada principalmente con fragmentos de cartas y otros documentos que se guardan en los archivos puntanos. Recontaremos, pues, la formidable epopeya, no para enseñar lo bien sabido, sino para rescatar de la muerte aquel calor humano, aquel pulso fervoroso que todavía hoy se hace luz de heroísmo en los desdibujados renglones de las actas severas y de las epístolas henchidas de sinceridad y patriotismo sin doblez. Rebosante amor que tanto movía la pluma noticiera como fructificaba en la constancia del chasqui renovador de esperanzas.

Los capitulares Mateo Gómez, Pedro Pablo Fernández, Pedro Nolasco Pedernera, Agustín Sosa y Vicente Carreño, presididos por el teniente gobernador don Vicente Dupuy, acordaron el 5 de enero de 1817:

> “Que con motivo de ponerse en marcha el Ejército de los Andes, a la reconquista de Chile, se pidiese una limosna entre los vecinos por uno de los miembros de Cabildo, para hacer una misa de gracia con novenario correspondiente, con el objeto de pedir y rogar al Dios de los Ejércitos por la felicidad y buen éxito de la expedición contra el enemigo de Chile; y habiéndose recolectado treinta y siete pesos cuatro reales de este virtuoso vecindario, mandamos que desde mañana se dé principio a la misa de gracias con novenario de ellas, que serán cantadas con la asistencia de la música y toda la decencia correspondiente”.

El 24, San Martín dirigió a los cuyanos su proclama de despedida, en la que decía:

"¡Compatriotas! Sería insensible al atractivo eficaz de la virtud, si al separarme del honrado y benemérito Pueblo de Cuyo no cobrara mi espíritu toda la agudeza de un sentimiento tan vivo como justo. Cerca de tres años he tenido el honor de presidirles, y la prosperidad común de la Nación puede numerarse por los minutos de la duración de mi gobierno. A ellos y a las particulares distinciones con que me ha honrado, protesto mi gratitud eterna y conservar indeleble en mi memoria sus ilustres virtudes".

Poco después asumió sus funciones el nuevo Cabildo, integrado por Francisco de Paula Lucero, Luis de Videla, Maximino Gatica, Agustín Palma, Marcos Rovere, Andrés Alfonso y Manuel Antonio Zalazar, quienes saludaron al Capitán General de la Provincia, el 14 de febrero, con estas palabras:

"El Ayuntamiento que representa a este pueblo de San Luis en el presente año, no puede ser indiferente a los sentimientos y expresión pública con respecto al amor y decidida adhesión que tan justamente le tiene a V. E.; a nombre de su representado el más inalterable cumplimiento de sus órdenes y servicios, sino que le expresa su gratitud por su singular amor a los puntanos, con todo el sentido de la voz. Lo que tiene el honor de comunicarle a V. E., ofreciéndole particularmente cuantos servicios estén en su posible, desde cualquier distancia y siendo cuales fueran las circunstancias de V. E."

Al día siguiente – 15 de febrero – el Cabildo recibió las primeras noticias sobre la marcha del Ejército que era su misma carne: la copia que Luzuriaga remitiera del oficio de San Martín, datado el 8 en San Felipe de Aconcagua, que concluye con este párrafo lleno de agradecimiento:

"Poseemos, en fin, una dilatada y fértil porción del Estado de Chile; yo me apresuro a participar a usía tan feliz noticia para satisfacción de este Gobierno y los beneméritos habitantes de esa provincia, principalísimas causas de tan buenos efectos".

El Cabildo, ante estas noticias, manifestaba a Dupuy no hallar "expresión para explicar su gozo". Pero añadía:

"Este Ayuntamiento tiene la gran satisfacción de felicitar a usted, dándole repetidos parabienes por la gran parte que ha tenido en contribuir con su infatigable patriotismo y extraordinarios esfuerzos a facilitar todos los auxilios que han estado en el posible de este pueblo, con que tiene la gloria de haber concurrido a engrandecer el Ejército que va a ser la salvación de la Patria, debido todo al digno Jefe que lo dirije con tanto acierto".

El 18 Dupuy transmitió la noticia de la victoria. Y el Cabildo, tras manifestar que quedaba enterado "de haber sido derrotado el enemigo de Chile en la cuesta de Chacabuco", se agrandaba de orgullo:

"Este suceso feliz, que asegura la libertad de nuestra cara Patria ha llenado de júbilo a este Ayuntamiento y a este virtuoso pueblo, pesándole no haber contribuido con más auxilios a tan lindo objeto".

Después de haber leído aquella página inmortal que el vencedor de Chacabuco inicia con sobriedad magnífica: “Gloríese el admirable Cuyo de ver conseguido el objeto de sus sacrificios. Todo Chile ya es nuestro”, los capitulares dirigieron a Luzuriaga este oficio, fechado el 26 de febrero:

> *“Nuestro digno jefe el señor Teniente Gobernador de este pueblo de San Luis, con fecha 20 del presente, transcribe a este Ayuntamiento los felices sucesos que usía le comunica sobre nuestro ejército de Chile al mando de su glorioso general, el señor don José de San Martín. No cabe en la expresión el placer y regocijo con que este pueblo virtuoso ha recibido tan felices nuevas; ya somos libres, clamaban todos, estos son los frutos preciosos de nuestros sacrificios. El Cabildo que tiene el honor de representar a este pueblo benemérito ha mandado, en asocio del señor Teniente Gobernador, iluminar las calles por seis días consecutivos, se ha celebrado misa solemne en acción de gracias y se han hecho cuantas demostraciones de júbilo han sido posibles en las presentes circunstancias, aunque ninguna correspondiente al grande objeto ni a la moción interior de un vecindario tan recomendable en cuyos labios no se oye otra expresión que la de nuestros triunfos y bendecir el nombre de héroe ínclito que nos ha salvado. El Cabildo de San Luis tiene el honor de felicitar a usía por tan grande, inesperados y felices sucesos que aseguran la libertad de la Patria y la horra eterna de la provincia”.*

El libro de actas capitulares guarda también este imborrable testimonio:

> *“En la ciudad de San Luis, en veinte y seis de febrero de mil ochocientos diez y siete, congregado el Cabildo, Justicia y Regimiento de ella en su sala capitular, con asistencia del síndico procurador, a efecto de consultar y acordar el modo de eternizar y transmitir a la posteridad del nombre glorioso del héroe que acababa de arrancar de las manos del tirano el amenísimo y vasto reino de Chile: Considerando el estado (casi de mendicidad) de este pueblo, cuyos virtuosos habitantes han erogado pródigamente sus haberes al alto fin de nuestra regeneración; y juzgando al mismo tiempo un deber, el más sagrado, dejar para en lo sucesivo, un monumento auténtico que acredita su gratitud y recuerde siempre la memoria de nuestro libertador: Ha resuelto establecer y decretar que todos los años el día doce del presente mes se celebre una misa, con la mayor solemnidad que fuese posible, en acción de gracias al Dios de los Ejércitos por las distinguidas victorias que en este feliz día se ha dignado concedernos sobre nuestros enemigos, mediante la imponderable energía e infatigables desvelos del valiente General del Ejército de los Andes, el excelentísimo Señor don José de San Martín, procurando igualmente impetrar de la divina clemencia la conservación de este hombre singular, en cuyas manos visiblemente ha depositado el Ser Supremo la felicidad de nuestra suerte y la libertad de la madre Patria”.*

El 28 de marzo, “después que hizo una pausa el contentamiento y que dio lugar a la razón para conocer toda la importancia de aquel feliz y memorable acontecimiento que sin duda alguna debe ocupar las primeras páginas de la historia de nuestra feliz revolución”, los capitulares acordaron hacer también fiestas cívicas en los días 12, 13 y 14 de febrero de todos los años, “y que en el presente se celebren en los días 6, 7 y 8 de abril (con motivo de ser la

Pascua de Resurrección), con misa de gracia en el primer día, y que en la noche del mismo se dé un baile público por esta ilustre Municipalidad, abonándose uno y otro costo del fondo de Propios".

Por decreto del 10 de marzo de 1817, Pueyrredón dispuso que el estandarte del regimiento de Dragones de Chile – uno de los trofeos conquistados por las fuerzas patriotas en Chacabuco – fuese remitido a la ciudad de San Luis para que, después de ser expuesto al público en las casas capitulares, fuera colocado "en uno de los templos principales, como un tributo al Ser Supremo, como un monumento de las virtudes patrias con que se han distinguido los hijos beneméritos" de este pueblo y "como una prueba de la gratitud con que les considera el Gobierno Supremo".

El Cabildo estimó este honor como "una demostración más bien digna de la benevolencia y generosidad de S. E. que el mérito de aquellos habitantes, no obstante de haberse interesado con grandes sacrificios". Pero el 16 de mayo acordó:

> "Que respecto a que una de las banderas tomadas a los enemigos de la causa en la escuadra de la Plaza de Montevideo el año de 1814, la cual fue igualmente por el Supremo Gobierno destinada a este pueblo y colocada por especial acuerdo en esta Matriz, ha resuelto que el indicado estandarte se coloque en la iglesia de este convento de Predicadores, en consideración a que sus rogaciones implorando los auxilios del Dios de los Ejércitos lo hizo por medio de la protección de Nuestra Señora del Rosario y para que las operaciones del heroico Ejército de los Andes sobre los enemigos en Chile fuesen tan felices como necesarios a la felicidad de la América".

Dispusieron los capitulares, asimismo, "que para el 24 a la tarde se convocase a todo este pueblo a la plaza pública para poner el estandarte a la expectación pública en los portales del Cabildo y que para el 25, después de la misa de gracias en memoria de nuestra célebre revolución, acompañe con asistencia de todas las corporaciones al depósito que en consecuencia se debe hacer con la solemnidad posible en la iglesia de Predicadores".

Con este motivo, el 24 de mayo Dupuy dirigió una proclama al pueblo, iniciándola con estas ilustrativas palabras:

> "Mis amados paisanos y amigos: Vosotros habéis tenido una gran parte en la heroica reconquista de Chile, contribuyendo. generosamente con cuantos auxilios os ha sido posible a la formación y pronta movilidad del heroico Ejército de esta provincia e igualmente un escuadrón de estas milicias pasó los Andes y partió en el campo del honor, con nuestros bravos soldados, los laureles que recogieron en la memorable batalla de Chacabuco".

Meses más tarde, el 12 de noviembre, Dupuy volvió a templar la cuerda heroica al entregar las condecoraciones ganadas con tanto denuedo y valor. Ese día, en la plaza mayor de San Luis, el pueblo oyó esta proclama; dirigida "a los beneméritos y valientes milicianos que pasaron los Andes".

> "Oficiales y soldados: El Jefe que tiene la satisfacción de haberos organizados bajo la bandera de la Patria, va a distribuiros las medallas y escudos con que el Supremo Gobierno ha premiado a los bravos que treparon los Andes, y

que en Chacabuco rompieron las cadenas del tirano que oprimían el precioso Estado de Chile, bajo las órdenes del benemérito general San Martín.

Mis amados oficiales y soldados: Este va a ser el testimonio eterno de vuestros servicios y el más honroso distintivo que, recompensando vuestras virtudes, os debe excitar a la adquisición de otras más, más recomendables que perfeccionen vuestra gloria y la buena reputación de los defensores del país.

El Jefe que os manda, os recomienda eficazmente la gratitud y el honor. Vuestro representante, el respetable Ayuntamiento, los magistrados y los honrados ciudadanos espectadores de este acto, con su muda y tierna expresión, os ruegan la observancia de las virtudes en protección de nuestra amada Patria, la obediencia y subordinación a las autoridades, y la conducta que caracterizan al buen ciudadano y al amante de la independencia del país".

Cerramos el ciclo de Chacabuco añadiendo estas breves referencias. De prisa, el Libertador pasó hacia Buenos Aires alrededor del 20 de marzo y el pueblo de San Luis sólo pudo testimoniarle su agradecimiento y su emoción con una serenata. Pero a su regreso, a fines de abril de 1817, el Cabildo agasajó a San Martín con una cena y baile, fiesta que demandó la suma de 82 pesos 5 reales, incluso los 8 pesos pagados por la música al maestro José Santiago Acosta.

* * *

Por no haber sala capitular, el Cabildo se reunió en la casa del alcalde de primer voto el 19 de enero de 1818, "a efecto de acordar el día en que se ha de dar principio al novenario de misas que se ha de mandar ha decir por la felicidad de nuestras armas, con la solemnidad posible, para implorar la protección de Dios de los Ejércitos s favor de nuestra Patria".resolvió entonces, de acuerdo con el cura interino fray Isidro González, comenzar dicho novenario el 23 "con asistencia de todas las corporaciones, y abrir hoy mismo una subscripción pública para subvenir a los costos, y que si no se recolectase el total, se satisfaciese el resto del fondo de Propios".

Poco después, los corresponsales mendocinos de Dupuy iniciaron su notable labor de información. El 18 de febrero, escribía Luzuriaga:

"Ossorio con 5 buques y 800 hombres arribó a Talcahuano el 17 pasado. El 7 del corriente, última fecha de Chile, se avistaban 121 buques por San Antonio y se mantenían de dicho punto a Peñablanca, caleta entre los dos puertos referidos Varias ventajas adquiridas por nuestras partidas de observación y avanzadas en la provincia de Concepción y una sableadura completa sobre 400 hombres en Linares por Freire, de que acaban de llegar noticias particulares. Me temo que Ossorio no aventura acción general en el estado que encuentra a Chile y que lo más que piense sea en dilatar la guerra. Si así no fuese, es indudable que el Perú todo va a ser libre en Chile por San Martín demasiado pronto".

Breves y nerviosas son las comunicaciones de Luzuriaga: "Va el adjunto manifiesto y proclamación de la intendencia de Chile. Nada de nuevo de enemigos. El General estaba en Talca ordenando aquel Ejército del Sud". Así escribía el 25 de febrero, y el 5 de marzo repetía: "De Chile no hay novedad alguna". En cambio, Juan de la Cruz Vargas deja correr la pluma con más generosidad y el 9 de marzo expresa:

> *"Acá estamos pendientes de las cosas de Chile. Tenemos mucha confianza en el gran San Martín y su ejército, mayor que el del enemigo; pero sabemos que esté viene con mucha arrogancia, y su fuerza, que a mejor cálculo, con las que tenia en Talcahuano y la que se le han reunido en muy goda provincia de Concepción, no apea de 6.000 combatientes. Estamos esperando el problema, por que esté va a ser el golpe que decida la suerte de la América del Sud. Cada correo de Chile interesa, lo esperamos con ansia, y nada de nuevo. Si no obran en éste y el mes entrante, comienzan las aguas, que son muy copiosas al sud de aquella costa, y tiene cerrada la campaña hasta octubre o noviembre. Lo que a mí me puede es la falta de nuestras fuerzas navales, sin las cuales cuenta que nada de hace de provecho. San Martín está en Talca; allí hay poca fuerza nuestra; él se fue solo el 13 del pasado y dejó hacia la costa, cerca de Valparaíso, por 6.000 que vemos no se mueven. Lo que me consulta es que me escriben dos cosas: primera, que San Martín sabe lo más mínimo del enemigo; la otra, que él está muy alegre, y aún se le ha salido la expresión de decir que conquistará a Lima en Chile. No me ha escrito en tres correos, es decir desde que partió para Talca".*

Con la misma fecha, Gabino Corvalán incluye en una posdata estas noticias:

> *"De Chile aún no hay particular; al Gobernador le escriben que algunas partidas del enemigo se han asomado al Maule y otras lo han pasado como en observación; que nuestro General ha recorrido todos los puntos y trata de irse retirando, llamándolos a que pasen todos el Maule y atacarlos en un punto donde opere la caballería a satisfacción y por consiguiente no tengan retirada por el inconveniente que ofrece el río, que es acaudalado y navegable. Que en la ciudad ha habido un movimiento, tratando de salir afuera, yen particular los comerciantes, enfardelando, el Gobierno ha prohibido la extracción y todo movimiento, con respecto a que se amilanan los ánimos cuando no hay un motivo, por estar seguros".*

El 18 de marzo, Vargas escribe con ardor:

> *"Mi Vicente: acaba de llegar el correo de Chile y logra la salida de un pliego para ésa para adjuntarte esa copia de la situación de nuestro ejército en Chile y del enemigo. ¡Qué susto! ¡Qué votos! Si es cierto el cálculo de Balcarce sobre el día de la acción, o se ha dado a esta hora, se está dando o se está por dar".*

Como para marcar la hondura del desastre, nada queda de la correspondencia subsiguiente. Sin embargo, el 25 de marzo Luzuriaga retoma la senda de la esperanza:

"Mi amado amigo: Acompaño a usted copia del estado último de nuestro ejército. Mucho debemos esperar de San Martín y del entusiasmo y unión en que se halla Chile. Yo creo que a la desgracia nos sucederá una ventura".

Dos días más tarde remite copia del oficio con que el director delegado de Chile, don Luis de la Cruz, da cuenta de la "desgraciada jornada que hemos tenido la noche del 19, después de haber obtenido en el día las mejores ventajas". Y agrega en forma oficial:

"Por cartas posteriores conteste de varios particulares, sabemos que nuestro ejército se halla en un pie ventajoso después de la dispersión que sufrió. Que el enemigo padeció un destrozo considerable y que con su retirada a Talca solamente nos ha privado de la gloria de destruirlos y acabar la guerra de Chile para siempre".

También el 27 de marzo do Toribio de Luzuriaga remitía una circular encaminada a impedir la internación de "varios soldados y algunos oficiales" que se habían puesto en fuga hacia estas provincias, "faltando al honor y a sus deberes".

Don Jacinto Godoy, el 28, decía a Dupuy que en Ciudad de Mendoza "nos faltan ocurrencias que nos tienen en movimiento, y con bastante cuidado; pero no nos amilanamos y siempre estamos en muy buena disposición para impedir y cortar los males que nos pueden ocasionar". Añadía que "en esto hay tanta variedad, que no me atrevo a referir por menos cuanto se cuenta". Sin embargo, "para no ser tan seco", incluye un extracto de las noticias recibidas desde el otro lado de los Andes. En una misiva de fecha 22, expresa el corresponsal:

"En este momento ha estado conmigo el cuñado de un sujeto que ayer a las 4 de la tarde salió de San Fernando, que dista 35 leguas de aquí, y asegura que San Martín tiene ya reunida en aquella Villa sobre 4.000 dispersos con sus armas, y que cuando él salió iba llegando más gente. Que Freire con una partida de más de 600 hombres se batió con otra enemiga antes de ayer y la derrotó…Son las nueve y cuarto de la mañana, se acaban de recibir oficios del General San Martín, dice que ya tiene cinco cuerpos reunidos, que pide refuerzo de gente y que el enemigo ha quedado en grande decadencia".

El mismo Godoy agrega noticias correspondientes al día 27 de marzo, las cuales revelan también las horas de angustia que vive Mendoza:

"Acaba de llegar un extraordinario de Chile, previniendo se tenga cuidado con los oficiales que por su poco honor trasborden a esta banda, para lo cual se ha publicado bando; y se a anunciado en él que por un campesino de Talca se sabe que el enemigo había metido en aquella ciudad más de 600 muertos. Hoy a las 12 ha llegado don Juan Jurado, sin licencia; éste dice que Melián se hallaba en la Angostura acabando de recoger el resto de dispersos. Lo mismo dice Espínola, que acaba de llegar con licencia; éste es más fidedigno porque no ha salido tan asustado. También piden granadas y municiones".

Luzuriaga, en carta del 28, se desahogaba con este lamento:

"¡Qué lástima los sucesos de nuestro ejército! Cuando el enemigo parecía ya tenerse en el bolsillo: él no hará poco en fortificarse en el Maule, y gracias al tiempo que le da la dispersión de los nuestros".

El 30, Vargas anoticia con vigorosa pluma:

"Mi Vicente: logro la ocasión de un porta que sale para Buenos Aires para consolarte en la parte que lo estamos aquí hasta hoy, y es que aunque no sabemos el detalle de nuestro revés, pero sí que se han mandado regresar toda la grande emigración que venía de Chile, porque aquel Gobierno se ha puesto en todo su tono, tomando las más prontas y vehementes medidas de defensa. Hoy llegó un pliego del Gobierno de Chile, encargando a éste que eche mano de cualesquiera oficial cobarde que legue aquí y lo remita, o los remita escoltados, para hacer un ejemplar en castigo de su cobardía, y a quien especialmente se encarga es a nuestro bribón el ingeniero don Antonio Arcos, de quién te hablará Luzuriaga, con requisitoria, por si acaso ha pasado sin entrar aquí. VIVA LA PATRIA. Carajo, todo se ha de reparar. Mendoza dispone 500 cívicos armados, 200 de infantería y 300 de caballería, que por un expreso se ofrecieron ayer al Gobierno de Chile y al General. Si vive este que vive dando las más bellas disposiciones, viviremos. Lo cierto es que el enemigo no ha adelantado un paso, porque no salió bien de la refriega. A otra cosa".

La información que Guido le suministra desde Santiago con fecha 27, la dio a conocer Luzuriaga el 31 de marzo, en forma oficial y en estos términos:

"El Señor Diputado del Supremo Gobierno de Buenos Aires cerca del de Chile, en papel de 27, me avisa que después de la jornada de nuestro ejército el 19 en los campos de Talca, se ha reparado en gran parte, y que la Patria cuenta con la fuerza respetable de más de 3.500 veteranos que vienen en retirada del campo de batalla al mando del coronel don Juan Gregorio de las Heras, y más de 2.500 de igual clase que existen en la capital de Santiago a marchar inmediatamente a unirse con aquella división, sin que falte uno de los jefes del ejército. Que el enemigo, según nuestras espías, ha sufrido una pérdida considerable, sin haber perseguido las tropas dispersas ni las que se retiran en orden; siendo de esperar que no haga progresos algunos por falta de auxilios y ser tan abominables el nombre español en aquellos pueblos: que el excelentísimo señor Capitán General llegó la noche del 25, en enseguida del excelentísimo señor Brigadier don Bernardo O´Higgins, que a la sazón había resumido la dirección suprema del Estado, y que en la tarde del 27 regresó al campo de instrucción, dejando todo dispuesto para la reconcentración de las fuerzas. Que el señor General Balcarce permanece en Rancagua disponiendo cuanto es necesario para el buen orden del ejército y, finalmente, que Chile y todos los pueblos están lleno de entusiasmo para vengar el honor nacional y escarmentar a los tiranos".

El 4 de abril, Luzuriaga vuelca su esperanza en otra carta particular que dirige al férreo teniente gobernador de la Punta:

"Mi amigo querido: Nuestro ejército acampado cerca de Santiago, escriben está ya muy brillante. El enemigo ha avanzado la vanguardia a San Fernando y las partidas de nuestra caballería situada en Rancagua, les han acuchillado un destacamento de 200 hombres, matándoles entre ellos un capitán. Dios nos haga más felices que antes".

Sin embargo, Dupuy no estaba tranquilo. De ahí que el 6 informara, en forma oficial, haber recibido la proclama destinada a instruir a los habitantes de Mendoza del verdadero estado del ejército patriota en Chile, añadiendo:

"Pero he creído conveniente suprimir por ahora su publicación, respecto a que, circundado de enemigos de nuestro sistema, podrán a pesar de la vigilancia de este gobierno hacer concebir a estos virtuosos vecinos ideas contrarias de su verdadero sentido, poniéndolos en consternación".

Ante el temor de un ataque de indios a San Luis, el 7 de abril Luzuriaga explica a Dupuy su carencia de elementos para socorrerlo:

"También tengo ocupado aquí todo y en movimiento, cubriendo los pasos de Chile y con 400 hombres en Uspallata en precaución por los resultados de la acción, que ya estará dada o próxima. Si ha sido mala, como no lo espero, considere usted el cúmulo de desórdenes que hay que contener, con los emigrados y dispersos…Deshaga usted a esa chusma, si quieren verificar su intento de atacarlo, y júntense las dos victorias de usted y San Martín".

Por fin, el 9 de abril, el gobernador Luzuriaga escribe sin brumas:

"Las noticias de los que van llegando de Chile, es decir del valle son conformes a la notita que original acompaño a usted del teniente gobernador de Aconcagua. Por horas espero la comunicación oficial, que haré volar".

Y ese mismo día, "a las 9 de la noche", Luzuriaga escribe jubilosamente:

"Mi muy querido amigo: Millones de enhorabuena; venció nuestro San Martín completamente. Póngase usted bueno. Escalada, que lleve los partes y dos banderas, impondrá a usted de algunos pormenores".

El teniente gobernador de San Luis contestó el 12, haciendo esta relación de lo acontecido al divulgarse las ansiadas noticias:

"Carece de toda exageración de las demostraciones de júbilo con que este noble y virtuoso vecindario recibió su publicación. En tan venturoso instante no se oían más que himnos y alabanzas a los vendedores de Chacabuco y Maipú, y la sinceridad e interés con que los entonaban electrizaba aún a las almas más frías. Salvas, repiques y vivas resonaban por todas partes y producían en mi corazón el más dulce placer".

También el 12 de abril, Luzuriaga escribía a Dupuy:

"Acabo de recibir carta de San Martín del 8: dice que los prisioneros pasaban ese día de 2.500 y 170 oficiales, que no había escapado uno de infantería, incluso los

generales, menos Ossorio que huyó con 200 hombres, de los cuales sólo tenía el 6 – siguiente al día de la acción – 20 y que caería sin remedio. La cosa ha sido completísima".

El 16 de abril, a las 8 de la noche, Vargas redactaba estas líneas para su amigo:

"Mi Vicente: prepara el ánimo: vas a recibir una gran noticia. Antes de cinco días, poco más o menos, abrazarás al invicto, al inmortal, el gran San Martín, y quizás yo me vaya con él. Acabamos de recibir pliego de Chile, fecha del 13, en que nos dice que salió aquel día de alba con destino a Buenos Aires. Le suponemos llegue de esta noche a mañana de alba. Si no llega esta noche, yo salgo de alba a encontrarle".

Con Jacinto Godoy, cumplidamente, avisa a Dupuy el 17:

"…el 13 del que rige salió de Santa Rosa para está, y con destino a Buenos Aires, nuestro invicto libertador el señor San Martín, a quién tendrá usted la dulce satisfacción de estrechar sobre sus robustos brazos y felicitarse mutuamente por haber puesto en sus victorias el sello indeleble de nuestra amada y deseada libertad. Por una casualidad de aquellas que no puede evitar el hombre, no he tenido el gusto de salir con Vargas hasta Villavicencio a encontrarlo; pero si nuestro amigo lo acompaña hasta San Luis, tendré el honor de ir haciéndole el asado que ha de comer en el camino".

Y Luzuriaga, también el 17, anoticia al teniente gobernador puntano:

"El grandor de la victoria del 5, es inexplicable: estaremos por algún tiempo absortos. Parece que nuestro San Martín hace otra marcha rápida a Buenos Aires; según las noticias particulares, le espero yo hoy, él nada me dice; ya se ve no quiere bullangas y siempre anda de sorpresa".

Conocida esta noticia por el Cabildo, el 19 de abril se reunió "trayendo en consideración la obligación en que se hallaba su representado (el pueblo) de hospedar al excelentísimo señor Capitán General y en Jefe del Ejército unido, el señor don José de San Martín, a su tránsito de Santiago de Chile a Buenos Aires de un modo digno a sus grandes y extraordinarios servicios". Acordó entonces el Ayuntamiento "que de los fondos de Propios se le diese de comer y cenar, y si se pudiese proporcionar un baile, contrayéndose a la limitación de los fondos de dichos propios, a cuyo efecto comisionaba para el desempeño de este acuerdo al alcalde de primer voto don Mateo Gómez, con la calidad de presentar la cuenta instruida de los gastos que se impendan, que deberá ser aprobada por los miembros de este Cabildo con separación de dicho señor alcalde".

En carta del 21, Luzuriaga decía a Dupuy:

"Me parece que pronto verá usted a nuestro San Martín que pasa a Buenos Aires; hace tres días que llegó aquí".

Don Juan O´Brien, ayudante de campo del general, fue el conductor de la carta que don Juan de la Cruz Vargas escribiera a Dupuy con fecha 30 de abril y en la que le decía:

"Dichoso de ti que al recibo de está vas a abrazar al hombre de América, y a nuestro mejor amigo San Martín: dale otro abrazo y un beso por mí…No lo detengas mucho; pero tampoco lo dejes ir sin que satisfaga tu curiosidad en los pormenores de Chile".

El 1º de mayo, volvía a la carga el laborioso administrador de Correos con estas palabras: "Ya te habrás empapado de San Martín. Así lo ha hecho tu Vargas". Pero Dupuy hizo algo más que "empaparse" de San Martín: dispersas referencias prueban que lo agasajó con baile, música y canciones. Y hasta con un poco más. Luzuriaga, el 7 de mayo, da fe de ello: "Mil gracias por el drama, cielitos y música, que todo está famoso; está corriendo con aplauso". Por su parte, Vargas le escribía el 17: "Ya sé que te has portado muy bien con nuestro Indio y que todo ha estado mejor que la gran nada que se le hizo en Mendoza. Pero vamos a cuentas: yo creo que has costeado el banquete con las perdices que el pobre ha tenido que matar en la travesía, y los matacos que habrás hecho recoger con esos baguales de los puntanos". Y aún agregaba Luzuriaga, también el 17: "¡Famoso el frontis al alojamiento de nuestro General San Martín!".

En su última misiva, el noticiero Vargas aconsejaba al teniente gobernador de San Luis:

"Soy de parecer que no te vengas hasta la vuelta del Indio, a quien servirás de compañía; y para entonces se preparan algunas diversiones, que no habrá antes".

El 13 de julio, Luzuriaga anotaba: "Mucho tarda San Martín". Mas el 24 Vargas redactaba otras de sus notables cartas:

"Mi Vicente: llegó el Indio el 20 y aún no sabemos cuándo irá para Chile, y yo creo que se nos desaparezca de un día a otro, dejándonos con las funciones que se le han preparado. Me ha contado las sesiones que ha tenido en ésa con los godos… Veo que hasta debajo del pie son perversos, viles y soberbios. Ni reparan que ya estamos en buen caballo. Siento el ser viejo y que no alcanzaré a ver el fin de nuestra lid, que lo pronostico favorable. Eso de la escuadra rusa y gente que se prepara son guindas a la tarasca. Que se mueva o se formalice la expedición sobre Lima y que Serna se retire, y verás el aspecto de la Nación que sin más que esto hemos de tomar. Las naciones mejor constituidas ya vuelven la cara a mirarnos y observarnos. Mira lo que hemos ganado, y estamos ganando, con el regular orden actual de menos de dos años, que no ha sucedido el paso retrógrado de revoluciones y porquerías, y por lo que se ha podido dar esos dos golpecitos en Chile. ¡Ah, Indio hijo de puta!: es él Washington declarado, y el que nos ha de salvar; él, el que ha hecho llamar la atención de los que nos observan ya; y él, por el miedo que le tienen, el que ha contenido las revoluciones".

Don Juan Escalante, el 2 de agosto promete a Dupuy:

"En el otro correo mandaré a usted un presupuesto de las funciones, con todos los motes y versos que se han hecho al Héroe inmortal".

Y a renglón seguido le informa:

> *"Las funciones de baile se empiezan pasado mañana martes y después siguen las comedias, luego los toros, cañas y fuego".*

San Martín, por entonces, estaba enfermo. Lo evidencia una laboriosa posdata agregada a una carta de Vargas, quien el 9 de agosto manifiesta a su amigo:

> *"Nuestro Indio debe caminar muy pronto a Chile: no lo detienen las funciones que se están dando. El estado de cosas por allá lo llama ejecutivamente. En Talcahuano forman tropas de reclutas; han recibido de Lima municiones de boca, guerras y vestuarios, y por consiguiente debemos abrir la campaña en cuanto cesen las aguas. Salió de Cádiz por mayo, no hay duda, una escuadra de 14 navíos mercantes de transporte, convocados por una fragata de guerra, con refuerzo de 3.000 soldados para Lima. El objeto es batirla en el crucero de Valparaíso, y esto más que nada lleva al General".*

El 27 de octubre, Luzuriaga comenta con más disimulada amargura: "Nuestro San Martín ya estará muy cerca de Santiago: allá va el pobre a continuar sus pesados trabajos". Y Vargas, el 1º de noviembre de 1818, traza los postreros renglones de esta crónica heroica: "Ayer llegaron de Chile dos pasajeros, y dicen que encontraron bueno a nuestro Indio, bajando la cordillera al otro lado. Su presencia en Chile es de absoluta necesidad".

Milenarios y rotundos, los Andes se tornaban pedestal para el Vencedor de la calumnia.

Conjuración de los prisioneros realistas

Entre las dificultades que pusieron a prueba su temple de gobernante, Dupuy sobrellevó con tenacidad admirable la pesada carga que representaban los hombres enviados a San Luis para que no perjudicasen con sus ideas y sus trabajos contrarios al interés de los patriotas.

No todos eran oscuros comerciantes o solapados sacerdotes. Algunos tenían méritos y prestigios suficientes como para tornarse caudillos de rebeliones, al menor descuido de sus generosos carceleros. Así ocurrió en julio de 1815 con Juan José Carreras, cuya altiva resistencia a cumplir las órdenes del teniente gobernador, obligó a Dupuy a iniciar una sumaria y a elevar sus quejas al comandante de armas Manuel Corvalán. A fines de ese mismo año, el 27 de noviembre, Dupuy impartió instrucciones reservadas al ayudante mayor Cornelio Lucero para que, "con la mayor vigilancia y con el interés posible", se encargase de "celar y observar la conducta de todos los españoles y americanos que por enemigos de la causa subsisten confinados en esta Ciudad".

Convertida en "Santa Elena mediterránea", San Luis ganó con los años un triste renombre, ensombrecido por el hastío de los realistas y la impaciencia de más de un altivo personaje. En las cartas que dirigió a San Martín en 1816, Pueyrredón dejó notables testimonios que van más allá del donaire o la ironía. "Sí Soler no anda derecho, ya sabe usted el camino que hay desde Mendoza a San Luis", escribe alguna vez. "Si estos (Soler y Beruti) o otros no anduvieran con juicio, haga usted que bajen a San Luis a disciplinar milicias y comer brevas", asienta en otra

misiva. Tenaz, insiste sobre Soler: “Si le descubre la menor maula, que venga para San Luis”. Y a lo ancho de los días, retoma el tema: “A Beruti puede usted ponerlo de inspector de arrierías, o mandarlo a San Luis de proveedor de pasas para el ejército”.

Carlos de Alvear, en una carta escrita a San Martín desde Río de Janeiro el 28 de febrero de 1818, también pone de relieve la mala fama de esta tierra: Yo, aun con cortedad, me atrevo a decir a usted que cualquier villa de ese reino, y aún la Punta de San Luis, que se me diese por destino, lo miraría con una felicidad.

En una epístola dirigida al presidente de Chile Marcó del Pont en 1816 San Martín ratifica sus “sentimientos de beneficencia hacia la humanidad” comparando la Punta con la isla de Juan Fernández, “ese páramo de horror y de destierro abismado en medio de los mares”. Escribe entonces: “La ciudad de San Luis, en medio del tráfico y de todos los recursos de la sociedad, será en buena hora triste albergue de la desolación y la miseria”. Y agrega: “San Luis jamás fue presidido de delincuentes como aquella isla destituida…allí no se les oprime ni arresta, no han sido obligados a construir por sus manos la miserable cabaña que escasamente les defienda de la intemperie; puede decirse que sus incomodidades se reducen, con corta diferencia, a la separación de sus familias. Los que a él han ido, no fueron por destierro sino por demandarlo la seguridad pública”.

Después de la batalla de Chacabuco, el 10 de marzo de 1817, Pueyrredón escribía a San Martín:

> *“Haga usted que Marcó y todos los principales jefes prisioneros vengan a San Luis. Marcó fugó varias veces siendo prisionero de los franceses, y si está cerca de las costas del mar será muy fácil que lo repita. La misma precaución debe tomarse con todos los oficiales europeos, y aun americanos que no sean de confianza”.*

Luzuriaga, el 16 de enero de 1818, remitía más prisioneros a Dupuy y le informaba:

> *“El Gobierno de Chile me avisa reservadamente que estaban en las indagaciones de una conjuración que toda esta familia, tanto prisioneros y demás destinados allí cuanto los que han quedado acá, tenían tramada para en llegando a Mendoza hacerse de armas y recursos para por el Sur irse a reunir al enemigo. Ciertamente la encerrona en que los he tenido hasta su ordenada distribución y los buenos palos que se dieron a algunos que intentaron valor les contuvo o no dio lugar a combinación alguna. Sírvale a usted de aviso para el cuidado de esta familia”.*

Pocos días después el mismo Luzuriaga justificaba su proceder:

> *“El mayor Torres, que fue a Lima y regresó con el comodoro a Chile, refiere, a la tripulación el malísimo y cruel trato que dan a nuestros prisioneros.”*

En sucesivas comunicaciones, el gobernador de Cuyo recomendaba a Dupuy irse “desprendiendo de prisioneros, frailes y clérigos, que suelen ser los más perversos”, a la vez que le impartía instrucciones para reforzar las fronteras para prevenir posibles ataques de realistas combinados con la indiada. Disponía, asimismo, la reunión de todos los prisioneros y confinados que se hallasen dispersos en la jurisdicción, para remitirlos a la Guardia de Luján juntamente con los europeos solteros.

En una de sus cartas, Luzuriaga decía a Dupuy: “Amigo: ¡paciencia! Importa más San Luis como usted lo tiene que dos regimientos”.

El 4 de abril de 1818, informaba el teniente gobernador de la Punta:

> *“Fui avisado el 30 del próximo pasado marzo de que todos los prisioneros existentes en el cuartel se hallaban complotados para sorprender la guardia de su custodia, tomar las armas y demás pertrechos de guerra que están allí depositados, saquear el pueblo y fugar por el Planchón a reunirse con el ejército de su dependencia en Talca. En este estado me vi precisado a tomar medidas ajustadas, resultando el haber sido sableados doce de ellos y castigados con doscientos azotes los principales corifeos de tan inicuo plan. El actual estado de mi salud, que apenas me da lugar a dar a usía este parte, no me permite proceder a formar sumaria información del hecho: el caso era ejecutivo y el castigo ejemplar no podía diferirse, ni tenía persona de mi satisfacción a quien encargar asunto tan complicado; por lo que espero sea de la aprobación de usía la conducta que las circunstancias me hicieron adoptar, sirviendo a usía de inteligencia que ya ha marchado a su destino la mitad de ellos, y que el resto lo verificará de hoy a mañana”.*

El 7 de junio, Juan de la Cruz Vargas escribía a Dupuy para recomendarle al brigadier Ordóñez, que ese día saliera de Mendoza:

> *“Estímalo, considéralo y procura su alivio. Lo he tenido a mi mesa desde que vino de Chile, y por su parsimonia y genialidades me ha ganado mi amistad”.*

En cambio, Luzuriaga manifestaba a su amigo:

> *“No haga usted caso de mi recomendación que le entregará Ordóñez: es pieza el gitano ése; y en Europa ha estado mil veces prisioneros y en prisiones ha fugado otras tantas. Es necesario cuidado con él en todo, pues como digo es pieza”.*

Con fecha 13 de julio insistía el gobernador:

> *“Tenga usted muy apretados a los jefes: el Morgado es criminalísimo, el Ordóñez malo y emprendedor atrevido; tiene un sirviente Blasco o Velazco perverso, que a la menor cosa se lo separa usted o avíseme para comunicarle yo la orden, si usted no lo quiere hacer por alguna consideración que convenga. Y cual más cual menos, son iguales todos los demás”.*

Notable es la carta fechada en San Luis el 18 de julio de 1818, que el teniente coronel Lorenzo López de Morla dirigió a San Martín y en la que dice:

> *“Muy señor mío y amigo de mi mayor respeto: La más ingrata de las criaturas sería yo, si perdiese un momento el manifestar a usted el cordial agradecimiento que respira mi corazón, por la multitud de beneficios a que le soy deudor: a usted debo una nueva existencia, respirar un aire puro y gozar, en fin, de una suerte feliz en medio de las desgracias. Mucho envidio una elocuencia ciceroniana, para expresar con alguna dignidad*

mis sentimientos; pero la bondad de usted supla la escasez de mis palabras y los yerros de mi escrito. Hoy he sido llamado del señor Teniente Gobernador Don Vicente Dupuy, el que ha tenido la bondad de hospedarme en su casa y socorrer mis necesidades, ligando mi honor con sus favores y amabilidad, con más fuertes cadenas que las que me acompañaron a mi prisión.

Adiós, mi general y bienhechor; el cielo quiera prosperar su vida dilatados años para consuelo de los desgraciados, como se lo pide su afectísimo reconocido amigo".

El coronel Joaquín Primo de Rivera escribió en septiembre a San Martín, para interesarse por la salud del Libertador. Lo hizo, según escribe, "animado del reconocimiento que tan debidamente tengo a V. E. por los muchos favores que le he merecido y los que tienen recibidos todos mis compañeros de armas que han corrido igual suerte que yo". En la misma carta añadía: "Yo sigo en este depósito tan contento como tuve el honor de manifestar a V. E. a su paso por aquí".

Por esos mismos días, el brigadier José Ordóñez expresaba a San Martín: "Debo inmensas atenciones a mi finísimo jefe el Señor don Vicente Dupuy y no dudo que en la superficie de mi pequeño círculo no puede caber más agradecimiento. Mis compañeros de armas con igual motivo así lo preconizan y todo refluye en mi satisfacción".

Luzuriaga, el 27 de octubre, avisaba al teniente gobernador puntano: "Ahí tiene usted dos huéspedes: Monteagudo y Rodríguez. Con este último señaladamente tenga mucho cuidado: es el bicho muy completo".

Y el 10 de noviembre decía:

"Recomiendo a usted al doctor Monteagudo: es decidido y ha sufrido bastante por la causa. En la causa de los Carrera le traté más íntimamente y le vi muy recomendable. Ignoro las causas de su presente situación; pero debiendo respetarlas, mi recomendación no quiere se extienda a comprometer a usted, y sí a cuanto pueda aliviar y consolar su estado actual".

Destaca Sosa Loyola que, "con la llegada de Monteagudo, los oficiales sintieron un brusco enrarecimiento de la atmósfera moral". Don Manuel B. Álvarez, testigo de los sangrientos sucesos, aporta valiosas referencias:

"Poco tiempo después cayó allí, como un rayo para los prisioneros, el doctor Monteagudo, confinado, según se dijo, por orden del General San Martín, a quien tal vez habría desagrado la exaltación de su carácter y la exageración de sus ideas en a política de la revolución. La posición que este hombre había tenido en el país antes de pasar a Chile, su ilustración y algunos servicios prestados a la causa, hicieron que el coronel Dupuy se plegase a su dirección, y como aquél era inmoderadamente ardiente en asuntos de revolución, y un tanto sanguinario y perseguidor, no tardó en cambiar las ideas y la política del teniente gobernador, que de suyo era tan suspicaz como variable. Sucedió, en consecuencia, que en pocos días se operó un cambio tan violento, que nadie alcanzaba a comprender. La protección y los halagos con que un día antes los tratara, se convirtió un día después en vigilancia imprudente y desmedida persecución. Se les redujo a un cuartel común en que debían ser encerrados desde la oración, y empezó a desacreditarlos con las

mismas familias a cuya relación los había introducido y recomendado con tanta solicitud. Hizo correr, asimismo, que iba a despacharlos para la prisión de las Bruscas, al sur de Buenos Aires, nombre que ellos oían pronunciar con horror".

Desesperados, o apremiados por el fogoso capitán Gregorio Carretero, los prisioneros decidieron intentar la evasión, para lo cual debían atacar tres lugares principales: la morada de Dupuy (ubicada donde se levanta la Catedral), el cuartel donde se guardaban las armas (situado en la manzana que ahora ocupa el Colegio Nacional) y la cárcel anexa al Cabildo (aproximadamente en el lugar donde se edificó el local de la Legislatura). Aparentemente, el plan consistía en apoderarse del teniente gobernador, armarse y lograr el apoyo de cincuenta montoneros que se encontraban detenidos en la cárcel.

En la mañana del lunes 8 de febrero de 1819, los conjurados salieron desde la quinta de don Marcelino Poblet (Ayacucho esquina Mitre), dispuestos a concretar sus propósitos, aunque no contaban con otras armas que cuchillos y garrotes. Pero todo fracasó. Y a las once de ese mismo día, Dupuy suscribía este vívido informe, dirigido a Luzuriaga:

"La ciudad de San Luis acababa de dar un nuevo ejemplo de heroísmo y fidelidad, y los españoles europeos de presentar una escena de horror, de ingratitud y de barbarie. Hacen dos horas que se presentaron en mi casa, de visita, el brigadier don José Ordóñez, el coronel don Joaquín Primo de Rivera, el coronel don Antonio Morgado, el teniente coronel don Lorenzo Morla, el capitán don Gregorio Carretero y el teniente don Juan Burguillo, y después de las expresiones de etiqueta se pusieron en pie, y tomando la palabra Carretero, me dijo: -So pícaro, estos son los momentos en que debe expirar usted; toda la América está perdida, y de esta no se escapa usted. Y en el momento cargaron sobre mí con puñales el mismo Carretero, Burguillo y Primo, disponiéndose los demás a lo mismo. Entonces, volviendo hacia atrás, gané un estrado desde el cual le di un puñetazo a Morgado, que cayó en tierra, pero inmediatamente cargaron todos sobre mí y no pude evitar el venir al suelo, donde recibí algunas contusiones en la cara y diferentes partes del cuerpo, en la brega para ponerme en pie, lo que al fin conseguí, justamente en los momentos en que ya se dejaba oír el tiroteo y la resistencia del pueblo en los demás puntos que trataron de ocupar al resto de los prisioneros.

Debo observar a usía que la misma circunstancia de que ellos se prometieron el triunfo, ha sido lo que ha trastornado sus planes: tal es la simultaneidad de acción; porque habiendo atacado el cuartel en el mismo momento que invadieron mi casa y la sitiaron, la tropa se alarmó y el pueblo, como por una explosión eléctrica, se puso en armas, y observando que la puerta de mi casa estaba cerrada, hicieron esfuerzos para abrirla, lo hizo conocer a los que se hallaban conmigo que su plan había abortado. Entonces, sobrecogidos del terror, empezaron a pedirme que les asegurase las vidas, y con el pretexto de aquietar el pueblo que se hallaba a la puerta, salí de mi habitación y cargaron rápidamente sobre ellos, habiendo hecho la resistencia que pudieron y herido mortalmente Burguillo a mi secretario el capitán don José Manuel Riveros. Este fue el instante en que los deberes de mi autoridad se pusieron de acuerdo con la justa indignación del pueblo. Yo los mandé degollar en el acto, y expiaron su crimen en mi presencia y a la vista de un pueblo inocente y generoso donde no han recibido sino hospitalidad y beneficios: el coronel Morgado murió a mis manos; y yo no tengo expresiones para ponderar a usía la cobardía

de seis asesinos que, habiéndome tomado desprevenido y apoderado de mis armas, no me dejaban más recurso que la firmeza y la justa confianza que tenía en la disposición del pueblo y en las medidas que siempre he tenido tomadas para iguales casos.

Yo no me he engañado en mis esperanzas: todo este vecindario, sin excepción, han obrado con la mayor energía y con tanta moderación, cuanta ha sido compatible con un atentado que amenazaba la vida de todos.

Los que se hallaban presos en el cuartel, combinados con los demás que vivían fuera, experimentaron la misma suerte, sin embargo que en el primer momento de sorpresa, se apoderaron de las armas; pero bien pronto las perdieron y murieron con ellas en la mano; entre éstos, se distinguió el intendente de ejército don Miguel Barroeta y el teniente coronel Aras, pues aquél con sable en mano y éste con un fusil, defendieron su puesto hasta expirar.

A más de las sensibles desgracia del capitán Riveros, por nuestra parte no hemos tenido sino dos soldados mal heridos, y entre ellos mi asistente Ferreira, que no da esperanzas de vida. Sin demora, organizaré un sumario para descubrir el resto de los cómplices y daré a usía cuenta. La tranquilidad pública se ha restablecido con la misma prontitud que la interrumpieron estos malvados. Tengo tomadas las providencias oportunas, y cada día es mayor mi confianza en la opinión y sentimientos que distinguen a estos habitantes. Acompaño a usía la lista de los que han muerto en el combate con la tropa y el pueblo, y todos los que han sobrevivido quedan puestos en seguridad hasta las resultas de la investigación que voy a hacer".

Unánimemente, los historiadores han señalado la tenebrosa actitud del doctor Bernardo Monteagudo, en el sumario que se le encomendó. No obstante, han destacado con criterio dispar la intervención que en la sangrienta jornada del 8 de febrero cupo a diversas figuras, tales como el alférez Juan Pascual Pringles, el ayudante José Antonio Becerra o el comandante Facundo Quiroga. Dupuy, en su oficio del 20 de ese mes, decía al gobernador de Cuyo:

"Por último, yo quisiera tener expresiones bastante fuertes para recomendar a usía el mérito y valor con que se han conducido los individuos de esta honorable Municipalidad, los señores oficiales y tropas así de milicias como del piquete, y en fin, todos los habitantes de San Luis; desde el alcalde de primer voto hasta el último ciudadano, todos se presentaron en la hora del peligro con las armas que les proporcionó la indignación: a este concurso y predisposición general se debe a la rapidez del triunfo y la inalterable conservación del orden".

La presencia de Facundo Quiroga en San Luis todavía da margen a controversias, "pues no existe ningún documento serio que pruebe que Facundo estuviese preso, detenido". Por nuestra parte, podemos probar documentalmente que, a fines de 1818, Dupuy ordenó embargar los bienes de Quiroga, depositándolos en el alcalde de segundo voto don Lorenzo Leániz. De esos bienes – cuyo inventario incluimos por considerarlo de alto valor para futuros estudios – Quiroga retiró 16 pesos el 18 de noviembre e igual cantidad el 21 de diciembre. También el 26 de noviembre recibió "cinco cuartas de paño azul que se hallaban en mis patacas que está embargada de orden del señor teniente Gobernador, a quien he suplicado que me hagan

entregar para hacer un par de pantalones". Facundo se hizo cargo de todos sus bienes el 12 de febrero de 1819, sin duda al disponerse a dejar la ciudad de San Luis.

Inventario de los bienes de D. Facundo Quiroga que se hallan embargados por disposición del señor Teniente Gobernador, a cargo del Alcalde de 2º voto, de los que hago entrega yo D. Lorenzo Leániz a mi sucesor D. José Domingo Arias.

A saber: Primeramente, una carga de petacas en buen uso, con candado la una - Setenta y ocho pesos en plata – Dos recibos que acreditan haber recibido el expresado don Facundo Quiroga treinta y dos pesos – Un recibo del mismo Quiroga, que acredita habérsele entregado cinco cuartas de paño que estaba en sus petacas – Dos pares de espuelas de plata, entre ellas una quebrada – Dos pares de calzones de listadillo muy viejos – Un par de calzones de listadillo nuevos – Otro par de calzones de cotonía blanca nuevos – Un par de pantalones de cordoncillo hechizo en buen uso – Una casaca larga de paño azul con vueltas coloradas, botón cascabel – Cuatro camisas, dos de ellas con lienzo, una de irlanda y la otra de ponteví – Una sábana de ponteví – Un par de calzoncillos de lienzo hechizo – Un paño de manos de lienzo hechizo – Dos pares de medias de algodón en buen uso – Una bolsa de lienzo que tendrá dos varas – Dos ponchos blancos listados a pala, el uno viejo y el otro en buen uso – Un ponchito blanco de algodón bordado en las puntas – Tres y medias varas de lienzo – Una sobrecama de cordoncillo azul bordadas viejas y una negra en buen uso – Tres cordobanes, dos negros y uno blanco – Cuatro pliegos de papel blanco – Una almohada con funda – Tres jergas, dos azules y una blanca – Una bolsita curtida con un poquito de almidón – Un cinchador de casimir bordado – Dos pares de botas, una de becerro y otras de cordobán, ambas en buen uso – Un par de suspensores listados de algodón – Un armador de listadillo viejo – Un calzoncito de niño chiquito de listadillo – Un estuche con dos navajas de afeitar, un peine y una piedra de afilar navajas.

En una petaca

Un poco de bizcocho amohosado – Cinco pares de calzoncillos, cuatro viejos y uno en buen uso – Tres camisas de lienzo de algodón – Dos camisas de irlanda, una vieja y otra en buen uso – Dos pares de calzones de listado en buen uso – Dos calzones de pana azul muy viejos – Un par de espuelas de hierro – Un cencerro grande de mulas – Cuatro servilletas de lienzo chicas – Dos cordobanes negros y una tira de suela – Dos jergas negras – Un par de calzoncillos de lienzo muy viejos – Dos cinchadores tejidos a pala – Dos pañuelos viejos – Dos pares de alforjas – Dos reales de jabón – Un par de zapatos de cordobán blanco – Dos armadores de piel en buen uso – Una bolsa con un manojo de tabaco tarijeño.

Es el contenido de ambas petacas. San Luis 2 de enero de 1819.

Lorenzo Leániz

Recibí el contenido del anterior inventario ante los testigos abajo suscriptos, y para su constancia lo firmé, fecha ut supra.

José Domingo Arias

Testigo José María Videla Testigo Manuel de la Presilla

Recibí del señor Alcalde de 2º voto don José Domingo Arias todo el contenido de este inventario, cuyos bienes son el total que se me había embargado con los ya recibidos por mí, y para su constancia lo firmé.

San Luis y febrero 12 de 1819.

Juan Facundo Quiroga

Testigo Manuel de la Presilla

Testigo Félix Rodríguez y Romero

FUENTES

- Archivo Histórico y Gráfico de San Luis.
- Campos Harriet, Facundo: *Los defensores del Rey*. Santiago de Chile, 1958.
- De Paoli, Pedro*: Facundo*. Buenos Aires, 1952.
- Documentos para la historia del Libertador General San Martín, Tomos III a VIII. Buenos Aires, 1954-1960.
- Escribanía de Gobierno y Archivo General de San Luis.
- Galván Moreno, Celedonio: *Bandos y proclamas del General San Martín*. Buenos Aires, 1947.
- Gez, Juan W.*: Apoteosis de Pringles*. Buenos Aires, 1896.
- Gez, Juan W.: *Historia de la provincia de San Luis*, Tomo I. Buenos Aires, 1916.
- Ibarguren, Carlos*: En la penumbra de la historia argentina*. Buenos Aires, 1956.
- Otero, José Pacífico: *Historia del Libertador don José de San Martín*: Tomo Segundo. Buenos Aires, 1945.
- Pastor, Reinaldo A.: *San Luis (1810-1832),* en la Historia de la Nación Argentina, Vol. X, p. 225. Buenos Aires, 1947.
- Pastor, Reinaldo A.*: San Luis ante la historia*. Buenos Aires, 1938.
- Raffo de la Reta, Julio César: *Historia de Juan Martín de Pueyrredón*. Buenos Aires, 1948.
- Raffo de la Reta, Julio Cesar*: El general José Miguel Carrera en la República*

Argentina. Buenos Aires, 1935.

- Revista de la Biblioteca Nacional, Tomo XV, Nº 39. Buenos Aires, 1946.
- Saá, Víctor: *San Luis en la gesta sanmartiniana*. Buenos Aires, 1947-1950.
- Sosa Loyola, Gilberto: *Pringles,* Buenos Aires, 1947.

CAPÍTULO IX

DE LA AUTONOMÍA PRIMEROS TIEMPOS

El baluarte puntano

Al comenzar el año 1819 las responsabilidades capitulares fueron compartidas por José Justo Gatica, José Domingo Arias, Esteban Adaro, Marcos Guiñazú, José Cecilio Lucero, Anselmo Basconcelos, Agustín Sosa y José Gregorio Ximénez. Una de las primeras tareas del nuevo Cabildo – carente aún de sala adecuada para reunirse – consistió en el nombramiento de alcaldes de barrios, de hermandad y pedáneos, "para la administración de justicia y conservar el buen orden". Dividida la ciudad en cuatro cuarteles, quedó su cuidado encomendado a los ciudadanos Raimundo Pereyra, Tomás Sosa, Miguel Adaro y Juan José Escudero. Por acuerdo de 7 de enero, el Cabildo nombró jueces de hermandad y pedáneos para algunos partidos, en la siguiente forma: Luis Leyes en Quine – aún no se decía Quines - , Esteban Sosa en el Durazno, Gregorio Lucero en Intiguasi, Cruz Moreno en la Carolina, Miguel Guiñazú en el Pantanillo, Bernardo Quiroga en el Rincón del Carmen, Faustino Albornoz en Guzmán, Luis Funes en la Punta del Agua, Camilo Domínguez en la Punilla y Nicolás Quiroga en el Saladillo. El Ayuntamiento resolvió también que en los demás partidos no fuesen cambiado los jueces "por las razones que el efecto ha tenido presentes". Eran ellos: en los Chañares, Tomás Sepúlveda; en San Francisco, Bernardo Fernández; en el Río Seco, Juan Francisco Oyola; en Santa Bárbara, José María Gutiérrez; en Santa Rosa, Juan Lamas; en Renca, Martín Peralta; en Conlara, Tomás Barroso; en el Morro, José Pedernera; en el Río Quinto, Maximiliano Gómez; en Chalanta, Javier Sarmiento y en el Bebedero, Blas de Videla. Sucesivos nombramientos completaron la nómina: Tomás Cortines en el Gigante, Matías Adaro en el Chorrillo, Pedro José Gutiérrez en la Frontera y Francisco Pedernera en Suyuque.

Las exigencias de la guerra no eliminaron algunas antiguas preocupaciones del Cabildo. Entre ellas merece destacarse la escuela de primeras letras, para cuyo sostenimiento se recurría a una sisa o impuesto de dos libras por cada arroba de carne que se vendía al público. La construcción de las casas capitulares proseguía con lentitud por falta de recursos, aunque hasta el teniente gobernador contribuyó con alguna donación.

Dupuy no dejó en ningún momento de atizar el entusiasmo de los puntanos. Así, el 11 de octubre, encomendó al Ayuntamiento entregar como premio a doña Rosa Ojeda una piña de plata con peso de 14 onzas 4 adarmes "por concurrir en ella las calidades de pobreza, honradez, calificado patriotismo". Pocos días después el activo teniente gobernador distribuyó las treinta y cuatro medallas que el director Pueyrredón hizo acuñar para distinguir "a los que

defendieron el orden en San Luis", en la memorable jornada del 8 de febrero. Ese fructífero orden fue levantado desvelo de Dupuy, como lo demuestra la causa que hizo seguir en los primeros días de noviembre para poner en claro la conducta de Juan Manuel Panelo, acusado de "petardista, papelista y enredador".

Más propicia a la esperanza fue la ceremonia cumplida el 25 de mayo de 1819 en la iglesia matriz, en que se juró la Constitución sancionada por el Soberano Congreso General de las Provincias de Sud América. El acta respectiva expresa:

> *"Y leída que fue la enunciada Constitución con los artículos adicionales que la acompañan, el señor Teniente Gobernador juró en manos del señor Alcalde ordinario de primer voto don Justo Gatica defender y sostener la Constitución del Estado hasta sellarla con su sangre, si fuese preciso; y en seguida el mismo señor Teniente Gobernador recibió el juramento prevenido en el ceremonial al ilustre Cabildo, a las Corporaciones religiosas y oficiales militares; y concluido este acto se entonó inmediatamente el Te Deum por el cura interino de este sagrario, en acción de gracias al Supremo Regulador del Universo por haber llegado ya el momento suspirado de recibir los pueblos que forman el Estado de las Provincias Unidas de Sud América la Carta Constitucional que les restituye el goce de sus derechos cruelmente usurpados por el Trono de España por más de 300 años".*

Tras la Constitución, surgieron los cabildeos políticos. El 11 de agosto, el Ayuntamiento de los electores que deberían pasar a Mendoza para proceder a elegir senadores. "Todos unánimes", los capitulares acordaron "que fuesen los electores el ciudadano don Manuel Herrera y el alguacil mayor don Esteban Adaro, quien dio su voto al defensor de menores "don Agustín Sosa y al ciudadano don Agustín Palma". Y el 31 los electores cuyanos, presididos por el sanjuanino José Rudecindo Rojo, eligieron senadores a los doctores Francisco Narciso de Laprida, Pedro Nolasco Ortiz y Manuel Antonio Castro, este último camarista de Buenos Aires.

La campaña puntana se movilizó a la par de la ciudad, a fines de septiembre, para designar electores de diputado a la Cámara de Representantes. Los veintiséis ciudadanos se reunieron en San Luis el 13 de octubre, a invitación del alcalde José Justo Gatica, por indisposición de Dupuy. Luego de elegir a presidente de la asamblea a don José Santo Ortiz, votaron para diputado, canónicamente, al doctor Domingo Guzmán.

Ese mismo mes de octubre trajo otra novedad: el 22, San Martín avisó hallarse autorizado por el Supremo Poder Ejecutivo "para adoptar medidas capaces de conciliar las sensibles diferencias de Jefe de los orientales, don José Artigas, y el gobierno de Santa Fe con la provincia de Buenos Aires". Con ese propósito, el Libertador se aprestó a dirigir una comisión provincial, integrada por representantes de las tres ciudades cuyanas, elegidos por sus respectivos Cabildos. El 28 de octubre, el Ayuntamiento puntano, "después de haber reflexionado con la mayor detención sobre el sujeto" que debía elegir, lo verificó unánimemente en el ciudadano don José Santos Ortiz, quien ya comenzaba a destacarse por su predicamento.

Paralela a estos trajines políticos, no decayó un solo día la dura faena de mantener en pie de guerra al ya glorioso Ejército de los Andes. En junio, Luzuriaga agradecía los donativos hechos por el vecindario para sostener a los escuadrones de Granaderos, y los capitulares se limitaban a reiterar su colaboración con parquedad espartana:

> "Con este motivo, tenemos el honor de ofrecer nuevamente nuestros servicios, y cuando valgamos, para sostener a todo trance la libertad e independencia de nuestra amada Patria".

San Martín, con fecha 12 de agosto, manifestaba a Dupuy que tan pronto estuviesen concluidos sus vestuarios, los Granaderos pasarían a San Luis, para completar sus escuadrones. Sagazmente, le anoticiaba también que no había querido admitir a los voluntarios mendocinos para llenar las vacantes del cuerpo, "hasta ver si hay algunos bravos puntanos que quieran entrar en él". Y pocos días después, al anunciar las alarmantes noticias sobre la venida de la expedición española, pregonaba con clarinada de titán:

> "Cuyanos: los enemigos vienen, vienen, vienen; no hay que dormirse en confianzas vanas fomentadas por los enemigos de la Causa. Corramos a las armas y preparémonos para defender la libertad e independencia que hemos jurado; aún hay tiempo para ello, si sabemos aprovecharlo; no lo dudéis: la victoria es nuestra si hacemos esfuerzos para conseguirla. Últimamente, juremos todos a vivir libres o morir".

El 21 de agosto, Dupuy remitía a Luzuriaga un "Estado del alistamiento general que se ha hecho en la jurisdicción de San Luis, desde la edad de 16 años hasta la de 50", el que totalizaba 2.185 hombres. De ellos, 1401 eran casados, 754 solteros y los 30 restantes, viudos. Con sobrado fundamento, podía el teniente gobernador afirmar, como afirmaba; "no hay un solo puntano que no éste dispuesto a tomar las armas en defensa del país". Ejemplarizadora, también crecía sin cesar la lista de los donativos, en elocuente y heroica enumeración de maíz desgranado, plata, higos secos, orejones, zapallos, reses y pan.

Infatigable, el Cabildo tanto acordaba que Dupuy se trasladase a Mendoza con el médico José María Gómez para auxiliar a San Martín enfermo, como convocaba al pueblo para resolver el modo de aportar nuevos recursos. A través de tiempo, los viejos documentos testimonian el vigor y la confianza de aquellos capitulares que asentaban con verbo rotundo: "La experiencia nos ha acreditado que el Vencedor de los Andes nunca ha prometido en vano victorias a la Patria".

El 9 de septiembre se constituyó una comisión de repartos, integrada por el alcalde José Justo Gatica, el síndico procurador José Gregorio Ximénez y los ciudadanos Tomás Luis Osorio, Francisco de Paula Lucero y Agustín Palma. Tenía, como principal obligación, la de formar un padrón de fortunas "por un cálculo prudencial y aproximado, desde quinientos pesos para arriba", en el que también debían entrar "los militares afincados, las comunidades y eclesiásticos, pues son todos ciudadanos". Esta delicada tarea permitió, tras prudente prorrateo, establecer una nueva contribución de 2.610 caballos, 1.697 mulas y 614 novillos que San Luis entregó con sus mejores hijos, siempre leal y generosa.

En el turbión del año XX

El 1º de enero de 1820 prestaron juramento los nuevos capitulares Francisco de Paula Lucero, Tomás Luis Osorio, Manuel Antonio Salazar, Agustín Palma, José Manuel Riveros y Lorenzo Leániz, quedando pendiente la recepción de Gregorio Lucero y Vicente Carreño, que

no se encontraban en la ciudad. Más sus tareas se vieron pronto interrumpidas por los sucesos de San Juan, de los que Luzuriaga informó extensamente en un manifiesto fechado en Mendoza el 16 de ese mes, al mismo tiempo que convocaba a cabildo abierto con el propósito de "concentrar toda la fuerza moral de la provincia para neutralizar y resistir la fuerza física que ha levantado en San Juan el pabellón imponente de la anarquía".

Dupuy, el 22, en nota dirigida al Ayuntamiento no sólo daba cuenta de la insurrección del capitán Mariano Mendizábal y de la dimisión de Luzuriaga, sino que también renunciaba al mando tras estas consideraciones:

> *"Si la provincia de Cuyo hasta aquí había podido lisonjearse de haber conservado el orden y de haber hecho los más heroicos sacrificios en favor de la Causa desde los primeros pasos de la revolución, ya desgraciadamente ha sido envuelta en el contagio de los acontecimientos raros, y los jefes que hasta esta época desgraciada hemos tenido el honor y la gloria de mandar en ella, con razón debemos desmayar y desistir de nuestros esfuerzos. Al explicarme en estos términos, no imagine usía que son mis intentos herir el concepto y la reputación de estos honrados y beneméritos ciudadanos. A ellos debo los felices resultados de mis fatigas, el haber conservado el orden más ejemplar, el haber contribuido a la Causa del país con aceptación de mis jefes superiores y de mis conciudadanos; últimamente, a ellos debo el amor más tierno, y hasta mi propia existencia. Por otra parte, ya mi naturaleza – deshecha por mis continuas fatigas en los seis años que he tenido el honor de mandar esta jurisdicción sin tener un solo momento de descanso, de que usía es testigo - , me han reducido a una situación de no poder ser útil a mi país sin reparar mi salud. A más de todas estas causas que deben ser de gran peso en el concepto de usía, mi honor quedaría expuesto a la opinión de mis conciudadanos si no siguiese el ejemplo de mi inmediato jefe, bajo cuyas órdenes ha tenido la satisfacción de mandar".*

Ese mismo día, los capitulares manifestaron a Dupuy haber leído "con sorpresa" su oficio y añadían:

> *"Este Ayuntamiento, atendido a la gravedad y a lo extraordinario del asunto, y a la circunspección con que debe mirarse, ha resuelto con previo conocimiento de usía convocar a este noble vecindario y a los principales habitantes de esta campaña a un cabildo abierto para el 24 del corriente, para que impuestos de todos los antecedentes y de la renuncia del mando de esta jurisdicción que usía se sirve hacer en su indicada nota, resuelva sobre unos particulares que por su gravedad no están en nuestra decisión. Entretanto, esperamos de usía que, para no exponer a estos honrados y beneméritos habitantes a agitaciones que perturben la tranquilidad pública, se sirva suspender todo procedimiento".*

El Cabildo abierto puso de manifiesto la firme resolución del vecindario de que Dupuy continuase ejerciendo el mando. Más, ante la negativa del teniente gobernador y "fluctuando entre mil ideas que amenazan la salud pública el jefe en quien tienen la mayor confianza", el Cabildo y el pueblo le suplicaron "con todo encarecimiento, tenga a bien admitir el mando de unos habitantes que le aman y respetan, y a cuyas órdenes ningunos sacrificios le son mortificantes". Para dar más vigor a su instancia, el pueblo "acordó libremente se nombre una

diputación compuesta de los ciudadanos síndico procurador de la ciudad don Lorenzo Leániz, R. P. cura fray Ángel Sánchez y don José Gregorio Giménez", encargada de hacer presente a Dupuy "cuan decidido está este vecindario en su resolución y le manifieste que su falta es irreparable".

Pero el torrente seguía creciendo. O, para decirlo con las mismas palabras de un vecino puntano, "toda la baraja se va volviendo reyes". A tal punto que hasta algunos cabildantes mendocinos se encargan de recomendar que se admita la renuncia de Dupuy. Sin embargo, el Cabildo de San Luis seguía firme en su actitud "de no alterar el orden, respetando las leyes de la Nación y de las autoridades de quienes depende inmediatamente, como la primera base que constituye a los Estados y eleva a un grado brillante la ilustración y la felicidad de los pueblos".

El "sistema de federación" alboreaba por todos los rumbos. De ello da pruebas el acta labrada en San Luis el 15 de febrero de 1820:

> *"Habiéndose congregado una parte del pueblo de los principales vecinos y oficiales de estas milicias, con el objeto de nombrar y elegir nuevos gobernantes al ejemplo de las capitales y de los demás pueblos subalternos, e igualmente por los justos recelos de ser invadidos por la fuerza poderosa que ha conmovido a los pueblos referidos para igual acto, a fin de evitar todo estrépito y efusión de sangre que pudieran haber habido, se puso (con la consideración debida) en seguridad el señor Teniente Gobernador de esta ciudad, y de consiguiente, guardando el mismo orden, se incitó al muy ilustre Cabildo para que, dando seña con la campana, se reuniesen todos los ciudadanos presentes en la sala consistorial de acuerdos; y reunido que fue el vecindario, resolvió que provisionalmente se eligiesen y nombrasen nuevos gobernantes, se despachasen órdenes a la jurisdicción convocando y citando a todos los demás vecinos de igual representación, para que en virtud de haber ignorado las renuncias que esforzadamente hizo el señor Teniente Gobernador al ilustre Cabildo, se conformasen con ellas o con la del pueblo; en cuya virtud eligieron por alcalde de primer voto al sargento mayor de estas milicias don Tomás Baras, para de segundo al ciudadano don Manuel Herrera, para defensor de menores al ciudadano Leandro Cortés, reeligiendo a los demás capitulares hasta oír el voto general de todo el pueblo; y para comandante de armas, provisionalmente, el capitán de estas milicias don Domingo Jordán".*

Cuatro días después, el 19 de febrero, el cuerpo de oficiales de milicias de caballería de la ciudad de San Luis, "consultando la tranquilidad pública y teniendo en consideración las razones que movieron a este pueblo para deponer al ex teniente gobernador don Vicente Dupuy, y otras incidencias", pidió al Cabildo Gobernador "que a la mayor brevedad salga de este pueblo el expresado Dupuy. Los Capitulares – Tomás Baras, Manuel Herrera, Agustín Palma y Olguín, José Leandro Cortés y Vicente Carreño – accedieron a lo solicitado por los oficiales, "con la calidad de que reúnan ahora mismo todos los demás ciudadanos y extiendan su acta para saber si es del agrado de todo el pueblo esta medida".

El 26 se reunió el cabildo abierto, formado por los principales vecinos de la ciudad y de la campaña, resolviendo lo siguiente:

"Que el gobierno sea compuesto del Ayuntamiento, y de consiguiente, que en él solo se refundan o reasuman las facultades de entender en los cuatro casos o causas, a saber: política, militar, hacienda y guerra, por cuya razón su título será el de Cabildo Gobernador. Que en dicho Ayuntamiento reside la facultad de convocar el cuerpo de oficiales y, con ellos, elegir y nombrar un comandante de armas, en un sujeto revestido de las circunstancias relativas a tal ministerio, y de su aprobación; Que respecto a que la experiencia ha enseñado que residiendo el poder gubernativo en una sola persona, está expuesto el Ayuntamiento a que sus funciones sean entorpecidas por él, desde ahora queda extinguido este empleo, hasta que se establezca por la Nación el método más conveniente; Que el Cabildo entrante, como en él se refunde el peso del gobierno, tiene opción y poder para disponer, conforme ocurran sus respectivas urgencias, de la nota anexa a dicho empleo, con concepto a los contingentes, entrega de la caja, como igualmente a asignar la renta que se le ha de dar al comandante de armas; Que sea de la obligación del Ayuntamiento oficiar a los pueblos circunvecinos, avisándoles los sentimientos de confraternidad que animan a los habitantes de San Luis".

De este modo el 26 de febrero de 1820 – y no el 1º de marzo, como se ha venido repitiendo – la provincia de San Luis declaró su autonomía y eligió sus propias autoridades. Las personas que integraron el Cabildo Gobernador fueron Tomás Baras, Manuel Herrera, Manuel Antonio Salazar, José Leandro Cortés y Lorenzo Leániz.

En cuanto a don José Santos Ortiz – a quien algunos autores mencionan como presidente del Cabildo Gobernador - , no resultará superfluo recordar los intereses que entonces lo movían. El 1º de marzo – fecha en que también oficiaba a las demás provincias avisando su instalación – el Cabildo Gobernador puntano pasaba al síndico procurador una solicitud suscripta por los hacendados de la campaña y redactada por el mismo Ortiz, su apoderado, en la que decían:

"Que movidos por un principio de justicia y por la obligación que incumbe a todo honrado ciudadano de representar lo conducente al bien general del país y común felicidad de sus habitantes, nos vemos en la necesidad de hacerlo ante usía, satisfechos de la liberalidad que distingue y regla las operaciones de nuestro actual gobierno. Encorvados los habitantes de San Luis bajo el yugo del tirano que acabamos de destronar, sofocábamos la idea de que nos sugerían aquellos principios y temíamos ejercer un acto de virtud reputado entonces por un crimen, que probablemente nos podía conducir al total exterminio. Un silencio eterno preceptuado por el déspota nos impidió hasta ahora el reclamo de nuestros justos derechos en el establecimiento del abasto de carne con que la jurisdicción se halla gravada: es indudable el mal general que aquel método ha ocasionado en toda la campaña, y él solo ha causado caso mayores ruinas que las ingentes erogaciones de seis años de esclavitud, aún al menos pensador se ocurre, a primera vista, el fundamento de esta verdad; con todo, nosotros queremos hacer a usía alguna reflexión sobre los conocimientos prácticos que nos ha adquirido una dolorosa experiencia. Dejemos aparte las familias arruinadas, pues ellas mismas están de manifiesto y su llanto debe resonar en el corazón de usía. Es evidente e innegable que la cantidad de carne estipulada por el medio real, es casi la misma a que estaba obligado el abastecedor, en aquellos

tiempos que la abundancia de ganados proporcionaba un fácil acopio de novillos de asta, cuando más al precio de tres pesos. ¿Por qué, pues, habiéndose cuadruplicado éste por las circunstancias y escasez, se ha de obligar al vecino de comprar la especie al precio supremo de estos tiempos para venderla al ínfimo de aquéllos? Esto sucede en el caso de hallarse el ganado en carnes regulares; cuántos mayores perjuicios se ocasionará a los infelices a quienes se obligaba en los calamitosos meses de agosto hasta fin de año. ¡Ah! En vano nos cansamos, cuando sabemos que usía se halla penetrado de esta verdad, y que los individuos que han compuesto los anteriores Ayuntamientos sólo han suscripto aquellas injustas determinaciones porque se hallaban sujetos a la bárbara ley del más fuerte y obligados a rendir en vasallaje la misma razón y justicia.

En fin, él ha ocasionado una incalculable merma en la multiplicación de los ganados, de donde ha resultado no sólo la ruina de la campaña sino también la indigencia y escasez de este pueblo en un renglón de primera necesidad. No es justo hacer a usía el agravio de patentizar unas verdades de que se halla penetrado, pues sería una presunción contraria a los conocimientos de usía y así sólo nos reducimos a no ser exonerados de está obligación, sí sólo a que ella sea reglada por un método que se haga más soportable a los vecinos que la sufren, y al mismo tiempo que la estipulación del peso de la carne se haga con arreglo a la escasez y precio actual de los ganados".

¿Quiénes firmaban esta solicitud? Pues José Lucas Ortiz, José Santos Leyes, José Manuel Montiveros, Bartolo Luis Leyes, Juan Alberto Montiveros, Juan de la Cruz Frías, José Bernardo Quiroga, José Narciso Domínguez, Juan Esteban de Quiroga y Lucero, José Mariano Bustos, Tomás Barroso, José Vicente Bustos, Martín de Nieva, Pedro Nolasco Pedernera, Juan Adaro, José Felipe Ortiz, Juan Francisco Oyola, Prudencio Vidal Guiñazú, Juan de la Cruz Leániz, José Marcos Guiñazú, José Úrsulo Funes, Eusebio Pereyra, José Eligio Cabral y el licenciado Santiago Funes. Otros peticionantes, que no sabían firmar, eran José Eugenio Ledesma, Teodoro Funes, José Ignacio Alfonso y don Jacinto Funes.

"Las vacas gobiernan la política". El 23 de marzo de 1820 don José Santos Ortiz tomó posesión del empleo de alcalde de primer voto, con una asignación de cincuenta pesos mensuales, "en consideración de haber caído en él el peso del despacho del Gobierno".

Una de las mejores versiones de las trágicas andanzas de José Miguel Carrera en tierras puntanas es la que debemos a la pluma prudente e inquisitiva del doctor Laureano Landaburu, quien explica así los sucesos de 1821:

Carrera inició entonces la correría más salvaje y sangrienta que registran los fastos argentinos. Ni Atila en las Galías, ni Tamerlán en las llanuras del Asia, movieron sus legiones bárbaras con tal raudo paso como la vertiginosa rapidez con que el jefe chileno empujó su horda de facinerosos al encuentro del enemigo, buscando romper a sangre y fuego el valladar infranqueable que habría de oponerse a su fatal designio. Invadió primero por la pampa y la frontera oeste de Córdoba. El gobernador de San Luis, doctor José Santos Ortiz, había organizado con premura una fuerza miliciana de 500 hombres, que puso a las inmediatas órdenes del coronel Luis de Videla, yendo juntos a buscar la incorporación con el gobernador de Córdoba coronel Juan Bautista Bustos y con las fuerzas riojanas que podía enviar el general Quiroga; a quién se había pedido auxilio.

Bustos se dirigió a Achiras, pero antes de producirse la concentración, fue sorprendido y derrotado por Carrera, en Chaján. Las fuerzas de San Luis que se habían movido hacia el Morro, tuvieron que contramarchar al Oratorio (5 leguas arriba de Mercedes). Desde allí siguieron costeando el Río Quinto, hasta la Ensenada de las Pulgas, lugar en que la tropa bisoña tan valiente como infortunada, presentó combate en condiciones de manifiesta inferioridad, sufriendo una cruel derrota".

Joaquín Pérez, otro enjundioso autor que manejó con agudeza las crónicas escritas por camaradas del caudillo chileno, narra así el infausto suceso:

"De esta manera comenzó Carrera a cruzar el campo como en actitud de ataque sobre la sólida posición de Videla. Cercano ya a la fuerza de éste y ante los tiros de las guerrillas, hizo una retirada en falso tratando de que se adelantase la caballería enemiga del monte que la protegía… De pronto los carrerinos volvieron sus cabalgaduras encarga decidida sobre las fuerzas de Videla. La caballería de éste vaciló a la vista del ataque, y arredrada terminó huyendo desordenadamente, dejando aislada la infantería en el campo de batalla. Vueltos de la persecución de la caballería, Carrera concentró sus hombres e intimó la rendición de la infantería, que con su coronel Videla al frente, había formado en cuadro para resistir. Rechazada la intimación, se entabló una desigual y recia lucha en la que los puntanos resistieron denodadamente, hasta quedar muertos desde el coronel Videla al último soldado".

Siempre minucioso, aclara Landaburu con justeza:

"No han quedado partes ni informes escritos sobre este desgraciado combate. Un documento contemporáneo de los sucesos, arroja, sin embargo, mucha luz sobre el punto que examinamos. Nos referimos al manifiesto publicado por el gobernador interino Giménez, sucesor del doctor José Santos Ortiz, en el que inculpa a éste haber seducido al pueblo llevándolo "al sacrificio en el campo de las Pulgas, lo que prueba que el encuentro fue una hecatombe para los vecinos. Esa es la verdad histórica, confirmada por la tradición unánime de San Luis. Nuestra milicia de infantería, a las órdenes del comandante Dolores Videla – no de su hermano Luis, que era el jefe de toda la fuerza y con quien lo confunden algunos autores – lejos de rendirse e incorporarse al enemigo, se negó virilmente a hacerlo, peleando hasta el último trance. Podrá considerarse el hecho como un sacrificio inútil, pero es un legítimo laurel para la altivez y valor de los puntanos".

William Yates, el oficial irlandés que secundó a Carrera, ha dejado escritas estas palabras, galardón y clave de aquella triste jornada:

"*Así murieron los principales sostenedores de Dupuy y asesinos de los españoles en San Luis. Eran los hombres más bravos que habíamos encontrado hasta entonces y*

pelearon todos hasta caer el último soldado. El oficial que los mandaba demostró la mayor bizarría y hubiera merecido una suerte mejor".

Para el caudillo chileno la matanza del 11 de marzo de 1821 fue el desquite de aquel inolvidable 8 de febrero de 1819.

* * *

"Vencedor de las fuerzas enemigas y libre de todo embarazo – escribe Pérez – Carrera entró el 13 de marzo en San Luis, ciudad que encontró sin autoridades". Y agrega el mismo autor:

"Los días que estuvo en la ciudad los ocupó Carrera en reforzar su fuerza, a la que había incorporado muchos de los prisioneros tomados en Chaján y las Pulgas. Siguiendo su política de atraerse la voluntad de los cuyanos, no solamente impidió que se cometieran desmanes en San Luis – había tenido la precaución de establecer su campamento a una legua de la ciudad – sino que con su trato logró atraerse el apoyo de algunos vecinos de importancia, como lo reconoce Gez, que no peca de carrerino… Esto prueba que Carrera no era un caudillo inferior que tuviera por finalidad el saqueo. Tenía un móvil mucho más elevado aunque contrario al interés general de América en aquel tiempo. Si antes hubo escenas de pillaje, ello se debe más que nada a la necesidad y naturaleza heterogénea de sus soldados, no a los sentimientos de su caudillo".

Pocos días después, llamado por Francisco Ramírez que se proponía invadir Buenos Aires, Carrera partió de San Luis. Detalladamente, el 23 de marzo informaba Ortiz.

"Levantó su campo de estas inmediaciones y tomó la dirección al Morro y de ahí al Portezuelo, donde sus avanzadas se encontraron el veinte y uno con las del general Bustos. Luego que observó estaba en la Punilla la fuerza de éste, tomó en la noche del mismo día la dirección a Chaján, y de allí, a marchas forzadas, la del sud".

El 11 de abril el gobernador Ortiz prevenía al Cabildo sobre la necesidad de adoptar medidas que pusieran a cubierto la provincia de una nueva invasión "por el enemigo de la tranquilidad pública". En consecuencia, el Ayuntamiento resolvió oficiar a todos los jueces de campaña para que concurriesen a esta ciudad el 22, "acompañados de un representante por cada partido con facultades amplias para proveer a la defensa del país en los peligros de una nueva invasión de que estamos siempre amenazados y asimismo para que puedan resolver cualesquiera asunto que se les proponga, relativo a conservar la libertad de nuestros sagrados derechos". Una de las principales medidas adoptadas fue la de mantener 200 hombres acuartelados y en rigurosa disciplina "durante el tiempo que amanece la seguridad del país don José Miguel Carrera".

En julio el caudillo chileno regresó a Cuyo, como lo narra Pérez:

> "Carrera continuó aceleradamente su marcha hacia San Luis, ciudad a la sazón presa del mayor desasosiego y abandonada por su gobernador. Temiendo los males de su entrada, las familias se habían refugiado en la iglesia y los sacerdotes les esperaban revestidos. Tal era la fama de salteador de que venía procedido. No era para menos tampoco".

Y prosigue el bien documentado autor:

> *"Pero Carrera procedió como lo había hecho en su primera ocupación de la ciudad, en el mes de marzo anterior. Estableció su campamento en el Chorrillo, a una legua de la ciudad, y entró en ella con una pequeña escolta, entre el 16 y 17 de julio, calmando de esta manera los recelos y ganando la confianza de sus habitantes. No se cometió ningún exceso, dándose aún el caso de haber enviado Carrera la esposa del gobernador Ortiz con una guardia hasta el pueblo de Renca, donde éste se encontraba".*

El 24, Carrera congregó algunos vecinos, "ante quienes expuso sus miras pacíficas". Convencidos o apremiados, tales vecinos acordaron declarar depuesto al fugitivo Ortiz y designar gobernador interino a don José Gregorio Giménez, quien el 26 ofició a las otras provincias cuyanas, dando cuenta de su nombramiento. La respuesta del gobierno de San Juan restallaba como un latigazo, pues decía a Giménez con respecto al cabildo abierto que lo había nombrado:

> *"Presidido este acto… por un confinado bien conocido por su genio turbulento; celebrado bajo las bayonetas que usía titula restauradoras de la libertad de los pueblos y subscripto por unos pocos vecinos que han tenido que abandonar su país nativo, huyendo de las mismas autoridades que han constituido, es el más irregular y ridículo, y la representación que han confiado a usía la más despreciable".*

Giménez estableció la pena de muerte – lo destaca Pérez – para todo el que se *comprometiese a servir los intereses de los enemigos de la causa pública,* que en este caso sabemos quiénes eran". El enérgico gobernador interino, al frente de algunas tropas que había logrado reclutar, marchó con Carrera hacia el Balde y desde allí, el 21 de agosto, el heterogéneo Ejército Restaurador partió hacia San Juan. Y diez días después, el caudillo chileno vio apagarse su estrella tras la batalla de la Punta del Médano.

El gobierno de Ortiz

A don José Santos Ortiz le correspondió la durísima faena de gobernar en medio de permanentes zozobras. Sin embargo, son numerosos los documentos que revelan su propósito de actuar con nobleza y en forma fecunda, sin sembrar odios ni avivar rencores. Hay en su quehacer una remarcable tendencia a la unión y a la concordia, y acaso fue ese alto desvelo de su espíritu el que lo condujo a la ignominiosa muerte de Barranca Yaco.

Ya en 1820 se prestaba gustoso al requerimiento de San Juan y de Santa Fe, para concertar tratados que trajesen un poco de paz y de prosperidad a la provincia. En 1822 logró tornar realidad un pacto de unión entre los gobiernos de Cuyo, el cual fue suscripto en San

Miguel de las Lagunas el 22 de agosto. Con la misma buena disposición recibió en los primeros días de octubre de 1823 al deán Diego Estanislao Zavaleta, comisionado por el gobierno de Buenos Aires para propender al la reunión de un congreso que estableciese "las bases sobre que deben afirmarse la seguridad y respetabilidad del gobierno nacional".

A mediados de agosto de 1824 fue elegido diputado al mencionado Congreso el doctor Dalmacio Vélez Sársfield, cuñado del gobernador intendente Ortiz, quien estaba casado con una hermana de aquél, doña Inés. Casi al mismo tiempo que el Congreso inauguraba oficialmente sus sesiones en Buenos Aires, los electores se reunían en San Luis el 14 de diciembre y nombraban "una comisión para formar y arreglar las instrucciones que deben servir al Diputado de esta provincia". Integraron la misma, además del gobernador, el administrador de Hacienda, Rafael de la Peña, el comandante Santiago Funes, el vicario doctor Joaquín Pérez, el comandante José Gregorio Calderón y don Tomás Baras. Dichas instrucciones – que, según Cháneton, Vélez Sársfield no recibió – debían tender "al bien general de la provincia" y los electores las daban por aprobadas al suscribir el acta de esta reunión. Pero es evidente que los representantes puntanos carecían de instrucciones sobre la forma de gobierno, ya que en la sesión efectuada por el Congreso el 30 de abril de 1825, Vélez Sársfield votaba "por la unidad" en tanto que el licenciado Santiago Funes lo hacía "por la federación".

En diciembre de ese mismo año volvieron a reunirse en San Luis los electores de toda la jurisdicción, "en orden a manifestar la Provincia su dictamen respecto a la forma de gobierno que debe organizarse para la Nación entera". Y aunque no se han conservado los documentos que prueban lo resuelto entonces, el acta del 26 de marzo de 1827 que consigna el rechazo de la Constitución unitaria esclarece toda duda.

En efecto, la Honorable Representación de San Luis declara que:

> *"ha meditado profunda y detenidamente sus artículos; ha comparado el contenido de ellos con la voluntad de la provincia y ha venido a convencerse que, arrebatados sus habitantes del torrente de la opinión de los pueblos por el sistema federal, si los representantes de San Luis se conformasen con la Constitución, no solamente traicionarían los votos de sus comitentes sino que, también, sumirían la provincia entera en un cúmulo de desgracias de que se harían responsables, poniendo los pueblos cada vez más distantes de constituirse alguna vez".*

San Luis declaraba, sin embargo, que conservaría con las provincias "las relaciones de unión y confraternidad, para el sostén mutuo de la libertad y de los derechos", así como añadía estar pronto "a sacrificar sus recursos para la defensa contra los enemigos de los pueblos argentinos". De estos sanos propósitos dio prueba bien pronto, al suscribir, el 27 de marzo de 1827, el denominado Tratado de Guanacache y, tras la significativa visita del doctor Pedro Ignacio de Castro Barros a la ciudad – fines de agosto – la determinación de las atribuciones que debía investir el gobierno de Buenos Aires y la decisión por la instalación de un Congreso General Constituyente.

* * *

Muchos otros escollos debió sortear Ortiz, en los largos ocho años que rigió los destinos de la provincia. A la ardua búsqueda del cause constitucional se sumaron los aprestos militares, iluminados por algún destello de la epopeya sanmartiniana, abierta como una herida de gloria en la carne doliente del terruño. En marzo de 1822, banderas tomadas en Lima flamearon bajo el cielo manso de la Punta. Y casi al mismo tiempo vibró el reclamo del paladín sin tacha, que clamaba por otros cien puntanos para proseguir su empresa libertadora. Cuatro años después, en los últimos días de enero de 1826, el coronel Félix Bogado pasó rumbo a Buenos Aires con los últimos hombres del regimiento inmortal. Y en mayo, como convocado por telúricas voces, Pringles llegó a sentirse renacer en la quietud de la humildísima casa paterna.

La sangre de la Ensenada de las Pulgas empurpuró afanes y esperanzas. Y los hombres, cansados de lo que no entendían, "se echaron al monte" huyendo de las levas. Pero en 1825, otra vez, los puntanos marcharon hacia el litoral, para contener los desplantes del Brasil. Y así en 1826 y en 1827, porque Buenos Aires no cesaba de reclamar más mármol y más bronce para el trono de su fama.

Ortiz supo de todo eso. Y también de motines y conspiraciones, urdidas a veces por sacerdotes, como el doctor Cabrera o el clérigo Oro. Sin que le faltase tampoco la maloliente presencia de la indiada en la frontera, como un nubarrón que anuncia miseria, desolación y llanto.

Don José Santos Ortiz soportó en silencio la venenosa mordedura de los libelos y no temió publicar sus acciones de gobernante, "para confundir la dicacidad y maledicencia de los enemigos del orden". Verdad es que no descuidó sus negocios particulares y que las vacas fueron su constante preocupación. Pero no medró al amparo del erario público y sembró más virtudes que malos ejemplos. No quiso que la provincia "se volviese una madeja sin cuento" y consagró sus desvelos a conservar la paz, el orden y la tranquilidad de todos los puntanos.

FUENTES

- Archivo Histórico y Gráfico de San Luis.
- Cháneton, Abel: *Historia de Vélez Sársfield,* Tomo I. Buenos Aires, 1937.
- Galván Moreno, Celedonio: *Bandos y proclamas del General San Martín*, Buenos Aires, 1947.
- Gez, Juan W.*: Historia de la Provincia de San Luis*, Tomo I. Buenos Aires, 1916.
- Landaburu, Laureano: *Episodios puntanos*. Buenos Aires, 1949.
- Pérez, Joaquín: *San Martín y José Miguel Carrera*. Buenos Aires, 1954.
- Raffo de la Reta, Julio César: *El general José Miguel Carrera en la República Argentina*. Buenos Aires, 1935.
- Yates, William: José Miguel Carrera. Buenos Aires, 1941.

CAPÍTULO X

LA GUERRA CIVIL

Estado de la provincia en 1828

Las generaciones actuales olvidan, con frecuencia, las vicisitudes que padecieron los antepasados y hasta se avanzan a enjuiciarlo sin haber ahondado en sus trabajos y en sus aspiraciones. La empresa de aproximarse a esas vidas, poco menos que ignoradas, no sólo es ardua sino que reclama, principalmente, honradez de intención e insobornable amor a la verdad. Por nuestra parte, creemos útil continuar brindando materiales nobles a quienes trabajan con dignidad en la reconstrucción del pasado puntano. De ahí que nos detengamos en algunos aspectos del gobierno de don José Santos Ortiz, convencido de que ellos ayudarán a comprender los duros años que siguieron a su nada tersa administración.

El sistema sanmartiniano de los donativos y contribuciones patrióticas continuaba siendo de común aplicación a mediados de 1828, en que los vecinos de la ciudad y de la campaña entregaban – más de una vez con reticencia – ganado vacuno y caballar, cuando no dinero que supliese su valor. Comisionado por la Sala de Representantes, algunos individuos activos y prácticos recorrían los diversos partidos de la jurisdicción, para exigir el aporte destinado a atender la defensa de la provincia. Ocultamientos, denuncias y atropellos se entrelazaban con el auténtico patriotismo, fructificando en resentimientos y enconos proclives al desorden y al retroceso.

El ministro de Hacienda don Rafael de la Peña ponía de relieve, con fecha 17 de octubre, el poco afecto que había producido el requerimiento oficial hecho a los deudores del ramo de diezmos de años anteriores, cuyo importe ascendía a cinco mil quinientos trece pesos, siete y medio reales. En el referido oficio, agregaba de la Peña:

> *"Esta falta se hace demasiado sensible en las circunstancias presentes, pues que el Ministro se halla careciendo de todo arbitrio para cumplir las órdenes superiores que tanto cuanto son necesarias deben ser ejecutivas, pues hace algún tiempo que las Fronteras de la provincia se hallan invadidas por los bárbaros, y por lo mismo en la necesidad de contenerlos y cuidar con las milicias aquellos puntos como tan necesarios; y cuando se está entendiendo en reparos tan urgentes, se halla esta Caja sin tener absolutamente con que subvenir a los gastos. Y por esto debo representar a V. E. que estos deudores deben ser compelidos de un modo imponente, ya que se desentienden a las reconvenciones políticas que les hace el Ministro, no solamente de palabra sino también de oficio".*

¿Y quiénes eran esos deudores? Por cierto que todos vecinos de pro y a los cuales el amanuense no escatima el Don: Blas de Videla, Tomás Gatica, José Nicasio Becerra, la

testamentaria del finado Isidro Suasti, Casimiro Novillo, Gerónimo Ortiz, Justino Vélez, Luis de Videla, Anastasio Calderón, Miguel Guiñazú, Tomás Sosa, Calixto González, Marcos Guiñazú, José Lino Basconcelos, José Rodríguez, Liborio Guiñazú y José Leandro Cortés. Prolija enumeración que acaso sirva para comprender la inutilidad de aquella distinción entre "ángeles" y "demonios" tan del agrado de enardecidos narradores.

* * *

Por ley sancionada el 15 de octubre de 1827, la Representación de la Provincia dispuso establecer una Junta de Representantes permanentes, con el principal objeto de que el Gobierno pudiera expedirse con su conocimiento en los asuntos arduos que ocurriesen, ya con motivo de la guerra con el Brasil, ya por el de instalar una autoridad nacional que representase la República. Sin embargo, dicha Junta no se constituyó en los primeros meses de 1828 pues varios representantes electos solicitaron prórroga "por los perjuicios que se les irrogaba".

El 3 de julio, Ortiz convocó a los diputados, pues ya había pasado "el tiempo en que pudiera por sus faenas serles funesta su concurrencia" a la ciudad. En la reunión, que debía realizarse el 16, se determinaría "el modo de suavizar una pensión indispensable para conservar nuestros derechos y nuestra libertad". Poco o nada se adelantó entonces, pues el 29 de noviembre de 1828 la Sala de Representantes – presidida por Cornelio Lucero y en la que actuaba como secretario Justino Vélez – tras considerar "la urgente necesidad de que sea relevada por la Junta permanente" y "habiendo transcurrido más tiempo del que debían para su instalación", decretó que "la Sala permanente deberá instalarse precisamente el 15 de diciembre próximo" y recomendó al Poder Ejecutivo dictar "todas las providencias que sean necesarias a fin de no dejar ilusoria una ley que con la más detenida meditación dictó la Sala".

Con fecha 5 de diciembre el presidente de la Junta electoral don Cornelio Lucero comunicó al gobernador que, habiendo practicado las elecciones de empleos concejiles, habían resultado electos para alcalde de primer voto el comandante Prudencio Vidal Guiñazú, de segundo voto Juan Alejandro Sosa, para alguacil mayor y fiel ejecutor Eufrasio Videla y para procurador de ciudad, defensor de menores y pobres Justino Vélez, todos los cuales desempeñarían sus funciones en el año entrante. También informaba Lucero:

> *"El cuerpo electoral tomó la providencia de concentrar los empleos en la forma referida en razón de no pensionar vecinos en circunstancias de necesitarse expeditos los brazos para la defensa de la provincia en la guerra con los bárbaros, y también para ponerse a nivel de los demás pueblos en esta parte".*

Este paso no resultó suficiente y pocos días después la Sala de Representantes designó una comisión integrada por Juan Lamas, José Leandro Cortés y Tomás Barroso para que dictaminase "el modo de simplificar por ahora la Representación de la provincia, a causa de la diseminación de sus habitantes, motivo por el cual no podrá subsistir la sala permanente". La tarea de esta comisión no dejó de tener dificultades, pues el asunto "se le ha presentado bajo un aspecto de grave trascendencia" y "cada idea o pensamiento relativo al objeto indicado es al momento combatido por un tropel de inconvenientes tan necesarios como insuperables". Por eso en su dictamen decía la comisión:

"Ello es evidente que, adoptado como está entre nosotros el sistema representativo, Sala de Representantes debe haber en San Luis porque sin ella, San Luis aparecería en el mundo de un modo singular, enteramente separado del común de todos los pueblos de la unión; pero también lo es que, para establecerse ésta tal cual su carácter y dignidad lo exige, es indispensable poseer un lleno de elementos de que carece nuestro país, y he aquí una dificultad que desbarata esta idea. Escaso de hombres, de luces y otros recursos fáciles de adoptar, no es practicable sin enormes perjuicios de los vecinos; nada era esto si la esperanza de un resultado feliz, fuese digno de la Soberanía que representa y correspondería un tanto al empeño principal, en que consisten los intereses de la República. Si la provincia de San Luis continúa representándose como hasta aquí, esto es, que sólo se reúna por representantes cuando la necesidad de los casos o negocios lo pida, retirándose luego cada uno a sus hogares; sobre ser esta práctica igualmente singular y tocar los escollos de una molestia que al paso que se repita es más gravosa, nada se avanza por los mismos inconvenientes que ofrece la escasez ya citada, pudiéndose agregar otro que resulta de la crítica al menor de los díscolos, y que no poco llega a influir en los hombres sencillos, incautos, vulgares y poco pensadores.

Una Sala de Representantes permanente es de necesidad tenga señalados sus límites y designadas sus atribuciones, para evitar choques y competencias con el Poder Ejecutivo. Y, señores, ¿quién podrá con tino, sabiduría o tal prudencia trazar este deslinde tan delicado, que a la vez no toque en los escándalos y pésimas consecuencias que una triste experiencia nos enseña han causado las disputas de esta clase? Sin olvidar el abuso que se puede hacer de las facultades conferidas, de aquéllas nacen siempre las fracciones, de éstas las revoluciones, de éstas el desorden, las guerras civiles y domésticas, en una palabra el acabamiento de unos con otros. Una comisión provisoria por meses es más propia para asuntos particulares que para representación provincial; y a más de esto o nos faltarían hombres para rolar o vendríamos a parar en gravar repetidas ocasiones a unos mismos. Delegar todas las facultades en uno solo o en el Poder Ejecutivo, ya incidimos en el despotismo a que está expuesto este método ya anticuado entre las repúblicas ilustradas".

Y a renglón seguido asentaban los comisionados:

"En este estado de conflictos y de tropiezos, la comisión nombrada ha balanceado mucho sobre la elección de un medio que, sin dejar de ser permanente, llene los deseos de la Honorable Sala, haga menos gravoso el trabajo, economice hombres, evite competencias, consulte la armonía entre las autoridades, consolide la administración, auxilie al Poder Ejecutivo, ponga un freno a los turbadores del orden y dé un ejemplo de unión a todos nuestros comprovincianos. Para expedirse, pues, en este asunto ha proyectado lo siguiente:

Artículo 1º - La provincia de San Luis será permanentemente representada por tres individuos con el nombre de Presidente, Vocal decano y Secretario con voto. Su denominación oficial será *Honorable Representación de la Provincia de San Luis.* 2º - Los dos primeros serán permanentemente los dos alcaldes o jueces de primera instancia, que siendo de necesidad que bajen a ejercer su magistratura, nada implica desempeñen las funciones de Representantes, pues se

suponen hombres que han merecido la confianza popular, quedando sólo electivo el tercero, que puede ser o de la ciudad o de la campaña que tenga más proporciones y menos embarazos. 3º - La elección de estos tres individuos será la misma que se haga de alcaldes, añadiéndose la del tercero por la actual Honorable Sala en esta vez, y en seguida por los electores de toda la provincia, que anualmente deben convocarse para la elección de cargos concejiles. 4º - Supuesto el método anterior, se deja ver que la duración de esta Representación será de un año, turnando los oficios de Presidente, Vocal decano y Secretario cada cuatro meses. 5º - Para los casos de muerte, enfermedad notoria o ausencia justa ocupará el lugar vacante aquel vecino honrado del pueblo (es decir, de la ciudad) que la suerte por cédula designase, extraída ésta por un joven repentinamente llamado al efecto. Presenciarán este acto los dos vocales existentes y el Poder Ejecutivo. 6º - Estos tres individuos que forman la Representación, resolverán absolutamente y universalmente en todos los negocios ocurrentes dentro y fuera de la provincia, sin restricción alguna; pero bajo la precisa condición de que en los casos arduos, difíciles y de trascendencia se asocien con el Poder Ejecutivo para recibir de él todos los conocimientos necesarios, la ilustración conveniente, y si es del caso, también su dirección. 7º - El Poder Ejecutivo estará obligado a prestar sus conocimientos y luces, pero sin voto. 8º - Se prescinde por ahora del deslinde de poderes, atribuciones y reglamento, quedando enteramente encargado se guarde armonía entre la Representación y el Poder Ejecutivo. 9º - La Representación dicha dará anualmente cuenta a la general de la provincia, para recibir de ésta su aprobación o la reforma de aquellas deliberaciones que la admitan, y entonces recién recibirán el carácter de ley provincial o municipal. 10º - Que de fondos de Propios se extraiga lo preciso para escribientes y demás gastos ordinarios, que a juicio de la Comisión podrán alcanzar hasta cuarenta pesos por el presupuesto o cálculo que se ha hecho. 11º - Este proyecto, si se acepta, puede durar hasta que el país se constituya enteramente, quedando por lo mismo derogada y de ningún valor ni fuerza cualesquiera otras resoluciones que anteriormente se hayan tomado en el particular".

En su sesión del 23 de diciembre, la Sala de Representantes aprobó el proyecto por pluralidad de sufragios y procedió al nombramiento del Representante que debía integrar la Representación con los dos alcaldes ordinarios, recayendo la elección en el capitán de Cívicos don José Felipe Ortiz. No está de más recordar los nombres de los componentes de la Sala que asumió la responsabilidad de este cambio. Eran ellos Vicente Servando Varela (presidente), Manuel Antonio Salazar, José Leandro Cortés, Esteban Adaro, Juan Francisco Oyola (todavía no firmaba Loyola), el presbítero doctor Joaquín Pérez, Juan Lamas y Tomás Barroso (secretario).

Integraron, pues, la primera Honorable Representación de la Provincia de San Luis el comandante Prudencio Vidal Guiñazú, don Juan Alejandro Sosa y el capitán José Felipe Ortiz, quiénes comenzaron a desempeñar su difícil cometido cuando el país era sacudido por la revolución de los "decembristas" porteños encabezados por Lavalle.

En cuanto a la antigua Sala, antes de disolverse aprobó los gastos hechos por el gobernador Ortiz en la reedificación de la iglesia matriz de esta ciudad, dándole también las gracias "por su asiduo trabajo en su obra que refluye en beneficio público y es tan interesante al culto de nuestra sagrada religión".

Así era el hombre, que, un lustro antes, había dispuesto la extinción del Convento de Predicadores.

JOSÉ SANTOS ORTIZ

Hijo de don Pedro Ortiz y de doña Candelaria Freites, nació en Renca el 1º de noviembre de 1784 y estudió en Córdoba, aunque no alcanzó a doctorarse en Teología. El 30 de junio de 1810 formó parte del cabildo abierto reunido en la ciudad de San Luis para ratificar su adhesión a la Junta y elegir el diputado que representaría a la jurisdicción puntana. Casado con doña Inés Vélez Sársfield, en su villa natal ejerció el empleo de comandante y se dedicó a la ganadería. Capitán de milicias en 1815, en 1819 el Cabildo lo eligió para entablar negociaciones con los caudillos del Litoral, propósito al que se opuso Pueyrredón. Luego del derrocamiento de Dupuy – empresa a la que contribuyó firmemente – fue nombrado alcalde de primer voto y el 23 de marzo de 1820 e le encomendó también el despacho de Gobierno. Inició entonces un elevado quehacer, interrumpido por la invasión del caudillo chileno José Miguel Carrera. Esta circunstancia, dolorosa para la Provincia, le permitió, sin embargo, anudar una leal amistad con Juan Facundo Quiroga y es muy posible que sus ideas de unión y concordia encontrasen eco en las preocupaciones del jefe riojano. Como gobernador, Ortiz dio innumerables pruebas de prudencia, de generosidad y de buena fe. Detrás de su labor administrativa, hay huellas de diversas manifestaciones culturales – particularmente en lo relativo a representación de obras de teatro – que hacen olvidar sus afanes mercantiles. El ilícito y escandaloso comercio con los indios le dio argumento para proponer al gobierno de Buenos Aires, en 1823, una campaña contra ellos. Y el tratado de Guanacache revela sus sentimientos católicos, puestos en duda por quienes los suponen calco rivadaviano. También Mendoza conoció su tesón y su prudencia, pues en 1831 y 1832 actuó como ministro de Guerra y Relaciones Exteriores de esa provincia. General y doctor – como gustaba titularlo Zinny – murió junto a Facundo Quiroga el 16 de febrero de 1835, en Barranca Yaco. Y es lamentable que la pobre imaginación de algunos literatos haya deformado su personalidad de altos quilates, convirtiendo en pusilánime a quien tenía muy otro temple.

Gobierno de Prudencio Vidal Guiñazú

La sangre derramada en los campos de Navarro salpicó también la provincia de San Luis, donde la intranquilidad creció con el alejamiento de don José Santos Ortiz. El comandante don Prudencio Vidal Guiñazú, en quien aquél delegó el gobierno a fines de febrero de 1829, intentó evitar la propagación del desorden haciendo encarcelar a notorios cabecillas rebeldes como don Blas de Videla y procurando reunir elementos para la guerra. Por entonces estaba pendiente de recepción un armamento comprado en Chile y el que debía ser pagado con ganado que se vendería en Mendoza.

Desde esa Ciudad, don Rafael de la Peña – que había cesado en sus tareas de ministro de Hacienda puntano – el 31 de marzo manifestaba en una carta particular su beneplácito por "la colocación e ingreso al gobierno" de Guiñazú. Y añadía:

"Esta disposición es tan cuanto agradable para los amigos de este sujeto, en general benéfica y lisonjera para todo hombre que piensa con juicio y en favor de esa provincia; yo tal lo concibo y estoy en que no me engaño, pues es la persona más a propósito que podíamos desear para que no solamente pueda serenarse la borrasca que ha

corrido la provincia, sino también para su conservación en adelante; y así es que este vecindario, dando principio por el Jefe y siguiendo por toda persona bien intencionada, todos en general muestran complacencia en la elección que se ha hecho y esperan que esa provincia con ésta seguirán siempre cumpliendo con los tratados de asociación que tienen hechos, y debemos convenir que es cuanto se debe desear en las circunstancias presentes. Lo que acabo de decir lo comprueba muy bien la aceptación que se ha hecho del manifiesto que vino de ésa y ya se ha impreso, el cual ha hecho bastante honor a los autores, pues, demuestra claramente la imparcialidad con que allí se habla, detallando sólo la justicia y descubriendo, al mismo tiempo, lo que se llama embrolla".

El 3 de abril el gobierno de San Luis suscribió con el de Córdoba un convenio cuyas principales disposiciones "tendían a mantener, entre las provincias contratantes, la más cordial amistad y a prestarse mutua ayuda en defensa del sistema federal, por el cual se habían pronunciado casi todos los pueblos de la República". Para sostener sus derechos "contra esa facción que quería cimentar el sistema de la unidad con las bayonetas", San Luis reforzaría el ejercito de Córdoba con 150 hombres de caballería "y todos cuantos caballos pueda proporcionar para sostener la guerra", agravada por la hostilidad de los indios.

Como lo expresa Gez, este tratado fue ratificado por Guiñazú el 9 de abril, "en circunstancias que el general Paz penetraba en la ciudad de Córdoba, al frente de su división".

De nuevo San Luis se desangraba.

* * *

Eficazmente secundado por su ministro y comandante don Antonio Navarro, Guiñazú promovió la compra de caballos para cumplir con lo pactado, al mismo tiempo que destacaba fuerzas en ayuda del gobierno cordobés. Pero, ante los progresos del general Paz, los efectivos puntanos marcharon por el camino de la costa de la sierra hacia el norte, al mando del "godo" Antonio Navarro y del capitán Celestino Romero. Es preciso señalar que a las fuerzas de San Luis reunidas por don José Elías Rodríguez en el Morro y la Punilla se sumaron dragones cordobeses y – en mala hora – un medio centenar de indios titulados amigos.

Mientras aguardaban noticias del general Facundo Quiroga, estas fuerzas hostilizaron a los efectivos de Lamadrid y de Pringles, destacados por Paz para contenerse el avance de los federales, sobre quienes cargaron también los soldados de Pedernera. Merlo, Santa Rosa, Punta del Agua y Renca soportaron depredaciones de uno y de otro bando, en tanto que la muerte, la desolación y el odio ensombrecían las riberas del Conlara.

Los indios del sur – que habían recorrido la comarca como aliados – no tardaron en aprovechar el conocimiento adquirido y orientado sus malones hacia las estancias puntanas, favoreciendo de paso las intenciones del los unitarios. A fines de junio, desde el Saladillo, don Nicolás Quiroga informaba a Guiñazú sobre la imposibilidad de reunir la contribución ordenada, pues "con las novedades y la amenaza del enemigo bárbaro, todos se han disparado".

Tras delegar el mando en don Calixto María González, el gobernador salió a la campaña perturbada por las malas noticias provenientes de San Juan, donde los sublevados intentaban crear un nuevo frente de lucha, contando con la colaboración de activos cabecillas puntanos como el coronel don Luis de Videla, a quién se acusaba de haber escondido una carga de sables del Estado.

La alarma cundía por todos los rumbos. El 3 de agosto, el gobierno demandó nuevos sacrificios mediante una circular en la que expresaba:

> *"La provincia de San Luis se ve en la dura necesidad de hacer uso de los mismos derechos que le concedió la Naturaleza, esto es defenderse de sus enemigos. La guerra civil que han promovido los jefes de las tropas nacionales no tiene otro objeto que hacer esclavos a los pueblos, para ejercer con ellos un despotismo sin límites. Los bárbaros del Sud parece que hubieran jurado acabar con nosotros. Se han recibido noticias ciertas de que en Marivil están reunidos para invadir toda la provincia en esta luna. Al Gobierno, al vecindario entero no se le puede ocultar los grandes males que nos causarán si no nos preparamos a escarmentar para siempre un enemigo bárbaro e infiel. Con este objeto el Gobierno tiene acuartelados más de trescientos hombres que, unidos a las tropas auxiliares de la benemérita provincia de Mendoza, no podemos dudar del triunfo de todos nuestros enemigos. Para los gastos que demande la permanencia de nuestras tropas acuarteladas, no hay en los fondos públicos cómo socorrerlas en las necesidades más precisas del hombre. En la alternativa, pues, de defender el país o dejarlo perecer, el Gobierno se ha decidido por lo primero. La tropa no puede existir sin socorro, y no teniendo medio para hacerlo ocurre como siempre al acendrado patriotismo de los hijos de la provincia de San Luis. Por esto es que ha resuelto un empréstito en numerario muy escaso para los gastos públicos que demanda nuestra defensa común".*

Varios vecinos principales debían entregar a la caja del Estado, dentro del término de cuatro días de recibida la orden, cien pesos plata u oro sellado, abonándoseles el seis por cientos de rédito anual, a cuyo seguro le hacía el gobierno "especial hipoteca de la masa de diezmos, de los terrenos baldíos y de todos los recursos de la provincia". Pero los indios se movían con mayor presteza. El 2 de agosto invadieron por la frontera del río Quinto, donde había establecido su campamento el comandante don José Antonio Becerra. Y dos días después, desde Renca, don Pedro Nolasco Rodríguez daba parte de que la indiada ocupaba los parajes de la Punilla, Chañares y Tala y continuaba su avance hacia la Estancuela.

Rodríguez hizo marchar entonces al coronel José Domingo Arias con 100 hombres, "que son los únicos que hemos podido cabalgar, quedando mayor número en este lugar, por falta de caballos".

También los chasques unitarios galopaban llevando noticias. Desde la villa del Río Cuarto, el comandante Juan Gualberto Echeverría avisó a Nicolás de la Torre – quien se hallaba con sus fuerzas en las cercanías de Merlo – "Que al día siguiente la indiada del sud invadiría hasta Piedra Blanca, motivo por el cual debía retirarse inmediatamente".

Víctor Barrionuevo Imposti – el historiador cordobés de quien tomamos estas referencias – agrega lacónicamente: "Así lo hizo, y en efecto, el día 14 los indios derrotaron la división del coronel Rodríguez en los cerros del Rosario".

Abierto el camino en esta forma, los unitarios pudieron avanzar con más facilidad. Por eso Echeverría, el 19, ordenaba al teniente coronel Nicolás de la Torre: “Cargue usted por la cuesta de la Carpintería el 20 ó 21 y váyase hasta Renca a encontrarse conmigo el 22 ó 23 en el mismo punto; pero ha de ser sin dormir ni pararse en medios, más siempre con precaución”.

Un aventurero – José María Rivarola, cordobés y de oficio albañil – fue el que consolidó la rebelión en la ciudad de San Luis, ganando, de paso, los galones de teniente, amén de veinte pesos que le ofertaron don Zacarías Jurado don Benigno Domínguez, don Eufrasio Videla y don Hermenegildo Alba para que asaltara el cuartel sin temor, “pues venían a cosa hecha” por estar apalabrados el comandante Patricio Chávez, don José Milán y los demás oficiales.

Después de esto, el gobernador delegado don Calixto María González recibió el 21 de agosto la siguiente intimación:

> *“A virtud de los males incalculables que sufría la provincia bajo la administración de su mando, por estar entregada absolutamente por una parte al furor y rapacidad de los bárbaros que la acababan y por otra a la indolencia y egoísmo de un gobierno que a un tenor saqueaba con ellos, los ciudadanos que suscriben, sumamente afectados por el bien del país, se levantaron anoche en demanda de sus derechos con el objeto de poner en lugar del gobierno que le ha presidido otro que los proteja y se ponga de acuerdo, trabando amistad con la provincia de Córdoba que hostiliza a ésta sin poderle resistir. Por tanto: S. E. deberá deponer el mando, dejando libre al pueblo para que haga su elección en la persona que más crea le convenga. Los ciudadanos que suscriben aseguran a S. E. será garantida su persona y bienes, ofreciéndole las mejores consideraciones”.*

Guarde la historia los nombres de quienes firmaron este documento: Hermenegildo Alba, José Narciso Domínguez, José Benigno Domínguez, Juan Moreno, Eufrasio Videla, Nolasco Rodríguez, Juan Darie, Luis Antonio Sambrano, José Antonio Becerra, Jacinto Baras, Domingo Baras José Agustín Durán, Juan Nepomuceno Funes, Julián Escudero, Hipólito Lucero, Juan de la Cruz Bracamonte, Dionisio Rey Ramos, José Zamora, José María Neyra, Domingo Jordán, José Manuel Quiroga, Justo Panelo, Félix Rodríguez de Romero, Luis Maldonado, José Fernández, Isidro Capdevilla, Santiago Cayme, Francisco de Paula Lucero, José Mariano Carreras, Manuel de la Presilla, Pedro Moyano, Feliciano Trinidad Barbosa, José Rufino Poblet, Baltasar Laconcha, Pedro Lucero de Sosa, José Doria, Zacarías Jurado y Cornelio Lucero.

Sí presionado, González entregó el gobierno a don Justino Vélez, quien el 4 de septiembre y por acuerdo con Guiñazú lo delegó en el coronel Juan Gualberto Echeverría y éste, pocos días después, en el coronel José Videla del Castillo, hombres todos preocupados por reunir recursos para reforzar al general Paz. En nada mejoró la situación de los puntanos, pues mientras en el norte de la provincia el nombre de Facundo fortalecía la resistencia de los federales, en la ciudad se constituía una comisión que creaba y exigía nuevos impuestos, a la vez que demandaba empréstitos hasta “para gratificación de los indios en el fuerte de San Lorenzo”.

En los primeros días de noviembre, Videla del Castillo encomendó el gobierno al coronel Juan Pascual Pringles, quien trató de transar las desavenencias con el gobierno de Córdoba. Para ello comisionó a don Tomás I. Sosa, don José Gregorio Calderón y don Pío Solano Jofré, quienes el 5 de noviembre, desde Santa Bárbara, oficiaron al coronel Hilarión Plaza proponiéndole “la suspensión de hostilidades para tratar el caso de guerra”. Pero el jefe cordobés, a pesar de tener órdenes de su gobierno para cumplir y hacer cumplir “las

estipulaciones, si veía en los puntanos buena fe y si era de esperar un resultado favorable para la tranquilidad", continuó incursionando en la jurisdicción de San Luis para arrear cuanto ganado encontraba. Estas depredaciones originaron represalias por parte del vecindario puntano, que veía prolongarse dolorosamente la misma táctica de los indios del sur.

San Luis bajo los Videla

El coronel Gregorio Aráoz de Lamadrid inauguró el año 30 con una notable proclama dirigida a la gente de San Luis y que bien merece ser transcripta, por la mentalidad que revela. Dice así:

> *"Puntanos: ¡Vuestra inexperiencia y más que todo vuestra ignorancia y credulidad os han hecho dar oídos a unos cuantos inicuos paisanos vuestros que os han conducido al precipicio por el camino del desorden. Ellos os han hecho nuestros enemigos y os han precisado a huir de nosotros, cuando os hemos buscado con la paz para salvar unidos una Patria que dos monstruos feroces (Quiroga y el Fraile Aldao) están empeñados en devastar y reducirla a un desierto. Ellos, en fin, después de comprometeros con halagüeñas promesas, os han abandonado cuanto hostigados por vosotros mismos nos hemos visto obligados a pisar vuestro territorio; y últimamente han cedido vuestro país a los indios bárbaro, en plena propiedad, en premio de que se declaren sus amigos y nos hagan la guerra! En la historia del mundo ¿podrá verse un hecho más inicuo y bárbaro? El mayor tirano que se haya titulado alguna vez católico ¿habrá hecho una cesión semejante a los infieles? Compatriotas: no es posible. Sólo unos desesperados como el apóstata fray Félix y el Tigre de los Llanos han podido ser capaces de una acción semejante. Ellos no cuentan con la opinión de los desgraciados pueblos que oprimen. Ellos, en fin, se ven rodeados por todas partes, ya de ciudadanos armados y resueltos a conquistar la independencia y la libertad que ellos les han arrebatado, ya de soldados que después de haber expuesto sus vidas en mil combates y vencido en todas partes, han jurado no largar las armas que empuñaron hasta no conquistar la libertad e independencia de su Patria.*
>
> *Puntanos: ved ya a los bárbaros dirigirse a vuestra provincia a tomar la posesión que los monstruos les han dado en premio de su alianza y no penséis de ellos que la restituyan. ¿Qué os resta que creer? Correr a las armas; uniros a nosotros, que hemos pasado de enemigos que nos creíais, a ser vuestros libertadores y los únicos capaces de conquistar vuestra independencia. Si así lo creéis, tendréis Patria, y os hacéis dignos de que ella os considere. De los contrario, uníos a los bárbaros si os parece (lo que no creo), que a todos juntos les darán el castigo que merecen los valientes que tiene el honor de mandar quien desea ser vuestro mejor amigo y compatriota".*

Al llamado se unió la fuerza convincente de las armas. Así, el comandante de Renca don Tomás Ignacio Sosa avisaba al gobierno el 25 de marzo:

"Hoy mismo pienso marchar para la Piedra Blanca con todos estos vecinos que voluntariamente se han brindado a marchar conmigo y reunirnos con el coronel Lamadrid para corretear a los falderos y después arreglar el partido de la Punta de el agua".

Pocos días después el ministro don Gabino García denunciaba que partidas de tropas armadas, desprendidas del territorio de San Luis, habían pasado al de Mendoza "a hostilizar a los pacíficos moradores ubicados desde la margen occidental del Desaguadero hasta la extensión que componen las Lagunas". Y agregaba después:

"El Gobierno de Mendoza conoce el estado de desorden y licencia que reina en la clase común de los pueblos que han sufrido los horrorosos efectos de la guerra civil que los devoraba, sin que a las veces les haya sido dada a sus gobiernos contener esos motivos de escándalo. Pero desde que por un beneficio del orden mismo de los acontecimientos parece que la paz desciende desde el cielo a desarmar y unir con sus antiguos vínculos fraternales a los hijos de una Patria común, que lidiaba quizás por efectos del error sobre unos mismos principios e intereses, es tiempo ya que los gobiernos respectivos dediquen sus particulares conatos a enfrentar esos abusos, que muy pronto causarán la ruina de los pueblos, si se dejan correr como hasta aquí".

El 25 de junio, como a las diez de la mañana, la división que operaba en el norte de la provincia "tuvo un encuentro en la Punta de los Barriales con más de doscientos de los forajidos que en días anteriores habían invadido, asolando los partidos de Quines y Santa Bárbara". El parte respectivo añadía:

"Que se logró hacer morder el polvo a muchos de ellos con la brillante carga que al frente de cincuenta colorados verificó el intrépido sargento mayor don Pablo Videla, quedando también en el campo quince mal heridos; a más, algunos caballos bien aperados, una corneta flamante y algunos sables y tercerolas, trofeos dignos del coraje de nuestros bravos".

Don Luis de Videla informaba el 10 de julio, desde el Balde de los Arce, "Que los límites de las cuatro provincias – San Luis, Córdoba, La Rioja y San Juan – han quedado purgados de todo germen anárquico, pues como un fruto digno de sus empeños se ha logrado hacer caer a muchas de las cabezas que promovían nuevas insurrecciones, poniendo en pavorosa fuga a los que no han caído en sus manos".

Las fuerzas puntanas – unos doscientos cuarenta hombres – regresaron a Renca el 20 de julio de 1830 y desde allí su jefe – don Hermenegildo Alba – recomendó a la consideración del gobierno "al señor coronel mayor don Luis de Videla y al señor comandante don Eufrasio Videla, pues estos señores son dignos del mayor premio, tanto por su actividad cuanto por sus esfuerzos de valor y patriotismo".

No resulta superfluo ahora ampliar las noticias de Gez y explicar cómo los unitarios *ponían orden en el interior de los departamentos del norte y cómo fue tranquilizada la campaña.*

Luego de hacerse cargo del gobierno, el 15 de marzo de 1830, el coronel Luis de Videla envió a los alcaldes de hermandad el bando que había hecho publicar en la ciudad, para que lo hicieran conocer en sus respectivas jurisdicciones y le informasen "a la mayor brevedad del efecto que hubiese producido". En sus instrucciones, agregaba Videla:

> "Hágales usted entender a esos vecinos que sin en el término que se previene no se presentan y entregan las armas, se procederá con todo el rigor que merecen sus tenacidades, así como se les perdona a todos los que cumpliendo con lo dispuesto en el referido bando hiciesen la entrega indicada. Previniéndoles también que nada tienen que esperar del bandido Facundo Quiroga, que todo su ejército ha sido concluido en la Laguna Larga; y, últimamente, que el plan que me he propuesto como verdadero Puntano, no es otro que hacer la felicidad de nuestra provincia, apartando de ella la guerra civil que tantos males nos ha acarreado".

Cuando Luis de Videla marchó al norte, delegó el gobierno en su hermano Ignacio, también coronel, a quien secundó como secretario don Vicente Servando Varela y como ministro de Hacienda don Lucas Adaro. No le faltó la colaboración de una comisión creada "para esclarecer los hechos de los reos de estado que se hallan presos en este cuartel". Uno de esos presos era don Prudencio Vidal Guiñazú; en cuanto a la comisión – que confesaba "sus ningunos conocimientos en la materia" – estaba integrada por José Antonio Becerra, Jacinto de San Martín, Pedro Berdeja, Manuel de Herrera, José Manuel Morales, Lorenzo Riveros y José Manuel Riveros.

El 20 de abril llegó al Rincón del Carmen don Joaquín Figueroa, a quien don Ignacio Vidal había dado una "comisión reservada". Por la prolija información de don Epifanio Quiroga sabemos cuáles eran "dichos encargados", pues en una carta dirigida al gobernador delegado le dice:

> *"En el acto mismo acordamos la captura de todos los individuos enemigos y sujetos que juzgamos, tanto por sus hechos públicos como privados, ser enemigos de la quietud y la tranquilidad pública. El primero que se tomó y aseguró fue don Alberto Ontiveros, don Francisco Polanco, don José María Gutiérrez, don Pablo Céliz, don Juan de Dios Nieva, don Claudio Mora, Pablo Oviedo, Inocencio Cortés, Manuel Pallero, Fructuoso Sosa, José María Miranda, Juan Pérez. Los seis primeros han ejercido (a excepción de Gutiérrez) funciones civiles y militares en el tiempo en que el anarquismo fundó su autoridad en la provincia, y por lo mismo como jefes subalternos han animado el espíritu de desorden en la multitud, lo mismo que en la nómina de los que se siguen de éstos".*

La carta de Epifanio Quiroga – escrita el 3 de mayo – explica todo lo que hay detrás de aquello que Gez denomina "personas honorables y adictas a la nueva situación".

> *"El dos del corriente se han pasado por las armas a Félix Rosas y Matías Maldonado. La sentencia que se acompaña instruirá a V. E. de sus causas y motivos; Mañana se va a fusilar a Inocencio Cortés, oficial que ha servido a las órdenes de Pedro Regalado Pereyra (alias coronel) quien ha cometido los hechos más escandalosos, y el que dije a V. E. que después de presentado se sublevó nuevamente con un número considerable de hombres, el cual remitiré su sentencia luego de ejecutada su muerte. Pablo Oviedo – compañero de este y de los que se habían sublevado con dicho Cortés y los dos que indiqué anteriormente se habían fusilado – estaba destinado a recibir pena de muerte junto con*

Cortés; pero se le ha conmutado ésta con la de doscientos palos y luego entregarlo al servicio de las armas, el que será remitido en tiempo posible".

Mucho interesante podríamos transcribir. Sin embargo, creemos que basta con estas finales noticias y esperanzas de don Epifanio:

"Mi departamento o partidos de mi mando se encuentran ya tocando cuasi el último grado de quietud y tranquilidad. La captura de los reos indicados y la pérdida de vidas en los reos denunciados han sido causas bastantes para imponer toda la obediencia y respeto que se merece la autoridad. Podré anunciar a V. E. que en breve será noticiado de la quietud total y el resultado último de algunos pocos malvados que aún se quedan persiguiendo".

Quien se detenga a leer las cartas de don Joaquín Figueroa advertirá con qué leve cera suelen estar pegadas las plumas de los ángeles que discurren por ciertas adicionales – y adocenadas – historias. Pero apartándonos de quien clamaba "¡Líbreme Dios de hombres rudos y aspirantes!" de quien consideraba el "perseguir vándalos" un "trabajo tan preciso como el vestido para el cuerpo desnudo", valoremos otras inquietudes del gobernador delegado, coronel don Ignacio Videla.

El 4 de mayo, don Tomás Ignacio Sosa le escribía desde Renca:

"Este vecindario se halla bastante escaso de todo artículo, y se podrán vender con alguna estimulación cuanto se traiga; por esto es que digo a usted que podemos poner una casa con algún surtimento, usted me dijo en días pasados cuando estuve en ésa; pero es preciso que lo hagamos lo más breve que se pueda, antes que otro entre y logre la mejor venta. Si usted siempre está en este proyecto, es preciso que en el momento que le llegue la carga que me dijo que esperaba de Mendoza, me avise para ir a traer el surtido que se ha de poner, o de no me lo mande a ésta, incluyendo la minuta de ello y al mismo tiempo los efectos que se deben comprar. Cuando usted me propuso que entablaríamos en ésta algún negocio, no acordamos el modo que sería nuestro contrato; y es preciso que en caso mande el negocio me avise también si se debe girar a medias esto o cuál es la parte en que me interesa".

Desde Mendoza, el coronel Luis de Videla – jefe de las fuerzas puntanas que actuaban en auxilio de aquella provincia – avisaba oficialmente el 16 de mayo que, para socorrer a sus soldados y ante "las urgencias imperiosas de auxiliar a las familias emigradas para que puedan pronto restituirse a sus hogares, y proveeré de armamentos y demás útiles de guerra", había negociado "una suma de dinero capaz de llenar por ahora estas necesidades". Agregaba que, para satisfacer esa deuda, era indispensable que el gobierno mandase "embargar de cuenta del Estado todos los cueros, cerda y crin que hallen en la provincia de propiedad de don José Fernández o en compañía con él, como igualmente los de otros individuos que por sus opiniones políticas sean contrarios a la causa del orden".

Don Hermenegildo Alba, amigo y compañero de los Videla, comprendió que el horizonte se oscurecía. Y así le escribió a don Ignacio:

"No puedo mirra sin dolor la mazamorra que ustedes están haciendo en la campaña, pues soy de sentir que no se hace otra cosa que hacer callar déspotas y criar otros, y abrirle cada día más y más las puertas a una anarquía más feroz que la que acabamos de hacer callar. En fin, compañero mío: ustedes sabrán lo que se hace; yo les prometo acompañarlos muy poco, ustedes deben creer que yo en otras partes tengo mejores destinos, que si yo he vuelto a San Luis no es por ambición como lo están diciendo, sino por ser buen puntano. Usted y Adaro se están dejando sorprender con imposturas que me hacen muy poco honor, pues usted y Adaro crean que soy de los que no sufro caronas duras".

A mediados de junio fueron remitidos a Mendoza "los reos don Vidal Guiñazú, don Tomás Sepúlveda y don Francisco Oyola", para que de allí pasasen a Chile. El gobernador provisorio de aquella provincia don José Videla, al avisar el 22 que los tenía en seguridad, agregaba: "Aunque a la sazón se halla cerrada la cordillera, se tratarán todos los medios que sean posibles para que pasen a pie, único modo en que es practicable aquella operación". Sin embargo, por orden del gobierno de San Luis, un mes después Oyola – Loyola – fue puesto en libertad, aunque "intimándole la obligación de permanecer en la provincia (de Mendoza) hasta segunda orden, debiendo presentarse semanalmente al Jefe de Policía".

* * *

Luego de mencionar estos antecedentes poco recordados al reseñar la acción unitaria en San Luis, debemos detenernos en la consideración de otros aspectos interesantes del gobierno de los Videla.

El 5 de julio de 1830 las provincias de Córdoba, Catamarca, San Luis, Mendoza y La Rioja ajustaron un tratado de alianza, por el que sus gobiernos se comprometían a cultivar "paz, amistad y toda armonía", a la vez que miraban "desde hoy, como causa común, la constitución del Estado y organización de República". Las partes contratantes, asimismo, declaraban formalmente "no ligarse a sistemas políticos" y se obligaban "a recibir la Constitución que diere el Congreso Nacional, siguiendo en toda la voluntad general y el sistema que prevalezca en el Congreso de las provincias que se reúnan".

Al día siguiente – seis de julio – los mismos gobiernos, "convencidos de los males que causa el comercio clandestino a la moral pública, a los intereses del Estado y de los comerciantes honrados", convinieron un tratado de seis artículos que propendía a trabar "un abuso demasiado generalizado por la dislocación en que se han encontrado los pueblos de la República". Este convenio, como el anterior, fue subscripto por don José María Bedoya en representación de San Luis, quien el 31 de agosto firmó también el tratado que establecía su supremo poder militar provisorio entre las provincias contratantes y designaba al general don José María Paz para ejercerlo.

En la convención de Guanacache, celebrada el 1º de abril de 1827, los gobiernos cuyanos se comprometieron "a sostener en sus respectivas provincias, como única verdadera, la religión Católica, Apostólica Romana, con exclusión de todo otro punto público, procurando el mayor esplendor a la disciplina de la Iglesia". Y por cierto que los Videla no se apartaron de este compromiso, según lo demuestran diversos documentos de los archivos puntanos.

Desde Córdoba, en 22 de mayo de 1830, el vicario capitular doctor Pedro Ignacio de Castro Barros se refería a la carta que don Ignacio Videla le enviara el 10. Expresaba entonces Castro Barros:

> *"La dicha, su carta ha excitado sobremanera mi sensibilidad y mi celo a favor de esa provincia digna de mejor suerte. Ojalá que V. E. se encargara en propiedad de ese gobierno, para que realizara todos sus benéficos designios. Le protesto que me ha edificado su comportación, y ella sin duda debe hacer infundido las mejores ideas en esos habitantes".*

Añadía después estas notables cosas:

> *"La reposición del convento dominico en ésa en los términos que V. E. me expresa, es no sólo conveniente sino necesaria, pues no advierto otro medio más eficaz para el fin propuesto. Al efecto le remito una norma del memorial que debe presentarse o dirigirse por ese gobierno de Cuyo Fray Benito Lucero. Este ejemplarísimo religioso ha de activar la empresa con toda eficacia, cual es propia de su celo y amor a la religión y a su patria natal. Creo que se vendrá él mismo, y podrá destinar allí de conventuales al Padre Palma, ayudante actual en San Juan, y al Padre Pedernera, que son hijos de esa provincia. Entonces irá también el Padre Penna, y serán cuatro patricios los que asistan a ese convento".*

El 15 de octubre, la Honorable Representación de la provincia decretó lo siguiente:

> "1º - Queda derogada la disposición por la que se mandó suprimir el Convento de Santo Domingo de esta Ciudad. 2º - Se autoriza al Poder Ejecutivo para que pueda reinstalar el enunciado Convento de Santo Domingo. 3º - Queda igualmente autorizado para devolver todos los bienes y enseres que han sido de la propiedad del expresado Convento y que no se hubiesen enajenado; para proveer a la manutención de los religiosos y atender a los demás gastos consiguientes al sostén del Convento. 4º - Los valores de los bienes que se hubieran enajenados y que existan impuestos a censo o depositados en poder de los particulares, será también del resorte del Gobierno el hacerlos devolver al mismo objeto".

Todo lo cual fue mandado cumplir por el coronel don Luis de Videla el 28 de octubre de 1830. Pocos días antes – el 25 y desde Mendoza – don Ignacio escribía reservadamente al gobernador, su hermano:

> *"Un asunto hay que tratar de suma importancia y de alta conveniencia para esa provincia, y es el siguiente: el reconocimiento del Obispo destinado para las provincias de Cuyo. Sería de grande interés si se realiza lo que piensa este gobierno, y es que haciendo un concordato por los gobiernos de Cuyo con dicho Obispo bajo las condiciones de que la renta sería satisfecha por los tres pueblos a que viene destinado; es decir que con mil doscientos pesos se podría pagar anualmente, y en este caso le tocaría a San Luis doscientos pesos; acordar la votación de los curas, y que ésta no pasase de trescientos pesos al año, extinguiendo los derechos de casamiento y óleos; y acá me tiene usted que en San Luis no*

pasaría de mil cien pesos el sostén de los tres curatos, inclusive el honorario del Obispo; y el demás producto de los diezmos sería destinados a escuelas de primeras letras, tanto en la campaña como en el pueblo, a un hospital y a otras obras piadosas que fuesen necesarias establecer en esa desgraciada provincia; y no que siguiendo bajo la obediencia de Córdoba, los canónigos se lo chupan todo, y esto es muy natural cuando sostienen un coro con todo el rango de un obispado…"

Esta preocupación por las escuelas no era nueva. El 2 de septiembre, don Francisco B. Correas, secretario del gobernador, escribía al alcalde de las Minas don Justo Moreno recomendándole "la mayor cooperación a fin de que pueda ponerse bajo el mejor pie la escuela que ha solicitado y se ha facultado pueda establecer en el partido de su mando don Casimiro Sánchez, ordenando a los padres de familias y tutores manden sus hijos y menores a la escuela abonando el estipendio de costumbre, al menos hasta que la escasez del erario público permita se renten los maestros, como intenta hacerlo el Gobierno para eximir de todo gravamen y estimular a todos a que hagan concurrir sin costo a los niños a educarse".

* * *

El 23 de agosto de 1830 el congreso de electores reunido en esta Ciudad confirió el poder, por más de los dos tercios de los votos, al coronel don Luis de Videla, quien pocos días antes había regresado de la campaña contra los federales que sobresaltaban el confín nortino. Su gobierno se vio pronto entorpecido por los indios del sur, que trajeron nuevas invasiones. El 30 de octubre, desde la Frontera de San Lorenzo, el comandante don Juan Antonio de la Cuadra dio la alarma, agregando que se hallaba "sin tener caballos ni para descubrir la fuerza de los bárbaros". También carecía de tan importante elemento el comandante de Colorados don Eufrasio Videla, quien se hallaba de guarnición el Chalanta. El 31 los indios atacaron el fuerte que defendía la zona del río Quinto y prosiguió su avance, ocupando desde Lince hasta el Trapiche e impidiendo que las fuerzas de Videla se reunieran con las del comandante Hermenegildo Alba, quien marchó desde San José del Morro dispuesto a acampar en el Totoral con los doscientos hombres "armados de una arma cada uno, aunque enteramente mal montados" con los que había salido de Renca.

El 6 de noviembre, "como a las tres de la mañana", don Eufrasio Videla atacó de sorpresa a los indios en su campo, secundado por el teniente José María Sánchez, el ayudante Andrés Lucero y el alférez Manuel Arias.

En su parte, refiere el comandante de Colorados:

"Se dio el asalto cayendo tres divisiones (Videla no tenía más de setenta hombres) sobre el centro del enemigo, que por ser un chañaral inmenso, tuvieron tiempo de reunirse y formar tres cuadros casi impenetrables por lo ventajoso de sus lanzas, protegiéndolos cuantos tuvieron tiempo de montar. Se dieron tres cargas con la mayor energía, en las que

fuimos rechazados con intrepidez, sin lograr más que matarles 16 hombres y quién sabe los heridos y hacerlos disparar la mayor parte de la hacienda".

Pero en una carta particular, don Eufrasio le decía a su hermano el gobernador:

"Ha sido el mayor escándalo en los soldados, que se han ido después de haber triunfado… Es preciso hacer un ejemplar con esta canallada".

Al mismo tiempo el gobierno de Mendoza daba cuenta de la sublevación ocurrida el día 4 de noviembre en la ciudad de San Juan y recomendaba a las autoridades de San Luis "Dirigir su atención sobre la parte de la frontera colindante… a fin de evitar que se introduzcan algunas partidas con cuyo apoyo puedan los hombres desmoralizados de ella volver a fomentar el vandalaje". Luego añadía:

"Tampoco sería avanzado sospechar que el suceso que acaba de referirse, como igualmente la agresión de los salvajes sobre esa de San Luis con los caracteres singulares que relacionan el Señor Gobernador en nota de 2 del corriente recibida hoy, sean el resultado de algún plan vasto sobre los pueblos de Cuyo, que han concedido los enemigos de la organización".

Ciertamente, los federales no dormían. El 1º de diciembre, una partida de montoneros al mando del capitán Pedro Bustos invadió la villa de Merlo y tomó prisionero al comandante Hermenegildo Alba, quien poco después fue fusilado en territorio cordobés, junto con el comandante Anastasio Cruceño y otros unitarios puntanos.

El 5 de diciembre de 1830 don Luis de Videla se dirigió al gobernador de la provincia de Buenos Aires, brigadier general don Juan Manuel de Rosas, suspendiendo la facultad de entender en los negocios y relaciones exteriores. En su oficio, expresaba:

"Aquella deferente y generosa confianza, es muy justo se suspenda por parte de la de San Luis con tanta más razón cuanto que por una conducta inconcebible, el gobierno actual de Buenos Aires ha desconocido y desechado – con justo y agravio de los gobiernos del interior – el carácter y encargo de que han revestido al Congreso de agentes, que de común acuerdo han reunido en la provincia de Córdoba, a fin de que procurase estabilidad y concordia general y los medios más seguros de constituir cuanto antes el país. En consecuencia, pues, de lo que queda expuesto, el gobierno de San Luis protesta al excelentísimo gobierno de Buenos Aires que mientras su marcha no cambie, inspirando mayor confianza a todos los gobiernos de los pueblos del interior, hoy ligados con la mira y el empeño de constituir el país; o mientras continúe resistiendo tan noble y decido empeño por su parte, jamás podrá prestarse a continuar en la aquiescencia con que hasta hoy había desoído el mantenimiento de los negocios y relaciones exteriores…"

La nota de Videla concluía declarando que "cualquier convenio, ajuste o decisión en que entrase o pudiese acordar en virtud de la autorización en que se ha refutado… desde esta fecha serán de ningún valor para la provincia de San Luis, y en ningún modo podrán de justo obligarla".

FUENTES

- Archivo Histórico y Gráfico de San Luis.
- Barrionuevo Imposti, Víctor: *Historia del Valle Traslasierra,* Tomo I. Córdoba, 1953.
- Gez, Juan W.: *Historia de la provincia de San Luis*, Tomo I. Buenos Aires, 1916.
- Jofré, Nicolás: *Los cuatro hermanos Videla,* en Revista de la Junta de Estudios Históricos de Mendoza, Tomo VII, páginas 175 a 184. Mendoza, 1937.
- Lugones, Leopoldo (hijo): *Los argentinos y su historia interna*. Buenos Aires, 1962.
- Pastor, Reinaldo A.: *La guerra con el indio en la jurisdicción de San Luis.* Buenos Aires, 1942.
- Pastor, Reinaldo A.: *San Luis (1810-1832),* en Historia de la Nación Argentina, Vol. X, p. 225 y ss., 2º Edición. Buenos aires, 1947.
- Vaga, María Mercedes de la*: Los Videla.* San Luis, s.f.

CAPÍTULO XI

UN PUEBLO QUE NO QUIERE MORIR

Consolidación de los federales

A las órdenes del coronel Ángel Pacheco, la vanguardia del ejército confederado batió a las fuerzas del general Paz el 5 de febrero de 1831, derrotando a los efectivos que comandaba don Juan Esteban Pedernera y ocupando la población del Fraile Muerto. Esta infausta noticia la comunicó el gobernador Videla a Mendoza el día 8, aprestándose a resistir la invasión de Quiroga, cuyos partidarios alentaban la insurrección en el norte de la provincia. El 6 de marzo el gobierno mendocino dispuso despachar en ayuda de San Luis una división de doscientos hombres de las tres armas al mando del teniente coronel Guillermo Smith, a la vez que una fuerza de otros tantos sanjuaninos debía situarse en Quines para amagar también sobre La Rioja.

Pringles, desde la Concepción del Río Cuarto, previno a Videla sobre el riesgo que corría todo Cuyo ante el avance de Quiroga, quien el 9 de marzo tomó aquella villa, denodadamente defendida por el héroe de Pescadores y el Comandante Juan Gualberto Echeverría. El 15, el gobernador de San Luis pidió a la Sala de Representantes la designación de una persona en quien delegar sus funciones, ya que le era preciso ocurrir "de un momento a otro, a donde lo exigieran el sostén del orden y mantenimiento de la tranquilidad de la provincia".

En su retirada, Pringles retrocedió hasta la ciudad de San Luis, para ponerse al frente de las escasas fuerzas reunidas por Videla. Con ellas contramarchó hacia el Morro, en cuyas cercanías libró su último combate. Don José Cecilio Lucio Lucero narra así aquel amargo final:

> "Después de pelear en la villa de Río Cuarto, volvió a encontrarse con el terrible general Quiroga, cerca del río Quinto, donde siendo recluta la gente de Pringles no pudo contenerla de la primera carga del enemigo, y en ese empeño inútil cansó su caballo en una distancia de tres a cuatro leguas; hasta que notando que sería luego alcanzado por el enemigo, dijo a los oficiales Navarro, Smith y otros que lo acompañaran, que se salvaran, porque a él ya le era imposible hacerlo, pues más que a la muerte, temía la ignominia de la fuga. En efecto, así que le dio alcance la gente de Quiroga en el paraje llamado Algarrobal, le intimaron rendición, contestando Pringles al oficial que la encabezara – un Fermín Camargo, creo – que estaba rendido, que lo llevara a presencia de su general.
>
> Pero aquél insistió en que le entregara su espada, a lo que Pringles se negó, diciéndole que sólo la entregaría a Quiroga. Entonces el aleve le descerrajó un tiro por sobre el caballo de Pringles que le servía de parapeto, logrando herirlo mortalmente en el bajo vientre, quien al caer, lo hizo sobre su espada desnuda, que se rompió. Y acto continuo, por disposición de otros oficiales que iban llegando al lugar de la escena, al saber que el prisionero herido era nada menos que el coronel Pringles, resolvieron llevarlo a presencia de Quiroga, a cuyo efecto lo colocaron por delante con algunos soldados. En el camino preguntó varias veces *¿En estos campos no hay agua?* Entonces el capitán José León Romero la procuró para dársela, viéndolo tan afligido por la fiebre de la sed que le causaba la hemorragia de su mortal herida; pero inmediatamente de beberla falleció, sin decir más palabra, en el Chañaral de las Ánimas, como a media tarde del 19 de marzo de 1831. Al llegar aquella comitiva al campo de Quiroga, éste – que se hallaba sentado bajo de un caldén – se puso de pie, hizo seña que cesaran las dianas y mandó colocar a las sombra el cadáver todavía caliente del infortunado Pringles y le cubrió con su propio poncho. Pocos momentos después quiso informarse de las circunstancias de esa muerte y montando en cólera al saber la conducta del teniente o capitán Camargo, le dijo: *Por no manchar con tu sangre el cadáver del valiente coronel Pringles, no te hago pegar cuatro tiros, ahora mismo. ¡Cuidado otra vez, miserable, que un rendido invoque mi nombre!*

El domingo 20 de marzo la vanguardia de Quiroga, al mando del teniente coronel José Ruiz Huidobro, entraba en la ciudad de San Luis. Y en este punto es preciso detenerse un instante".

JUAN PASCUAL PRINGLES

Hijo de don Gabriel Pringles y de doña Andrea Sosa, nació en San Luis, muy posiblemente en la misma ciudad y a poca distancia de la actual plaza Independencia. La tradición fija como día de su nacimiento el 17 de mayo, en que la Iglesia recuerda a San Pascual Bailón. Al ser oleado por fray Félix Sosa el 12 de junio de 1795, se anotó que tenía dos meses de edad. En 1812 pasó a Mendoza, donde trabajó como dependiente de una tienda. A mediados de noviembre de 1814 regresó a San Luis y el 10 de octubre de 1815 fue nombrado alférez de las milicias de caballería. En la sangrienta jornada del 8 de febrero de 1819 ganó su primera medalla al ayudar a desbaratar la conjuración tramada por los prisioneros realistas. Con el grado de alférez el 8 de noviembre de 1819 se incorporó al Regimiento de Granaderos a Caballo, cuyos escuadrones se completaron y adiestraron en el campamento de las Chacras.

Durante la campaña del Perú, el teniente Pringles fue comisionado para que, con unos quince soldados, escoltase a un baqueano que conducía comunicaciones para el Batallón "Numancia", el cual se disponía a pasarse al ejército Libertador. En la mañana del 27 de noviembre de 1820 Pringles fue sorprendido por los realistas en la playa de Pescadores, lugar cercano a Chancay. Con los pocos hombres a sus órdenes se batió valerosamente; pero, abrumado por un adversario numeroso, se arrojó al mar con su caballo, dispuesto a morir antes que declararse derrotado. El coronel Jerónimo Valdés, que mandaba las fuerzas realistas, no pudo contemplar sin admiración tanta valentía y, tras prometerle respetar su vida, le ayudó a librarse de las olas. Pringles permaneció prisionero, durante algún tiempo, en las casamatas del Callao, hasta que fue canjeado y se incorporó a su regimiento. San Martín premió su valor con un escudo de paño celeste en el que, bordado con letras blancas, se leía: *Gloria a los vencidos en Chancay*. Así como es justo rememorar este suceso que se tornó legendario, también es preciso desterrar la idea de que Pringles se arrojó al mar para salvar la bandera, lo que es falso.

El valiente granadero intervino después en las memorables acciones bélicas de Pasco, Torata, Moquegua, Junín y Ayacucho. En 1827 y 1828 actuó en la Banda Oriental y en el Brasil. Después, a las órdenes del general Paz, peleó bizarramente en San Roque, La Tablada y Oncativo. A principios de marzo de 1831 defendió la Villa de la Concepción del Río Cuarto, sitiada por las fuerzas del general Juan Facundo Quiroga. Derrotado en el Morro y en el río Quinto, Murió en el *Chañaral de las Ánimas* el 19 de marzo de 1831.

Don Rafael Radogna ha llevado al bronce la ecuestre gallardía de Pringles, cuya foja de servicios registra los siguientes ascensos: teniente (1º de agosto de 1820), ayudante mayor (1º de agosto de 1821), capitán (1º de septiembre de 1822), teniente coronel (31 de enero de 1826) y coronel (22 de junio de 1829), galones estos últimos que ganó sobre el campo de batalla de La Tablada.

* * *

Han sido enumerada, con singular prolijidad, las atrocidades que Facundo habría cometido durante los tres días que permaneció en San Luis. Sin tanto esmero – pero con más documentos – nosotros anotaremos algo de la vida en la ciudad, para que se vea quiénes transitaban las calles federales.

Comenzaremos por el padre del héroe, de quien se afirma que huyó a Mendoza al tener noticias de la proximidad de Quiroga. Pues bien: don Gabriel Pringles se hallaba en San Luis todavía a fines de agosto, y el 22, desde aquella ciudad, su yerno Juan Ruiz Ordóñez le remitía una carga de tabletas y algunos cajones de pasa moscatel.

El comercio – aquél que Facundo encontró "con las puertas cerradas", según cuenta Gez – no era tan escaso como sostiene el rígido cronista. Larga es la lista de pulperos y tenderos: Bernardino Junco, Luis Alvarez, Camilo García, Melchor Llerena, Juan Rúa, doña María

Argumedo, Agustín Rodríguez, Santiago Giménez, Jacinto Baras, Isidro Capdevilla, Santiago Cayme, Patricio Sarmiento y Santiago Francisco Laborda. Otros franceses – como Carlos Bett y Francisco Demieux – comprobaban y vendían cueros, artículo que no despreciaba Clímaco Daract, quien trajinaba desde el Plata hasta los Andes. Proveedores de carne eran, entre otros, Esteban Adaro y José Úrsulo Funes. Y detrás de negocios andaban también Cornelio Lucero, Mateo Gómez, Francisco Tula y hasta un misterioso José Antonio de Zabalía que marcaba yeguas y mulas o surtía de tabaco al gobierno.

¿Serían algunos de estos hombres los que, al llegar Quiroga "sombrío y amenazador", "fueron a saludarle y ofrecerle la sumisión del miedo"?

* * *

Tras la caída de Videla, en forma provisoria entró a gobernar don Mateo Gómez, a quién secundaba don Juan Lamas como ministro secretario. Una de sus primeras medidas fue reclamar a las autoridades cordobesas la entrega de las armas que San Luis había facilitado al comandante José Ramón Barbosa. Así mismo ordenó limpiar de unitarios el norte de la provincia, tarea que cumplieron las fuerzas de don Prudencio Vidal Guiñazú hasta más allá de la propia frontera. El camino hacia Río Cuarto también quedó despejado con la muerte de su tenaz defensor, el comandante Juan Gualberto Echeverría.

A principios de julio, interinamente, se hizo cargo del gobierno don Pascual Peñaloza. Con la ayuda de don José Felipe Ortiz y don José Manuel Rivero llevó adelante su difícil empresa hasta el 25 de ese mismo mes, fecha en que comenzó a actuar como gobernador y capitán general el licenciado don Santiago Funes, hombre resistido por los mismos federales.

* * *

Por esos días Estanislao López oficiaba al gobierno de San Luis, diciéndole:

> *"Ha llegado, por fin, la época deseada y feliz en que, respirando las provincias, libres del despotismo militar que las agobiaba, pueden entablar y estrechar entre sí sus relaciones amistosas".*

Anunciaba como probable que las tres provincias "que aún sirven de asilo a los malvados uniformen su marcha a los votos de la mayoría, de suerte que en toda la extensión de la República Argentina se oigan sólo voces de paz, federación y concordia, a despacho de los malvados". Y contra ellos prevenía:

"Éstos, destituidos ya de medios para hacernos frente, querrán hacer valer afecciones locales y excitar prevenciones para dividirnos; pero es preciso reducirlos a su nulidad completa, pues sólo así gozará el país de quietud permanente para curar las profundas heridas que ellos le ocasionaron".

A instancias del gobierno de Mendoza, el 31 de agosto Funes sometió a la consideración de la Sala de Representantes el nombramiento de Ejecutivo Nacional. El 9 de septiembre, la Sala autorizó al gobernador de la provincia de Buenos Aires para que continuase ejerciendo aquellas funciones "según y como lo estuvo el año 27". También resolvió solicitar la alianza con los pueblos litorales, designando al efecto un diputado y agente para negociar la incorporación de San Luis a la liga.

Sin embargo, la intranquilidad renació en la provincia ante el anuncio de la invasión que preparaban los caciques Rondeau, Yaquetruz y Carileu, "llamados por don Luis Videla, quien les había ofrecido el auxilio de trescientos hombres armados", según informaba don José Santos Ortiz desde Mendoza el 31 de agosto. De aquella ciudad vino entonces el oficial Lázaro Funes, recomendable por "haber extraído de poder de los bárbaros las preciosas cenizas del señor gobernador y capitán general don Juan Corvalán y demás beneméritos ciudadanos que con él fueron en el Cha-cay víctimas del furor unitario". Que no lo guiaba limpias intenciones se vio claro al poco tiempo, pues a mediados de octubre el gobernador comisionó a don Prudencio Vidal Guiñazú para que lo apresase, acusándolo de haber reunido gente armada para derrocar la autoridad y concluir con ella.

El horizonte se oscureció aún más para el licenciado Funes cuando el 26 de octubre se sublevaron en la Estancia Grande los prisioneros que el gobierno de Mendoza enviaba a Córdoba al cuidado del ayudante don José Orozco. Este suceso arrancó al gobernador Lemos estas agrias palabras:

"Verdaderamente es una desgracia que esto haya sucedido en la provincia de su mando, y que tal acontecimiento venga a justificar el concepto u opinión que se ha vulgarizado de que en la provincia de San Luis hallan su asilo los enemigos de la Federación; sea de esto lo que fuere, en los intereses de V. E. ésta no perdonar sacrificio para que los referidos reos sean aprehendidos, y de este modo se desmienta el juicio que, a virtud de innumerables datos, se ha formado de V. E."

Apremiado por las bayonetas de las fuerzas encabezadas por el capitán Santos Albarracín y el comandante Casimiro Recuero – mendocino – el licenciado Funes renunció el 15 de noviembre, eligiéndose en su reemplazo a don Cornelio Lucero, quien no aceptó tan riesgoso compromiso. El mando pasó entonces a don Mateo Gómez, secundándolo como secretario interino don Pío Solano Jofré.

* * *

En vano el comandante don Prudencio Vidal Guiñazú quiso defender a Funes. Los cargos contra el licenciado fueron muchos y de ellos daba cuenta el gobernador Gómez el 26 de noviembre, en carta dirigida al general Quiroga. Además de tener como colaboradores a antiguos sublevados, Funes "dispensaba la mayor consideración a don Eufrasio Videla, don Pedro José Corvalán, don Epifanio Quiroga y otros igualmente comprometidos en la causa de aquellos".

> *"De esta conducta resultó que un pequeño grupo de nueve hombres de los que habían acompañado a don Eufrasio Videla cuando hacía la guerra a sus paisanos, avanzaron al cuartel, sacaron los presos y retirándose con algunos de ellos hacia la parte del Sud, se hallan hoy hostilizando al vecindario, a las órdenes de don Pablo Videla, que también se sublevó en la Estancia Grande contra la escolta que lo conducía a Córdoba".*

Destacaba Gómez que la inocencia del licenciado Funes para perseguir a los prófugos "hacía concebir a la campaña la idea de que sólo se esperaría, un contraste en las armas del general Quiroga, para envolver el país en los males que lo han arruinado". Finalmente avisaba que el coronel y comandante general Guiñazú se encontraba en un ángulo de la provincia – en Santa Bárbara – sin acatar al gobierno, junto con otros "que constantemente han estado en oposición al sistema de la libertad de los pueblos".

En el torbellino de las represalias, Gómez exigió contribuciones en metálico, las que debían ser entregadas dentro de un plazo de ocho horas. Asimismo puso presos a algunos comerciantes, como don Pascual Peñaloza y don Juan Barbeito.

Las autoridades mendocinas – acaso no ajenas al derrocamiento de Funes – trataron de cortar las desavenencias entre el gobierno interino y el coronel Guiñazú, para lo cual comisionaron en forma oficial a don Juan Moyano y a don Manuel de Presilla, quiénes llegaron a San Luis el 27 de noviembre. El 3 de diciembre fue enviada a Guiñazú la propuesta de arreglo que la Sala de Representantes, el gobierno interino y la comisión mediadora acordaron hacerle. El gobernador de Córdoba don Calixto María González escribió también a los oficiales rebeldes invitándolos a mantener la paz. Como un medio de asegurarla, el licenciado Funes fue conducido a Mendoza donde permanecería – al decir del ministro Ortiz – "sin tener lugar para ingerirse sucesivamente en las disconveniencias que hoy perturban el reposo de los habitantes de San Luis, dignos por cierto de disfrutarlo a sombras de la Federación".

El 13 de diciembre y de acuerdo con el decreto de la Sala de fecha 23 de noviembre, se ordenó la elección de dos individuos por departamento para que, "concurriendo precisamente por sí y sin la facultad de sustituir en otros, venga a reunir el cuerpo legislativo que en la urgencia de circunstancias se hace tan necesario para la creación y nombramiento del Gobernador propietario". En la elección de representante no podían intervenir "todos los individuos que hayan tenido armas en sus manos contra la causa de la Federación". Los electos debían apersonarse en la ciudad de San Luis, "sin excusa ni pretexto", el día 28.

Con esta fecha Gómez ofreció al ministro general de Mendoza, don José Santos Ortiz, manifestándole tener datos positivos de que los confinados en aquella ciudad mantenían "mutua relación con los forajidos del Sur", por lo que solicitaba que se le trasladara a Chile, "dejando por ahora a don Santiago Funes por ser necesario para que rinda sus cuentas". Dos días después Gómez acataba la orden de continuar en el ejercicio de sus funciones, aunque hacía presente a la Representación que los indios se aprestaban para invadir "en esta luna", por lo que urgía el nombramiento Ejecutivo en propiedad.

* * *

Los viejos papeles puntanos guardan huellas de algunos otros hechos ocurridos en 1831, así como referencia sobre modestas labores administrativas. Recordamos la prisión del conspirador francés don Pablo Duboue, el arreglo de la acequia principal de la ciudad y el novenario del Santo Patrono, con la intervención de músicos y los cantores Dionisio del Rosario y Juan Pablo Salinas. El 25 de septiembre se recibió el cura fray Benito Lucio Lucero, de la Orden de Predicadores y a principios de diciembre se festejó en toda la provincia el triunfo de la Ciudadela, que hizo aclamar el nombre de Facundo.

Rebeldías, malones y un estatuto

Ante el anuncio de concentración de indios en el paraje de la Jarilla, en los primeros días de 1832 el gobernador interino Mateo Gómez ordenó la reunión de los milicianos del cuerpo cívico, cuyos integrantes debían presentarse al comandante Santos Albarracín dentro de las 24 horas, pues de lo contrario serían castigados con dos meses de prisión. Asimismo prohibió a los pobladores salir a más de seis leguas de la ciudad sin previo conocimiento del gobierno. Al coronel Guiñazú se dirigió Gómez reclamándole la inmediata devolución del armamento que se encontraba en su poder, por ser tan necesario para la defensa.

El 10 de enero, desde Piedra Blanca, don Nicolás Ramallo denunció que Guiñazú se aprestaba a invadir la ciudad para deponer al gobernador. Fue entonces cuando Gómez remitió un enérgico oficio al coronel rebelde, expresándole que no ocupaba el gobierno como un intruso sino en propiedad, por nombramiento de los diputados representantes. Añadía que paraba en su poder la comunicación que, con Andrés Lucero, Guiñazú envió a "los facinerosos del Sur" invitándolos "para que el 18 del corriente se aproximen a las inmediaciones de este pueblo para que unánimemente con usía obren en atacar el pueblo y quebrantar las leyes". Y luego, muy criollamente, lo desafiaba:

> *"Véngase cuando guste, y esté seguro que a nombre de la patria desde este momento lo hago responsable ante S. E. el señor brigadier don Juan Facundo Quiroga y ante los pueblos hermanos, ante quienes usía se ha comprometido no dar un paso relativo al que tenía intentado cuando la deposición del señor Funes".*

Guapo era también Guiñazú y no faltó a la cita. El señalado día 18, en combinación con los Lanceros del Sud, atacó la ciudad. Pero la taba no echó suerte para él: derrotado, fue tomado prisionero y diez de los rebeldes que lo acompañaban pagaron con la vida su audacia.

No por eso amainó la tormenta. Y "el 30 del citado mes, al amanecer, cargaron sobre el cuartel los referidos Lanceros; pero a pesar de ser pocos los milicianos que había de guarnición y que fueron sorprendidos, defendieron valerosamente el puesto que ocupaban, rechazando al enemigo, cuyo grupo era mandado por el caudillo, criminal Pablo Videla". Más ese mismo día

avanzaron sobre la ciudad “dos divisiones de gente armada, las que en combinación con los referidos del Sud, trataban de poner en libertad al coronel Guiñazú y demás presos”.

Sin fuerzas para contrarrestar el ataque y tratando de evitar los males gravísimos que amenazaban a la provincia, con el asentimiento de la Sala de Representantes, Gómez resolvió poner en libertad a Guiñazú y sus compañeros, “habiéndose él obligado a pacificar la provincia, disipando toda fuerza armada que hubiese en ella, y de hacer entregar el armamento”. Por mediación de Guiñazú, el caudillo Videla se presentó ante el gobierno y la Sala, conviniéndose en que tanto él como su tropa serían indultados, previa entrega de las armas. Guiñazú lo acompañó después “hasta su campo, de donde volvió solo al otro día, exponiendo que Videla había faltado enteramente a los tratados y que ya de ningún modo se presentarían”. Gómez consideró este desistimiento “más bien obra de Guiñazú” y no dejó de vigilar sus movimientos para que, en caso de faltar en todo a su compromiso, fuese juzgado “según merecen sus crímenes”.

Los rebeldes acaudillados por Videla – quien contaba con agentes en la ciudad, como doña Manuela Baras y las Baigorria – movieron a la indiada para con ella atacar las estancias próximas al pueblo. Pero el 15 de marzo una partida mendocina al mando del capitán Benigno Argumedo y otra puntana encabezada por el comandante Santos Albarracín “avanzaron al campo donde se hallaba la cuadrilla de forajidos” y los dispersaron. Alcanzados en el lugar de Chischaca, dos fueron muertos y uno muy mal herido. A seis más, tomados prisioneros, se les aplicó “la pena que merecían sus crímenes”. Satisfecho, Gómez podía informar el 17 a don José Santos Ortiz: “De modo que no pasa de doce el número de los que han quedado, y éstos dispersos, por lo que se cree que no volverán ya a incomodarnos”.

En la noche del 1º de abril de 1832 la alarma de un nuevo ataque de los indios conmovió a la ciudad, a tal punto que los alcaldes “desaparecieron de ella sin el menor conocimiento del gobierno”. La indiada asoló los lugares del Morro, Manantial, Renca y demás inmediaciones, barriendo las haciendas de aquellos campos y cautivando muchas familias, después de haber saqueado y quemado la población de Renca, principalmente la iglesia, donde no dejaron cosa alguna”. Mientras esta indiada se retiraba hostilizada por el comandante Albarracín, “otra de mayor número se introdujo por la costa del río Quinto con dirección al Pantanillo, Cerro Largos y Minas”. Por ese rumbo salió a buscarla el coronel Antonio Navarro con una parte de la guarnición de la ciudad, “haber si se consigue quitarle las haciendas que llevan los indios”. “Sino se consiguiese – añadía el gobernador – es por la falta de armas que se siente en la provincia, y esto contribuirá en la mayor parte a su ruina en las presentes circunstancias”.

El 17 de abril Gómez comunicó a la Sala de Representantes un proyecto del teniente coronel José Gregorio Calderón, destinado a poner la provincia en condiciones de defenderse de los malones y atacar a los indios en sus mismas tolderías. Para ello serían alistados y disciplinados todos los individuos comprendidos entre 15 y 60 años, se recolectaría las armas de los particulares y se exigiría el auxilio de caballos y ganado vacuno que demandase la campaña. El 24, reabierto el punto tras la Semana Mayor, la Sala tomó en consideración el proyecto y “halló estar muy adecuado”, por lo que dejó a la prudencia del gobernador adoptar “lo útil que en él se comprende, ampliarlo y mejorarlo según le dicte su inteligencia y conocimiento, como capitán general que ha de regir la expedición”.

Tras delegar el mando en el ministro Cornelio Lucero, Gómez salió a la campaña el 27 de abril con el propósito de adoptar providencias contra posibles invasiones, deteniéndose en Santa Bárbara, lugar donde el comandante Guiñazú seguía haciendo valer su influencia. En esa población fue fusilado el 15 de mayo el teniente Lázaro Funes – quien mandaba la escolta del

gobernador – acusado de varios hechos escandalosos. En la sentencia tal vez haya pesado el recuerdo de sus fallidas intentonas anárquicas en contra de las autoridades puntanas.

El desorden, más fuerte que el plomo que silenciaba las gargantas, extendía sus espinosos retoños. Así lo denunciaba don Juan Lamas desde Ojo del Río el 30 de mayo, diciéndole a Gómez "que las armas que se le han mandado pedir a usted de esos lugares no las remitiese, porque presumo que hay gato encerrado". Pocos días después – el 10 de junio y con una carta fechada en Piedra Blanca – el comandante Santos Albarracín disimulaba mal sus intenciones manifestándole al gobernador:

> *"Noticioso que el general López le ha declarado la guerra a Buenos Aires y a nuestro general, me ha sido de necesidad comunicárselo para los fines que le convengan, pues creo que no hay una duda por haber salido en los papeles públicos; y tenga usted gran cuidado con uno que tiene a su lado, que yo le diré quién es, cuando yo vaya; y tenga usted entendido que soy suyo en toda distancia y trate de mandarme algunos paquetes (de balas) y al mismo tiempo haga trabajar muchas lanzas".*

Mientras el diligente Lamas hacía volar chasques para avisar que la revolución se había descubierto del todo, el gobernador Gómez enviaba a Quiroga copia de la comunicación de Albarracín y le comentaba así:

> *"Por ella verá el señor general que dicho oficial toma el pretexto de haber abierto la guerra del señor general don Estanislao López, para poder sorprender al que habla y entregar la provincia en manos de los aspirantes que no cesan de trabajar para ello, aún por conducto del mismo Albarracín".*

En la noche del 13 de junio una partida leal sorprendió al comandante rebelde y, después de quitarle las armas, le obligó a refugiarse en Córdoba, donde no le faltaban adictos o tolerantes. El 17 Gómez felicitaba al capitán Pedro Núñez por haber derrotado la fuerza de Albarracín, cumpliendo así cuanto le prometiera al general Facundo Quiroga "de obedecer y respetar las autoridades constituidas".

El anuncio de una nueva invasión de indios – dado por el comandante de la villa de Río Cuarto, don Francisco Reynafé – obligaron a movilizar las fuerzas puntanas al mando de don Antonio Navarro quien las distribuyó en la Estancuela, en los Algarrobos, en el Rosario y en el Chiquero, tratando de impedir que la indiada se internara en el valle del Conlara. Sin embargo, en los primeros días de Julio los indios burlaron una vez más a los defensores y en tres gruesas divisiones devastaron las estancias del Pantanillo, Rincón del Carmen y Santa Bárbara. El 12, desde la Estancia Vieja, Navarro daba cuenta de ese desastre e informaba que los indios salían para el Rosario, donde acampaba una división que cuidaba la caballada y la chusma. El coronel Reynafé, sin internarse en la jurisdicción puntana, no dejó de ofrecer su auxilio "a la salida de los bárbaros".

* * *

Aunque brevemente, es preciso recordar ahora en qué consistió la ayuda que la provincia de San Luis recibió de sus aliadas en ese duro año 32.

Mendoza: El 9 de enero remitió 500 cartuchos a bala para fusil y tercerola y en los primeros días de marzo Pío Solano trajo un quintal de pólvora, 2.000 balas y 400 piedras de chispas. A fines de mayo, el propio ministro don José Santos Ortiz condujo un armamento compuesto, aunque aprovechó el viaje para extraer de San Luis ganado vacuno y caballar. En julio, al tener noticias de la invasión, Ortiz manifestó al gobernador de San Luis que las tropas mendocinas marchaban a atacar a los indios y que avanzarían "hasta sus mismos aduares". Fray Francisco Gayoso fue comisionado en septiembre para recabar auxilio de Mendoza, pero el gobernador Molina respondió que no podía mover fuerzas sin orden de Quiroga, a quien trasmitía el pedido. Don Rosario Garro, a principios de octubre, trajo dos cañones enviados por Facundo. Y el 6 de ese mismo mes Molina decía a Calderón: "El señor Presidente debe estar persuadido, como lo está el que firma, que cada una de las provincias fronterizas no se basta a sí misma para oponerse a las depredaciones de un enemigo tan insolente, y que las medidas parciales que se toman a cada momento que las invades, no hacen más que agotar los recursos que deban servir de un modo provechoso para obrar mediante una acción unida".

Córdoba: El 21 de marzo, Gómez reclamó nuevamente la entrega del armamento "que extrajeron los mandones de la administración anterior": un cañón de bronce, algunos fusiles y tercerolas, como asimismo municiones. Tras la invasión de marzo, José Vicente Reynafé manifestó que, retirándose los indios hacia el río Quinto y encontrándose la división cordobesa en las Achiras, "no tiene por ahora lugar el auxilio que se solicita, el que… pedido en tiempo oportuno, hubiese sido franqueado con el mayor placer". El 3 de octubre, el gobernador Otero no podía menos "que compadecerse altamente de la peligrosa situación en que hoy se ve aquella desgraciada provincia" y recomendaba "ponerse de acuerdo" con los jefes de la Frontera del Sud y de los departamentos de San Javier y de Calamuchita. Más el día 8, ante la certeza de la invasión, declaraba verse "en el deber primario de atender la propia provincia, agriándole sobre-manera este incidente". Pero, eso sí: también creía "urgente y oportuno" noticiar "que es una prudencia que el débil se apoye del más fuerte", a cuyo efecto el gobierno puntano podría disponer "se resguarden las familias y haciendas de aquélla en la de Córdoba".

Buenos Aires: El gobernador delegado don Antonio Navarro, con fecha 22 de abril, informó al gobierno de Buenos Aires que, en el curso de un mes la provincia de San Luis había sufrido tres invasiones, perdiendo innumerables haciendas y habiendo visto "arrebatar porción de sus habitantes sin poderle auxiliar". Decía también que, cuando el gobierno propietario se recibió del mando, "encontró sólo veinte y seis armas de chispa y nueve sables; y a pesar de esta escasez, es tal el deseo que tienen estos habitantes de defenderse, que a piedra y lazo han muerto 16 indios". Concluía Navarro pidiendo al gobernador de Buenos Aires que tendiese su mano protectora, "facilitándole el armamento y municiones que tenga a bien, reconociendo la deuda religiosamente".

Rosas contestó el 23 de mayo que se disponía "a desprenderse de algunas armas y municiones" y el 14 de septiembre expresaba: "Las armas que el gobierno de Buenos Aires ofreció remitir al excelentísimo de San Luis aún no han caminado por falta de proporción segura, pero en el día tiene la satisfacción de anunciarle que en la tropa de don José María Pereyra que marcha para Mendoza le remite ciento cincuenta sables, ciento cincuenta carabinas, cincuenta fusiles, seis mil cartuchos carabinas a bala, dos mil idem fusil y mil piedras chispa, todo encajonado; siendo el encargado de estos artículos y de hacer la entrega a S. E. el

teniente coronel graduado don Jorge Velasco, que marcha también para Mendoza en dicha tropa". Sin embargo, el armamento no salió de Buenos Aires hasta el 26 de octubre y en tropa de don Luis Álvarez.

Santa Fe: En agosto, don Estanislao López prometió a Gómez remitirle cincuenta fusiles, promesa que no pudo cumplir en razón de haber sido invadida su provincia por los indios del Chaco. No obstante, el 10 de octubre comunicaba que, por conducto de don Andrés Villegas, enviaba "dos cajones con cuarenta fusiles largos", protestando que "en circunstancias más favorables, habría tenido un singular placer en manifestarse más generoso".

Tucumán: Don Alejandro Heredia, con fecha 22 de octubre, respondía: "por ahora, desgraciadamente, no puede ofrecer más que un número de lanzas, que siendo de la aceptación de los señores de la Junta gubernativa, se proporcionará su remisión, quedando bien penetrada de que mejorando de circunstancias la provincia que tiene el honor de presidir el que suscribe, contribuirá con alguna suma a la compra de las armas que la H. Junta Gubernativa indica hacer".

Santiago del Estero: Al contestar el pedido hecho por San Luis, don Felipe Ibarra expresaba el 23 de noviembre "las vivas sensaciones y profunda amargura de que se halla penetrado en vista de los desgraciados acontecimientos que han tenido lugar en ese territorio digno de mejor suerte". Concluía manifestando que el gobierno de Santiago, "Altamente sensible a los peligros que circundan a la benemérita provincia de San Luis, se halla dispuesto a solicitar a su favor, la poderosa protección de los otros gobiernos que poseen toda clase de recursos adecuados y eficaces, para resarcirle de algún modo los graves perjuicios que ha sufrido".

San Juan: Comisionado por el gobierno puntano, don Manuel de la Presilla consiguió a mediados de octubre un auxilio de doscientos cartuchos a bala y cincuenta lanzas, salido de San Juan el 19 de noviembre.

La Rioja: El general Quiroga, con fecha 16 de junio, ordenó a don Jacinto Rincón entregar al gobierno de San Luis diez cajones de fusiles y dos cargas de municiones, elementos que el 12 de agosto fueron recibidos por don José María Sosa. Como Gez anota que Facundo envió unos fusiles, no está de más transcribir este informe de Calderón a Quiroga, escrito el 23 de septiembre: "Sólo de armas nos hallamos escasos, pues su número se reduce a ciento diez fusiles útiles y unas pocas tercerolas, lanzas y municiones que V. E. se ha dignado franquear de La Rioja".

Las autoridades puntanas, el 17 de octubre de 1832, escribían a Facundo dándole noticias del resultado de las comunicaciones remitidas a los gobiernos de Córdoba y Mendoza, "solicitando su cooperación para la defensa del enemigo bárbaro que nuevamente amenaza a esta provincia". En dicho oficio expresaban: "De este paso ninguna ventaja se ha sacado de estos gobiernos, pués que nada prometen por su parte". Y Quiroga desde San Juan, el 30 de ese mismo mes respondía: "Cuando las provincias de Córdoba y Mendoza, que debían ser las más interesadas en la conservación de la provincia de San Luis, se niegan a auxiliarla, parece inútil cualquier esfuerzo que se haga por un particular".

* * *

La Sala de Representantes, no pudieron ser indiferentes a las funestas desgracias sufridas por la provincia y deseando poner en salvo y conservar los tristes restos que el enemigo bárbaro le había dejado, el 26 de julio dispuso una reunión de diputados de toda la jurisdicción "para con su acuerdo tomar los arbitrios que se estimen convenientes para la defensa y guarda del residuo de la provincia". Nombró también comisionados para que, en diversos lugares de la campaña, reuniesen a los vecinos y les hicieran desistir de sus propósitos de trasladarse con sus familias e intereses a extrañas provincias, "con graves perjuicios de ellos y desmembración del país".

Presididos por fray Benito Lucio Lucero el 18 de agosto se congregaron treinta y seis representantes, oportunidad que don Mateo Gómez aprovechó para renunciar al cargo de gobernador, pretextando la necesidad de recuperar su salud. Los diputados acordaron entonces instalar una Junta Gubernativa "compuesta de siete ciudadanos, con su presidente sin dotación alguna, reasumiendo en ella los poderes legislativos, ejecutivo y judiciario". Integraron dicha Junta José Gregorio Calderón, José Leandro Cortés, Tomás Barroso, Feliciano Trinidad Barbosa, Pedro Herrera, Esteban Adaro y José Felipe Ortiz. Los sueldos suspendidos se destinaron a formar un fondo para armamentos y con el mismo fin se crearon nuevos impuestos, aunque se liberó de pagar contribución a los integrantes de la Junta. También se activó el enrolamiento de los habitantes de la ciudad y sus inmediaciones, se ordenó la entrega de armas y municiones que estuviesen en poder de particulares y se prohibió el uso indebido de los caballos pertenecientes al Estado.

El coronel Francisco Reynafé avisó desde Río Cuarto, el 7 de noviembre, que la indiada de Yanquetruz estaba en movimiento para invadir Mendoza o San Luis. El 9 sobrevino un gran temporal y las lluvias continuaron durante dos o tres días, favoreciendo el avance de los indios que entraron por las inmediaciones del Morro y, recostándose a la sierra, alcanzaron hasta Santa Rosa. La división de Reynafé – algo más de 200 hombres – llegó el 14 a las Achiras, donde acampaba la tropa de carretas que conducía el armamento remitido por Estanislao López, el que sirvió para armar parte de la fuerza puntana comandada por el teniente coronel Pablo Lucero. Las milicias de Córdoba y San Luis enfrentaron a los indios en el paraje del Morro el día 18 al amanecer y de esta jornada "tan desgraciada como sin mérito", quedan estas referencias en el parte enviado al brigadier Quiroga:

> *"La repentina aparición de los salvajes y su pronta retirada, no dio lugar a reunir las milicias de la campaña y sólo pudieron replegarse a la fuerza que salió de este pueblo, el teniente coronel don Pablo Lucero y los capitanes don Pedro Núñez y don León Gallardo con algunos milicianos. Estos beneméritos oficiales tuvieron la desgracia de salir gravemente heridos, y su acreditado valor los ha distinguido. A pesar del empeño con que nuestros milicianos persiguieron al enemigo por precisarlo al combate, no pudo conseguirse por huir ellos del encuentro, y el mal estado de nuestros caballos no permitió darles alcance, y sólo por la división de la provincia hermana de Córdoba fueron cargados, siendo el resultado no muy favorable por haber perdido cuatro oficiales y cuarenta soldados; de los salvajes quedaron en el campo más de setenta, según los reconocimientos hechos desde donde se dio la acción hasta la distancia de tres leguas. Los demás marcharon con precipitación, dejando parte de las haciendas que llevaban".*

Después de este combate, el comandante don Pablo Lucero encomendó al maestro de posta del Portezuelo – don Víctor Domínguez – vigilar el paraje por donde entraron los indios;

punto del que por primera vez habían hecho uso y donde “no son capaces verlos ni los cordobeses ni los yulteros, menos los del Médano y sólo sí el del Portezuelo”.

* * *

Espoleados por este contraste, el comandante general de armas José Gregorio Calderón y el teniente coronel Jorge Velasco propusieron la creación de una fuerza veterana, integrada por 100 hombres de caballería, 200 cívicos de infantería y la dotación para servir las dos piezas de artillería con que contaba la provincia. Otros 50 hombres de caballería, elegidos entre los más capaces, debían acantonarse en el Morro para vigilar la frontera sur.

Aprobado el proyecto por la Junta el 26 de noviembre, de inmediato se dio comienzo a la organización de las fuerzas. Junto a los nuevos impuestos aplicados a las arreas y a las tropas de carretas, creció la demanda de auxilios de ganados y cueros; estos últimos debían ser vendidos en Buenos Aires para comprar, con su importe, doscientas corazas de caballería.

El gobierno de Mendoza solicitó entonces, reservadamente, un detalle sobre los lugares donde se encontraban las tolderías, distancias, nombres de los caciques y número de indios con que contaban. El 10 de diciembre las autoridades puntanas remitieron a Ortiz la “simple relación” que habían podido adquirir:

> *“El cacique Coronao vive en la laguna del Cuero; la distancia que dista desde el Fuerte de San Lorenzo a dicha laguna son de 37 leguas. De la laguna del Cuero a Marivil, a donde vivía al cacique Guenuin, que se cree vivirá siempre en este lugar, habrá como 20 leguas. Los caciques Yanquetruz, Parlatru y Currutipay viven más adentro y no se sabe en qué lugar, así es que no se puede estampar la distancia que hay, y por consiguiente no se sabe en qué lugar vivirá el cacique Faustino, ni menos el número de indiada que cada uno de los caciques podrá tener”.*

Más informados debían estar los indios, pues unas cautivas fugadas de la toldería del Cuero declararon que “continuamente llegaban chasques de San Luis, dándoles parte a los caciques de las disposiciones que se tomaban en el pueblo”.

A fines de diciembre la Junta expresó su alegría ante la noticia de que la guerra contra los bárbaros había sido encargada “al más benemérito y digno de nuestra confianza, el señor brigadier general don Juan Facundo Quiroga”. Por esos días, asimismo, agradeció a Rosas los artículos de guerra que el gobernador de Buenos Aires remitió con el teniente coronel don Jorge Velasco y los que sirvieron para la defensa contra los indios. Luego de hacer presente la necesidad de formar una fuerza veterana, le solicitaba un empréstito y le manifestaba que, hasta entonces, la provincia nunca había contraído deudas.

José Gregorio Calderón y su secretario José Felipe Ortiz suscribieron el 24 de diciembre de 1832 una “Relación que manifiesta lo poblado y despoblado de la provincia de San Luis por las repetidas incursiones de los salvajes”. Este notable documento – destinado al general Quiroga – expresa:

"Parte del Poniente: desde el Gigante a San Luis, desierto todo el sud.

Chorrillo, Estancia Grande: poblado.

Trapiche, toda la falda de la sierra de las Minas del Naciente; Intiguás, Pantanillo, Laguna Larga, Santa Bárbara, Arroyo de los Vílchez, Cabeza del Novillo, Concha, Rincón de las Cañas, Arroyo de los Lobos, Santa Rosa hasta las Cortaderas; todos estos lugares nombrados están desiertos; igualmente toda la parte de esta línea al sud, desierta.

Por muchos naturales de este país que están emigrados en San Juan y Mendoza, los señores gobernadores se informarán de la pequeña parte que ha quedado de población de lo que antes formaba la provincia de San Luis; y de ésta, han desaparecido emigrados casi todos los vecinos que poseían mediana fortuna. Esta verdad está demostrada por el crecido número de naturales de San Luis que al presente se hallan en Mendoza, San Juan, jurisdicción de la Rioja y la provincia de Córdoba, adonde ha sido mucho más numerosa que en las demás la emigración de familias e intereses de esta provincia. Tal es el estado de la provincia de San Luis, que los habitantes que se conservan en ella su mayor número es por falta de proporción para emigrar, como lo han hecho los demás, porque la actual administración no ha dejado de poner en ejecución todos los medios posibles para evitar que como el humo hubiera disipádose ya el todo de la población de la provincia.

El estado de violencia y de ninguna seguridad en que la provincia ha permanecido tanto tiempo, ha ocasionado el desorden de la multitud necesitada, y ésta ha contribuido a destruir lo que se conservaba en el corto terreno de la provincia que no han finado los bárbaros. Con este motivo todos los hombres, a la desesperada, trataban de deshacerse de sus intereses, ya abandonándolos, ya echándolos fuera de la provincia o fiándolos a los de provincia extraña; así ha venido a hacerse, por una parte, baratillo los intereses de los puntanos, y por otra, desbarato.

La actual administración de San Luis no tiene más rentado que dos escribientes – uno de gobierno y otro de aduana – que ambos ganan doce pesos mensuales, y veinte que gana un preceptor de primeras letras, que es el único que hay en toda la provincia; un piquete para la guarnición del pueblo, que sume veinte y tres pesos semanales, la paga de diez arrobas de carne diarias a tres reales; trece reales semanales para el alumbrado y diez pesos mensuales para gastos extraordinarios de gobierno. Sumas que no alcanza a cubrir el erario de San Luis, de lo que resulta estar éste cargado de deuda".

* * *

Junto a estos materiales que ayudan a comprender la vida heroica de San Luis, es necesario colocar el "tosco ensayo constitucional y primer esfuerzo hacia la organización rudimentaria de los poderes del Estado" que los puntanos cantearon con sacrificio en su

soledad incomprendida. Creemos que en el texto recio pervive la voluntad de ser. Por eso, apartándonos de cualquier comentario, lo transcribimos palabra a palabra:

Reglamento Provisorio para el régimen y gobierno de la provincia de San Luis, formado por el Congreso de sus diputados representantes en la ciudad de San Luis a 7 de enero de 1832.

La provincia de San Luis, reunida por medio de sus diputados representantes con el objeto de nombrar su Supremo Gobierno y deliberar sobre los demás asuntos concernientes a la felicidad pública, ha dispuesto que a la posible brevedad y antes de proceder a la elección de Gobierno se forme un Reglamento provisional, por el cual deba regirse la provincia bajo la forma de gobierno federal que ha acordado entre tanto se congrega la Nación, quién señalará la forma de gobierno bajo del cual y las leyes que dictare deberá regirse. A fin de evitar, por lo pronto, el escandaloso desorden a que nos han conducido las convulsiones políticas, y penetrada de la grave necesidad de fortalecer los eslabones de la cadena que debe ligar los robustos brazos de la arbitrariedad y despotismo, para que no profane por más tiempo el sagrado recinto en que se custodia la libertad, la igualdad, la propiedad y la seguridad, que hacen la rica herencia de los interesantes derechos del hombre. Penetrada igualmente de la funesta devastación que ha causado en el espíritu de los hombres el monstruo de la ambición que furiosamente se agita por traspasar los límites que le señala la justicia, ha creído, para acercarse algún tanto a la senda que conduce a la felicidad común, según lo permite su estado actual, la premura del tiempo y las circunstancias, debe establecer (como establece) las reglas provinciales siguientes:

CAPÍTULO 1º- RELIGIÓN

Artículo 1º -- En virtud que la provincia de San Luis profesa la verdadera Religión Católica Apostólica Romana con exclusión de cualesquiera otra, toda persona de cualesquiera condición o clase que sea, que atente contra ella por palabra o por obra, será severamente castigada por las autoridades eclesiásticas o política; y si fuese extraño de la provincia se mandará salir de ella inmediatamente, para cuyo efecto se prestarán los auxilios necesarios a las predichas autoridades.

Artículo 2º -- En razón de pertenecer los diezmos de la provincia exclusivamente a ella, se devolverán a la Iglesia para que se le dé el destino que siempre han tenido.

CAPÍTULO 2º-- CÁMARA LEGISLATIVA

Artículo 1º -- En la ciudad deberá haber una Sala que represente la provincia, compuesta de siete individuos de los demás probidad y adhesión al sistema federal, con su presidente, vicepresidente y secretario, la que deberá ser nombrada por la provincia.

Artículo 2º -- Será de la inspección de ésta resolver, como soberana, todos los asuntos de grave momento que le pertenezcan.

Artículo 3º -- Será del deber de la Honorable Sala el reunirse un día en la semana para acordar los artículos que sean benéficos al bien de la provincia, y agregarlos a este cuerpo de ley.

CAPÍTULO 3º -- PODER EJECUTIVO

Artículo 1º -- El Supremo Gobierno de la provincia deberá, asimismo, ser elegido por sus diputados representantes en la persona de un ciudadano hijo del país o vecino que tenga diez años de residencia en él y capital de mil pesos, lo menos, en bienes raíces o estables.

Artículo 2º -- Para obtener este empleo, deberá ser persona que tenga adhesión a la causa federal adoptada por la provincia y que no sea deudor a la caja del Estado.

Artículo 3º -- El tiempo de la administración de su gobierno deberá ser el término perentorio de dos años y no podrá ser reelegido hasta pasado un bienio, entendiéndose que cualesquiera función o actuación que haga concluido el tiempo de su gobierno se tendrá por írrito o nulo.

Artículo 4º -- El citado gobernador deberá anunciar a la provincia la conclusión de su gobierno y convocarla para nueva elección quince días antes de su terminación, y en caso de omitirlo la provincia se tendrá por convocada en virtud de esa ley.

Artículo 5º -- El gobernador electo, al prestar el juramento de estilo, agregará la protesta de cumplir y hacer cumplir fiel y legalmente este Reglamento de que se le hará entrega.

Artículo 6º -- Se le pagará un sueldo con la dotación de seiscientos pesos anuales, atendiendo a la pobreza en que se halla la provincia, y cuando mejoren estas circunstancias aumentará algo más. Y la dotación del ministro secretario será de treinta pesos mensuales.

Artículo 7º -- Inmediatamente de haber concluido el tiempo de su gobierno y de haberse elegido el sucesor, nombrará la provincia una comisión compuesta de siete individuos de los de más probidad y justicia y conocida adhesión a la causa, para que residencien al gobernador saliente de su administración, cualquiera que haya sido, y a la que ocurrirán los agraviados (si los hubiese), los de la ciudad en el término de quince días, y los de la campaña en el de veinte.

Artículo 8º -- El Poder Ejecutivo no podrá declarar guerra ni paz, ni mandar expedición ninguna fuera de la provincia, sino con acuerdo y resolución de la Sala de sus Representantes.

Artículo 9º -- Hallándose en paz y tranquilidad la provincia, sólo habrá en el cuartel y piquete de diez y seis hombres para lo que se pueda ofrecer, y éste se deberá alternar mensualmente y su gratificación será la que el Supremo Gobierno estime conveniente.

Artículo 10. -- Toda persona, de cualesquiera clase o condición que sea, que se atreva a atentar por medio de revolución a la autoridad del Supremo Gobierno Ejecutivo, será castigada con pena de muerte; dando por írrita y nula cualesquiera disposición que éste y sus aliados tomen en el particular.

Artículo 11.-- Es de la inspección del Supremo Gobierno nombrar el ministro de Hacienda, administrador de Correos y receptor de Propios en distintos sujetos que no tengan con él parentesco inmediato.

Artículo 12.-- El ramo de Propios de ciudad a su ingreso recibirá la mitad el receptor que se nombre y la otra mitad el ministro de Hacienda.

Artículo 13.-- Cuando se nombrasen los jueces ordinarios se nombrarán igualmente los defensores de pobres y de menores.

Artículo 14. -- La elección de los citados en el artículo anterior deberá hacerse por la Sala de Representantes de la provincia.

Artículo 15. -- El ejercicio del juez de Policía, que debe haber, queda al cargo de los jueces ordinarios por no permitir las circunstancias la creación de este funcionario.

Artículo 16.--El Poder Ejecutivo deberá, a la posible brevedad, establecer una escuela de primeras letras para la juventud, cuyo maestro será el mejor que se pueda conseguir.

Artículo 17. –La dotación del dicho maestro será la de veinte y cinco pesos mensuales pagados del ramo de carne destinado para este objeto, el que será tan privilegiado que no se podrá invertir en otro destino que en éste para que ha sido impuesto; y cuando, por alguna urgentísima necesidad del Estado, se ocupe su fondo, será reconocida la deuda con preferencia.

Artículo 18. –Si por algún acontecimiento se suspendiese la escuela por falta de maestro o por algún otro motivo, el citado ramo se irá guardando en depósito hasta su tiempo en poder del receptor de Propios, quien deberá igualmente recibirlo.

Artículo 19. –Asimismo será del cargo del Gobierno Ejecutivo nombrar una comisión de tres individuos de probidad e inteligencia, cada cuatro meses, que revise la escuela y se imponga de los adelantamientos de la juventud, así en lo moral de su doctrina como en lo literal, y ponerlo en conocimiento del Supremo Gobierno.

Artículo 20. –Siendo uno de los deberes de la provincia proteger y asegurar, del modo que previenen las leyes, la vida, reputación, libertad, seguridad, propiedad de cada uno de sus individuos, no se sacarán auxilios ni contribuciones sino por el orden que establece este Reglamento.

Artículo 21. –Se tomará una cuenta exacta de todas las especies de animales mostrencos de la provincia para el servicio común y se distribuirán en todos los puntos necesarios para el buen régimen de ella, a disposición del Poder Ejecutivo.

Artículo 22. –Se señalará una comisión, compuesta de seis individuos de probidad asociados con el juez respectivo, que empadronen todos los propietarios que componen la provincia, para que en los casos de invasión de indios u otras urgencias graves, se les señale con arreglo a justicia distributiva con lo que cada uno debe contribuir.

Artículo 23. –Si antes de haberse efectuado la distribución sucediese alguna invasión de indios o alguna otra de gravedad en la provincia, la Honorable Sala de Representantes con anuencia del Ejecutivo acordarán lo conveniente.

Artículo 24. –En los auxilios que se deban sacar será guardando la proporción de que de cada veinte y cinco animales vacunos sólo se saque uno, y de cada seis caballos, uno; y siendo enemigo de la causa, el duplo.

Artículo 25. –El individuo que no teniendo ninguna de estas especies, pero que tenga otros intereses, se lo graduarán y sacará a proporción de ellos; y siendo enemigo de la causa, con arreglo del artículo anterior.

Artículo 26. –Ningún propietario entregará auxilio de ninguna especie sin que sea previa la orden superior, exigiendo el recibo de la especie entregada.

Artículo 27. –El Gobierno Ejecutivo tendrá especial cuidado de mandar devolver los caballos a sus dueños después de hecha la fatiga para que han sido sacados, como también de tomar una razón económica del gasto de carne que se haga para la tropa.

Artículo 28. –Serán plenamente respetados los ciudadanos y sus intereses, y no serán atropellados por persona alguna de ninguna graduación que sea; y el que se encontrase ofendido formará su queja al Ejecutivo, quien no dejará impune la infracción de este artículo; pero si no encontrase justicia, la elevará en grado de queja a la comisión de residencia.

Artículo 29. –No se podrá en la provincia fusilar ni confinar a ningún reo sin previo proceso y sentencia legal.

Artículo 30. –Habiéndose hecho costumbre el pernicioso vicio del robo, para cortar de raíz este grave mal se impone la pena a todo el que incurra en él, desde le valor de un peso, ochenta azotes por la primera vez; y a los que reincidiesen se les aplicará penas más fuertes, las que señalará el Poder Ejecutivo, como también a los malos jueces que disimulen esta clase de delincuentes.

Artículo 31. –Queda privada la extracción de toda especie de hacienda hembra, y sólo lo macho podrá extraerse pagando el derecho de tres reales por cabeza de ganado vacuno, y del cabalgar manso o chúcaro, cuatro reales, y por el lanar un real.

Artículo 32. –Será de deber del Poder Ejecutivo, inmediatamente de su recepción, proveer en persona idónea el empleo de comandante general, como tan necesario en las actuales circunstancias; cuyo sueldo será, estando en ejercicio activo de su empleo, el de treinta pesos mensuales, y en tiempo de quietud sólo será de quince pesos.

Artículo 33. –Por ningún pretexto se deberán ocupar e el servicio militar a los propietarios ni a sus capataces, a no ser en los casos de invasión del enemigo bárbaro.

NOTA: Los sacerdotes nombrados en la comisión al abrirse la sesión del artículo 10 del capítulo 3º, sobre si debía imponerse pena de muerte a la persona que atentase por medio de revolución contra el Supremo Gobierno de la provincia, se retiraron diciendo que el espíritu de lenidad de su carácter y ministerio no les permitía concurrir a la imposición de esa pena.

Habiendo presentado a la Honorable Asamblea la comisión nombrada el Reglamento provisional de que fue encargada, y se discutió artículo por artículo su conveniencia, acordó en cuanto al artículo 2º del capítulo 1º se devuelvan los diezmos a la Iglesia desde el remate siguiente, pero que los pertenecientes a este año se cedan al Estado, en razón de haber gastado parte de ellos y necesitar de la otra parte para auxiliar la defensa contra el enemigo bárbaro que amenaza invadir la provincia. Asimismo acordó, en cuanto al artículo 32 Capítulo 3º, que el sueldo del comandante general de armas deba ser el que le asigne el Supremo Gobierno con acuerdo de la Sala de Representantes.

Y siendo de la aprobación de los señores representantes todos y cada uno de los artículos contenidos en el expresado Reglamento, dijeron que lo sancionaban y mandaban se cumpliese fiel y legalmente por todos los individuos de la provincia, que se publique en esta ciudad en los lugares de estilo para que llegue a noticia de todos, y a la jurisdicción se manden copias legalizadas por el Gobierno Ejecutivo a los jueces de los partidos, para que del mismo

modo lo manden publicar, obedecer y cumplir. Y para su constancia lo firmaron en ocho días del mes de enero de mil ochocientos treinta y dos.

Juan Lamas – Fray Francisco Gayoso – Fray Baltasar de León – Tomás Barroso – José Leandro Cortés – Juan Vilchez – Juan Anselmo Garay – Pablo Lucero – Pascual Bailón Ferreira – Rufino Calderón – José María Funes – Estanislao Bargas – Gumersindo Pérez – Hilarión Miranda – Félix Rodríguez de Romero – José Manuel Atencio – Isidro Capdevila – Eugenio Panelo – José León Gallardo – José Fernández – Pedro José Arabena – Martín Peralta – Francisco Javier Bustos – Ignacio Suárez – Pedro Celestino Alfonso – Bernabé Balenzuela – Juan Esteban Funes – José Hilario Sepúlveda – Andrés Alfonso – Pedro Herrera – José Olallo Cabral – Juan Pereira – Rafael Panelo – Ignacio Suárez – Laureano Alfonso – Pedro Nolasco Pedernera – Pedro Jacinto García – Rufino de Flores – Por el señor Presidente (Fray Benito Lucio Lucero), Pío Solano Jofré – Cornelio Lucero, Secretario.

La expedición al desierto

Con toda energía, en los primeros días de enero de 1833 la Junta Gubernativa comenzó a reunir los elementos necesarios para la expedición que debía marchar contra los indios. En las instrucciones impartidas a los comandantes principales de la jurisdicción se establecía: “al individuo que se niegue a franquear la porción de auxilio que se le determine, le aplicará usted el duplo, tomándolo usted a sus satisfacción y valiéndose de los medios que estime convenientes, y su persona será remitida bajo la más segura prisión y a disposición de la Junta”. Se recomendaba hacer entender a los habitantes “que el excelentísimo señor general don Juan Facundo Quiroga es quien va a dirigir la guerra contra los bárbaros y él es quien exige de la provincia de San Luis por un presupuesto que contiene los hombres, armas y demás elementos de guerra necesarios”. Y aún se añadía:

> “Les hará usted entender, igualmente, que la Junta Gubernativa no ha de retroceder del juramento que ha hecho ante Dios y los hombres de no perdonar sacrificio, ni el de su vida misma si fuese necesario, para afianzar el reposo y seguridad de todos sus ciudadanos”.

Al cuidado del comandante general don Jorge Velasco, la división puntana inició su instrucción el 15 de enero en el campamento del Trapiche, pero la mala temperatura y la falta de medios para evitar la deserción obligaron a trasladar la fuerza al cuartel de la ciudad. Mientras tanto, en la Estancia Grande don Cornelio Lucero recibía las contribuciones de ganado vacuno, así como las mulas de silla y carga, “gordas, con los aparejos, látigos y demás necesarios, bien aperados”. Como un testimonio de la diligencia con que se actuaba, el 28 de febrero la Junta remitió a Mendoza doscientos cincuenta novillos pedidos por Quiroga y conducidos por el coronel Prudencio Vidal Guiñazú, su hombre de confianza.

Desde el desierto no dejaban de ser vigilados los aprestos militares y algunas partidas – nó sólo los indios, sino también de cristianos alzados – incursionaron las márgenes del río Quinto abajo, corriendo a milicianos desprevenidos y apresando mujeres que cosechaban fruta en la huerta de los Poblet. Los merodeadores llegaron hasta el paraje de las Pulgas, alarmando a la gente de don Laureano Alfonso, quien con reiterados partes informó a Calderón de estas provocaciones.

* * *

Como General en Jefe del Ejército del Centro, el 19 de febrero don José Ruiz Huidobro avisó que la División Auxiliar emprendería la marcha para San Luis el 22, por lo que recomendaba establecer en el Desaguadero una balsa para pasar los armamentos y las municiones, a la vez que pedía se pusiesen cuarenta reses en la Represa. El 22, desde su cuartel general en el Retamo, Ruiz Huidobro comunicaba que la División llegaría a esta ciudad el 4 de marzo para continuar su marcha al fuerte de San Lorenzo, "donde deberá reunirse el total de las fuerzas que deben componer el Ejército de Operaciones del Centro". En dicha comunicación expresaba que el contingente puntano debía hallarse "aprestado de todo para emprender su marcha a segunda orden" y pedía a la Junta "que se dignase ordenar se dispongan los pastos y alojamientos que deben ocupar las cabalgaduras e individuos de la División de los Andes".

Ya en San Luis, el 6 de marzo, Ruiz Huidobro reclamó la entrega de todo cuanto figuraba en el famoso presupuesto de Quiroga:

> "Cien hombres de caballería y ciento de infantería, con los jefes y oficiales correspondientes, bien armados, con las armas respectivas, y cuatro caballos por hombre los primeros y tres los segundos, las correspondientes cananas y cartucheras. Cinco mil tiros a balas de fusil. Tres mil de carabinas. Seiscientas piedras de repuesto. Setecientas cincuenta cabezas de ganado vacuno de la mejor calidad y gordura.
>
> Treinta y cinco mulas de silla y carga y los aparejos necesarios para conducir las municiones".

Asimismo, para mantener una correspondencia activa con el gobernador de la provincia de Buenos Aires y el director de la guerra contra los bárbaros, pidió Ruiz Huidobro el establecimiento de postas, "particularmente en los puntos del Portezuelo, Morro, Río Quinto, Represa y Puente de Desaguadero".

El contingente de San Luis inició la marcha el 6 de marzo y el domingo 10 todas las fuerzas se encontraban acampadas en el Paso del Torero, a orillas del río Quinto. Allí el general Ruiz Huidobro proclamó brevemente a los soldados:

> "¡Compatriotas! La sangre de vuestros hermanos, atrozmente derramada, reclama venganza. Las fatigas, las privaciones que habéis sufrido por tener una patria libre, no son suficientes aún; es necesario un nuevo sacrificio, una nueva constancia para lograr la tranquilidad que habéis apetecido por apremio de vuestros servicios.
>
> ¡Soldados! Vamos a abrir la campaña contra la barrera que han respetado trescientos años, vamos a demostrar al mundo, todo lo que son los argentinos, lo que pueden los resueltos, hasta la fecha invencibles, los discípulos del gran Quiroga".

Más, de tales discípulos, no todos eran fieles, pues preferían la fuga a la pelea. Tanto, que el gobierno debió impartir urgentes y severas instrucciones:

> "Es de necesidad que los jueces desplieguen toda su actividad en perseguir a todos los desertores de la División que marcha contra los bárbaros. Estos hombres que, después de vestirlos y pagarlos el Gobierno para que presten sus servicios a su propio país abandonan esta obligación sagrada desertándose y después de dar este mal ejemplo a los virtuosos patriotas que marchan a escarmentar a los bárbaros, ellos se quedan para andar de vagos talando nuestros campos y robando cuanto tienen los vecinos que viven de su trabajo y que con sus intereses ayudan a los esfuerzos del Gobierno para salvar el país. Es preciso, pues, limpiar la provincia de esta casta de hombres tan perjudiciales y que en nada podrán ser útiles jamás. En esta virtud, el Gobierno ordena a usted que, en el momento de vista ésta, reúna una partida y persiga a muerte e todos los desertores que se hallen en su distrito o que pertenezcan a él… y al que se resista le rendirá usted la vida en el acto mismo de su resistencia. Al vecino que se le justifique que oculte algunos de estos malvados o que de algún modo los alcahuetee, les hará usted entender que deben perder todos sus bienes, y los remitirá presos; y sí el Gobierno nota en usted alguna falta de cumplimiento de todo lo contenido en este orden, usted responderá con su persona y bienes… A todo hombre de desconocido que se encuentre, lo remitirá usted preso, porque es probable que se muden en nombre estos malvados".

* * *

El lunes 18 de marzo Calderón anunciaba por bando los buenos resultados de los sacrificios hechos por los puntanos para equipar la División expedicionaria, repitiendo el parte que Ruiz Huidobro datara en su cuartel general en marcha el 16:

> "En este instante, que es la una del día, acaban de ser batidos los indios de Yanquetruz y sus aliados en número al menos de ochocientos. Hasta la presente existen en nuestro poder parte de la caballada enemiga, y el Regimiento de Auxiliares continúa en su persecución. Este incidente me priva de pasar el parte detallado, pero lo haré tan luego como reúna los pormenores".

Por el mismo bando se indultaba de la pena de muerte a "todos los desertores de la División de esta provincia que ha marchado y triunfado ya sobre los bárbaros", pero también se advertía que "los que así no lo cumplan presentándose hasta el día 5 del mes entrante de abril, quedan condenados a ser pasados por las armas inmediatamente que se consiga su captura, lo que será ejecutado irremisiblemente".

El combate de las Acollaradas ha sido narrado así por el general Ruiz Huidobro en el parte que el 17 de marzo de 1833, desde la laguna del Testú, remitió el ministro de la Guerra de la provincia de Buenos Aires:

"Informado el infrascripto que para pasar desde Sovén al Cuero era necesario hacer su marcha por una travesía bastante considerable, siendo ésta menor que la que tenía a la laguna del Recado, resolvió dirigirse a Leplep, supuesto que desde allí se hallaba en aptitud de realizarlo sin este obstáculo. Por otra parte, las cautivas fugadas de los toldos, al mismo tiempo que una comunicación del General de la izquierda, le avisaban de un modo positivo la incursión en la luna entrante a la provincia de Córdoba, e instruido debían hacer su reunión en el dicho punto.

El 16, a las tres de la mañana, emprendió su marcha desde Sovén a aquel destino, precedidas de los flanqueadores de la escolta y el escuadrón de dragones de la Unión. A las 6 de la mañana, cuando el infrascripto marchaba con su Estado Mayor y los cinco descubridores de vanguardia explorando el campo abierto, sorprendió una parte como de veinte indios que se hallaban en la laguna del Corral de Marín, la que a pesar de la precipitación con que fue cargada, se entregó a la fuga, sin que sufriese la menor pérdida.

Desde este mismo instante fue reforzada la descubierta y ordenado el resto de la fuerza, mudase en la caballada de tiro y redoblase su marcha, lo que verificó hasta llegar a la parte del sud de las Acollaradas, donde avistada que fue la indiada, dispuso el que firma se colocase el batallón de defensores, mandado por el señor coronel don Lorenzo Barcala, formado en cuadro al frente de la línea, el Regimiento de Auxiliares mandado por el señor coronel don Pantaleón Argañaraz al costado derecho y el de Dragones Confederados por el señor coronel don Francisco Reynafé a la izquierda, ambos en columna cerrada por escuadrones y alineados sus primeros con la cara interior del batallón de Defensores, pero a 75 u 80 toezas separadas de él y con orden de formar cuadrado en caso necesario, y de modo que, aunque rompiesen el fuego por sus cuatro frentes, los cruzaran y no pudiesen herirse. La escolta del infrascripto y el escuadrón de Dragones de la Unión a las órdenes del coronel don Prudencio Torres, formaron en batalla a retaguardia de la línea para proteger las haciendas.

En este estado subieron los enemigos la loma que los ocultaba, dejándose ver en todo número más de ochocientos, los cuales cargaron a todas direcciones con la impetuosidad y denuedo propio de los que han sabido infundir el terror en las provincias fronterizas; de modo que las columnas de los flancos se vieron en la necesidad de echar pie a tierra y formar sus escuadrones. Pero ni el fuego vivo de la mosquetería, ni los repetidos tiros a metralla de artillería, podían detenerlos de continuar su intento, cual era la desorganización de los cuadros, hasta que por último lograron romper el de Auxiliares, que se rehizo en el acto.toezas

En vista de esto, ordenó el infrascripto cargarse el cuerpo de reserva y poniéndose el que habla a la cabeza de 31 hombres que componían la guerrilla, hizo cargar a los que se hallaban a pie; ordenando al mismo tiempo al coronel Don Pantaleón Argañaraz aprovechase el primer momento en que los indios fueran a tomar sus caballos y los cargasen con denuedo; resultando de este movimiento el arrollo de la izquierda y centro del enemigo, quedando siempre muy empeñados los dos frentes de nuestro cuadro izquierdo, el que tan

luego como lo permitió el enemigo fue franqueada la derecha de él por el primer escuadrón de Auxiliares, a las órdenes del coronel don Matías García, cuyo movimiento produjo el que , vacilando los indios en su atención, hiciesen un movimiento retrógrado, en cuyo momento ordenó el que habla al coronel Reynafé los cargase de frente con todo su regimiento. Desde este momento empezó el enemigo a retirarse en todas direcciones, disputando el terreno que perdía palmo a palmo, hasta que reunida la división Torres acudía donde era más necesaria su concurrencia, y veían la aproximación del cuadro de infantería que avanzaba a pie y a paso vencedor, sosteniendo la caballería.

Para demostrar a vuestra excelencia la obstinación de los bárbaros, bastará decirle que seis horas han transcurrido en continuadas cargas, sin que las tropas de mi mando hayan podido avanzar una legua de terreno; y esta misma demostración servirá para acreditar suficientemente la bravura y entusiasmo de toda la caballería, que no ha necesitado más órdenes que ver el mayor peligro para acudir a él. Por último, convencido el enemigo de su impotencia contra los que han jurado perecer o afirmar la tranquilidad de su patria, se entregaron a la fuga, arrojando sus lanzas y dejando el campo sembrado de cadáveres.

Ellos han sido perseguidos en todas direcciones a distancias considerables, y su pérdida es de 160 muertos e infinitos heridos. Entre los primeros se encuentra, a diez varas del cuadro de infantería, el ponderado Pichún, y por el reconocimiento hecho por un cautivo que se halla en nuestro poder, tres hijos de Yanquetruz. Este mismo cautivo asegura en sus declaraciones ser esta indiada reunida por Yanquetruz para la incursión indicada, y que entre ella conocía a los caciques Carragué, Painé, Eglanz, Pichún, Calquín, Yanquetruz y otros que no sabe sus nombres; que éstos habían traído consigo todos los indios que había en sus tolderías, no dejando más que la chusma. Setecientos y más caballos se hallan en nuestro poder y nuestra pérdida ha sido la de doce muertos del Regimiento de Auxiliares y tres dragones confederados de Córdoba; 23 heridos del primero y 11 del segundo regimiento, 2 dragones de la Unión".

El teniente Vicente Firmapaz, que formaba parte de las fuerzas puntanas relata la acción con estas sencillas palabras:

"El 16 del corriente, a las diez del día, se encontró el ejército nuestro con la indiada de Yanquetruz; iba en marcha a invadir a esa infeliz provincia, acaso a sacar lo poco que han dejado; pero fue desgraciado y nuestras armas vencedoras sin perdida de un solo hombre; sólo a Tomás Quiroga me lo hirieron, pero no cosa de peligro; pero muchos cobardes se dispersaron, validos de esta ocasión, acaso para lograr la ocasión de desertarse e ir a poner acaso en movimiento esos vecindarios".

* *

En una larga carta fechada el 2 de abril, don José Gregorio Calderón informaba a Quiroga haber negociado dos mil pesos en la provincia, "para con ellos dar sueldos a la División que de ello debía marchar al Sud". Explicaba que el dinero se había conseguido "por medio de un empréstito que se pidió a varios vecinos de la provincia, con cargo de reintegro cuando el estado de ella mejorase de suerte, y parte con donativos voluntarios de los vecinos, y parte de los fondos del Estado". Y tras detallar minuciosamente los pagos efectuados, decía el presidente de la Junta:

> *"El presupuesto que S. E. dirigió a este Gobierno ha sido llenado completamente, como lo demuestra la siguiente relación. La División ha sido completa de monturas, frenos y espuelas, correaje, municiones y armas de ambas clases, infantería y caballería. Se ha repartido de a una pieza ponchillos y frazadas, un vestuario completo, igualmente mochilas y valijas, como asimismo chifles en defecto de caramañolas. Caballada se ha entregado a la División 917, como consta de las partidas entregadas y sus correspondientes recibos, que obran en este Gobierno, y 150 que ha llevado la milicia. Las mulas y aparejos fueron igualmente entregadas y consta de recibo. El contingente de ganado se ha invertido del modo siguiente: 250 cabezas que condujo a Mendoza el coronel don Vidal Guiñazú; el sobrante se ha mantenido la División de esta Provincia y la de Auxiliares hasta que se internó a tierra adentro y sólo quedó un resto del cual se ha abonado a la provincia de Córdoba 125 cabezas que ésta le decía, quedando últimamente 80 cabezas, las que se han puesto en San José del Morro para proveer de carne al destacamento que se conserva en el fuerte de San Lorenzo y a la gente que ocupa el capitán don Melchor Núñez en el cuidado de la caballada que ha puesto en invernada el señor general Ruiz en el Oratorio, márgenes del río 5º. Todo el tiempo que permaneció la División acantonada, fue socorrida de tabaco, papel y jabón, y aún se le dio un repuesto para su marcha de 1.600 mazos tabaco, 11 resmas papel y una carga de jabón".*

Sin embargo, San Luis tenía que continuar demostrando su temple heroico. Pocos días después – el 6 de abril – el gobierno oficiaba a Facundo:

> *"Hallándose la Junta Gubernativa en los mayores apuros para remitir al señor general en Jefe del Ejército de Operaciones del Centro don José Ruiz Huidobro el auxilio que le pide de 250 caballos, ganado y la remisión de los desertores que se han podido conseguir, se ha presentado el señor comandante don Juan Francisco Oyola – Loyola – en comisión con el gobierno de la provincia de Mendoza para comprar caballada en ésta. Por conducto de dicho comandante ha recibido la Junta Gubernativa una nota del señor Ministro de Gobierno, en la que dice tiene encargo de S. E. para comprar caballada en todas direcciones; y cumplir este encargo dice manda al comandante Oyola de esta provincia y encarga al gobierno le franquee los auxilios necesarios ni de qué calidad ni el precio a que los solicita, se le preguntó al comisionado qué número de caballos necesitaba para cumplir su misión, dijo que era indeterminado, pues era mucha la que necesitaba y tenía orden de comprar cuanto pudiera. Preguntándole de qué calidad eran los caballos que solicitaba, dijo que mansos, sanos de pies y lomo y en el mejor estado posible de gordura, y que no podía comprar por ningún precio caballo que no fuese de esta calidad. Se le*

preguntó el precio a que tenía orden de pagar la caballada que solicitaba, dijo que de 4 pesos para abajo hasta donde pudiese.

Viendo, pues, la Junta Gubernativa que después de haber decretado la protección absoluta de este artículo considerado como de guerra y el de primera necesidad – pues sin él no podrá llenar los compromisos en que por orden de S. E. está con el señor general del Jefe del Ejército de Operaciones del Centro – y notando que los vecinos que poseen este artículo quisieran librarse de él por no perderlo dándole de auxilio al gobierno siempre que la División lo necesite, ha creído el gobierno que en estas circunstancias se debe guardar una regla de proporción, y es la que V. E. se remedie del número de caballos que precisamente necesite y que la provincia quede con movilidad y en aptitud siempre de socorrer al señor general Ruiz siempre que lo solicite, pues a más de la caballada que es necesaria para remitir los auxilios que ahora se le preparan, ordena que se ponga en el Agua Dulce un destacamento, el que debe estar provisto al menos con tres caballos por hombre. El del fuerte de San Lorenzo, idem. Dice que se provea y habiliten nuevamente todas las postas que antes había en la provincia y así se está verificando, aunque sólo con la calidad de postas militares para correos y demás comunicaciones. Dice también que la gente que se ocupa en las caballadas que ha mandado invernar, se sirven con caballos de la provincia. Encarga también que cuando lleguen los vestuarios que el gobierno de Buenos Aires ha facilitado a este gobierno para la división que tiene en campaña, le sean remitidos inmediatamente: para esto también se necesitan caballos. En fin, la provincia necesita de tener siempre lo preciso para su movilidad y el gobierno tiene que recurrir a la última regla de economía como la más esencial para la conservación del país, y es por lo que suplica a S. E. tenga la bondad de decirle el número de caballos que precisamente necesita, su calidad y el precio que éstos deben tener, para facilitarle al comisionado toda la provincia para que los busque y a su satisfacción los compre".

Esta larga y fatigosa trascripción pretende mostrar aspectos que ahora suelen ser olvidados por quienes, más que historiar, enjuician tiempos y hombres que apenas vislumbraron desde su endeble cátedra. Particularmente nos interesa revivir el quehacer de las autoridades puntanas y recordar cómo dialogaban con el brigadier famoso. Ellos sabían decirle no, aunque también le prodigaran melifluas palabras:

"A la Junta Gubernativa de la provincia de San Luis y a todos los habitantes de ella, les es muy satisfactorio cumplir exactamente en cuanto se conozca ser del interés de S. E., pues todos están persuadidos del gran empeño que tantas veces ha manifestado en aliviar las desgracias que han afligido a estos infortunados habitantes; pero ellos sabrán gravar en sus corazones, de un modo indeleble, la gratitud que deben a S. E. como su más singular bienhechor".

* * *

Galanos escritores sostienen que “el general Huidobro, al frente de la División del Centro, entra a fines de abril en Villa del Río IV”. Sin embargo, el 5 de julio, desde su cuartel en Tromén, el vencedor de las Acollaradas comentaba un nuevo combate con los indios y decía: “El encuentro del 28 ha librado a la benemérita provincia de su mando de la incursión que iba en marcha sobre la frontera por el mismo rumbo de la anterior del 16 de marzo”. Y seguidamente manifestaba a Calderón: “El infrascripto deberá permanecer en este punto hasta recibir las caballadas y auxilios de Mendoza, y el excelentísimo señor Presidente puede dirigir a él sus comunicaciones por San Lorenzo al Cuero, donde serán recibidas en este cuartel general”. Y en ese paraje permanecía el 28 de julio, cuando expresaba que, de acuerdo con las órdenes de Quiroga, el contingente de San Luis debía marchar al punto que el gobierno puntano resolviera.

Quedaba, de este modo, concluida la expedición al desierto, que obligó a suspender la vigencia del Estatuto Provisional para exigir más sacrificios a los habitantes de esta tierra que no quería morir. Y si fue magra la cosecha de laureles sobre las indiadas del sur, no faltaron destellos de esperanza a lo largo del quehacer puntano de ese tiempo de zozobras, miserias y contratiempos.

Algunos vecinos emprendieron labores mineras en la Carolina, en tanto que otros poblaron estancias en parajes no frecuentados por los indios. Los desertores, convertidos en gauchos, sembraron altiveces y rebeldías pero no lograron apagar el parpadeo de la cartilla, celeste y vivo en escuelitas que alzaron su reclamo en la Piedra Blanca, en Quines y en Cortaderas, con el mismo fervor que en la ciudad de la Punta. Como otra llama heroica, cada posta fue baluarte y querencia a lo ancho de la tierra galopada. Junto a los postes del corral, bajo el alero desplegado en ala de fe, la soledad forja el bronce de los maestros del camino y las jarillas amarillean con el polvo de sus nombres: don Bernardo Sosa, doña Jacinta Domínguez, don José Fernández, don Román Quiroga, don Rufino Natel.

¿Y quién se va a acordar de doña Carmen Lucero, que cocinaba para Facundo y el general Ruiz? ¿O de aquellos trompas que tocaron “en memoria del triunfo que se consiguió en la Ciudadela del Tucumán? ¿O de aquel Santiago Morales, que anduvo de baqueano con el Ejército de Operaciones?

Aquellos hombres y mujeres, los que nombramos y los que nos dictan desde su polvo ignorado las ásperas palabras que escribimos con amor y dolor, todos ellos viven en los viejos papeles que prefieren ignorar los cómodos, los ahítos tejedores de nubes. Papeles que, como este que transcribimos, testimonian el vigor de una estirpe y dan fe de un sacrificio, de un martirio que todavía no ha terminado: Lo escribió el gobierno de San Luis el 17 de mayo de 1833 y dice así:

> *“La Junta Gubernativa ha sido impuesta de la nota que en combinación le dirigen los excelentísimos gobiernos de Mendoza y San Juan datada en el 16 del próximo pasado abril y por el espíritu de ella ha visto cuan distantes habían estado de las necesidad, justicia y sana intención con que ha obrado en la materia sobre que se versa dicha comunicación, como se verá de las observaciones siguientes.*
>
> *La provincia de San Luis principio a sufrir las incursiones y desolaciones por los salvajes del Sud desde mucho antes que estallase el aciago acontecimiento del 1º de diciembre de 1828 por los feroces caudillos de los unitarios, cuyas funestas consecuencias se han hecho sentir más en la provincia de San Luis que en ninguna otra de las argentinas en razón de ser la generalidad de sus habitantes tan decididos por la sagrada causa de la libertad de los pueblos. En todo el período fatal que fue dominada la provincia de San*

Luis por los unitarios sufrió generalmente la más terrible devastación en sus intereses y en la vida misma de sus habitantes, al mismo tiempo que los salvajes la devoraban por otra parte impunemente.

Terminó, al fin, felizmente la guerra civil por los inimitables y heroicos esfuerzos que el señor brigadier general don Juan Facundo Quiroga hizo en la memorable jornada de la Ciudadela del Tucumán, más no fue bastante este afortunado acontecimiento para que terminasen las desgracias de esta provincia, pues no faltaron motivos que dividiesen los ánimos de sus hijos, ocasionando sus desavenencias parte de la ruina de su país; y en este ínterin los bárbaros del Sud, aprovechando la ocasión, penetraron la provincia hasta el extremo de haber cuasi concluido con las vidas e intereses de ella.

En este extremo de desgracias, se reunieron los pocos hombres que quedaban para resolver definitivamente sobre la terrible suerte que les esperaba sino desplegaban todo su celo y patriotismo para ponerse a cubierto del inminente peligro que les amenazaba y entonces resolvieron la creación de la presente Junta Gubernativa, a quien encargó la provincia su defensa, libertad, conservación, y seguridad, y ella prometió no perdonar sacrificio alguno, ni el de la vida misma, para cumplir con tan sagrado encargo, y para verificarlo tocó todos los medios que estuvieron en la esfera de su prudencia.

El primero fue dirigir una comisión al excelentísimo señor brigadier general don Juan Facundo Quiroga implorando su protección y auxilios; su magnánimo corazón se penetró de este lastimoso clamor y franqueó a esta provincia cuantos auxilios estuvieron en la esfera de su posibilidad y dijo a la Junta gubernativa que los esfuerzos parciales no podrían ser tan eficaces como él lo deseaba y era de necesidad para la provincia, y que podía la Junta Gubernativa manifestar a todas las provincias hermanas su infeliz y afligente estado e implorarse de ellas sus auxilios para ponerse fuera del lamentable estado a que se hallaba reducida.

La Junta Gubernativa dio este paso hacia las provincia de toda la República, dirigiéndose a sus gobiernos por notas oficiales; recibió los contestos a todas ellas y el resultado fue que algunas se franquearon con generosidad, otras con menos y algunas con nada en razón de sus circunstancias; más dichas franquezas no fueron las suficientes para llenar las inmensas necesidades que la afligían.

Agotados, pues, todos sus recursos y sujeta ya a sólo ellos mismos, se vio en la necesidad de buscar dentro de la misma provincia los recursos para subsistencia, pues le era tan interesante como a todas las demás provincias hermanas, pues en su ruina habría envuelto a las demás, mermando el número de las que componen la gran familia argentina y obligándolas, por caridad, a que diesen asilo y lo demás necesario para la vida a innumerables familias y personas necesitadas, y todas habrían tenido que echar de menos sus producciones, pues creado para la comodidad y seguridad del tráfico de sus intereses por esta provincia. Esto es confesar siempre las han necesitado y hasta el presente se sirven de ellas, y les haría falta igualmente esta porción consumidora de sus frutos y tendrían que establecer a sus costas todo lo necesario para hacer el tráfico por este territorio.

La Junta Gubernativa, ansiosa de evitar esta horrorosa catástrofe e igualmente que restituir a la provincia su antiguo ser y dignidad, puso en ejercicio todos los recursos necesarios a tan gran empresa y entre los infinitos de esta clase fue el de establecer el

derecho de un real por carga de comercio que traficase por esta provincia y doce reales por carreta cargada de artículos comerciales que traficase por ella; este derecho fue establecido sobre un real que antes de esta época fatal pagaban las primeras y ocho las segundas.

La Junta Gubernativa, habiendo visto que antes de su creación, habían arrebatado impunemente los salvajes inmensa porción de intereses de las provincias de San Juan y Mendoza dentro de su mismo territorio, sentía este mal que recibían estas provincias hermanas como el de esta misma, y entonces puso todos los remedios necesarios a este mal; y tan feliz ha sido su aplicación que, desde entonces hasta la fecha, no tienen motivo alguno para quejarse las provincias de San Juan y Mendoza de haber recibido el más pequeño quebranto en los intereses que trafican por ésta. Esta verdad está justificada con el hecho mismo.

El Gobierno protege estos intereses por cuantos medios le es posible y el resultado ha correspondido hasta aquí a sus esfuerzos, y encuentran en su provincia todos los auxilios necesarios para hacer su tránsito por ella. He aquí el interés que ha tenido la Junta Gubernativa y la justicia que ha tenido presente para el establecimiento de los mencionados derechos, impuestos nuevamente pero con la calidad y precisa condición de ser abolidos en el momento mismo que desaparezcan los motivos que tan justamente dieron lugar a esta medida, a la que la Junta Gubernativa dará su más puntual cumplimiento de abolición en su caso.

La Junta Gubernativa cree haber demostrado suficientemente no estar poseída del avaro deseo de aumentar la riqueza del erario de su provincia con un superfluo perjuicio de las demás hermanas pues la Junta Gubernativa no disfruta estas sustancia y sólo la invierte en bien de esta provincia y proporcionalmente de la de San Juan y Mendoza pues la conservación de ésta les es tan útil, y si incrementa le será mucho más, ni menos estar poseída de la triste idea de lacerar los derechos de cada un pueblo tiene de sí, ni de cometer abusos de la autoridad que ejerce, como lo dicen los excelentísimos señores Gobernadores en su citada nota, ni menos coartar los derechos peculiares de sus pueblos ni de obrar en ningún sentido hostil hacia ellos, y que está muy distante de oponerse a los principios de evidencia tan notoria como los que se expresan en su nota, ni de llegar al caso de que las vías de hecho decidan de estas materias, pues sería librarlo todo al poder del más fuerte y no al de la justicia y equidad que debe obrar entre pueblos hermanos, pues sabe cuánto importa la paz entre ellos y que deben considerarse como miembros de una misma familia, y los males que le resultan cuando esa paz es turbada, y que su bienestar es el de todos, deben obrar de mancomún, y con preferencia a todo bien particular.

Los excelentísimos gobiernos de San Juan y Mendoza dicen a la Junta Gubernativa de San Luis que cuáles son los nuevos establecimientos que ha creado para la comodidad y seguridad del tráfico de sus intereses por esta provincia. Esto es confesar que, si la Junta Gubernativa ha hecho esta obra, es justa la imposición de los nuevos derechos y más cuando ni son enormes, como se dice. Ella ha formado lo que ha creído necesarios, como lo han sido y son hasta ahora, pues desde entonces se habilitó y aseguró la ruta principal que antes estaba obstruida, puso al pie del cerro del Morro un destacamento de cincuenta hombres para proteger el tráfico, así de los salteadores como de los indios, correr el campo al Sud para dar avisos oportunos a los traficantes y prevenirlos de cualesquiera peligrosos que les amenazase. Iguales órdenes tenía el destacamento de la frontera de San

Lorenzo, situada en el paraje del Médano, y del mismo modo el destacamento del cerro de Varela e igualmente la guarnición de este pueblo. Y ha llegado caso en que el Gobierno ha tenido que entrar dentro de la plaza las carretas de Mendoza para asegurarlas de la invasión que amenazaba entonces, e igual recomendación y órdenes tenía el destacamento que mantuvo en Chaján hasta que las milicias de Córdoba se encargaron del cuidado de aquel punto.

La Junta Gubernativa estrecho sus relaciones con el gobierno de Córdoba y se franquearon ambos su ayuda para defender sus territorios de los salvajes. El comandante de la Villa del Río 4º ha avisado siempre con prontitud a la Junta Gubernativa toda noticia de peligro que adquiere con respecto a los salvajes, y ambos se han alarmado y dispuesto para la ayuda que se tienen prometido. La Junta Gubernativa, a su vez, hace lo mismo que el primero y ha provisto todas las postas de su provincia del mejor modo posible, pues ya no existía ninguna de ellas a pesar de la terrible falta que hacían a los pueblos de Mendoza y San Juan y demás de la República. Así se ha hecho la comodidad y seguridad posible, que ciertamente ignoraban sus excelencias había proporcionado la Junta Gubernativa al tráfico que todos los pueblos hacen por éste.

Ella se considera con igual justicia a llamar la atención de los excelentísimos gobiernos de Mendoza y San Juan sobre las verdades y razones irrefragables que les hace presente y por ellas se persuadirán de que no existe en la realidad el motivo de queja que ha dado lugar a su protesta. Por otra parte, no habiendo entre los pueblos de la República Argentina ningún tratado ni ley que haya puesto en claro los derechos comerciales y demás que a cada uno le pertenece, así es que todos libremente a su vez han establecido todos los impuestos que han creído necesarios para hacer su conservación, y los gobiernos han tenido que sostenerlos por ser éstas una de sus principales obligaciones, y los pueblos todos han tenido que respetar la necesidad que cada uno tiene de existir, pues esto les interesa más a todos que cualesquiera pequeño perjuicio que se hayan llegado a inferir. Siempre se han disimulado esto unos a otros, porque así lo exige la hermandad y política en las presentes circunstancias, pues ciertamente los pueblos todos han guardado este prudente silencio y se han reservado el reclamo de la suspensión de estos impuestos para cuando ellos estén fuera de la necesidad que ahora tienen de ellos para su subsistencia.

El ejemplo siguiente justifica las verdades dichas. Desde las gargantas del Perú ruedan carretas y se arrean recuas de mulas cargadas hasta la plaza de Buenos Aires, y en todas las provincias que tocan en su tránsito sufren derechos más crecidos que los que se han establecido en la provincia de San Luis; y hasta ahora no hay un ejemplar que haya aparecido queja ni protesta alguna a este respecto, con lo que se prueba que unos a otros se respetan por sus necesidades y que saben apreciar más la subsistencia de cada uno que el pequeño interés con que a su vez se ayudan para hacerla, pues la conservación e incremento de unos pueblos hacen precisamente la de los otros.

También es digno de no olvidar que las mulas que produce esta provincia se emplean también en las recuas y demás servicios de las provincias de San Juan y Mendoza, e igualmente que los bueyes tiran los arados y carretas, los caballos sirven a su movilidad y las maderas sirven a construir sus carretas y además los robustos brazos puntanos ayudan a hacer sus abundantes cosechas, que esta provincia consume gran parte

de ellas y que los pocos recursos que ahora posee para su subsistencia, no deja de hacer parte a aquellos pueblos.

Actualmente se hallan en éste dos comisionados de aquéllos, que han sido enviados con el objeto de proveerse de caballos. A ellos se les ha proporcionado generosamente todo lo necesario para remediar su necesidad. He aquí unos oficios de verdadera hermandad y la justicia y necesidad que obliga a estos pueblos a vivir unidos, y es lo que apetece el gobierno de éste.

Así es que, los excelentísimos gobiernos de aquéllos hubiesen pedido primero explicaciones a la Junta Gubernativa sobre las razones que había tenido para establecer los nuevos y pequeños derechos de que hoy se hace mención, les habría dado de un modo el más sincero y amigable, y no habría habido lugar a que se formase tal vez malas voluntades por conceptos equivocados no más.

Pero la Junta Gubernativa espera que esta franca manifestación servirá tal vez para estrechar más y más, de un modo indisoluble, los vínculos de amistad, hermandad y buena inteligencia en que desea se conserve siempre esta provincia con la de San Juan y Mendoza e igualmente que con todas las demás que componen la República Argentina. Pero si aún los excelentísimos gobiernos a quienes se dirige no encuentran suficiente las explicaciones que da, para satisfacerle tampoco quiere sostenerlas con terquedad, persuadida de que no debe ser parte y juez en este caso; y más bien libraría, por su parte, la decisión de él al juicio imparcial de alguna de las demás provincias que no son parte en esto, pues no está distante de creer que siendo ella interesada por su provincia, quizás esta pasión pudiera privarle de los conocimientos necesarios para conducirse bien con respecto a los derechos de su provincia y de los de las demás con quién está obligada a vivir en perfecta armonía.

La Junta Gubernativa desearía que a las provincias de San Juan y Mendoza les fuese posible proporcionarle alguna suma capaz de subvenir con ella a las necesidades de ésta. Reconocería la deuda, y su reintegro lo haría en el momento mismo de encontrarse mejorada su suerte, y le sería eterna su gratitud a tan singular beneficio, y de este momento mismo la Junta Gubernativa suspendería los derechos establecidos nuevamente y aún los antiguos.

Con esto daría la última prueba de su desinterés y buenos deseos que la animan por el bien de las provincias de San Juan y Mendoza, pues la Junta Gubernativa se conformaría más bien con que la provincia de San Luis fuese deudora de la de Mendoza y San Juan, y no se conforma de ningún modo con que sea considerada como enemiga de aquellas".

FUENTES

- Archivo Histórico y Gráfico de San Luis.
- Archivo Parroquial de Renca, San Luis.

- Cárcano, Ramón J.: *Juan Facundo Quiroga*, Buenos Aires, 1931.
- Gez, Juan W.: *Apoteosis de Pringles.* Buenos Aires, 1896.
- Gez, Juan W.*: Historia de la provincia de San Luis*, Tomo I. Buenos Aires, 1916.
- Hudson, Damián: *Recuerdos históricos sobre la Provincia de Cuyo*, Tomo Segundo. Buenos Aires, 1898.
- Justo, Liborio: *Pampas y lanzas*. Buenos Aires, 1962.
- Lugones, Leopoldo (hijo): *Los argentinos y su historia interna.* Buenos Aires, 1962.
- Morales Guiñazú, Fernando: *Primitivos habitantes de Mendoza*. Mendoza, 1938.
- Núñez, Urbano J.: *Historia del Señor de Renca*. San Luis, 1953.
- Pastor, Reynaldo A.: *La guerra con el indio en la jurisdicción de San Luis*. Buenos Aires, 1942.
- Pastor, Reynaldo A.: *San Luis* (1810 -1832), en Historia de Nación Argentina. Vol. X, p.225. Buenos Aires, 1947.
- Saldaña Retamar, Reginaldo: *El obispo de Augustópolis*. Buenos Aires, 1937.
- Sosa Loyola, Gilberto: *La tradición jurídica de San Luis*. Buenos Aires, 1944.
- Suárez, Juan Francisco: *Novena de Nuestro Señor de Renca,* Córdoba, 1927.
- Vitulo, Alfredo C.: *Reseña histórica de Río Cuarto*. En Instituto Agrario Argentino, Año VII, Nº 42, *"Reseñas"*. Buenos Aires, 1947.

CAPÍTULO XII

EN EL CAUSE DE LA POLITICA ROSISTA

Los Auxiliares de los Andes

Cuando el coronel don José Gregorio Calderón asumió el gobierno de la provincia – el 26 de diciembre de 1833 – estaba bien al tanto de las penurias del terruño y conocía cuán pocas eran sus posibilidades económicas y defensivas. No ignoraba el temple de sus paisanos, pues con ellos había apuntalado el Ejército de los Andes y podía dar fe de sus sacrificios y de sus desgarramientos, así como también de sus esfuerzos para resistir el desolador embate de los malones. Alternando la espada con el libro de cuentas del pulpero, Calderón se dio tiempo para dialogar con sacerdotes y doctores, no por criollos menos bien inspirados. Si no le sobraba valor, era firme en la amistad y prudente en el discurrir. Hombre de hogar, tenía el valuarte de la fe y a través de ella servía a su tierra, a la que amaba con la silenciosa constancia de quien conoce sus dolores. Buscó en los capaces el consejo y la luz, porque no alardeó de sabio ni fue empecinado. Quiso la paz, pero no la amasó con sangre. Detrás del rótulo vulgar que le

prendieron sañudos escritores, más que una infecunda obsecuencia, su incomprendida pasión puntana.

A principios de febrero de 1834, el gobierno de San Luis autorizó a Rosas "omnímodamente, para que pueda entenderse y hacer con los caciques enemigos que amenazan esta provincia, bajo las condiciones de S. E. tuviere a bien imponerles". Expresaba entonces Calderón su confianza de que Rosas, conocedor del "estado lamentable a que la han dejado reducida los salvajes a esta provincia", haría a favor de ella "todo cuanto esté en la esfera de su posibilidad, a efectos de que sus habitantes puedan gozar de la tranquilidad que tanto apetecen".

El 12 de marzo, en forma conjunta, los gobernadores de Cuyo se dirigieron a Rosas manifestándole el estado de decadencia de sus provincias y afirmando que "si en tan aciagas circunstancias, no las patrocina la robusta mano de esa provincia opulenta, sin duda acabarán de arruinarse, especialmente la de San Luis". En consecuencia, para defensa de las fronteras y protección del tráfico, Molina, Ruiz y Calderón solicitaban el envío de una fuerza de unos 200 hombres "al mando de un jefe acreditado".

En este documento, se resumen así los méritos de infortunios de San Luis:

> *"Esta, laboriosa y rica al principio de la revolución que dio una nueva existencia a la República, tiene la gloria de haber agotado su tesoro en los continuos y prolongados sacrificios que a costado la guerra de la Independencia. Siempre fiel, siempre valerosa, su historia no ha sido manchada ni con la defección ni con la negligencia al llamamiento de la Patria en sus conflictos. Sus esfuerzos para sostener y auxiliar al Ejército de los Andes exceden al cálculo de los que midieron el poder de aquel pueblo por sus recursos naturales y no por el noble sentimiento que le domina; ningún pueblo le ha excedido su voluntad y su desprendimiento cuando se le ha reclamado su cooperación para las empresas que han salvado el honor y la vida de la República.*
>
> *Cuenta San Luis, entre sus más honoríficos timbres, el que, en el curso de 24 años, la sangre de sus hijos mezclada con la de sus hermanos, se halla derramada copiosamente desde de las márgenes del Yaguarón hasta el monte Pichincha, por la defensa de la Nación; y luchando unas veces contra los ejércitos extranjeros y otras contra las hordas de los salvajes que acometen sus fronteras, ha llegado al fin a apurar sus medios de seguridad y aparecer como un monumento solitario levantado en el desierto, para recordar los días de gloria de ciudadanos virtuosos y patriotas.*
>
> *En esta situación, se cree San Luis con derecho a invocar el socorro de las provincias confederadas, pero especialmente de la de Buenos Aires, con la que ha participado en la guerra de la Independencia, de sus triunfos y de sus desastres; amargada siempre de los salvajes, a pesar del imponente escarmiento que acaban de sufrir, no se cree a cubierto de los restos de bárbaros que, asilados en los bosques, han escapado a la persecución del vencedor. Sin el auxilio de alguna fuerza organizada, y sostenida por otra provincia, le será imposible principiar a reparar los estragos causados por las irrupciones salvajes; tendrá que ocuparse de su propia defensa, abandonando por ella todos los medios de producción; y debilitada de día en día, tendrá que sucumbir al peso de su miseria o a los empujes de los enemigos fronterizos, que sabrán aprovecharse de ella.*

Este suceso, fatal para toda la República, lo será mucho más para la de Buenos Aires que, ligada por vínculos poderosos con el comercio de Chile, San Juan y Mendoza, o tendrá que consentir que queden rotos para siempre – con incalculable daño de sus más vitales intereses - , o se verá precisada a una empresa mucho más valiosa que los que pudiera costarle la conservación de una fuerza de su dependencia en la frontera de San Luis.

La posición geográfica de aquella provincia reclama una preferente atención, como un territorio intermedio entre los demás pueblos de Cuyo y Buenos Aires sin cuya posesión no es practicable el intercambio comercial sin grandes gastos y peligros, como porque la fuerza que defendería a San Luis podría servir de base a las operaciones militares de la provincia de Córdoba contra los indios salvajes y, aumentando de hecho con seguridad, sería una barrera más levantada a la barbarie y el mejor estímulo a la industria de los puntanos".

Ante un pedido del gobierno de Buenos Aires para colaborar con la "conservación de la integridad del territorio de la República… y a la defensa de la benemérita provincia de Corrientes", el 11 de mayo contestó Calderón:

"La provincia de San Luis se halla tan angustiada, tan exhaustos sus recursos y tan deshecha por las depredaciones de los bárbaros que sólo el amor al país natal conserva algunos habitantes, agitados continuamente con el peligro que los amenaza. Los transeúntes no pueden menos que admirarse de la constancia de los habitantes de San Luis en dar vueltas alrededor de sus hogares, cuando ven el aniquilamiento y espantosa desolación en que ha quedado la provincia, y el patriotismo que los hace partir el pan con las pequeñas fuerzas que velan en la frontera".

El 10 de junio Calderón remitió una circular a las provincias, señalando que la de San Luis "ha tocado ya el último extremo de sus conflictos y se ve en el caso de implorar el auxilio de sus hermanas". Expresaba también que carecía "de todos los recursos necesarios para su defensa, y muy particularmente de armas y artículos de guerra, porque todos se han agotado en la penosa y larga contienda que ha tenido que sostener con los salvajes, cuando las más de sus hermanas descansaban a la sombra de los laureles que ha obtenido la República en defensa de las leyes".

Más patética es la nota que, ese mismo 10 de junio de 1834, Calderón dirigía a Rosas iniciándola con estas palabras: "Ya se han realizado los temores que el gobierno que firma, en asocio de los excelentísimos gobiernos de Mendoza y San Juan, indicó al excelentísimo gobierno de Buenos Aires en nota12 de marzo del presente año". Pocos renglones más abajo informaba el gobernador puntano:

"El tres del presente han perpetrado los bárbaros una cruel invasión, que ha penetrado el centro del territorio de San Luis, en donde han ejercitado no solamente las atrocidades comunes a su genial barbarie, sino que han añadido la de degollar mujeres y niños, dando a algunos de estos inocentes una muerte lenta y la más dolorosa. La poca fuerza que los ciudadanos, a costa de quitar el pan a sus hijos, han podido sostener hasta

hoy, no ha sido bastante para contener la más pequeña parte de los desastres que la fuerza enemiga ha ocasionado.

Toda la provincia ha esperado el remedio de tantos males en la generosa simpatía con que el excelentísimo gobierno de Buenos Aires acogió la solicitud de una fuerza veterana, según lo manifestó en su apreciable nota de 16 de abril próximo, y aunque es verdad que en ella no aseguraba el envío de este auxilio porque pendía de la resolución de la Honorable Sala de Representantes, no por esto dudó la provincia de encontrar allí su remedio, acostumbrada a recibir siempre las más relevantes pruebas del patriotismo y confraternidad de Buenos Aires. Con esta esperanza se ha alimentados hasta hoy la unión de los habitantes de San Luis y ella ha sido el lazo que los ha detenido alrededor de sus hogares, retrayéndose mutuamente de abandonarlos a merced de los bárbaros y peregrinar a otras provincias mendigando hasta la tierra que pisan sus plantas despavoridas.

Este es el estado en que, el presente, se halla la provincia de San Luis; todo es llanto y desolación, la horda invasora aún existe en la frontera y se ignora si con intención de cargar de nuevo sobre los restos miserables de esta patria desgraciada.

Ni por un momento creyó el infrascripto que en el ánimo del excelentísimo gobierno de Buenos Aires haya cabido la idea de conformarse con que desaparezca una provincia que compone parte de la República Argentina y que, a más de ser acreedora por tantos títulos a la consideración de las demás, excita al presente la compasión de todas; si así lo hubiese creído, no ocuparía de nuevo la atención de S. E. con la triste narración de los innumerables males que la afligen; él lo hace alimentando su confianza en el patriotismo del excelentísimo gobierno de Buenos Aires a quien se dirige, y es para que, además de conseguirlo, tendrá S. E. la dignación de darle una pronta contestación, para manifestarla a sus conciudadanos, con el fin de que cada cual pueda buscar un asilo donde salvar su vida, en el inesperado caso de que el destino haya decretado que San Luis se borre de la lista de las demás provincias argentinas".

El propio Rosas, en carta dirigida a don José Santos Ortiz a mediados de junio, previno sobre "una formidable invasión de salvajes" que se aproximaba "a las fronteras de la República". Esta alarmante noticia fue transmitida por Calderón a sus colegas cuyanos, señalándoles que el anunciado ataque "también afectaría sus más caros intereses", pues "la provincia d San Luis quedaría yerma cuarenta leguas al norte del camino por donde hacen su tráfico a Buenos Aires los pueblos de San Juan y Mendoza, y siendo este espacio un terreno conquistado por los salvajes, ellos fijarán sus aduares en el punto más proporcionado a sus depredaciones". El 29 de junio, en forma privada, Calderón expresaba esos mismos temores al gobernador de Córdoba y aún añadía:

"A los pocos días de haberse retirado los salvajes en esta última invasión, ha regresado una horda y sorprendido la caballada de la fuerza que estaba situada en el Morro y que los había hostilizado quitándoles algunas haciendas. Cada vez crecen más los motivos de desaliento en los habitantes".

Por decreto de la fecha 4 de julio de 1834, la Sala de Representantes de Buenos Aires autorizó al gobierno "para disponer de una fuerza de doscientos hombres de caballería del ejército de la provincia, en protección de las fronteras de Cuyo". Dicha fuerza sería habilitada "con seiscientos caballos que sacará de está provincia y con la caballada que existe en

Mendoza perteneciente a este gobierno, debiendo hacerse las ulteriores remontas para las provincias que se auxilian". El mismo decreto disponía: "El gobierno auxiliará a la mayor brevedad a la provincia de San Luis con doscientas tercerolas con sus correspondientes correajes y la dotación competente de municiones y con trescientas lanzas".

Por fin el 22 de julio el gobernador Viamonte informaba a Calderón:

> *"A las diez de esa mañana ha marchado el Regimiento de Auxiliares de los Andes con destino a esa provincia, provisto cumplidamente de armamento, municiones, vestuario y caballos, al mando del coronel don Pantaleón Argañaraz; este cuerpo lleva orden de ponerse a disposición del excelentísimo gobierno de esa provincia desde el acto de su arribo a ella, con las prevenciones más terminantes de conservar una estricta moral y disciplina durante su campaña y de prestarse a toda clase de servicio en protección de las fronteras de Cuyo".*

El 12 de agosto la división auxiliadora llegó a la villa de la Concepción del Río Cuarto, desde donde Argañaraz pidió órdenes a Calderón. A las dos de la tarde del 16 la fuerza arribó a San José del Morro, desde donde su comandante prosiguió la marcha hacia la ciudad, por encontrarse el regimiento escaso de carne y traer muchos soldados enfermos. El 22 entró en San Luis, para compartir la dura vigilia fronteriza de los puntanos.

Un mes después, Calderón tuvo aviso de movimiento de indios y recomendó al coronel don Pablo Lucero, comandante general de la Frontera del Sud, adoptar precauciones para no ser sorprendidos. El 26 de septiembre desde San José del Morro, Lucero informaba que una gran cerrazón y lluvia dificultaba las tareas. "Las medidas de seguridad se están tomando exactamente – añadía – y así que el tiempo escampe se echarán descubiertas al sud, las que tendrán que trabajar seis días de luna nueva". Y el 30 otro chasque partía en "servicio urgentísimo" llevando las armas:

> *"Son como las 7 de la noche de ese día, hora en que acaba de llegar el cabo Oviedo del sud y éste da parte cierto que la indiada descolgaban al Oratorio al dentrarse el sol, y que éstos vienen con marcha acelerada; que cuando llegaba a los Molles de Yulto, los indios pasaban al Oratorio con dirección a la Cañada. A la partida, por permisión del Cielo, no la han alcanzado. En estos momentos comunico a todos los departamentos esta noticia, que ya la tenía anunciada. Según la noticia, los indios amanecerán por las Peñas o más abajo. No se sabe más porque la noche nos estorba. Según lo descubierto, la indiada es mucha".*

El 1º de octubre, como a las cuatro de la tarde, Lucero anunciaba la intranquilidad, ya que los indios amenazaban sitiar por la parte del norte. También, con su criollo decir, daba cuenta de la magnitud del malón: "Ocho trozos son los que se han descubierto; la huella que dejan, lo que es tupida, habrá una cuadra, según dicen los reconocedores". Y luego trazaba este amargo cuadro:

> *"Su excelencia debe estar en el caso que esta pequeña fuerza llena de fatigas se verá siempre en la necesidad, por guardar un punto, desamparar otro, y que con la campaña no se debe contar ningún alivio: la carne que debió venir, no vendrá con esta*

novedad; las milicias, sin munición, no harán defensa alguna, pero ni son capaces de dar parte adonde los indios vayan a campear. Mis caballos y mi tropa no dan abasto a tanta urgencia; al Río 4º pido su auxilio, en caso no esté en los apuros que San José, y vuestra excelencia sabe lo que hay por medio".

Todo ponía a prueba la paciencia del desvelado comandante. Y así escribía el 2: "Ayer, como a las cuatro, al tiempo de firmar la anterior, llegó una borrasca de cerrazón y viento sud y una fuerte garúa, lo que ha privado toda descubierta. Y en la noche ha sido un aguacero deshecho. Ya son como las ocho de la mañana de este día y no cesa la cerrazón ni la lluvia".

¿Y los indios? "La indiada ciertamente tomó para el norte, apuntando hacia las Peñas, en dirección a los Cerros Largos, la que hoy debe de estar por esos medios".

El día 3 se marchó el Regimiento de Auxiliares hacia el río Quinto, en tanto Lucero aconsejaba: "La reunión nuestra debe de ser en el Saladillo porque allí, si los indios no dan sus vueltas hasta que estemos reunidos, podemos avanzar más adelante, y es el punto mejor para nosotros". Añadía que "en una noche" podía replegarse a la fuerza de Argañaraz, "a no ser que los indios cruzaran mañana en el día, en tan caso no desampararé este punto".

Desde la Carolina, el comandante don José Mariano Carreras confirmaba el 6 los estragos hechos por los indios en esa población, "a que se agrega que del número de los asesinados por los bárbaros es el capitán Moreno en la Cañada Honda y en la Pampa de las Invernadas el soldado Gerónimo Garay". Y luego burilaba este medallón:

"La señora doña Trinidad Sosa y doña Francisca Calderón fueron tomadas por los indios; pero felizmente han salvado en pelotas, ¡y gracias!".

La victoriosa jornada del arroyo del Rosario – que tuvo por escenario "la explanada que forma la cañada de los Molles, a ocho kilómetros al sud de la Toma, sobre el camino al Saladillo", según enseña don Felipe S. Velázquez – ha sido narrada por Gez de este modo:

"En la tarde del día 6, se divisó la indiada; pero, en vista de lo avanzado de la hora, se dispuso que recién al día siguiente, por la mañana, se les llevaría el ataque. Durante esa noche se mandaron partidas de vaquéanos en dirección en dirección de los cerros del Rosario, para tirotear a los indios, a fin de que éstos pudieran dirigirse hacia la Pampa del Morro, lugar donde el jefe expedicionario esperaba salirles al encuentro. Allí dispuso las fuerzas y las distribuyó de acuerdo con su plan, entre el teniente coronel Luis Argañaraz, el comandante José León Romero, el mayor José Mendiolaza y el coronal Patricio Chaves que mandaba la infantería. Los indios, en número de 300 lanzas, no se atrevían a cargar; entonces, mandó atacarlos con el teniente coronel Argañaraz y tras él lanzó, escalonadamente, las otras tropas. El choque fue terrible, empeñándose un duelo a lanza y sable, inter los certeros tiros de la infantería iban abriendo claros en la masa bárbara. Argañaraz fue cortado, mientras Romero se batía, desesperadamente, con el grueso de la indiada y no podía acudir en su auxilio. En ese difícil momento se lanzó Ponce con sus valientes, para abrirse paso hasta reunirse con Argañaraz, a la vez que el mayor Mendiolaza corría en apoyo de ambos. Los indios consiguieron desorganizar la bisoña milicia; pero, entonces, acudió la reserva y, rehechos, volvieron caras con nuevos

bríos, en circunstancia que la indiada se refugiaba entre los militares de ganado que arreaban. Un esfuerzo, bien combinado, dio la victoria. Muchos indios huyeron, siendo tenazmente perseguidos, mientras en el campo quedaban muertos los caciques Colipay, Pulcay Pichul – hijo de Yanquetruz - , Carrané, Pallán y Cuitiño, con sesenta y tantos indios de pelea. Allí se rescataron 23 familias, que habían cautivado en la Carolina y otros puntos; se les tomó 16.000 cabezas de ganado de toda especie, y en la persecución de diez leguas, se les quitó la caballada, escapándose pocos indios en lo montado".

El 16 de octubre Calderón – que también había intervenido en el combate – remitió al gobernador de Buenos Aires copia del parte que el coronel Pantaleón Argañaraz la pasara, "noticiándole el feliz éxito que han tenido las armas de la patria sobre los indios salvajes del Sud, en el arroyo de la costa del Rosario el siete del corriente". Agregaba entonces:

"Este feliz acontecimiento es debido a la bravura con que se ha distinguido el Regimiento Auxiliar y demás tropas que lo acompañaban, quedando en esta vez escarmentada la audacia de los salvajes, y no volverán, con osada planta, a hollar impunemente nuestro territorio".

Para recompensar el denuedo de los oficiales, Calderón hizo distribuir entre ellos vacas, novillos y terneras. Pero él reservó para sí, una espada que Manuel Baigorri – aparcero de Yanquetruz – perdió en la pelea.

Alejados los indios, las maquinaciones unitarias giraron alrededor del Regimiento de Auxiliares, provocando resquemores entre su oficialidad y procurando malquistar esa fuerza con las milicias y el vecindario de San Luis. En los últimos días de octubre, el sargento mayor José Mendiolaza solicitó su pase a la Provincia de Buenos Aires, "por no convenir con las ideas" del coronel Argañaraz. Y algunos meses después – en marzo de 1835 – el mismo Mendiolaza intentó derrocar a Calderón, en tanto que Argañaraz "con sus repetidos actos de insubordinación y las medidas hostiles con que se ha presentado cada día", fomentó "los sinsabores de este pueblo" y obligó al gobierno "a alarmar nuevamente la provincia con el fin de contener los males que debían esperarse y por último a tener que recurrir al crédito y patriotismo del general don José Ruiz Huidobro, haciéndole venir para que, con su presencia, salvase el crédito del Regimiento y el compromiso de la provincia.

Barranca Yaco y la orfandad de San Luis

En estos malestares influyó, sin duda, la noticia de la infausta muerte del brigadier Quiroga, conocida en San Luis el 22 de febrero. Dos días antes, desde su campamento en el Arroyo de Santa Catalina, el comandante general de campaña don Francisco Reynafé remitía a Calderón copias de las comunicaciones que le dirigiera al gobierno de Córdoba, relativas al "desgraciado acontecimiento sucedido a la ilustre persona del general Quiroga". También el 20 el gobernador delegado Domingo Aguirre fechaba la circular que enviaba a las provincias comunicando "que con fecha 17 del corriente recibió parte del pedáneo de Sinsacate en que avisa haber sido asesinado y saqueado en un lugar despoblado distante de esta capital como diez y ocho leguas, el excelentísimo señor general brigadier don Juan Facundo Quiroga, viniendo desde Santiago". Decía luego Aguirre:

"El gobierno de Córdoba, ya que no ha podido evitar tan desastroso suceso, por no haber sabido desgraciadamente el día fijo de la venida del citado señor General, a quien tenía dado orden se le custodiase con veinte y cinco hombres, como se ve de la copia acompañada, al menos ha querido mostrar su aprecio y estimación a los distinguidos servicios de este digno jefe, mandando hacerle un entierro con toda la pompa y grandeza que permitían las escasas circunstancias del erario público.

La comisión pesquisadora aún sigue sus trabajos en la campaña con el mayor empeño y celo. Sin duda por no interrumpir sus indagaciones o no haber tenido el tiempo bastante para conseguir cosa de entidad, no ha dado cuenta de lo averiguado hasta aquí; más de los resultados se avisará oportunamente a vuestra excelencia haciéndolo ahora de lo poco que se sabe con exactitud, y es que entre los muertos se cuenta al coronel don José Santos Ortiz y el correo Luejes; los demás no son conocidos, pero sí todos fueron completamente robados, sin que haya quedado otra cosa que la galera en que venía el señor general".

Don Hipólito Tello, gobernador de La Rioja, el 27 de febrero escribía a Calderón lo siguiente:

"Es preciso, excelentísimo señor, ponerse en guardia; pues a juicio del que suscribe se hallan complicados en tan infame atentado algunas personas que figuran en la provincia de Córdoba; y aún sin incurrir en la nota del temerario puede creerse que todo ha sido obra de ellos. Para mayor inteligencia de V. E. acompaño copias de las comunicaciones que el gobierno de Córdoba ha dirigido al de esta provincia, en las que se advierte una notable diferencia de la que el coronel Reynafé tiene dirigida a V. E., lo que da indicios muy vehementes de los autores y cómplices de tan abominable crimen".

El 7 de marzo, fray Hilarión Etura – cura y vicario de la ciudad de San Luis – pasa una cuenta por cincuenta y un peso, "gastos hechos en las exequias que, por orden y disposición de este Supremo Gobierno, se han practicado en esta matriz de San Luis en los días cuatro y cinco de marzo de este presente año de mil ochocientos treinta y cinco, en alivio y descanso del alma del finado señor general don Juan Facundo Quiroga, Padre y Protector que fue de esta meritísima ciudad y provincia, en señal de gratitud a los beneficios recibidos y que son constantes a todos sus habitantes, por este insigne bienhechor". El lunes 16 de marzo – exactamente un mes después de la tragedia de Barranca Yaco, ocurrida también en lunes – en la capilla de Merlo el cura Ángel Mallea hizo honras solemnes en sufragio del legendario general, según lo dispuesto el comandante don Nicasio Mercau.

Desde La Rioja, con fecha 21 de marzo, el gobernador Tello apremiaba a su colega puntano con estas palabras:

"El vil asesinato perpetrado en la persona del ilustre de los Pueblos (o mejor se dirá por el infrascripto) el Padre de la Patria, conocido por tal en la República Argentina, el excelentísimo señor general don Juan Facundo Quiroga, a diez y seis leguas de Córdoba, demanda imperiosamente su justa venganza. Los documentos que el gobierno de La Rioja acompaña a V. E. no deja duda alguna de la parte activa que ha tenido el gobierno de la

Provincia de Córdoba en el horroroso e infame crimen cometido; y para castigar tan horrendo atrevimiento, el gobernador que habla invita a la provincia de San Luis, a efecto de que tomando la parte que justamente le obliga, coadyuve a ella con la fuerza y elementos que le sean dables a la provincia a su cuidado.

Al excelentísimo gobierno de San Luis no se le deben ocultar los brillantes servicios que este intrépido guerrero ha prestado a la provincia de su mando y a la República toda, cuyos motivos obligan a recordar su memoria y defender a todo sacrificio tan nefando delito, mucho más cuando al regresar a dar cuenta de su comisión al gobierno de Buenos Aires, de donde fue enviado a la mediación de los gobiernos de Salta y Tucumán, debía ser mirada su persona con la mayor atención y respeto, pues que así demandaba su representación. En su virtud, el gobernador y capitán general a quien el infrascripto se dirige espera que a la mayor brevedad resuelva la aceptación o exponiendo lo que tenga por conveniente, para en su vista tomar las medidas más convenientes a este respecto; en la inteligencia que la provincia de La Rioja tomara sea como fuere su justa venganza, a costa de todo sacrificio".

Orillando la rebelión promovida por Mendiolaza, el gobernador Calderón redactaba el 29 en su estancia del Durazno la respuesta a Tello:

"Desde que fue informado del horrendo asesinato perpetrado en la persona del ilustre argentino, protector decidido de la provincia de San Luis y de todas las libertades públicas, se consideró esta provincia en una completa orfandad, por cuya razón su gobierno ha sometido sus deliberaciones para lo sucesivo, a los sabios consejos del ilustrado gobierno de la provincia de Buenos Aires, igualmente que al señor brigadier general don Juan Manuel de Rosas, pues esta provincia se conserva hoy, aunque miserablemente, a la defensiva de las depredaciones de los salvajes del sud, todo es mediante a la generosidad de la benemérita provincia de Buenos Aires, pues el Regimiento de Auxiliares de los Andes que se ha franqueado al gobierno de la de San Luis, es con la condición precisa de que sólo se empleará esta fuerza en defensa de esta provincia contra los salvajes del sud, para conservar el interior de ella.

El infrascripto se ha dirigido también al excelentísimo señor gobernador y capitán general de la provincia de Córdoba, pidiéndole las satisfacciones correspondientes, respecto al asesinato en la persona de nuestro amigo y bienhechor, brigadier general don Juan Facundo Quiroga, cuyo nombre, ni el que habla ni en toda la provincia, se puede pronunciar sin experimentar la más tierna emoción del sentimiento y gratitud que le debe. Esto mismo creo que han hecho los excelentísimos gobiernos de Tucumán y Santiago del Estero, según el contenido de las notas que en copia ha tenido la dignación de adjuntarle.

De todo lo dicho deducirá S. E. la uniformidad de sentimiento y principios que nos guían, los que no tendrán contradicción alguna por este gobierno y serán sostenidos por cuantos medios estén en su posibilidad y cree haber satisfecho a todo cuanto desea saber el excelentísimo gobierno de La Rioja, respecto a la disposición en que se halla el de San Luis, cerrando su nota asegurándole a S. E. estar penetrado del más vehemente deseo de

marchar siempre en consonancia con el gobierno de la provincia de Buenos Aires, igualmente que con el de La Rioja".

Don Manuel Vicente de Maza, presidente de la Sala de Representantes y encargado interinamente del gobierno de la provincia de Buenos Aires, expresaba el 31 de marzo:

"El infrascripto debe manifestar a S. E. el señor gobernador a quien se dirige, que será infatigable en practicar los arbitrios más adecuados y eficaces para vengar dignamente el atentado cometido en su Representante, el señor general Quiroga; y bien persuadido de la gratitud eterna que profesará el pueblo de San Luis a tan ilustre protector, lo interpela desde ahora a que ocupándose muy principalmente de este grave negocio, preste toda diligencia y cooperación para pesquisar, descubrir y castigar de muerte a los ejecutores de tan horrendo crimen".

Y luego de atribuir el infausto suceso a los unitarios, concluía Maza:

"Es preciso, pues, no perder tiempo y apresurarse a refrenar y contener para siempre la osadía de hombres tan perversos. Es preciso hacerles entender que se convertirá en una plaga de males contra ellos al menor que acusaren al sistema federal; es preciso, en fin, que todos marchemos bajo un mis dogma, una misma fe y una misma moral política para que el país pueda subsistir y progresar".

Calderón no estaba dispuesto a apartarse de esa senda. Así lo demuestra la carta que el 20 de abril escribió a Rosas:

"Estimado compatriota: por su apreciable de 2 del corriente soy impuesto de la amargura que ha sentido toda la benemérita provincia de Buenos Aires, por el horroroso asesinato perpetrado en la persona de mi distinguido amigo, el señor general Quiroga. No menos ha lamentado y lamentará eternamente toda la provincia de San Luis tan terrible pérdida, pues ella ha sido considerada como la calamidad más deplorable de tantas que le han afligido… He leído los impresos y carta enunciada, y la veracidad a su modo de pensar, y es por esto que me tomo la confianza de repetir a usted nuevamente que me demarque la línea de conducta que en todo evento debo observar, pues mi deseo más vehemente es marchar unánimemente con la suya".

Por fin, y como cerrando un oscuro capítulo, el 16 de agosto de 1835 Calderón firmó esta nota dirigida al gobernador de Córdoba don José Vicente Reynafé:

"Seis meses han transcurrido desde que el excelentísimo gobierno de Córdoba impartió la infausta noticia de la mortandad acaecida en la persona del ilustre general don Juan Facundo Quiroga y su comitiva, y ese mismo período hace también que la opinión pública señaló como ejecutores de tan horrendo atentado al gobernador don Vicente Reynafé y sus hermanos.

El gobernador infrascripto esperó desde esa época, suspendiendo su juicio, que el excelentísimo de Buenos Aires, como el principal ofendido en la persona de sus representantes, encabezase su reclamo sobre un asunto de tanta importancia, y nunca creyó que las imputaciones hechas por algunos gobiernos contra los señores Reynafeses guardasen un profundo silencio, contentándose con imprimir y publicar los sumarios hechos por la comisión que adolece de todos los defectos que se nota en el oficio impreso que con fecha 30 de junio del presente año ha remitido el excelentísimo gobierno de Buenos Aires, los que sin duda alguna corroboran el pronunciamiento público en orden a los ejecutores.

La República ha perdido en la muerte del ilustre general Quiroga, una de las más fuertes columnas del orden y del sistema federal; la patria ha sido atrozmente vulnerada y la dignidad que caracteriza al gobierno de esa provincia, manchada con un borrón inaudito. En esta virtud, los señores Reynafés son indignos de alternar con los ciudadanos argentinos en ningún puesto público, y dejando los empleos que ocupan, deben presentarse por sí y en sus propias personas, con los demás cómplices, ante el gobierno de Buenos Aires, encargado de las relaciones exteriores de la República, a responder a los cargos que resulten contra ellos sobre la mortandad hecha en las del excelentísimo señor brigadier general don Juan Facundo Quiroga, su secretario coronel mayor don José Santos Ortiz y demás de su comitiva.

Esta es la resolución uniforme de todas las provincias de la Confederación Argentina; lo es el de la tiene el honor de presidir el infrascripto, la que en general puesta sobre las armas está resuelta a no deponerlas, inter no queden satisfechos los votos con que se han pronunciado los demás gobiernos".

Al pie de la carta, inútil y cenicienta, se alarga la formula protocolar: "Dios guarde a S. E. muchos años"...Calderón tal vez recuerdas las palabras que don José Santos Ortiz – inmolado en Barranca Yaco aquella mañana carajeada por Santos Pérez – escribió poco antes con acento premonitorio: "Nuestras desgracias casi nos han connaturalizado con los objetos lastimosos, el horroroso espectáculo de la muerte apenas causa en la multitud una emoción pasajera: mañana morirán mis protegidos y al otro día estarán olvidados, como lo están los cadáveres de que está cubierta nuestra desgraciada patria".

Origen del escudo de San Luis

¿Cómo es la vida en San Luis, por esos años en que nace su escudo? Como siempre, una constante milicia. Peligros adentro y afuera, por todos los rumbos. Los hombres más eminentes se miran todos con desconfianza, por arriba de las fronteras. Calderón, precavido, no le saca los ojos de encima a Yanzón y a Reynafé, ni se fía mucho de Brizuela. Por allá anda también el Chacho, levantando polvaredas, aunque pregona que ya no es más llanisto sino puntano. Y al sur, en ese misterio de la tierra adentro, el eternamente agazapado puma de la indiada.

Dura vigilia la de este pueblo que, más que ver, tiene que adivinar el peligro en ese nubarrón de sombras de los temores y las intrigas, de las pasiones y las miserias. Hay, asimismo, otra alimaña que roe en la quietud de los valles: espías franceses, refugiados en San Francisco del Monte, dan avisos, hacen circular rumores, llevan y traen mensajes.

San Luis, como un penacho azul y blanco, es batida por duros vientos. Pero la patria no tiene nada que reprocharle. No es un paraíso, mas su aire sigue siendo puro y su cielo el de la esperanza. Ni la ciudad ni la campaña están pobladas de ángeles; pero Calderón lucha, corrige, alienta, para que la paz dé sus frutos.

La pobreza es grande: ¡no hay con qué hacer las divisas federales! Los vecinos cerdean cuanto animal se les pone a tiro y hasta don Pablo Lucero – que no se asusta por nada – llega a exclamar que "ya los robos aturden".

Comerciantes, de esos que nunca faltan, fomentan la cosecha ilícita. Y allá por la Carolina abunda toda clase de juegos, para desplumar incautos. El oro deslumbra y promete la gloria: en la Cañada Honda los pirquineros se encorvan bajo la mirada de los gringos civilizadores.

Pocas son las producciones del terruño, pero ávidos mercaderes arrean con todo: cueros, higos, quesos, grana. Alguien tiene ánimo para ensayar cultivos, y allá por Piedra Blanca se cosecha excelente tabaco.

Calderón, por cierto, no se olvida de su pueblo. Para él son las fiestas del Santo Patrono, los bailes del 25 de mayo y, mal que le pese a los unitarios, las representaciones teatrales.

Y todavía hay más: la ciudad tiene su escuela de primeras letras y su aula de gramática. Y hasta en Cerro de Oro hay un maestro – don Pablo Ríos – que enseña a leer y escribir a los niños serranos.

Por esos años también se reedifica la iglesia del Señor de Renca, destruida por los indios. Y mientras en Río Seco don Juan Francisco Loyola empieza a levantar las paredes de una capilla, en la ciudad el padre Etura se encarga de dirigir los trabajos de la nueva iglesia de Santo Domingo. Como si esto fuera poco, el gobernador Calderón gestiona y obtiene un obispo auxiliar para San Luis.

Todo esto lo tuvo nuestra provincia entre la amargura de los malones, los combates, las revoluciones y los dolores de una pérdida profundamente sentida por los puntanos: la del general Facundo Quiroga. ¿Qué más se puede pedir a una época de lanza y tercerola, de hambre y de sacrificios? Malherida de traiciones, ¿qué más podía esta pobre tierra que clamar por un poco de paz?

Este poco de paz, precisamente, es lo que pide Calderón para su pueblo.

Y así, donde otros sólo han visto sumisión a Rosas, nosotros hallamos un entrañable amor al terruño, un profundo deseo de conservar, de levantar esta tierra querida, postrada por las calamidades.

En nuestro andar nos sostienen los viejos papeles y una olvidada afirmación de don Juan Llerena: "Al hablar con verdad de una cosa buena y excelente, es preciso declarar su bondad y su excelencia por más que no falten espíritus malévolos que se prevengan contra toda alabanza que no tenga por objeto ellos mismos".

* * *

En los primeros días de 1836, se enciende la hoguera. Galopan los chasques llevando noticias: San Juan, Mendoza y La Rioja están al romper las hostilidades. Se dice que a San Juan acaban de llegar, de Chile o del Perú, más de diez jefes de línea para secundar a don José Martín Yanzón. Como apunta Lucero, "aunque está lejos, el fuego no es pequeño". Para

atajarlo a tiempo, Calderón moviliza sus fuerzas – al mando del general Ruiz Huidobro - , las que se acercan a la frontera sanjuanina cuando ya en La Rioja ha comenzado la función.

Genaro Segura, desde Mendoza, escribe poco después estas líneas al gobernador puntano:

> *"Si los malditos chinos dejaran tranquilidad a San Luis, me parece repondría sus crianzas en pocos años, y sus capitales volverían a su vigor, disfrutando del valor que tienen sus especies…La paz, sobre todo, mi amigo, es lo que nos importa, y usted conoce mejor que yo ser éste el medio para cortar a la anarquía y sus procuradores le vuelo de sus pretensiones, que es ganar a río revuelto aunque perezcan las masas de los pueblos".*

Es buscando esa paz tan necesaria que Calderón promueve la unión de los gobernadores y de los hombres de mayor influencia en las provincias vecinas. Comisiona para ello al general Ruiz Huidobro, en el que ha depositado su confianza y de quien espera lo que Facundo no alcanzó a realizar. El activo enviado despliega su diplomacia en Mendoza, en San Juan y en La Rioja, desbaratando tormentas, preparando el camino para una efectiva unidad de los pueblos.

Con este propósito – que es un ardiente anhelo de felicidad común – el 25 de mayo de 1836 Calderón presente a la Sala un proyecto por el cual no sólo se reconoce a Rosas por Restaurador de nuestras Leyes y libertador de la provincia, sino que también se lo declara Protector, ya sea de Cuyo o de San Luis, concediéndole intervención en todos los asuntos interiores que guardan relación con los nacionales.

Al proponer a sus colegas de San Juan y Mendoza esta declaración, afirma el gobernador puntano:

> *"No hay un gobierno, de cuantos existen en la Confederación, que no tenga datos indudables del interés que este ilustre hijo de la tierra toma por la felicidad de los pueblos, y que su marcha franca y generosa tiene por objeto consolidar el sistema porque se han pronunciado todos ellos, y arribar al punto que por espacio de veintisiete años ha sido imposible verificar".*

Nadie se espante por este proyecto. Tres años más tarde será el gobernador de Mendoza quien escribe a Calderón en estos términos:

> *"Cada día se hace sentir más la ne4cesidad en que estamos de un centro de autoridad que nos ponga a cubierto no sólo de ataques bruscos de fuerzas extranjeras, sino también de oscilaciones políticas y movimientos en el interior… Si antes de ahora ha sido rechazado este pensamiento por el general Rosas, cuando usted y yo quisimos iniciarlo, hoy a mi juicio convendría – sin su previa consulta – ponerlo en planta, tomando usted la iniciativa de acuerdo con los gobiernos de Cuyo".*

Y en una carta posterior, asienta el general Molina estas reflexiones:

> *"Sería sensible que el Restaurador vuelva a hacernos un rechazo como el de la vez pasada, cuando un desengaño práctico hace conocer a sus amigos y a él mismo que la*

República, sin un centro de autoridad, siempre será un caos: las aspiraciones no han de cesar, los planes liberticidas de los unitarios han de ponerse en acción y la existencia de los federales fieles siempre estará a merced de los traidores… Hemos perdido las mejores columnas. Los pueblos carecen de hombres previsores que puedan preservarlos del peligro: los seducen con facilidad y no es extraño que suceda en adelante lo que acaba de suceder: que debiendo atender a la defensa de la patria amenazada de fuerzas exteriores, tomen las armas para destruirse mutuamente, contribuyendo así de un modo directo a la ruina del mismo suelo que debían sostener.

… Es preciso hacerles el bien por fuerza, y el único medio es establecer una autoridad a quien se respete".

* * *

Al iniciar su segundo período de gobierno, Calderón dictó el siguiente decreto:

¡Viva la Federación!

San Luis, diciembre 27 de 1836.
Y 7 de la Confederación Argentina.

Teniendo siempre presente los eminentes servicios que el Excelentísimo Señor Brigadier General Ilustre Restaurador de las Leyes de la Provincia de Buenos Aires don Juan Manuel de Rosas, ha prestado a la de San Luis, y deseoso este Gobierno de manifestar al inmensa gratitud que le debe, en virtud de las facultades ordinarias y extraordinarias que inviste, ha venido en decretar lo siguiente:

Artículo 1º- Se construirá un sello de cuenta del Estado, que servirá para sellar el papel para todos los usos necesarios de la Provincia.

Art. 2º- Dicho sello será grabado con tinta negra, y en su centro se representarán los tres principales cerros de la Carolina, como el manantial abundante de oro que tiene la Provincia, y sobre ellos, el sol en disposición de alumbrar por la mañana, y la pie de los cerros se figurará un cuadrúpedo mirando al sol. Este astro señala el principio del día, puesto en actitud de alumbrar sobre los cerros por la mañana, y el cuadrúpedo mirándole alegre significará el principio de la época de ventura de la Provincia de San Luis, que data desde el año 34 en que enfrentó la audacia de los salvajes, después de haber calmado la tormenta de desgracias que la han combatido.

Art. 3º- En el centro y al pie de los cerros, llevará la inscripción siguiente: LA PROVINCIA DE SAN LUIS AL GENERAL ROSAS, y en el círculo la que sigue: GRATITUD ETERNA, POR SU EXISTENCIA Y LIBERTAD.

Art. 4º- El sello se colocará en la margen izquierda del papel, y en la derecha, un pequeño óvalo punzó, en que se determinará la clase y valor de él, el que servirá desde el año 37 adelante.

Art. 5º- Publíquese y comuníquese a quienes corresponde.

José Gregorio Calderón
Romualdo Arez y Maldes

Como puede constatarse en la copia que se conserva en el Archivo General de la Nación, este decreto fue modificado en la Secretaría de Rosas antes de ser publicado en la *Gaceta Mercantil* número 4.130, el 9 de marzo de 1837. Así estableció que el sello debía ser "grabado con tinta *punzó"* y no "con tinta negra". En la inscripción, se antepuso la palabra *Ilustre* a "General Rosas" y se añadió *Le Consagra* donde sólo decía "Gratitud eterna".

Es preciso destacar que estas modificaciones, aunque hayan sido conocidas por Calderón, no fueron tenidas en cuenta por el gobernador puntano. En efecto: el sello se usó con la inscripción y en las formas establecidas por el decreto original. Siempre se estampó en negro y el único que lo imprimió en rojo fue Gez en su trabajo sobre "El escudo de San Luis".

* * *

Trataremos ahora de ubicar al inspirador del sello de Calderón. Para ello debemos retroceder algunos años, con lo que nos facilitará familiarizarnos con un héroe olvidado.

Cuando aquella famosa guapeada de la caleta de Pescaderos, donde Pringles fue vencido vencedor, andaba cerca un batallón realista. Deseoso de pasarse a las filas patriotas: el *Numancia*, que pronto tuvo el honor de ser custodio de la bandera libertadora. Y en ese batallón, hombro a hombro con los americanos, luchaba un gallardo muchacho de Madrid.

Sobrino de un teniente general de la Armada española que fuera gobernador de Montevideo, se cubre de gloria jornada tras jornada, entrelazando laureles a sus galones, para no desmerecer el abolengo. En 1825 está en Mendoza. Es culto, es distinguido, es sociable. Diestro en la danza, amante de la música, delicado en sus maneras, cautiva y enamora. Irremplazable resulta cada vez que los jóvenes aficionados preparan alguna comedia. Y en este arte de Talía y de Melpómene, transformado en empresario teatral, se corona con las rosas del triunfo, mientras ve crecer su fortuna junto con su fama.

Conoce las obras de Miguel Ángel, de Rafael y del Españoleto, gusta y recita los poemas de Homero y de Virgilio. Pero el olor de la pólvora se le ha metido en la sangre. Luciendo los galones de capitán, un día se pone a instruir un regimiento, bajo la mirada vigilante del coronel Aldao. Y por cierto que el famoso Fraile no tiene de qué quejarse.

Después, Facundo Quiroga se fija en él. Juntos se hallan en la Tablada y en Oncativo. Juntos van a reorganizar su ejército a Buenos Aires. Luego en Ramallo y en el Pergamino el teniente del *Numancia,* ya ascendido a coronel, adiestra las huestes de Facundo. En abril de 1831 se encuentra otra vez en Mendoza instruyendo las "hordas" de Quiroga, velando que "en las pulperías o chinganas no haya reuniones de individuos del Regimiento de puertas adentro" y enseñando a los oficiales que "ningún traje es más honroso en el militar que el del empleo que ejerce". Después, en la batalla de la Ciudadela, bajo el cielo tucumano su caballería federal triunfa clamorosamente.

Su fama y su gloria atraen a los artistas más notables de aquel tiempo: el maravilloso Monvoisin pinta su retrato; y Bacle, el infortunado grabador, reproduce su gallarda figura de general mimado de Marte.

También es suyo el triunfo de las Acollaradas. Y tras el nubarrón de Barranca Yaco, donde la tercerola de Santos Pérez apagó la buena estrella y la temeridad de Facundo, el teniente del *Numancia* sigue las huellas de su protector y amigo, buscando la unión de los pueblos. Más quien supo vencer, en tantas batallas, es derrotado un día por las intrigas. Y allá por Buenos Aires bebe su copa de amargura, añorando esta tierra de San Luis a la que quiso tanto.

Desde su lejanía, le escribe a Calderón estas palabras profundas: "Dejemos al tiempo nuestra justificación, mucho más cuando tenemos la ventaja de que este país no recuerda ni hable de ayer, sino de hoy y, cuando más, de mañana". A poco andar, remite al gobernador de San Luis un sellito de cartas, "simbolizando en las dos palomas la pura amistad que nos une; en la corona, sus virtudes físicas como buen ciudadano, y las ramas de encina que orlan el escudo con sus iniciales, la fortaleza que tiene usted para resistir el penoso puesto que ocupa, interesado solamente en el bien del suelo que lo vio nacer".

El teniente de *Numancia,* ese gallardo actor de Mendoza, ese formidable organizador de regimientos, ese general que va a pelear con los indios llevando en su campaña un músico y un poeta, ese hombre que se lamenta diciendo que "La ingratitud es la recompensa a los servicios", pero que también se consuela repitiendo "Jamás queda la virtud sin recompensa", ese bravo don José Ruiz Huidobro es, como se verá el inspirador del escudo de San Luis.

En septiembre de 1836 Calderón escribe a Ruiz Huidobro – que está en Buenos Aires – una larga carta en la que le da noticias de sus intereses y de la marcha política de las provincias de Norte. También le solicita con urgencia vacuna, "porque las virgüelas están haciendo prodigios en el pueblo". Uno de los párrafos de está carta dice textualmente:

> *"He recibido el diseño del sello que me remite; ha sido muy de mi agrado y de todos los que lo han visto, y aprecio como debo todo el trabajo que a este respecto usted se ha dignado hacer. Si usted me hubiese avisado lo que todo ello tendría de costo, le remitiría ahora su importe; pero lo haré así que usted me pase la cuenta, así del sello como de la vacuna".*

Comprueba este documento que la idea del sello, aunque puede haber nacido en San Luis, fue llevada a la práctica en Buenos Aires, siendo su diseño anterior al decreto que fija los atributos heráldicos.

Algún tiempo después – el 20 de noviembre – el vencedor de las Acollaradas envía una amena y muy interesante carta a Calderón, en la que el investigador desapasionado puede encontrar valiosos elementos para reconstruir la personalidad de estos dos luchadores, tan denigrados hasta por plumas académicas. A ella pertenecen las siguientes líneas:

"No cumpliré su encargo de usted con respecto a la impresión de la resma de papel, tanto por conceptuar un costo inútil remitiendo los sellos como lo hago por la tropa de carretas de Serpa, cuanto porque creo que con la instrucción que lleva es inoficioso mandar el papel sellado; el sello grande dice ser el sello de esa provincia y el chico la clase y el año; pero si usted quisiese que así lo haga, su nueva orden será obedecida en el acto".

Debemos aclarar que, si bien Ruiz Huidobro se refiere a un sello chico, el grabador remitió siete, para las distintas clases de papel sellado.

El 4 de febrero de 1837 aquel francés que dio tanto trabajo a los federales, Juan Pablo Duboue, cobró en está ciudad cientos seis pesos dos reales, "valor del sello para papel sellado que remitió de Buenos Aires el señor general don José Ruiz Huidobro". Y algunos días más tarde se entregaron a don José Malla diez reales, por "flete de la caja en que vino acomodado el sello".

El famoso año 40

Aquel desgarrante enfrentamiento de unitarios y federales ha sido convertido en un esquema de asombrosa rigidez, cuyas líneas ahonda y defiende la machacona repetición. Hasta Saldaña Retamar – tan sagaz y esclarecedor en su honrada reconstrucción del pasado puntano – ronda ese período de intranquilidad y angustias y sólo encuentra esta salida:

"El partido unitario realizaba el más grandioso, atrevido y supremo esfuerzo por derrocar el sistema gubernativo que Rosas pretendía sustentar sobre todo el territorio de la Confederación. Lo más selecto y representativo de San Luis se adhirió a tan legítimas y democráticas aspiraciones".

Si preguntásemos qué debemos entender por "lo más selecto y representativo de San Luis", alguien podrá contestarnos con las coruscantes palabras de Gez: "Entre ellos estaban los Videla, Domínguez, Barbeito, Baigorria, Saá, Ortiz, Adaro, Poblet, Daract, vale decir, elementos de principal figuración y de positiva valía en la sociabilidad puntana".

Es más reciente y enjundioso trabajo dedicado a esa época infausta, Tulio Halperin Donghi menciona "los opulentos pero rudos jefes federales" y algo nos dice de su "sorprendente benevolencia":

"Esa actitud de parte de los gobernantes federales era más frecuente de lo que haría creer la prosa encendida y rica en amenazas que utilizaba en sus proclamas ese partido: en efecto, a esos gobernantes no siempre desagradaba que su gobierno se viera rodeado de cierto prestigio intelectual imposible de alcanzar sin transar de algún modo con sus adversarios".

¿Dónde tendremos que buscar aquella oculta *fibra unitaria* mentada por Sosa Loyola? ¿Entre los comerciantes? Recordemos, entonces, los más notables, los que más reiteradamente aparecen mencionados en los papeles de 1840; Santiago Laborda, Francisco Rua, Juan Vivier, Bernardo Bazán, Eusebio Gómez, Luis Maldonado, Tomás Prieto, Joaquín

Vílchez, José Clímaco Lucero y Eufrasio Videla, dueño esté de una tropa de carretas con las que trafica entre Buenos Aires y Mendoza. También por esas ciudades andan Pascual y Clímaco Daract, sin apartarse del puntano Juan Barbeito, relacionado comercialmente con los Pringles de Mendoza.

No sabemos con qué cartabón medía Gez la "principal figuración" y la "positiva valía". Sin embargo, junto a los apellidos que nuestro máximo cronista cree de su deber inscribir en la historia, nosotros alinearíamos otras figuras para que, algún día, alguien pueda arrostrar el compromiso de dilucidar de qué modo gravitaron en la sociabilidad puntana. Nombramos primero algunos hombres de espada, sin detenernos a enumerar sus galones: Pedro Nolasco García, Pablo Lucero, Casimiro Becerra, Facundo Carmona, Isidoro Alaniz, José Santana Lucero, Nicasio Mercau, Benjamín Astudillo, José Iseas, Feliciano Trinidad Barbosa, Luis Ojeda, Pedro Concha y Tomás Quiroga. Recordamos después otros que sirvieron "donde la patria los llamase": Pío Solano Jofré, intendente de policía; José Mariano Carreras, comandante de campaña; Tomás Barroso y Juan Francisco Loyola, jueces; Cornelio Lucero – de los Lucio Lucero – administrador de aduana.

Aunque ya Sosa Loyola advirtió que la "minoría opositora" no existía, busque unitarios entre los integrantes de la Soberanía quien tenga valor para tanto. He aquí los nombres y apellidos a, no por repetidos menos interesantes: Cornelio Lucero, Rafael Antonio Díaz, Juan Vílchez, Tomás Barroso, Martín Peralta, José Gabriel Burgos, Patricio Chávez, Pío Solano Jofré, Gumersindo Calderón, José Manuel Riveros, Francisco Rua, Pedro Herrera, Manuel Márquez y Sosa, Francisco Pereira, Juan Vivier, José Gregorio Cordón, Tomás Prieto, Eufrasio Videla, Julián Jofré, Manuel Oronel, Juan Esteban Quiroga, Juan Sarmiento, Francisco Javier Bustos, Gregorio Novillo, Gabriel Garro, Esteban Adaro, Juan Clímaco Lucero, Tomás Suárez, Santiago Adaro, Pedro Pablo Céliz, Hilario Miranda y Luis Maldonado.

La Historia no se escribe con tachaduras ni con prudentes omisiones. Y acaso tediosas enumeraciones como la precedente contribuyan a revelar el callado origen de tantas luchas y tantos sufrimientos.

Rumores de indios fueron para Calderón las primicias del año. Los campos del sur se movieron bajo los cascos de los bomberos ranqueles y de las partidas corredoras que, allá por el Agua Dulce y el Médano, salían a cortar rastros cada mañana. Ha mediado de enero, Nahuelpán se presentó en San Luis como emisario de paz, aunque no todos confiaban en la sinceridad de sus intenciones. Y mientras la yeguada de regalo para los indios era conducida tierra adentro por Gabriel Baigorria y otros mozos de agallas, el gobernador puntano trataba de calmar los recelos de su colega cordobés don Manuel López, prometiéndole apoyar su proyecto de que el general Aldao, con una fuerza de 2.500 hombres, se situase en Córdoba para que ambas provincias quedasen a cubierto "de las acechanzas de los pérfidos traidores de los pueblos de arriba".

En junio, ante los progresos de los unitarios, Calderón ordenó alistar el escuadrón de Dragones de la Unión y el 20 de ese mes le escribía a Aldao:

> *"Interesado en el bien general de las provincias que tan gloriosamente se empeñan en sostener la sagrada causa nacional de la Federación, la libertad e independencia del continente americano, estoy dispuesto a poner en acción todos los elementos y recursos que están en la posibilidad de la provincia de mi mando y concurrir con ellos a cualquier punto a donde las fuerzas reunidas de Córdoba y las de su mando sea necesario operar, y con el mayor gusto poner la fuerza de San Luis bajo sus órdenes, si yo personalmente no marcho*

con ella hasta el punto donde reunido a usted y al compañero López de Córdoba, acordemos el plan de operaciones que mejor convenga, esto es si antes no lo haya dispuesto el señor Rosas.

También debo advertir a usted que estoy comprometido de antemano auxiliar al gobernador de Córdoba, nuestro compañero y amigo el señor López; y como yo ignoro hasta ahora el plan de operaciones que hayan meditado, espero saber que usted esté en campaña para hacerlo yo también y ponerme en actitud de acudir con oportunidad a donde quiera que la necesidad de la patria lo exija, pues para ello – aunque los gobiernos no me invitan – yo me hago el convidado, porque no quiero dejar de tener parte en el triunfo de la justicia si quisiera sobrevivir en la ruina de mi patria. La provincia de San Luis no tiene recursos como mantener tropas en una campaña larga, porque haciendo todos los esfuerzos posibles apenas podrá sostener en campaña medio y medio; y por esto es que yo desearía emplear estos recursos en el tiempo precisamente más necesario y útil, porque si esto sucede antes de este caso inutilizaría los pocos recursos y quedaría inhábil para después, mas no es así a las demás provincias que tienen recursos para una, dos o más reacciones".

Un mes después Aldao llegaba a San Luis y luego de su marcha hacia el norte, Calderón reunió a la Soberanía de la provincia para "ilustrarla" de la actual guerra promovida por el desnaturalizado Madrid y combinados gobiernos". Informó también entonces haber auxiliado al brigadier general don José Félix Aldao con el escuadrón de Dragones de la Unión, "cuya medida y deliberación aprueba en todas sus partes la Soberanía de la Provincia, argumentando que siempre que en lo sucesivo se ofreciese cualesquier otro caso, en que sea preciso que la provincia de San Luis contribuya, lo que haga S. E. el excelentísimo gobernador y capitán general en toda clase de auxilio, arbitrándolos a juicio de su sabia prudencia – en la que descanse y de que siempre le ha sido grata la Soberanía de su provincia – facultándolo nuevamente con facultades extraordinarias para cualesquiera casos que se presenten en la guerra actual".

Esta resolución – que también suscribieron los hombres de la "fibra unitaria" el 27 de julio de 1840 – concluye así:

"Y no pudiendo robustecerle más sus brazos por la escasez de vecinos, autoriza de nuevo en debida forma a la Honorable Sala permanente de Representantes para que ayude y proporcione con S. E. todos los auxilios y demás que sean precisos para la dicha guerra, distribuyendo a juicio de ambas autoridades los gravámenes con que cada uno de los pensionados deben contribuir, añadiendo a éstos la parte íntegra de diezmos de esta provincia que anualmente corresponda al Ilustrísimo señor obispo diocesano, cuya parte será así retenida a beneficio del Estado durante la presente guerra por exigirlo así los intereses generales de la provincia".

La marcha del escuadrón de Dragones dejó desguarnecida la frontera sur y dio vuelo a las aspiraciones de los unitarios puntanos, ligados a las tolderías por las renovadas visitas que los "indios amigos" efectuaban a Calderón, quien pronto habría de pagar con sustos y amarguras su ingenuidad.

* * *

En los primeros días de noviembre, Eufrasio Videla y Manuel Baigorria se entrevistaron en el paraje de Chischaca para combinar el asalto a la ciudad, el que se llevó a cabo el 11. Tras el fácil triunfo, labróse la siguiente acta:

¡Viva la Libertad!
Libertad, Constitución o Muerte

En la ciudad de San Luis, a doce días del mes de noviembre de mil ochocientos cuarenta años, habiéndose llamado a Cabildo General de la población para nombrar una Comisión Gubernativa interina en virtud del cambio que tuvo lugar en esta ciudad el día de ayer, y reunidos los ciudadanos en la casa del Estado que antes perteneció al finado don José Santos Ortiz, se procedió al nombramiento de un presidente y secretario de la asamblea popular, que recayó en los ciudadanos don José Leandro Cortés y don Manuel Riveros. Acto continuo se recibieron los sufragios y resultaron nombrados por probabilidad (sic) de sufragios los ciudadanos don José Rufino Poblet, don José Leandro Cortés y don Esteban Adaro, y para suplentes los ciudadanos don Juan Vivier y don Lorenzo Riveros, en cuya virtud se ha decretado lo siguiente:

Artículo 1º- Téngase y reconózcase por individuos de la Suprema Junta Gubernativa interina a los ciudadanos don José Rufino Poblet, don José Leandro Cortés y don Esteban Adaro, y para suplentes a don Juan Vivier y don Lorenzo Riveros, ínterin se hace la convocatoria generala de la provincia para el nombramiento del propietario.

Art. 2º- Póngase a disposición de dicha Suprema Junta Gubernativa electa las fuerzas y armas que compone la guarnición de esta ciudad y su campaña, quedando por este acuerdo en posesión al Poder Ejecutivo y Judiciario.

Art. 3º- Publíquese por bando, circúlese y fíjese en los lugares de costumbre.
Dado en San Luis a 12 de noviembre de 1840.
José Leandro Cortés – José Manuel Riveros, Secretario.

Acto continuo se pusieron en posesión a los ciudadanos que componen la Junta Gubernativa interina, previo al juramento de estilo.
José Leandro Cortés – José Manuel Riveros.
Cúmplase lo mandado en el acta anterior.
José Rufino Poblet – Esteban Adaro – José Leandro Cortés.

Calderón, considerándose "víctima de la más atroz calumnia y de las más negras y falsas suposiciones e imposturas", quiso vindicarse ante Rosas con una larga e interesantísima carta que le dirigió el los últimos días de enero de 1841 y de la que extraemos estas noticias relativas

a la “revolución hecha por los unitarios de este pueblo en la madrugada del 11 de noviembre de 1840, combinados con el forajido Manuel Baigorria y los traidores caciques Painé y Pichún”:

“En este estado estaban las cosas cuando estalló la malhadada revolución de que le he hablado a usted antes, de la cual me salvé por un favor singular del Señor y del jefe de la policía don Pío Solano Jofré, quedando él en el cuartel y encargado de la defensa del pueblo el coronel don Patricio Chávez, con toda la tropa, armas y municiones que el gobierno tenía disponibles y creyendo que salvándome yo traería para salvar el pueblo y sofocar la revolución toda la tropa veterana y de milicias que tenía en la provincia. Desde la Estancia Grande, a cinco leguas del pueblo, delegué el gobierno en el ministro don Romualdo Ares y Maldes quién después de haber recibido el oficio de delegación, en el cual le comunico las medidas que tomaba para salvar el pueblo, se vio en la dura necesidad de capitular con los revolucionarios porque aunque se podía defender el cuartel no se podía defender el pueblo, y los perversos unitarios le intimaban que si no se rendía, dejarían el pueblo desierto haciéndolo degollar y saquear todo con los indios. Así capituló el ministro.

Yo, en la Estancia Grande, al mismo tiempo que remití el oficio de delegación, remití otro por un chasque al coronel Lucero, ordenándole se pusiese inmediatamente en marcha con todas las fuerzas de la provincia con dirección a la Estancia Grande para salvar el Pueblo, que a las doce del día 11 ya tuve noticias de que los unitarios se habían apoderado de él; y en la noche despaché al jefe de policía en busca del coronel Lucero para que a viva voz le informase de todo lo que se sabía que había acontecido en el pueblo y ayudarlo a activar todo cuanto fuese necesario para cumplir con las órdenes que el gobierno le había dirigido, quedándome yo aguardando el resultado en le Durazno, muy inmediato a la Estancia Grande, gravemente enfermo como lo estaba la noche de la revolución y de mucho tiempo antes, como es público y constante al pueblo y campaña de San Luis, circunstancias que ha influido muy desfavorablemente en mis desgracias…

Yo permanecí siempre enfermo y oculto en las sierras hasta que tuve noticia positiva de que el gobernador delegado y el administrador de aduana, no pudiendo hacer su fuga para Mendoza, se habían presentado al gobierno unitario; que lo mismo habían hecho el capitán don Toribio Miranda, el juez del crimen don Tomás Barroso y el jefe de policía don Pío Solano Jofré; que todos estaban en sus casas y que el gobierno unitario les había prometido no molestarlos por cosa alguna, siempre que obedeciesen y respetasen las autoridades e instituciones de aquella administración. También tuve noticias de que algunos jefes estaban en la campaña dispuestos a reconocer la autoridad unitaria y entregar las armas, por temor de que las grandes amenazas que les hacían.

Todo esto se verificó y yo permanecía en la sierra, hasta que principió el gobierno a amenazar con que tomaría serias providencias contra mi familia, intereses y persona, si yo no me presentaba. Al fin, sabiendo que yo permanecía en la sierra de mi estancia del Durazno, me pasó el gobierno un oficio en que me ordena que a las veinte y cuatro horas de impuesto de él, me presente a él para hacer entrega del archivo y demás perteneciente al gobierno…

Entonces se me concedió, por medio de una nota oficial del gobierno intruso, todas las garantías que había pedido, conviniendo en esto por no encontrar otro arbitrio para salvarme.

Este gobierno comisionó al caudillo de la revolución, titulado coronel y comandante general de armas Eufrasio Videla, para que me entregase la nota que contenía las garantías y allanase conmigo cualesquiera dificultad que yo pusiese y me diese cuantas otras garantías pidiese. Así vino hacer una capitulación que hice con aquel gobierno a quien, según el derecho de libertad, pedí mi pasaporte para Chile, porque para ninguna para ninguna otra parte se me quiso conceder…

Finalmente con la mayor perfidia, propia de los salvajes unitarios, faltó a todas las garantías que se habían dado y me puso una contribución de 1.500 pesos plata, y sin embargo de esta en cama gravemente enfermo, trataron de sacarme de mi casa y llevarme preso al campamento general que tenían. Esto se pudo evitar por primera vez a fuerza de súplicas, ruegos y lágrimas, pero se me puso entonces una guardia de tropa armada para que no pudiese fugarme; más en seguida fui atropellado en mi casa por el forajido Manuel Baigorria con toda gran cuadrilla que le acompañaba, situándose ésta en la calle, y desde la puerta ordenó a mi esposa le entregase prontamente mil pesos en plata y los estribos y espuelas de plata de mi uso, y una espada que él había perdido cuando con el Regimiento de Auxiliares batí a los indios en los Molles del Rosario, el año 34, y que si no le entregaba todo esto, él entraría a sacarme de la cama y a fuerza de lanza le había de entregar cuanto pedía.

En este conflicto, mi familia llamó al señor Obispo y vino en el acto y suplicando al forajido Baigorria se retirase a su cuartel y diese tiempo para buscar el dinero que pedía. Se le entregaron los estribos y espuelas y trescientos pesos en plata, única cantidad que se pudo enterar prestando el señor Obispo parte de ella a mi esposa; y desengañado yo y mi familia de que debía morir en manos de los facinerosos por no poder encontrar más dinero, me resolví a la fuga mientras el señor Obispo entretenía a Baigorria con súplicas para que se retirase y diese tiempo para reunir el dinero que faltaba y que se lo remitiría al cuartel donde estaba alojado. Yo verifiqué mi fuga disfrazado por las puertas interiores y salvando altas paredes por escaleras, hasta ocultarme en casa de mi hijo Gumersindo. Baigorria se retiró en la persuasión de que yo quedaba en mi casa y la guardia permaneció en la misma persuasión…

El primer día de la revolución, el caudillo de ella, Eufrasio Videla, entregó todos los efectos de mi tienda que quisieron y pudieron cargar todos los indios que vinieron en pacotilla a saquearla y al siguiente día, con este cebo, volvieron los indios y rompieron cuatro puertas de mis posesiones y saquearon las correspondientes piezas completamente y sólo se han escapado de saqueo cuatro piezas: la trastienda con algunos efectos, el despacho de gobierno con el archivo, la sala de recibo y el correspondiente dormitorio, y un cuarto; todas estas piezas con los intereses que ellas contenían. Cuando los indios se retiraron, fueron a mi estancia del Durazno y la asolaron, sin que escapase más de ella que la poca hacienda que estuvo en las alturas de las sierra.

Y después de tantos padecimientos y perjuicios recibidos por los salvajes, feroces y traidores unitarios, mis injustos desafectos han tenido la imprudencia y sandez temeraria de acumularse complicidad en la fatal revolución de que he hecho referencia, sólo por el antojo y mala voluntad, sin que preceda hecho ni documento alguno en que poder afianzar tan atroz calumnia".

* * *

La revolución unitaria no tomó por sorpresa al coronel don Pablo Lucero, quien se encontraba en Renca con la división que se le había confiado para defensa de las frontera. A las órdenes de Calderón contestó que no podía cumplirlas, pues "amenazaban atacarlo los enemigos por dos puntos". Añadió "que, conforme los resultados que hubiese, acudiría a donde más oportuno y conveniente fuese". Poco después el gobernador depuesto tuvo noticias "de que la tropa del Coronel Lucero se había sublevado contra él y que había escapádose de ser asesinado milagrosamente fugando y ocultándose".

Nicasio Mercau, León Gallardo, Agustín Romero, Tomás Alaniz, Claudio Mora, José Manuel Altamirano, Dámaso Fuentes, Nicolás Pereyra, Timoteo Irusta y Rosalío Zabala, jefes y oficiales de esa división, avisaban a las nuevas autoridades desde Renca – el 15 de noviembre y por la pluma de Zacarías Jurado – que "a las 9 de esta noche de este día" el coronel Lucero había desaparecido. Agregaban que, en vista del desorden que con ese acontecimiento comenzaba a sentirse, habían desarmado la mayor parte de la división haciendo quedar "cincuenta hombres para el resguardo de las armas y de las personas, hasta que las autoridades remedien este mal con la prontitud que exigen las circunstancias". Pero, fresca aún la tinta de las firmas, el teniente coronel Mercau debió agregar una nota para informar que la fuerza de cincuenta hombres que había separado, "toda ella se me ha ido a consecuencia de lo indicado".

El 17, la Junta Gubernativa redactó un oficio para Lucero, avisándole su constitución y pidiéndole su acatamiento, para demostrar el cual debía entregar sus fuerzas y el respectivo armamento al comandante general don Eufrasio Videla. Sin embargo, el duro coronel no acató la intimación y prosiguió activamente la tarea de reunir elementos para hacer frente a los unitarios, quienes vieron nublarse sus esperanzas con la noticia de la derrota de Lavalle en el Quebracho Herrado.

Bajo el lema "Libertad, Constitución o Muerte" el comandante general de armas don Eufrasio Videla fechada en San Luis el 12 de diciembre una nota dirigida al coronel don Manuel Baigorria, jefe del Escuadrón de Voluntarios, quien debía encontrarse en Renca. Decía en ella:

> *"En este momento acabo de recibir oficio del comandante del 4º departamento en que me anuncia haberse formado algunos grupos de montoneras, lo que pongo en conocimiento de usía para que tome las medidas de precaución para el exterminio de estos malvados, a los que no dará usía cuartel. Van en marcha para ese punto 200 hombres a las inmediatas órdenes de usía, para el logro del objeto indicado. Vuelvo a ordenar a usía que con los enemigos que no han querido aprovecharse de nuestra indulgencia sea usía inexorable con todo el que encuentre con las armas en la mano o trabajando de cualquier modo a favor de los tiranos, a quienes también pronto llegará su castigo".*

Antes de su firma, Videla trazaba otro lema: "Dios, Patria y Libertad".

Lucero también se carteaba con el general José Félix Aldao, quien el 21 de diciembre le decía desde Mendoza:

"Como los malditos salvajes unitarios habían desorganizado en todo su respectos la provincia, esto ha motivado que me haya detenido hasta la fecha sin poder marchar sobre esa provincia, para auxiliar a usted; sin embargo, por varias disposiciones que tomé aquí y en San Juan, logré que el gaucho Brizuela se pusiese en retirada dejando a usted sin atención por esta parte, que es lo que yo deseaba.

Del 27 al 28 si falta alguna se moverá la primera división, debiendo estar en San Luis ésta y el resto del 5 al 6. Se lo prevengo para que usted vea si puede venir a cortarlos por el lado del Pozo del Molle, en la inteligencia que por un sin número de hombres que se vienen cada día, se los que llevaron, sé que los enemigos deben volar para ese punto, y que toda la tropa se halla sumamente violenta y deseosa de la aproximación del ejército para pasarse".

El 27, Lucero escribió al gobernador de Córdoba don Manuel López, avisándole que desde el 12 la campaña puntana se encontraba "en una gloriosa reacción contra los salvajes unitarios", aislados en la capital y sus inmediaciones. Le invitaba, asimismo, a combinar sus fuerzas cerca del Río Cuarto para exterminar los restos rebeldes "antes que los aventureros Baigorria y Cabral se ligasen con los indios".

Al tener noticias de la proximidad del general don Pablo Alemán con la vanguardia del ejército combinado, Lucero emprendió la marcha hacia la ciudad de San Luis el 1º de enero de 1841, a la vez que disponía la incorporación de los efectivos que con el coronel Gervasio Ponce conservaba en las Chacras.

Loa unitarios, viéndose acorralados, emprendieron la fuga Desaguadero arriba y alcanzados el 2 en las Quijadas – "camino de San Juan y de La Rioja" – debieron rendirse a las fuerzas de Aldao. Algunos, como el caudillo Eufrasio Videla, fueron autorizados a Chile. Otros, como los Saá – Juan, Felipe y Francisco - , Manuel Baigorria, Antonio Lucero y Feliciano Ayala, prefirieron buscar refugio en tierra adentro, llevando sus lanzas y su valor, sus conocimientos y su sangre a las tolderías ranquelinas.

FUENTES

- Archivo General de la Nación.
- Archivo Histórico y Gráfico de San Luis.
- Baigorria, Manuel: *Memorias del coronel José Baigorria*. En Revista de la Junta de Estudios Históricos de Mendoza, Tomo X. Buenos Aires, 1938.
- Cárcano, Ramón J.: *Juan Facundo Quiroga*, Buenos Aires, 1931.
- De Paoli, Pedro: *Facundo.* Buenos Aires, 1952.
- Gez, Juan W.: *El escudo de San Luis.* Buenos Aires, 1903.

- Gez, Juan W.: *Historia de la provincia de San Luis.* Tomos I y II. Buenos Aires, 1916.
- Halperin Donghi, Tulio*: Sarmiento,* en Domingo F. Sarmiento: *Campaña en el Ejército Grande Aliado de Sud América.* Fondo de Cultura Económica, México, 1958.
- Jofré, Nicolás: *El general Juan Saá (alias Lanza Seca).* San Luis, 1915.
- Jofré, Nicolás: *Los cuatro hermanos Videla*. En Revista de la Junta de Estudios Históricos de Mendoza, Tomo VII. Mendoza, 1937.
- Landaburu, Laureano: *Episodios puntanos*. Buenos Aires, 1949.
- Lugones, Leopoldo (hijo): *Los argentinos y su historia interna*. Buenos Aires, 1962.
- Pastor, Reynaldo A.: *La guerra con el indio en jurisdicción de San Luis*. Buenos Aires, 1942.
- Rosa, Alejandro: *Medallas y monedas de la República Argentina*. Buenos Aires, 1898.
- Saá, Juan: *Acotaciones a la conferencia del Sr. Felipe S. Velázquez, sobre el general D. Juan Saá,* en Ideas, número 14 y 15. San Luis, julio y agosto de 1933.
- Saá, Víctor: *San Luis (1832-1862).* En Historia de la Nación Argentina, Vol. X, 2ª ed. Buenos Aires, 1947.
- Saldaña Retamar, *Reginaldo: El obispo de Augustópolis, muy reverendo padre maestro ilustrísimo José Hilarión de Etura y Zeballos*. Buenos Aires, 1937.
- Sosa Loyola, Gilberto*: La revolución unitaria en 1840 en San Luis*. En Boletín del Centro Puntano Nº 22. Buenos Aires, marzo- abril 1942.
- Vega, Maria Mercedes de la*: Los Videla*. San Luis, s. f.
- Velázquez, Felipe S.*: El Chorrillero,* Segunda Edición. Buenos Aires, 1910.

C A P Í T U L O XIII

LA DURA BREGA DE UN BUEN HIJO DE LA TIERRA

Mientras despunta la nueva ley

Encerrado en el rojizo marco de la Santa Federación, el gobierno de don Pablo Lucero ha merecido injustos y grandilocuentes reproches, más abundantes y fáciles que los honrados trabajos de dilucidación histórica aportados, felizmente, por algunos pocos estudiosos. Será preciso entonces, dejando de lado ingratas rectificaciones, tratar de mostrar qué hizo por el bienestar de los puntanos aquel buen criollo tildado de “paisano holgazán” claro está que por ilustrados, áticos y superficiales cronistas. Entre sus tajantes juicios y nuestra áspera prosa rebelde ha de discurrir, sin duda, el río de la verdadera historia.

A la sombra de las armas del general Alemán, el 5 de enero de 1841 una asamblea de vecinos de la ciudad confirió el poder a su activo comandante de fronteras. Dos días después Lucero comunicó este hecho a los gobernadores federales, añadiendo:

> *"El desquicio espantoso en que los salvajes unitarios habían puesto a la provincia con la ominosa marcha que habían adoptado, tuvo que ocurrir a los elementos que ella misma tenía, para repeler a sus implacables enemigos, empleando los auxilios del excelentísimo señor brigadier general don José Félix Aldao, bajo cuyos auspicios ha podido restaurarse el orden legal del país.*
>
> *En estas circunstancias ha sido llamado el infrascripto a ocupar la primera magistratura de un modo irrevocable, a pesar de sus escasas aptitudes, y creyó, a pesar de toda consideración, subordinarse al imperio de la ley, a fin de salvar la patria".*

Si bien cumplió lo dispuesto por Aldao en el sentido de que todos los oficiales unitarios capitulados recibieran pasaporte "para donde quisieran irse", no dejó Lucero de hacer vigilar a los enemigos de la causa.

Asimismo, designó una comisión para que procediese "a embarcar todos los intereses de cuatropea que tengan los salvajes unitarios, esto es de aquellos que han fugado de la provincia, y de los que no, que hayan tomado parte en la brutal revolución del 11 de noviembre" de 1840. Integraron esa comisión el administrador de aduana don Cornelio Lucero, el juez de lo civil don Juan Vílchez, el defensor de pobres don Manuel Márquez y Sosa y el preceptor de primeras letras don Carlos Arias.

De este modo Lucero completar la caballada que sus fuerzas necesitaban para incorporarse al ejército de Aldao, quien por la costa de la sierra marchaba hacia el norte para contener a los dispersos tras la derrota de Lavalle en Sancalá. El 19 de enero, aunque preocupado todavía por las andanzas de los caudillos Benigno Domínguez y Lorenzo Cabral – que intranquilizaban las cercanías del Morro – Lucero delegó el mando en el licenciado don Santiago Funes y marchó hacia la Escondida, para unirse a Aldao, con quién inició la campaña sobre La Rioja.

Su ausencia fue aprovechada por los unitarios refugiados en tierra adentro. Unidos a los indios de Pichún y encabezados por Manuel Baigorria, el sábado santo 10 de abril, como dos horas antes del toque de diana, atacaron la ciudad. Sin embargo, el vecindario opuso una vigorosa resistencia y logró rechazar a los forajidos, entre los que se hallaban los hermanos Saá, Antonio y Carmen Lucero, Gregorio Páez, Domingo Gatica y algunos peones de don Juan Barbeito.

El 16 de agosto, al frente de las fuerzas puntanas, don Pablo Lucero intervino en la acción de Angaco, donde Acha sufrió el revés que le costó la vida. Allí don Pablo se esmeró por aprisionar la banda de música del infortunado general, lo que hizo luego de demostrarle a Benavides que había advertido la jugarreta de querer "mandar adelante" a los puntanos. Acha fue decapitado el 15 de septiembre por gente de Pacheco, entre la represa de la Cabra y el paso del puente del Desaguadero, como para que su sangre salpicase a los hombres de San Luis y no a otros.

Afianzada la causa federal con el combate del Rodeo del Medio, Lucero fue elegido gobernador por la Soberanía de la provincia el 19 de noviembre de 1841. En los últimos días de diciembre hizo cumplir la sentencia de muerte contra Eufrasio Videla, Benigno Domínguez y Epifanio Quiroga, quienes un año antes habían encabezado la revolución unitaria. Los otros

complicados en ese movimiento subversivo – Juan Barbeito, Gabriel Baigorria, Lucindo Riso, Gerónimo Concha y Francisco Bargas – salvaron la vida a pesar de "la sumaria indagatoria que incesantemente" siguió la comisión integrada por Cornelio Lucero, Manuel Clemente Márquez y Sosa, Martín garro, Patricio Chaves y Carlos Arias.

El 4 de noviembre de 1844 el gobernador dirigió a la Honorable Representación su Mensaje, que comenzaba así:

> *"Os saludo íntimamente agradado en el día destinado a la grandeza con que os presentáis a iniciar vuestra propia y célebre misión. El Creador Universal dará luz a vuestros juicios, mientras que yo, con toda sumisión sin desconocer u protección admirable y patética, sujeto mis procedimiento todos a vuestro Soberano fallo y humildemente os devuelvo la autoridad suprema que me conferisteis".*

A su detallada exposición corresponden también estas palabras, seguramente trazadas por el ministro José Manuel Figueroa:

> *"El gobierno se complace en demostraros que no han sido vanos sus conatos dirigidos a mejorar la administración, haciendo que el vicio y la virtud sea recibida con la más fuerte severidad que cada uno exige de por sí; que ha consagrado un particular estímulo a establecer el orden y la economía en el ramo de Hacienda y Policía; y que al favor de un sistema regular, en lo posible se ha logrado el hacer frente a todas las exigencias públicas y conservar el crédito de la provincia con el exacto cumplimiento que pesan sobre ella. Es igualmente un motivo de sincera felicitación para el Gobierno ver aparecer en San Luis un espíritu de confianza con que sus hijos tratan de adelantar con progresos sus propias labores, en razón de las garantías que les presenta la regular seguridad de nuestra fronteras. Nuestro comercio y habitantes se aumentan bajo los auspicios de la paz y benignidad con que trata el Gobierno aún a los hijos de extraña patria, quienes exigen se les reconozca por ciudadanos de la provincia, sujetándose gustosamente a todas nuestras leyes".*

Destaca Gez que en 1848 "el círculo de los federales exaltados y los que no podían medrar" en la situación que presidía Lucero comenzaron a conspirar contra él "estimulados por el ministro de Mendoza, don Juan Moyano". Pero dejemos que el eminente cronista puntano relate aquellos sucesos con su donosa maestría:

> "El agente de esas propagandas y de esas confidencias era, en San Luis, don Pío Solano Jofré, jefe de policía y edecán de don Pablo. Habían nacido sus ambiciones al poder y creía llegado el momento de surgir, mostrándose celosísimo federal y el más adicto servidor de Rosas. Púsose en comunicación con el comandante José León Romero, jefe de los auxiliares de los Andes, con el coronel Patricio Chaves, que comandaba el batallón de infantería y artillería, con el presidente de la Sala de Representantes, don Manuel C. Márquez y Sosa y con el ex ministro de gobierno de Calderón, don Romualdo Arez y Maldes. Tomadas las principales posiciones, todo quedó listo para dar el golpe el 30 de junio. Serían como las siete de la noche, cuando Jofré se presentó en el cuartel de artillería, siendo recibido por el oficial don José Antonio Chaves, hijo del jefe de ese cuerpo.

En el acto mandó formar los soldados, los arengó y les hizo ventajosas promesas si lo acompañaban en el movimiento que se hacía por indicación del Ilustre Restaurador, en prueba de lo cual, exclamó tres veces: ¡Viva Rosas! Intertanto, el ayudante de ese mismo cuerpo de infantería don José Astorga, se había dirigido con una partida, a tomar preso al gobernador Lucero, que vivía a cuadra y media del cuartel. Encontró desprevenido y solo a don Pablo y habiéndole intimado rendición en nombre de la Soberanía del pueblo, lo condujo al cuartel de artillería, donde fue encerrado en una pieza e incomunicado. El alférez de cívicos don Gorgonio Gutiérrez tomó preso, a la misma hora, al ministro don Pedro Herrera.

Una vez asegurados estos dos personajes, Jofré se presentó a Lucero, acompañado de un oficial y de un piquete armado, exigiéndole la renuncia del cargo de gobernador y del generalato de la provincia, en nombre del Ilustre Restaurador de las leyes y de todos los pueblos confederados para sostener el sacrosanto sistema federal. Después le presentaron varia órdenes a los jefes de fronteras y autoridades de campaña, todo lo cual le hicieron firmar en el mismo instante".

Aunque más parcamente, don Felipe Santiago Velázquez nos ayuda a reconstruir aquellas trágicas jornadas:

"Custodiado el preso en el cuartel de policía y mientras los revolucionarios se preocupaban de la organización de su gobierno, la esposa de aquél, doña Dominga Pérez – una de tantas damas de temple superior que ha tenido la provincia - ,con el sigilo del caso, hacía llegar sus partes a los jefes de las fuerzas de guarnición en la frontera, estacionadas en la costa del río Quinto y otros puntos, con la nota especial de encontrarse aún vivo el gobernador Lucero, y su rápida y repentina protección podría salvarlo, restituyéndolo en el mando.

Las fuerzas nombradas, inmediatamente de tener noticias de lo ocurrido, pusiéronse en precipitada marcha sobre la ciudad, y al conocerse en ésta su aproximación, el batallón "guardia de cárcel", con cuyo concurso habían operado los rebeldes y que hacía la custodia del gobernador preso, se sublevó también contra sus jefes, poniéndose nuevamente a las órdenes del primero dejando a éstos en completo desamparo.

Los momentos no podían ser más críticos para los revolucionarios, y al considerarse perdidos, uno de ellos, Villavicencio, adoptó la revolución extrema e inquebrantable de quitar la vida a Lucero, en la prisión misma, penetrando al efecto al cuartel armado, y sin darle tiempo para realizar su intento fue cosido por las bayonetas de los soldados que hasta poco momentos antes lo habían acompañado en su desgraciada empresa".

Más color tiene la versión que Gez refiere sobre la muerte del alférez Gabriel Villavicencio, adoptó la resolución extrema e inquebrantable de quitar la vida a Lucero, quien iba a buscar al prisionero seguido de una partida armada".

"Penetró, resueltamente, en la habitación de Lucero y sacando una pistola se la puso al pecho y la martilló; pero no salió el tiro. Entonces Lucero se precipitó sobre él y gritó a los soldados: ¡a este cobarde!, a cuya voz los soldados descargaron las armas sobre Villavicencio que cayó acribillado a balazos, al mismo de Lucero".

Pío Solano Jofré y José Astorga lograron huir a Mendoza. Los demás cabecillas fueron juzgados por un tribunal que integraron José Gregorio Calderón, Nicasio Mercau, Juan Francisco Loyola, Valentín Bargas y Santiago Quiroga. El 31 de octubre de 1848 pagaron con la vida su rebelión el coronel Patricio Chaves, Romualdo Arez y Maldes, el capitán José Antonio Chaves y Manuel Márquez. Mientras sus nombres se olvidaban, crecía el renombre del comandante Domingo Meriles que, con sus dragones, acudió lealmente al llamado de doña Dominga Pérez, recurriendo a la treta india de avanzar sobre la ciudad por el cajón del río, para sorprender a los rebeldes.

* * *

Con fecha 11 de abril de 1849, el ministro Arana remitió a San Luis copia de las cartas cambiadas entre Domingo F. Sarmiento y el teniente coronel José Santos Ramírez. Expresaba entonces:

> *"Por estos documentos se instruirá V. E. de que el salvaje unitario legista Sarmiento continúa conspirando desde Chile contra la confederación y la América del modo más alevoso e indigno, en prosecución de los planes sangrientos desoladores de la logia a que pertenece, la misma que agita hoy pretendiendo entronizar en Bolivia al cabecilla Santa Cruz, abominable e inmundo enemigo de la América".*

Prevenido con este aviso, el gobernador de San Luis no dejó de vigilar las comunicaciones y el 31 de agosto de 1851 manifestaba a Rosas:

> *"El infrascripto tiene a bien elevar al superior conocimiento a V. E. los adjuntos libelos con el sello Santiago de Chile, que se ha recibido en la administración de correos de esta provincia bajo la misma forma epistolar en que se los transmito para inteligencia del gobierno supremo de esa benemérita provincia.*
>
> *Penetrado de las infatigables maquinaciones del bando salvaje, arma vil de que ellos se valen para reedificar el cadalso que les preparan sus crímenes, ha dictado el infrascripto algunas medidas precauciónales a fin de evitar las perniciosas doctrinas con que calculan infructuosamente introducirse; al efecto tiene ordenado al administrador de Correos examine prolijamente toda la comunicación, dando cuenta a este gobierno de su resultado".*

Don Felipe Arana, al expresar a Lucero la complacencia y aprecio de Rosas por las precauciones tendientes a evitar la circulación "de las negras perniciosas doctrinas del asqueroso traidor salvaje unitario Sarmiento", decía el 17 de septiembre:

"V. E. ha acreditado así, una vez más, su recomendable celo y patriotismo por el sostén nuestra sagrada causa nacional de la Federación, que a toda costa y por toda clase de reprobados medios anhela atacar aquel inmundo enemigo de la Confederación Argentina y de la América; y muy especialmente desde su bien sabida asociación con el vil desertor de la sagrada causa federal de la República, el loco traidor salvaje unitario Urquiza".

Exactamente un mes después – el 17 de octubre y no de septiembre, como se ha venido afirmando – la Sal de Representantes de la provincia de San Luis sancionó la siguiente ley, propuesta por Lucero y redactada por don Benjamín de Moral:

"Por cuanto el salvaje unitario Justo José de Urquiza, contrariando la opinión del pueblo entrerriano, se ha rebelado contra la Confederación y su excelentísimo gobierno General, que presidido sabiamente por el Ilustre general don Juan Manuel de Rosas, merece la más absoluta confianza de la nación y el profundo reconocimiento de todos los argentinos.

Por cuanto ha traicionado ese cobarde salvaje unitario el pacto fundamental de la Federación, desligándose de la gran nacionalidad argentina, como lo prueba su titulado decreto de 1º de mayo del corriente año y la asquerosa nota con que ha intentado sublevar a las provincias confederadas que, lejos de concurrir a su nefasta traición se disponen a exterminarla.

Por cuanto, practicando un hecho inaudito el más nefando y perverso, se ha ligado a los salvajes asquerosos unitarios y al pérfido Gabinete brasilero, llamando sus fuerzas a que ataquen y violen atrozmente la nacionalidad y la independencia de la República.

Por cuanto en todo este escándalo tan funesto al bienestar del país, sólo media la desenfrenada ambición del loco salvaje unitario Urquiza, que piensa abrirse camino alucinando a los pueblos con la fementida idea de organización, cuando ni entiende ni conoce principio ni ley alguna.

Por todas esas razones y otras muchas qué el loco salvaje unitario Urquiza es un aspirante traidor a la Nación, digno aliado del asqueroso Gobierno brasilero, la provincia de San Luis se declara en el deber de contribuir sin limitación y sin reserva alguna, a exterminar a ese bandido feroz; y a efecto de conseguirlo en toda la extensión que se lo permita el jefe supremo del Estado, ilustre general don Juan Manuel de Rosas, a cuya sabiduría, patriotismo y denuedo ha confiado sin restricción alguna y por actos solemnes sus destinos, ha sancionado la siguiente ley:

Artículo 1º - La provincia de San Luis declara al salvaje unitario Justo José de Urquiza fuera de la ley por el crimen atroz que ha perpetrado, traicionando a la confederación y ligándose al gobierno extranjero del Brasil.

Art. 2º - La Provincia de San Luis reproduce en toda su extensión las declaraciones por la que ha autorizado en la parte que le corresponde, libre y espontáneamente, al jefe supremo de la República, general de los ejércitos, brigadier don Juan Manuel de Rosas, con toda la suma del poder nacional, depositando en su alta persona todo el que a ella pertenece, sin limitación alguna.

Art. 3º - El Poder Ejecutivo de esta provincia queda extraordinariamente facultado, mientras duren las actuales circunstancias, para dar cumplimiento sin la menor dilación a las órdenes del jefe supremo de la República, general en jefe de sus ejércitos, brigadier don Juan Manuel de Rosas, disponiendo para ello de todas las fuerzas, recursos y elementos de la Provincia.

Art. 4º - Además de cumplir fielmente las órdenes del Jefe supremo de la Confederación, el Gobierno de esta Provincia adoptará también por sí todas las medidas tendientes a combatir la traición infame del rebelde salvaje Unitario Urquiza, lo mismo que a escarmentar al traidor y cobarde Gobierno brasilero; que invadiendo como lo ha hecho los ríos de la Confederación, sin declaración de guerra, a dado un nuevo comprobante de su política traidora y desleal.

Art. 5º - Sin perjuicio de la autorización extraordinaria conferida al Poder Ejecutivo, la Sala de Representantes continuará constituida como hasta hoy, pero ocupándose solamente de los asuntos que el Gobierno le someta.

Art. 6º - El Poder Ejecutivo dispondrá que esta ley, que firmarán individualmente todos los Representantes, se eleve al jefe supremo de la República, jefe de sus ejércitos, brigadier don Juan Manuel de Rosas, la comunicará a los gobiernos confederados y dará la más solemne publicidad.

Art. 7º - Comuníquese al Poder Ejecutivo para los fines consiguientes".

¿Quiénes integraban la Sala que sancionó esta Ley? No le hemos podido averiguar todavía. Sabemos, eso sí, que en febrero de 1851 presidía la Representación Fabián Barroso, junto a quien legislaban Tomás Prieto, Bernardo Bazán, Calixto Ortiz, Mauricio Daract, Cándido Lucero y José Rufino Lucero y Sosa. A principios de 1852 los Representantes eran Juan Vivier, Nepomuceno Poblet, Mauricio Daract, José Quiroga, Calixto Ortiz, José Rufino Lucero y Sosa y Bernardo Bazán. El secreto de la "fibra unitaria", ¿estará en la repetición de los nombres?

También en octubre de 1851 "el benemérito argentino federal" doctor Adeodato de Gondra fue nombrado agente diplomático extraordinario de la Provincia de San Luis ante el jefe supremo de la confederación, con una renta mensual de cien pesos. Gondra aceptó la misión que se le encomendaba y el 15 de noviembre agradeció profundamente a Lucero "por haber escogido su persona para su órgano de la voluntad de ese heroico pueblo argentino cerca del Salvador de la Patria, el Delegado de la Providencia entre nosotros, el Jefe Supremo de nuestra elección y de nuestro amor, Ilustre Brigadier General don Juan Manuel de Rosas".

La batalla de Monte Caseros modificaría el lenguaje de leyes, decretos, proclamas y cuanto papel circulaba por los pueblos de la Confederación. Los mismos hombres encontraron, si no palabras nuevas, un nuevo destinatario para las promesas y las loas. Como todas las provincias, San Luis abrió el pecho a la renovada esperanza.

El 3 de marzo de 1852, Lucero ordenó que en cada partido se eligiesen dos diputados que representaran sus derechos y se constituyeran en Cuerpo Soberano para determinar la política a seguir. Presidida por don Mauricio Daract, el 18 la Soberanía sancionó una ley que incluía las siguientes disposiciones:

"El Cuerpo reasume en sí las facultades extraordinarias que había conferido al gobernador don Pablo Lucero y de las que éste hizo devolución en su nota de fecha 17.

Se le confieren al Cuerpo Legislativo todas las facultades que son peculiares al Cuerpo Soberano, "para que en conformidad de los principios de paz, libertad, organización, progreso y gloria, bajo el sistema representativo federal" proclamado por Urquiza, "pueda expedirse con toda la autenticidad posible en los casos necesarios". Queda igualmente facultado el Cuerpo Legislativo para destruir y anular toda otra disposición que esté en oposición con el espíritu de la presente sanción.

El cuerpo Soberano nombrará una comisión compuesta de tres Representantes, "para que manifiesten personalmente al excelentísimo señor Gobernador, brigadier don Pablo Lucero, a nombre de este Honorable Cuerpo Soberano, los sentimientos de gratitud de que se halla poseído por el buen uso que ha hecho en bien general del país, mientras estuvo investido de las facultades extraordinarias que le fueron conferidas".

Con respecto a este último punto, acota Gez: "Bueno es advertir que esta asamblea estaba constituida por los elementos representativos de la sociabilidad puntana y que, bajo la más amplia libertad y al amparo de la situación recientemente creada, se manifestaban en términos tan honroso para el gobernador Lucero, todo lo cual viene a confirmar, plenamente, el juicio favorable con que lo hemos presentado a la posteridad, sin dejar de responsabilizarlo por los errores de la época nefanda, con la cual estuvo solidarizado".

Puesto que el cronista no los menciona, debemos recordar los nombres de aquellos diputados doblemente representativos: Mauricio Daract, Victoriano Lucero, Calixto Ortiz, Fabián Barroso, Esteben Funes, Nicasio Mercado, José Narciso Ortiz, Santiago Laborda, Buenaventura Sarmiento, Carlos Bett, José Quiroga, José Santos Ortiz, Julián Jofré, Tomás Prieto, Francisco Zabala, Juan H. Mendoza, José Román Céliz, Bernabé Balenzuela, Raymundo Barroso, Juan Espinosa, Daniel Videla Domínguez, Manuel Arias, José Vidal, Juan F. Garro, Marcos Calderón, Dionisio Delgado, Nepomuceno Poblet, Rafael Panelo, Jesús Iñón, Carlos Quiñones, Francisco Básquez, Pascual Bailón Gutiérrez, José L. Leal, Tomás Suárez, Mariano Orozco, José Rufino Lucero y Sosa, Feliciano Lucero.

Disuelta la asamblea el mismo 18, tras haber llenado el objeto para que se reuniera, correspondió a la Sala de Representantes dar el trascendental paso que reclamaba Caseros. Y así lo hizo:

¡Viva la Confederación Argentina!
San Luis, marzo 19 de 1852.

El Soberano Cuerpo Representativo de la Provincia, usando de las facultades que inviste, en sesión extraordinaria fecha de hoy, ha sancionado con fuerza de la ley lo siguiente:

Artículo 1º - La Provincia de san Luis declara de hecho y de derecho derogadas y sin valor ni fuerza alguna las sanciones de 5 de febrero del año de 1850, 21 de julio y 17 de octubre de 1851, las mismas que deberán ser borradas completamente de sus respectivos libros de actas, quedando en pleno goce de la soberanía territorial que le compete, hasta la instalación de un congreso nacional

constituyente, y con todos aquellos derechos y prerrogativas que le habían conferido inmerecidamente al gobernador don Juan Manuel Rosas.

Artículo 2º - De conformidad con los decretos expedidos en la benemérita provincia de Entre Ríos por el ilustre general don Justo José de Urquiza en 1º de mayo de 1851, promoviendo la convocación de un congreso nacional constituyente, se reconoce en su benemérita persona, Regenerador y Organizador de la República del Plata.

Artículo 3º - El Poder Ejecutivo lo felicitará a nombre del pueblo, al ilustre general en jefe del Ejército Aliado Libertador, brigadier don Justo José de Urquiza, por el glorioso triunfo que han obtenido sus armas en el campo de Monte Caseros, sobre el dictador odioso de la benemérita de Buenos Aires don Juan Manuel Rosas.

Artículo 4º - La Provincia de San Luis uniformará en un todo su política a la del excelentísimo Gobierno de la provincia de Entre Ríos, de conformidad con los principios de libertad, confraternidad y organización nacional, bajo el sistema federal, proclamado por aquel ilustre jefe, brigadier don Justo J. de Urquiza.

Artículo 5º - Saldrá de este Honorable Cuerpo una comisión compuesta de tres individuos, cerca del Poder Ejecutivo de la Provincia, y a su nombre le rendirá un voto de gratitud, por el uso útil y honroso que ha hecho de las facultades extraordinarias que en nota de 17 del corriente se dignó devolver al seno de este Representación.

Artículo 6º - El Poder Ejecutivo hará circular hacia los demás excelentísimos gobiernos confederados, y en el interior de la provincia, la presente resolución, que será firmada individualmente por su respectiva Corporación, dándole la más solemne publicación.

Artículo 7º - Comuníquese al Poder Ejecutivo para los fines consiguientes.

Juan Vivier, presidente – Nepomuceno Poblet – Mauricio Daract – José Quiroga – Calixto Ortiz – José Rufino Lucero y Sosa – Bernardo Bazán, secretario.

Al día siguiente – 20 de marzo de 1852 – tras mandar cumplir la resolución del Cuerpo Representativo, Lucero envió a Urquiza la sanción y otros antecedentes, diciéndole en el oficio respectivo:

"Por dichos documentos, se instruirá V. E. del voto popular y solemne que han pronunciado los hijos de San Luis, uniformando en un todo sus sentimientos a los de V. E.; sentimientos que hacían 20 años gemían bajo la dominación opresora del ex gobernador de esa benemérita provincia, don Juan Manuel Rosas, y que hoy, mediante el éxito feliz y glorioso que han merecido las armas libertadoras de ese denodado ejército al mando de V. E., han cobrado su libertad, con reconquistación de sus derechos a que la patria misma le hizo acreedores, y que debiera gozar con preeminencia la República Argentina por sus gloriosos antecedentes".

La pluma vuelve una y otra vez al surco del borrador, abrillantando frases, puliendo epítetos, almibarando promesas. Y el alma se conturba al comprobar la eterna pequeñez del hombre ante el Vencedor.

* * *

El ministro de Relaciones Exteriores don Luis J. de la Peña, con fecha 8 de abril, se dirigió a Lucero para "llenar otro deber que tiende a complementar la obra iniciada por los pueblos, en ese gran vínculo nacional, propendiendo todos de acuerdo a la organización de la República, tan anhelada por los leales y buenos hijos que ella encierra". Y a renglón seguido explicaba los propósitos de Urquiza:

> *"S. E., que decididamente quiere ver llegar ese momento feliz, y que a él concurran los elementos más poderosos, para la uniformidad en tan grande obra, ha concebido la idea de una reunión solemne de los excelentísimos Gobernadores de las provincias confederadas, que forme el preliminar de la Constitución Nacional. Grandes y poderosos bienes espera S. E. del patriotismo y decisión de esos guardianes de las libertades públicas; y confía que tal idea será valorada por sí misma bajo el punto de vista que ella se merece.*
>
> *Persuadido que V. E. tendrá el mayor placer en concurrir con su persona a tal interesante objeto, ha ordenado al infrascripto lo invite a esa reunión general, que deberá tener lugar en la ciudad de San Nicolás de los Arroyos, en la provincia de Buenos Aires, el 20 de mayo próximo.*
>
> *S. E. el señor general desea vivamente que V. E. se digne aceptar está invitación oficial y concurrir el día indicado a la expresada ciudad, porque anhela íntimamente solemnizar el gran día 25 de Mayo con la apertura de una Convención Nacional en la que los mandatarios todos de la República puedan aunar sus pensamientos políticos y tratar de cerca los intereses generales de ella, de la manera más eficaz y que más tienda a la realización del gran pensamiento de la época: la confraternidad de los Gobiernos y de los Pueblos".*

El 20 de ese mismo mes, don Vicente F. López recomendaba a Lucero "que antes de la partida de V. E. para concurrir a la reunión mencionada, se sirva recabar de la Honorable Legislatura de esa provincia los poderes bastantes para tratar las cuestiones vitales que han de ventilarse en la Convención de los excelentísimos señores gobernadores". El objeto de esa solicitud era "procurar que las deliberaciones de esa Convención tengan más fuerza y consistencia, siendo previamente autorizadas por la Representación de los pueblos".

La Sala de Representantes, reunida el 4 de mayo con el objeto de acordar y determinar los poderes con que debía hallarse investido el gobernador en la reunión a que había sido convocado, consideró "Que de tan solemne acto deberán emanar los primeros acuerdos en que ha de fundarse nuestra organización nacional". Y "con el fin de darle por su parte toda la autenticidad que requiere", confirió poder y facultades necesarias al brigadier don Pablo Lucero "para que a nombre de esta Provincia pueda acordar y convenir con todos los demás excelentísimos señores Gobernadores de las provincias de la República, firmando cualquier acuerdo o convenio que sea tendiente al bien general del país, fundado en los principios de libertad y organización nacional proclamados en mayo de mil ochocientos cincuenta y uno por la benemérita provincia de Entre Ríos". Por la misma sanción, Lucero debía "instruir oportunamente a esta Honorable Representación del resultado del encargo que se le confiere,

pués todo pacto o convenio que de él emanare, deberá someterlo al conocimiento de este Honorable Cuerpo para su ratificación".

¿Cómo viajó don Pablo a San Nicolás? Debemos tratar de aclararlo, pués en alguna evocación generalizadora sólo se ven "diligencias de gobernadores a todo rodar por unos y otros caminos".

Debidamente autorizado por la Sala de Representantes – que en la solicitud del gobernador vio "reproducida la extremada delicadeza que ha modelado siempre los procederes de V. E." – el 29 de abril Lucero encomendó al comandante del escuadrón de Lanceros Argentinos la tarea de extraer del 2º Departamento " cien caballos del vecindario, sanos y aparentes para emprender la marcha que el infrascripto tiene que practicar a la exterior de la provincia, por invitación del excelentísimo señor gobernador y capitán general de la provincia de Entre Ríos, brigadier general don Justo José de Urquiza, hasta el pueblo de San Nicolás, provincia de Buenos Aires, a entrar en los acuerdos que se hagan necesarios para la pronta organización y constitución de la república". Prevenía Lucero que la comisión debía cumplirla el referido comandante "en asocio del comisario de dicho Departamento y al comandante principal" y que la caballada "deberá ser dirigida a esta capital, la que pertenece a los partidos de la Costa, antes del 10 de mayo, y la de los partidos de afuera, al punto de San José del Morro, bajo el mayor cuidado y esmero".

Desde ese paraje, el 14 de mayo el coronel Domingo Meriles escribía al gobernador delegado don Pedro Herrera: "Por orden que tengo de S. E. el señor gobernador propietario, comunicó a V. E. que para hacer su marcha le fueron entregados en este cantón trescientos tres caballos patrios: cien de los comprados en el Departamento Nº 4, cincuenta y dos de los del Nº 3 y ciento cincuenta y uno de la mejor caballada del regimiento de mi mando".

Es decir que la "cumplida escolta militar" que el ameno evocador incluye entre las "atenciones oficiales de comedimiento y deferencia" del señor general Urquiza para con los "señores gobernadores" que iban llegando a San Nicolás ya la llevaba Lucero desde la Punta. Con el agregado que eran veinte bizarros – mejor diremos bravos sin vuelta de hoja – Dragones de Unión, curtidos por las penurias y los entreveros de la frontera. Veinte soldados puntanos, de la misma pasta que los Granaderos, armados de sables y carabina colorada la gorra, colorada la camisa, colorado el chiripá. Veinte puntanos que, como siempre, iban adelante, despejándoles el camino a los gobernadores de Mendoza y San Juan, que éstos sí llegaban cada cual en su carruaje. Por que lo que es don Pablo tenía bastante con su buen caballo de la tierra. Y a caballo entraba - ¿verdad, musa de la evocación? – a caballo entraba por las calles nicoleñas. Y junto a él, también a caballo, marchaba un mozo gallardo y pensativo, maestro de primeras letras con vocación de gloria. Carlos Juan Rodríguez se llamaba.

Volvemos a los documentos para concluir estas noticias con el acuerdo fechado en San Luis el 1º de julio de 1852:

> "La Honorable Sala de Representantes de Provincia: Reunida en la Sala de sesiones, procedió a la lectura de la nota que le ha sido dirigida con fecha de ayer por el excelentísimo señor gobernador y capitán general, brigadier don Pablo Lucero, en la que solicita ante este Honorable Cuerpo, a fin de dar cuenta de la misión que le fue conferida por la honorable sanción de fecha 4 de mayo, consecuente con la convocatoria que se hizo a todos los excelentísimos gobernadores de las provincias de la República por la circular del encargado de las Relaciones Exteriores, brigadier don Justo José de Urquiza, de fecha 7 de abril; y habiendo accedido esta honorable Representación a la indicación de S. E.

lo verificó presentándose personalmente sometiendo ante esta Honorable Representación al acuerdo original celebrado en San Nicolás de los Arroyos entre los excelentísimos gobernadores de las provincias argentinas de fecha 31 de mayo del presente año; el cual, tomado en consideración detenidamente, ha acordado el uso de la Soberanía que enviste lo siguiente:

Artículo 1º - El acuerdo celebrado entre los excelentísimos gobernadores de las provincias argentinas reunidos en San Nicolás de los Arroyos de fecha 31 de mayo del presente año, queda ratificado en un todo en la parte que le corresponde a esta provincia, por considerarlo conveniente al bien general del país.

Artículo 2º - El Poder Ejecutivo convocará la provincia en la forma de costumbre y con la brevedad posible para que este Honorable Cuerpo quede en actitud de proceder al nombramiento de los Diputados que han de representar en el Congreso Nacional Constituyente con arreglo a la cuarta resolución del acuerdo mencionado en el artículo anterior.

Artículo 3º - Agregada esta honorable sanción del precitado acuerdo original, devuélvase éste al Poder Ejecutivo para su publicación y fines consiguientes".

El 28 de julio se reunió la Representación Soberana, con asistencia de cincuenta y seis Representantes, y eligió Diputados por San Luis a los doctores Delfín Huergo y Adeodato de Gondra.

* * *

Celebrado el Acuerdo de San Nicolás, la Honorable Representación reconoció, a nombre de provincia, "el eminente servicio que don Pablo Lucero había prestado a su país en el buen desempeño de la honrosa misión que le fue conferida". Pero este reconocimiento no amenguó los sinsabores del gobernador. Le dolía, sin duda, que su provincia hubiera sido invadida por los indios que guiaba Manuel Baigorria, aprovechando la ausencia del infatigable defensor de la frontera. Y no dejaría de entristecerlo, a su regreso, ver levantarse la discordia en tierras sanjuaninas.

Urquiza, el 16 de julio y por intermedio de su ministro don Luis J. de la Peña, reprobó altamente el motín ocurrido en la provincia de San Juan y dispuso que Lucero pudiese a las órdenes del brigadier Nazario Benavídez las fuerzas de San Luis y todos los recursos con que contase, hasta que el gobernador depuesto lograse recobrar el mando. Pocos días después – el 21 – el gobernador de Córdoba don Alejo Carmen Guzmán pedía a Lucero que no ayudase a los jefes y oficiales de las fuerzas sanjuaninas, quienes habían pasado a la provincia de San Luis "con el objeto, sin duda, de reunirse al general don Nazario Benavídez, acaso con la mira de invadir con fuerza armada a la provincia hermana de San Juan".

Mientras Urquiza agradecía a Lucero por no reconocer legalidad a los actos del gobierno revolucionario de San Juan, "expresión de una minoría anárquica que desconoce los principios de orden público y confraternidad proclamados en el programa de 1º de Mayo", en la ciudad de

San Luis el 31 de julio Benavídez pedía al gobernador puntano un contingente de ciento cincuenta hombres de caballería “que necesita bien equipados, cabalgados y municionados a la brevedad que fuere posible”.

Y después de recuperar el mando, escribía a Lucero el 23 de agosto: “La división de Auxiliares saldrá de esta provincia a fines de esta semana, si me fuese posible sustraerme de aquellos urgentes quehaceres que en estos momentos requerían mi absoluta consagración; pero esté V. E. persuadido que no omitiré esfuerzo alguno por que esta benemérita división pise cuanto antes el territorio de esa provincia”.

Más el horizonte no se aclaraba. El 14 de septiembre “que a la una de la mañana de este día, ha tenido S. R. comunicación de Buenos Aires, fecha 11 del que rige, anunciándole que con motivo de su ausencia de aquella ciudad, algunos malvados ambiciosos se habían lanzado a la rebelión, pretendiendo anarquizar la República y renovar en ella las pasadas escenas de sangre y desolación”. Y en el mismo oficio, añadía:

> *“Este incidente no retardará la solemne instalación del Congreso Constituyente; pues V. E. debe estar en la firme persuasión de que los obstáculos creados por la ambición y la perversidad de un puñado de conspiradores oscuros y menguados, serán prontamente destruidos, marchando la República con seguro paso a su organización definitiva y perdurable felicidad”.*

Alsina exponía, con fecha 15, “las principales causas del movimiento del 11, para que sea más comprensiva toda su justicia y toda su importancia”.

Luego de reseñar el proceso de la rebelión, asentaba rotundamente:

> *“Este movimiento ha de atar más y para siempre, los lazos de hermandad que ligan entre sí a todos los miembros de la Nación. La Provincia de Buenos Aires quiere la paz; quiere la organización nacional; pero una organización que sea el efecto del voto de sus pueblos y no de la imposición individual de nadie”.*

En una carta fechada en Santa Fé el 15 de septiembre y dirigida a su “respetable compatriota y amigo” el general Lucero, asienta Gondra estas interesantes cosas:

> *“Ya estamos reunidos catorce diputados: es decir, la mitad, y pronto esperamos a los demás para que se instale el Congreso. En medio de nuestros preparativos para plantear la organización definitiva de la República, ha venido a sorprendernos la noticia del escandaloso motín militar que ha tenido lugar en Buenos Aires el 11 del corriente a las 12 de la noche encabezado por los generales Pirán y Madariaga. Estos son unos maulas sin aptitudes ni prestigio en el país; pero su calavereada es bastante para causar males de gravedad”.*

Dos días después, el diputado Huergo escribe al gobernador puntano:

> *“Aunque este accidente no compromete en mi concepto sino por algunos días la tranquilidad de la República, yo creería oportuno que se robusteciese la autoridad moral del*

Director por medio de un pronunciamiento unánime y vigoroso en todos los pueblos de la República.

La benemérita provincia de San Luis a quien tengo el honor de representar, y que S. E. tan dignamente preside, será la primera, no lo dudo, en levantar su voz para reprobar ese motín escandaloso y para manifestar cuál es el espíritu que la anima. Si el Congreso que por falta de bastante número de Diputados no ha podido instalarse todavía, lo hubiese hecho, yo en nombre de la provincia de San Luis hubiese contribuido con todas mis fuerzas a manifestar que ella se halla decidida a no omitir medio, ni detenerse ante ningún obstáculo, para arribar a la definitiva organización de la República, y que en cualquier parte donde aparezca la anarquía es necesario anonadarla, y anonadarla para siempre".

Disculpándose por su laconismo, el 25 manifestaba Gondra:

"Patriotismo, valor y constancia es lo que todos tenemos por acá. Esa provincia y V. E. deben contar con nuestra firme adhesión a la causa del orden nacional y con nuestros esfuerzos por realizar cuanto antes las justas esperanzas de la Patria, mediante la protección del Cielo y en caso que Dios Nuestro Señor no disponga otra cosa".

Por fin el 27 de septiembre la Sala de Representantes, por intermedio de su vicepresidente don Mauricio Daract dijo al gobernador "que la provincia de San Luis, consecuente a su pronunciamiento por los principios proclamados por el ilustre general Urquiza y teniendo en vista el Acuerdo de San Nicolás de los Arroyos de 31 de mayo del corriente año, aprobado y reconocido por ley, desea que la conducta de su Gobierno a este respecto sea también de conformidad con ellos y que no omita sacrificio alguno para sostener su compromiso y dignidad". El 21 de octubre la Sala sancionó la ley que mandaba poner a disposición del Director Provisorio de la República "todos los elementos y recursos con que cuenta esta provincia para contribuir a la organización nacional". Tal como lo solicitara Huergo, el artículo 2º de esa ley disponía: "El Poder Ejecutivo dirigirá una nota oficial al excelentísimo Director Provisorio, a nombre de esta provincia, manifestándole que se halla decididamente dispuesta a hacer toda clase de sacrificios para conseguir la organización de la República".

El empeño de los hombres de Buenos Aires para hacer llegar sus ideas al interior y los nuevos conflictos sanjuaninos también hallaron eco entre los indios del sur. Así lo prueba la carta que el gobernador delegado don Mauricio Daract remitió al ministro de la Peña en febrero de 1853 y en la que expresa:

"El 13 del corriente llegó a esta ciudad, de las tolderías del desierto el coronel don Manuel Baigorria, quien ha manifestado a este gobierno que entre aquellas tribus se susurraba hallarse los pueblos de la confederación envueltos en la anarquía y desconociendo la autoridad que inviste el Director Provisorio de la Nación.

Este gobierno se contrajo asiduamente en patentizar al coronel Baigorria la nulidad en inverosimilitud de cuanto se corría en aquellas tolderías, e instruirlo a fondo de la verdadera situación de la República y de los últimos sucesos que han tenido lugar en Buenos Aires. Convencido, pués, el referido coronel Baigorria y plenamente satisfecho de todo cuanto el infrascripto le manifestó, ha dispuesto regresar a las tolderías con la mayor celeridad, asegurando a este gobierno que sin pérdida de momento se ocupará en hacer

desistir a los indígenas de la mala inteligencia en que están e instruirlos satisfactoriamente de la realidad de los acontecimientos".

Un propio despacho por el gobernador de Córdoba don Gerónimo Yofré el 9 de junio, trajo a San Luis un paquete dirigido por Urquiza, "cuyo paquete contenía la Carta Constitucional sancionada por el Soberano Congreso y mandada promulgar por el excelentísimo señor Director Provisorio, con toda la solemnidad que exige tan clásico e importante documento". Desde San José del Morro, Lucero ordenó leer la Constitución al vecindario.

Y el 22, don Mauricio Daract manifestaba al gobernador cordobés:

"Animado el infrascripto, como toda esta provincia, del fuerte entusiasmo que inspira un acontecimiento de inmensa y muy gloriosa trascendencia para toda la República, en el acto que fue recibida la nota del excelentísimo señor Director Provisorio y la Carta Constitucional de la Nación, se hicieron por todos los vecinos de esta ciudad las más públicas demostraciones de júbilo y contento, dirigiendo al Soberano Congreso y a S. E. el señor Director Provisorio el mas elevado tributo de gratitud por el inestimable bien que, mediante sus desvelos y heroica consagración a tan afanosas tareas, van a entrar a gozar todos los argentinos".

Pocos días después – el 25 – Daract dirigía una proclama a los habitantes de la provincia, invitándolos a jurar la Constitución el 9 de julio. En el mismo documento decía:

"Paisanos: Todos los que os halláis fuera de vuestros hogares por efecto de las discordias anteriores, podéis con toda seguridad restituiros tranquilos a vuestro país natural, para que concurráis al solemne acto de la promulgación y jura de nuestra Constitución Nacional. Así llenaréis las vitales exigencias de nuestra actualidad, gozando también de los derechos que la Ley os acuerda. Nuestro suelo patrio está abierto a todos sus hijos, para que unidos en la misma fe y con aquel lazo indisoluble del amor a la Patria y deseo de su prosperidad, marchemos al alto puesto que nos está señalado entre las naciones del mundo civilizado".

¿Cómo se cumplió aquella ceremonia en la ciudad de San Luis? Bueno es recordarlo, apoyados en el decreto que Daract dictó considerando "que es un deber sagrado de todo argentino dirigir al Omnipotente el más fervoroso tributo de gratitud, por el inestimable bien que hasta hoy nos dispensa, conservándonos en posesión de nuestra gloriosa Independencia y presentándonos en ese día el principio de una nueva época de organización".

El sábado 9 de julio de 1853, en el templo parroquial – la vieja iglesia de los dominicos – se celebró una misa solemne en acción de gracias. Concluido este acto, "se dio principio a la lectura y juramento de la Constitución Nacional" y luego se asistió al Tedeum, que se cantó en el mismo templo. Formaron las tropas veteranas, se hicieron salvas y por la noche hubo luminarias.

Desde el día anterior, alta flameaba la bandera de la Patria.

* * *

El 4 de noviembre de 1854, a punto de expirar su mandato, don Pablo Lucero dirigió al Cuerpo Soberano de la Provincia una nota o mensaje en el que reseñaba la tarea realizada. A este documento pertenecen estos párrafos:

> *"En medio de la paz y la libertad estáis reunidos y vuestra reunión representa la voluntad absoluta y soberana de toda la provincia, y ante ella, desde el alto puesto que me confiasteis, soy el primero en acatarla y obedecerla; en tal concepto y cumpliendo con ese mismo sagrado deber, os devuelvo el depósito de las leyes e instituciones del país y la autoridad suprema de que fui investido, y con la conciencia tranquila de no haber omitido sacrificio alguno para guardar ileso tan sublime como delicado encargo. Mis actos gubernativos son del dominio público, los que desde luego sujeto a vuestro soberano fallo. Siempre he marchado con la Legislatura permanente, y con su eficaz y ardiente patriotismo se ha conseguido salvar las dificultades en que ha tocado la provincia en los varios conflictos que ha experimentado en la época de la organización nacional. La provincia permanece tranquila y sus habitantes entregados al trabajo, bajo la sombra protectora de la hermosa Constitución Nacional…*
>
> *Hoy más que nunca es necesario estudiar las necesidades del país, para darle aquellas instituciones que sean compatibles con los principios y garantías prescriptas por la Constitución Nacional. Con mil dificultades ha tocado el gobierno en la marcha administrativa, a consecuencia de no haber una ley fundamental que regle todas las atribuciones de todos los empleados en el despacho de los asuntos públicos. La Constitución de la provincia se hace más necesaria, cuanto que todos los ramos de la administración se encuentran desorganizados, pues ha sido preciso destrozar nuestras instituciones para organizar la República y formar una verdadera Nación. Tal es el estado de su régimen interno de toda la provincia; sin embargo la paz, la libertad y las garantías constitucionales están afianzadas de un modo innoble, la anarquía, la guerra civil y los odios de partido han sido anatematizados para siempre."*

Más el viejo soldado llevó también al recinto de la Soberanía su palabra de auténtico forjador de la patria. Y así habló:

> "Compatriotas de la Honorable Representación de la Provincia.
>
> Después de daros cuenta de la situación del país, como primer magistrado, y depositar en vuestras manos la autoridad que me confiasteis, paso a hablaros en particular, con el lenguaje de un amigo a quien conocéis. Desde luego, principiaré por agradeceros la constancia con que habéis soportado los sin sabores de nuestro aislamiento, en épocas que la guerra civil consumía a la República, y que teníamos la precisa obligación de defender nuestra patria y nuestras familias a costa de nuestros esfuerzos y nuestra sangre, para que no fuesen víctimas de las depravaciones de los bárbaros del sur.
>
> Lleno de gratitud desciendo a la vida privada, por el ardoroso entusiasmo con que habéis corrido cuantas veces os he llamado, y que nuestra patria se ha

encontrado en peligro. Como siempre estoy dispuesto a ayudaros a participar con vosotros la desgracia y la felicidad, las fatigas y privaciones que son consiguientes si queremos tener una Nación libre y organizada. Es necesario ayudar con todas nuestras fuerzas y aún a costa del sacrificio de la vida, al hábil Gobierno que dirige los destinos de la Nación y que la ha sacado del caos en que la habían sumergido nuestros extravíos pasados. Es preciso mostrarnos agradecidos y participar con él esa inmensa responsabilidad que pesa sobre sus hombros, para de este modo empeñarlo a que complete nuestra felicidad; fijaos minuciosamente en el pasado, que lo tenéis a un paso y que lucha por no separarse de nosotros, y veréis la Nación postrada y exhalando el último suspiro: su última agonía fue para libertarse de la opresión en que la tenían los odios de partidos y las sangrientas luchas. ¡Que no corra ya, por Dios, más sangre argentina en nuestro suelo, y que esta imagen horrible del pasado no se separe de vosotros y sí la tengáis presente en vuestras resoluciones, para que ellas sean el remedio a los males y el bálsamo saludable que debe cicatrizar las heridas de la patria!

El acto más augusto, más solemne para la provincia, es el que vais a ejercer en este momento; el país espera con ansia y descansa en vosotros, que corresponderéis dignamente a la alta confianza con que os ha honrado: mostraos, pues, a la altura de los pueblos cultos, fijándoos en sus necesidades, estudiando sus miserias; y en posesión de las circunstancias críticas en que se encuentra, marchad con tino y con vuestra conciencia; que entre vosotros reine la mejor armonía y que sólo el espíritu de la felicidad pública sea el que os guíe.

Si queréis ser fuertes y felices, haced a un lado todo compromiso; no os dejéis llevar de fines particulares; con libertad y patriotismo expresad vuestros sentimientos; que en el santuario de la Ley no haya coacción ni esa división odiosa que sólo sirve para debilitar y arruinar a los pueblos; que vuestra resolución sea uniforme y apoyada en la razón y el convencimiento íntimo de vuestra conciencia, para que el ciudadano a quien le confiéis los destinos del país cuente con la voluntad general de todos vuestros comitentes y pueda marchar con paso firme y decidido, al bien público, en el escabroso camino del gobierno.

Cuarenta años de sacrificios y servicios, creo me autorizan para hablaros en este sentido; mi sangre se ha derramado generosamente en defensa de mi patria, y por eso tengo derecho como ciudadano, para contribuir y pedir por su felicidad.

Salud y acierto os desea vuestro compatriota."

Aunque lo ignoren muchos tercos enjuiciadores, el que sí habló era un fiel hijo de San Luis, un recio varón sanmartiniano.

Al servicio de la patria chica

Fue don Pablo Lucero algo más que un administrador honrado. Y si bien no debe olvidarse que junto a él trabajaron hombres de "más luces" - ¡Oh, la constante preocupación de Gez! – catorce duros años de gobierno nos ofrecen elementos de sobra para aquilatar el admirable temple de ese puntano fallecido en San José del Morro el 10 de marzo de 1856, no añorando perdidas influencias, sino esterizado por la soledad, de tantas veces clava su pico sombrío en el alma sedienta de cariño de los luchadores.

Recuérdese sí, es buena hora, al licenciado Santiago Funes, a don Mauricio Daract, a don Pedro Herrera, a don Romualdo Arez y Maldes, al presbítero José Manuel Figueroa, al diligente Buenaventura Sarmiento y al fiel Carlos Juan Rodríguez, que defendió su tumba de los ataques de los ruines ambiciosos y vengativos. Pero no se menoscabe con torpeza y ceguera – o con dandismo literario irreparable – el tesonero quehacer de un hombre que quiso ser bueno, que creyó en la misericordia de Dios, que con fe y fervor trabajó por la felicidad de sus paisanos.

Respetuoso de la ley, en 1844 quiso crear una Cámara de Apelación, proyecto que se concretó a fines de 1852. Sin embargo, a mediados de 1854 se lamentaba porque "en esta provincia no hay abogados ningunos y la administración de justicia está confiada a ciudadanos legos, que la sirven anualmente". ¿Y qué dirán los exigentes cronistas, si mencionamos, como ejemplo de esos servidores a un Justo Daract, un Gumersindo Calderón, un Juan Hurtado de Mendoza a un Juan Esteban Funes?

Propendió Lucero a la concordia, como lo demuestra el perdón que concedió a los hermanos Saá en octubre de 1846 para que, tras haber andado mezclados a los indios en sus correrías, volviesen a ser útiles a su tierra natal. A principios de 1851 mandó devolver los restos de bienes secuestrados a los revolucionarios de 1840. Después, acorde con el pensamiento de los Representantes, hizo borrar del sello la inscripción el honor de Rosas, suprimió de los oficios y los impresos los lemas injuriosos, abolió la divisa punzó, concedió una amnistía general y se preocupó también por los esclavos y libertos, interesado en que disfrutasen de los pregonados beneficios de la libertad.

Quiso un comercio sano, que no empobreciese a la provincia por culpa de la desmedida ambición de muchos mercaderes que sólo veían en San Luis el monte para hacer leña, la vaca para cuerear, el sudor y la sangre para medrar. Bien pudo Sarmiento hablar y escribir sobre "el sistema de expoliación entre los gobiernos confederados, con el cual arruinan a los pueblos y destruyen el comercio". Más quien no analice con valentía el trajinar de los vecinos poderosos por tierras puntanas, sus afanes dirigidos a imponer servidumbres y desconocer derechos ajenos, quien no vea esa humillación de la heroica San Luis, ni comprenderá la razón de su brega ni sabrá quiénes empobrecieron a esta tierra. Lucero renovó el ideario desplegado por don Marcelino Poblet en 1816: quiso buenos comerciantes y no expoliadores, honrados traficantes y no cuatreros. Por eso también implantó la marca y el boleto para los ganados, con el agregado de que este impuesto lo destinó a sostener escuelas. Pero de todos esos magros beneficios se desprendió la provincia "para conseguir la organización de la República, tan suspirada y deseada por tantos años".

A mediados de 1852 mandó hacer un censo de la población de toda la provincia y reunió informes sobre la riqueza de cada departamento, tanto en maderas como en animales silvestres y otros recursos naturales. Fomentó la minería y en 1854, para asombro de ingenuos cronistas, encomendó a don Juan Llerena trabajos estadísticos destinados a llamar la atención de los hombres del Litoral sobre este firme puntal de la patria.

Entre galope y galope el aguerrido guardián de la frontera hizo reedificar en 1841 la villa de San José del Morro y tres años después asentó en la orilla del río Quinto el fuerte de San Ignacio de Loyola, cerrándole el paso a la indiada. La villa de Renca siempre estuvo presente en sus desvelos, sin que por ella descuidara el adelanto de la ciudad – o el pueblo, como entonces se decía – haciendo construir el cuartel en 1846 y el cementerio "tres cuadras al sudoeste de la plaza" - , en 1853. Más notable aún es la ley promulgada el 9 de mayo de 1854, por la que se dispuso la construcción de una represa en el Potrero de los Funes, obra que quiso tomar a su cargo Mauricio Daract, según la propuesta que estudió una comisión integrada por Juan Barbeito, Valentín Bargas y Carmen Adaro.

De Lucero dijimos: “Es verdad que más de una vez rompió su sable sobándole el lomo a desertores y gauchos ladrones. Es verdad que le bajó el copete a más de un guapo haciéndolo zanjear en las nacientes poblaciones o buscándole las cosquillas a chicotazos”. Y recordamos que aquel injustamente llamado “paisano holgazán”, hacia 1848 “tiene una academia militar en la que figuran más de treinta oficiales selectos y soldados distinguidos de San Francisco; se preocupa por las artesanías, formando aprendices de diversos oficios; instala una fragua de la que salen armas de paz y de trabajo; mantiene vivo el patriotismo, conmemorando todos los aniversarios, no sólo de las victorias federales sino también de los fastos de la Patria Grande, siendo el primero que en esta tierra venera el recuerdo de San Martín y alecciona con su ejemplo; viste a cautivos, socorre a inválidos, alivia a los necesitados; inclinado a la música, pone un maestro de clarines y hace traer de Buenos Aires dos violines, para que don Luis Ojeda pueda señalar a unos jóvenes, que prefiere puntanos, para que no se le vayan después de haber aprendido”.

Ahora debemos detenernos un instante a considerar la religiosidad de don Pablo, profundo y fecundo sentimiento en el que clavaron sus envenenadas flechas foráneos liberaloides y algunos puntanos de mucha copa y poca raíz.

Sincero y valiente, no sólo reedificó templos y dio esplendor al culto, sino que no calló lo que guardaba en el pecho. Así, cuando pidió a la Legislatura el nombre de San Ignacio de Loyola para el fuerte que construyó en el río Quinto, apoyó su requerimiento en estas sencillas palabras: “por ser el infrascripto devoto de este Santo y sus máximas mis direcciones”. El obispo José Manuel Eufrasio de Quiroga Sarmiento elogió, más de una vez, su piedad ejemplar; y en proficua armonía gobernó junto a sacerdotes que no siempre fueron tan íntegros como él lo deseaba. El entredicho suscitado con el provisor Timoteo Maradona y la anexión al obispado de Córdoba – decretada por el gobierno nacional a fines de agosto de 1854 – testimonian también los sentimientos de un pueblo que no era defraudado por sus representantes ni por su gobernador, así se titulase propietario o delegado.

La instrucción popular suele ser piedra de toque, en manos de los enjuiciadores, para medir los quilates de los gobernantes, Lucero, en su Mensaje de 1854 declaraba:

> *“La educación primaria, esta base de toda sociedad culta, no ha podido tener entre nosotros la extensión y desarrollo que ha deseado el Gobierno; la falta de recursos pecuniarios, la escasez de preceptores, la carencia de edificios aparentes para la enseñanza, han sido obstáculos insuperables para el Gobierno, pero existen algunos establecimientos donde gratis se educa toda la juventud que asiste a ellos; el de esta capital ha dado buenos resultados en estos últimos tiempos, y se han aumentado las clases de geografía, historia y gramática castellana; el de San José del Morro también ha correspondido a las esperanzas del Gobierno: este establecimiento ha sido costeado hasta la fecha con el producto de los cueros de la hacienda que daban los vecinos en calidad de auxilio para el sostén de la fuerza del Regimiento de Dragones de la Unión; en San Francisco no hay preceptor para aquel establecimiento, a pesar de haber solicitado el Gobierno a varios ciudadanos, pero han sido inútiles sus esfuerzos”.*

Un informe dirigido al ministro Santiago Derqui con fecha 22 de junio de 1854 aporta interesantes noticias pues dice, refiriéndose a los establecimientos de San Francisco y San José del Morro, cada uno de los cuales contaba con cincuenta alumnos:

"Los métodos que se observan en ambas escuelas son los más sencillos que se han encontrado: la escritura por la forma inglesa, aritmética mercantil por Urcullo, religión por el catecismo de Astete y lectura por el silabario de Alonso. Estos establecimientos hace muy poco que se han planteado, siendo insuficientes para el número de jóvenes que cuenta la provincia".

En el mismo informe se expresa:

"La misma dificultad existe con respecto a los establecimientos de niñas, pues aunque este Gobierno conoce la importancia de este ramo para el bienestar de los pueblos y sociedades, no ha podido establecerlos y está confiado solamente a pequeños establecimientos de personas que en fuerza de la necesidad se han dedicado a ello".

Durante el gobierno de Lucero actuaron como preceptores en la ciudad de San Luis el puntano José Rufino Lucero y Sosa, el sanjuanino Zacarías Benavídez, el cordobés apuntanado Carlos Juan Rodríguez y el catamarqueño Faustino Berrondo. En la villa del Morro enseñaron Pedro Gigena y Rufino de la Flor o Flores. El vecindario de San Francisco perdió un eminente maestro cuando don Faustino Berrondo pasó a hacerse cargo del establecimiento de la capital, secundado por el ayudante Aniceto Sosa.

También tuvo San Luis su Aula de Latinidad o Colegio de Gramática, "modesta palabra – dice el P. Furlong – con la que se conocía la enseñanza secundaria de entonces, la que era menos presuntuosa pero más formativa". Confiada al talento del religioso franciscano fray Luis Joaquín Tula, se inauguró en febrero de 1845 y sus alumnos fueron exceptuados del servicio de las armas.

Por decreto del 30 de mayo de 1854 el gobierno de la Confederación acordó a San Luis cinco becas en el colegio de Montserrat, de la ciudad de Córdoba. Lucero agradeció tan interesante noticia expresando que "la educación pública es la base más importante para afianzar los destinos de los pueblos y la experiencia ha demostrado prácticamente que, sin esta piedra fundamental de toda la sociedad, el embrutecimiento y la barbarie, fenómenos detestables, son sus resultados". Agraciados con esas becas resultaron los jóvenes Juan Alejandro Barbeito, Francisco Barbosa, Félix Calderón, Francisco Adaro y José Elías Rodríguez, quienes aprobaron el examen rendido ante la Legislatura.

Otro de los innegables galardones de Lucero es haber introducido la imprenta en 1848, es decir ocho años antes de lo que señala Ricardo Rojas. Con la ayuda de sus colegas mendocinos, tanto José Gregorio Calderón como don Pablo dispusieron de papel sellado impreso en Mendoza. Pero, desde la fecha que señalamos, San Luis tuvo su propio taller, que vino a ser alivio de escribientes y gala de ministros secretarios.

Según afirma Gez, la introducción de la imprenta "se debe al espíritu emprendedor y culto del norteamericano José Van Sice". Ningún documento hemos hallado que permita sostener esa afirmación; en cambio, la actividad del gobernante puntano nos lleva a suponer que el propósito de adquirir la prensa y crear la Imprenta del Estado fue obra suya, sin negar por ello la participación del mencionado comerciante.

Don José Casimiro Van Sice hallábase establecido en San José del Morro, a dos cuadras al este de la plaza, con un importante negocio de tienda, botica y almacén. Casado con doña Marquesa Domínguez fue padre de Adelina, Cleomedes y José Franklin. Adelina se casó con Celestino Jofré y Cleomedes con Francisco Barbosa.

De la actuación de Van Sice no es mucho lo que hemos podido averiguar. Los documentos de los archivos puntanos lo muestran ocupado en sus negocios, tanto en el Morro como en Mendoza, donde también tuvo imprenta. En 1853 fue designado síndico de la escuela de San José del Morro y en 1854, junto con Salvador Ticera, Abelardo Carranza, Francisco Básquez, Faustino Berrondo, Mauricio Daract y fray Luis Joaquín Tula, preparó el Plan de Estudios y Régimen para la Escuela de la capital. Durante varios años presidió la comisión de instrucción pública del Morro, donde murió a mediado de 1859. Entre sus bienes, llaman la atención 65 libros y folletos en diversos idiomas, un diccionario de la lengua española, cuatro tomos del "Gil Blas" y un libro de imprenta, como se indica en el respectivo inventario.

Van Sice cobró dos mil pesos por la prensa y los demás elementos, pero la imprenta no se instaló en San José del Morro como se ha venido sosteniendo, sino en la ciudad de San Luis. Desde el 13 de octubre de 1848 el taller estuvo a cargo de Antonio Laurencio Gros, quien percibía mensualmente, por su trabajo de impresor, diez pesos en metálico y una ración diaria de ocho libras de carne. Más tarde sirvieron en la Imprenta del Estado Wenceslao Herrera y Enrique de Rausch.

Los impresos puntanos datan de fines del año 1848, aunque no podemos precisar la fecha con exactitud. En los últimos días de octubre, el carpintero José María Sáez entregó, para uso de la imprenta, "una mesa grande cubierta de cedro, otra mesa de algarrobo y cuatro tablas de mojar papel". El 7 de diciembre don Pedro Herrera ordenaba a Ardiles – acantonado en el Morro – "fijar en los lugares públicos los dos avisos impresos" que le enviaba. Con fecha 20 del mismo mes, el gobernador Lucero remitió a Aldao "un ejemplar impreso de la sanción legislativa del 18".

FUENTES

- Archivo General de la Nación.
- Archivo Histórico y Gráfico de San Luis.
- Capdevila, Arturo: *¿Quién vive? ¡La Libertad!* Buenos Aires, 1940.
- Cárcano, Ramón J.*: De Caseros al 11 de setiembre*. Buenos Aires, 1933.
- Carrizo, César: *Un lancero de Facundo*. Buenos Aires, 1941.
- Gez, Juan W.: *Historia de la provincia de San Luis*, Tomo II. Buenos Aires, 1916.
- Gez, Juan W.: *La tradición puntana, Tercera edición*. Buenos Aires, 1916.
- Landaburu, Laureano: *Episodios puntanos*. Buenos Aires, 1949.
- Lugones, Leopoldo (hijo*): Los argentinos y su historia interna*. Buenos Aires, 1962.
- Núñez, Urbano J.*: La imprenta en San Luis*. San Luis, 1953.
- Saá, Víctor: *San Luis (1832-1862).* En Historia de la Nación Argentina, Vol. X, 2ª edición, Buenos Aires, 1947.

- Sosa Loyola, Gilberto*: La revolución unitaria de 1840 en San Luis*. Buenos Aires. 1943.
- Sosa Loyola, Gilberto: *La revolución unitaria en 1840 en San Luis*. En Boletín del Centro Puntano Nº 22. Buenos Aires, marzo – abril 1942.
- Velázquez, Felipe S.: *El Chorrillero*, Segunda edición, Buenos Aires, 1810.

CAPÍTULO XIV

FORJA Y DEFENSA DE LA CONSTITUCIÓN

El hombre de los nuevos tiempos

Reunida en cuerpo soberano, el 7 de noviembre de 1854 la Honorable Representación nombró gobernador y capitán general a don Justo Daract, con el carácter de provisoria y hasta que fuese promulgada y jurada la Constitución de la provincia. Al día siguiente escribía Daract a don Pablo Lucero:

> *"Cuando la Honorable Representación Soberana me honró con tan alto como distinguido puesto, me hallaba incorporado a ella, con cuyo motivo me tome la libertad de hacerle presente infinitas razones poderosas que tenía y que me obligaban a no admitir tan elevado como inmerecido puesto, pero la Honorable Representación no tuvo a bien admitir mi renuncia. Con tal motivo y después de una detenida reflexión, he podido sobreponerse a las consideraciones que pesaban sobre mí, y me he resignado sumiso a la ley aceptando tan delicado puesto".*

Y luego manifestaba el hombre que no fue nunca su adversario y a quien había servido como diligente comerciante:

> *"La generosa cuanto patriótica cooperación que el Excelentísimo Gobierno me ofrece en el desempeño de tan ardua tarea que va a gravitar sobre mis débiles fuerzas, la acepto gustoso con el más profundo reconocimiento y ella ha influido sobremanera en mí, para decidirme a cumplir con el mandato de la ley".*

Ese mismo miércoles 8, Daract prestó juramento, haciéndolo en la forma después clásica, "por Dios Nuestro Señor y estos Santos Evangelios" quedando "en perfecta posesión del empleo que se refiere y en actitud y ejercicio de las funciones que le son anexas como primer magistrado del país".

El 10 Daract escribió al ministro del Interior para participarle ese acontecimiento y "protestarle sinceramente que en fuerza de mis convicciones, del juramento que he prestado y

de la sumisión que como argentino consagró al Dogma político Constitucional de Mayo, dedicaré todos mis esfuerzos y cooperación a su afianzamiento y estabilidad, al sostenimiento de las autoridades nacionales, a la perfecta observancia de sus prescripciones y cuanto más me liga el adjunto Programa que he presentado a mis compatriotas".

Dicho programa estaba incluido en el contexto de la alocución que el gobernador provisorio dirigió a la Corporación Soberana que recibió su juramento:

> "Fiel a tan sagrado compromiso, será mi primer empeño consagrar todos mis afanes al sostenimiento y consolidación de las leyes fundamentales de la República, acatando y secundando las disposiciones del Excelentísimo Gobierno Nacional y las ulteriores de sus Cámaras legislativas; respetando y haciendo se respeten todos los derechos y leyes vigentes del país y las que en lo sucesivo dictare la Honorable Representación de la Provincia, que no digan alguna oposición a las contenidas en ese Código augusto que hemos tenido la gloria de sellar con nuestro juramento.
>
> "Propenderé a que conserven su completa independencia los poderes públicos, que constituyen el sistema representativo democrático, hasta tanto el país se hayan dado las instituciones que han de reglamentar su ejercicio.
>
> "Cultivaré con esmero las relaciones de amistad y recíproca armonía con los demás Gobierno de la Confederación, cuidando no se alteren en el período que me habéis designado.
>
> "Empeñaré mis conatos en allanar, en cuanto esté de mi parte, las dificultades en que hoy escolla la libre administración eclesiástica en la provincia, propendiendo al restablecimiento de la armonía sensiblemente desequilibrada.
>
> "Consignaré mis desvelos en promover por todos los medios posibles la educación primaria de nuestra bella juventud, como base fundamental de la moderación de costumbres, desarrollo de las ideas y demás cualidades que constituyen a un hombre social en el florido campo de la civilización.
>
> "Procuraré sobre todo interpretar la voluntad de mis conciudadanos, para uniformar mis actos gubernativos. Ellos tendrán a mostrar que comprendo que *el Gobierno es del Pueblo y para el Pueblo, y no el Pueblo para el Gobierno;* que el Gobierno de San Luis ama con igual ternura a todos sus conciudadanos, y por consiguiente, garantiendo los derechos de igualdad, propiedad y seguridad individual, se esforzará en ser todo para todos.
>
> "Consecuente a los principios de fusión, con fraternidad, ventura y gloria consignados en nuestra Carta Constitucional, os recomendaré desde luego un generoso olvido de todas las disidencias pasadas, y que procuréis sofocar en su origen cualquier asomo de otras nuevas que pudieran suscitarse por la susceptibilidad que nos ha legado nuestra pasada desgracia".
>
> "Poseído de lo proficuo de esta idea, me hago un deber en recomendaros con preferencia al digno Magistrado que me ha precedido, por la conducta que ha observado en la época aciaga en que ha llevado las riendas del Gobierno y por el respeto a las leyes que ha manifestado al resignar el mando en vuestras manos. Armonizados nuestros ánimos con la práctica de tan nobles principios, habremos conseguido preparar el país para que pueda darse una Constitución que le ponga a la altura de un pueblo libre y civilizado."

Para aproximarse más a los sentimientos de Daract, es preciso transcribir este otro párrafo esclarecedor de su ideario:

> "Al despedirme de vosotros con un abrazo fraternal por el acendrado patriotismo con que habéis llenado vuestro mandato, para daros una prueba de mi sinceridad, quiero esté a vuestro conocimiento que el ciudadano a quien habéis honrado con la primera Magistratura es uno de los que, sin salir de la esfera de su humilde posición social, combatieron la odiosa tiranía que con la máscara de Federación agobiara por tantos años a nuestra cara patria; más, desde que el ilustre y denodado argentino que hoy preside los destinos del país inició su gloriosa y gigantesca empresa de derrocar esa tiranía, fue uno de tantos que con ardor y entusiasmo simpatizó y abrazó con fe la Federación basada en Leyes e instituciones que nos dio por resultado".

En la proclama que dirigió a las tropas de la provincia, Daract volvió a destacar los servicios de don Pablo Lucero, expresando:

> "¡Honor al Jefe que os ha presidido, que os ha guiado con su ejemplo! Digno es de nuestra distinguida consideración. Os lo recomiendo muy especialmente. Pronto lo veréis figurar como un Jefe de la Nación".

Tras estas palabras justicieras, exhortaba a los soldados:

> "El amor a la patria, la abnegación, la honradez son las cualidades que constituyen al patriota: distinguidlas. La igualdad, propiedad y seguridad son las garantías con que la Libertad protege al ciudadano: respetadlas. La subordinación, la firmeza, la lealtad son las virtudes del soldado: practicadlas. El valor en el combate, la resignación en el infortunio, la constancia en las fatigas son las oblaciones que podréis hacer a la Nación, y en armonioso conjunto de todas ellas el mejor timbre, la mejor divisa con que habréis señalado vuestro mérito".

Al iniciar su gobierno, Daract mandó celebrar una misa de acción de gracias, la que tuvo lugar en el templo parroquial el domingo 12 de noviembre con asistencia de las autoridades y los empleados civiles y militares, formando también las tropas en la plaza principal, para que en el acto tuviese un carácter más solemne. También esa noche se realizó en la casa departamental de Gobierno "una reunión de baile en celebridad del acertado nombramiento" de Daract, según manifestaron los organizadores, ciudadanos Juan Pascual Calderón, Víctor C. Guiñazú, Juan Saá, Valentín Bargas, Gumersindo Calderón, los hermanos Raimundo y Fabián Barroso, José Nievas Veloz Rúa, Felipe Saá, Agustín Lucero y Amancio Ordóñez.

Sin embargo, otras preocupaciones desvelaban al flamante gobernador provisorio. El 11 de noviembre designó comandante general de armas interino "de todas las fuerzas de la provincia" al coronel don José Mariano Carreras, nombramiento que, "a la mayor brevedad", se hizo conocer a las tropas veteranas que entonces se hallaban en la ciudad. El lunes 13, por orden del gobernador, don Buenaventura Sarmiento se dirigió a don Pablo Lucero expresándole "que necesitando el Gobierno del consejo de V. E. para tomar algunas disposiciones tenientes al régimen gubernativo de la provincia y teniendo presente las generosas como patrióticas ofertas manifestadas por V. E. para ayudar al Gobierno en su marcha administrativa",deseaba

Daract tener una entrevista “el día de mañana en la casa habitación del Gobierno, a la hora que sea más cómoda a V. E.”

Recibida esta nota a las ocho de la noche, el brigadier Lucero contestó que al día siguiente, a las diez de la mañana, pasaría a llenar el objeto indicado. ¿De qué conversaron don Justo y don Pablo? ¿De la nueva organización que debía darse a las fuerzas de la frontera? ¿De la falta de recursos para pagar a las tropas? ¿O de las “expresiones tumultuosas y tendentes a motín” vertidas por algunos oficiales del Regimiento de Dragones quienes, según decían, “no habían venido del Morro a hacer guardias en los bailes”? Lo cierto es que, para “hacer efectivas las instrucciones del Ministerio de Guerra y Marina de la Confederación, transmitidas al Gobierno de esta provincia por conducto del Oficial 1º del Ministerio General don Buenaventura Sarmiento, en virtud de haber sido acreditado Comisionado especial cerca del Excelentísimo Gobierno Nacional”, el 15 Daract nombró Jefe del Regimiento Dragones Auxiliares Nº 4 al teniente coronel don José Iseas, nombramiento que arrancó a algunos soldados la expresión de que ellos “no necesitaban de tantos jefes que los mandasen”.

Otros motivos para alarmarse tuvo Daract. En una comunicación fechada ese mismo día 15, el comandante Carreras le anoticiaba de lo ocurrido en el cuartel de infantería cuando, a las dos de la tarde, pasó a él con propósito de hacer conocer a Iseas:

> “Y entrando a dicho cuartel, fui informado por el oficial de guardia de prevención que las dos compañías de Dragones de la Unión que allí estaban acuarteladas, había mandado orden el señor general don Pablo Lucero para que sus dos capitanes las hiciesen montar y salir de dicho cuartel en derechura a su casa habitación, como en efecto así había sucedido, poniéndose dicho general a la cabeza de ellas ha tirado su marcha con dirección a San José del Morro, dejando escandalizada la moral de la clase militar que lo ha presenciado”.

Daract, personalmente, puso en conocimiento de la Sala de Representantes esta novedad y, de viva voz, tras indicar que Lucero había partido a las seis de la tarde, manifestó:

> “Que tal procedimiento le ha sido altamente extraño, como alarmante en el orden establecido; que, en tal concepto, llama la atención de la Honorable Sala para que ella se sirva determinar la línea de conducta que debe observar para mantener el orden desgraciadamente alterado”.

También el 15 don Valentín Bargas suscribió, como presidente del cuerpo, la siguiente respuesta:

> “*La Honorable Sala de Representantes, penetrada de la expresión y asunto que el Poder Ejecutivo ha puesto en su conocimiento, siente sobremanera haya tenido lugar un suceso que no debió esperar, desde que el señor general Lucero ha dado ejemplos en contrario en épocas más azarosas. En consecuencia, es ordenado el infrascripto por la Honorable Sala para decir a V. E. que inmediatamente dirija una nota oficial al señor general don Pablo Lucero, ordenándole regrese a esta capital, en donde deberá satisfacer de los antecedentes o motivos que le hayan inducido a observar tal conducta. Asimismo, espera esta Representación que el Poder Ejecutivo sabrá tomar todas las medidas que crea necesarias para asegurar la tranquilidad de este pueblo, y que no sea alternado su orden*

bajo ningún respecto, esperando por consiguiente le dé conocimiento de toda ocurrencia que tuviere lugar".

Sin pérdida de tiempo, Daract intimó a Lucero "para que inmediatamente de recibir la presente, regrese V. E. a esta capital", en tanto que por otra nota, fechada también el 15, le ordenaba poner a disposición del teniente coronel Iseas la fuerza que hubieran llevado al Morro. Esta segunda comunicación fue remitida al jefe del Regimiento de Dragones Auxiliares Nº 4 para que personalmente la pusiera en manos de Lucero y se hiciese cargo de dichos efectivos, conduciéndolos "a donde corresponde". Sin embargo, al enterarse de que Lucero no había entregado su escolta, el gobernador provisorio volvió a escribir a Iseas el 7 ordenándole "que, siempre que no se llene esta disposición de los medios indicados en la nota particular que se dirige al señor general Lucero y que en copia se adjunta a usted para su conocimiento, proceda usted inmediatamente con toda la fuerza que se halla a su cargo y como jefe del Regimiento Dragones Auxiliares Nº 4, a hacer cumplir en todas sus partes las órdenes del gobierno, hasta someter a sus órdenes a toda costa la fuerza insurreccionada; previniendo a usted que el gobierno también pondrá en acción en el momento, todas las demás fuerzas y elementos bélicos con que cuenta para hacer respetar las instituciones del país y disposiciones gubernativas".

Desde el río Quinto, con fecha 16 de noviembre, el general Lucero avisó al gobernador haber recibido la nota del día anterior por la que se intimaba regresar a la capital. Y, a renglón seguido, expresaba sin rodeos:

"Tal acontecimiento, señor Gobernador, me ha sorprendido demasiado, porque ha venido a alterar el orden público, poniendo en alarma a toda la provincia y haciendo entender, a la honorable Sala de Representantes y a los vecinos de esa capital, que yo había contrariado las disposiciones de V. E. o, al menos, que V. E. no tenía conocimiento de mi marcha.

"El día 15 del presente fui avisado por el señor coronel Carreras que V. E. había dispuesto que las fuerzas que existían en esa capital debían regresarse a sus respectivos cuerpos, ese mismo día, y que en tal concepto señalase el número de soldados que debía formar mi escolta, para que quedase conmigo. Yo contesté al señor coronel Carreras que hiciera presente a V. E. que convenía al orden público y a los intereses de la Nación, que yo marchase con dichas fuerzas, por cuyo motivo suplicase a V. E. diese la orden hasta el día 16 ó 17 que llegase el correo del Paraná y me desocupase de las numerosas atenciones que tenía.

"Una hora después volvió el señor coronel Carreras y me dijo que V. E. había dado ya la orden para ello y que no podía retirarla; entonces le hice a V. E. en la conferencia privada que tuve ese día anterior, y que V. E. quedó de acuerdo conmigo; manifestándole al mismo tiempo que, fiel a mis compromisos, me veía en la obligación de ponerme en marcha ese mismo día para salvar las dificultades que existían, y que hice presente a V. E.

"No teniendo contestación al respecto me puse en marcha con la indicada fuerza, para incorporarla a su respectivo cuerpo.

"Esta medida, excelentísimo señor, creo que no es un motivo para hacerme una intimación y alarmar al pueblo con aparatos bélicos, que pueden traer funestas

consecuencias; V. E. debe estar seguro que yo soy el más decidido sostenedor de las instituciones del país y de la autoridad de V. E., pues así lo prometí y así lo cumpliré.

"Si V. E. ha temido que yo atropellase las autoridades del país con motivo de mi salida, es una equivocación, pues en esa capital como en la actualidad, he contado y cuento con todos los elementos de poder; y sin embargo, mi sumisión a la Ley, a las autoridades del país y a V. E. mismo, ha sido ejemplar.

"Yo permaneceré en San José del Morro cumpliendo con mi deber e instrucciones recibidas, hasta dar cuenta de lo sucedido al señor Presidente de la República; y en ese ínter, y mientras V. E. permanece al frente de los destinos del país, puede contar con toda seguridad que será obedecida y respetada la autoridad de V. E. y sus órdenes, sujetándome como se lo he asegurado, a rodearlo con toda mi fuerza material y moral.

"Quiera V. E. persuadirse de la sinceridad de mi expresión, y aceptar el aprecio con que le saludo respetuosamente".

Por medio de un emisario de confianza – nada menos que don Valentín Bargas, presidente de la Sala de Representantes – Daract dirigió a Lucero una carta particular, fechada el 18, que don Pablo contestó al día siguiente desde San José del Morro, aportando nuevos antecedentes sobre un suceso que dio mucho vuelo a las plumas de nuestros cronistas enjuiciadores. Así dice Lucero a su "querido amigo", contestando aquella carta:

"Ella me da un campo para expresarme con más franqueza y decir a usted, más circunstanciadamente, cuanto he visto y he pensado sobre la situación y las razones que creo poderosas para que acaben de completar la armonía entre nosotros, que una fatalidad o más bien la desgracia, había querido alterar.

El señor Bargas impondrá a usted de la sinceridad de mis intenciones y la buena fe que han guiado mis actos; quiera usted darle crédito a cuanto diga al respecto. Nada de extraño tienen, cuando se hubiesen comprendido; pero en medio de la oscuridad, hoy veo que en la realidad han podido alarmar, no las personas que me creen y me conocen, sino aquellas que sin valorar la situación, dan partes y noticias alarmantes sin calcular los resultados que puede traer la discordia, impulsándola en tales circunstancias. Me explicaré.

"A usted le parece que no es propio en mi clase conducir setentas hombres de tropas, para replegarlos a su cuerpo, y que usted no tenía desconfianza de esa tropa, en virtud que yo la había acreditado y confiado a ella la custodia del orden público, y que bastaba una simple orden, dada por el órgano que corresponde, para su marcha. Puede ser así, pero otros fundamentos son los que me resolvieron a tomar esta medida.

"Al teniente coronel Iseas y demás oficiales de Dragones que estaban junto a mi casa en la noche del día 14, les manifesté lo satisfecho que había quedado de la conferencia con usted y que creía que la provincia será feliz, pués así lo presagiaba la marcha que usted se proponía seguir. Hice presente a ello todo lo que habíamos acordado en bien del país y la resolución de quedarme para llenar sus miras.

"La tropa de Dragones, mi querido, la he creado yo; me ha acompañado treinta años; junto conmigo han sufrido la miseria, la escasez y las fatigas más crueles en tiempos horribles y excepcionales. Esa tropa había oído los planes y las miras bárbaras de cuatro

anarquistas, que con el cohecho y la intriga, quisieron sumergir al país en desgracias, confiando sus destinos en manos de hombres que no reunían la voluntad general. Esa tropa, mi amigo, desconfiaba del pueblo a oír semejantes planes contra su Jefe: las mentiras que balaban agravaban más esa situación, pues desde este lugar y varios otros de la provincia, mandaron enviados para ver si me habían agarrado muerto como se decía.

"En presencia de Iseas se manifestaron francamente dichos oficiales, diciendo que no querían dejarme, que si me quedaba era exponerlos, porque esas mismas mentiras o planes abultados los harían creer y tomar alguna actitud criminal, talvez. Que cansada la tropa con tantos años de servicios y fundada en la promesa que les tenía hecha que descansarían junto conmigo, cuando yo descendiese a la vida privada, no podrían quizá contenerla pues ellos se consideraban sin obligación alguna para seguir prestando sus servicios, desde que yo no estaba con ellos. Esta circunstancia la había manifestado a sus respectivos oficiales la mayor parte de los soldados, y era muy probable que sucediese, desde que presentaba ese aspecto la situación.

"Todo esto, mi amigo, le dije al coronel Carreras que hiciera presente a usted encarecidamente, y viese que no pensar en ello traería males considerables para el país y para la Nación, pues se introduciría la desmoralización en las fuerzas y sería difícil hacer los arreglos que se pensaban; y cuando Carrera me contestó en la primera vez y en la tercera no me dijo nada ni volvió a mi casa. Fiel a mis compromisos de ayudarlo, en conocimiento de acontecimientos tales, me puse en marcha con la sola idea del bien del país.

"Me he sorprendido demasiado cuando veo que usted no tenía conocimiento de tal medida; pero todo está ya arreglado, mi amigo; en cumplimiento de la orden para que entregase la fuerza lo hice, dándole parte a usted en mi nota fecha 17 del presente y a Iseas, como jefe del Regimiento, para que lo avise a usted.

"Las instrucciones que tengo del Presidente de la República son que conserve con mi influencia la moral y subordinación de la tropa y que ayudase a salvar las dificultades que pudieran presentarse para…"

Trunca está la carta de Lucero, pues el resto se ha perdido. Sin embargo, Iseas nos ayuda a reconstruir el final de esa historia. El 19 desde San Ignacio, escribía a Daract:

"Con fecha de ayer ha recibido el infrascripto la apreciable nota de S. E. de la cual queda enterado; y aún cuando aparece que deben concluirse los recelos, yo he tomado algunas medidas de precaución.

"Respecto a la que me ha entregado el ayudante don Vicente Caymo, mandada por S. E. me ha acabado de confirmar que ya está cortado lo que se temía respecto a los Dragones porque además de las comunicaciones que S. E. a tenido a bien enseñarme y que son dirigidas por el señor general Lucero, recibí ayer en la tarde una comunicación del teniente coronel Ortiz en la cual me daba el tratamiento del Jefe principal del Regimiento Nº 4 y el conductor de ella me dijo que se me había dado a conocer el día 17 en la lista de la tarde, y aún que les habían preguntado que si estaban a gusto con el Jefe que se les ponía en la cabeza y contestaron a una voz que sí; y el teniente coronel Ortiz, en la nota que me pasa, también me avisa ha sido entregada la fuerza que llevó el general Lucero, de

igual modo armamento y caballada. Todos estos datos, excelentísimo señor, me han hecho creer que ya no hay a qué temer…"

Y el mismo Iseas quien el 28 de noviembre, mediante una carta datada en la villa de San José del Morro, informa al gobernador:

"El que suscribe tiene a bien poner en conocimiento de V. E. que el sábado de la semana pasada arribó a este punto y que ha conseguido, felizmente, hacer desaparecer la confianza en que se hallaban los Dragones con Auxiliares, según la chismografía que se les había introducido.

"Su excelencia el señor general don Pablo Lucero se a prestado muy generoso en cooperar para la organización de los dos Regimientos; y no habiendo habido subastador para el expresado cuerpo, se brindó también espontáneamente a remediar esta falta, pues está en la mejor disposición de ayudarme hasta el fin del arreglo del Regimiento…"

* * *

Poco después Daract comprobaría que los recelos de Lucero no eran infundados, pues manos poderosas sembraban desde lejos la discordia. El 2 de diciembre tuvo lugar en la villa del Río Cuarto un motín militar, "promovido por la tropa veterana de allí y en contra del Jefe y oficiales de la misma, habiendo sido asesinado el secretario del Jefe de la fuerza y puesta a aquella población en una grande aflicción y alarma".

A mediados de enero de 1855 el gobernador puntano se alegraba frente a las negociaciones de paz entre la Confederación y Buenos Aires, por lo que manifestaba al ministro del interior:

"Apoyando su esperanza el infrascripto en el carácter noble y generoso que siempre ha distinguido a los hijos de Mayo, tan ilustrados hoy con las duras lecciones del pasado, abriga la convicción que ambos disidentes no rehusarán honrosas concesiones recíprocas, a fin de reconquistar a la digna República del Plata la integridad moral y física que le usurpará la demagogia y con un estrecho abrazo fraternal, que una para siempre los diversos intereses de una familia misma, la pondrán en actitud de que pueda ostentarse al mundo una Nación compacta, feliz y gloriosa, con todo su brillo y esplendor primitivo".

Inusitadas galas literarias muestra la comunicación que el 8 de febrero Daract remitió a Derqui para acusar recibo de las estipulaciones de paz:

"Con patriótico entusiasmo ha sido saludado por el pueblo puntano y su gobierno un acontecimiento que, poniendo término en una época de azares, inquietudes y desconfianzas, inaugura una firme y simpática amistad que cegando un lago de sangre que nos ahogara, nos descubre un florido jardín que nos encanta, un campo ameno de esperanzas, donde corriendo desembarazada en pos de una dicha verdadera, llegaremos sin

duda el complemento de ella; llegaremos, sí, a ese punto delicioso, a ese momento indescriptible en que los argentinos, por último resultado a nuestros esfuerzos y luchas, podamos decir ahogados de contento: ¡Formamos una sola Nación todos los hijos de una misma tierra! ¡Salud a la Ilustración que, sin más arma que el debate, nos da victorias sin batallas, triunfos sin víctimas; y que de los mismos elementos de a anarquía destructora, ha sabido formar recursos para consolidar una paz digna, honrosa duradera! ¡Salud al heroico patriotismo que al ponernos en posesión de un goce, nos afianza la esperanza de una gloria!"

No obstante, los hechos nos condecían con esa euforia. Todo rebelaba, en cambio, que Urquiza permanecía alerta. Con fecha 26 de febrero de 1855 fue dictado el decreto que organizaba el territorio de la Confederación en cinco divisiones militares y encomendaba la del Sud al brigadier general don Pablo Lucero a quien, por circular del 5 de junio, se le impartían las siguientes instrucciones:

"Tres son los casos previstos por la mencionada disposición: incursiones de indios, conmoción interior, ataque extranjero repentino e imprevisto. En cualquiera de estas emergencias, V. S. tomará todas las medidas que juzgare convenientes para mantener las autoridades constituidas, sostener el orden público, asegurar las vidas y propiedades de los ciudadanos y conservar la integridad del territorio de la Confederación".

El 14 de julio Daract mandó reconocer a Lucero como comandante en jefe de la División Militar del Sud, "compuesta por la provincia de San Luis y la parte de la de Córdoba comprendida al sur del río Tercero y sus cabeceras". Otros nombramientos vinieron a dar brillo a las fuerzas puntanas y a limar asperezas; en el Ejército Nacional fueron reconocidos como coroneles don Juan Francisco Loyola, don José Mariano Carreras y don Nicasio Mercau, en tanto que revistaron como tenientes coroneles don Andrés Lucero, don Francisco Funes, don Juan Saá y don Ignacio Quiroga. Por sus "dilatados y meritorios servicios a la República, principalmente en las gloriosas campañas de nuestra independencia", don Juan Esteban Pedernera fue elevado al rango de brigadier general.

Urquiza no dormía el peligroso sueño de los vencedores. Por eso, en carta fechada en San José el 28 de marzo de 1855, manifestaba a Daract:

"Como la principal garantía de orden en la Confederación, nos interesa sobremanera la mejor organización de la fuerza pública. A este efecto se han expedido últimamente medidas de importancia, que habrán merecido el aplauso de usted estoy seguro, como el de todos los verdaderos patriotas interesados en ver reposar sobre una base inconmovible nuestras hermosas instituciones.

"Urge, en primer lugar, la creación de cuerpos de línea que sirvan de pie al Ejército Nacional, y que inmediatos a la primera autoridad, se cuente con ellos en los momentos de peligro, bien sea interior o exterior. La creación de una División Militar de las tres armas, compuestas de individuos de todas las provincias, perfectamente moralizada y regimentada, que obre bajo las inmediatas órdenes del Presidente de la República…

"Pero para formar la División Militar de que hablo a usted, es necesario que los excelentísimos gobiernos de provincia remitan contingentes compuestos de jóvenes dóciles a

una instrucción estricta de los deberes de soldados del orden y de la ley, que será confiada a jefes de confianza, de conocimientos, de moralidad y de antecedentes honrosos.

"Estos contingente, que pueden componerse de doscientos a trescientos hombres de cada provincia, serán renovados cada tres años, volviendo de ese modo a la provincia de su origen una fuerza bien moralizada y útil al servicio de sus respectivos gobiernos, que a la vuelta de algunos años contarán con fuerzas suficientes, subordinadas y virtuosas, y la Confederación se hará así respetada y poderosa al exterior.

"Usted comprenderá bien la importancia de esta medida y se esforzará en ser el primero en llenarla. Lo espero así con eterna confianza. Es por esto que me dirijo a usted para que disponga se comience el envío del contingente de esa provincia, en el número que usted juzgue más conveniente, de a cincuenta o cien hombres, hasta llegar al completo, dirigiéndolos a la ciudad del Rosario, a cargo de un oficial de respeto y a disposición del Ministro de la Guerra, para que se les dé el destino que corresponda".

El 19 de mayo, Urquiza volvía a la carga:

"Tengo mucho interés en el contingente de San Luis porque, teniendo como tengo tanta confianza en el patriotismo, bravura y lealtad de sus hijos, pienso hacer de aquél un Regimiento de mi escolta. Es por eso que recomiendo a usted sean jóvenes de alguna moralidad y de buena disposición para recibir una esmerada educación militar. Usted puede remitir el contingente en la confianza de que ha de ser atendido y cuidado con muy particular empeño y de que ha de resultar en honor y bien de esa provincia".

Ciento cincuenta puntanos partieron el 13 de diciembre hacia Paraná, a las órdenes del teniente coronel don Francisco de Paula Funes y escoltados por algo más de treinta hombres del Regimiento de Dragones de Auxiliares Nº 4. Y el 23 de enero de 1856, el vencedor de Caseros agradecía a Daract, desde San José:

"He tenido el gusto de recibir en ésta el contingente de esa provincia, que será atendido por mí con especial cuidado. La Confederación y su Gobierno apreciarán en el de San Luis la decisión con que ha vencido las dificultades que se le ofrecían para su remisión. Y yo particularmente esta nueva prueba del patriotismo de usted".

* * *

Las penurias económicas de San Luis las puso de manifiesto don Justo Daract en una larga nota que el 7 de febrero de 1855 remitió al ministro de Hacienda de la Confederación, doctor Juan del Campillo, para hacerle conocer "la verdadera actualidad de la provincia". Decía entonces el gobernador puntano:

"Al iniciar su administración el gobierno provisorio, a más de no contar el erario de la provincia con un solo real en metálico y sí sólo algunos billetes desmonetizados…,

pesaba sobre ella una deuda exigible de gran consideración. La lista de empleados civiles estaba sin pagarse el mes de octubre. Las fuerzas de la provincia, destinadas a hacer la guarnición en la capital y las fronteras, sin haber recibido más de un peso mensual desde su creación. Los subastadores de la carne a dichas fuerzas, en total descubierto desde entonces del valor del diezmo de sus haciendas con que contribuían en calidad de empréstito y debiéndose también algunas caballadas que se habían tomado al crédito para distintos objetos, cuyo valor hoy reclaman los vecinos, muy singularmente las que se destinaron a la reposición del señor Benavídez en el mando.

"Una emergencia funesta hizo resaltar en aquellos días algunos actos de insurrección en las tropas de línea, que no fue posible evitar sin embargo de haberse presentido síntoma de anarquía, a consecuencia sin duda de haber comprendido que al descender del mando quien las había creado, debían también ellos terminar su carrera de servicio. Para reprimir este mal, que produjo la alarma y el escándalo, necesario fue socorrer esa tropa impaga desde septiembre, y para ello indispensable al gobierno gravar su propio peculio y empeñar su crédito personal.

"Para llenar, pues, las órdenes muy anteladas del excelentísimo gobierno nacional de formar de los cuerpos existentes en la provincia un solo regimiento denominado Dragones Auxiliares Nº 4, hacer frente a los gastos consiguientes a esta operación, satisfacer a aquellos nuevos compromisos, pagar a los empleados civiles, proveer a la mantención del Regimiento y llenar las exigencias del momento, tuvo el gobierno que sacrificar algunas existencias del extinguido estanco con una pérdida de más de un noventa por ciento, y los billetes de crédito público que existían en Cajas procedentes de la subvención, sufriendo el exorbitante quebranto de más de un 125 por ciento al metalizarlo.

"Sin embargo de estos sacrificios, sensible es al infrascripto decir a V. E. no ha podido crear el Regimiento al número acordado por el excelentísimo gobierno nacional, quedando imperfecta su organización por falta de recursos para cubrir la desnudez y demás necesidades, que son indispensable para conservar la moral y la disciplina de una tropa a quien no halaga otra idea que entrar hoy a los goces de que tantos años ha carecido. Sería de deplorar que la falta de una subvención llegase a desvirtuar una tropa de la mejor esperanza".

"Es ésta la causa de no haberse comprado los 800 caballos ni mandándose construir las 400 monturas que se había ordenado, ni lo demás concerniente a su equipo, por haber llegado dichas órdenes simultáneas con la desmonetización de los billetes de banco destinados a este y otros objetos, haciendo esta circunstancia impracticable la medida más proficua y más que nunca necesaria hoy a la provincia, de dar extensión a su frontera, medida que a no tocar estos inconvenientes ya estuviera realizada".

"La necesidad imperiosa de establecer postas para facilitar la viabilidad de transeúntes y transporte de mutuas relaciones de conveniencia pública entre pueblos y repúblicas hermanas y vecinas, es mirada por el gobierno provisorio en toda su importancia, pero en vano, porque la total carencia de recursos frustra todas sus miras y más cuando es igual la de otros elementos para plantear dichos establecimientos en parajes áridos y por lo mismo desiertos".

"Las ansiedades que el gobierno sufre al no poder llenar estas necesidades nacionales tan apremiantes, y que considera de un vital interés público, son un grave

obstáculo para ocuparse de otros arreglos de una preferente atención para sacar a su país de la humillante posición en que se halla, en completa inacción, sin instituciones, in leyes que reglamenten su régimen interno, sin que se halla arbitrado un solo recurso o medio de subsistencia, desde que por el acuerdo de San Nicolás y posteriores disposiciones nacionales, se vio privado de los únicos conocidos; un país que, sin ellos, ni aún conservarse podía in statu quo, mucho menos arribar a las mejoras de que es susceptible al progreso a que es llamado por una época tan gloriosa; un país donde todo es embrionario, sin haber más de realidad que el halago de una esperanza que, aún satisfecha en el momento, no sería bastante para sofocar de pronto los malos hábitos consiguientes a un sufrir tan prolongado, para conseguir siquiera que puedan concebirse como positivas promesas que jamás pasaron de ilusiones".

"De una contracción exclusiva necesita este gobierno para suplantar su crédito en lugar del desprestigio, para reducir sus promesas a realidades, llevando su cumplimiento a punto de transformar su descrédito anterior en apoyo de subsistencia para el futuro.

"Para salvar al situación tan lamentable, forzoso le ha sido al gobierno provisorio tolerar algunas vigencias que con oposición a su modo de pensar, hasta que puedan arbitrarse fondos municipales, para llenar las exigencias del servicio público. Tal es la de que permanezca exigible de los frutos del país, sin embargo que él juzga que sistemando un mejor orden administrativo de rentas públicas, en vez de exigirlos deberían ser pensionados así lo que extraen dichos frutos como los que introducen mercaderías.

Pero ha fundado esta tolerancia en la persuasión de que no es un impuesto al comerciante, que arregla su negocio al gravamen que sufre, sino un derecho municipal, que in apercibidamente lo paga el criador por la especie que posee, y que para exhibirlo en otra forma sería impracticable su efectividad; como cree el gobierno de muy poco monto y de muy difícil realización la contribución territorial y cualquiera otra medida a este respecto, sin que nuestras masas sientan en todos los pueblos un efecto simultáneo, tanto por el ningún valor de los terrenos que sólo son de pastoreo, como por lo inconcebible que es al propietario en nuestro estado de atraso el deber que le incumbe de sostener con una parte de su propiedad a esa autoridad que él mismo ha creado para que lo represente, lo custodie y le garantice la mejor parte de ella".

Los hombres de la Constitución

Melancólico y ático narrador de memorias terruñeras, Gilberto Sosa Loyola mostró en su libro "La tradición jurídica de San Luis" el cañamazo alberdiano de la primera Constitución puntana, que don Justo Daract ordenó tener por la ley fundamental en todo el territorio de la provincia el 6 de octubre de 1855.

Tras las huellas de aquel fervoroso escritor, algo más puede agregarse a sus enseñanzas, no tanto para ponderar la innegable calidad de la urdiembre sino para tratar de comprender los desvelos de quienes redactaron tan ilustre Carta como si forjaran el mágico instrumento de la concordia y el progreso.

Y nosotros lo agregamos, sin galas literarias, con el simple ropaje del trigo que nace para ser pan.

* * *

La Constitución para la Confederación Argentina, que Delfín B. Huergo y Juan Llerena suscribieron el 1º de mayo de 1853 como diputados por San Luis, establecía en su artículo 5º:

> "Cada Provincia confederada dictará para si una Constitución bajo el sistema representativo republicano, de acuerdo con los principios, declaraciones y garantías de la Constitución Nacional, y que asegure su administración de justicia, su régimen municipal y la educación primaria gratuita. Las Constituciones provinciales serán revisadas por el Congreso ante de su promulgación. Bajo estas condiciones, el Gobierno Federal garantiza a cada provincia el uso y goce del ejercicio de sus instituciones".

El 7 de noviembre de 1854 la Honorable Representación Soberana de la provincia de San Luis nombró gobernador y capitán general provisorio al ciudadano don Justo Daract, "hasta ínterin sea promulgada y jurada la Constitución de la provincia, que deberá dictarse a la mayor brevedad". Dos días después la Soberanía se reunió con el objeto "de nombrar la Sala de Representantes que debe funcionar mientras se pone en práctica la Constitución de la provincia" y designó también las personas que, junto con los diputados, debían componer "una Corporación Constituyente, en la cual queda delegada toda la soberanía de la provincia para discutir y sancionar la Constitución". El acta respectiva expresa en su parte final: "Se encarga el Poder Ejecutivo para instalar en la mayor brevedad la Corporación Constituyente". Daract cumplió ese encargo el día 16, quedando por ese acto la Asamblea "en aptitud de entrar al ejercicio de sus funciones".

En los postreros días de ese noviembre de 1854, el Senado y la Cámara de Diputados de la Confederación sancionaron una ley que señalaba el término de ocho meses para el cumplimiento, por parte de las provincias de la disposición contenida en el artículo 5º de la Constitución Federal. Esta ley, promulgada el 1º de diciembre, establecía que "las Constituciones provinciales serán presentadas para su revisación en las próximas sesiones de Congreso".

Dice Sosa Loyola que "es imaginable la desazón del Gobernador de San Luis", "ante la ardua y desusada empresa de articular una Constitución". Sin embargo, los viejos papeles parecen hablar, más bien, de tesonera y fecunda energía, de recto y sereno quehacer, tanto en Daract como en los constituyentes puntanos.

He aquí un ejemplo: tanto la ley del 1º de diciembre como la circular del ministro del Interior – datada el 11 de ese mismo mes – que la incluía las pasó Daract a la Asamblea para que tuviera "pleno conocimiento de la precitada comunicación" que tan "luminosos datos" suministraba para la formación del Código Constitucional. Esto ocurría el 19 de febrero de 1855. Y el 1º de marzo, el presidente de la Corporación Constituyente, don Valentín Bargas (que así con B, firmaba) respondía a Daract con estas palabras:

> "Penetrada esta Honorable Corporación de tan clásicos documentos y habiendo tomado todo el interés que inspira la realización de la obra que ha de garantir el porvenir del país, se permite se permite asegurar a V. E. que se halla

contraída asiduamente el trabajo de la formación de la Constitución provincial y que le asiste la convicción de que tendrá la gloria de someterla a la revisión del Soberano Congreso Legislativo el 1º de mayo, día designado para la apertura de sus sesiones “.

Seguramente esta confianza de los hombres de San Luis no nacía sólo de la circunstancia de estar trabajando sobre “el excelente cañamazo alberdiano”. Por su parte, Daract informaba a Derqui el 24 de marzo: la Honorable Corporación que esta provincia nombró para que realizase la importante obra de su Constitución, se halla desde mucho tiempo consagrada constantemente a este trabajo”.

Nada de extraño tiene la semejanza de estilo que se advierte en las notas del gobierno puntano y los escritos emanados de la Corporación Constituyente, puesto que a todos les daba forma don Buenaventura Sarmiento, uno de “los más posibles *sabedores de Derecho* en la asamblea” – según palabras de Sosa Loyola – y notable figura que secundaba al gobernador Daract como oficial 1º del Ministerio – que permanecía vacante – y que a la vez revelaba sus condiciones de magnifico secretario en el recinto de las patrióticas deliberaciones.

Pero, más allá del estilo, tenemos que ver y vemos la laboriosidad, el fervor y la robusta esperanza de aquellos hombres que tanto bien anhelaban para su provincia, su amado País, como ellos lo nombran con entrañable vibración de pago y de querencia.

De todo eso nos sigue hablando el corazón las ocres páginas del ayer sin lauro de cronista ni flor de bardo.

* * *

Sin desasosiego, los constituyentes puntanos terminaron de redactar el tan deseado Código y lo sancionaron el 18 de abril de 1855. Y el día 30 don Valentín Bargas dirigió al gobernador provisorio este notable oficio, que es preciso conocer en toda su amplitud y hondura si en verdad se quiere alcanzar “el alma de los tiempos”:

“La Honorable Asamblea Constituyente, nombrada por el voto libre y espontáneo de sus conciudadanos para sancionar el Código Constituyente de la provincia, ha tenido la gloria de firmarlo en su sala de sesiones el día diez y ocho del corriente, y os remite, Señor, por una comisión nombrada de su seno, un ejemplar de él, debidamente autorizado, para que en cumplimiento de lo que prescribe la Constitución política de la Nación en sus artículos 5 y 103, los sometáis, por el órgano correspondiente, al examen y revisión del Soberano Congreso Nacional Legislativo.

Esta Honorable Asamblea ha tenido en vista, al consagrarse constantemente a la realización de tan importante obra, lo que debe tener presente el legislador que se empeña con buena fe y conciencia pura, en dar una organización, la más perfecta posible, al país que le confiere tan delicado como grave encargo. Esta obra, por lo mismo, a juicio de los señores Diputados que forman esta Honorable Asamblea, satisface de todo punto las

exigencias de la provincia, pues que ella garante los derechos del ciudadano, asegura con bien arregladas prescripciones la consolidación del régimen interior, del orden y de la paz, que harán indubitablemente la felicidad del país, elevándolo al grado de prosperidad y ventura a que esta llamado por los elementos de riqueza que encierra su suelo y por el buen espíritu y patriotismo de sus hijos.

La Honorable Asamblea Constituyente queda, Señor, profundamente convencida que en la práctica y observación positiva de la Constitución que acaba de mencionar, está asegurado el bello porvenir a que aspira la provincia, afianzado de una manera sólida el Código Nacional, y puesto el dique de la ambición de los caudillos, y de que tantas veces ha sido víctima del país.

Poseída, pues, esta Honorable Asamblea del júbilo que inspira el cumplimiento de un deber, se felicita de verse próxima a entrar en la nueva era que va comenzar para la provincia, en la cual reparará ella, con el trabajo y el bien obrar, los años perdidos en la indolencia y el error".

Lástima grande que Sosa Loyola no conoció este documento. De haberlo tenido frente a sus ojos de enamorado del terruño, ¡qué hermosa, qué inmarcesible página nos hubiera dejado, para hacernos olvidar el polvo y las espinas del camino, para apartarnos de la ruin hojarasca que el orgullo amontona, como un viento de otoño, junto al umbral del que sueña!

* * *

Poseía don Justo Daract, entre sus muchas virtudes, una muy bella y hoy casi inencontrable: sabía ser agradecido. Por eso, al dirigirse a Derqui remitiéndole el ejemplar manuscrito de la Constitución con fecha 1º de mayo le decía:

"El infrascripto se hace un deber tan grato como justo en recomendar altamente ante las autoridades nacionales, el asiduo afán, profunda abnegación y acendrado patriotismo que la Honorable Asamblea Constituyente ha consagrado al desempeño de un trabajo de donde ha de surgir la prosperidad de un país tan hondamente trabajado por el infortunio, aberración y aislamiento y la estabilidad de sus autoridades locales, bajo cuyos auspicios, garantidos sus hijos en el uso verdadero de sus derechos, pueda decir mañana del pueblo puntano:

Este es el contingente con que ha contribuido a la organización, engrandecimiento y gloria de la Nación Argentina".

Y añadía el admirable gobernador:

"Tan conspicuos antecedentes, espera el infrascripto serán estimados en su justo valor por la sublime inteligencia que ha de juzgar de este trabajo hecho en un país donde

ella es tan limitada; pues son ellos que persuaden al infrascripto que si no es una obra acabada, es por lo menos el resultado de una patriótica contracción, y acreedora por lo mismo al más indulgente examen y corrección a que es sometida".

Esta notable carta y el ejemplar de la Constitución puntana fueron conducidos a Paraná por el presbítero doctor José Manuel Figueroa, senador por San Luis que marchaba a continuar en el ejercicio de su mandato.

Con él iba la esperanza de un pueblo.

* * *

El 29 de agosto de 1855 el Senado y la Cámara de Diputados de la Confederación Argentina, reunidos en Congreso, sancionaron la ley por la que se aprobaba la Constitución de la Provincia de San Luis, aunque con algunas excepciones, a las que Gez dedicó toda una página de su *Historia.* Sin apartarnos de Sosa Loyola, repetiremos con él:

> "Las alteraciones que introdujo el Congreso, muy sintéticamente, consistieron en lo siguiente: suprimir la atribución de fijar la fuerza militar para el servicio de la Provincia, facultad que de acuerdo a la Constitución Nacional, correspondía evidentemente al Congreso. Negaba, por otra parte, al Poder Ejecutivo de la Provincia la facultad de decretar el estado de sitio en su territorio y la suspensión de la Constitución local en caso de conmoción interior o ataque exterior… Fuera de otras supresiones o modificaciones de detalle, finalmente suprimía el artículo que disponía la acusación del Gobernador ante el Senado, hecha por la Legislatura en los casos que hubiera violado o dejado de cumplir la Constitución, por crímenes, defraudaciones, tiranías, incuria culpable, etc."

Don Santiago Derqui, ministro del Interior, el 3 de septiembre remitió a Daract la ley ya mencionada. Y el 21 de ese mismo mes, el gobernador provisorio la enviaba a la Asamblea Constituyente, a quien felicitaba cordialmente, "poseído de la más complaciente emoción al ver el feliz resultado que ha producido la contracción, patriotismo y tino que Vuestra Honorabilidad dedicó a un trabajo que, conduciendo a la provincia al goce de las prerrogativas y garantías que le acuerda la vida constitucional, la eleva al rango de un país verdaderamente civilizado".

Más no era cuestión de dormirse sobre los laureles. Por lo que el formidable gobernador urgía a renglón seguido, cual un Hércules que avanza de trabajo en trabajo:

> *"En consideración también que las reformas que ha sufrido la Constitución provincial en nada afectan (a juicio del Gobierno) la soberanía e intereses del país, y que la demora que ocasionaría la insistencia en nuevas modificaciones podría traer funestas consecuencias al país, por estar tan próxima la clausura de las Cámaras Legislativas de la Nación, se permite el infrascripto en aconsejar a Vuestra Honorabilidad que es de la más alta importancia que dicha Constitución sea definitivamente sancionada, promulgada y*

jurada, tal cual lo prescribe la precitada ley nacional, y de encarecer por ello a Vuestra Honorabilidad la más pronta expedición en las deliberaciones tendientes a llenar la alta misión que la provincia le encomendó".

Al día siguiente – 22 de septiembre de 1855 – la Honorable Asamblea Constituyente sancionó la ley que aprobaba en todas sus partes las reformas que el Congreso había hecho a la Constitución provincial, así como disponía remitir al Poder Ejecutivo un ejemplar reformado de dicho Código, para que ordenase su correspondiente impresión.

Diligentemente, la pluma de don José Rufino Lucero y Sosa trabajó en la copia del texto definitivo de la Carta Constitucional. Y el 4 de octubre, la Honorable Asamblea, "que anhelaba vehementemente a llenar con prontitud y del modo más cumplido el grave como delicado encargo que se le encomendó por sus conciudadanos", puso en manos de Daract el ejemplar corregido de la Constitución, que el gobernador provisorio, dos días después, mandó tener por "Ley fundamental en todo el territorio de la provincia".

Y tras la pluma diligente, el honrado quehacer de los tipógrafos. Letra a letra, hermosa floración de la paciente artesanía, se agruparon sobre el mesón de algarrobo las páginas que llevarían las dianas del tiempo nuevo hasta el último rincón del terruño.

Por fin, con el pequeño folleto entre las manos, don Buenaventura Sarmiento comenzó a pulir los párrafos del decreto bien meditado: "San Luis, noviembre 13 de 1855. El Gobernador Provisorio de la Provincia. Considerando:…"

Fácil sería sintetizar o recurrir, una vez más, al armonioso decir de Sosa Loyola. Sin embargo, queremos que cada una de las antiguas palabras recobre su entrañable vibración, que cada punto y cada coma nos den el ritmo cordial de aquel esperanzado laborar. Por eso, humildemente, con mano fraternal, copiamos:

> "Que la Honorable Asamblea Constituyente, que la Provincia nombró para que dictase su Carta Constitucional, ha llenado ya su alta misión, sancionándola definitivamente, después de la revisión que ha hecho de ella el Congreso Legislativo de la Confederación, remitiéndola al P. E. para que lo más pronto posible la haga promulgar y jurar con la solemnidad que corresponde;
>
> Que por consiguiente, la Provincia de San Luis va a entrar ya en el régimen constitucional interno, asegurando para siempre su orden, su libertad legal, los preciosos derechos del Ciudadano, y abriendo su marcha de progreso y engrandecimiento bajo la sólida base de sus instituciones locales;
>
> Que para hacer más solemne el importante acto de la promulgación y juramento de la Constitución de la Provincia debe designarse uno de aquellos días marcados con algún acontecimiento de gloriosos recuerdos para la República; ha acordado y decreta".

La pluma se detiene. Y los ojos del escribiente – estos mismos ojos nuestros – contemplan, más allá de la llama temblorosa que burila los párrafos de la cuartilla, el alba que se esmalta de gorjeos.

* * *

Si tan sólo escribiésemos por regodeo literario o para hacer de la letra impresa peana de vanidades o trampolín de ambiciones, tazaríamos sobre los olvidados papeles la airosa curva del mariposeo tan grato a quienes consideran incómodo y poco fructífero “cantar en cosas de fundamentos” o “cantar opinando”, dos viejas formas de arriesgar pellejo y fama. Pero como tenemos la pretensión de mostrar sin afeites la siempre edificante y saludable verdad, dejamos en paz la lira y empuñamos la pala, que también sabe enjoyarse de rocío y dialogar con los pájaros madrugadores.

Y va de crónica.

* * *

El decreto que don Justo Daract dictó el 13 de noviembre de 1855, “con la incontenible exultación de las grandes alegrías cívicas”, señala gallardamente el camino hacia el día de magnos recuerdos. Y estos son los jalones:

> *“El día 20 de noviembre, glorioso aniversario de la instalación del Soberano Congreso Nacional Constituyente y de la elección del Presidente y Vicepresidente constitucional de la República, es el destinado para que en la capital y en todos los departamentos de la campaña tenga lugar la promulgación y jura de la Constitución de la provincia.*
>
> *“El jefe de Policía ordenará la reunión de los vecinos del departamento de la Capital en la plaza pública de esta ciudad, donde se verificará este acto el precitado día 20 de noviembre, después de la misa solemne y Te Deum, que debe celebrarse en la iglesia matriz de esta ciudad.*
>
> *“La Constitución se promulgará en alta voz, y se procederá a celebrar el sagrado juramento, abriendo al efecto un registro, el cual será encabezado por esta fórmula: “Nosotros, Ciudadanos Argentinos de la Provincia de San Luis, juramos por la Santa Cruz en que se inmoló el Redentor del mundo, respetar, observar y defender la Constitución de la Provincia, sancionada definitivamente por la Honorable Asamblea Constituyente a los veintidós días del mes de septiembre del año mil ochocientos cincuenta y cinco”, consignando a continuación cada uno su nombre para constancia de este acto.*
>
> *“Los Jueces de Paz de campaña harán la convocación de todos los individuos de sus dependencias, para que reunidos en sus respectivos partidos el mencionado día 20 de noviembre y presidiendo la reunión el Juez de Paz, se verifique la promulgación y jura de la Constitución en la forma que prescribe el artículo anterior.*
>
> *“Dicho acto, presidido por el Gobierno en la capital y por los jueces de Paz en la campaña, se practicará con la solemnidad y circunspección que su importancia y santidad*

exigen; y cerrado el registro con la autorización, en los partidos de campaña, de los Jueces de Paz, se remitirá al Gobierno para los fines consiguientes".

* * *

Aquella "incontenible exultación" advertida y mentada por Sosa Loyola, no amenguaba el fecundo quehacer del ejemplar gobernador provisorio. Y es así como el 16 de noviembre, "lleno de la más grata complacencia", se dirige a la Asamblea Constituyente para manifestarle haber fijado el martes 20 para que se lleve a cabo la promulgación y jura de la Constitución, y reclamarles nuevos trabajos:

> "Pero antes que llegue este día tan anhelado y por tantos títulos memorables, quiere el infrascripto observar a Vuestra Honorabilidad que es de una necesidad imperiosa que la ley de elecciones para establecer por primera vez constitucionalmente los poderes públicos, debe estar sancionada antes de dicho día, pues que, de no suceder así, se verá en el caso el Gobierno de pedir la convocatoria de la Honorable Representación Soberana de la Provincia, para consignar en ella la suma del poder público que le fue confiado el 7 de noviembre del año próximo pasado, por cuanto queda terminado su período gubernativo con la jura de la Constitución provincial".

Este deber, "uno de los primeros que le estaban confiados", fue cumplido por la Asamblea Constituyente el día 17 de noviembre. Todo se hacía con la justeza anhelada por el gobernador Daract quien, en una carta que dirigiera a Derqui el 7 de diciembre de 1855, revelaba que no faltaban escollos en su camino:

> *"Cábele a este gobierno el alto honor de consignar en manos del Excelentísimo Gobierno Nacional, para los efectos consiguientes, un ejemplar impreso debidamente autorizado de la Carta Constitucional que esta provincia acaba de sellar con un juramento sagrado, exhibido con toda la intensidad de su acendrado patriotismo y con la expresión de su ardiente entusiasmo".*
>
> *"Pero como al entrar ella en la vida constitucional entra también en un nuevo orden de cosas en que las autoridades, los intereses y los deberes tienen necesariamente que tomar una combinación nueva, y que no sería extraño que la Constitución que acaba de jurarse choque en alguna parte de los intereses, los deseos y las opiniones establecidas alimentadas en el tiempo de desorganización, al útil como importante objeto de armonizar todos los elementos que han de consolidar el ejercicio práctico de este mismo Código, el infrascripto puede asegurar a V. E. que la sana mayoría de los habitantes de esta provincia está dispuesta a marchar de consuno, poniendo cada uno de su parte su contingente de luces y patriótico celo, a fin de que tenga duración la obra por tanto tiempo*

anhelada, para que asegurando así esta provincia su régimen interno, sea uno de los firmes baluartes en que se sostenga la Constitución, el orden y la paz de la Confederación".

⋆ ⋆ ⋆

La ardua labor de la Honorable Asamblea Constituyente no concluyó el 17 de noviembre de 1855, con la sanción de la ley que reglamentaba la forma en que debían hacerse las elecciones directas de los Diputados que compondrían la primera Legislatura constitucional. El 21 de ese mismo mes expidió provisionalmente, según se aclara, la ley que fijaba las retribuciones que percibirían las autoridades. No está de más recordar sus artículos principales:

> "El primer Gobernador constitucional de la provincia tendrá de asignación setenta pesos mensuales y treinta más para gastos extraordinarios, pagados del Tesoro Provincial".
>
> "El Ministro General de Gobierno disfrutará de un sueldo de cincuenta pesos mensuales".
>
> "Los Representantes para la primera Sala Legislativa constitucional tendrán una asignación de veinticinco pesos mensuales así que la provincia haya creado sus rentas, y mientras tanto el Estado reconocerá la deuda de todas las mensualidades que hubiesen devengado desde el día de su nombramiento".
>
> "Todos los empleados públicos de la provincia no designados en los artículos anteriores, seguirán con los mismos sueldos que hoy tienen, hasta que la Legislatura constitucional los reglamente, según lo prescribe nuestra Constitución provincial".

Una nueva ley, sancionada el día 22 por la Asamblea, prorrogó "la permanencia de todos los empleados de la provincia, hasta que la primera Legislatura constitucional nombre los que deben sucederle con arreglo a lo prescripto en la Constitución".

Pero todavía quedaba por resolver un asunto con más espinas que un tala. Daract lo dejó entrever en su carta a Derqui, de fecha 7 de diciembre. Y la Honorable Asamblea lo ratificó muy pocos días después: la Constitución habría de chocar en alguna parte de los intereses o las opiniones. De esta nube – o para barrerla – nace la sanción del 19, agria y rotunda:

> *"Todo ciudadano que no hubiese prestado juramento a la Constitución de la provincia el día que se designó al efecto, por causas que se lo hubiesen impedido involuntariamente, y quisiese hacerlo, lo verificará ante el Juez territorial de su residencia, quien extenderá una acta del juramento en la forma ordenada, y la remitirá al Poder Ejecutivo para que sea archivada".*
>
> *"No puede ser nombrado para desempeñar empleo público civil en la provincia ningún ciudadano que no haya jurado su Constitución; y será nulo y sin efecto legal el nombramiento que se haga sin este requisito, aunque preste después de nombrado el juramento".*

"Todo ciudadano que hubiese sido llamado a desempeñar algún empleo público antes de promulgada la presente ley, y no hubiese jurado la Constitución provincial, prestará el juramento antes de ser puesto en posesión de dicho empleo".

Más agrio y más rotundo es el decreto que el Poder Ejecutivo provisorio dictó el 22 de diciembre, que comienza así:

> "Considerando: Que la principal misión de este Gobierno es garantir la tranquilidad pública, hasta tanto se hayan instalado los Poderes constitucionales; Que está en deber de asegurar a todo esfuerzo este importante resultado; Que está a su conocimiento que el orden constitucional tiene algunos enemigos que disfrazados bajo distintas formas, han podido sorprender y alucinar a algunos incautos; Que tal circunstancia ha puesto al Gobierno en el caso de asumir la actitud legal que le corresponde".

¿Y cuál será esa actitud? El decreto de Daract no deja lugar a duda:

> "Todo individuo que en la comprensión del territorio de la provincia se profiriese, ya de palabra o por escrito, contra algunas de las prescripciones de la Constitución nacional o provincial, será reputado por perturbador de la tranquilidad pública y del orden constitucional, y como tal será arrestado, sumariado y remitido a esta capital con el correspondiente informe, para que sea juzgado por la autoridad competente. Todas las autoridades civiles y militares de la provincia quedan encargadas de la vigilancia y exacto cumplimiento de esta disposición, bajo la más sería responsabilidad".

La letra con sangre entra. También la de la Constitución.

* * *

Pulcra y elegante, aunque a veces distraída, la pluma de don José Rufino Lucero y Sosa labra la última acta:

"En la ciudad de San Luis, a 15 días del mes de febrero del año 1856. Reunida la Honorable Asamblea Provincial Constituyente, y considerando haber llenado los deberes que le prescribe el acta del 9 de noviembre de 1854, dio por terminadas sus tareas, declarándose disuelta desde esta fecha. Debiendo permanecer en el ejercicio de sus funciones la Sala Legislativa provisoria hasta la instalación de la primera Sala Legislativa constitucional, en cuyo acto quedará también disuelta. Firmando la presente todos los miembros que se hallan reunidos".

Antes de este simple acto, la Asamblea habrá tomado conocimiento de la comunicación con que Daract rubrica tan esperanzado capítulo de la historia puntana:

> "Instruido el infrascripto por nota oficial del señor Vicepresidente fecha de ayer, que es llegado el día en que la Honorable Asamblea Provincial Constituyente va a terminar el ejercicio de sus funciones, cumple con el grato deber de expresar a ese Honorable Cuerpo que, en posesión de las importantes y delicadas elaboraciones de que se ha ocupado en bien del país, a su nombre y por sí le consagra un solemne voto de gracia por el patriotismo y profunda abnegación con que ha sabido llenar la alta misión que le ha sido encomendada".

Y agrega el siempre generoso gobernador:

> "Inscriptos en nuestra Carta Constitucional los nombres de los ciudadanos que lo compusieron, perpetuarán la memoria de cada uno de ellos y enseñarán a las generaciones venideras quiénes fueron los que iniciaron su prosperidad y ventura en la erección de este suntuoso monumento, haciéndose por ello dignos de una gloria inmarcesible".

Ahora sí, con gesto fervoroso capaz de tornarse hiedra vencedora del tiempo y de la incuria, estampamos los nombres de los Constituyentes puntanos:

> Valentín Bargas, Presidente – Tomás Prieto, Vicepresidente – Calixto Ortiz – Juan de Dios Calderón – Cándido Lucero – Gumersindo Calderón – José Narciso Ortiz – Carmen Garro – Juan Barbeito – Carmen Adaro – Mauricio Daract – Bernardo Bazán – Esteban Adaro – Faustino Figueroa – Juan Pascual Calderón – Manuel Arias – Juan Sarmiento – Santiago Laborda – José Rufino Lucero y Sosa, Prosecretario – Buenaventura Sarmiento, Secretario.

Olvidado ya aquel "suntuoso monumento" de la Constitución de 1855, acaso en la generosidad del hombre de San Luis fructifica la buena fe de aquellos ciudadanos que creyeron en la majestad de la ley.

FUENTES

- Archivo General de la Nación.
- Archivo Histórico y Gráfico de San Luis.
- Archivo Daract (San Luis).
- Barbosa, Aníbal: Compilación *de leyes de la provincia de San Luis,* Volumen I (Período de 1854 a 1879). Buenos Aires, 1908.
- Gez, Juan W.: *Historia de la provincia de San Luis*, Tomo II. Buenos Aires, 1916.

- Gez, Juan W.: *La tradición puntana*, Tercera edición. Buenos Aires, 1916.
- Registro Oficial de la República Argentina, Tomo Tercero, 1852 a 1856. Buenos Aires, 1882.
- Saá, Víctor*: San Luis (1832-1862).* En la Historia de la Nación Argentina, Vol. X, 2º Edición. Buenos Aires, 1947.
- Sosa Loyola, Gilberto: La tradición Jurídica de San Luis, Buenos Aires, 1944.
- Sosa Loyola, Gilberto: *El constituyente Llerena, por San Luis*. Buenos Aires, 1944.

CAPÍTULO XV

UN HORIZONTE DE PROGRESO

El gobernador constitucional

Difícil de transitar ere el camino de la constitucionalidad. Así lo revela el contexto de la ley sancionada el 28 de diciembre de 1955, tras ser calificada la validez de las elecciones de Representantes para la primera Sala Legislativa Constitucional. Su artículo 1º determina:

> "Apruébense las elecciones que se han hecho para Representantes en los ciudadanos que a continuación se expresa: por el mismo departamento, en don Feliciano Trinidad Barbosa; por el tercero, en don Esteban Adaro; por el sexto, en don Nazario Céliz y don Victorio Ortiz; por el séptimo, en don Juan Francisco Loyola y don Santiago Laborda; y por el octavo, en don Narciso Ortiz".

Y en el artículo 2º se lee:

> "Anúlanse los nombramiento verificados en los ciudadanos siguientes: en el primer departamento, don Bernardo Bazán por impedimento físico que el mismo ha justificado; en el segundo, don Raymundo Barroso, por hallarse comprendido en los que excluye el artículo 16 de la Constitución de la provincia; en el cuarto departamento, don Felipe Saá y don Fabián Barroso, por nulidad ocurrida en el acto de las elecciones; en el quinto, don Benjamín del Moral y don Carmen Garro, por estar excluido por en artículo 15 de nuestra Constitución".

Efectuada una nueva elección, por ley sancionada el 4 de febrero de 1856 se aprobó el nombramiento de los siguientes ciudadanos: por el primer departamento, don Mauricio Daract; por el segundo, don Juan de Dios Calderón; por el cuarto, don Carmen Adaro y don Román Quiroga; y por el quinto, don José Santos Ortiz t don Liborio Guiñazú.

Se completaba así el número de trece diputados que establecía la Constitución, aunque no todos se incorporaron oportunamente, según lo demuestra con esta acta memorable:

"En la ciudad de San Luis, a los veintiún días del mes de febrero del año de mil ochocientos cincuenta y seis, en virtud del decreto expedido por el Poder Ejecutivo provisorio con fecha diez y nueve del actual, que designó este día para la solemne instalación de la primera Sala Legislativa Constitucional. Reunida con este objeto la Sala de Representantes provisorios, presidida por su presidente don Valentín Bargas, incorporados también a ella los señores Diputados Representantes para la primera Legislatura Constitucional, que se expresan: don Feliciano Trinidad Barbosa, don Mauricio Daract, don Juan de Dios Calderón, don Esteban Adaro, don Carmen Adaro, don Román Quiroga, don Victorio Ortiz, don Nazario Céliz, don Juan Francisco Loyola, don Santiago Laborda y don Nazario Ortiz. El Señor presidente dio por abierto el acto y dispuso se procediese a la lectura del decreto del Poder Ejecutivo, que señala este día para la instalación de la Legislatura Constitucional, ordenando lo hiciese el prosecretario.

Terminado esto, una comisión compuesta de cuatro Representantes se dirigieron a la casa del excelentísimo señor Gobernador a invitarle concurriese al local de la Sala de Representantes, lo que verificado que fue y posesionados de sus asientos, el señor Gobernador y el señor Oficial 1º encargado del Ministerio General, S. E. proclamó en alta voz: "El Gobierno, en cumplimiento de su deber, declara instalada la primera Legislatura Constitucional de la Provincia". Con lo cual quedó concluido el acto".

Al día siguiente, la Sala dispuso que el 6 de marzo se realizase en todos los departamentos de la provincia la elección de los Representantes que debían doblar en número a los de la Legislatura para elegir el primer gobernador constitucional, nombramiento que recayó en don Justo Daract, según expresa el acta del 9 de abril, suscripta por los siguientes Diputados: Feliciano T. Barbosa, Juan de Dios Calderón, Tomás Prieto, Román Quiroga, Esteban Adaro, Calixto Ortiz, Justo Sánchez, José de las Nieves Céliz, Francisco Básquez, Manuel Arias, José Nazario Céliz, Nepomuceno Poblet, Carmen Adaro, José Quiroga, Santiago Laborda, Mauricio Daract y José Narciso Ortiz.

Daract prestó juramento el 11 de abril y ese mismo día la Sala mandó reconocerlo "en todo el territorio de la provincia como tal Gobernador constitucional por el período de tres años". Una nueva época comenzaba; pero las sombras eran tan antiguas como la mezquindad y la sordidez que el hombre arroja sobre el hombre. De ahí que, por esos días, Daract escribiera:

"Profundamente sensible le ha sido a este gobierno ver el ningún efecto favorable que han producido los constantes esfuerzos del excelentísimo Gobierno Nacional para atraer a la provincia de Buenos Aires a la unión nacional. Muy notorio es que la mayor parte de sus actos, desde su instalación, no han tenido otro objeto que el contener el desenvolvimiento de las pasiones rencorosas y mantener inalterable el orden político, para que la solución de las complicadas cuestiones que debía ofrecer la incorporación de aquella provincia hermana, fuera la obra de la discusión pacífica y no la de una guerra fraticida".

"Inútiles han sido también los medios que ha empleado el excelentísimo Gobierno Nacional para presentar a la provincia de Buenos Aires una ocasión oportuna en que pudiera echar un velo sobre sus extravíos pasados y volver a la asociación argentina, asegurando con este noble acto la vida y fortuna de la mayor parte de sus hijos, que tan cruelmente son sacrificados por las tribus bárbaras del desierto. Pero parece que los opresores de aquella provincia, desoyendo la voz de la razón, manifiestan una tenaz

resistencia a toda reconciliación racional y sólo pretenden ostentar contra el voto general de la Nación el dominio absoluto de una minoría de la gran familia argentina".

"El crédito de la Nación, mortalmente herido por la alevosa agresión perpetrada por un miembro de los que forman el Gobierno de Buenos Aires, en medio de la paz general y con tropas de dicha provincia, es un hecho que merece una pronta y condigna satisfacción por parte de la autoridad agresora. Doloroso sería que por una tenaz negativa de ésta, el Gobierno Nacional se viese arrastrado por la fatal necesidad de poner en acción el recurso de las armas. Pero, por bien sensible que sea este paso, sería imprescindible para reivindicar los derechos de la nacionalidad argentina, tan impugne como bárbaramente ofendidos".

Este *pensamiento vivo* de Daract – tan diestramente escamoteado por más de una escriba mitrista – no podía dejar de producir reacciones, disimuladas a veces bajo la defensa de intereses comerciales. Por eso don Juan Esteban Pedernera, desde el otro lado del Desaguadero, el 20 de mayo escribía a su comprovinciano:

"Si la prensa de Mendoza, bajo el rubro Constitucional, se ha expresado desfavorablemente respecto de esa provincia, yo puedo a usted asegurar que en lo sucesivo se moderará. Esto lo fundo en que he hablado con el señor Gobernador, y éste me ha contestado del modo más satisfactorio, cuyos pormenores diré a usted verbalmente tan luego como nos veamos".

Empeñábase Pedernera en vigorizar el optimismo del gobernador puntano.

Y el 9 de agosto le decía, en carta datada en Paraná:

"Las vistas sobre nuestro estado político son las más halagüeñas: el país camina en medio del más perfecto desarrollo físico y moral; colonizaciones; navegación de los ríos; inmigración universal; Banco; mercado propio, garantías y solidaridad en las masas, es un conjunto el bosquejo más pintoresco que puedo hacerle".

"El cambio de Gobernador en la provincia de Santa Fe acredita esto. El Nacional tenido más parte, en este asunto, que la de mandar a uno de sus ministros para que todo estuviese a sus órdenes. Ha desaparecido, pues, el poder de las bayonetas; la fuerza moral nos rige y esto se debe al tino y savia política del Presidente, consecuente con su programa. Santa Fe hoy es la barrera en que se estrellarán las tentativas del círculo demagogo de Buenos Aires, y persuádase usted que jamás cederá esa provincia ante las instigaciones de los descontentos, y el Gobierno tiene en ella su más perfecta garantía".

A pesar de estas bellas palabras, Daract presentó su renuncia el 12 de noviembre de 1856. Al desestimarla, expresaba la Sala:

"Insuficiencia, falta de prestigio y de salud, son los motivos expuestos por V. E. para renunciar al cargo de Gobernador de la provincia. Respecto a las dos primeras, la Sala no puede reconocerlos como causas suficientes para dar acogida a la solicitud de V. E.; más bien cree que es un temor infundado,

emanado del buen deseo y de un exceso de celo por el progreso del país. Respecto al tercero, la Sala de Representantes no negará a V. E. las concesiones necesarias para reponer su interesante salud, una vez convencida que los trabajos que requiere la alta posición en que la soberanía popular le ha colocado son incompatibles con el estado de aquella".

"Los fervientes deseos que V. E. manifiesta por el bienestar y la felicidad de su país, son un motivo más para que está Honorable Corporación exija de V. E. algunos sacrificios indispensables en la azarosa época que atravesamos, si hemos de llevar a cabo nuestra generación política y arraigar la paz y el orden y la justicia en nuestro amado suelo".

"La Sala podría acceder a su solicitud, si con la admisión de la renuncia de V. E. tuviese la seguridad de mejorar la suerte del país, pues en tal caso sería en su deber sacrificar la parte por el todo. Más, como el remedio que V. E. propone para aliviar los males que nos amenazan, es peor que la enfermedad misma, y por consecuencia, empeoraríamos nuestra situación, la Sala se ve en la dura necesidad de no admitir la renuncia que V. E. se sirvió elevarle, por que el bien público y salud de la patria así lo exigen".

Daract, con fecha 24 de noviembre, insistió en su renuncia y la Sala, luego de mencionar "el patriotismo, la honradez, la magnanimidad y demás virtudes cívicas que tan señaladamente caracterizan a V. E.", le pedía que no persistiese en una actitud peligrosa para la provincia:

"En tal concepto, la Honorable Representación de ningún modo puede convenir que la suficiencia, opinión y prestigio de V. E. no sean más que bastantes para que en una época de orden constitucional y al apoyo de la paz que hoy disfruta la República, no pueda marchar por la misma senda que V. E. ha sabido trazarse, con igual crédito, con igual acierto, dignidad y energía que se le ha visto desplegar en la época azarosa de su gobierno provisorio. Antes bien se persuade que la resistencia a V. E. a deferir a las convicciones y empeño de este Honorable Cuerpo es hija solamente de una modestia ejemplar, a cuya vista estos poderosos elementos que positivamente posee y es notorio a todos los puntanos, aparecen sin duda con imperceptibles, comparados con la altura, magnificencia y dignidad en que el carácter empresario de V. E. desearía ver colocado su país natal".

Como Daract, el 22 de diciembre, insistió en que se admitiera, por orden de la Sala su presidente don Feliciano Trinidad Barbosa debió decirle "por última vez":

"Que la Honorable Representación, que ha jurado propender a la ascensión y sostenimiento de todo principio que tienda al bien público y bien general del país, y a cuya firmeza y lealtad ha librado la suerte y su porvenir al pueblo puntano, no puede sin faltar a este deber tan sagrado, sin traicionar su propia conciencia y sin cargar sobre sí una responsabilidad inmensa, acceder a la solicitud de V. E.".

Admitía, como única causal positiva, la salud quebrantada del gobernador. Y, tras considerar irreales todas las demás, expresaba:

"Y si no ¿quién podrá merecer mayor confianza y disfrutar de más prestigio entre sus conciudadanos que quién ha podido por sus esfuerzos salvar al país del incendio de la anarquía, sacarlo de una vil postración y establecer, en cambio, el

orden, la paz, el progreso, los derechos y garantías constitucionales? ¿Quién llamará insuficiente al ciudadano que, sin más recursos que los que ha sabido arbitrar con su inteligencia, erogar su patriotismo y obtener su crédito personal, y sin más elementos que lo que proporcionará el aislamiento y la indiferencia, ha podido en pocos días cambiar la situación precaria de un pueblo que yacía en la abyección, hasta colocarlo en actitud de figurar en el rol de los pueblos libres, bajo el imperio de las leyes, como está manifiesto?".

Urquiza también se alegró de que no hubiera cambió en San Luis. Y el 15 de marzo de 1857 manifestaba a Daract:

> "Mucho placer me ha causado su apreciable carta fecha 20 de febrero, al observar que no había apelado en vano a su patriotismo y abnegación para excitarlo a continuar al frente de esa provincia, en donde sus intereses particulares lo requieren y lo de la causa nacional, que ha costado siempre en usted un colaborador muy decidido".

El 13 de junio de 1857 el gobernador puntano dirigió su primer mensaje a la Sala de Representantes. Su respuesta constituye otra página honrosa para la biografía de Daract, ese solitario constructor:

> "Penetrada esta Honorable Representación del espíritu progresivo y patriótico celo que anima a V. E. por la organización, bienestar y engrandecimiento del suelo que lo vio nacer, obligan altamente la gratitud de ella y por tanto, le rinde a nombre de la provincia un elocuente voto de gracias, felicitándole cordialmente porque ahora, como en todo tiempo, su marcha política ha estado basada en los principios de un verdadero republicano y digno magistrado; puntos primordiales que aseguran la vida, la libertad, la prosperidad y derechos del ciudadano; cuyas tendencias las ha manifestado más de una vez en los actos de su administración pública".

En forma similar, el 4 de agosto de 1858 juzgaba la Sala Legislativa el segundo mensaje, dirigido por Daract el 15 de mayo:

> "Que la Honorable Sala de Representantes se ha complacido altamente en examinar ese documento, y al tomarlo en consideración, ha hallado justificados como siempre los sentimientos de patriotismo, civilidad y buena inteligencia que más de una vez habéis desplegado por la prosperidad y bien general del país; cuya política, estrictamente ajustada a los principios constitucionales que nos rigen, ha sido la medida salvadora de cuantas exigencias aquejaban a la provincia, y la que ha podido regularizar su situación a que la habían conducido hechos de funestos recuerdos".
>
> "Que, asimismo, espera confiadamente que vuestro constante conato en la conservación de la paz y tranquilidad de vuestros gobernados, el interés vivo que manifestáis en mantener y cultivar las relaciones de amistad con las demás provincias hermanas, el progreso físico general que se hace sentir en todos los ramos de convivencia pública, el justo equilibrio en que os esmeráis sostener la dignidad eclesiástica con la temporal y, por último, el sentimiento religioso que como base de toda moral os anima para proteger las instituciones piadosas de

beneficencia, y no menos las que tienden al desarrollo de las facultades intelectuales – que sin ellas no hay sociedad culta - , son otros tantos fundamentos para no dudar que el país entero, como la Honorable Representación, aprueba vuestros actos gubernativos y en lo sucesivo terminaréis vuestro período lleno de la gratitud de vuestros comprovincianos".

La admirable personalidad de Daract aparece iluminada por recio decir de Urquiza, quién el 24 de diciembre de 1858 escribía al gobernador mendocino don Juan Moyano:

"He visto con sorpresa que el Constitucional de Mendoza, en unos artículos titulados "apuntes para los Exmos. Sres. Comisionados" arroja siniestras sospechas de convivencia en el asesinato del general Benavídez sobre la acrisolada reputación del excelentísimo gobernador de San Luis, mi distinguido amigo don Justo Daract".

"Es una infamia. No tengo palabras con que calificar tan negra injuria a una de las admones más patrióticas del país, que más se han distinguido en su adhesión a la autoridad nacional y en su decisión por nuestras instituciones. No podía periódico desprestigiar y hacer menos valer de un modo más eficaz su mismo pronunciamiento enérgico contra los asesinos del general Benavídez, que arrojando tan infundada y tan grosera calumnia; no podía desprestigiar peor a la autoridad de Mendoza, que consiente que por la prensa se acuse y se calumnie así a tan distinguido gobernador, y tan benemérito ciudadano. Y hasta desvirtuar el triunfo de la autoridad federal y de la justicia, abusar de él para arrojar el odio sobre un gobernador vecino, promoviendo la discordia".

"Exijo de su nobleza, de su caballerosidad, de sus sentimientos de patriotismo, que se le dé una satisfacción oficial al señor Daract, obligando a ese escritor audaz a que se retracte o que deje el puesto en el que está alimentando el fuego de la guerra civil".

JUSTO DARACT

Nació en la ciudad de San Luis el 21 de diciembre de 1804 y era hijo de don José Daract y de doña Antonia Vilchez. Estudió en Buenos Aires y allí también se dedicó al comercio. En 1840 formó en la fila de los partidarios de Lavalle y después de la derrota de Quebracho Herrado pasó a Chile, donde continuó sus actividades mercantiles. En 1847 adquirió en Buenos Aires una partida de sables para el gobierno puntano y a principios de 1850 retornó a su provincia, compró tierras y se dedicó a la ganadería. Juez de lo Civil en 1853, integró la Sala de Representantes en 1854 y en noviembre de ese mismo año fue designado gobernador provisorio. Elegido gobernador constitucional el 9 de abril de 1856, debió asumir el poder otra vez en diciembre de 1861, por renuncia del general Saá, desempeñándolo hasta abril de 1862. Consejero de Gobierno, intervino como mediador ante el general Ángel Vicente Peñaloza, que sitiaba la ciudad de San Luis. Electo senador nacional, en 1863, también actuó como diputado en representación del séptimo departamento y en 1864, comisionado por el gobierno nacional, propició las paces con el cacique Mariano Rosas. En 1865 presidía la Cámara Legislativa puntana cuando fue nuevamente elegido gobernador. Ante el avance de los revolucionarios, el 25 de enero de 1867 delegó el mando; pero, tras imponérsele una contribución de diez mil pesos, fue conducido engrillado a Mendoza. Reasumió el gobierno el 1º de mayo y ese mismo mes logró que la Legislatura aceptase su reiterada renuncia. Enfermo y decepcionado, continuó brindando a la provincia el contingente de sus luces, su experiencia y fortuna. Diputado, convencional para la reforma de la Constitución, miembro de diversas comisiones de bien público, su nombre está ligado tanto al Colegio Nacional

como a la Escuela Normal de Niñas, como un testimonio imborrable de sus desvelos por la educación. Murió en la ciudad de San Luis el 3 de septiembre de 1887.

La obra de Daract

Quien se detiene a considerar el tesonero quehacer de don Juan Daract, tanto como gobernador provisorio cuando investido de ese esperanzado título de "primer gobernador constitucional", no puede menos que celebrar tanto esfuerzo, tanta perseverancia, tanta honradez y también tantos buenos frutos derramados sobre el heroico país puntano. Alguna vez el fervoroso biógrafo mostrará a los desmemoriados hijos de esta tierra la melancólica vertiente de esa entrega y ese desvelo, patrióticos en la cabal hondura de la palabra, deslucida ya por el manoseo de gárrulos traficantes. Mientras tanto, sólo es posible intentar una honrada aproximación a esa ingente labor que engrandece toda una época al convertirse en el testimonio de las virtudes de un pueblo, aislado en el desierto de la incomprensión por las plumas que, de tanto orillarlo, claudicaron litorales.

Crearse y sostener instituciones fue la permanente preocupación de Daract, en quien la Ley era savia y floración. Así, como sillares de la felicidad popular, una sobre otra se apoyan las normas legales que iluminan el perfil de los tiempos. El 23 de abril de 1856 se crea la Cámara de Justicia y el 29 de octubre de 1857 es sancionado el Reglamento de Administración de Justicia, preparado por una comisión que presidió don Juan Barbeito. También en 1857 se fijó el arsenal de los escribanos y se determinaron las obligaciones de los tutores y curadores.

En octubre de 1858 el fiscal don Luis Ojeda afirmó que "esas instituciones juradas que con tanto sacrificio nos hemos dado para basar en ellas el edificio de nuestra futura felicidad, no han sido una barrera bastante poderosa para contener al Tribunal Superior en el abuso que ha hecho de su propia autoridad". Y así, tras la suspensión del asesor Doctor Carlos Tagle, se procedió a modificar el Reglamento Provisorio de Administración de Justicia, de acuerdo con un proyecto del licenciado don Tadeo Rojo.

Con fecha 7 de octubre de 1858 Daract promulgó la ley según la cual "desde el 1º de enero del año 1859 para adelante, los Tribunales de Justicia de la Provincia no admitirán escrito alguno en la tramitación de los juicios, sin que valla garantizado con la firma del letrado que patrocina la causa, o del ciudadano habilitado para ello". Esta ley determinaba, asimismo, que "la Cámara de Justicia, de acuerdo con el Poder Ejecutivo, habilitará por ahora ocho individuos, de los más idóneos vecinos de la provincia", los que debían estar arraigados en ella y ser argentinos. El 9 de diciembre fueron propuestos los ciudadanos Carlos Juan Rodríguez, Buenaventura Sarmiento, Benjamín del Moral, Luis Ojeda, Manuel Isidoro Sosa, Severo Gutiérrez del Castillo, Manuel Antonio Sáez y José Narciso Ortiz. Designados el 10, sus títulos los refrendó el Superior Tribunal el 21 de ese mismo mes. Como Gutiérrez del Castillo no aceptó el cargo, se designó habilitado a José Rufino Álvarez tras sucesivas renuncias de Lucas Jerónimo Prieto, José Veloz Rua y Mauricio Daract.

* * *

La economía de la provincia causó profundas desazones a Daract. Apremiar a los deudores, atenuar la codicia de los abastecedores, fijar patentes para tenderos, pulperos y bolicheros no fue tan arduo como atender los reclamos de quienes interpretaban la ley a su antojo. En ese orden, la sanción del 23 de febrero de 1855 o "ley de pasturaje" resultó la más resistida y la que originó más reclamaciones, notas oficiales y razones que nadie oyó, como que las echaba a volar San Luis, campaña de palo:

> "Poner precio a los pastos que produce el suelo puntano en toda su extensión territorial no es imponer derechos al tránsito, que es libre de todo gravamen en esta provincia desde el Acuerdo de San Nicolás, ni tampoco atacar a la libertad del comercio e industria, como lo ha comprendido el excelentísimo Gobierno de Mendoza; es dar valor a una producción natural del país, en defecto de otras industrias de que no es susceptible por su situación topográfica y poca seguridad de su frontera; es aprovechar el único medio de subsistencia de que le ha dotado el Autor de la naturaleza; es apercibir el Estado para subvenir a las necesidades del país el valor de esa producción de quien quisiera hacer uso de ella; es, si se quiere, un impuesto municipal al puntano dueño de esa propiedad, que la hace común porque no la puede asegurar; no un gravamen al transeúnte, que puede usar o no de ella, según le conviniere…
>
> "A nadie mejor que al Gobierno de Mendoza le consta que la producción más valiosa de esta provincia son sus pastos, pues constituye todo su ser la industria pastoril; y negarle el derecho de propiedad para poder disponer libremente de ellos, sería convenir en que por beneficiar a los que usen de ella, se exponga a desaparecer del rol de las provincias de la Confederación".

Daract, libre de perjuicio e incapaz de especular con la barbarie, vio lo que otros no querían ver y con fecha 20 de febrero de 1855 prohibió "totalmente a todo individuo de la provincia el que pueda ir a comerciar al territorio de los indios" y dispuso que "el comercio con los indios sólo se hará en esta capital, cuando ellos voluntariamente vengan". Para adoptar esta importante medida tuvo en cuenta "los inmensos males que resultan al país y las continuas quejas que de ellos se originan, a consecuencia de que varios individuos se introducen al territorio de los indios, llevándoles licores espirituosos y otros artículos superficiales, en cambio de hacienda; por cuya causa, careciendo ellos de esta especie de primera necesidad para su subsistencia, se ven obligados a cometer depredaciones en nuestras fronteras", que por cierto no eran únicamente las de San Luis. Con el agregado que "del tráfico de algunos individuos con los indios en su territorio, lejos de cultivarse relaciones amistosas, se promueven disgustos y quejas".

Muchos son los ejemplos de ese "espíritu de orden" característico de Daract. Ahí quedan, fructíferos de enseñanzas y al alcance de probos cronistas e historiadores, el *Reglamento de la Casa de Gobierno, el Ceremonial en el Templo en funciones públicas* y también el *Reglamento de Policía*, que el vertical gobernador mandó redactar y cumplir escrupulosamente, así como no descuidó el arreglo del archivo administrativo y propendió a mejorar la delineación de la ciudad, estableció el alumbrado público y reprimió los juegos prohibidos – también cultivados por vecinos de predicamento - ,destinando el producto de las multas a la adquisición de útiles para las escuelas.

En vez de escolta, prefirió una "Guardia Constitucional", en la que el civismo fue carne y espíritu. Tendió la mano cordial a los expatriados y aún a los que malherían a la patria con su

orgullo, con su ambición o con sus yerros. Convocó al trabajo y sembró confianza, a tal punto que ni los caciques dudaron de su palabra. Amigo del Chacho Peñaloza, fue asimismo generoso con Manuel Baigorria, a quien dio tierras en el paso de las Piedritas, otrora umbral de los malones ranquelinos.

No se perdió en teorías ni se conformó con amar líricamente su país natal. Hombres de ciencia y conciencia – como lo quiera la ineludible ley – le ayudaron a comprender las necesidades del terruño y a satisfacerlas con celo magistral. Por eso dividió la provincia en ocho departamentos, por eso alentó la construcción de la represa en el Potrero de los Funes, por eso fomentó las industrias y despertó el interés por la minería.

Civilizador, amó el camino. No sólo el de los mendocinos, siempre tan premiosos, sino los que buscaban el corazón del país puntano, hecho de pagos memoriosos y serenos. Postas, correos y mensajerías se entrelazaron más allá de la precaria economía provincial, para servir a la Nación. Que a tanto aspiraba el bien templado Daract, desde sus soledades puntanas.

Quiere cierta cáfila de adulteradores negar la religiosidad de Daract, convirtiéndola en un desarraigado "dejar hacer", cuando no en barniz utilitario y cómodo. Sin embargo, hechos y papeles, tanto públicos como privados, corroboran la nobleza de un sentimiento que fue luz y báculo del hombre y del gobernante. Notables fueron sus esfuerzos tendientes a restablecer la armonía con el obispado de Cuyo, entonces en sede vacante. Silencios y descortesías, si pudieron ajar su dignidad, no rasgaron su prudencia ni disminuyeron sus esfuerzos por conseguir "que el rebaño católico de esta provincia sea debida y suficientemente provisto del pasto espiritual de que tanto ha carecido". Práctico siempre, llegó a afirmar: "Nada más justo que los que trabajen en la viña del Señor reporten de ella la condigna recompensa de sus tareas, que proporcionándoles una congrua sustentación, neutralice toda otra atención ajena de su santo misterio". Pero dijo también que cada parroquia, "con la dotación calculada y cultivada con regular esmero, dará sin duda para llenar no la expansión del corazón humano, sí las necesidades comunes de un eclesiástico parco, juicioso y moderado".

Hombres y mujeres, mancomunados, trabajaron junto a Daract con la bella esperanza de engrandecer la provincia. Aquella Sociedad de Beneficencia fundada el 7 de agosto de 1857 será siempre galardón puntano, para la espiritualidad que la nutría y la amplitud de su buena siembra. Pero es preciso recordar, como símbolo de los nuevos tiempos, al *respetable Club de la Unión* constituido ese mismo año con el propósito de "presentar el país uniforme, poniéndole fuera de la inercia, abyección y abandono con que ha hecho antes de ahora, el ridículo y atraso de los pueblos confederados".

En diciembre de 1854 el gobierno convocó "a las principales autoridades de los departamentos de la provincia y otros individuos de probidad, para formar una comisión en que estén bien representados los diversos intereses del país en los tres ramos generales de la administración pública: civil, militar y eclesiástico". Integraron dicha comisión – instalada el 11 – José Mariano Carreras, Juan Barbeito, Gumersindo Calderón, Claudio Quiroga, Juan Francisco Loyola, Juan Francisco Ortiz, y fray Luis Joaquín Tula. Al impartirles sus instrucciones, decía Daract:

> "Grato le es al Gobierno manifestar a la Comisión que, entre el sinnúmero de necesidades en que ve sumergido el país – y que mediante los esfuerzos de ella quisiera remediar - , tienen un lugar preferente la educación primaria de ambos sexos en toda la provincia, y que los habitantes de ella en cada un departamento puedan estar a la inmediata vigilancia de los funcionarios públicos que los regenteen en los tres distintos ramos ya mencionados".

> "En tal concepto espera que la Comisión, al subdividir, como es consiguiente, el monto de la población, al número de hombres que cada departamento contenga aptos para el servicio civil y militar comprendidos en la edad de 17 hasta 60 años, fijará más su atención en el de niños de uno y otro sexo de edad de 7 a 16 años, designará los lugares susceptibles de plantear establecimientos de educación primaria, indicará aún el personal capaz de desempeñar estos destinos, como el de primeras autoridades departamentales, según la demarcación que proyectare".

También el 12 de diciembre Daract designó a fray Luis Joaquín Tula, Salvador Ticera, José Van Sice, Abelardo Carranza, Francisco Básquez, Mauricio Daract y Faustino Berrondo "para que, a la mayor brevedad posible, formulen el plan y régimen para el establecimiento de instrucción primaria de ambos sexos en la capital, y que sirva asimismo de norma para que los deben plantearse en los distintos puntos de la campaña", por ser "uno de los primeros deberes del Gobierno promover el adelanto en la educación pública, a la cual está dispuesto a contraer una preferente atención".

Con fecha 19 de junio de 1855 el Poder Ejecutivo provisorio remitió a la Sala Legislativa un proyecto de ley que fijaba una nueva demarcación territorial y establecía ocho departamentos en lugar de cuatro. En el mensaje que acompañaba dicho proyecto, decía Daract: "…es de la mayor conveniencia y utilidad pública, política y religiosa que cada departamento sea erigido en curato y que, por lo menos, haya un establecimiento de educación primaria de ambos sexos en cada uno de ellos, debiendo ser dichos empleados expensados por el erario de la provincia".

Los Representantes al sancionar tan importante ley el día 21, expresaron:

> "Que la más apremiante de las necesidades que hoy siente y deplora el país, es la instrucción primaria, al punto de carecer la generosidad de sus habitantes, en ambos sexos, de los primeros rudimentos de ella, por falta de establecimiento de educación pública".

Entre otros puntos, determinaba la referida ley, que Daract promulgó el 22 de junio: en cada departamento, y para cada sexo, se fundará un establecimiento de educación primaria de cuenta del Estado; esos establecimientos serán al beneficio de familias pobres, en número de veinticinco alumnos como mínimo y de setenta alumnos como máximo, según la población de cada departamento; el Gobierno compensará a los preceptores a razón a razón de tres reales por alumno; tan luego como las circunstancias del erario lo permitan, el gobierno hará extensiva esta beneficencia aumentando en cada establecimiento el mayor número de alumnos posible y planteará otros nuevos en los puntos de mayor población que crea más conveniente".

Pocos días después – el 16 de noviembre -, teniendo en cuenta la numerosa población de la capital y con el objeto de hacer más extensivo el beneficio acordado por la ley sancionada el 21, modificó parte de sus disposiciones y estableció que en la ciudad de San Luis "se enseñarán de cuenta de Estado hasta el número de ciento veinte niños, pero pagándose el mismo expendio de tres reales por cada uno". En las mismas condiciones, también en la capital, se impartiría enseñanza hasta cien niñas.

Pero la obra emprendida era altamente dificultosa, como lo revela un informe dirigido por Daract a las autoridades nacionales con fecha 21 de febrero de 1857. Expresa en él que "el único local de propiedad del Estado que servía para escuela de instrucción primaria en esta

capital, hoy se halla reducido a escombros, por cuyo motivo el gobierno se ha visto precisado a trasladar a una casa particular el precitado establecimiento". Y añadía luego:

> "En cuanto a las rentas, bástale saber a V. E. que por ley de 21 de junio de 1855 se dispuso la planteación de dos escuelas por cuenta del Estado en cada uno de los ocho departamentos que forman esta provincia, a beneficio de la juventud de ambos sexos; más la exigüidad de los recursos pecuniarios de que puede disponer este gobierno no le ha permitido hasta hoy hacer efectiva tan útil como importante resolución, habiendo tenido lugar la planteación de escuelas sólo en tres departamentos…
>
> "Penetrado V. E. de la imposibilidad en que se halla este gobierno para difundir en esta provincia la instrucción primaria, a consecuencia de la falta de recursos pecuniarios, espera pues que en atención a ello, se digne el excelentísimo Gobierno Nacional, acordar a esta provincia una subvención mensual de *cuatrocientos pesos* para atender a los gastos que demanda el pago de preceptores para los establecimientos de educación primaria que se mencionan, pues está ya demostrado que las rentas con que cuenta esta provincia no alcanzan para subvenir a esta necesidad exigente".

Por acuerdo del 13 de marzo de 1857, el gobierno de la Confederación asignó a la provincia de San Luis "un subsidio mensual de cuatrocientos pesos, para llenar algunos gastos preferentes de su administración que no alcanza a cubrir el presupuesto de las entradas". Asimismo, el Congreso sancionó el 29 de septiembre una ley que, de los fondos nacionales, destinaba la suma de treinta mil pesos anuales para subvención de establecimientos de enseñanza elemental y disponía que el Poder Ejecutivo distribuiría esa suma "teniendo en vista la necesidad, la capacidad y los elementos que cada provincia presente para la planteación y sostén de dichos establecimientos".

Apuntaladas de este modo las finanzas provinciales, la Sala de Representantes autorizó al Poder Ejecutivo, con fecha 15 de febrero de 1858, a aumentar en mil doscientos pesos anuales la suma presupuestada para "mejorar y arreglar los institutos de enseñanza primaria de niñas en toda la provincia".

No sólo la instrucción primaria preocupó a Daract. El 1º de octubre de 1856 manifiesta al gobernador de Mendoza estar dispuesto a asociarse "para el establecimiento de escuelas de artes y oficios". Y el 9 de diciembre de 1857 don Buenaventura Sarmiento se dirigía a los ciudadanos Mauricio Daract y Carlos Juan Rodríguez y al reverendo padre fray Luis Joaquín Tula en estos términos:

> "Muy manifiesta es la necesidad que tiene el país de un colegio de instrucción secundaria; necesidad imperiosa que el Gobierno desea llenar a costa de cualquier esfuerzo. Animado, pués, de un vivo interés por ello, tiene a bien comisionar a ustedes para que en vista del Plan de Estudios que se acompaña, de la exigüidad de recursos con que cuenta el país, del número de jóvenes que podrían concurrir al colegio, procedan ustedes a entenderse con el doctor Carlos Tagle sobre la posibilidad de su establecimiento, presupuesto de recursos, etc., ilustrando ustedes al Gobierno con sus vistas sobre el particular y aconsejándole, en consecuencia, lo más adaptable a las circunstancias del país, para según ello resolver lo conveniente".

En su artículo 1º la ley promulgada el 20 de febrero de 1858 disponía:

> "Establézcase un Colegio o Instituto de educación pública gratuita para hombres en esta Capital, en el cual se enseñarán a más de los ramos de primeras letras, todos aquellos correspondientes a la instrucción secundaria y superior".

No esta de más recordar que, al sancionar esta ley en reemplazo de un proyecto pasado por Daract, la Sala tuvo en vista "que por este medio se conseguirá la parte que le corresponda a esta provincia de la subvención acordada por el Congreso Nacional Legislativo a las provincias donde haya colegios de educación superior que no sean nacionales".

Para completar este cuadro, debemos recordar a los primeros jóvenes puntanos becados por el gobierno nacional, los cuales se trasladaron a Córdoba en febrero de 1855. Eran ellos Félix Calderón, Celestino Jofré, Francisco Adaro, Juan Alejandro Barbeito y Francisco Barbosa. En 1857 al renunciar Calderón, su lugar fue ocupado por el estudiante Florencio A. Quiroga.

* * *

Entre los hechos notables ocurridos durante el gobierno de don Justo Daract figura la publicación del primer periódico puntano, tema al que es preciso dedicar algunas líneas no tanto laudatorias cuanto esclarecedoras.

Por junio de 1857 se constituyo en la ciudad de San Luis un misterioso "Club de la Unión", bajo la presidencia de don Luis Maldonado y en el que actuaban entre otros destacados vecinos, Carlos Juan Rodríguez, Lucas Jerónimo Prieto, José Veloz Rua, Domingo Pizarro y José María de la Torre. El 15 de septiembre la nueva entidad comunicó al gobierno estar dispuesta a contratar la Imprenta del Estado "para fundar una publicación periódica por cuenta y bajo la dirección del Club". El contrato fue firmado pocos días después, pero la publicación no se concretó, acaso por que la unión del Club no resultó muy efectiva. Por esta circunstancia y habiendo llegado a San Luis don Manuel Antonio Sáez – joven y ilustrado sobrino de Daract – el gobierno pidió al Club, el 13 de marzo de 1858, "la ejecución y descendimiento de la contrata" decidiéndose los de la Unión por este último. La imprenta pasó así a manos de Sáenz y el último domingo de ese mes apareció "La Actualidad".

Gez, Sosa Loyola y Roig han dedicado interesantes y valiosas páginas al iniciador del periodismo puntano. Nosotros repetiremos aquí lo que asentamos en nuestro aporte titulado "La Imprenta de San Luis":

> "Sáez estudió Derecho en Alemania y viajo por varios países, fue periodista en Mendoza, sufrió el oprobio de la cárcel y conoció los sobresaltos de la fuga. Recaló en la ciudad de la Punta, encorvada de rencores su pluma. Y protegido por su tío, el gobernador Daract, fundó La Actualidad para combatir a sus comprovincianos, los mendocinos".

"Las buenas intenciones de que blasona en su primer editorial, (anzuelo en el que quedara prendida la ingenuidad de Gez) no pasó de un camuflaje, como bien lo hace notar Sosa Loyola. Y Sáez, que según afirman algunos, era superior a su tiempo, se vio de pronto envuelto en una desigual contienda".

"San Luis, por esos días, era un refugio de togados vecinos y a la vez almácigo de quisquillosos leguleyos. Cordobeses y sanjuaninos, mendocinos y puntanos no le daban mucho descanso a la escuálida Temis ni a sus cambiantes hijas. Cuando el gacetillero de La Actualidad empezó a revolear la honda, se alzaron los doctores como bandada de jotes. Y ahí fue Troya".

"De nada le valió al sobrino la buena sombra del tío. Pronto su copetudo papel con membrete (el primero que usó en esta ciudad), dejó de anunciar al erudito Juez de 1ª Instancia en lo Civil, para arrugarse de decepciones. Primero cayeron los redactores, José Cortés Funes y Francisco Fidié. Después, el mismo Manuel J. Olascoaga, el de la metralla rimada, se dio cuenta de que iba para peor la mejoría. Por fin, el mismo Sáez empezó a cansarse de la Novísima Recopilación de Escriche, porque no amainaba la tormenta. Y acaso bien aconsejado por Daract (que aunque no fuese superior a su tiempo, sabía capear mejor los temporales), el primer periodista puntano liquidó sus cuentas y salió a buscar plácidos aires para su pluma. Y aunque Gez supone que se alejó definitivamente, y Sosa Loyola cree que volvió de paso en 1862, siempre con genio andariego y vivo, la verdad es que, en junio de 1859, Sáez actuaba en esta ciudad como agrimensor público, ocupación seguramente menos arriesgada que la de gacetillero togado".

El 29 de diciembre de 1858 Daract dictó la siguiente resolución: "Visto lo expuesto por don Manuel A. Sáez… y no siendo posible al gobierno suscribirse a más números del periódico La Actualidad que los que hasta aquí está suscrito, rescíndase el contrato celebrado al efecto en fecha 29 de marzo de 1858". El jueves 30 de diciembre, con su número 107, calló su pregón el periódico de Sáez. A modo de epitafio, escribimos alguna vez, tras historiar su trayectoria:

"Así se apagó aquella primera y un poco humosa llama del periodismo puntano, que no fue, por cierto, como pretende Gez, la hoja impresa que ha ejercido mayor influencia en la cultura local".

Llegada la hora de sustentar nuestra rectificación, comencemos recordando:

"Sáez, en el Nº 43 de *La Actualidad*, anticipa una andanada contra sus enemigos de Mendoza, diciendo: *Publicamos hoy, en hoja suelta, una descripción física y moral de D. Leopoldo Zuloaga…El artista grabador ha tomado la actitud más interesante de D. Leopoldo para ponerla de relieve…"*

El estilo siempre correcto y elevado que Gez atribuye a Sáez tenía, según se ve, colmillo de libelo.

Desde Paraná, el 8 de agosto de 1858, Pedernera manifestaba a Daract:

"Hace días que estaba por escribir a usted confidencialmente sobre un asunto que había oído varias veces criticar algunos hombres de estado, pero mis duplicadas

ocupaciones no me habían dado lugar; ahora voy a llenar en parte ese deseo, porque no me había sido indiferente desde que creía que algo lo dañaba".

"Desde algún tiempo a esta parte han extrañado muchos de nuestros hombres el lenguaje que se expresa La Actualidad, periódico de esa provincia, y del que dicen que no se ocupa sino de fomentar la discordia en los pueblos vecinos y de atacar a la vez a los Gobiernos limítrofes, no sólo en su vida pública sino también en la privada. Con tal motivo añaden también nuestros hombres públicos, de que esa provincia había dado por algunos años testimonios indelebles de buen juicio y de orden, y que hoy con su periódico ocupado solamente en tomar parte activa en las disensiones de algunas localidades, más bien le hace perder a la provincia y a su Gobierno en su bien merecida reputación".

"Yo, por mi parte, faltaría a la amistad que le tengo si le ocultase esto, y si le ocultase también de que nuestro amigo el Capitán General Presidente participa de las mismas vistas, pues que conmigo ha hablado por dos veces sobre el extravío de esa prensa, pues que ya usted conoce que su principio es fusionista y ninguna cosa que atice los partidos le gusta".

Un mes después, el mismo Pedernera se explaya largamente con Daract y acumula en su carta utilísimos materiales:

"Por su apreciable que contesto he visto con placer de que el artículo de mi carta ha merecido su estimación, y me felicito de que usted, como me indica, haya remediado este mal causado en su ausencia por la campaña; pues que ya aquí sabíamos – y estaba también en el conocimiento del Gobierno y también en el del Presidente – de que no era de su aprobación el desborde que había tenido la prensa de esa ciudad, porque esto se había efectuado durante su visita de campaña; y esto mismo lo he manifestado antes de ahora al señor Presidente".

"No han pasado mi querido Gobernador desapercibidos los injustos y malignos ataques a su Gobierno y la Provincia por el malvado de Suluaga, editor del Constitucional de Mendoza, porque todo hombre sensato los ha reprobado; porque si aquel Gobierno, por debilidad o cualquier otra causa, permitió enlodarse, sus amigos de usted sentiríamos de corazón que usted pudiese ni pensar el descender a seguir aquel miserable ejemplo sin altura e indigno de un Gobierno vecino".

"Con tal motivo, mi estimado amigo, me dirijo al Gobernador de Mendoza, a quien merezco deferencia, haciéndole conocer amistosamente mis vistas y las de muchos hombre relativas a la prensa, y yo no dudo de que el señor Moyano hará adoptar una marcha más circunspecta al editor del Constitucional, y no dejaré de decirle cuáles han sido sus vistas respecto al periódico La Actualidad durante mi ausencia. Por lo demás, estoy de acuerdo de que Suluaga es un bostezo de anarquía y de sumisión le viene del taller de Sarmiento y demás comparsa; por consiguiente, estoy muy lejos de que usted sea ligero en pensar, porque conozco por muchos hechos en su vida pública de que usted sabe pensar bien y con calma todo asunto que tiene tendencia con la cosa pública".

Insistimos: nada le debe la cultura puntana a *La Actualidad.* Y acaso, más que la prédica elevada de Sáez, perduraron los malos ejemplos de su periodismo: la subvención oficial y la tendencia libelista.

* * *

Durante el gobierno de Daract, la provincia supo de que otro turbio suceso en cuyo transcurso destacadas figuras se concitaron junto a la cuantiosa fortuna que don Pablo Lucero dejó al morir. A lo largo del proceso, más que un afán de justicia se advierte la saña vengativa de quienes, por recónditos motivos, odiaban al férreo luchador. Si bien el tema requiere un estudio especial y desapasionado, no podemos dejar de anotar algunas referencias que podrán servir para ulteriores indagaciones.

El comandante en jefe de la División del Sur, brigadier don Pablo Lucero, falleció en San José del Morro el 10 de marzo de 1856. Para tributar "una manifestación de respeto a su memoria", el Gobierno de la Confederación dispuso que el ejército nacional vistiese luto por un día y, al mismo tiempo, mandó celebrar las exequias en la iglesia matriz de Paraná. Por orden de Daract, los jefes, oficiales y tropa nacionales cargaron luto, en toda la provincia, el martes 6 de mayo.

Algún tiempo después el fiscal de estado reclamó contra la testamentaria de Lucero "la devolución de cinco mil ciento sesenta pesos percibidos ilegalmente como sueldo de Comandante General de Armas, a razón de cuarenta pesos mensuales, desde febrero del año de mil ochocientos cuarenta y cuatro hasta octubre del cincuenta y cuatro". El pleito duró dos años largos y lo ganó el Gobierno. De su lado estaban Juan Pascual Calderón, José Narciso Ortiz, Pío Solano Jofré y Juan Barbeito. La defensa de Lucero la hizo Carlos Juan Rodríguez, de quien son estas palabras:

> "El finado General estaba en posesión de las facultades extraordinarias, concedidas por la Honorable Representación Soberana de la provincia; por consiguiente, sus disposiciones llevaban el carácter de Ley, sus actos eran legales y han sido aprobados sin reparación alguna por esa misma Honorable Representación Soberana al devolverle dichas facultades, mostrándose agradecida por el buen uso que había hecho de ellas y por los importantes servicios prestados en su larga carrera. Luego, no es al Gobierno ni al Fiscal a quien toca acusar ni calificar los actos del finado General, porque intentarlo es un abuso, es traspasar los límites de su jurisdicción, es revelarse contra la voluntad de un poder superior, es usurpar sus atribuciones, y cada una de estas circunstancias es un crimen".
>
> "Para que tenga lugar la pretensión del señor Fiscal, es necesario que haya una Ley que declare haber lugar a la formación de causa, es necesario que haya una Ley que desapruebe los actos del finado General como Gobernador y autorice al Gobierno para que pueda hacer la acusación respectiva, y es necesario en fin que la acusación recayese sobre el reo para que pudiese recibir el castigo que merecía, si el fallo de la autoridad competente se lo acordaba. Sin estos requisitos,

señor, usía no puede entender en la causa ni el señor Fiscal puede ni tiene atribuciones para entablar la acción que forma su reclamo".

"Me abstengo, señor, por respetos a la moral pública de entrar en más detalles respecto a la calificación de la conducta del señor Fiscal en el presente asunto; sólo diré que un hecho desmoralizador que tiende, como he dicho antes, a dar en tierra con las garantías constitucionales. Más todavía, señor: el finado General, al descender del mando gubernativo en noviembre del año 54, elevó a la Representación Soberana de la provincia una cuenta detallada que manifestaba la inversión de los fondos del erario público durante el tiempo de su administración y sujetó a su soberano fallo y aprobación esas cuentas, como sus actos gubernativos; ese Poder Soberano, señor, las aprobó y en ellas figuraban los sueldos que había recibido el finado General y que hoy forman el extravagante reclamo del señor Fiscal. Tres meses después de esta circunstancia y que el General descansaba en la vida privada, S. E. el señor Gobernador propietario don Justo Daract mandó pagarle el sueldo del mes de octubre que se le debía: en él también iban incluido los cuarenta pesos que reclama el señor Fiscal".

"¿Y cómo entonces no se reclamó esa cantidad puesto que era ilegal y pertenecía al Tesoro Público, y antes por el contrario se le mandó pagar sin obstáculo alguno? ¿Cómo es, señor, que durante año y meses que vivió el finado General después de descender del mando, no se le ocurrió al señor Fiscal calificar sus actos y entablar su reclamo? No sólo no lo ha hecho entonces, sino que ha querido esperar que la eternidad cierre los labios del difunto General y que la tumba donde yace, y de la cual no puede salir, lo constituya impotente para defenderse".

"Se equivoca el Señor Fiscal al creer que tal conducta puede ser autorizada por la justicia, y sin embargo que abusando de su carácter público ha descendido a la triste condición de ultrajar groseramente las cenizas de un muerto, de turbar sin derecho alguno la tranquilidad del sepulcro, nada ha probado con esto y sólo ha cometido un exceso injustificable, porque ni su deber se lo manda y la Ley se lo prohíbe".

Desde Paraná, el 9 de septiembre de 1856, don Santiago Derqui manifestaba al gobernador puntano:

"Muy Señor mío y amigo: el Gobierno Nacional, que descansaba tranquilo en la santidad de su progreso y en el prestigio de la ley, ha sido desagradablemente sorprendido por la noticia de que en esa provincia se trataba de juzgar la administración del Brigadier General Lucero y de hacer pesar sobre sus bienes el pago de perjuicios que se decía haber ocasionado".

"Al conocer este hecho, señor Gobernador, he querido más bien dudar de su realidad que convencerme del extravío de la administración de un pueblo que ha acreditado hasta hoy tan buen sentido, y por lo mismo he querido dirigirme amistosamente ha V. E. buscando instruirme de la verdad".

"V. E., que debe conocer la ley del Congreso General Constituyente en que se declaró deuda pública nacional toda la que resultase de esos abusos de poder o cosa semejante, no podrá desconocer la monstruosidad que resultaría de su desconocimiento, y

tanto más cuanto se infiere en él notable perjuicio a un tercero inocente quizás en los hechos que se quiere castigar".

"Por mi parte, señor Gobernador, yo no podría en caso semejante aconsejar, como Ministro, otra resolución que la que desaprobase completamente ese proceder, en cuya decisión he querido antes dirigirme confidencialmente a V. E. deseando evitarme el pesar de proceder por la vía oficial en este asunto".

"Por lo demás, puede V. E. estar seguro de que no me mueve otra cosa al dirigirme a V. E. en esta vez, que el respeto a la ley, la firmeza de la política conciliatoria que ha iniciado el Gobierno Nacional y el aprecio con que me suscribo de V. E. afectísimo servidor".

Por esos mismos días, Pedernera escribía a Daract, también desde Paraná:

"No pasaré en silencio decir a usted que S. E. ha visto con poco agrado que se tratan de hacer revivir los cargos que en vida se hicieron al General Lucero; y según su opinión, que francamente diré a usted, me ha dicho que debía todo eso relegarse al olvido, pues que no se debe tomar en cuenta aquello que perteneció a épocas especiales. Y si usted quiere, me valdré de la amistad que nos liga y del grande aprecio que le tengo: le diré que mi opinión es casi, casi la misma, pues sólo se debe tomar en cuenta aquello que pertenezca a esta última época de regeneración política".

Oscuro – triste – suceso esté que anotamos. Sin duda la balanza de la Justicia no había encontrado aún en tierras de San Luis las serenas manos que la portasen con dignidad. Podía el Fiscal aconsejar "que se abstenga don Carlos Rodríguez de tantas embrollas y desatinos, que no conducen a otra cosa que a consumar más y más su necesidad". Pero el leal amigo de Lucero también podía lamentar la pequeñez del juez que proclamaba, a través de la pluma del actuario, "ser mortal enemigo del finado General".

Fundación de Fuerte Constitucional

En su carta del 7 de febrero de 1855, dirigida al ministro de Hacienda doctor Juan del Campillo, informaba Daract que la carencia de recursos había impedido dar la debida organización al Regimiento Dragones Auxiliares Nº 4, circunstancia que tornaba "impracticable la medida más proficua y más que nunca necesaria hoy en la provincia, de dar extensión a su frontera". Sin embargo, el convencimiento de que sólo la industria ganadera podría sacar a San Luis de su postración económica, indujo al gobernador provisorio a encarar algunos negocios particulares que también redundarían en beneficio de la provincia. Así, asociado a su hermano Mauricio y al suegro de éste, don Juan Barbeito, compró las tierras de la estancia denominada *Barranca de los Loros,* entre las Tosquitas y el Manantial de las Chinas, con el río Quinto por lindero norte y extendiéndose hacia el sur "hasta donde lindar pudiere". Siete meses después – en septiembre de 1855 – don Juan Barbeito y don José Mercedes Funes adquirieron por cien pesos el terreno del *Paso de la Posta*, tierras que habían pertenecido a los Gualpa y que, ubicadas al este del río Quinto, enfrentaban por el sur al fuerte de San Ignacio.

El 2 de abril Daract pasó a la Legislatura un proyecto destinado a ganar tierra al salvaje y prevenir, en cierto modo, las maquinaciones porteñas. La Sala de Representantes, el 26, convirtió en ley dicho proyecto, con el siguiente texto, del que eliminamos algún error tercamente repetido por algunos plumistas:

> Considerando que el ser de esta provincia lo debe al pastoreo, única industria con que por ahora cuenta y que por consiguiente es de vital interés promover su progreso y garantir su seguridad ensanchando sus fronteras y fortificándolas.
>
> Ha sancionado con fuerza de Ley:
>
> *Artículo 1º* - En el lugar denominado Las Pulgas, en el punto más conveniente, se comprará un terreno compuesto de media legua de frente al río, y con el fondo que tuviere, en el cual se formará un fuerte y se delineará un terreno de sesenta y cuatro manzanas, cada una de ciento cincuentas varas por cada frente, para una población que se denominará "Fuerte Constitucional".
>
> *Art. 2º* - El área señalada en el artículo 1º será repartida y cedida en propiedad, con la servidumbre del agua del río, a los soldados que guarnecen el punto, con la precisa condición de cerrar y cultivar dicho terreno.
>
> *Art. 3º*- En el cerro denominado de Varela se formará un fuerte, en el punto que el Gobierno crea más conveniente, y se denominará "Fuerte Urquiza".
>
> *Art. 4º*- Se faculta al P. E. para la formación de ambos fuertes, ocurriendo a los gastos que demandaren con los fondos del Tesoro de la Provincia, inter se obtienen los de la Nación.
>
> *Art.5º* - El P. E. reglamentará el modo y forma más convenientes en que deba hacerse el reparto de las tierras acordadas en el artículo 2º.
>
> *Art. 6º* - Las tierras que ocuparé el "Fuerte Constitucional", si fueren de propiedad particular, serán abonadas por el Gobierno en su justo valor.
>
> *Art. 7º*- Comuníquese al P. E. para los efectos consiguientes".

Sancionaron esta ley – promulgada por Daract el 10 de mayo – los siguientes representantes: Valentín Vargas, presidente, Tomás Prieto, Mauricio Daract, José Narciso Ortiz, Manuel Arias, Gumersindo Calderón (que siempre firmó Gumersindo), José Rufino Lucero y Sosa y Buenaventura Sarmiento, secretario.

Urquiza valoraba cabalmente los esfuerzos de Daract con fecha 25 de marzo le había dirigido estas enaltecedoras palabras: "La decisión con que usted acude a cooperar a las medidas que Gobierno General que tienen por objeto la seguridad interior, el aumento y buena disciplina de las fuerzas, es digna de todo elogio. Le agradezco en nombre de la patria todo lo que usted ha hecho y hace a este respecto". Pocos días después lo alentaba con esta recomendación de transparente sentido: "Debemos aprovecharnos con empeño, durante la época tranquila que atravesamos, para mejorar nuestra situación bajo todos aspectos y asegurar el porvenir".

Mientras vivió el general Lucero no encaró Daract la empresa en la que cifraba tantas esperanzas. Pero una carta del senador mendocino Martín Zapata – fechada en Paraná el 30 de mayo de 1856 – da noticias de los renovados propósitos del gobernador puntano:

"Muy distinguido amigo: Al darme el placer de saludar a usted en esta ocasión, me es igualmente grato avisarle que he cumplido su encargo de recabar del gobierno nacional el subsidio de 1.500 a 2.000 pesos para la construcción del fuerte o cuartel en Las Pulgas, donde ha de trasladarse el Regimiento de Frontera de esa provincia".

"Hace pocos días que manifesté al Presidente el pensamiento de usted, apoyándolo en las mismas razones y ventajas que usted me expuso, y lo acogió con gusto, asegurándome serán cumplidos sus deseos. En su consecuencia hablé en seguido con el Ministro de Guerra para ilustrar su juicio sobre el asunto y encontré igual disposición y la seguridad de que ese mismo día sería tomado en consideración. Creo, pues, que a esta fecha se habrá dictado ya la resolución oficial y que aún se le escriba por el presente correo".

El 22 de julio el gobernador impartía estas instrucciones al Jefe de Policía don Juan Barbeito:

"Haciéndose necesario que el Regimiento Dragones número 4 se estacione en un punto más avanzado hacia el Sud de la provincia, y como para este objeto es indispensable aumentar el número de plazas de que actualmente se compone; por lo tanto el Gobierno ha dispuesto que los Comisarios en sus respectivos Departamentos procedan en clasificar a todos los individuos, así casados como solteros que hubiesen de mala nota o antecedentes, siendo éstos desde la edad de diez y siete hasta cuarenta años y aptos para el servicio de las armas.

"Esta clasificación deberá hacerla cada un Comisario en asocio de los Jueces de Paz de su Departamento, y del Jefe principal del Departamento, debiendo entregar a éste los clasificados, para que él los remita al Jefe del Regimiento Dragones Nº 4, y pasando al gobierno cada un Comisario una lista nominal de los individuos que hubiere entregado al Comandante Principal".

De la actividad desplegada por el intendente general de Policía Barbeito – quien todavía firmaba Barbeyto - , da cuenta una carta que don Juan Gregorio Novillo – comisario del 3º Departamento – datada en San José del Morro el 23 de julio y en la que dice:

"Es en mi poder la nota de usía fecha 20 del corriente, la que contiene haga la compra de caballos, juntamente se ponga en práctica el trabajo del cuartel".

"A lo que digo a usía que una y otra cosa se hará lo más pronto posible a fin de llenar una medida tan necesaria".

El 31 de julio, desde San Ignacio, Novillo manifestaba a Barbeito:

"Según la orden de usía fecha 26 en que me ordena me ponga de acuerdo con el Señor Coronel del Regimiento Dragones Auxiliares Nº 4 don José Iseas, para inspeccionar y abrir el camino carril. Al efecto ayer he llegado a este punto y hemos acordado con el Coronel en que, según instrucciones tiene del señor Gobernador, deberá estacionarse el Fuerte de esta banda del río; es que hemos dispuesto deberá ir dicho camino por la otra banda, hasta el Fuerte Viejo, donde deberá pasar a la otra banda. Esto es lo que hemos acordado con el señor Coronel, salvó la disposición de usía y en este momento me marcho

con los peones y herramientas a inspeccionar el dicho camino y trabajar los pasos de una y otra banda del río para facilitar el pasaje de carretas".

Desde las Pulgas, el comisario Novillo informaba a su jefe:

"Con esta fecha queda realizado el camino carril desde San Ignacio hasta las Pulgas por la banda del poniente del río, trayéndolo a la costa donde usía me lo indica enfrente a las Toscas, pasando como ha cuarenta varas del establecimiento de usía. El paso queda totalmente allanado en las Pulgas. No lo verifiqué en el Fuerte Viejo como lo habíamos acordado con el señor coronel Iseas por las dificultades que allí ofrece, así por el gran pantano como por el gran repecho en la banda del naciente".

"Con tal motivo tuve a bien recorrer una y otra banda y me encontré con mejor piso más derecho por la banda del poniente, como así se verificó. Para este fin tuve a bien traer conmigo al maestro de carretas Fernando Gatica, como más impuesto en este negocio, y es el que me ha desempeñado; este individuo, no se le ha abandonado su trabajo. Sólo ocupé ocho peones, los que han trabajado tres días a dos reales por día; a todos les he abonado su trabajo, menos a Gatica. Se ocuparon cuatro arrobas de carne, diez reales en vicio, todo lo he abonado, previniendo que el último día de trabajo se presentaron varios vecinos ha ayudar sin interés alguno, entre estos el capataz de usía. Todas las herramientas quedan en poder de Tomás Blanco para que sean entregadas al señor Coronel Iseas.

"Por no saber el día que debe marcharse la fuerza a este punto y estar concluido ya el camino que usía me ordeno allanar, es que me marcho para San José lo que comunicó a usía para su mejor inteligencia".

Entre el 4 y el 7 de agosto Iseas recibió en San Ignacio más de cuatrocientos caballos comprados por el Comisario Novillo y el teniente coronel Juan Saá, según órdenes del gobernador. Para apreciar la importancia de esta operación, es conveniente recordar que cada caballo costaba entonces aproximadamente seis y medio pesos. Sin duda el gobernador Daract proyectaba establecer el nuevo fuerte durante ese mes y así lo revela el texto de la nota que el oficial 2º José Veloz y Rua dirigió al jefe del Regimiento Dragones Auxiliares Nº 4 y al comandante principal del 3º Departamento, teniente coronel don Juan Saá, con fecha 11 de agosto:

"El infrascripto tiene orden de S. E. el señor Gobernador para anunciar a usía, que con motivo del temporal que acabamos de experimentar, se suspenda la marcha a las Pulgas hasta segunda disposición, que probablemente deberá ser a principios de la entrante semana; pero tenga o no lugar en este tiempo, se le avisará a usía en oportunidad".

Además del temporal, otra circunstancia vino a modificar los planes de Daract: el 4 de agosto de 1856 don Juan Esteban Pedernera fue nombrado Comandante en Jefe de la División Militar del Sur, que se hallaba vacante por fallecimiento del brigadier Lucero. Resultaba prudente, pues, aguardar la llegada del nuevo Comandante, para extender la frontera, proyecto que contaba con la aprobación de Urquiza, quien el 29 de agosto manifestaba a Daract:

"Encuentro muy conveniente se traslade al punto de las Pulgas el Regimiento nacional. A este efecto le envío a usted un libramiento contra la Administración de Rentas Nacionales de La Rioja por la cantidad de dos mil pesos con destino a la construcción de cuarteles y fuertes en el mencionado punto, según lo que me indica".

Desde Paraná, con fecha 9 de septiembre el brigadier general Pedernera – senador por San Luis y comandante en Jefe de la División Militar del Sud – escribía a Daract recomendándole para senador suplente al coronel José María Francia – "sujeto de grande aceptación, de mucho patriotismo y de conocimiento" – y añadiendo luego:

"Al coronel Iseas he escrito algo a fin de adelantar desde aquí los trabajos que debo empezar en la frontera. Le he dicho que se ponga de acuerdo con usted para que por medio de su cooperación, salve las dificultades que pudieran presentársele. Como yo debo marchar para esa a principios del entrante, desearía que no se perdiese tiempo a mi llegada y por eso le escribo en este sentido. Yo espero que usted hará de su parte lo ofrecido, siempre con el mismo patriotismo y deseo que le amina por el mejoramiento de esa provincia y en general, por la Confederación".

"También he escrito a usted sobre el aumento indispensable del pie de fuerza con que debe contarse. S. E. me ha dicho ha escrito a usted sobre el particular y también me asegura haber remitido a usted dinero para la compra de caballos. En fin, es preciso que no perdamos momento en establecer la nueva frontera, para lo cual creo conveniente no se deje pasar de los primeros días de octubre".

Uno o dos días después, Pedernera escribía a su "Querido y distinguido amigo" el gobernador puntano:

"S. E. el señor Presidente quiere que salga en este mes, y aún cuando yo pensaba verificarlo a principios del entrante, me he decidido pues a complacerlo y me estoy aprontando para marchar; pero primero tengo que tocar en Córdoba, pues me es urgente tener una conferencia verbal con el señor Gobernador de Córdoba para el aumento de la fuerza y otras necesidades, tendentes al nuevo reducto de frontera.

"Grato me ha sido saber que usted se hubiese adelantado a mis deseos; y fundado en ese deseo activo que le anima por la consecución de esta obra, escribí al coronel Iseas para que se avanzasen los trabajos, poniéndose de acuerdo con usted y pidiéndole sus instrucciones. En dicha carta, como en la que con la misma fecha escribí a usted, le expuse lo conveniente que es que las calles tengan 20 varas de ancho, porque así se conseguirá ventilación y comodidad; y además porque toda población se está levantando últimamente bajo este orden".

"Luego que tenga la entrevista con el señor Gobernador de Córdoba, en el acto pasará a ésa, y para entonces necesito al Señor Rivarola para que delinie el plan del nuevo reducto. Se lo prevengo a usted para que retenga a Rivarola, pues tengo encargo de que él debe prestarse a verificar dicha delineación, pues son los deseos del Gobierno Nacional".

Por fin el 14 de octubre Urquiza avisaba a Daract: "El General Pedernera ha marchado ya a su destino y él instruirá a usted de mis vistas con relación al arreglo de esas fronteras y

demás que sea necesario". El 1º de noviembre, desde Río Cuarto, el minucioso comandante escribía otras de sus notables cartas, piedras de toque para la paciencia del gobernador de San Luis:

> *"Ayer arribé a este destino, después de ser contraído en mi marcha por temporales y por las crecientes de los ríos, causa por que he perdido más de doce días, y no quiero perder la ocasión de escribirle a usted algo, aunque de prisa, pues que desde el Paraná y a última hora le he escrito a usted mucho; le he hecho diversas indicaciones también sobre la movilidad de ese cuerpo a la nueva frontera, pero aún ignoro si está o no en estado de moverse, porque tampoco he tenido hace tiempo, ninguna carta de usted que me pusiese al corriente, ni tampoco de Iseas, a quien también le he escrito bastante respecto de preparativos. En fin, en este momento nada sé, y por desgracias tengo que demorarme en este punto, para dar una mano a esto, que todo estaba en embrión y por otra parte desmoralizado. En fin, en una palabra le diré todo: no tenían ni monturas, y yo tengo que dar vida a este cuerpo muerto y a algunos hombres de plomo darles movilidad".*
>
> *"Mucho desearía que si usted tiene oportunidad me diga en qué estado está eso, y si podrá o no moverse a la hora que se indique y si habrán las carretas necesarias para mover todas las familias que quieran transportarse; y desearía también saber en qué sentido estaría la Sala de la Provincia sobre promesa de terrenos a las familias que quieran ir a poblar ese desierto, porque Santa Fe ha dado una ley a este respecto y Córdoba creo que dará otra.*
>
> *En fin a nuestra vista hablaremos lo bastante sobre esta materia, porque merece pensarlo bien y porque tampoco mi cabeza está en estos momentos capaz de concebir ninguna idea buena, por el tropel de cosas que me han atormentado desde el momento que pisé esta provincia y mucho más desde que llegué a esta Villa, y sufrir mi desencanto; y esto mismo se lo probará hasta la desorganización en que va esta carta…*
>
> *"No podrá usted figurarse el grado de agitación en que me hallo, por no poder aún marchar a esa, y hasta quisiera tener alas para estar un día allá y otro aquí, aunque más falta hago aquí que allá, porque usted está allí, cuanto porque hay moral en ese cuerpo de frontera.*
>
> *Deben estar ya en marcha del Rosario para ésa los doscientos fusiles y un número de corazas para ese Regimiento, porque quiero ver si saco de él otros granaderos a caballo del Ejército de los Andes, o bien otro Nº 2 de Coraceros de que en otro tiempo fui coronal de él. No sé si tendré tiempo de escribir a Iseas, pero espero que usted me le dirá, como también a Astudillo, lo contento que estoy y está el Gobierno de sus sacrificios por el mantenimiento de la buena moral de ese Cuerpo, cuyo sacrificios no serán echados en el olvido".*

Afanosamente, Pedernera dicta sus cartas, perfiladoras también de su espíritu. Y el 2 de noviembre insiste, tras un "y ojalá que me fuese posible transmitir a usted diariamente cualquier ocurrencia":

> *"En mi carta anterior se me olvido de decir a usted la necesidad que había de que se completase ese regimiento lo más pronto posible, para que al constituirse en la nueva línea de frontera, fuese con toda su fuerza, pues que de este modo, a más de llenar la*

misión que tiene en dicha línea, lograría también ganar todo lo posible en la instrucción de la nueva recluta… Yo esperaré de usted que, si no se ha dado lleno a esto, se digne usted dar cima a ello, pues que a la distancia en que se va a poner esta fuerza, carece de todo apoyo y sólo debe contar en un imprevisto ataque, consigo mismo".

"Yo estoy haciendo aquí todos los esfuerzos posibles para mover esto… pero nunca podrá ser antes de treinta días, no obstante los esfuerzos que hago para ello, y que aún quisiera volar. Esta fuerza nos ha paralizado completamente la acción vigorosa que me prometía dar a un tiempo a la línea de frontera. En fin, ya esto no tiene remedio…

"Con el objeto de no perder el tiempo en la inacción, me ha parecido que será posible - porque no conozco el terreno - , de que bien podría destacarse una partida de peones bien montados llevando consigo un carpintero con las correspondientes medidas del tamaño o ancho de los edificios de las cuadras que deben construirse y del ancho también de los galpones que deben servir de caballerizas que deben contener dos filas de caballos, a más del espacio que debe quedar al centro, suficiente para que transiten por él los caballerizos a pie. La indicada partida destinada al objeto indicado, será preciso prevenirle que en el campo que anochezca no permanezca sin mudarlo toda la noche, para ponerse con esto a cubierto de toda sorpresa.

"No dudo de lo que a mí, por olvido en este momento, no se me haya ocurrido, usted por su parte reparará mi falta, porque es mucha la agitación en que estoy".

El 10 de noviembre fechada en Río Cuarto otra de sus notables misivas para Daract. Y entonces decía Pedernera:

"Después de un dilatado tiempo que no sabía de usted, acabo de recibir por la mensajería que pasó su estimable carta del 12 de septiembre, y no puede usted figurarse la ansiedad que tenía de ver alguna carta de usted o de Iseas, porque conocía bien que el silencio de usted y de él nos sería perjudicial, porque nunca me era más necesario saber el modo como estaba esa fuerza y si podría moverse a la primera orden que se le diese. Hoy, que he sabido por un señor Arias de que está pronta para movilizarse esa fuerza, es mayor mi violencia, y mucho más lo es cuando no podré hacerlo en menos de 25 días, y creo que si no hubiese andado con toda la actividad posible, estoy cierto que ni en cuatro meses se habría podido mover esta fuerza, porque todo estaba en el mayor desorden. En fin, aquí faltaba una cabeza en esta fuerza y un gobernador que se interesase como usted en dar cima a los deseos del Gobierno Nacional y al interés de cada provincia…

"Si esa fuerza está lista y tiene a más todo lo necesario como carreta y demás para conducirse con familias y todo, espero que usted me dirá si recibe en este estado algún perjuicio aguardando algunos días. En fin, dígame pronto lo que haya, para volar si se puede a ésa a fin de evitar algún perjuicio con la demora".

Daract, a su vez, apremiaba a Barbeito y el 14 de noviembre le manifestaba:

"Siendo instruido el Gobierno y aún no se ha llenado por los Departamentos de la provincia el número de hombres que se necesita para elevar el Regimiento Dragones número 4 al pie de fuerza designado por el Supremo Gobierno Nacional, y como esta

circunstancia la atribuye a que no habrán quedado, en los Departamentos, ningunos hombres de la clase que se pidieron por nota de fecha 22 de julio último; es por ello que el Gobierno ha dispuesto que asociándose los Comisarios de los mismos funcionarios que se indicó en la precitada nota, procedan a elegir en los Departamentos aquellos hombres menos ocupados y aptos para el servicio de las armas, y remitirlos a la mayor brevedad al Jefe del Regimiento Dragones número 4 en San Ignacio, debiendo efectuarse simultáneamente la captura el día 30 del corriente sin falta alguna.

"En vista Usía del número de hombres que faltan para completar el expresado Regimiento, hará la distribución de los que correspondan y deba remitir cada un Comisario de Departamento, debiendo ser la remisión en la forma y en conformidad a lo dispuesto el 22 de julio".

"La pronta ejecución de lo que se ordena es tanto más necesaria, cuanto que en ella consiste la traslación del Regimiento Dragones número 4 al punto de las Pulgas, en donde deberá estacionarse permanentemente para guarnecer el territorio de la provincia".

No ha sido posible determinar la fecha en que Pedernera llegó, por fin, a la ciudad de San Luis. Pero el martes 25 de noviembre Daract dictó un decreto en el que expresaba: "Debiendo salir a campaña, acompañado del Comandante en Jefe de la División Militar del Sud de la Confederación, con el objeto de marcar y ocupar la línea de frontera Sud de esta provincia, que debe guarnecer el Regimiento Nacional Dragones Auxiliares Nº 4, y obtenida la aquiescencia de la Honorable Sala de Representantes que prescribe el artículo 18 inciso 10 de la Constitución Provincial", disponía que "Durante la ausencia del Gobernador propietario, queda delegado el mando gubernativo de la Provincia en el Comandante General de Armas, coronel de la Nación don José Mariano Carreras".

El 26, Buenaventura Sarmiento escribía a Iseas: "S. E. al señor Gobernador ha dispuesto, de acuerdo con el señor Comandante en Jefe de la División Militar del Sud de la Confederación, que pasado mañana 28 del corriente emprenda su marcha ese Regimiento al punto de las Pulgas; previniendo a usía que el día de mañana estarán en su fuerte de San Ignacio el Señor Gobernador, el señor general Pedernera y demás comitivas". En términos semejantes se dirigió a Sarmiento al comandante principal del 3º Departamento, teniente coronel don Juan Saá – quién se hallaba en San José del Morro – avisándole las instrucciones impartidas al Jefe del Regimiento Dragones Auxiliares Nº 4 y añadiendo:

En esta virtud, el Gobierno ordena a usted que el precitado día 28 del presente verifique su marcha a las Pulgas a la cabeza de los cien hombres de su Regimiento, en la forma que ya está usted prevenido".

También el 26, a mediodía, Carreras se presentó al despacho de Gobierno, como le había sido ordenado, para recibirse del cargo que mereciera por "su ilustración y patriotismo". No costa, en cambio, cuándo partió Daract al frente de su comitiva. Gez afirma que lo hizo el 27, pero sus referencias están equivocadas, pues hasta llegar a decir que el gobernador salió de la ciudad de San Luis "para ir a entrevistarse con el general Pedernera en la naciente población", cuando consta documentalmente que el aguerrido Comandante marchó junto a Daract, desde esta ciudad. En carta dirigida a Urquiza y fechada en la Concepción del Río Cuarto el 4 de diciembre, don Martín Quenón, asienta: "Las fuerzas de San Luis marcharon a las Pulgas el 29 del próximo pasado noviembre, llevando a la cabeza al señor gobernador Daract y general Pedernera, quien dándole la competente colocación, vendrá de mañana a pasado a mover ésta al Lechuzo, según nos lo anuncia".

Referencias dispersas revelan que el Regimiento Dragones Auxiliares Nº 4 no pudo marchar como se le había ordenado y que llego al paraje de las Pulgas el 6 de diciembre, circunstancia que dio nombre a la plaza principal de la nueva población. Testigos y custodios de la fundación fueron los milicianos del Morro, que concurrieron al mando de su jefe, el teniente coronel Juan Saá.

Oficialmente – y basándose en una tradición conservada en la familia Daract – se ha establecido como fecha de fundación del Fuerte Constitucional – actual ciudad de Mercedes – el día 1º de diciembre de 1856. Cabe señalar, sin embargo, que todavía el 2 Pedernera databa en *Las Pulgas* una carta de recomendación que dirigía a Urquiza y a la que - ¡Oh, plañidero magnífico! _, incorporaba esta adición: "Estoy en el desierto llenando hasta donde me es posible la misión que V. E. me ha encomendado; más tarde daré todos los avisos de lo hecho".

El 3 de diciembre, acaso por la urgencia con que redactó el pedido al jefe de Policía en campaña don Juan Barbeito encabeza su carta así: *San Luis Pulgas***.** Y el 5 al remitirle las herramientas solicitadas, el comisario de órdenes Cándido Lucero encamina la respuesta indicando en el sobrescrito *Fuerte de Las Pulgas.*

Don Carlos María de Rivarola fue quien – según los documentos que hasta ahora conocemos – utilizó por primera vez la nueva denominación. Y lo hizo en este interesante informe dirigido a Daract:

> "Fuerte Constitucional, diciembre 10 de 1856.
>
> "En conformidad a la orden que se sirvió comunicarme para que procediese a la mensura de veinte cuadras de frente al río Quinto para su expropiación prescripta por la ley de fecha 10 del mes de mayo, próximo pasado año 55, con destino a la construcción de un fuerte y pueblo *Constitucional* en el lugar denominado las Pulgas, procedí a la operación dando principio a la vuelta de la acequia principal que gira de sud a norte por la cabecera del pueblo, midiéndolas de oeste al este, las cuales terminaron frente a una isleta circular verde, que se halla en la misma margen inmediata a la barranca del río, y se colocó un lindero de madero fuerte con una aglomeración de tierra en circunferencia".
>
> "Previo al maduro examen desde el punto de arranque de la mensura expresada, es decir desde la acequia para el oeste, se vio ser de mucha utilidad el terreno que media entre ésta y un alto que hace esquina frente al paso principal primero del oeste de la población, por contener un vasto bajo en declive al río, fácil de realizar un potrero de alfalfa para la caballada del Regimiento; por lo que, según orden de V. E. , en igual modo que el anterior terreno verifique su medición, dando desde dicho alto donde coloqué un lindero hasta la acequia once y tres cuadras en línea recta, con los mismos rumbos de la anterior.
>
> "En cuanto al fondo norte, ignorando el contenido que tiene en los títulos d los dueños o dueño de este terreno en general, no se pudo medir; juzgo cumplida la orden de V. E., a este respecto, esperando comunique las más que crea oportunas.
>
> "Deseo Dios guarde a V. E. muchos años".

El tesonero comisario don Juan Gregorio Novillo, desde Fuerte Constitucional, decía a Barbeito el 24 de diciembre:

"Esta ocasión me ofrece la oportunidad de anunciar a usía el estado de los trabajos de esta nueva población, como es estar ya concluida la primera corrida de tapia del muro de la parte del naciente con sus correspondientes albañiles, llevando doblada alguna parte de la tapia, como de igual modo la tapia del cuartel ya se esta concluyendo la primera corrida; para esto necesito cuanto antes el diseño que usía de mandarme en que debe detallarme el número de puertas y el ancho de cada una debe de llevar, que para esto es consiguiente que ya debe mandarme la ferretería para las puertas para ir colocando los machos en los marcos y quedo ocupándome al mismo tiempo de hacer la corta de adobes".

"También pongo en el conocimiento de usía que he dispuesto hacer desbastar en el campo la madera para alivianarla, por estar escaso de cabalgaduras en que tirarlas".

"Igualmente quiero preguntar a usía que de dónde nos proveemos de carne al cesar yo el abasto a que estoy obligado, como se verificará dentro de cuatro días en razón de retirarse la fuerza del Morro; (es decir, cuatro individuos) yo y el mozo que me lleva la pluma y dos *cimemaestros* carpinteros, que son los que hasta hoy están supliendo, a los cuales les estoy dando yo la carne. *Teniendo usía en vista que yo y éstos sabemos tomar un mate…*

Lerdona suele ser la justicia póstuma. Pero acaso alguna vez alcancen a estos parcos y recios colaboradores de don Justo Daract las felicitaciones que Urquiza le enviaba a Pedernera el 16 de diciembre en una carta que arrancaba al satisfecho Comandante esta promesa: "Dentro de dos meses tendremos ya allí una cosa formal".

FUENTES

- Archivo Daract (San Luis).
- Archivo General de la Nación.
- Archivo Histórico y Gráfico de San Luis.
- Barbosa, Aníbal: *Compilación de leyes de la provincia de San Luis,* volumen I (período de 1854 a 1879), Buenos Aires, 1908.
- Gez, Juan W.*: Historia de la provincia de San Luis,* Tomo II, Buenos Aires, 1916.
- Gez, Juan W.: *La tradición puntana. Tercera edición*, Buenos Aires, 1916.
- Gualpa, Francisco*: Escollos al revisionismo: De la veracidad*. En "Hoja Puntana" Nº 874, p. 2, San Luis, abril de 1954.
- Núñez, Urbano J.: *La imprenta en San Luis*, San Luis, 1953.
- Pastor, Reynaldo A.: *La guerra con el indio en la jurisdicción de San Luis*, Buenos Aires, 1942.
- Registro Oficial de la República Argentina, Tomo Tercero, 1852 a 1856, Buenos Aires, 1882.
- Roig, Arturo A.*: El pensamiento de don Manuel Antonio Sáez* (1834-1887), Mendoza, 1960.

- Saá, Víctor: *El primer templo de Villa de Mercedes*. En "Hoja Puntana", Nº 893, pp. 6 y 7, San Luis, marzo-abril de 1957.
- Saá, Víctor: *San Luis* (1832-1862). En "Historia de la Nación Argentina, Vol. X, p. 255 y ss., 2ª edición, Buenos Aires, 1947.
- Sosa Loyola, Gilberto: *La tradición jurídica de San Luis*, Buenos Aires, 1944.

CAPÍTULO XVI

LOS PUEBLOS CONTRA EL MITRISMO

Gobierno de Pedernera

La elección del segundo gobernador constitucional marca el comienzo del empleo de las prensas del Estado para sostener al candidato oficial. Así, en los primeros días de marzo de 1859, la letra imprenta derramó por la ciudad y la campaña el pregón de quienes creían llenar un deber: "En medio de las agitaciones que siempre producen las luchas electorales, y en momentos solemnes como éste, los patriotas no deben callar; deben levantar su voz bien en alto, predicar la unión, la confraternidad y la calma, y como verdaderos apóstoles del pueblo, predecir sus desgracias, para que la responsabilidad y el anatema caiga sobre aquellos que pretenden dividirlo por intereses mezquinos de círculo".

Ellos, los patriotas, "proclamaban en alto la candidatura del Honorable Senador, Brigadier General D. Juan Esteban Pedernera", porque, "sin pertenecer a ningún círculo ni con otros deseos que el bien general y la prosperidad del país, creemos que nuestro candidato es el único que llenará las exigencias de la actualidad con mejor éxito que ninguno… ningún otro ofrece mejores garantías ni tiene más títulos para ocupar ese alto puesto".

Y tras la proclama – que suscribían hombres como Mauricio Daract, Juan Barbeito, José Narciso Ortiz, Buenaventura Sarmiento, Carlos Juan Rodríguez, Felipe Saá y hasta fray Luis Joaquín Tula – "los vecinos más notables" de cada Departamento "aceptaron con entusiasmo la candidatura", acallando con su pronunciamiento impresos los murmullos de las "masas ignorantes".

El 9 de abril, la Representación de la Provincia nombró gobernador a contar desde el día 11, al brigadier general Pedernera. Ese mismo día la Sala resolvió despachar una comisión compuesta de los diputados Valentín Bargas, Juan Francisco Loyola, Felipe Saá y Carlos Juan Rodríguez, para que acompañase a Pedernera a la ciudad de San Luis, "desde el territorio de Córdoba donde se halla". El 4 de abril, después de prestar juramento, manifestó a los Representantes: "Vengo a este alto puesto con la convicción íntima d que los hombres no tienen la fuerza necesaria para asegurar el porvenir; las instituciones solas fijan los destinos de los pueblos… Todo lo que se separe de la Ley, es malo, corrosivo y pernicioso, y yo cuidaré no separarme de sus prescripciones".

Pocos días después – el 23 de abril – los vecinos de la ciudad de San Luis y su departamento se pronunciaron contra "el Gobierno traidor de Buenos Aires" y protestaron "ante

Dios y la Patria" … "no omitir sacrificio alguno constitucional, estar dispuestos al llamamiento que el excelentísimo Gobierno Nacional nos haga para hacer cesar esa situación anómala, salvando a nuestros hermanos del yugo tiránico de aquel Gobierno, para que la provincia de Buenos Aires entre a ocupar el puesto que la Constitución le señala entre los pueblos confederados".

Luego que todos los Departamentos se expresaron en forma idéntica, el 16 de mayo Pedernera remitió al ministro del Interior las ocho actas originales, manifestando que "los hijos de San Luis, al pedir a la suprema autoridad nacional la reincorporación de buenos Aires por la razón o la fuerza, es porque no pueden ser indiferentes a esas protestas de sus hermanos oprimidos ni al perfecto derecho que tienen para asegurar su porvenir".

El 2 de junio, ante la "actitud hostil del Gobierno de Buenos Aires contra la Confederación" y para "atender a la defensa eficiente de las fronteras y al sostenimiento de la Autoridad Nacional y las leyes fundamentales", Pedernera delegó el mando en el coronel don Juan Barbeito y salió a la campaña con el ministro general don Carlos J. Rodríguez.

El gobernador delegado adoptó, de inmediato, diversas medidas tendientes a complementar la organización de la Guardia Nacional de la Provincia disponiendo el enrolamiento de los ciudadanos, la entrega de armas de guerra y el castigo de los contraventores. Desde Fuerte Constitucional, el 8 de junio, Pedernera ofició a la Sala manifestando la necesidad de movilizar la División Militar del Sud – de la que seguía siendo Comandante en Jefe – para cumplir órdenes del Gobierno Nacional. Expresaba, asimismo, que debía salir de la provincia con la fuerza de su mando "para atender a los objetos nacionales que se habían encomendado, en vista de la actitud hostil del Gobierno de Buenos Aires. Pedía, en consecuencia, la autorización que determinaba la Constitución provincial y, confiado en el patriotismo de la Sala, se ponía en marcha hacia el fuerte "3 de febrero". El 25 los Representantes sancionaron la ley respectiva y nombraron Gobernador constitucional interino a don Juan Pascual Calderón. Pedernera, al ponerse en marcha, dirigió una proclama en la que decía a sus soldados: "Ha llegado el momento solemne en que la Nación necesita de vuestros sacrificios y vuestros esfuerzos, para concluir con los traidores que han destrozado la patria que nos legaron nuestros padres. Buenos Aires, la gran cuidad, oprimida y esclavizada por un círculo miserable de malos argentinos, exige los esfuerzos de la Nación entera, para libertarse de sus tiranos y venir a gozar con nosotros de la paz y la tranquilidad que nos ha dado el Libertador de las Repúblicas del Plata".

La Legislatura puntana compartía los sentimientos de Pedernera "en la justa guerra a la provincia disidente de Buenos Aires". Por eso afirmaba: "De siete años a esta parte, esa provincia ingrata pretende desbaratar con mano sacrílega nuestro orden de cosas, como lo han manifestado hechos constantes, las publicaciones de su prensa, los actos públicos de su gobierno y, a más de todo, las victimas sacrificadas a su ambición… El hacer desaparecer de nuestro país ese círculo separatista, ese exclusivismo sin programa, es un deber sagrado, porque con su existencia se ve amenazado no solamente nuestra vida política nuestras libertades, sino la humanidad".

San Luis volcó todos los recursos del Estado en la movilización de su Guardia Nacional. Hombres, caballadas y ganado vacuno, como tantas veces, dieron testimonio de la entrega generosa de un pueblo encendido de esperanza, de un pueblo "que sabe correr presuroso al peligro, siempre que se le invoca el nombre de la Ley que abrazó con fe y lealtad".

A principios de noviembre se recibió copia del parte que Victorica redactará en la Cañada de Cepeda anticipando la noticia "de que los cuerpos de vanguardia enemiga" aunque – según afirmaba el secretario de guerra de la Confederación – "Hasta ahora no se ha puesto a prueba todo el denuedo de nuestros soldados, porque es muy notable la impericia y cobardía del General de papel que manda las fuerzas enemigas". El día 3 se publicó en San Luis la carta en que Pedernera describe la Victoria contra el ejército de la demagogia":

"Nuestro Ilustre Libertador reconoce el campo del enemigo. De una mirada todo lo abraza: sus fuerzas, sus posesiones y las dificultades que tenía que vencer. Resuelve dar la batalla y combina en el acto un ataque impetuoso e irresistible; en su consecuencia, ordena que pasen (el Arroyo del Medio), y mientras se verificó esta operación y organizó nuestra línea, se avanzó la hora hasta más de las cinco de la tarde, en que se dio principio al combate; y apenas se rompió el fuego de las Artillerías, por derecha a izquierda nos lanzamos sobre sus Caballerías, que sin ofrecer resistencia alguna, se pusieron en la más vergonzosa derrota. Cuando el sol se puso, estaban completamente desechos".

Cerrando su carta, el bravo comandante decía: "Yo creo que disfrutaremos tranquilos los días que nos restan, a la sombra de las instituciones por las que tanto hemos luchado". Y, tras suscribir el pacto de San José de Flores, al embarcarse en San Fernando con su división rumbo al Rosario, Pedernera se limitaba a remitir a San Luis los documentos que le impondrían a sus paisanos "de los brillantes resultados que se han obtenido celebrando una paz honrosa que será fecunda en bienes para el país". El 28 de noviembre anunciaba: "Sé por la misma boca del Presidente de que me ha presentado en todas las provincias de la Confederación de candidato para la Vicepresidencia, añadiendo de que si sus amigos no lo traicionan, lo seré; si la fortuna me eleva a este puesto, tengo la esperanza de que en él haré algo por la suerte de esa infortunada provincia que hoy sirve de presa a las dos dinastías antiguas de los Videlas y Calderones, quienes creen que a ellos les pertenece el mandar la provincia por derecho divino". Y todavía suma a su carta este notable agregado:

"Don Juan Saá ha pedido licencia para ir a esa con interés, a fin de hallarse en la competencia de los aspirantes del Gobierno. Sabiendo que es con este objeto se la he negado, sin hacerle saber el motivo, y muy persuadido que este se ligaría al otro para después compartir la presa".

La población del 7º Departamento, encabezada por el coronel Juan Francisco Loyola, dio por entonces evidentes señales de rebeldía, a la que no era ajena la mayor parte de los integrantes de la Legislatura. Esta circunstancia hizo que Calderón, el 5 de diciembre, "con acuerdo de su consejo y de varios ciudadanos respetables reunidos al efecto", dispusiese dar cuenta al Gobierno Nacional "del culpable y anárquico procedimiento de la mayoría de la Honorable Asamblea Legislativa". El mismo decreto establecía que, hasta la resolución del Gobierno Nacional, la Sala no podría reunirse en sesiones ordinarias ni extraordinarias y que para los casos importantes que ocurriesen, el Poder Ejecutivo procedería "siempre de acuerdo con su Consejo y algunos ciudadanos los más respetables". Finalmente disponía que, de no asumir el mando Pedernera dentro del término de la ley, continuaría al actual Gobierno en ejercicio del Poder Ejecutivo. Pero la Sala, con fecha 7, declaró "por de ningún valor y atentatorio" ese decreto he hizo responsable a Calderón "de todo lo que hubiese lugar, en su medida arbitraria, en la vida, derechos y propiedad de los ciudadanos de la provincia, sometido a su custodia y conservación".

El 8 de diciembre la Sala expidió un decreto por el declaraba vencido el término constitucional de la licencia concedida al Gobernador propietario y, en consecuencia, "vacante la silla del Gobernador propietario y concluido el período del Gobernador interino". En virtud del artículo 38 de la Constitución provincial, el mando gubernativo quedaba depositado en la

persona del presidente de Sala, don Luis Maldonado. Prudentemente, el mismo día Calderón mandó cumplir la honorable sanción que restablecía el orden de la provincia.

* * *

El 1º de junio de 1859 abrió sus puertas la escuela de Fuerte Constitucional, atendida por el maestro don Laureano González, quien ajustaba su cometido a un reglamento preparado por los vecinos de don Pedro Oden, don Juan Antonio Domínguez y don Amadeo Sosa. El 7 de octubre, el gobierno designó una comisión inspectora del Colegio de Beneficencia de la capital – que integraron don Luis Maldonado, don Severo Gutiérrez del Castillo y fray Serapio Arancibia – y le fijó sus atribuciones, las que fueron ampliadas el 24 de ese mismo mes.

Por ley del 24 de agosto se aumentó a doce el número de habilitados para ejercer la abogacía en la provincia, designando el gobierno, para tal fin, a Tomás Aragón, Pedro Ferreira, José Ángel Urquiza y Severo Gutiérrez del Castillo.

El abasto, tanto del vecindario como de las fuerzas de la frontera, constituyo no sólo motivos de preocupación sino también escollo en la labor del Poder Ejecutivo. A principios de junio la Sala mencionó la construcción de un matadero público en la ciudad y diversos decretos tendieron a evitar que las tropas de los fuertes Chalantes y Constitucional sufrieran escasez de carne. El 24 de noviembre, Calderón declaró libre para 1860 el abasto de carne a la población de la capital, pero estableció un registro de abastecedores patentados, quienes no podrían vender la carne a más de seis reales por arroba y tendrían, entre otra, la obligación de colocar “en lugar visible un gallardete blanco en cada asiento, que indique la venta de carne”.

El 18 de agosto se mandó practicar la elección de electores de presidente y vicepresidente de la República. De acuerdos con el escrutinio realizado el 8 de octubre obtuvieron mayoría absoluta de votos los ciudadanos Feliciano T. Barbosa, Loreto Lucero, Daniel Funes, Silvestre Sosa, Faustino Berrondo, Braulio Mayorga, Raymundo Barroso, y Lucio Funes. Y – acaso porque los amigos de Urquiza no lo traicionaron – el 5 de noviembre esos ciudadanos eligieron para regir los destinos de la Confederación al doctor Santiago Derqui y al brigadier general Juan Esteban Pedernera.

Gobierno de Saá

El año 60 encontró a la provincia hondamente sacudida por los acontecimientos políticos. Empleados fieles, comandantes rebeldes, diputados que dejaban sus bancas para ir a servir otros intereses, todo eso vio el pueblo de San Luis, tras la derrota de Mitre en Cepeda. El 10 de febrero la Sala dispuso que el Poder ejecutivo convocara a elecciones de electores de gobernador propietario y el 29 de ese mismo mes la Representación de la Provincia nombró para ocupar ese cargo, desde el 1º de marzo, al coronel don Juan Saá. ¿Quiénes integraron la Soberanía que eligió a Saá? Conviene recordarlo, no tanto para corregir difundidos errores cuanto para que se advierta el advenimiento de otras tendencias políticas. Tres de los veintidós diputados presentes eran sacerdotes: Francisco Javier González Pena (que presidió la sesión), Daniel Funes y Emeterio Lucero. Sin osar darles color político, enumeramos los viejos y los nuevos: Carlos Juan Rodríguez, Juan Barbeito, Juan Esteban Funes, José Regino Domínguez, Fabián Barroso, Pedro Gigena, Marcos Calderón, Crisóstomo Domínguez, José Elías

Rodríguez, Esteban Adaro, Justo Pastor Astorga, Heliodoro Funes, Carmen José Domínguez, Agustín Lucero, Felipe Saá, Enrique María Jurado, Mariano Segundo Carreras, Benicio Orellano y Manuel Arias.

El 5 de marzo asumió Saá el mando y nombró ministro general de Gobierno a don Carlos Juan Rodríguez, quien a principio de abril fue comisionado para recabar de las autoridades nacionales "alguna consideración" – principalmente económica – "a favor de esta provincia que tantos títulos tiene para ser atendida". En las instrucciones impartidas a Rodríguez se le recomendaba insistir "en la insuficiencia de la cantidad de cien pesos que está acordada (para agasajar a caciques y capitanejos), porque la concurrencia de los indios es numerosa hoy, y lo será mucho en lo sucesivo, en consecuencia de la relación que el actual Gobernador tiene con todas las tribus del desierto".

Esa relación no lo libraría de las acechanzas de los adversarios. Así, en agosto el coronel José Iseas se rebeló con su regimiento, los famosos Dragones Auxiliares acantonados en Fuerte Constitucional. Para batirlo, Saá movilizó la Guardia Nacional y, delegando el mando en don Carmen José Domínguez, el 23 marchó hacia el río Quinto, donde se le incorporaron las fuerzas que comandaba su hermano Felipe. Desbaratado los planes de Iseas, el cabecilla huyo a territorio cordobés el 26, el regimiento sublevado se presentó al gobernador, merced a la diligente acción del comandante Benjamín Astudillo. Esta campaña, cuyos detalles difundió la Imprenta del Estado, permitió a Saá poner de manifiesto los buenos sentimientos que lo animaban, pues el 13 de noviembre solicitó al Superior Tribunal de Justicia "el sobreseimiento de la causa criminal que se sigue a los reos comprendidos en la revolución estallada en el mes de agosto", a lo que accedió la Cámara teniendo en vista la necesidad de robustecer "el espíritu fusionista y el completo olvido de las disidencias pasadas".

Los "deplorables y sangrientos sucesos" ocurridos el 16 de noviembre en la provincia de San Juan, determinaron que Derqui comisionara al gobernador puntano para que, representando al Gobierno Nacional, restituyese en ella "el orden aniquilado por la sedición" y garantizase las vidas y las propiedades. Saá aceptó ese "alto honor" – según manifestó al ministro del interior - "únicamente animado del ardiente deseo de cooperar con toda la eficacia debida a restablecer el orden constitucional las garantías y seguridades públicas de un pueblo hermano y amigo". A don Francisco Coll, gobernador interino de San Juan, le escribía:

> *"Por mi parte y como representante de la autoridad nacional, no tengo otras miras ni otras pretensiones que concurrir con mis esfuerzos a la felicidad de esa provincia hermana, tan combatida por las pasiones políticas; yo no voy allí a imponer al pueblo una candidatura, ni a colocar un partido; ajeno a todos y sin conocer a nadie, mi misión la llenaré con altura y con independencia de todo interés personal y de círculo. Mis principios políticos son bien conocidos y creo que debo ofrecerlos al pueblo de San Juan, como una garantía de que respetaré sus derechos y contribuiré, como el primero de sus hijos, a restablecer el orden y a cimentarlo de un modo estable y que haga su felicidad".*

El 12 de diciembre la Sala concedió licencia a Saá para salir de la provincia y nombró gobernador interino al senador don Carlos Juan Rodríguez, quién asumió esa misma noche. Los sucesos culminaron trágicamente en la Rinconada del Pocito, el 11 de enero de 1861. Por su triunfo, la Legislatura puntana le otorgó una medalla de oro y los adversarios le endilgaron el mote de "Lanza Seca". La Historia sabe que don Juan Saá cumplió con su deber, como lo cumplieron "los valientes de esa jornada y las víctimas inmoladas por establecer el orden y el imperio de las instituciones juradas".

El terremoto que destruyó la ciudad de Mendoza el 20 de marzo de 1861 conmovió hondamente al pueblo de San Luis, cuyos sentimientos humanitarios se tradujeron en socorros de diversas especies reunidas por comisiones que el gobierno designó en toda la provincia. También prestaron su colaboración a las autoridades mendocinas, especialmente comisionados, don Valentín Bargas, don Luis Maldonado, el doctor Pedro Oden y el farmacéutico Severo Gutiérrez del Castillo.

Separado del mando del Regimiento de Dragones Auxiliares, Iseas no sólo continuó urdiendo planes para derrocar al gobernador sino que también, desde Córdoba, se internó en territorio puntano encabezando partidas ladronas de ganado, circunstancia que obligó a la Cámara Legislativa a sancionar, el 11 de mayo, una ley que autorizaba al gobernador para que pudiese movilizar "las fuerzas bastantes para asegurar la tranquilidad pública", como también a "exigir del gobierno de Córdoba la satisfacción debida a la dignidad de la provincia y la completa extracción de los criminales".

A mediados de junio Saá obtuvo licencia para ir a entrevistarse con Derqui, dejando como gobernador interino al coronel don Carmen José Rodríguez. Por decreto del 22 de ese mes, datado en Córdoba, el presidente de la República creó el Ejército del Centro, cuyo segundo cuerpo – compuesto por la Guardia Nacional de San Luis y el Departamento del Río Cuarto, y de los Regimientos número 3, 4 y 7 de caballería de línea – confió al coronal Juan Saá. El 17 de septiembre, con sus jinetes puntanos, Saá "quedó firme sobre el campo de batalla" de Pavón.

Un mes después – el 16 de octubre y en Río Cuarto – como brigadier general en jefe del Ejército del Centro, Saá dirigió a sus tropas una proclama, advirtiéndole: "Hay que hacer nuevos esfuerzos para exterminar los enemigos de nuestra organización política. Otra vez debemos armarnos para asegurar los bienes que habíamos conquistado y para conservar ese gran legado de nuestros padres: *la unidad del territorio argentino".* Y añadía:

> "Por mi parte, no tengo más que mi brazo para empuñar una lanza; y como soldado de la ley, no saldré del campo de batalla hasta que no haya conquistado para mi Patria la paz y ese goce tranquilo de las instituciones que hemos jurado".

Sin embargo, en San Luis, el 7 de diciembre de 1861, expresaba a la Sala Legislativa:

> "Tengo el honor de dirigirme a V. E. para manifestarle las justas razones que me han decidido a renunciar del cargo de Gobernador de la provincia con que fui investido el 5 de marzo del año 1860".
>
> "La situación política del país, desgraciadamente, es triste, debido a los sucesos que se han desarrollado últimamente y que son del dominio de V. E.".
>
> "El excelentísimo señor Presidente de la República ha desaparecido de la escena política, sin conocerse hasta hoy los motivos que hayan ocurrido para ello. He defendido con los elementos del país la Suprema autoridad legal, que los pueblos se habían dado y reconocidos, hasta donde me ha sido posible".
>
> "Al hacer mi renuncia con el carácter de indeclinable, debo agradecer a V. T. la decidida cooperación que ha prestado a mi Gobierno".
>
> "Dios guarde a V. H."

Volviendo de San Juan y Mendoza, "entre la posta de Santa Rosa y la de Maturano", el senador Carlos Juan Rodríguez encontró al general Juan Saá que marchaba hacia Chile.

Sorprendido de este encuentro, interpeló al general sobre las causas que motivaban su separación del mando y su emigración. Y le contestó Saá: “que no quería ser la causa de males que debían sobrevenir a la provincia con su permanencia en el mando; que, triunfante la revolución de Córdoba, el general Mitre era dueño de la República, y no quería él ser un obstáculo a la paz general de el país”.

* * *

Durante el gobierno del coronel Juan Saá hombres de diversas - y opuestas – tendencias políticas ejercieron cargos públicos. Jueces fueron José Narciso Ortiz y José Elías Rodríguez, Manuel Antonio Sáez – el gacetero togado – trabajo como escribano en la campaña; Pío Solano Jofré no sólo fue fiscal público sino que consiguió que se le devolvieran las tierras del Pozo Escondido, que don Pablo Lucero le confiscara por revolucionario; y tanto Mariano Segundo Carreras como Marcos Funes le llevaron la pluma al gobernador.

Las obras públicas no fueron descuidadas, particularmente el camino al Desaguadero y el proyecto del dique en el Potrero de los Funes. Se prohibió la venta de las tierras del Estado y se crearon impuestos, para reemplazar a la contribución directa, de tan difícil percepción. El ganado mostrenco, declarado de propiedad pública, sirvió para reunir algunos escasos fondos, que sirvieron para tender modestamente la instrucción primaria, también malherida por los movimientos bélicos.

En San José del Morro y en Fuerte Constitucional el vecindario vio levantarse la casa del Señor, mediante la actividad del párroco del Saladillo, presbítero Andrés Funes. Y, como otro testimonio de fe, la población que don Justo Daract fundara en el lugar de las Pulgas cambió su nombre por él Villa de Mercedes.

La provincia perdió, durante esos dos años, algunos vecinos que también hicieron la Historia, aunque poco se sabe de ellos: el coronel don José Mariano Carreras, que fue comandante de armas; fray Serapio Arancibia, buen amigo de Daract; doña Paula Domínguez d Bazán, que sembró el abecedario y la caridad; don José Manuel Riveros, que vivió los heroicos días de Dupuy; y don Santiago Laborda, diligente y visionario.

En los últimos días de diciembre de 1860, las cenizas veneradas del benemérito general don Juan Lavalle fueron recibidas por los coroneles don Felipe Saá, don José Cecilio Lucio Lucero y don Juan Barbeito, quienes las condujeron al salón del Despachado de Gobierno. El gobernador interino, don Carlos Juan Rodríguez, dijo entonces:

> “¡General Lavalle!… Yo he nacido ayer, he leído la historia de tus grandes hechos y la de tus compañeros y hermanos de sacrificio. Tu nombre, como el de esos viejos soldados, es para mí un objeto de veneración y respeto. Y soy el primero en pedir para vos y ellos el descanso de los justos y la palma de los mártires”.

Gobierno de Barbeito

Por sanciones de fecha 7 de diciembre de 1861, la Cámara Legislativa admitió la renuncia interpuesta por el general don Juan Saá y nombró gobernador interino a don Justo Daract, quien se hizo cargo de su difícil empleo a las once de la mañana de ese día.

El 24 llegó a la ciudad de San Luis el auditor de guerra del 1er Cuerpo de Ejército de Buenos Aires y encargado especial de las Aduanas Nacionales, don Domingo F. Sarmiento, quien pidió el encauzamiento del ex senador Carlos Juan Rodríguez y de su hermano don José Elías, el primero de los cuales se hallaba preso en la cárcel desde el día 11. Sarmiento acuso a don Carlos Juan – "conocido cómplice y consejero de Juan Saá en los atentados que han motivado la guerra" – de ser "detector de una fuerte suma de dinero que ha obtenido en la provincia de San Juan, arrancándola por la violencia a ciudadanos y tomándola de las arcas nacionales en la Aduana de aquella provincia". En consecuencia, el auditor de guerra solicitó a Daract que mandase a poner a don Carlos Juan "las prisiones necesarias a la seguridad de reos de delitos capitales", manteniéndolo incomunicado. Estas medidas – así como el minucioso interrogatorio pedido por Sarmiento – se hicieron extensivas a don José Elías Rodríguez, "secretario de Saá en San Juan", como presunto cómplice y detentador.

Como don Carlos Juan Rodríguez demostró haber sido autorizado por Derqui "para representar la autoridad nacional en las provincias de Cuyo, a efecto de que proporcionase al brigadier general don Juan Saá, general en jefe del Ejército del Centro, los recursos que dichas provincias podían proporcionar para la organización del mencionado Ejército", Sarmiento pidió que se entregasen "los reos al Ejército para conducirlos al lugar y fuera de la causa, único medio de castigar atentados de esta clase", según escribió a Mitre.

En esta carta – de fecha 27 de diciembre – el incansable publicista incluye un aguafuerte difícil de olvidar:

> *"Mientras tanto la situación de San Luis es desesperante. Pobre, despedazado por Saá y por nosotros, con milicias de Saá desenfrenadas, con un Gobierno sobre ruinas, impopular, porque es liberal y decente, intrigado por Baigorria con los mazorqueros, está con el Jesús en la boca, esperando una invasión del indio Mariano, de tres indios que vengan a robar, mientras Baigorria se va a divertir a Mendoza. Reuniría milicias dudosas, pero no tiene con que pagarlas, pues ni para velas tiene la administración; y no habiendo Gobierno Nacional, no sabe a que santo encomendarse para salvar el país durante uno o dos meses en que entrarán las cosas en quicio. Confiándome sus cuitas y no atreviéndose a dirigirse al Gobierno de Buenos Aires, yo me he encargado de exponer a usted esta situación, a fin de que a vuelta de correo le escriba, mandándole fondos para sostener trescientos o más hombres que se propone ir reuniendo de milicias que llenen el vacío y conjuren el peligro. Es preciso tomar un partido".*

Aleccionada por Sarmiento, el 3 de enero de 1862 la legislatura – cinco o seis diputados – declaró: "interpretando la voluntad y derechos de los habitantes de la provincia", que desconocía los poderes que formaban el gobierno nacional caduco; que aceptaba "con espontánea voluntad y decisión", el programa de reorganización nacional iniciado por Mitre; que la provincia de San Luis protestaba ante sus hermanas contra los actos de la administración pasada; que se congratulaba por la altura y dignidad en que se colocará Daract al facilitar la

marcha de la vanguardia del primer cuerpo del Ejército de Buenos Aires; y finalmente, y sin omitir ninguna clase de sacrificio", al restablecimiento de las instituciones.

Desde Córdoba, el 11 de ese mes, Paunero escribía a Daract: "Esta manifestación de la Legislatura de esa provincia ha venido a confirmar las halagüeñas esperanzas que tengo fundadas en su patriotismo e ilustración, mucho más cuando me era conocido de antemano el pensamiento del Gobierno a ese respecto, que me había anticipado, ya oficial y confidencialmente cuál había de ser su política en lo sucesivo".

El ministro don Mauricio Daract, llevando como secretario a Juan Alejandro Barbeito, entrevisto a Mitre para poner en sus manos la declaración de la Legislatura puntana y la ley promulgada el 4 de enero, por la que se encargaba al gobernador de Buenos Aires la atención de las relaciones exteriores, que le autorizaba a convocar un congreso nacional y se le nombraba general en jefe del ejército de la provincia de San Luis. El adalid porteño conferenció "diversas ocasiones con el ilustrado señor Daract respecto de los altos intereses de la República, exponiéndole sus ideas en la materia y obteniendo "el más completo acuerdo de vistas" con el comisionado.

Además de un libramiento de un valor de cinco mil pesos para atender gastos nacionales de urgente necesidad, Mitre entregó a Daract, para que la devolviera al gobierno de San Luis, la bandera "tomada en la gloriosa batalla de Pavón, al hacer prisionero al batallón de Guardias Nacionales de está provincia, a quien pertenecía", advirtiendo que "sólo la había conservado en depósito para hacer oportunamente su devolución, y no como un trofeo de victoria".

Instalado un nuevo Superior Tribunal de Justicia – pués los anteriores camaristas habían abandonado sus puestos – y renovada la Legislatura, el pueblo de la provincia fue convocado para que eligiese diputados electores de gobernador. También Mitre dispuso, el 15 de marzo, que se procediese a la elección de los senadores y diputados que debían integrar el Congreso nacional… Pero, por esos mismos días, el general Ángel Vicente Peñaloza manifestaba a Daract que tenía "orden expresa de su Gobierno para hacer desocupar el país de las fuerzas que la habían invadido".

Consecuentemente, en los confines porteños de la provincia de San Luis aparecieron montoneras encabezadas por Fructuoso Ontiveros, contra las cuales marchó el Regimiento Nº 7, cuyos efectivos se amotinaron antes de incorporarse a las fuerzas de Iseas. El teniente coronel Carmen Adaro, con las milicias de la ciudad, encontró al Regimiento Nº 4 en el río Quinto, y desde allí la división expedicionaria se dirigió a enfrentar a Ontiveros, que ya había llegado al paraje de las Peñas. El combate se libró el 3 de abril en el Chañaral Negro. Fue, según el parte de Iseas, un entrevero encarnizado, sostenido como hora y media; "después de luchar con decisión en todo este tiempo, los bandidos dieron la espalda vergonzosamente, sufriendo una derrota completa".

Presidida por el presbítero Luis Joaquín Tula, el 9 de abril la Representación de la Provincia nombró gobernador propietario, por el término de tres años, al coronel don Juan Barbeito. Elegido por el voto de diez y nueve diputados, tomó posesión del cargo al día siguiente y de inmediato nombró a don Buenaventura Sarmiento y don Faustino Berrondo para que ambos actuasen como ministros secretarios de Gobierno. Está modalidad la había introducido don Luis Maldonado, en diciembre de 1859, tras el interinato de don Juan Pascual Calderón.

Batido en Casa Viejas el 12 de abril, Peñaloza se introdujo por la Piedra Blanca – Merlo – y el 20, encontrándose como a once leguas de la ciudad de San Luis, intimó a Barbeito la entrega de la provincia, para lo cuál debería delegar el mandó a don Pedro Herrera. Recibida esa nota a las nueve de la noche, "haciendo esfuerzos sobrehumanos" el gobernador improvisó

la resistencia, “seguro de que la Divina Providencia siempre refleja sobre la causa de los buenos”.

En su mensaje a la Legislatura, el gobernador narra así el comienzo del ataque a los montoneros:

> “El día 21, a las ocho de la mañana, mil seiscientos caribes pisaban ufanos a los suburbios de la ciudad; a las nueve, la insolentada turba bullía por sus alrededores; en el entretanto, el Batallón cívico en manos de su mitad al mando inmediato de su comandante do José Rufino Lucero y Sosa a las esquinas de la plaza, y los ciudadanos de la pasiva y demás ya mencionados (unos pocos transeúntes y extranjeros), distribuidos en seis cantones al de sus respectivos improvisados comandantes, y todos a las órdenes del mayor de plaza accidental don Mauricio Daract, entusiastas y ávidos de gloria, esperaban impacientes la señal de combate”.

Fracasado el asaltó a la ciudad, el 22 el Chacho dirigió a Barbeito una carta que concluía con estas palabras:

“Creó que se avanza la hora de entendernos, y parece bien sea cuanto antes”. El conductor de la misiva “añadió verbalmente que el general Peñaloza, hallándose en disposición de arribar a un arreglo pacífico, solicitaba una entrevista en su campo con el señor don Justo Daract, de quien recibido ya una comunicación a ese objeto”. Después de esta reunión, el 23 entrevistaron al general sitiador el cura don Francisco Javier González Pena y los padres fray Norberto Laciar y fray Rafael Raposo, para esclarecer “algunos puntos no bien explícitos y ese mismo día don Juan Barbeito y el general Ángel Vicente Peñaloza firmaron un convenio, que contenía los siguientes puntos: 1º) Peñaloza y sus fuerzas se sometían al Gobierno Nacional; 2º) Las fuerzas beligerantes suspendían toda hostilidad; 3º) Peñaloza, con sus fuerzas, se alejaría a no menos de veinte leguas de la ciudad, hasta recibir órdenes de Mitre; 4º)Barbeito se comprometía a obtener una amnistía general; 5º) El Gobierno entregaría las reces necesarias para el consumo de la fuerzas de Peñaloza y mil pesos para socorrerlas; 6º) El Gobierno empeñaría su influencia para que las fuerzas nacionales no hostilizaran a Peñaloza; 7º) El Gobierno decretaría un indulto general para todos los individuos de la provincia de San Luis que, en esta invasión, hubieran tomado las armas contra las autoridades.

La Legislatura, además de felicitar al gobernador, le manifestó: “El convenio celebrado no importa otra cosa que el triunfo completo de los principios que se sostenían con las armas, es el triunfo que, con inmensos sacrificios para toda la República, ha buscado con ahínco el primer cuerpo del Ejército de Buenos Aires; es el triunfo que interesaba a cada una de las catorce provincias que, cansadas, fatigadas y exangües de tanta lucha, no podían concluir con la guerra civil; es, en fin, el complemento de la batalla de Pavón y Cañada de Gómez”.

No obstante está afirmación, Barbeito debió vivir con arma al brazo. En agosto hizo formar causa contra el presbítero José Manuel Figueroa y don Melchor Costa, acusados de tramar un complot para derrocar al gobierno; ambos fueron expulsados de la provincia por el término de seis años. Poco después, la casa de don José Narciso Ortiz – el propio jefe de policía – fue saqueada por una partida que encabezaban don Moisés Mendoza y don Blas Jofré. Para otros reos, la pena no resultó tan leve; así, Bautista Vásquez y Nazario Ticera fueron fusilados en la ciudad de San Luis el 9 de diciembre de 1862.

La puñalada que en la noche del 12 de enero de 1863 recibió en esta ciudad, no le impidió al coronel Ambrosio Sandes volver desde Mendoza para enfrentar la montonera que se hacía sentir en el noreste puntano, la cual se disponía a combatir el coronel José Iseas. Dos

regimientos nacionales – el Nº 1 y el Nº 4 – y cerca de trescientos hombres reunidos en la campaña por los coroneles Nicasio Mercau y José Gregorio Cordón, el teniente coronel Pastor Quiroga y el capitán Luis Rosales chocaron con los montoneros el 2 de abril en Punta del Agua. Según informó Iseas, "después de hora y media de combate dio vuelta el enemigo, quedando en el campo más de doscientos muertos y varios prisioneros, siendo particular que de cincuenta infantes que el enemigo presento, no se ha escapado uno solo". Pero, añade el jefe del Nº 4, "siéndome sensible tener que lamentar que la Guardia Nacional, en bastante número, se me fue sin ver el enemigo, quedando en el campo combatiendo los dos cuerpos de línea con un número de bandidos como de ochocientos".

La montonera jugaba sus últimas cartas. Por el otro lado de las sierras invadió la villa San Francisco y desde allí, el 19 de abril, Fructuoso Ontiveros decía a Barbeito "que los pueblo, cansado de sufrir tantos oprobios y opresión, han levantado la voz de Libertad, han tomado las armas y están resueltos a derramar la última gota de sangre en defensa de las leyes constitucionales, las mismas que han sido pisoteadas por la demagogia de los perjuros unitarios (alias liberales)".

Después del desastre de las Playas, Ontiveros volvió a atacar San Francisco y al ser rechazado por la caballería al mando del intrépido sargento mayor don Juan Gregorio Guiñazú, se replegó a la población del Río Seco o Lujan. Allí fue a batirlo el teniente coronel don Juan Esteban Bustamante, secundado por el comandante don Cornelio Loyola. Sorprendido en su campo en la madrugada del 25 de agosto, Fructuoso Ontiveros "satisfizo con su vida la inmensa responsabilidad que sus crímenes le impusieron".

El 21 de noviembre, desde su campamento en Chaján, el coronel Iseas comunicaba que "después de una marcha forzada de cuatro días con sus noches", había tenido la fortuna de alcanzar "un grupo de ciento ochenta y tantos forajidos derrotándolos completamente". Y añadía: "El mayor número de los prisioneros aseguraban que el Chacho es muerto".

Exactamente dos meses más tarde – el 21 de enero de 1864 – el jefe del Regimiento Nº 4 de línea, informaba desde Villa Mercedes "…esta madruga he sido avanzado por un número considerable de indios, que no bajarán de seis a ochocientos, pués según los partes de las partidas descubridoras, venían en tres divisiones, llevando su audacia hasta venirse a las trincheras; pero viendo que en el ataque que hicieron en una de las trincheras guardadas por vecinos extranjeros, quedo muerto el salteador Puebla que los capitaneaba, se retiraron dos horas después".

Así, frente a la boca de la escopeta del gringo Santiago Betbeder, se apego la estrella de Juan Gregorio Puebla, el último de los más audaces montoneros, de aquellos que, al interrogatorio, contestaban: "su patria, la tranquilidad y la Federación; su religión, el ser libre y llevar el orden".

Serenado el país, el 27 de abril de 1864 Barbeito delegó el mando en don José Rufino Lucero y Sosa para iniciar una fructífera visita de campaña, en la que consolidó muchas de las tareas comenzadas por Daract en 1858.

* * *

La administración del coronel don Juan Barbeito, si bien se caracteriza por la permanente vigilia militar impuesta por la montonera, muestra interesantes relieves que es preciso señalar, aunque sólo sea someramente. Mitrista sin disimulos, Barbeito veló tanto por el decoro de los

magistrados como cuidó la soberanía provincial. Hombre de números, trató de equilibrar el presupuesto mediante la aplicación de impuestos que hizo recaudar celosamente, y en este aspecto fue el primero que hizo matricular y numerar los vehículos. Cuidó el aseo de la ciudad, contuvo el exceso de perros y estableció el alumbrado público con faroles de kerosene, novedad que comenzó en la Sala Departamental de Gobierno, modernizada asimismo con diversos primores traídos del Rosario: la alfombra de tripe, las sillas de esterillas, las salivaderas.

Promulgó la ley que establecía el régimen municipal en toda la provincia, fomentó la inmigración y propició la colonización de tierras fiscales sobre el río Quinto y la frontera con Córdoba. Impulsó el adelanto de las poblaciones de campaña, tratando de mejorar su delineación y la distribución del agua. También modificó la dependencia de algunos partidos y declaró a Merlo capital del 6º Departamento.

La iglesia matriz, el dique del Potrero de los Funes, el puente del Desaguadero y el camino a San Juan no estuvieron ausentes de sus preocupaciones, así como mandó levantar un censo de la población, construir algunos templos y reparar otros, instalar escuelas y asignar becas a estudiantes.

No le faltó la cooperación de la Sociedad de Beneficencia – presidida en 1864 por doña Rafaela Daract de Llerena – y tuvo en El Porvenir – que redactaba don Mamerto Gutiérrez – un activo propagador del ideario porteño que, por esa su misma calidad, se escandalizaba porque "el retrato de Juan Saá se pasea triunfante por algunos puntos de la campaña y es acogido con algunos aplausos y fiestas".

También a Barbeito se debe el primer homenaje tributado a la memoria del coronel Juan Pascual Pringles, el cual consistió en la exhumación de sus restos, noble y fraternal tarea realizada por don Esteban Adaro.

Destacamos, finalmente, que a partir de enero de 1863, tanto el Gobierno como la Cámara de Justicia comenzaron a usar el sello con cuatro cerros y dos venados que luce el escudo de San Luis.

Segundo Gobierno constitucional de Daract

Don Justo Daract asumió el mando, como gobernador propietario, el 10 de abril 1865, tras haber rechazado la Asamblea Electoral, por dos veces, la renuncia que interpusieran. Para que secundara su difícil labor, el 12 nombró ministro general de Gobierno a don Faustino Berrondo, que había desempeñado ese empleo durante la administración de Barbeito. Éste y el juez de lo Civil don José María de la Torre debían actuar como consejeros de Gobierno, según el artículo 34 de la Constitución.

El 3 de mayo Daract mandó publicar "de una manera solemne en la capital y departamento de campaña", el decreto del Gobierno Nacional que declaraba toda la República en estado de sitio, como consecuencia de la guerra con el Paraguay. En la emergencia, San Luis junto con La Rioja debía concurrir a la formación de un batallón de quinientas plazas.

Nombrado inspector general de armas el coronel Barbeito, de inmediato se decretó la movilización de una compañía de guardias nacionales de la capital y de otra de Renca, a la vez que se impartían instrucciones a la campaña para apresar "ladrones, vagos y mal entretenidos" y destinarlos al ejército. Tarea nada fácil y onerosa por la necesidad de escoltas y prisiones, pués – como escribía el comandante Juan Francisco Loyola – "son muy capaces de hacer una resistencia siempre que se les presente la oportunidad". Don Juan Gregorio Guiñazú, el 16 de

junio, se lamentaba: “Muy sensible me es, señor Ministro, ver que nuestros hombres precisan ser llevados a fuerza a prestar un servicio tan honroso y de gloria para San Luis”. Con la misma fecha, el juez de paz de San Francisco don Juan Jofré remitía una lista detallada de vecinos que “no han querido prestarse a contribuir con los auxilios que en calidad de pagarse les ha pedido, hasta dar lugar a que la autoridad se los tome por la fuerza”.

El 26 de junio, el gobierno ofreció indultar a los guardias nacionales que habían desertado del batallón que se enviaba al Ejército de operaciones. Por el mismo decreto prevenía que “toda persona, sin distinción alguna, que albergue u oculte desertores de guardias nacionales o de tropas de línea, se declara solidaria del crimen, y por él será destinada al batallón movilizado, si fuera apto para el servicio de las armas, y en caso contrario, el castigo queda a la discreción del Gobierno”. En la misma pena incurriría “todo el que supiese del paradero de algún desertor y no diese parte”.

También tocó Daract la fibra patriótica y el 30 de ese mes, en cumplimiento de lo dispuesto por el presidente de la República, decretó la movilización de un batallón de trescientas cincuentas plazas, en que se denominará Batallón “Pringles” para rememorar “los hechos heroicos y virtudes cívicas del benemérito coronel don Juan Pascual Pringles”.

Indios del sur y gauchos de los Llanos también causaron intranquilidad por esos días, manteniendo en constante zozobra al coronel Juan Francisco Loyola, comandante en jefe de los Regimientos Nº 5, 7 y 9 de Guardias Nacionales. Puntanos sublevados en el Morro al ser conducidos hacia el Litoral y riojanos que tampoco querían ir a pelear al Paraguay, asaltaron el 27 de septiembre de 1865 la villa de Luján y, encabezados por los coroneles Aurelio Zalasar y Gerónimo Agüero, vencieron la resistencia de Loyola - que se había atrincherado en la puerta de la quebrada del río – y lo obligaron a retirarse. El derrotado coronel informaba al gobierno, algún tiempo después: “En este departamento se ha descubierto muy a las claras que hay familias con hombres y sin ellos que han ocultado a los forajidos, dándoles continuos avisos de nuestros movimientos”.

* * *

A fines de mayo de 1866 llegó a la ciudad de San Luis, en visita pastoral, el obispo de Cuyo, fray Nicolás Aldazor. El 22 de agosto, como a las nueve de la noche, hallándose en San Francisco, falleció de neurisma “en el momento mismo de estarse confesando”, según informó el presbítero Emeterio Lucero. Conducidos a esta ciudad, los restos del prelado recibieron sepultura en el templo de Santo Domingo, pronunciando la oración fúnebre el presbítero Norberto Laciar.

El gobernador de Mendoza, en carta fechada el 25 de octubre, informaba a Daract sobre “el plan de revolución que se trataba de llevar a efecto en esta provincia y en la de San Juan”, proyecto que también tenía ramificaciones en San Luis, donde el presbítero Emilio Castro había conversado con don Felipe Saá. El 5 de noviembre. Daract manifestaba a Marcos Paz que los trabajos ocultos de los adversarios le creaban dificultades para remitir un nuevo contingente. A lo que el vicepresidente contestaba en carta confidencial:

> *“Me ha producido una impresión muy penosa las observaciones que me hace usted relativamente a las dificultades que encuentra para cumplir las disposiciones del Gobierno para la remisión del contingente pedido, lo que me induciría a suponer que el estado actual*

de esa provincia no es bueno, y que los malos elementos que en ella puedan existir, han desmoralizado a su administración…

"El medio me ha encontrado usted para salvar las dificultades que me representa en el envío del contingente, no lo considero ni propio ni eficaz. Los soldados remitidos de esa manera tendrían todo derecho y estarían justificados si se desertasen o sublevasen en el camino, y no podría castigárseles desde que haciéndoles entender que el servicio que debían prestar era de frontera, se les diese otro destino por sorpresa o por engaño".

El 13 de noviembre, don José M. Lobos difundió en San Luis la noticia de la revolución ocurrida en Mendoza el día 9. En su declaración, "dijo que no sabía quién hubiese encabezado, que lo que se sabe es que se sublevó el Piquete de Policía que estaba en el cuartel, y enseguida fue encabezada por Pedro Pérez, que se hallaba preso en el referido cuartel, y que después de haber apresado al comandante y otros oficiales del mismo Piquete, se marcharon a la penitenciaría, donde al resistirse mataron al comandante y algunos soldados de los que hacían la guarnición". Al ser preguntados por el paradero de los presos que allí había, respondió: "que don Carlos Rodríguez y don Pedro Viña, en el momento de salir de la cárcel, se dirigieron a la casa de don Santos Funes, donde había un baile y estaba el Gobernador y otros empleados, pero que no sabe el objeto que llevó a éstos allí; pero que después de haber entrado al baile Rodríguez y Viña, se ocultó el Gobernador".

A mediodía, el 15 llegó a esta ciudad el doctor Julio Gutiérrez, quién conducía a Buenos Aires notas oficiales del gobierno mendocino dando cuenta de los sucesos. Después, hasta en los almacenes se hablaba de los progresos de la revolución y del contraste de Curupaytí en una guerra donde "los brasileros no ayudaban en nada". Justamente alarmado, Daract mandó movilizar más fuerzas y designó al teniente coronel don Augusto Segovia como instructor de la infantería de la capital. El 1º de diciembre dispuso que en toda la provincia el general Wenceslao Paunero fuese reconocido como representante del Gobierno Nacional para intervenir en los sucesos de Mendoza y restablecer el orden "y las autoridades derrocadas por el escandaloso motín del 9 de noviembre". Por este mismo decreto, la Guardia Nacional y los recursos de la provincia quedaron a disposición de Paunero. Como medida complementaria, Daract estableció el uso del pasaporte y prohibió extraer mulas y caballos para la provincia de Mendoza.

A pesar de la orden de "perseguir a muerte a todo sedicioso que se sospeche" y de la presencia de las fuerzas nacionales, los efectivos que comandaba don Carmen Adaro se sublevaron el 20 de diciembre en el Alto de los Chismes. Y algunos – como el juez federal doctor Juan Pablo Saravia – consideración más prudente alejarse de San Luis, al amparo de los cañones rayados del comisionado nacional.

Daract, el 25 de enero de 1867, "considerando que le era posible continuar en el ejercicio de sus funciones y teniendo en vista los intereses del país en las circunstancias presentes", delegó el mando gubernativo ----con todas las facultades que le son anexas", en el ciudadano don Feliciano de la trinidad Barbosa, quién asumió sus peligrosas funciones a las dos de la tarde del mismo día. De inmediato encomendó al teniente coronel Buenaventura Sarmiento la reorganización del segundo batallón de infantería de la capital "para conservar el orden en la ciudad, mientras se efectúa la probable ocupación de ella por las fuerzas que se aproximan de Mendoza". Al comandante en jefe de la división de vanguardia expedicionaria le ofició comunicándole hallarse en ejercicio de la primera magistratura de la provincia, "cuya situación es diversa a la anterior". El 26, desde el Desaguadero, el teniente coronel Francisco Álvarez contestó que no tendría las operaciones sobre el territorio de San Luis, pero asegurando que en nada sería alterado su orden interior "ni menoscabadas en lo más mínimo la propiedad y seguridad individual". Tras ocupar la ciudad y posesionarse del cuartel, Álvarez arrestó a Daract

y aconsejó a Barbosa dar por concluida su delegación, a lo que éste se avino, comunicándolo al jefe expedicionario el 27 por no hallarse el personal de la Cámara Legislativa, “ni aún su presidente ni vicepresidente”.

El 3 de febrero, “reunido el pueblo en Asamblea Electoral convocado por el señor Jefe de Policía don David Flores a nombre del señor director de la guerra don Carlos Juan Rodríguez”, se eligió canónicamente para gobernador provisorio al coronel don José Felipe Saá, quien prestó juramento el día 7, “en presencia del pueblo reunido en la casa Departamental de Gobierno”. Saá nombró ministros secretarios de Gobierno a don Víctor C. Guiñazú y don Bernabé Gómez; el 11 delegó el mando en el primero, para salir a campaña y estacionarse en Villa de Mercedes, a la espera del general Juan Saá.

Leopoldo Lugones (hijo) narra así la batalla de San Ignacio, librada el 1º de abril de 1867:

> “A las tres y media de la tarde empeñase la actuación. En medio de polvaredas sombrías, el choque adquiere tintes dramáticos. Racimos de caballería gaucha, con más coraje que orden, envuelven en verdaderos enjambres a los batallones de la Nación. En un momento dado, todo parece perdido para éstos: el 4º de caballería, mandado por el coronel José Iseas, se desbanda; los otros, soldados conducidos al combate por el coronel Segovia, nada pueden ya contra el huracán de lanzas enristradas. En aquellos instantes supremos, decide la acción el 6º de infantería, cuyo jefe, el comandante Luis María Campos, increpa a los suyos en un lacónico lenguaje militar, subrayado por un epíteto enérgico. ¡Y carga entonces con infantería a la caballería! La audaz operación tiene éxito. Dispérsanse las milicias revolucionarías. Su caudillo, Juan Saá, derrotado, y apenas acompañado de unos pocos, se aleja del campo de batalla. Luego, otra vez, pasa a Chile”.

El 5, la Legislatura nombró gobernador interino a don José Rufino Lucero y Sosa, mientras durase la ausencia de Daract, quien había sido conducido con prisioneros a Mendoza y encarcelado por los rebeldes. El 1º de mayo Daract reasumió el mando y ese mismo día elevó su renuncia, que la Legislatura rechazó, exigiéndole “el sacrificio de un poco de tiempo más al frente de los intereses generales del país”. Insistió Daract el 11 y la Cámara tampoco hizo lugar a su pedido, teniendo en vista “que la reacción vandálica que se posesionó del país ha creado escollos que serían insuperables para un nuevo gobernante”. Pero, ante la renuncia elevada por tercera vez, el 29 de mayo la Cámara Legislativa sancionó un decreto por el que admitía la dimisión de Daract y le acordaba un voto de gracias por los importantes servicios que prestara. Por este mismo decreto se nombró gobernador interino a don José Rufino Lucero y Sosa, que entonces presidía la Legislatura.

* * *

Durante este periodo, el gobierno trató de mejorar la distribución del agua, tanto en la ciudad como en la campaña, el 31 de julio de 1866 aprobó el reglamento de irrigación para Villa de Mercedes. Encaró, asimismo, diversas obras públicas: construcción de una torre de un campanario en la iglesia de Santo Domingo, trabajo que proyectó don Armando Cousinet; edificación de una nueva iglesia en San Francisco y compostura y conservación de los caminos

principales. El 11 de octubre de 1866 don Juan J. Boussy propuso la construcción de un matadero público en esta ciudad.

Don Amando Cousinet fue nombrado médico de Policía el 1º de mayo de 1865 y el 16 de junio de 1866 se mandó reconocer a don Víctor de Sentís como agrimensor y, al mismo tiempo, se lo designó "ingeniero de la ciudad" para que organizase una oficina topográfica.

El Gobierno Nacional, a mediados de 1865, remitió más de quinientas plantas frutales, para que se ensayase su cultivo; eran, en su mayor parte, diversas variedades de perales, a las que se sumaban manzanos, ciruelos, albaricoques, cerezos, vides y durazneros.

En el plano de la justicia, se registran no menos de seis fusilamientos a mediados de 1865, que acaso tengan relación con el impopular reclutamiento para la guerra del Paraguay. También en abril de 1866 el comandante don Mercedes Funes fue querellado "por haber tenido colgado y maniatado a Toribio Gil". Por entonces don Antonio Alric promovió juicio a don Pedro Guyot "por un remito injurioso que hizo insertar en El Porvenir".

El 20 de abril de 1865 se estableció en esta ciudad el Colegio de Niñas, bajo la dirección de doña Rosario Lucero de Saá, el 16 de mayo de 1866 fue creada la Comisión Central de Educación Primaria, integrado por el presbítero Norberto Laciar y los doctores Juan Alejandro Barbeito y Cristóbal Pereira.

La Imprenta del Estado, además de decretos, avisos y actas circulares, publicó diversas entregas de Documentos Oficiales para difundir, especialmente, comunicaciones del Gobierno Nacional. En febrero de 1866, desde Marsella, se solicitaron datos sobre producciones, comercio, industrias y estadística para que, "con una fotografía del señor Gobernador", figurasen en la Grande Carta de la República Argentina" que sería exhibida en la Exposición de París. Como contraste, el 22 de agosto de este año fue creada en esta ciudad la Comisión de Ayuda a los inválidos de la guerra del Paraguay, la que integraron don José María de la Torre, don Gregorio Ignacio Santa Ana y el coronel don Cecilio Lucero, quién falleció el 15 de mayo de 1867.

FUENTES

- Archivo Daract (San Luis).
- Archivo Histórico y Gráfico de San Luis.
- Archivo del General Mitre: *Pacificación y reorganización nacional. Después de Pavón*, Tomo XII. Buenos Aires, 1912.
- Fernández, Juan Rómulo: *Aberastain y las provincias*. Buenos Aires, 1953.
- Gez, Juan W.*: Historia de la provincia de San Luis, Tomo II.* Buenos Aires. 1916.
- Heras, Carlos: *La rebelión del Oeste a través del Archivo de Marcos Paz (Noviembre 18866- febrero 1867)*. En Trabajos y Comunicaciones Nº 10, p. 93 y ss. La Plata, 1961.
- Jofré, Nicolás: *El general Juan Saá (alias Lanza Seca).* San Luis 1915.
- Landaburu, Laureano: *Episodios puntanos.* Buenos Aires, 1949.
- Lugones, Leopoldo (hijo*): Los argentinos y su historia interna*. Buenos Aires, 1962.

- Mensaje del Poder Ejecutivo a la H. Representación de la Provincia. San Luis, 1862.
- Núñez, Urbano J.: *La imprenta en San Luis*. San Luis, 1953.
- Pronunciamiento de la Provincia de San Luis. San Luis, 1859.
- Saá, Juan: *Acotaciones a la conferencia del Sr. Felipe S. Velázquez, sobre el general D. Juan Saá*. En Ideas, números 14 y 15. San Luis, julio y agosto de 1933.
- Saá, Víctor*: San Luis* (1832-1862). En Historia de la Nación Argentina, Vol. X, p. 225 y ss., 2ª edición. Buenos Aires, 1947.
- Sosa Loyola, Gilberto: *Sarmiento y San Luis*. San Luis, 1938.
- Velázquez, Felipe S.: *El Chorrillero*, Segunda Edición. Buenos Aires, 1910.

CAPÍTULO XVII

EN LAS REDES DEL CENTRALISMO PORTEÑO

Gobierno de Lucero y Sosa

Don José Rufino Lucero y Sosa – hombre de números, que también había peleado en San Ignacio comandando milicias puntanas – designó ministros de Gobierno al doctor Juan Alejandro Barbeito y a don Faustino Berrondo para que, "colectiva o separadamente", autorizasen los actos de su administración interina iniciada el 31 de mayo de 1867. nombrado gobernador propietario el 21 de noviembre de ese mismo año, dispuso que como ministro secretario general de Gobierno le secundase Berrondo y el 15 de febrero de 1869 nombró ministro de Gobierno y Hacienda a don José Napoleón Sosa, asignando a Berrondo las tareas de ministro de Justicia, Culto e Instrucción Pública. Un año después – el 28 de febrero de 1870 – separó de su cargo al ministro Sosa y encargó sus funciones al activo y hábil catamarqueño Berrondo.

El estado de la provincia, tras el vano intento del general Saá, era lamentable y confuso, "en tales términos que las masas (con muy raras excepciones) vivían sólo de la propiedad ajena". Los desertores del ejército encontraban fácilmente amparo "y los bandidos frecuentaban las pulperías de la ciudad". En muchas localidades el ambiente era favorable a "los colorados" y más de un comandante debió recurrir al expediente de "ofrecer a unos quinientos azotes por chismosos y a otros cuatro tiros", para hacerse respetar. Por Santa Rosa andaban los Mendoza, "caudillos de los bochinches que tantos males trajeron a San Luis" y en el confín nortino Santos Guayama ganaba fama con sus tropelías. La epidemia de cólera – desatada a principios de 1868 – fue el cause por donde se volcaron las pandillas de bandoleros, contra quienes nada hacían los guardias nacionales desmoralizados y "pagados con promesas", ante cuyos ojos el Sur pintaba horizontes de liberación, muchos más claros que torva empalizada de los fortines.

Los hombres del progreso, a pesar de todo, continuaban soñando con las instituciones liberadoras. Así, el 9 de septiembre de 1867 fue promulgada la ley que establecía un régimen municipal en toda la provincia y el 25 de diciembre se eligieron los primeros ediles: Juan A.

Barbeito, Severo Gutiérrez del Castillo, Cristóbal Pereira, José María de la Torre, Valentín Luco, Pablo Zorrilla, Rafael Cortés, Juan J. Boussy, Victorino Lucero y Andrés Avelino Orozco. Otra ley – promulgada el 15 de marzo de 1869 – señaló como ejidos de la ciudad "dos leguas de la plaza principal a todos rumbos". Renca fue la segunda población que instaló la Municipalidad, "primer motor para la civilización y el adelantó". De acuerdo con la elección efectuada el 22 de agosto de 1869 la integraron Moisés Mendoza, Crisanto Fernández, Santos Allende, Monitor Maza, Víctor C. Lucero, Benjamín Allende, Rosario Domínguez.

La construcción de una represa o dique en el Potrero de los Funes, encarada nuevamente en 1869, la tomó a su cargo el contratista do Luis Betolli y el día de la iniciación de los trabajos – 24 de septiembre de 1870 – "tomó vistas el artista fotógrafo Robert".

Semillas de varias clases fueron enviadas por el gobierno nacional, en abril de 1870, para que fuesen ensayadas "en la rica provincia de San Luis", donde la minería cobraba nuevo vigor, en tanto que en algunas poblaciones de la campaña se advertían los perjuicios ocasionados por los vendedores ambulantes que se introducían desde las provincias vecinas. Presidida por don Justo Daract actuaba entonces la Comisión de Inmigración, mientras el gobierno intensificaba sus esfuerzos para reunir materiales destinados a la Exposición Nacional que se realizaría en Córdoba.

En agosto de 1870 llegó a esta ciudad el comendador Guido Bennati médico cirujano y masón, entre otras cosas – quien venía comisionado para estudiar los minerales de la Carolina. Resultó un eficaz colaborador del gobernador Lucero y Sosa, quien le encomendó inspeccionar los materiales empleados en la construcción del dique y el estado sanitario de la hacienda con que se abastecía la ciudad. Además de estos informes, el comendador Bennati escribió una interesante memoria sobre Villa de Mercedes, en la que pone de manifiesto su adelanto. Este andariego personaje obtuvo en donación algunas tierras pertenecientes al municipio de San Luis, para plantar en ellas una quinta normal y otra de horticultura.

Por ley del 18 de diciembre de 1868, la Villa de Mercedes fue declarada sección electoral, "igual y con las mismas atribuciones y deberes de demás secciones de la provincia para elecciones nacionales". El 19 de mayo de 1869 la Legislatura facultó al Poder Ejecutivo para subdividir el tercer departamento en cuatro partidos y a dotar a la Villa de Mercedes de un teniente comisario. A principios de 1870 el coronel Iseas planteó el problema de cuál era el terreno expropiado para la formación del Fuerte Constitucional, tema que dio origen a un largo e intrincado juicio.

A solicitud del ministro del Interior doctor Vélez Sársfield, en abril de 1869 el gobierno puntano detalló los límites de la provincia, tras consultar "a personas competentes" y tomando todos los datos que pudo adquirir. En octubre de 1870, el juez de minas de Portezuelo – en el séptimo departamento, actualmente Ayacucho – denunció agresiones riojanas al sur de la sierra de Ulapes.

No le faltó a la administración de Lucero y Sosa el sobresalto de indios y rebeldes. En agosto de 1867, los ranqueles llegaron hasta el Bebedero y el 20 de noviembre fueron batidos por Iseas en el paso del Lechuzo. Paralelamente, los anuncios de revolución sembraban la intranquilidad y el desorden, aunque Paunero afirmaba que San Luis era la provincia mejor asegurada contra los rebeldes, ya que estaba "defendida por un círculo de acero que forman las armas del Ejército a mis órdenes", el cuál habría de confirmar su reputación "siempre que las circunstancia lo requieran". Sin embargo, en la campaña puntana soldados movilizados asaltaban y robaban para comer y para vestirse; y era tanto el ganado que se llevaban las tropas de línea del fortín Piedritas, que algún vecino sin pelos en la lengua sostuvo, arriesgando el cuero: "Estamos peor que antes del 52". En julio de 1870 el nombre de López Jordán metió miedo y Arredondo, desde el Río Cuarto, señaló "la necesidad de mantener la tranquilidad de la provincia a todo trance". Fue entonces cuando se advirtió que "los guardias nacionales de la clase acomodada no cumplían con sus obligaciones".

Iseas continuaba haciendo fusilar: el 29 de septiembre de 1867, en el paraje la Lomita, "don Eduardo Quevedo hizo pasar por las armas a los bandidos Torcuato Bringas y Elías Aguilera, después de un breve sumario". Y en la otra ciudad, en diciembre de ese mismo año, don Dalmiro Hernández ordenaba el fusilamiento de Tomás Uriarte y de Gregorio Cárdenas, el primero "espía de los indios" y "desertor del 7º de infantería de línea y cuatrero" el segundo. Por su parte, el juez nacional Juan Pablo Saravia – en septiembre de 1867 – insistía en la detención de otros complicados en la revolución de los colorados: Cornelio Loyola, Dámaso Núñez, Raimundo Loyola y Felipe Velázquez. Fue necesario alquilar la casa de doña Cleofé V. de Rodríguez para que sirviese de Cárcel, "por la excesiva aglomeración de presos en el estrecho cuartel de esta ciudad".

En agosto de 1869 la Legislatura dispuso la reforma de la Constitución para lo cual convocó una convención de 26 diputados. El proyecto estudiado por una comisión que integraron Mamerto Gutiérrez, Juan Pablo Saravia, Justo Daract y el presbítero Norberto Laciar, fue publicado en julio de 1870 "para que todos opinasen".

En la administración de Lucero y Sosa han quedado algunas huellas de tejemanejes políticos. Así, en abril de 1868, Francisco de Elizalde manifestaba a Buenaventura Sarmiento: "Triunfará la lista que encabeza el respetable señor don Justo Daract". Por esos mismos días el ministro Berrondo recomendaba elegir al doctor Cristóbal Pereira y a Rafael Cortés para diputados provinciales. Poco después, el informante porteño escribía: "Por consiguiente, la cuestión es hoy entre Urquiza y Elizalde, que es el que tiene mayores votos del partido liberal. Así es que hoy votar por Sarmiento no tiene objeto, o más propiamente es dar el triunfo a Urquiza. Espero que usted lo haga comprender a todos los amigos del partido liberal, para que no persistan en su propósito. Hoy no se trata de afecciones de personas, sino de intereses de partido".

A principio de 1870, la mesa electoral que presidía don José Parellada fue asaltada por un grupo de hombres que "arrebataron todos los papeles y libros que allí había, destruyéndolo todo, incluso la mesa que se ocupada en escribir". De todos los que "asaltaron en tropel" decía Parellada que "sólo se ha conocido a Carmen Gatica y Avelino Orozco". A pesar de las protestas del gobernador, piquetes enviados por Arredondo desde Villa de Mercedes perturbaron las elecciones en diversos lugares, particularmente en San Francisco.

El 5 de diciembre de 1867 el clero y el pueblo de San Luis protestaron contra la ley de matrimonio civil sancionado en Santa Fe. Un año después – el 2 de noviembre de 1868 – llegó a la ciudad el nuevo obispo de Cuyo fray Wenceslao Achával, quien permaneció en San Luis durante más de veinte días. Como consecuencia de su visita, en mayo de 1869 la Legislatura facultó al Poder Ejecutivo para que, a la mayor brevedad posible, hiciese construir un templo que sirviese de iglesia matriz. Por entonces, no era extraño que el presidente de la Municipalidad invitase al gobierno "a las rogativas al Todopoderoso para impetrar de su providencia cese la epidemia de seca que nos aflige".

Aunque los maestros estaban impagos desde octubre de 1866, Lucero y Sosa restableció las escuelas que funcionaban ese año, contando para ello con la protección del Gobierno nacional, que le acordaba una subvención de cuatro mil pesos anuales, "quedando muchas poblaciones privadas de ese beneficio, pués atendiendo como se debe a ese importante ramo, no bastarán veinte mil pesos al año". Para aumentar esos fondos, la Legislatura dispuso que el importe que se recaudará por las matriculas de marcas de ganado se destinase a edificar escuelas. El 30 de mayo de 1870 don Amador Lucero fue designado inspector general de escuelas y se le fijaron sus obligaciones. En julio de ese mismo año se dispuso la construcción de un Colegio de Ciencias Exactas, aceptando la propuesta de fray Alberto Miele, religioso dominico. El gobierno lo llama también Colegio de Artes y, al informar a las autoridades nacionales, manifestaba que era su propósito "poner al alcance, aún de los más desvalidos, los conocimientos literarios y artísticos que son la base fundamento de la

prosperidad del país y de su futuro engrandecimiento". Pero el acontecimiento más trascendental para la cultura de San Luis lo constituyó la instalación del Colegio Nacional, creado por decreto del 1º de diciembre de 1868 inaugurado el jueves 6 de mayo de 1869 con treinta y siete alumnos, bajo la dirección del presbítero Norberto Laciar, a quien secundaba los profesores Amando Cousinet, Hermenegildo Adaro, y a Olses, este último encargado del departamento de instrucción primaria adscrito al Colegio.

Durante la administración de Lucero y Sosa, el gobierno pudo disponer de diversas becas en establecimientos de San Juan, Mendoza, Córdoba y Buenos Aires en ellos estudiaron Agustín Adaro, Caraciolo Ticera, Wenceslao Moreno, Ulises R. Lucero, Dolores Novillo, Marcial Gigena, Carlos Arías, Cantalicio Mora, Arsenio Adaro, Franklin Van Sice, Mauricio P. Daract, María José Ticera y Abrahán Pérez. Como consecuencia de la rebelión de 1867, el joven José Sarmiento fue expulsado del Colegio Nacional de Buenos Aires, medida contra la cuál protestó el gobierno puntano manifestando que ella hacía comprender que "aún estamos en los tiempos en que los desvíos de los padres se castigaban en los hijos".

Por gestiones del doctor Juan Alejandro Barbeito a mediado de 1869 se encomendó al doctor Ángel Justiniano Carranza escribir la vida militar del coronel Juan Pascual Pringles, facilitándosele diversos documentos que se guardaban en el archivo del gobierno. En marzo de 1870 se designó a don Justo Daract, a don Juan Barbeito y al doctor Juan Pablo Saravia para formar una biblioteca en el Colegio Nacional.

En junio de 1869 don Amador Lucero dirigió los trabajos del censo dispuesto por el Gobierno Nacional y a fines de ese año se realizó un censo escolar, de acuerdo con el decreto del 4 de septiembre.

Don Próspero Varas, en julio de 1869, estableció en esta ciudad "un circo para reñidero de gallos", para el cuál hizo un proyecto de reglamento, ya que no existían disposiciones legales.

Por ley promulgada el 24 de octubre de 1870 se otorgó la primera pensión graciable y vitalicia, en reconocimiento de los servicios prestados por el escribano público don Justo Argañaraz, quien recibiría veinte pesos bolivianos mensuales.

En este período, la provincia perdió algunos destacados servidores: doña Jacinta Domínguez, viuda de Saá y de Videla, falleció el 2 de agosto de 1867; don Jacinto Roque Pérez, guerrero de la Independencia, murió el 7 de enero de 1868, durante la epidemia de cólera; al día siguiente y por la misma causa, dejó de existir don Carmen Adaro; el 1º de marzo, murió el doctor José Manuel Figueroa, presbítero que fue senador y montonero; el 11 de diciembre, el también de 1868, se apagó la vida de don Feliciano Trinidad Barbosa, médico y legislador; y a mediado de octubre de 1870 falleció don Juan Gregorio Novillo, que con humildad de buen criollo dio vida al Fuerte Constitucional.

Gobierno de Ortiz Estrada

El 21 de noviembre de 1870 asumió el mando gubernativo don Juan Agustín Estrada, militar fogueado en la guerra de Paraguay. Ese mismo día encargó las funciones de ministro secretario de Gobierno a don Víctor Carmen Lucero, quien provenía del núcleo comercial de Renca. "Feliz la provincia de San Luis – podía repetirse – que después de tantos disturbios y padecimientos, halló en su seno dos hombres capaces de moderar la furia de las pasiones y conciliar los intereses de todos". A mediado de febrero de 1871 Ortiz Estrada – llevando como secretario a don Celestino Jofré – viajó a Córdoba para asistir a la fallida inauguración de la Exposición Nacional, dejando en su lugar a don José Napoleón Sosa. Reasumió sus tareas el 28 de ese mismo mes, cuando se advertía en la campaña "un germen de inmoralidad sembrado por los encargados de percibir los impuestos en la administración anterior". Tampoco

dejaban de circular rumores sobre próximas rebeliones, pués se decía que don Felipe Saá había cruzado desde Chile. No obstante estas noticias alarmantes, el 6 de octubre Ortiz Estrada delegó nuevamente el mando en Sosa – ministro nato del Superior Tribunal - para trasladarse a Córdoba, donde el presidente Sarmiento procedería a inaugurar la Exposición. Un mes duró su ausencia y en los primeros días de diciembre inició su fecunda visita de campaña, llevando consigo no sólo la banda de música sino también una imprenta portátil. En su mensaje del 24 de mayo de 1872 – cuando ya don Víctor C. Lucero había sido reemplazado por don Pablo Pruneda – señalaba al gobernador que nada podía paralizar "la impetuosa corriente de progreso, que se ha desprendido bajo el impulso de una administración de trabajo y de reparación, cuyas tendencias han sido hacer practicas en su mayor escala los principios democráticos de un Gobierno del pueblo y para el pueblo". Ausente Pruneda, el 21 de diciembre de 1872 el oficial mayor don Celestino Jofré ocupó interinamente el ministerio general de Gobierno. Sin embargo, por un decreto dictado el 23 de enero de 1873, Jofré fue nombrado ministro de Justicia, Culto e Instrucción Pública, debiendo Pruneda tener a su cargo el despacho de Gobierno y Hacienda. El 21 de marzo, aceptaba la renuncia de Pruneda, fue reemplazado por don Lindor L. Quiroga. Cambios que, por cierto, no serían los últimos estando en juego los intereses políticos.

En el aspecto militar, el paraje de las Chacras – en el quinto departamento, siguió siendo considerado "la sinagoga en donde, desde el año 62 se promovieron todas las montoneras". Allí se pronosticaba, a fines de 1870, "una batalla en Entre Ríos". Pero, mientras tanto, las fuerzas nacionales de la frontera incursionaban por todas partes en busca de desertores, sin ponerse de acuerdo con las autoridades y causando daño en las haciendas. Algunos vecinos fueron acusados de ayudar a los indios de Guayama, siempre activos en las propicias tierras del noroeste. Los fortines – el ubicado en el paraje del Saltó, el "Coronel Charlone", y el "Coronel Fraga" – servían más para incubar motines que para atalayar el desierto. Sin embargo, en el mes de mayo de 1872 el batallón San Luis – que tan honrosa campaña había cumplido – fue licenciado y el gobierno premió a los guardias nacionales con terrenos situados al norte de la ciudad, terrenos que muchos de los pobres milicos cambalacharon pronto a diligentes comerciales.

No descuidó Ortiz Estrada el eterno problema del agua. Para la Villa de Mercedes aprobó el reglamento provisorio redactado por los vecinos el 15 de noviembre de 1871, para evitar que la autoridad militar "por chismes y cuentos" continuase entremetiéndose. El 4 de diciembre – a poco de iniciar la visita de campaña – reglamentó el uso del agua en la nueva Villa de la Quebrada y a mediados de ese mes hizo lo mismo en San Francisco. En Quines, el 2 de enero de 1872, nombró una comisión para reglamentar la irrigación y el 18, en Santa Rosa, dio un reglamento para el agua del río de Conlara, en la parte que atravesaba el sexto departamento. El vecindario de San Pablo también presentó un proyecto, que Ortiz Estrada aprobó el 24 de diciembre de 1872. En la ciudad, el uso irregular del agua provocó la renuncia de la corporación municipal, el 7 de marzo de 1872. A fines de octubre, don Irineo Vega preparó un proyecto de reglamento que sometió a la consideración del gobierno, manifestando no ser obra suya y haberlo tomado "de los sistemas de Mendoza, San Juan y San Luis, adaptando aquello más aplicable a nuestras necesidades vitales de ese ramo".

Desde Buenos Aires, en mayo de 1872, don Ernesto Oldendorff pidió al gobierno puntano, datos, semillas y muestras. Como colaboración, el encargado del Departamento Nacional de Agricultura remitió a San Luis, en varias oportunidades, semillas de árboles, flores y legumbres, además de algunas forrajeras, como la esparceta y el pasto de Italia llamado Carex divulga. La ganadería seguía siendo considerada "la única riqueza de la provincia", por lo que, en diciembre de 1870, se dictó una ley que tendía a reprimir el abigeato. Dos años después todavía eran notables los abusos cometidos por los compradores de hacienda para racionar a los indios y el 14 de noviembre de 1873 se prohibió la compra y venta "entre los cristianos e

indios", de la hacienda yeguariza y demás artículos que el gobierno debía entregar cada tres meses como precio de la paz. En marzo de 1872 don Ramón de la Sierra recorrió la región minera de la provincia y presentó después un interesante informe; tarea similar cumplió don Manuel Alberdi en mayo de 1873.

La Exposición Nacional realizada en Córdoba en 1871 permitió mostrar diversos elementos del terruño. Además del oro y las maderas, llamaron la atención "las riquísimas arcillas provenientes del paraje del Chorrillo". También un ignorado inventor puntano, don Tomás Pérez, presentó dos modelos de puentes. Y, para que el recuerdo de las maravillas anunciadas por Sarmiento permaneciese siempre fresco, Ortiz Estrada adquirió una de las fuentes que adornaban la Exposición y la hizo instalar en la plaza Independencia, como entonces se denominó.

Durante lo s meses de marzo y abril de 1871 el agrimensor Gorgonio Gutiérrez trazó los caminos de Dolores – hoy Concarán - a Piedra Blanca o Merlo, de Piedra Blanca a Santa Rosa, de Larca a Dolores y de Renca a Larca. También se estudió un nuevo camino de Quines a Renca, pasando por Santa Bárbara, que el 13 de febrero de 1872 cambió este nombre por el de San Martín, el gobierno nacional, con fecha 16 de abril de 1872, autorizó la construcción del camino a San Juan, según la propuesta y el plano presentados por don Mamerto Gutiérrez. El puente del Desaguadero, a principios de ese año, permanecía inhabilitado para rodados, "por haberse roto parte de la cubierta", circunstancia que liberaba del pontazgo a quienes traficaban por ese camino. El 20 de marzo, el gobernador de San Luis propuso suprimir el puente y hacer bajadas, "pues hace diez años que no crece el Desaguadero y los mendocinos levantan toda el agua".

A fines de 1870 un correo nacional unía las poblaciones del Morro, Renca, Dolores y Santa Rosa, llegando hasta San Pedro, en la provincia de Córdoba. Ortiz Estrada propuso establecer otro de San Luis a San Francisco, Luján y Quines, y un tercero entre Renca y Santa Bárbara. Manifestaba que todos eran lugares agrícolas y que, con esos correos, "se daría un paso de luz a cuarenta mil habitantes que viven en el interior respecto a lo que ocurre en esta capital como en los demás pueblos de la República". En julio de 1871 se contrató con José E. Lobos el transporte de correspondencia al interior de la provincia, por medio de mensajerías, dos veces por mes. El contratista se comprometió a establecer un correo a caballo para servir las poblaciones de Paso del Rey, Laguna Larga, Santa Bárbara y Dolores. Don Valentín Dávila, en septiembre de ese mismo año, estableció los carteros en la línea del Gigante, que comprendía los parajes de la Cortadera, el Espinillo, La Yesera y la Empajada. Creó el gobierno nacional, también en septiembre de 1871, oficina en San Francisco, Punta del Agua y Renca, en tanto que los maestros de postas de la carretera a Mendoza se quejaban de los indios, los malos caminos, la falta de agua y el subido precio de los artículos de consumo, a todo lo cual había que agregar "las asonadas del gauchaje". Queja que para gozo de los oídos porteños, don Domingo Lucero y don Martín Páez redondeaban en cuasi octosílabos: "Los males que por acá se sufren no llegan a esas regiones". En junio de 1872 el gobierno nacional celebró contrato con don Santiago Díaz – empresario de mensajería de Córdoba – quien debía establecer un correo semanal entre La Rioja y San Luis. Por su parte, los vecinos de Villa de Mercedes establecieron un correo particular hasta el Morro, pues Arredondo había suprimido el correo militar. Difícil fue, para los mercedinos verse libres de las maquinaciones del intrigante general, quien gustaba de "manejar la correspondencia a su antojo, violándola en la oficina del detal".

En 1871 se efectuaron los estudios para el trazado del ferrocarril cisandino y a principios de 1873 el gobierno nacional solicitó la cesión gratuita del terreno para la vía férrea y las estaciones. El 26 de julio de 1872, a mediodía, se inauguró el Telégrafo Trasandino y se completó de este modo un suceso que, en mayo, había sido celebrado quemando cohetes.

Don Germán Avé Lallemant – que desde diciembre de 1870 actuaba como agrimensor público – presentó a principios de octubre de 1872 el plano topográfico de la ciudad. Posteriormente, una comisión integrada por Lallemant, Mamerto Gutiérrez, Rafael Cortés y Celestino Jofré aconsejó normas para mejorar la planta urbana. Por entonces, el alumbrado público estaba limitado a 15 noches por mes y se efectuaba con noventa faroles, cada uno "con una vela de sebo colado de diez pulgadas y dos y media onzas de peso, calculando que dure hasta las once". En septiembre de 1872 el pintor Luis Duval mostró doscientas tablillas "con la nomenclatura de las calles", nomenclatura que provocó una aguda polémica periodística.

Ortiz Estrada no sólo impulsó el progreso de las poblaciones existentes sino que promovió la fundación de otras. Así nació la Villa de la Quebrada y, tras ellas otras aspirantes a villas: la del Carmen y la de la Florida. La progresista Villa de Mercedes fue dividida en dos partidos – separado por la calle 3 de febrero - , extendiéndose títulos de donación a muchos vecinos. También el gobernador puntano buscó un entendimiento con las autoridades cordobesas y riojanas para evitar dificultades en las zonas limítrofes. Cabe señalar que en mayo de 1872 el juez de alzada del tercer departamento, don Albino Domínguez, nombró un teniente juez "en las estancias de Chapá, esta provincia, por haber allí bastantes vecinos y que no pertenecen a ningún partido".

En febrero de 1871, por encargo de la Legislatura, Ortiz Estrada se dirigió al gobernador de Buenos Aires solicitándole la instalación de una sucursal del Banco de esa provincia, "para dar vida a las industrias". A principios de junio de 1872 se autorizó a don Bruno V. Quintana – representado por don Aureliano Lavié – a establecer el denominado Banco de San Luis, cuyos estatutos fueron aprobados en septiembre. El 1º de octubre de 1872 se inauguró la sucursal del Banco de Mendoza, de la que era gerente el doctor Juan A. Barbeito.

La justicia, durante la administración de Ortiz Estrada, también presenta algunos aspectos sugestivos. En enero de 1871 don José María de la Torre decidió renunciar al cargo de camarista "porque no dominaba el Código Civil Argentino que empezó a regir el 1º". Ese mismo año, al pedir ayudantes armados para los jueces de campaña, expresaba que "el ocio y la falta de educación en nuestras masas, a cada momento hace necesario la acción pronta y enérgica de la autoridad". A Juan Barroso y la familia de los Cabiltuna se les hizo juicio "por haber admitido gauchos sospechosos en su casa". En la ciudad, a mediados de julio de 1871, fueron fusilados Ruperto Godoy e Ignacio Garro, incorregibles desertores. Un año después, los vecinos del quinto departamento – aquella "sinagoga de la montoneras" – solicitaban indultó para Jacinto Godoy, "quién hace nueve años huye de las autoridades, viviendo en los bosques". ¿Y las penas? Juan Salinas, por carnear una cabrillona, debió prestar "un año y medio de servicios de las armas". Gorgonio Torres y Andrés Giménez fueron condenados a "seis meses en la frontera por robar tres chivatos a don Justo Daract".

El 12 de abril de 1871 la Convención Constituyente presidida por don Mauricio Daract sancionó la nueva ley fundamental de la provincia, reformando así la Constitución promulgada el 6 de octubre de 1855. También suscribieron el documento Cristóbal Pereira, Juan Alejandro Barbeito, Mamerto Gutiérrez, Justo Daract, José Rufino Lucero y Sosa, Juan Pablo Saravia, Daniel Videla, Domingo Ortiz, Manuel Arias, Jacinto Videla, Félix Calderón, Juan Barbeito, Andrés Avelino Orozco, Buenaventura Sarmiento y Rafael Cortés.

Por ley sancionada el 19 de diciembre de 1870, el Poder Ejecutivo fue autorizado para expropiar un terreno en Villa de Mercedes, para edificar en él un templo. El vecindario solicitó que la iglesia se levantase frente a la Plaza del Progreso, en dos sitios baldíos pertenecientes al francés José Roudet. Por esos días, Ortiz Estrada patentizaba al obispo Achával la urgente necesidad de proveer de buenos sacerdotes a los curatos. Pedía, también, la reglamentación de las primicias teniendo en cuenta los caracteres alarmantes y desconsoladores de la sequía y la epidemia. Asimismo, el gobernador señalaba que el cura de Renca se aprestaba a retirarse de la provincia dejando en estado deplorable el templo pero llevándose una pingüe fortuna. Por

su parte, el obispo destacó que los sacerdotes que se hallaban en Mendoza no querían ir a San Luis, por lo que había llamado otros de Buenos Aires.

Veintisiete escuelas funcionaban en la campaña a principios de 1870, número que fue elevado a sesenta en 1872, año en que el gobierno dispuso también subvencionar diversas escuelas particulares. Pero el adelanto más notable lo constituyó la creación en la capital de la "escuela gradual, elemental, superior y normal de mujeres", la cual tendría por objeto "la educación primaria de niñas y la preparación de las jóvenes quieran dedicarse al profesorado". Creada por decreto del 12 de abril de 1872 – cuando el inspector general don José María Torres se encontraba en esta ciudad – el 23 de ese mes se dispuso su instalación, nombrándose directora del establecimiento a doña Feliciana Jofré de Adaro, quién sería secundada por la maestra Francisca Lucero y la ayudanta Visitación Miranda. Con igual fecha se dio a conocer el plan de estudio para los tres cursos y se fijaron las condiciones a que debían ceñirse las aspirantes al profesorado. Una comisión – presidida por don Justo Daract e integrada por los doctores Jacinto Videla y Salomón Stern, don Cruz Ortiz, don Wenceslao Paunero (hijo) y el presbítero Miguel Amézola – se encargó de levantar suscripciones, proponer el terreno adecuado y dirigir la construcción del edificio. Este es el origen de la actual Escuela Normal de Maestras "Paula Domínguez de Bazán".

En mayo de 1872 don Ulises R. Lucero – profesor del Colegio Nacional – propuso al gobierno la creación de una escuela nocturna para adultos, "convencido de la necesidad vital de mejorar el carácter moral e intelectual de las masas populares, instruyendo al proletariado". La tarea de plantear ese establecimiento fue encomendado al rector Germán A. Lallermant, cuyas ideas sobre "la clase obrera y trabajadora del pueblo" era bien conocida por el gobierno.

El 17 de octubre de 1872 Ortiz Estrada promulgó la primera ley de educación con que contó San Luis, la cual declarada obligatoria la instrucción primaria, determinaba un fondo propio para las escuelas, creaba una inspección general y propiciaba la formación de comisiones vecinales auxiliares y la instalación de bibliotecas populares. Anterior a la de Buenos Aires, esta ley mereció las felicitaciones de Sarmiento, "por el acertado criterio que ha presidido la formación de ese documento que hace alto honor a los legisladores y hará la felicidad de esa provincia, al mismo tiempo que ofrece un saludable ejemplo que las demás podrán imitar con provecho".

La Sociedad de Beneficencia continuó desarrollando su labor altruista, recurriendo más de una vez a rifas para reunir fondos que le permitieran cumplir con su cometido. En septiembre de 1872 comenzó a instalarse en esta ciudad un club social, aunque eran muchos los que preferían las carreras y las riñas de gallo; las primeras fueron reglamentadas en mayo de 1871 y las segundas en marzo de 1873. Don Francisco R. Ortiz, como intendente de Policía, en 1871 señaló al gobierno "el grave mal que resulta a las dueñas de casa y patrones, por el tiempo que pierdan los sirvientes y niños que son mandados a la calle, entreteniéndose y molestando a los transeúntes con el juego de carnaval que aún falta algún tiempo para que se llegue". Las autoridades festejaban con cerveza los triunfos de las armas nacionales y tal o cual interinato; pero Ortiz Estrada fue el primer gobernador puntano que ciñó su pecho con una banda bordada en Buenos Aires.

Gobierno de Quiroga

Los últimos días del gobierno de Ortiz Estrada fueron de confusión administrativa. El 17 de noviembre de 1873 el intendente de policía don Irineo Vega fue separado de su puesto "por faltar a sus deberes". Igual medida adoptó el gobernador con el ministro Celestino Jofré, "por actos incompatibles con su cargo". De ese modo Ortiz Estrada se quedó sin secretarios, pués su otro ministro renunció en razón de haber sido electo gobernador.

Don Lindor Laurentino Quiroga – otro renqueño, que había sido maestro y escribano público en la campaña – asumió el mando el 21 de noviembre y durante una semana actuó nada más que con el oficial 1º Juan Sarmiento; pero el 29 designó ministro de Gobierno y Hacienda al doctor Jacinto Videla, en tanto que como ministro de Justicia, Culto e Instrucción Pública designaba a don Rafael Cortés. Poco duró este último, pués el 9 de febrero de 1874 Quiroga le indicó que "por razones que ante su conciencia misma Cortés debe reconocer que existen, hay necesidad de que presente su renuncia". Cortés respondió que, ante su conciencia, nada más existía que "la gran satisfacción de haber cumplido con honradez y con lealtad los deberes de aquel delicado punto", consecuente con la línea de conducta que se trazó al aceptarlo, de la que no se había desviado un ápice, sin embargo de la difícil situación que sus antecedentes políticos le ofrecían para ajustar sus procedimientos a la parte ostensible de los propósitos con que se iniciara la actual administración. Y añadía seguidamente:

> "Si, pués, los intereses del partido o las ambiciones particulares que ellos engendran, han venido a hacer necesaria mi dimisión, quiero por lo mismo, señor Gobernador, que se respete al ciudadano honrado ya que no al partidista, si tal se me considera, atribuyendo mi separación no a las misteriosas razones de cuya existencia, se me dice, responderá mi conciencia, sino a la incompatibilidad de mi permanencia en el mencionado destino con el giro político que V. E. habrá resultó dar a la administración".

La epidemia de cólera, desatada en Villa de Mercedes, obligó a Quiroga a suspender la visita de campaña que tenía proyectada, aunque en la ciudad no se advertían síntomas de flagelo, según informaba el médico de policía don Alejandro Keer. Mientras el ministro Videla recriminaba al presidente de la Municipalidad don Luis Ojeda por haber cedido agua a los puestos "sin que haya llegado aún la oportunidad fijada por la ley", el intendente de policía don Rosario Suárez denunciaba el descuido de los tomeros que dejaban derramar el agua por las calles, "perjudicando también los edificios". El 24 de marzo, para el auxilio moral de los presos, Suárez dispuso instituir una escuela nocturna para que en ella recibiesen "la instrucción primaria y religiosa de que tanto necesitan esos reos" y a la que también podrían ingresar los gendarmes, "para que educándose puedan responder algún día a los altos fines moralizadores con que se deben distinguir en todo pueblo culto los empleados de Policía".

El 12 de abril se efectuaron las elecciones de electores de presidente y vicepresidente de la República, asunto en el que el gobernador Quiroga estaba vivamente interesado. En esa oportunidad, por primera vez en San Luis, se utilizaron urnas electorales. Adquiridas en Buenos Aires, eran de cedro, con cerraduras diferentes y dos llaves para cada una de las nueve urnas.

Como ministro de Justicia, Culto e Instrucción Pública comenzó a actuar el 5 de junio don Mamerto Gutiérrez. Pero la integración del gabinete no encamino la administración hacia surcos fecundos porque en todo el país se respiraba aires de rebelión.

Para el mitrismo – que no se conformaba con la elección de Avellaneda – no quedaba otro camino que el de la revolución. En la Villa de Mercedes el comandante de la frontera se levantaba como una montaña de lealtad. Era el general Teófilo Ivanowski y había que sacarlo del medio. Arredondo, que se decía su amigo, se le puso al lado, aguardando la oportunidad de servir a Mitre. La empresa no era fácil, pero los políticos no dejaban de urdir. Unos días antes del 24 de septiembre, "Ivanowski vino a esta ciudad de San Luis, en donde se le agasajó; pero era con el propósito oculto de prendarlo aquí mismo para alejarle de su tropa y comunicárselo a Arredondo, para que se hiciese cargo de aquellas fuerzas de Mercedes". Pero el plan no pudo concretarse por "disparidades del momento", a las que se sumó la intervención de cierta señora "que inconscientemente impidiera la oportunidad".

El día de la fiesta de la Patrona – el 24 de septiembre, en Villa de Mercedes – los oficiales complotados invitaron al general Ivanowski a un almuerzo que se serviría en la casa del comandante Benjamín Sastre, con la intención de prenderlo y encerrarlo en un sótano. Más el general tenía otro compromiso y se retiró a su domicilio, en la esquina de Balcarce y Suipacha. Allí lo fue a buscar Crisólogo Frías, "tipo probado de valiente, a quien Arredondo le encargó la faena de tomar a Ivanowski vivo o muerto. A la siesta fue. El porta Frías se adelantó al piquete que reforzaba su valor y penetró en la pieza donde el general dormía. Junto con un tiro de revólver, le espetó este sarcasmo: ¡Date preso, gringo pícaro! Del lecho saltó, despavorida, una mujer. Los hombres se trenzaron. No lo mató Frías, porque logró zafarse de las manazas de Ivanowski y salir a la calle, cerrando la puerta tras sí. Rugía el general encerrado. Y a través de las tablas de la puerta, los soldados del piquete lo balearon sin asco.

El 27 de septiembre, Quiroga dirigió una proclama al pueblo, en la que el recuerdo de Pringles y de Lafinur servía de acicate para empuñar las armas del soldado. Porque, según afirmaba el gobernador, al ver que el pueblo argentino se ponía de pie "para hacer efectiva la inviolabilidad de esos derechos consagrados por nuestra carta fundamental", en defensa de la libertad de sufragio "no había hesitado un momento en ponerse al frente del movimiento revolucionario". Arredondo, con sus fuerzas, entró en San Luis el 22 de octubre y de inmediato Quiroga difundió otra proclama, anunciando su marcha hacia Mendoza acompañando al jefe revolucionario. El 25, la vanguardia del ejercito nacional llegó a la ciudad y el teniente coronel Carlos Panelo puso en posesión del gobierno al presidente de la Legislatura, don Rafael Cortés. Por el norte de la provincia habían entrado otras fuerzas leales, al mando del coronel José Iseas, despachado por Roca. Su labor se vio facilitada por la colaboración que prestaron los comandantes de la campaña Manuel Olguín, Tránsito Mora, Julián Barroso, Saturnino Funes y Zoilo Concha.

Cortés, el 27 de octubre, nombró ministro general de Gobierno a don Aureliano Lavié quien poco después se refería a la rebelión con estas palabras: "A esa imprudencia o error se deberá también el retroceso del país, la ruina que ya asoma y, lo que es peor todavía, la miseria espantosa que hoy mismo sufren centenares de familias, tanto aquí como en Villa de Mercedes y demás puntos de la provincia".

En diciembre de 1873 el gobernador Quiroga designó una comisión para reunir productos destinados a la Exposición de Filadelfia y poco después la Revista Alemana llevó a Europa noticias sobre la riqueza minera de San Luis contando para ello con la colaboración del ingeniero de minas don Germán Ave Lallermant. Mientras tanto, en la campaña no descansaban los leoneros y a la ciudad llegarán partidas de indios amigos, que se aviaban a costilla del gobierno, llevándose desde azúcar, yerba y tabaco hasta aguardiente, pavas, botas y algún saco de casimir. A fines de 1873, extendida por el juez nacional doctor Juan de Arredondo, obtuvo carta de ciudadanía don Valentín Luco, nacido en Chile. Pero más comentarios suscitaban las multas aplicadas a don José Lobos, don Eugenio L`Huiller y don Federico Nell por admitir en calidad de empeño diversos objetos robados. En la campaña, los jueces de paz afirmaban su autoridad con el rotundo argumento del cepo.

Villa de Mercedes tenía, ya entonces, perfil propio. En septiembre de 1873 don Pablo Pruneda solicitó autorización para abrir una toma y acequia a la margen izquierda del río Quinto, en el lugar de las Toscas, para llevar más agua a la población e instalar en ella un molino de primera clase. Las elecciones, para concluir bien, requerían el auxilio de la fuerza militar. Aunque no faltaba algún escándalo nocturno, como el promovido por don Rufino Barreiro y varios vecinos el 20 de diciembre de 1873, el que motivaron la intervención del juez del crimen don Raymundo Barroso. A principios de 1874, el cólera provocó numerosas defunciones aunque permitió que algunos vecinos, como don León Dupuy, mostrasen su actividad y sus sentimientos humanitarios. El 20 de enero, en plena epidemia, se nombró una comisión de irrigación que integraron Santiago Betbeder, Francisco Capdevila, Faustino Quiroga, Manuel V.

Olivera, Vicente Sallorenzo, José A. Novillo y Juan C. Barrera. Por entonces, los principales negocios eran las tiendas de Menvielle Hermanos, la panadería de Betbeder, las tiendas de Álvarez y Barreiro, don Francisco Iglesias y de Francisco Godoy, el almacén de Sallorenzo y el Brandi y compañía. Ramón Calvet tenía una confitería, Francisco Minni una botica, Ercolino Lemme una peluquería y Luis Barbeito una fotografía. Según un informe de Faustino Quiroga "no existían establecimientos de crianza, los alrededores estaban casi despoblados y reducidos sus habitantes sólo al círculo de la población por ser la agricultura el único ramo a que se dedicaban".

En marzo fueron elegidos municipales León Dupuy, Juan E. Córdoba, Olegario Sosa, Antonio Iglesias, Santiago Herrero, Tomás Luna y Pedro Páez. Por esos días, al recibirse desde Buenos Aires un cajón con instrumentos de música, el gobierno ordenó al comandante Panelo formar la banda con niños huérfanos o abandonados – los que debían recibir educación primaría - , con advertencia de que "la referida banda no se reputará como perteneciente a ningún cuerpo militar, sino puramente del pueblo de esa Villa". La construcción de la vía férrea entre el Río Cuarto y Villa de Mercedes originó algunos entredichos, pués los empresarios echaban mano a la madera de las propiedades particulares. Después de la revolución, cuando el gobierno pretendió averiguar quiénes habían secundado a Arredondo, Panelo informó que, excepto cuatro o cinco vecinos que se mantuvieron del lado legal, "todos los demás son revolucionarios, según mi conciencia, por que son los mismos que a todo trance hicieron oposición en las elecciones de candidaturas, y ninguno de éstos se presentó a ofrecer sus servicios o cooperar bajo la bandera nacional; por el contrario: unos permanecieron escondidos esperando el desenlace hasta ver si les era favorable, y otros siguieron al ejército de Arredondo, plegándose a sus filas".

En 1874 el obispo Achával realizó su visita pastoral, acompañado por su secretario de cámara, doctor Rainerio J. Lugones y por monseñor Salvador Giles. El 6 de junio designó cura rector interino y vicario foráneo al presbítero Francisco I. Aguirre, quién pidió por ayudante a don Federico Mauboussin "sin embargo de no poder decir misa los días festivos en esta iglesia, no confesar ambos sexos ni saber andar a caballo".

Nombrado inspector general de escuelas a fines de 1873, don Pablo Pruneda desplegó una notable actividad que redundó en beneficio de la educación popular que, insensiblemente, comenzó a convertirse en la nueva industria de San Luis, ya que tales inspectores eran, muchas veces propagandistas de la política oficial. El 25 de mayo de 1874 fue inaugurada la escuela superior de Renca, la cual había sido solicitada a Sarmiento por los vecinos como premio al apoyo que prestarán a su candidatura presidencial. Como director, comenzó su fecunda labor don Saturnino González Camarero, a quien secundaba el profesor Enrique P. Levingston. En la escuela graduada de la ciudad – la que tendía a ser escuela normal de niñas – a partir de septiembre de 1874 ocupó la dirección doña Enriqueta Lucio Lucero de Lallermant, desempeñándose como maestras las señoritas Isaac Astorga, Luisa Saá y Diolira Adaro. Por esa época, becados por el gobierno, estudiaban en Buenos Aires Rodolfo M. Sarmiento, Moisés Etchegoyen, Emeterio Pérez, Eulogio Adaro y Eleodoro Lobos. En la escuela normal de Paraná proseguían sus estudios Franklin Van Sise, Félix Cantalicio Mora, Demetrio Lucero y Julio Ortiz.

Una sociedad anónima titulada "Progreso" – presidida por don José Borrás y de la que era secretario don Valentín Luco – inició en marzo de 1874 tareas encaminadas a construir un teatro en la ciudad de San Luis, donde las guerrillas de letra impresa eran sostenidas por los periódicos *El Oasis, El Telégrafo Y La Independencia.* Joaquín Carlés y José Borrás en el primero, Aureliano Lavié en el segundo y Juan N. Serrano y José María Tissera en el último daban a los pueblos mendrugos culturales y platos fuertes políticos.

La novedad de esta administración la constituyó la adquisición de una calesa para el uso del gobernador, quién poco pudo disfrutarla a causa de la revolución mitrista.

FUENTES

- Archivo Histórico y Gráfico de San Luis.
- Gez, Juan W.: *Historia de la provincia de San Luis*, Tomo II. Buenos Aires, 1916.
- Jofré, Nicolás: *Revolución de 1874.* San Luis, 1935.
- Landaburu, Laureano*: Episodios puntanos*. Buenos Aires, 1949.
- Lugones, Leopoldo (hijo): *Los argentinos y su historia interna*. Buenos Aires, 1962.

CAPÍTULO XVIII

LOS SEÑORES DE LA TIERRA

Gobierno de Cortés

Triunfante Roca en Santa Rosa, el gobierno puntano mandó celebrar un Tedeum por la terminación de la guerra. La legislatura, mientras los guardias nacionales del Regimiento Pringles y del Batallón Sarmiento prolongaban su vigilia, declaró cesante "con calidad de permanente" al gobernador don Lindor Quiroga y confió el mando, interinamente, a don Rafael Cortés, quien prestó juramento el 16 de enero de 1875 "en el salón de la Cámara Legislativa".

Don Julio Ruiz Moreno, comandante de la frontera, a mediados de febrero escribía al ministro Lavié pidiéndole tierra en las proximidades de Villa de Mercedes, para que en ella poblase un capitanejo sometido con toda su indiada, unas cien personas entre varones, mujeres y niños. Manifestaba que, sin asilo seguro donde vivir, mostraban buena inclinación al trabajo y añadía que, "cuando las tropas desampararon la línea, ellos siguieron firmes haciendo el servicio y guardando por si solos esta población", donde pronto se instalaría una escuela para hijos de militares e indios. En el otro extremo, por el lugar de las Liebres, gauchos encabezados por Guayama incursionaban poniendo en actividad al comandante principal del séptimo departamento don Zoilo Concha.

Entre lanza y tercerolas, siempre despierta la política. En marzo, desde San Francisco, aseguraba don Ramón de la Sierra: "en este departamento no hay oposición; están los hombres firmes como fierro para sostener la candidatura de Cortés; en este mismo sentido conozco que está el octavo, el sexto y el segundo departamentos, según comunicaciones que he visto de esos puntos, de personas muy respetables. … Cortés es el hombre que necesita la provincia para que progrese, si no iremos para atrás como el cangrejo". Y desde Dolores – Concarán – don Tránsito Mora llevaba el mismo trinado: "Las cosas políticas marchan bien. Creo que no habrá oposición, porque hasta agora nada se siente y si alguno se mete a bravo, quedará refrito luego". No se equivocaban: el 6 de mayo la asamblea electoral eligió gobernador

propietario a don Rafael Cortés, quien aceptó el compromiso por reconocer “deberse antes al pueblo que a si mismo”.

En octubre de 1875 el gobernador asistió a la inauguración del ferrocarril de Río Cuarto a Villa de Mercedes y en esta población trató diversos problemas con Avellaneda, cuya esposa se interesó vivamente por la suerte de los indios reducidos, logrando que Cortés empeñase su palabra de entregarle tierras, “cosa que ellos pedían desde hacia cuatro años”. Los intereses eran, como siempre, muy dispares: así, mientras don Raymundo Barroso proponía abrir un camino desde Villa Florida a la pampa del Manantial Grande, pasando por la Isla, “para poner en comunicación muy directa y fácil de numerosas poblaciones de los partidos de la sierra con los puntos más comerciales de La Toma, Renca, Morro, y Villa de Mercedes”, don Luis Bellocq trabajaba intensamente en la campaña para fundar Clubs Progresistas , eufemismo que no alcanzaba a los cabuelos del comité.

A fines de noviembre de 1876 el intendente de policía don José Gazari contrató una media docena de ciudadanos que se comprometieron a servir como soldados gendarmes durante cuatro meses, “con puntualidad y honradez”, a cambio de quince pesos bolivianos pagados al fin de cada mes más de dos reales diarios o una ración de rancho consistente en tres libras de carne, media libra de pan, dos onzas de arroz y media onza de sal. En enero de 1877 el gobierno implantó la “boleta de ocupación y vecindad” de la que debían munirse los peones jornaleros, capataces, domésticos e industriales que no pagasen patente propia. Era una libreta, con el nombre, prolija filiación y domicilio, todo certificado por los comisarios o jueces de paz. Asimismo, el interesado debía acreditar “por medio de dos vecinos propietarios”, tanto el domicilio como la honestidad de su vida.

Todo tendía a renovarse: el contador Germán Crespo propuso, en abril de 1877, la adopción de la planilla de empleados como medio de evitar indebidos pagos de sueldos; en junio, la Legislatura declaró necesaria la reforma de la Constitución. Pero la política, la mala política, siempre oblicua y reptante – no dejaba de hacer las suyas. Tanto, que en noviembre el gobierno separó de sus cargos a don José Gazari y a don Julián Barroso – comandantes principales de los departamentos primero y quinto – “por ser notorio el rol político de esos ciudadanos”. Después – el 13 de diciembre – una ley reglamentó las elecciones y fijó las atribuciones y deberes de la mesa electoral. La urna – “todas de un mismo modelo, con dos llaves de distinta cerradura, las que se cerrarán en presencia del pueblo” – más que símbolo, se convertía en mito de una época.

Cortés fue secundado, hasta el 26 de agosto de 1875, por don Aureliano Lavié. El 6 de octubre de ese año nombró ministro de Gobierno al doctor Marcial Gigena y de Hacienda e Instrucción Pública al doctor Abraham Silveira. A fines de enero de 1876 renovó su gabinete, designando a don Valentín Luco y a don José Napoleón Sosa, quien falleció el 17 de septiembre del mismo año. En la secretaría, el oficial mayor don Toribio Mendoza aprendía el difícil arte de gobernar y esperaba su tiempo.

* * *

Cuando la revolución, no a todos les fue tan bien como a los mercedinos. Por acompañar a Arredondo, en el cuartel estuvieron a disposición del juez nacional varios vecinos del séptimo departamento: Juan Tomás Montiveros, Galo Funes, Ciriaco Sarmiento y Juan P. Jofré. El gobernador, en octubre de 1876, señaló, que la propiedad y la seguridad individual se hallaban amenazadas por cuanto nuestra legislación penal resultaba ya impotente para corregir los

delitos “que cada día se repiten”. Varios medios puestos en práctica para evitar el mal resultaron ineficaces, “pues la provincia carecía de los elementos indispensables para la aplicación de penas severas, que sean capaces de intimidar al delincuente”. En consecuencia, Cortés proponía al ministro del Interior “un medio salvador, que varios señores Representantes y ciudadanos respetables han indicado” que todo condenado a presidio por más de dos años, sea entregado al jefe de fronteras de la provincia para que, bajo la vigilancia de las fuerzas nacionales, sea conducido a los lugares de deportación o presidios que la Nación tiene.

El presidente de la Cámara de Justicia, doctor Cristóbal Pereira, redactó en marzo de 1877 un interesante informe. Bajo el título “Clases y causas del crimen” expresa: “Los crímenes más comunes son el abigeato de cuatropea mayor y menor, robos o hurtos de poca monta y riñas, reconociendo por causas principales la vagancia por la facilidad de la vida – proveniente de la usual generosidad de sus habitantes para atender y servir a sus huéspedes – es alimentada sin represión, y por la poca vigilancia de la autoridad a consecuencia de la extensión considerable que medía entre las poblaciones”.

Cortés, en julio de 1875, pasó a la Legislatura un proyecto de Ley por la que se creaba el Departamento Topográfico, que tendría como principal e inmediata tarea el levantamiento del plano catastral de la provincia.

En septiembre de 1877 la Cámara dispuso la apertura de un camino recto desde esta ciudad hasta Quines. Ese mismo mes el gobierno celebró contrato con don Enrique Mitchell, quien recibió una cuadra cuadrada de terreno fiscal adyacente a la represa del Potrero de los Funes, bajo la condición de plantar árboles en las riveras y cuidarlos por el término de cinco años. Ya entonces Mitchell disponía de un bote que el gobierno había comprado en Rosario.

A fines de 1874 en presbítero Aguirre manifestaba al secretario del Obispado que “en esta provincia, en donde no están desarrolladas las ideas religiosas, no se encuentra vocación iniciada; los que quieren ir, desde ahora ya declaran que su único fin es ver si pueden hacerse abogados o médicos”. Sin embargo, en 1875, los jóvenes Reynaldo Pastor y José Aberastain dejaron la escuela de San Francisco para ingresar al Seminario Conciliar de Cuyo. Aguirre suscribió también otro notable informe, en ese año, 74: “La tal cofradía – del Rosario – más bien se puede llamar una logia masónica, por cuanto muchos de ellos, y principalmente los mayordomos y empleados principales, son masones según voz pública”. Varios problemas se advertían en distintos lugares de la provincia: en Villa de Mercedes, algunos vecinos se negaban a entregar las primicias; en Santa Rosa, el juez de alzada divorciaba por seis pesos; y en la ciudad, el áspero cura Aguirre, sin titubeos, rechazaba unas boletas de sepultura eclesiástica, despachadas por la Intendencia de Policía “a favor de soldados en actual servicio y para párvulos habidos de un comercio inmoral con mujer soltera”. Sostenía Aguirre que “el procedimiento adoptado no sólo es poco honroso, sino inmoral a todas vistas, a menos que se conceda que en la ley militar está admitido el concubinato”. El padre Andrés Funes también tenía sus puntos de vista; en septiembre de 1877 decía al doctor Lugones: “Me tomo la libertad de rogar por su intermedio a Su Señoría Ilustrísima nuestro Diocesano, que no nos mande extranjeros para estos curatos y sí conciudadanos por provincia o nación”.

El Poder Ejecutivo, en enero de 1875 convocó a la Legislatura a sesiones extraordinarias, incluyendo entre los asuntos a tratar un proyecto de reforma de la ley de instrucción primaria. Por entonces, los sueldos de los maestros comenzaban a despertar interés en algunas personas despiertas. Así, don Valentín Pérez remitió una circular a las escuelas, expresando estar al corriente de la tramitación de las cuentas y contar con medios para saber con anticipación cuando se efectuaría el pago. Por consiguiente, se ofrecía para “recibir planillas, pasarlas al Gobierno, cobrar y enviar la plata”. Añadía que, para el mejor éxito, se había asociado a Germán Crespo, empleado en la Contaduría, “persona idónea y honrada”. Como retribución, pedía el dos por ciento. Hasta 1877 el gobierno no prohibió a los empleados aceptar comisiones contra el Tesoro.

El 31 de marzo de 1875 el ministro Enésimo Leguizamón avisó la creación de la escuela normal de Tucumán, en la que San Luis dispondría de algunas becas. Poco después sugería la instalación, en esta ciudad, de una escuela normal de maestras, labor que ya había sido encarada por el gobierno. El censo de la población escolar, efectuado a fines de ese año, dio un total de 14.664 niños. En 1877 algunos jóvenes puntanos estudiaban en la Escuela de Agronomía de Mendoza; eran ellos Pedro Nievas, Tomás Prieto, Juan Sosa, Gregorio Pruneda, Leopoldo Giménez y Pablo Segundo Pruneda. En enero de ese año se instaló en la escuela normal de niñas la Sociedad Protectora de la Educación que se proponía, entre otras tareas, fomentar y sostener una biblioteca popular denominada “Coronel Pringles”.

En marzo de 1877 don Joaquín Carlés celebró contrato para administrar la imprenta del gobierno, “sin otra remuneración que la libertad de hacer uso de la misma imprenta para la publicación de un periódico”. De ese modo El Oasis entró en su segunda época, que ha dejado notables testimonios del periodismo de aquellos años. Como lógica reacción a la prédica oficialista, en mayo apareció El Puntano a fines de ese año fue necesario dictar una ley de imprenta.

Además del palo enjabonado “para juguete de los muchachos”, San Luis aplaudió en 1876 la labor de un circo o compañía de equitadores, que también actuó en Quines y San Francisco.

Entre las personas de destacada actuación, fallecidas en 1875, es preciso recordar al riojano don Benjamín del Moral, al catamarqueño don Faustino Berrondo y al puntano coronel don Manuel Baigorria. También puede anotarse un regreso: el de don Felipe Saá, en abril de 1877.

Gobierno de Toribio Mendoza

Elegido gobernador el 8 de mayo de 1878, don Toribio Mendoza designó ministro general de gobierno al doctor Jacinto Videla, quien renunció el 24 de diciembre de 1879. A partir del 6 de febrero de 1880, el ministro fue desempeñado por don Adolfo J. Igarzabal.

Las primeras actividades del gobernador tendieron a dotar de oficialidad adicta al Batallón San Luis de guardias nacionales, poniéndolo a las órdenes del teniente coronel don Rosario Suárez y nombrando segundo jefe al sargento mayor don Juan Luis Sarmiento.

El 1º de enero de 1879 se instaló la Convención Constituyente que debía introducir algunas reformas en la ley fundamental. Según expresó Mendoza en su discurso inaugural, “la actual Constitución de San Luis no es mala pero puede ciertamente ser mejor”. Particularmente se buscaba “vigorizar el Poder Judicial para poner fin a la práctica de la guerra privada”.

Como señales alentadoras, en abril de 1880 se iniciaron en Villa de Mercedes los trabajos de prolongación del Ferrocarril Andino, en tanto desde San Juan llegaba la noticia de la muerte de Santos Guayama. No obstante, el gobierno puntano proseguía militarizando la provincia, en previsión de la tormenta que se cernía sobre Buenos Aires. El 9 de junio la guardia nacional fue declarada en asamblea y puesta a las órdenes del presidente de la República, a la vez que todos los cuerpos eran acuartelados, manteniéndolos en activa disciplina.

Mientras el ingeniero Guillermo White disponía el estudio previo para el trazado de la línea férrea entre San Luis y la Villa de la Paz, el gobernador Mendoza hacía cantar un Tedeum el 8 de diciembre de 1880, para celebrar la instalación definitiva de las autoridades nacionales en la ciudad de Buenos Aires, lográndose así “la consolidación y afianzamiento de la paz pública y de las instituciones”.

Pocos días después en Villa de Mercedes, durante las elecciones de municipales efectuadas el 26 de diciembre, se produjo un gran desorden que el juez correccional don Olegario V. Quiroga calificó de “motín sedicioso”. Al instalarse la mesa electoral, se “introdujo bruscamente Abértano Quiroga, quien venía como jefe de un grupo de hombres en su mayor parte desconocidos y todos ebrios en un completo desorden y armados de puñal y revólver”. Era evidente la intención de “hacer un bochinche”, pues desde la casa de Abértano “provocaban llamando conchitas a los que no eran de su bando”. Esto motivó que “El Club de Villa de Mercedes se abstuviese de votar, no obstante ser superiores en número, clase y condición”. Por decreto de fecha 5 de enero de 1881, el gobernador Mendoza dispuso trasladar las autoridades del tercer departamento, en forma permanente, a Villa de Mercedes y nombró comandante principal, con residencia en dicho punto, al teniente coronel don Antonio Ardiles.

* * *

El 9 de noviembre de 1878 fue promulgada la ley que autorizaba a expropiar nueve cuadras cuadradas en los Manantiales, comprensión del octavo departamento, para formar un centro de población que años más tarde se denominaría Villa General Roca. Otra ley, promulgada el 14 de ese mismo mes y año, mandaba expropiar tierras en el segundo departamento, paraje denominado Overa Negra, donde se trazaría la Villa Lafinur. En diciembre de 1879 se designó una comisión distribuidora de sitios en Quines y en octubre de 1880 se hizo lo mismo en Nogolí. Mientras don Juan Llerena estudiaba con el comisionado de Córdoba el problema de límites, el municipio de San Luis era dividido en cuatro secciones policiales, cuya línea divisoria lo constituía el crucero formado por las calles Rivadavia y Ortiz Estrada (actualmente Pringles). También en noviembre de 1880 se subvencionó a Lallemant con 1.200 pesos fuertes, para que pudiera terminar su mapa de la provincia.

En 1878 estudiaban en Buenos Aires, becados por el gobierno, los jóvenes Rodolfo M. Sarmiento, Emeterio Pérez, Moisés Etchegoyen y Dionisio Delgado; en Paraná, Adeodato Berrondo y Julio Ortiz; y en Tucumán, Juan T. Zavala – que concluyó su carrera a fines del 80 – Lucas Olguín, Agenor Mayorga, Eulalio Astudillo y Gregorio Gatica. A mediados de 1880 el Banco Nacional concedió a la Comisión de Educación un crédito de veinte mil pesos, con garantía de la Provincia.

A mediados de 1878 se mandó componer la cancha de carreras, en la calle ancha del Norte. El 2 de noviembre de 1878 el gobierno ordenó abrir una plaza en la manzana comprendida entre las calles Ortiz Estrada, Rivadavia, Comercio y Colegio Nacional, y designó una comisión integrada por Miguel Cobos y Campos, Cristóbal Pereira y Juan Rovelli para que se encargase de las tareas de expropiación y avaluación. Este es el origen de la actual plaza Pringles.

En 1879 se libró al servicio público el matadero, se dispuso construir un lago en la plaza Independencia y se mandó edificar un nuevo cuartel. También se creó la Oficina Topográfica, se mejoró el sistema de contabilidad de la administración pública y se estableció el uso de estampillas fiscales. También se resolvió que en los pagos al Estado no se admitieran otras chirolas que las de 1870 a 1877 inclusive, por cuanto las otras no daban el peso de la ley. También se desechaban las chirolas “gastadas o inutilizadas por agujeros u ojos de botones”.

De 1878 es el siguiente detalle de sacerdotes que actuaban en la provincia: parroquia de la Capital: Andrés Funes (puntano), Luis Joaquín Tula (catamarqueño), Federico Mauboussin (francés) y Santiago Olavarria (español); parroquia del Saladillo: Gregorio Ramírez (chileno);

parroquia de San José del Morro: José Cardinalí (italiano) Marcos Donati y Vicente Arancibia (chileno); parroquia de Renca: Julián Perea (español); parroquia de Santa Bárbara: Miguel Fausto Fayó (argentino); parroquia de Santa Rosa: Juan Jordán (mendocino), Norberto Vera (sanjuanino), Daniel Funes (puntano) y Rafael Raposo (chileno); parroquia de San Francisco); Justo del Carmen Arce (puntano) y Juan Anzorena (español).

En el interés de que la provincia estuviese representada en la exposición y feria organizada por la Sociedad Rural de Buenos Aires, el gobierno designó una comisión para recolectar productos; integraron las mismas Froilán Quiroga, Miguel Cobos y Campos, Hipólito Pastore, Pedro Antonio Lobos y Saturnino Laborda, quienes comenzaron sus tareas a mediados de octubre de 1879.

Por entonces don José Parellada había arreglado la calesa del gobierno, encargándose también de hacer pintar en sus portezuelas "el escudo de la provincia con las armas de la patria".

En abril de 1881, don Manuel Beruti, vecino de Buenos Aires, compró a don Félix Quiroga la concepción para explotar una empresa de lotería. El gobierno, por su parte, trataba de hacer vibrar la cuerda patriótica. Así, el 25, en la Plata, los alumnos de las escuelas saludaban al Sol de Mayo entonando las estrofas del Himno. En 1880 se designó al brigadier general don Juan Esteban Pedernera para que asistiese a la recepción de los restos de San Martín. Y el 20 de mayo de 1880, centenario de Rivadavia, el gobierno declaró feriado para "celebrar regocijos públicos en honor a la memoria de tan gran hombre".

El 30 de enero de ese año había muerto en la ciudad de San Luis don Felipe Saá.

Primer gobierno de Zoilo Concha

El gobernador don Zoilo Concha asumió sus funciones el 8 de mayo de 1881 y fue secundado por el ministro general de Gobierno don Rafael Cortés, cargo que el 17 de marzo de 1883 comenzó a desempeñar el doctor Jacinto Videla, hasta el 17 de enero de 1884, en que renunció.

Se preocupó el nuevo mandatario por dotar a San Luis de una adecuada Casa Departamental de Gobierno, donde funcionasen las numerosas oficinas desparramadas por la ciudad. A fines de 1881 encomendó a Adolfo J. Igarzabal, Mauricio P. Daract, Celestino Jofré y Joaquín Carlés la redacción de una memoria descriptiva de la provincia, tarea que después se encargó al último de los nombrados por cuanto había adelantado ese trabajo desde las páginas de El Oasis. El ingeniero Lallemant, por su parte, también redactó una interesante Memoria que, por razones políticas, no fue admitida.

El 24 de abril de 1882 se aprobaron las Instrucciones para los Agrimensores Públicos y el 1º de agosto se inauguro la estación de ferrocarril contigua a la cual se formó una plaza pública (denominada años más tarde plaza Colón y actualmente ocupada por la Estación Terminal de Ómnibus).

Una comisión integrada por Toribio Mendoza, Jacinto Videla, Adolfo J. Igarzabal, Serapio de la Cuesta y Carlos Juan Rodríguez se encargó de organizar la recepción del presidente don Julio A. Roca. El 4 de diciembre de 1882, decía: "Invitamos también a nuestras nobles matronas a preparar flores y tejer coronas para el héroe, asociándose así al Pueblo que levanta arcos triunfales para recibir al vencedor de una raza que hasta ayer nos tuvo por tributarios". El miércoles 6 llegó el nuevo héroe del Desierto y esa noche se le ofreció un banquete en el Club Social. La crónica anota que los discursos estuvieron a cargo de Carlos Juan Rodríguez, del Presidente y del doctor Estanislao Zeballos. También recuerda que, en el baile del 9, Roca bailó las primeras cuadrillas.

El 19 de agosto de 1883, en los salones de la Municipalidad de Villa Mercedes “y en presencia de una numerosa concurrencia”, quedó oficialmente instalado el Juzgado de Letras. En octubre, esa población volvió a ser asiento de la Comandancia de la frontera y ese mismo mes el Poder Ejecutivo pasó a la Cámara un proyecto de ley para levantar un plano de municipio mercedino y, con la venta de los terrenos que resultasen municipales, realizar diversas obras públicas.

Los límites de la provincia constituyeron permanente preocupación para el gobernador Concha. El 26 de noviembre de 1883 el general Roca dictó el laudo que tendía a resolver los problemas con Córdoba. Una ley sancionada en noviembre de 1881, que autorizaba a formar una colonia agrícola en rivera del río Diamante puso en conmoción a los mendocinos, que incursionaron por las cercanías del Salto mientras Roca pedía que se respetase el statu quo. En marzo de 1884 Rafael Giménez informaba que “el río viejo quedaba a la parte del poniente; pero como los jefes – mendocinos – que antes han ocupado el Salto y Vacas Muertas lo hicieron tapar con los soldados, tuvo que variar la dirección de la corriente”, internándose en territorio puntano. El 3 de febrero de 1882, en la ciudad de San Luis, se celebró un tratado de límites con La Rioja, por medio de los comisionados Remigio Rivas Encinas y Rafael Cortés, tratado que la legislatura puntana aprobó el 30 de junio.

Don Miguel Cobos y Campos – que tuvo a su cargo la construcción del edificio para la escuela normal de niñas – en junio de 1881 sugirió plantar árboles en la plaza Pringles, los que se podían conseguir en la Escuela Agronómica de Mendoza. Pidió, en consecuencia, 250 ejemplares de aguaribay, “árbol originario del Perú, de ramaje fino y delicado, verde todo el año, fruto rojo de muy buen efecto aromático y de fácil aclimatación”. Por su parte, don José Urtubey propuso construir planchar para nomenclatura de calles y numeración de puertas. Por sanción del 12 de septiembre de 1881 el Poder Ejecutivo fue autorizado para expropiar tierras en lugar de los Corrales, a fin de trazar una nueva villa en el séptimo departamento.

En octubre de 1881 se encomendó a Froilán Quiroga y Buenaventura (hijo) la formación del Registro Oficial, tarea que en 1883 volvía a proponer don Germán Crespo. Pero, si en ese trabajo no se adelantaba, otros testimonios mostraban el quehacer tanto del gobernador como de los diputados. En noviembre de 1881 se promulgó la ley de Contabilidad y dos años después – el 8 de noviembre de 1883 – la Cámara sancionó el Código de Procedimiento en lo Civil y la Ley Orgánica de los Tribunales, redactados por doctor Juan B. del Campillo, el doctor Mauricio P. Daract y el licenciado don Carlos Juan Rodríguez. El Código era, según se dijo entonces, “el más republicano de la República, pués no reconoce fueros de ninguna especie”.

En un modesto local de la plaza Pringles fue instalado el 12 de diciembre de 1880 el Liceo Artístico, donde se enseñaba música y dibujo. Presidido por don Toribio Mendoza, en junio de 1881 se constituyó el Club Industrial y el 25 de septiembre de 1882, en el Colegio Nacional, quedó fundado el Centro Unión y Progreso, que buscaba “respondes a los fines de la educación”, principalmente con disertaciones semanales. Por una ley promulgada en abril de 1883, el Poder Ejecutivo se suscribió con cuatrocientas acciones al edificio proyectado para sede del Club Social, que entonces ocupaba una casa con don Mauricio Orellano, frente a la plaza Independencia.

El atraso en el pago de los sueldos originó, a fines de 1881, un serio conflicto en la escuela graduada de niñas – la escuela normal – pués Lallemant hizo firmar a su esposa Doña Enriqueta Lucero una queja dirigida a las autoridades nacionales, documento que desagradó al gobierno puntano, pués vio en su contexto intenciones políticas. Tanto la directora como las profesoras fueron separadas de sus puestos como castigo por su “proceder irrespetuoso”. Resuelta por el gobierno nacional la instalación de la Escuela Normal en el edificio cedido por las autoridades de San Luis, en marzo de 1884 llegó a esta ciudad su directora, señorita Adela Horney y poco después el nuevo establecimiento inicio su labor educativa y cultural.

El gobernador Concha proyectó una ley complementaría de la educación con el propósito de evitar la acumulación de empleo. El texto, redactado en octubre de 1883, establecía que "los empleados de la Comisión de Educación no podrán aceptar ningún otro cargo rentado, con excepción de comisiones especiales". El 20 de enero de 1884 inspectores y maestros fueron reunidos en "Conferencias pedagógicas" organizadas por el presidente de la Comisión de Educación don Carlos Juan Rodríguez para "estimular e ilustrar a sus agentes inmediatos, los preceptores, que son los héroes desconocidos y olvidados en la paciente y ardua cruzada contra la ignorancia".

En noviembre de 1878 el Gobierno nacional acordó una subvención mensual para ayudar a edificar una nueva iglesia frente a la plaza Pringles. La piedra fundamental fue colocada el 25 de mayo de 1883, actuando como padrinos el gobernador y su ministro Rafael Cortés, y como madrina doña Ercilia Ortiz de Ortiz Estrada.

San Luis recibió en 1881 la emocionante visita del general Pedernera, quién vino a reafirmar sus derechos a las tierras que el gobierno le donara cerca del Fuerte Constitucional y también a cobrar sus sueldos de gobernador, que quedaron pendientes en 1859. Un año después en junio de 1882 – la ciudad fue escenario de un clamoroso homenaje a Garibaldi: se vio alguna camisa roja y don Mauricio Daract evocó sus días de lucha en Montevideo, junto al famoso conductor.

El periodismo tuvo dos nuevas expresiones: El Ferrocarril, que apareció el domingo 1º de octubre de 1882 bajo la dirección de Emeterio Pérez, y El Garrote, "periódico dominguero jocoso" que en agosto de 1883 público y esgrimió don Joaquín Carlés.

A fines del año 1881, la pelota estaba de moda. Y "en la mejor calle de San Francisco, los hombres más serios, como Maximino Diz, Mariano Carreras, el joven fotógrafo Mr. Bertín, el joven Acevedo y muchos otros, se entretienen peloteando a más y mejor".

El 15 de septiembre de 1883, a medianoche, se sintió un temblor, particularmente intenso en San Martín. El 24 de octubre, entre las 7 y las 9 de la mañana, la ciudad fue azotada por el huracán. Pero nada contenía el avance del progreso: en noviembre de ese mismo año, don José Romanella avisaba haber comprado en Buenos Aires "una poderosa máquina para fabricar soda y limonada gaseosa, la que muy pronto empezará a funcionar"

Gobierno de Eriberto Mendoza

Don Eriberto Mendoza se hizo cargo de sus funciones el 8 de mayo de 1884. Su ministro general de Gobierno fue el doctor Juan Cancio Ojeda hasta el 19 de junio de 1885 en que esa cartera pasó al doctor Rodolfo M. Sarmiento, en tanto que a don Carlos J. Rodríguez se le encargaba en ministerio de Hacienda, Culto e Instrucción Pública. En marzo y también en abril de 1885, por ausencia de Mendoza, actuó como gobernador interino don Victorino Lucero.

En junio de 1884 el intendente general de Policía pidió la designación de agentes especiales para vigilar la exportación de frutos, que muchos comerciantes realizaban sin munirse de guía. A fines de ese año el gobierno nombró una comisión encargada de reformar el reglamento de irrigación de Quines y Candelaria, la que integraron Evaristo Calderón y Gabriel Arce, Nicomedes Alaníz, Paulino Suárez, Pilar Pereira, Cipriano Arena y Antonio Ruiz. Amenazadas varias poblaciones del departamento Ayacucho por la viruela, el doctor Eulogio Adaro se trasladó a ellas para propagar la vacuna. En noviembre de 1785 los vecinos del Chorrillo y los Socavones pidieron la expropiación de la Toma y canal de San Roque, pero el gobierno no accedió a esa solicitud alegando que la expropiación sólo beneficiaría a particulares; también les prohibió empalmar con el nuevo canal del dique, porque estaba destinado a conducir agua a la ciudad.

Las noticias sobre existencia de cólera en la Boca y mala situación sanitaria en Rosario, determinaron que el gobernador, el 8 de noviembre de 1886, designase comisiones de higiene para que actuasen en esta ciudad y en Villa de Mercedes. Componían la primera los doctores Hugo Pieruccetti, Eulogio Adaro, Dionisio Delgado y Agustín Vila, en tanto que integraban la comisión mercedita don Pablo Minvielle, don Antonio Ardiles, el doctor Juan Brueta, don Juan Astrié y el general Leopoldo Nelson.

Para mayor seguridad el gobierno clausuró las comunicaciones con el Litoral y Córdoba e impidió el avance de los trenes procedentes de Buenos Aires, lo que motivó diversos e insistentes reclamos. Las autoridades mendocinas pedían que se dejara pasar la correspondencia, previamente fumigada, en tanto que las cordobesas no se avenían a establecer cuarentenas. El 4 de diciembre y a cargo del doctor Pieruccetti se instaló en la ciudad de San Luis una casa de aislamiento para todos los pasajeros procedentes de lugares infestados, quienes debían permanecer en ella durante sesenta horas.

También en diciembre de 1886 se nombraron las primeras comisiones municipales de la campaña, de acuerdo con la ley dictada el 5 de noviembre de ese año. Correspondían a Saladillo, Renca, Dolores, San Martín, Santa Rosa, Merlo, San Francisco y la Majada, Lujan y las Salinas, y Quines y Candelaria. Desde el 1º de enero de 1887 fue de uso obligatorio, en toda la provincia, el sistema métrico decimal de pesas y medidas adoptado por el Gobierno nacional. En la capital se mandó establecer, por la Intendencia Municipal, la oficina central de pesas y medidas.

En julio de 1884 una ley aprobó el contrato celebrado entre el gobierno y don Tránsito Mora para fundar un Banco Monte Pío. El 8 de agosto de ese año otra ley dio denominación a los ocho departamentos de la provincia, que en lo sucesivo se llamarían departamento de la Capital, Coronel Pringles, General Pedernera, Chacabuco, San Martín, Junín, Ayacucho y Belgrano. En mayo de 1885 se concedió al empresario de los baños públicos de la ciudad de San Luis las diez noches de agua que solicitaba. Una ley del 13 de junio autorizó a don Saturnino Laborda a establecer una empresa telefónica, con privilegios por cinco años. Poco después se otorgó concesión por dieciocho años a don Prudencio V. Aguilar, quien se proponía construir y explotar “un tranway con motor de sangre, para pasajeros y carga”, en el municipio de Villa de Mercedes.

A fines de septiembre de 1886 fue reglamentada y a mediados de diciembre se hizo lo mismo con la ley, ley que acordaba beneficios a las plantaciones de viñedos relacionada con la explotación de los bosques.

El agrimensor don Felipe C. Velázquez, en mayo de 1884, demarcó parte de la línea divisoria en Córdoba y el 19 de noviembre de 1886 se nombró una comisión para dirimir límites con Mendoza, la que integraron Ángel Silva, Jorge Duelan y Abel Gutiérrez.

En junio de 1884 se crearon dieciséis becas en la Escuela Normal de Maestras, las cuales debían concederse a razón de dos por cada departamento de la provincia. Una cantidad igual de becas se fijó, poco después, para la Escuela Normal de Varones, que funcionaba anexa al Colegio Nacional.

El ministro Eduardo Wilde mostró interés, en mayo de 1884, por la forma como el gobierno de San Luis ejercía el vicepatronato. En consecuencia, solicitó que se le informara también cuáles eran los curatos provistos interinamente y desde cuándo.

A la Escuela Agronómica de Mendoza se le donó, en mayo de 1885, un herbario de la flora puntana y una colección de maderas de la provincia, elementos que habían figurado en la Exposición Interprovincial organizada en aquella ciudad con motivo de la visita del general Roca.

Para dar mayor publicidad a los actos y resoluciones del gobierno, y para que las oficinas formasen su archivo, el 21 de octubre de 1885 se dispuso publicar por la Imprenta del Estado,

quincenalmente, un Boletín Oficial que estaría bajo la dirección de la Secretaría de los Ministerios.

En los últimos días de 1885 se publicó en San Luis el primer libro de versos: Penumbras, de Emeterio Pérez. En 1886, también de talleres puntanos, salió la primera novela. La escribió el doctor Arturo Domínguez y se titulaba Raquel.

La crónica registrada, lejos del terruño, la muerte de dos notables soldados: el 7 de julio de 1884 falleció en Villa María el general Juan Saá. Y el 1º de febrero de 1886, en Buenos Aires, se apagó la vida de Pedernera.

Segundo gobierno de Concha – Gobierno de Orellano

Luego de asumir el mando por segunda vez, don Zoilo Concha designó ministro de Gobierno al doctor Rodolfo M. Sarmiento, quien desempeño esas funciones desde el 9 de mayo de 1887 hasta el 20 de julio, fecha en que fue reemplazado por don Eriberto Mendoza, mientras él continuaba como ministro de Hacienda. A mediados de noviembre, Mendoza se hizo cargo del gobierno en forma interina, por haber viajado a Buenos Aires el titular con licencia por quince días. Concha falleció en San Luis el 7 de febrero de 1888, por lo que asumió provisoriamente el Poder Ejecutivo don Ruperto Aguilera, vicepresidente primero de la Legislatura, quien el 17 puso en posesión a don Mauricio Orellano, designado gobernador interino. El 29 de abril fue nombrado gobernador propietario y el 8 de mayo prestó el juramento de estilo. Cuatro días después confió el ministerio de Gobierno a don Adeodato I. Berrondo y el de Hacienda, Justicia e Instrucción Pública al doctor Benigno Rodríguez Jurado.

El julio de 1887 se autorizó a la Municipalidad de la Capital a contraer un crédito en cuenta corriente en el Banco Nacional, por la suma de diez mil pesos y con un interés del cinco por ciento trimestral. El 8 de agosto fueron aprobados los trabajos del trazado de la línea divisoria con Córdoba, desde la Lomita hasta el paralelo 35. y ese mismo mes se ordenó levantar el plano catastral de Villa de Mercedes, trabajo encomendado al agrimensor don Abel P. Gutiérrez, quien debía tomar como base de la mensura el centro de la plaza 6 de Diciembre.

Velando por la moral y el orden público, resentidos por los continuos desórdenes que ocurrían en la ciudad, el 16 de mayo de 1888 se ordenó al jefe de Policía pasar diariamente un parte detallado de las novedades y mensualmente un cuadro de los arrestados, con indicación de nombre, sexo, motivo, tiempo de la prisión y castigo; dichos cuadros se harían publicar “inmediatamente en todos los periódicos”. A fines de julio fueron designadas como comisiones para gestionar la cesión de terrenos destinados a la línea férrea de Mercedes a La Rioja. El 8 de octubre se creó una oficina anexa a la Intendencia General de Policía, para que formase el registro general de marcas y señales de todos los departamentos. El 22 de ese mismo mes se designó a Antonio Ardiles, Marcos Domínguez, Remigio Suaste y el agrimensor Agustín Muñoz para que determinasen el terreno adecuado para la fundación del pueblo “Coronel Pringles” en la región sur de la provincia, sobre la línea del futuro ferrocarril entre Bahía Blanca y Mercedes. En esta población se mandó comprar o expropiar una manzana para cederla al Departamento de Obras Públicas de la Nación, a fin de que en ella se construyese el Hotel de Inmigrantes. Para regularizar el servicio médico y atender de una manera más seria la salud pública, a mediados de diciembre se dispuso que ninguna persona pudiera ejercer la profesión de médico, sin haber presentado antes sus títulos al gobierno para que fuesen visados.

En mayo de 1889 se dictó un decreto destinado a reprimir la vagancia de las mujeres y se estableció para ellas el boleto de conchavo; las que se encontrasen sin él, “vagando o en los bailes, permitidos o no”, serían conducidas a la Casa del Buen Pastor. También en mayo el gobierno aceptó la propuesta de Menichetti, Battini y Quadri para la construcción del boulevard

de la calle ancha del Norte. El 15 de junio, la Legislatura aprobó el decreto de fecha 27 de mayo que creaba la Oficina del Registro de Matrimonio Civil en toda la provincia. A fin de julio se mandó mensurar el terreno destinado a la población de Santa Rosa, en el departamento Junín, lugar donde don Juan T. Zabala adquirió diez manzanas para dedicarlas a viñas, a razón de quince pesos la manzana.

El 1º de enero de 1890 entró en vigencia el nuevo Código de Procedimientos Criminales. De acuerdo con órdenes del Gobierno Nacional, el 26 de julio se decretó la movilización de las milicias y el ministro Berrondo debió trasladarse a Villa de Mercedes para organizar las fuerzas, ante la alarma proveniente de Buenos Aires. El 28 se dispuso que todos los habitantes entregasen las armas del estado existentes en su poder y el 29, por la noche, las calles de Mercedes fueron recorridas por una manifestación. Este suceso fue el origen de la creación de la Jefatura Política del Departamento General Pedernera que se confió al coronel Antonio Ardiles por decreto del 29 de noviembre, el que ponía de relieve el incremento de Villa de Mercedes y el desarrollo de su progreso.

El 25 de febrero de 1891, “para garantizar el orden y la seguridad pública durante la lucha electoral”, el gobierno dispuso invertir hasta cincuenta mil pesos en aumentar las fuerzas policiales.

* * *

La ley promulgada el 14 de noviembre de 1888 creó un banco de emisión, depósitos y descuentos que se denominaría Banco de San Luis, con casa principal en esta ciudad. Su capital sería de dos millones quinientos mil pesos, y el gobierno contribuiría con seiscientos mil pesos oro procedentes del empréstito autorizado por la ley del 24 de agosto. Al senador Toribio Mendoza se le encargó gestionar la incorporación del Banco de San Luis a la ley de Bancos nacionales garantidos. Para fundar e instalar la institución, el gobierno designó un directorio provisorio integrado por don Narciso G. Gutiérrez, el doctor Juan A. Barbeito y don José Espinosa.

En julio de 1887 asumió la dirección de la Escuela Normal de Niñas la señora Dolores Monteros de Claveles. En marzo de 1889, “para que la instrucción elemental se extendiese a todas las clases sociales, principalmente a aquellas que necesitan del trabajo para su subsistencia”, el gobierno creó una escuela dominical de mujeres, a la que los patrones o encargado de sirvientes podrían mandar las niñas comprendidas entre 7 y 13 años, aunque también serían admitidas “sirvientas hasta 45 años”. Por decreto del 6 de noviembre de 1889 se dispuso que todos los maestros y alumnos normales, de ambos sexos, que terminarán sus estudios becados o subvencionados por el tesoro provincial, estuvieran obligados a dedicarse al magisterio en las escuelas públicas de San Luis.

En septiembre de 1888 se autorizó al presidente de la Comisión de Educación a adquirir 250 ejemplares de la biografía del coronel Juan Pascual Pringles, escrita por don José Juan Biedma, los que serían destinados a las bibliotecas escolares. En los últimos días de mayo de 1889 se reorganizó la comisión para la estatua del héroe de Chancay, integraron entonces Ruperto Aguilera, Eulalio Astudillo, Felipe S. Velázquez, Victorino Lucero y Juan T. Zavala.

Una ley promulgada el 3 de julio de 1888 aprobó el contrató celebrado en noviembre del año anterior con Sartorio y Deluiggi para la construcción de la iglesia matriz y destinó, para sufragar los gastos, el producto de la venta de hasta doce leguas de tierras en el grado 36.

A mediado de 1887, mientras las carreras cada día despertaban más entusiasmo, se abogaba por la supresión de las riñas de gallos. A fines de mayo de 1888 se restableció la banda de música de San Francisco y en 1890, con motivo de la estadía de don Quintito Bocayuva, el piano del Club Social fue afinado por Santiago Seafati.

El 6 de agosto de 1887 se inauguró el teatro del Club Social, presentándose la compañía lírica dramática por Manuel Pérez Padrón. Por entonces se anunciaba la aparición de un folleto "impreso en el Litoral" y titulado Los Mendoza en San Luis.

En 1889 Pauser proveyó los primeros diplomas litografiados y las carteras o carnets de cuero de Rusia, para los señores diputados.

Gobierno de Videla – Revolución de Teófilo Saá

El doctor Jacinto Videla – que se hizo cargo de sus funciones el 8 de mayo de 1891 – designó ministro general de Gobierno al doctor Juan Alejandro Barbeito, quién prestó juramento el día 12. De inmediato, fundado en razones de economía, inició una severa supresión de empleos, sin dejar por eso de ubicar a gente de su confianza. Ordeno que la administración nadie podría tener más de un empleo y a los jubilados les hizo optar entre el puesto o la jubilación. Al suspender la remonta de la Policía, declaró que no existía motivo para tener una alteración del orden y hasta consideró innecesaria la Jefatura Política con asiento en Villa de Mercedes, población donde ordenó una investigación al tener noticia de abusos que habrían sido cometidos por empleados públicos.

En septiembre, los hermanos Levingston denunciaron amenazas hechas a sus personas e intereses, por lo que el teniente Raúl Nievas fue destacado en comisión a la Estancuela, con instrucciones impartidas por el ministro Barbeito. Don Antonio Alric, intendente municipal de esta Ciudad, expresaba en octubre que las funciones del Consejo Deliberante eran "poco menos que ilusorias", pués no se lograba quórum. El 14 de noviembre, ante "reiteradas denuncias sobre agrupaciones ilegales armadas con propósitos de perturbar el orden", el gobierno dispuso que la Intendencia de Policía procediese inmediatamente a ordenar la disolución de esas agrupaciones, facultándola para que, en caso de necesidad, solicitase el auxilio de los ciudadanos. Ante ese estado de alarma, el capitán del Ejército nacional don Mariano Rodríguez fue nombrado "jefe del piquete y de los ciudadanos armados en defensa de la tranquilidad pública". Con el pretexto de hacer arreglos financieros con los representantes de la Banque Parisienne, Otto Bemberg y Compañía, el ministro Barbeito se trasladó a Buenos Aires el 16 de noviembre y el 17 el gobierno reclamó al ministro del Interior por supuesta violación del secreto telegráfico, al trasmitir instrucciones al comisario Galán y al coronel Alzogaray.

El 27 de enero de 1892 Videla se ausentó de la provincia, dejando como gobernador interino al ministro Barbeito. El 13 de febrero reasumió sus funciones y el 1º de marzo aceptó la renuncia de su ministro. Por decreto del 23 de ese mes, designó ministro de Gobierno y Justicia a don José Elías Rodríguez y de Hacienda, Culto e Instrucción Pública a don Lindor L. Quiroga.

Con fecha 16 de agosto, Videla disolvió la Inspección de Guardias Nacionales y para terminar la organización de los cuerpos comisionó al coronel Antonio Ardiles. A mediado de noviembre se produjo un nuevo cambio en el gabinete, pués don Celestino Jofré se hizo cargo de la cartera de Gobierno, reemplazando a Rodríguez.

El 29 de julio de 1893, alrededor de las ocho de la mañana "el cuartel de policía fue asaltado por los Radicales", según declaración de uno de sus defensores, el soldado José Romero. Videla despachó telegramas urgentes y recomendados a Barbeito, al presidente del Senado y al presidente de la República. Pero la revolución triunfó, a costa de algunos muertos;

el capitán del piquete don Victoriano O`Conor, don Leontes Videla y algunos soldados, Teodoro Velázquez, Eustacio Rosales, Loreto Mansilla.

El doctor Teófilo Saá asumió el gobierno provisorio y ese mismo 29 designó ministro al don José María Tissera. Uno tras otro, los nombramientos dieron nueva fisonomía a la administración, a la vez que ponían de manifiesto el vigor de una nueva mentalidad. Antonio Ardiles fue tomado preso en Villa de Mercedes; en su quinta y en un campo frente a "El Guanaco", se descubrieron "tres entierros de armas, municiones y correajes".

Con fecha 9 de agosto, don José María Tissera pasó a desempeñar las funciones de ministro de Gobierno y Justicia, en tanto que don Víctor C. Lucero se hacía cargo de la cartera de Hacienda, Culto e Instrucción Pública. Ese mismo día se declaró nulo el padrón electoral existente y se reabrió por el término de un mes. También se ordenó a los particulares hacer entrega de las armas del Estado, bajo pena de multa de 20 pesos por armas y de 10 por paquete de munición. El 14 los doctores Marcelino Ojeda y Valentín Luco fueron designados para proyectar una ley de creación del registro de la propiedad de hipotecas, embargos e inhibiciones. Al jefe de la Oficina Topográfica se le recomendó estudiar la operación catastral que se practicaba en Buenos Aires, para proponer luego las bases de aquellos que podría realizarse en la provincia. También el 14 el gobierno nombró una comisión compuesta por los doctores Eleodoro Lobos, Juan M. Garro y Mauricio P. Daract para que proyectase una nueva ley general de elecciones. Manifestaba entonces el gobierno: "La creación del Registro Cívico permanente, la representación de las minorías y la mayor intervención del Poder Judicial en las decisiones de los comisiones que informa el nuevo derecho electoral inglés, son bases fundamentales de que no es prudente prescindir al abordar la reforma proyectada".

Una ley nacional, de fecha 18 de agosto, declaró intervenida la provincia y el 23 asumió sus funciones el interventor Daniel J. Donovan, secundado por el secretario Pablo Lascano, a quien se sumó días después el doctor Ramón J. Agüero para actuar como ministro de Gobierno y Justicia. Donovan, que había anunciado "urnas libres y ordenada, accesibles a todos los partidos", el 22 de septiembre se marchó con licencia dejando en su lugar al general de división José Miguel Arredondo, quien tuvo como secretario de Gobierno y Justicia al ingeniero Carlos Aubone. La esperanza que significó la llegada de Donovan fue barreada por los intereses políticos. Guardias nacionales movilizados comenzaron a recorrer la provincia y el antiguo revolucionario mitrista no dejó de cobrarse alguna vieja cuenta. En noviembre, las mesas inscriptoras del Registro Cívico no se constituían, y el interventor amenazaba castigar a los que estaban "construyendo el ejercicio del más alto derecho popular". Ese mismo mes, a raíz de comentarios aparecidos en La Defensa sobre reunión de tropas en los departamentos Ayacucho y Belgrano, exoneró a Adeodato Berrondo, intendente municipal y supuesto autor de la nota, suspendiendo por quince días al periódico. El 7 de noviembre, convocó a elecciones de diputados y electores de gobernador, para el día 17 de diciembre. En Villa de Mercedes se produjeron "algunas cuestiones entre ciudadanos de distintos partidos políticos" pues, durante la inscripción en el registro, "un representante del partido Radical sacaba copia a medida que se inscribían", cosa que "un representante del partido Unión Liberal pidió que se prohibiese". Arredondo, "para garantir la pureza del sufragio y asegurar la tranquilidad y el orden durante la inscripción en el Registro Cívico", recurrió a los jefes y oficiales del ejército, "que no ofrecen dudas sobre presidencia" y los designó comisionados para vigilar dicha inscripción.

* * *

La primavera de 1891 convirtió a la langosta en problema de estado. Desde entonces, se nombraron comisiones para combatirla y se destinaron fondos apreciables, para el mismo fin.

Videla, en enero de 1893, decía que la plaga, en proporciones alarmantes, invadía la ciudad y amenazaba la salud pública "por la gran cantidad que arrastran las acequias".

Por los mismos días don Luis R. Lucero –presidente de la Comisión de Educación- afirmaba que "las escuelas no proporcionaban más apremiantes de los deberes y derechos del ciudadano"; en consecuencia, invitaba a Celestino Jofré, Carlos J. Rodríguez, Nicolás Jofré, Práxedes E. Míguez y Víctor S. Guiñazú para que formulasen un proyecto de programas detallado de educación cívica para las escuelas fiscales.

El gobernador Videla dictó diversos decretos destinados a encaminar la acción de los vecinos para reparar los templos de la campaña. Barbeito, el 9 de febrero de 1892, mientras estaba al frente del Poder Ejecutivo, dispuso que en la Casa de Gobierno se conservasen "los retratos de todos los Gobernadores que ha tenido la provincia, tanto en la época constitucional como en la que precedió, desde la división política y administrativa de la Intendencia de Cuyo". El octubre de 1892 se conmemoró solemnemente el cuarto centenario del descubrimiento de América y en noviembre de 1893 se encargó a Adolfo Carranza Acosta gestionar el cobro de los diez mil pesos que el Congreso había votado para la estatua de Pringles.

Parnisari y Curioni prepararon, en noviembre de 1891, el mármol blanco para el reloj de sol que se colocó en el frente de Casa de Gobierno –actual jefatura de Policía- y también ese año se instalaron teléfonos en los domicilios particulares del Gobernador y del Ministro. Ortiz Estrada era la cabeza visible de la compañía "Tranway San Luis", cuyo vehículo recorría la ciudad de norte a sur. Por entonces el río traía mucha agua y fue necesario construir defensas, trabajo que tuvo a su cargo don Cruz Ortiz.

En Villa de Mercedes, en 1891, el oficialismo empasteló la imprenta del periódico *La Libertad*, desde donde los hermanos Martín y Lucas Olguín levantaban el pregón reaccionario. El 8 de septiembre de 1892 apareció en la ciudad de San Luis el primer número de *La Reforma*, que se declaraba "órgano de los Partidos del Acuerdo" y era dirigido y administrado, según decía, por Oscar Erinbawn.

Pocos días antes de la revolución del 93 se dispuso el remate de los dos coches del Estado. Por entonces los comerciantes rivalizaban también en los nombres de sus negocios: "La Mariposa", tienda, mercería y almacén de Alfonso Rollaldini; "La Moderna", tienda, mercería, ropería, almacén y barraca de Rodríguez, Tereso y Compañía; "La Suiza", botería, zapatería, y talabartería de Federico Heer; "El Cosmopolita" almacén, ferretería y bazar de Salvador Scarpati; "La Bella Italia" casa introductora por mayor y menor de Antonio Latino e Hijo; "Almacén de la Buena Medida", de Florencio Giménez; "Botica del Pueblo", de Francisco Episcopo. Pero los revolucionarios se surtían en lo de Alric o en lo de Romanella. Y, con libreta en el negocio de Juan Cacace.

FUENTES

- Archivo Histórico y Gráfico de San Luis.
- Archivo del Obispado de San Luis.
- *"El Oasis" – Periódico de intereses generales – San Luis, 1876 a 1887.*
- Gez, Juan W.: *Historia de la provincia de San Luis,* Tomo II. Buenos Aires, 1916.
- Passarelli, Vicente: *Historia de las revoluciones argentinas*. Buenos Aires, 1957.

CAPÍTULO XIX

LOS LERDOS MOLINOS DE LA VOLUNTAD POPULAR

Segundo gobierno de Quiroga

Don Lindor Laurentino Quiroga-- el gobernador rebelde de 1874—volvió a hacerse cargo del Poder Ejecutivo el 8 de enero de 1894. a lo largo de sus administración actuaron como ministros don Celestino Jofré, el doctor Julio Olivero, el doctor Jacinto Videla – de claudicante salud - y el oficial mayor don Gabriel Arce.

Jofré trató de poner orden en la Casa de Gobierno, fijando las atribuciones del mayordomo y organizando la secretaría general. Olivero quiso mejorar la percepción de los impuestos, particularmente el aplicado a la extracción de sal, tanto en la laguna del Bebedero como en las salinas del norte. Pero las elecciones municipales, efectuadas en esta ciudad el 20 de mayo, presagiaron días difíciles para el gobierno; ese día “las masas fueron asaltadas por la turba” y hasta el intendente municipal don Ramón Barbeito apareció complicado en el escándalo.

En julio se comisionó a don Paz Gatica para que arrendase los campos fiscales de la Región Sud, ocupados clandestinamente. Poco después comenzó la instalación del telégrafo provincial entre San Martín y Quines donde se uniría a la línea nacional. En octubre, al conocerse los efectos del terremoto ocurrido en San Juan y La Rioja el 27, el gobierno nombró una comisión popular para levantar una suscripción, a la vez que pedía la colaboración de las instituciones bancarias y benéficas de la ciudad. El 30 de ese mes fue exonerado don Luis R. Lucero, presidente del Consejo de Educación, pues algunos maestros no cobraban desde hacía un año, en tanto que otros estaban al día. Por su parte, por medio de la prensa, Lucero denunció “malversación y trapicheos”.

Los partidos políticos, a fines de diciembre, pidieron la eliminación de las fuerzas policiales durante los comicios, solicitud que no prosperó. Tampoco autorizó el gobierno un meeting que debía realizarse el 20 de enero de 1895 “para protestar por la venta indebida e ilegal de la tierra pública”. En abril fue creado el Regimiento de Artillería de San Luis, compuesto de tres baterías a las órdenes del teniente coronel Juan Luis Sarmiento.

El 10 de octubre, ante el mal estado sanitario de la ciudad, se organizó nuevamente el Consejo Provincial de Higiene que integraron los doctores José María de la Torre, Carlos Goudar y Manuel B. Arias. Por entonces también se trabajaba activamente en la preparación de un polígono para la Academia Militar.

En marzo de 1896, “como medida moralizadora”, el gobierno ordenó que el inspector general de Hacienda verificase el manejo de los fondos tanto por las oficinas o reparticiones, como por las comisiones municipales. La inspección abarcaba también los subsidios del gobierno nacional para extirpar la langosta y los recaudados por comisiones populares, cualquiera fuese su destino.

Por ley del 23 de junio de 1896 se creó un Juzgado de Letras de primera Instancia en lo Civil, Comercial y Criminal, con asiento en Villa de Mercedes y jurisdicción en los

departamentos General Pedernera, Chacabuco y Junín. El 15 de julio, la población de Villa Mercedes fue declarada ciudad. La iniciativa partió del diputado doctor Nicasio Marín quien, al apoyar el proyecto de creación del juzgado, afirmó: "Una población de la importancia de Villa de Mercedes es acreedora al adelanto proyectado. Voy más lejos: hasta el nombre de villa es indigno; Villa de Mercedes debiera ser ciudad, como lo es Río 4º y sería un honor elevarla a la categoría que le corresponde".

El 9 de octubre Quiroga suspendió a los miembros del Superior Tribunal de Justicia, "por su activa participación en política electoral". Los acusaba, asimismo, de efectuar publicaciones periodísticas y de "haber otorgado diplomas de escribanos a gran número, sin llenar los requisitos". Al día siguiente, la Cámara Legislativa resolvió seguir juicio político al gobernador Quiroga, quien debía ser reemplazado interinamente por don Monitor Maza.

Mientras la Legislatura solicitaba la intervención de la provincia, el gobernador propietario trataba de constituir la Cámara de Justicia, pues los doctores Teófilo Saá, Juan E. Garro Allende y Wenceslao Allende Acosta insistieron en su renuncia. El 22, Quiroga convocó a elecciones de electores de gobernador y el 30 puso presos a don Monitor Maza y a don Abelardo Figueroa. En Quines se produjo un movimiento contra la policía encabezado por don Julio Daract, quien fue muerto en la refriega. Todavía el 2 de noviembre Quiroga telegrafiaba al diputado nacional Olivero: "Doctor Videla acababa de tomar posesión del cargo de ministro general de Gobierno por renuncia de Arce. Haga cuanto pueda por que nos manden subvención, la necesidad es mucha".

El 6 de noviembre de 1896 el interventor nacional doctor Norberto Piñero asumió el poder Ejecutivo y designó ministros a los doctores Federico Ibarguren y a Narciso Rodríguez Bustamante. El mismo día convocó a elecciones, las que deberían realizarse un mes después.

* * *

Desde el 1º de noviembre de 1894, todas las oficinas públicas se rigieron por la hora del Observatorio Nacional de Córdoba. En febrero de 1895 el gobierno pidió a las comisarías semillas silvestres, bien clasificadas y empaquetadas por separado, indicando condiciones de cultivo, para ser enviadas al Jardín Botánico de la Facultad de Agronomía y Veterinaria de Buenos Aires. Por esa época trabajaba en San Luis el geólogo nacional don Juan Valentino.

A fines de julio de 1894, una vez más, se reorganizó la comisión para la estatua de Pringles. El centenario de su natalicio fue celebrado con gran pompa: el 16 de mayo de 1895, los restos del benemérito guerrero fueron trasladados al mausoleo todavía incluso; y al día siguiente, en la plaza Pringles, se colocó la piedra fundamental de la estatua que debía erigirse en memoria del héroe de Pescadores, ceremonia en la que estuvieron presentes los doctores Dardo Rocha y Adolfo P. Carranza. A mediados de junio de 1896, una ley acordó dos mil pesos a don Juan W. Gez, para ayudar a publicar la vida de Pringles.

El 29 de octubre de 1895 el gobierno dispuso que, "en el término más breve posible", se procediese a hacer la traslación de los restos de Pedernera "y del esclarecido patriota don Crisóstomo Lafinur", para lo cual comisionó al doctor Carranza. En septiembre de 1896 se nombró una comisión que debía colaborar con el Centro Puntano de Buenos Aires en la preparación del centenario de Pedernera, integrando la misma Adolfo P. Carranza, Baldomero Llerena, Eleodoro Lobos, Juan W. Gez y Camilo Domínguez. En la ceremonia efectuada en esta ciudad el 25 de diciembre, luego del Tedeum oficiado en la plaza Pringles, en nombre de la Intervención Nacional, el doctor Ibarguren hizo el elogio de Pedernera.

A mediado de 1894 el padre Marcelino Gayoso se quejaba de los titulados “dramas” que se ofrecían al público puntano en el único teatro de la ciudad, que había sido convertido en “café cantante”. En 1895 don Vicente Setaro hizo los retratos al papel de los gobernadores Justo Daract, Juan Barbeito, y general Juan Saá. En 1896, el maestro Antonio Papa dirigió la orquesta en algunas ceremonias oficiales. Y el 20 de mayo de ese mismo año falleció don Ruperto Aguilera, que estudió “en la gran escuela de la vida” y no quiso ser diputado nacional, a pesar de haber sido gobernador, legislador, jefe de policía y gerente de bancos.

Juan Crisóstomo Lafinur

Según la tradición, nació en La Carolina el 27 de enero de 1797. Era hijo de don Luis Lafinur y de doña Bibiana Pinedo. Estudió en Córdoba, en el Colegio de Monserrat, donde se graduó de bachiller y maestro de artes y filosofía. Expulsado de la Universidad por su genio díscolo, en 1812 se incorporó al Ejército del Norte, en el cual sirvió hasta alcanzar el grado de teniente. Fundado en la necesidad de velar por su madre viuda y sus hermanas solteras, pidió el retiró y Pueyrredón dispuso su absoluta separación del servicio en septiembre en 1817, señalando que la situación del país no era la más oportuna para esta clase de solicitudes. En Buenos Aires se destacó por sus aficiones artísticas y su talento de polemista. La música, la poesía, el teatro y el periodismo de combate tuvieron en él un cultor apasionado que no se dejó doblegar por la pluma mordaz del padre Castañeda, quién jugó con su apellido llamándolo la finura del mejor quibebe. Catedrático de Filosofía en el Colegio de San Carlos en 1819, enseñó el sensualismo, siguiendo “por medio siglo de rezago, las huellas ya borrosas de Locke y de Condillac, al paso que pretendía, con gimnasia imposible, seguir igualmente la de los escolásticos”. En 1822 dejó su cátedra porteña y se trasladó a Mendoza, donde fundó un periódico llamado El Verdadero Amigo del País y formó parte de la Sociedad Lancasteriana, vehículo ambos de sus ideas innovadoras. Emigró después a Chile, donde se doctoró en Derecho y continuó su quehacer de periodista, músico y poeta. Contrajo matrimonio con doña Eulogia Nieto y el 13 de agosto de 1824 falleció en la ciudad de Santiago, a consecuencia de un golpe que recibió al caer del caballo que montaba. Entre sus obras poéticas se destacan sus odas A la jornada de Maipú y A la libertad de Lima y, particularmente, los versos elegíacos que compuso para llorar la muerte de su antiguo jefe, el general Manuel Belgrano.

Gobierno de Berrondo

Don Adeodato Isidro Berrondo – que comenzó a gobernar el 6 de enero de 1897 – tuvo como primeros colaboradores a los doctores Jacinto Videla y Víctor S. Guiñazú dejó su lugar al doctor Francisco F. Sarmiento.

En vista de la nota del intendente municipal, teniente coronel Amadeo Baldrich y el informe del inspector de Hacienda don Ramón Tereso sobre la administración municipal de don Matías Laborda, el 11 de enero al gobernador declaró intervenida la Municipalidad de San Luis y suspendió a todos los empleados que intervinieron en la percepción de fondos. También dispuso que don Gerónimo Mendoza se hiciese cargo de la intendencia. Para el nuevo departamento Lafinur – formado por los partidos de Quines, Candelaria, Lujan y Cautana – designó autoridades policiales y jueces de alzada. Asimismo, “en el deber de propender al mejoramiento de las poblaciones de campaña y atendiendo al mejor servicio público”, estableció que los empleados principales de la administración debían residir en la capital de cada departamento o en la población que fuese cabeza de sección, donde debieran ejercer sus funciones.

El 1º de mayo de 1897 – día fijado para elección de diputados – en esta capital y en la ciudad de Mercedes se produjeron movimientos subversivos que no prosperaron debido a la

rápida intervención de las fuerzas del ejército y las medidas adoptadas por el gobierno en la campaña.

La policía de Mercedes “se entregó sin resistencia a los sediciosos”, por lo que fue destituido el jefe político don Cleofé Domínguez. Al producirse también un conflicto con la Legislatura el gobierno nacional comisionó al doctor Ernesto Bosch para resolver el problema, quién dio por terminado su cometido el 14 de junio.

Por decreto del 19 de julio de 1897 Berrondo declaró abiertas las sesiones ordinarias de la Legislatura y al mismo tiempo dio cuenta a la Cámara del estado de la provincia, tras seis meses de perturbaciones políticas, notorias también al país.

En julio designó a Agustín Mercau, Jorge Shortrede y Luis Pinto para justipreciar la indemnización por la expropiación de La Toma y Canal de los herederos Rodríguez en San Roque y el Volcán. A mediado de agosto nombró el directorio del banco de San Luis, el que sería presidido por don Lindor Quiroga. El 15 de octubre encomendó al doctor Jacinto Videla, al doctor Benigno Rodríguez Jurado y don Celestino Jofré un proyecto de reformas a las leyes de organización de los tribunales y de procedimientos civiles. Pero en octubre don Monitor Maza encabezó una nueva rebelión que amenazó seriamente a las autoridades del departamento Ayacucho. El año concluyó en medio de una crisis económica que no permitía exigir a los deudores el pago de sus obligaciones.

De acuerdo con la ley de presupuesto, en febrero de 1898 se dio una nueva organización a la Dirección General de Rentas, que tenía a su cargo don Froilán Quiroga. En mayo, el Poder Ejecutivo resolvió suscribirse con cinco mil pesos al empréstito interno abierto por el Gobierno Nacional. En esta ciudad y en la Mercedes se establecieron academias para los oficiales de la guardia nacional, quiénes en los polígonos de tiro recibieron instrucciones dos veces por semana, durante dos meses.

El 14 de octubre Berrondo inició su visita de campaña, dejando como gobernador interino al doctor Sarmiento. En su ausencia se promovió la compilación de datos estadísticos y se dictó una nueva ley de imprenta, la primera que manda seguir juicio contra el editor, a falta de autor.

A principios de 1899, para garantizar los intereses rurales y amparar la riqueza de la provincia, se nombraron comisarios honorarios en la llamada Región Sud. También se persiguió con más rigor a los cuatreros y se modificó la ley de procedimiento criminales, negado la excarcelación a los procesados por abigeato. El 16 de enero el gobierno impartió instrucciones para la distribución de sitios en la nueva Villa de los Corrales y a fines de febrero se iniciaron en esta ciudad los trabajos de conexión de las aguas corrientes. El 29 de julio se promulgó la ley de educación que reemplazaba a la de 1883 y ese mismo mes fue nombrada la comisión liquidadora del Banco de San Luis. En septiembre, el Poder Ejecutivo pasó a la Cámara un proyecto de ley que reglamentaba las actividades de los procuradores, peritos y rematadores. A fines de octubre fueron suprimidas las comisiones municipales creadas de acuerdo con la ley de 1886.

* * *

El 1º de diciembre de 1897 se inauguro la iglesia matriz, ceremonia en la que colaboró una comisión de damas integrada por Juliana V. R. de Lobos, Rosario S. de Suárez, Ercilia Q. de Rodríguez, Petrona G. de Irurozqui y Teresa B. de Lucero. El 18 de marzo de 1899, en viaje a San Juan, llegó el nuevo obispo de Cuyo, fray Marcelino del Carmelo Benavente, quién volvió a San Luis en julio, logrando que el gobierno derogase poco después el decreto que declaraba

interrumpidas las relaciones con las autoridades de la diócesis de Cuyo. También entonces, fue reconocido como vicario foráneo y cura de la parroquia de la capital el presbítero Segundo A. Ponce. Fue este sacerdote el que ese año, con motivo de la misa de gallo, brindó a San Luis una novedad: "era el nacimiento que se había levantado en el extremo de la nave lateral de la derecha; representaba una elegante gruta de seis metros de alto por cuatro de ancho, en cuyo interior, bajo los rayos de un ingenioso efecto de luz giratorio, apercibíase la imagen del Niño Dios descansando en el tradicional lecho de paja".

En 1897 actuaba la Sociedad "Hermanas de los Pobres", a cuya comisión pertenecían las señoritas Catalina M. Sabarots, Tránsito E. Alric y Rosa Romanella. La Sociedad Protectora de la Niñez – presidida por Josefa Puebla y de la que era secretaria Luisa A. Quiroga – trabajaba entonces en la instalación del Asilo de Huérfanos.

Editada en Buenos Aires, la recopilación de Gez publicó bajo el titulo de Apoteosis de Pringles, constituyó la más valiosa contribución cultural e histórica de 1896. San Luis no podía mostrar muchos frutos: en enero de 1899 apareció el primer número de *La Revista*, "la única de ese género en la provincia"; en febrero se publicó el *Almanaque guía de la ciudad de Mercedes*, de don José Borrás; a mediado de abril don Arturo Arderut entregó al gobierno el número 1 del *Boletín Oficial.*

Entre los años 1895 y 1898 los fotógrafos Villate y Cuenin tomaron diversas vistas: el regreso de la Guardia Nacional, inauguración del mojón divisorio de las provincias de San Luis. Córdoba y La Rioja, centenario de Pringles.

Antonio Papa y Juan Pinto, ambos maestros compositores, eran los encargados de la música, tanto sacra como profana. La "orquesta de diez profesores" y banda de policía eran, sin duda el orgullo de la ciudad. Pinto había reemplazado, en 1898, al capitán Florentino Olivera, achacoso brasileño, autor de marchas, valses y polcas al gusto popular.

En julio de 1899 estuvo en esta ciudad una Compañía de Zarzuela y Biógrafo Americano, cuando todavía llegaban de la campaña presos engrillados. Pero en la escuela Lafinur ya funcionaba un taller de carpintería y el gobernador paseaba en landó, mientras el jefe de Policía don Gerónimo Mendoza lucía en su papel de carta el que, tras muchas vicisitudes, sería el escudo oficial de San Luis.

Gobierno de Gutiérrez

Al asumir sus funciones el 6 de enero de 1900, don narciso Gorgonio Gutiérrez designó ministro de Gobierno y justicia al doctor Jacinto S. Pérez y de Hacienda, Culto e Instrucción Pública a don Eulalio Astudillo. El 7 de diciembre de ese mismo año, Astudillo pasó a desempeñar el despacho de Gobierno y Pérez el de Hacienda.

El nuevo mandatario tenía el convencimiento de que los males de San Luis provenían "de nuestra defectuosa educación". Trató, no obstante, de fomentar la industria y para ello encomendó al Consejo de Higiene la redacción de una memoria sobre las aguas minerales de la provincia.

En los últimos días de enero se tuvo noticias de la epidemia de peste bubónica declarada en Rosario, circunstancia que obligó a tomar diversas medidas preventivas, disponiendo la limpieza de la ciudad y dividiéndola en cuatro secciones al cuidado de comisiones vecinales.

La convención del partido Autonomista Nacional se reunió el 3 de febrero y aprobó la designación de don José María Tissera para candidato a diputado, de acuerdo con el pacto celebrado con el partido Radical; por su parte, apoyaba también a don Adeodato I. Berrondo y al doctor Francisco F. Sarmiento.

Lallemant inició, en el mes de marzo, los trabajos previos al levantamiento del plano para el riego de la ciudad. Poco después fijó en el boulevar de Norte una línea con rumbo astronómico, por la cual podían corregir su brújula los agrimensores.

El 22 de julio, en el salón del Club Social de la ciudad de Mercedes, se realizó una reunión para protestar por la ley que disponía el traslado del Juzgado de Letras. Entre los asistentes, la crónica periodística recuerda al doctor Miguel B. Pastor y a los señores Marcos Domínguez, Julio de la Mota, Enrique Franzini, Juan de la Cruz Gatica, Cleofé Domínguez, Pedro Encina, Clodomiro Zabala y José Borrás.

En septiembre, el gobierno pidió a la Cámara autorización para invertir hasta la suma de mil pesos en la compra de semillas forrajeras y árboles útiles. Para dar mayor solemnidad a la inauguración de la Exposición y Feria de Mercedes, declaró feriado para las reparticiones provinciales el 15 de marzo de 1901. Una ley, promulgada el 14 de septiembre exceptuó de impuestos, durante los tres primeros años, a los sembrados de alfalfa y forrajeras similares; también extendía el beneficio a las plantaciones de viñas, árboles frutales y forestales que hubiesen sido realizadas con anterioridad. Para mejor fiscalización de los ganados que se exportaban por ferrocarril, en octubre creó un certificado de control; medida similar se aplicó al embarque de los frutos del país y se dispuso que la empresa ferroviaria remitiese mensualmente datos estadísticos sobre esa clase de operación. El 7 de diciembre se promulgó la ley de colonización, que establecía la formación de plantas urbanas no menores de 100 hectáreas y fijaba un mínimo de 2.500 hectáreas y máximo de 20.000 hectáreas para cada colonia. Si bien a principios de 1902 se suspendieron los trabajos destinados a proveer de agua a las tierras próximas al Desaguadero, en agosto se encaró la fundación definitiva de Anchorena, dictándose nuevas normas para la venta de los sitios y chacras.

En noviembre, el senador don Eriberto Mendoza, secundado por don José Carlos Arias y don Juan Melián preparaba la lista de electores de gobernador que el partido Autonomista Nacional sostendría en las elecciones del 7 de diciembre.

* * *

El viernes 5 de octubre de 1900 llegó a San Luis el obispo Benavente, siendo recibido en la estación por el gobernador, sus ministros “y distinguidos miembros de la sociedad puntana”. Por esos días, la Comisión de Damas del Templo realizaba una *Kermesse* en la plaza Pringles, presentando un bazar de juguetes, uno de flores y una confitería, además de diversos entretenimientos – tómbolas, carreritas, tiro - y el complemento de la rifa de una bicicleta. El domingo 16 de diciembre, poco después de las tres de la madrugada, salió del templo de Santo Domingo una procesión que imploraba lluvia; junto al dique del Chorrillo fue celebrada una misa; el lunes llovió en el Norte “en forma notable” y el martes en la ciudad de San Luis, de cuatro a nueve. Apadrinada por el gobernador, el 8 de junio de 1902 se inauguró la iglesia de Quines, que bendijo monseñor Benavente. En octubre se bendijeron las campanas de la iglesia matriz, mandadas fundir por el vicario, canónigo Segundo A. Ponce; estaban consagradas a San Luis, al Sagrado Corazón y a la Inmaculada Concepción. A fines de ese año, la Legislatura destinó cinco mil pesos para proseguir la construcción de la iglesia matriz y tres mil pesos para reparar el templo de Santo Domingo.

El 21 de octubre de 1900, cerca de medianoche, se produjo un temblor que ocasionó varias víctimas entre los pobladores del Balde. También en San Francisco el 18 de diciembre, algo después de la once de la mañana, un fenómeno similar produjo gran alarma.

Ante el proyecto del ministro Magnasco, destinado a suprimir algunos colegios nacionales, los vecinos de la ciudad de San Luis pidieron que no se privara a la provincia de ese beneficio. El 30 de junio de 1900 se promulgó la ley que modificaba ala constitución del Consejo de Educación, el que debía estar integrado por un presidente y dos vocales, uno de los cuales sería el inspector nacional de Instrucción Pública. Fondos recolectados para la estatua de Pringles fueron invertidos, en 1901 en la construcción de un edificio para la escuela infantil.

También en 1901 se constituyeron comisiones para celebrar el jubileo del general Mitre; integraron la de esta ciudad el doctor Juan A. Barbeito, Víctor S. Guiñazú, Adolfo J. Igarzabal, Abelardo Figueroa y Víctor C. Lucero; la de Mercedes estaba formada por Feliciano J. de la Mota, Julio N. Betbeder, Monitor Maza y Marcos Domínguez. En septiembre de 1901, en la escuela Normal de Varones, la profesora Eleodora Barreneche recordó los hechos de Sarmiento; y el 18 de octubre de ese mismo año fue declarado feriado por cumplirse el centenario de Urquiza, cuya memoria se honró el día anterior, en las escuelas, con clases especiales.

En mayo de 1900, a propuesta del concejal don Sinivaldo Vidal, se denominó Avenida España a la calle hasta entonces llamada Boulevard Norte. Por esos días el jefe de Policía don Gerónimo R. Mendoza dictó un edicto relacionado con los bailes públicos. A principios de 1901, motivó elogiosos comentarios el baile de disfraz realizado en el Club Social, donde se vieron "dominós de todos colores, condes, floristas, doctores, gitanas, mamelucos, verduleros y manolas". En los últimos días de ese año, ante el conflicto suscitado con Chile, un grupo de señoritas de esta ciudad constituyó la Liga Patriótica, que presidió Josefina Alric.

Contigua al Club Social, en mayo de 1902, se inauguró la Sala de Armas y escuela de Tiro que dirigía el profesor Augusto Lombardini y donde muchos puntanos aprendieron a esgrimir el sable en lugar del bastón.

En las fiestas julias de 1900 se estrenó un *Te Deum* compuesto por el maestro Francisco Pinto, quien "se había sujetado al clasicismo alemán, si bien dejando traslucir en varios pasajes la armonía y la melodía italiana. Ese mismo año el *Boletín de Educación de San Luis* publicó diversos apuntes para la historia de la provincia, escritos por doña Carmen Guiñazú de Berrondo. En diciembre vio la luz un folleto titulado "*Enseñanza del Idioma Nacional*", donde el profesor normal don Rosario Quevedo explicaba "sabios y atinados procedimientos pedagógicos".

Por esa época, el gobernador era también empresario de la mensajería "La Puntana", que llegaba hasta Quines. A fines de julio de 1900, un grupo de jóvenes "cultores del arte ciclista" fundaron el Velo Club Puntano, presidido por José R. Romanella. La primera competencia de ese deporte se efectuó el domingo 28 de octubre, en el velódromo preparado en el polígono de la Academia Militar. Romanella y sus amigos tuvieron algunas dificultades, pues en los entrenamientos más de una vez los ciclistas eran boleados por criollos que practicaban un arte menos gringo.

El 23 de junio de 1900 falleció don Froilán S. Quiroga, "trabajador incansable, emprendedor atrevido, luchador inteligente" que se encontró "siempre en primera línea, cuando no a la cabeza de todo movimiento pacífico o empresa que importara un paso hacia adelante en el orden progresivo de la provincia". Más difícil es sintetizar la fecunda labor de don Celestino Jofré al servicio de San Luis, por lo cual luchó hasta el día de su muerte, ocurrida en esta ciudad el 26 de mayo de 1902.

Gobierno de Gerónimo Mendoza

Electo gobernador el lunes 15 de diciembre de 1902, don Gerónimo Rafael Mendoza inició sus tareas al frente del Poder Ejecutivo el 6 de enero de 1903, designando ministro

secretario de Gobierno y Justicia a don Eulalio Astudillo y de Hacienda, Culto e Instrucción Pública a don Abel Gutiérrez. Por haber aceptado la candidatura a diputado nacional Astudillo renunció el 4 de febrero de 1904 y el 14 de mayo Mendoza dio nueva estructura a su gabinete, nombrando a don José Carlos Arias ministro secretario de Gobierno, Justicia, Instrucción Pública y Culto, y a don Abel Gutiérrez ministro secretario de Hacienda, Obras Públicas y Agricultura.

Don Gerónimo – quien siempre escribió así su nombre – tenía una larga práctica como jefe de Policía y no le faltaba la colaboración de un periodista inteligente – don Arturo Auderut – que podía hacer la pata ancha porque era francés. Al asumir el mando, expresó Mendoza que su programa casi podía reducirse a una frase: "Haré lo que pueda, todo lo que pueda". Afirmó también: "No hay que esperar nada del gobierno, si no está secundado en sus propósitos por la opinión pública. No es con leyes que se modifican los vicios y malos hábitos. El mal está en los hombres y es ahí donde hay que ir a buscarlo y extirparlo".

Para el control de las transacciones de ganado, de inmediato mandó establecer tabladas en todos los lugares donde hubiese comisarías o subcomisarias. Veló por la salud de la población de la ciudad de San Luis, amenazada por la mala calidad del agua y, como lo pedía el doctor José María de la Torre, adoptó "medidas rápidas y heroicas". Por cierto que no se olvidó de los mercedinos, en cuya vecindad prosperaban sus haciendas. En febrero determinó la jurisdicción de los juzgados de paz de Mercedes y a fines de ese mes recibió allí al ministro de Obras Públicas de la Nación, con quien visitó las obras del dique del río Quinto.

A principios de septiembre de 1903 la ciudad de San Luis tendió a adquirir nueva fisonomía, pues comenzaron entonces las tareas de traslado de la estación ferroviaria a los terrenos comprados a Gofredo Bettamelo y ubicados al oeste. Por entonces se aplicaba la ordenanza municipal que establecía el cierre de los negocios, los días festivos, desde las doce meridiano "hasta las primeras horas del día siguiente", medida que no alcanzaba a las boticas, hoteles, cafés, confiterías y peluquerías. También en septiembre el intendente municipal don José Carlos Arias mandó ensanchar hasta veinte metros las calles que corrían de este a oeste, desde Junín hasta avenida España, y en la zona comprendida entre la calle Chacabuco y el boulevard Oeste.

Promulgada por el Gobierno Nacional la ley que autorizaba la prolongación del ferrocarril desde La Toma hasta Villa Dolores, a principios de noviembre el gobernador Mendoza designó comisiones encargadas de gestionar la cesión gratuita de los terrenos necesarios. En Mercedes don Rafael Origone donó una manzana frente a la estación, con destino a una escuela y, en el mismo lugar, don Pablo Minvielle hizo donación de un terreno para la futura comisaría. Al finalizar ese año, se dispuso iniciar los estudios del río del Volcán y del arroyo de los Puquios, con el propósito de construir un dique nivelador.

Un comité encabezado por Vicente Martínez, Luis Ortiz, Eugenio Cardarelli y Francisco Píscopo inició un febrero de 1904, en la ciudad de Mercedes, la reorganización del partido Autonomista Nacional que apoyaba la candidatura del doctor Manuel Quintana para presidente de la República, trabajos orientados, de cerca y de lejos, por el senador Eriberto Mendoza. En la ciudad de San Luis, a mediado de marzo, la Juventud Nacionalista no obtuvo autorización para realizar actos públicos con el mismo propósito, porque la policía se enteró de que "un grupo de jóvenes opositores se proponía armar bochinche, para lo cual algunos andaban repartiendo a caballo invitaciones y haciendo alarde de armas de cintura".

También en marzo de 1904 comenzaron los trabajos del tramo ferroviario que uniría La Toma con la población cordobesa de Villa Dolores. Poco después en la casa de gobierno y en algunos salones puntanos empezó a usarse un nuevo sistema de alumbrado cuyas lámparas "con mecha incandescente hidrocarburo" fueron instaladas por Lafratta y Martinazzi.

El 9 de junio llegaron a la ciudad los cadetes del Colegio Militar, que regresaban de Mendoza luego de asistir a la inauguración de la estatua del general San Martín. Al día

siguiente, por la tarde, arribaron el general Pablo Riccheri, el gobernador de La Rioja doctor Frías y el ministro de la provincia de Buenos Aires doctor Pinedo, con una brillante comitiva. La Municipalidad les ofreció un banquete y en el Club Social se realizó después un baile.

Tras la partida de los viajeros, el lunes 13, a mediodía, estallo un movimiento revolucionario. “Un grupo de quince individuos armados a revólver, carabina y puñal, llegaron de improviso en tres coches a la casa del senador Mendoza y de su hermano el gobernador y a los gritos de ¡*Viva la revolución*! Se lanzaron al interior del edificio… Los asaltantes, entre los que no había ninguna persona de alguna representación social o política, atacaron resueltamente, haciendo fuego a través de las puertas”. Herido el sirviente Araya, muertos el sirviente Severo Ferreira y el diputado electo don Daniel Espinoza, los revolucionarios apresaron a los hermanos Mendoza. “Cuando llegaron a la puerta de calle, donde se pretendió atentar nuevamente a la vida de los prisioneros, se produjo un gran tumulto, y fue recién entonces que aparecieron los señores doctor Juan Daract y doctor Adolfo Rodríguez Saá armados de carabinas Winchester poniéndose al lado de los presos y asegurándoles que no temieran por su vida, pues que estaba garantida”. Sin embargo, al exigir la renuncia del gobernador, el señor Juan T. Zavala expresó que ella debía producirse en el acto, “que de lo contrario serían pasados por las armas, uniendo la acción al dicho, apuntaba con su Winchester”.

Conseguida la dimensión de Mendoza, comenzó a actuar una Junta Revolucionaria de Gobierno, integrada por Juan T. Zabala, Francisco F. Sarmiento, Alberto Arancibia Rodríguez, Juan Daract y Adolfo Rodríguez Saá. El 14, la Junta nombró gobernador provisional al doctor Sarmiento quien, al día siguiente, designó ministros a Daract y a Arancibia Rodríguez.

El 25 de junio asumió el mando de la provincia el doctor Francisco J. Beazley, a quien secundaban los secretarios Leopoldo Lugones y Carlos Aubone. Al primero le fueron encargados los asuntos referentes a Gobierno, Justicia, Instrucción Pública y Culto, y al segundo los de Hacienda, Obras Públicas y Agricultura. El 13 de julio, ante la Legislatura convocada con ese objeto, don Gerónimo Mendoza presentó su renuncia al cargo de gobernador. Los miembros del Poder Judicial también renunciaron y la Legislatura resolvió disolverse, produciéndose así “la acefalía de todos los poderes públicos y haciéndose innecesario el estudio constitucional creado por los sucesos de 13 de junio”. En consecuencia, Beazley convocó a elecciones de electores de gobernador y diputados, las que deberían tener lugar el 15 de agosto. El interventor renovó toda clase de autoridades y, “guiado por el propósito de ajustar sus procedimientos a la verdad y en cumplimiento de la Constitución de la provincia”, decretó que en los próximos comicios los Departamentos debían elegir “el número de diputados y electores que le corresponden, según su población, de acuerdo con las cifras que arroja el Censo Nacional de 1895, para la provincia de San Luis”. Vecinos de Mercedes habían expresado que, desde 1869, ese Departamento quintuplicó su población y el doctor Benigno Rodríguez Jurado – presidente de la “Unión Provincial”- señaló que “en esta provincia se había abolido para siempre la proporcionalidad numérica en la representación que aparentaba darse a los Departamentos”. Consecuentemente, la Cámara Legislativa resultaba “hechura de una omnipotencia personal”. “Al absolutismo reinante no convenía el aumento de la representación, porque carecía de hombres y porque era más fácil docilizar para sus manejos a pocos que a muchos individuos”.

* * *

En enero de 1903 un grupo de vecinos, encabezados por don Dalmiro S, Adaro, pidió que se instalase en la ciudad de San Luis una escuela normal regional. A fines de ese año fue promulgada la ley que disponía la compra de una manzana para la Escuela Normal de Mercedes. El presidente del Consejo de Educación, en mayo de 1904, aceptó la propuesta de don Virgilio Stábile, quién se comprometía a entregar el 1º de cada mes el importe total de las planillas escolares del mes anterior, cobrando un interés de uno por ciento mensual, que se descontaría de los sueldos de los maestros.

La inauguración de la estatua de San Martín en Mendoza, en 1904, hizo que en San Luis se insistiese en erigir la de Pringles, como símbolo de unidad de los puntanos, pues "a su sombra se deben deponer los odios y rencores, ya que la grandeza de alma de estos héroes – San Martín y Pringles – se sentiría herida aún en sus tumbas si vieran que sus hijos anteponen a su culto mezquinas ideas de partido".

En 1903 se decidió comprar libros para biblioteca de los tribunales y para la de los ministerios. Don Salustiano Aguilera, en una carta abierta dirigida al diputado nacional Adeodato Berrondo en junio de 1904, le instaba a promover la fundación de una biblioteca popular en la ciudad de San Luis y formar un centro literario.

El 9 de mayo de 1903 fue inaugurado el templo de Alto Pencoso, donado por don Nicolás Alaggia y don Pascual Cantisani. El 30 de julio se oficiaron los funerales por el Papa León XIII; en la ceremonia intervinieron la orquesta dirigida por el maestro Antonio Papa y un coro de señoritas, destacándose en los solos Sara Pérez y Rita Hepper. El domingo 23 de agosto fue nuevamente librada al público la iglesia de Santo Domingo, luego de las reparaciones dirigidas por la Cofradía del Rosario, de la que era presidente don Narciso O. Gutiérrez. A principios de septiembre se concluyó la coronación de la gran cúpula central de la iglesia matriz, acontecimientos que el vicario Ponce festejó brindando carne con cuero a todos los operarios y felicitando al arquitecto don Carlos Deluiggi. En octubre, para que se encargasen de la construcción del templo parroquial de la ciudad de Mercedes, el gobierno designó a Severo Echeverría, Joaquín Bassa, Eduardo Villarruel y Baltasar Gutiérrez.

Por esa época, el ingeniero Luis Barrau hizo conocer el cemento armado y la Intendencia Municipal inauguró el alumbrado a gas en la sección sud de la ciudad.

El 28 de enero de 1903 falleció el doctor Juan Alejandro Barbeito, figura notable del quehacer político y propulsor de la cultura, a cuyos esfuerzos se debió la instalación del Colegio Nacional. Una olvidada maestra murió también ese año, el habado 16 de mayo: doña Feliciana Jofré de Adaro, Bajo cuya dirección estudiaron las primeras normalistas puntanas.

FUENTES

- Archivo Histórico y Gráfico de San Luis**.**
- Archivo de la Legislatura de San Luis**.**
- Gez, Juan W.: *Vindicación constitucional – La revolución de San Luis*. Buenos Aires, 1905.
- *"La Reforma", periódico bisemanal. San Luis, 1899 a 1904.*
- Passarelli, Vicente*: Historia de las revoluciones argentinas*. Buenos Aires, 1957.

CAPÍTULO XX

A LOS TUMBOS POR EL CAMINO DE LA DEMOCRACIA

Gobierno de Rodríguez Jurado

Triunfante en las elecciones de 15 de agosto de 1904, el doctor Benigno Rodríguez Jurado asumió el Poder Ejecutivo diez días después y designó ministros al doctor Francisco F. Sarmiento y al profesor Juan T. Zavala.

Quiso orientar su labor dentro de la más rigurosa honradez – la oposición llamó al suyo "el gobierno de la regeneración", cada vez que señalaba presuntas fallas – y aspiró a demostrar que "nuestras instituciones legales por los que dieron patria y libertad, nuestro sistema representativo republicano es perfectamente factible y que las declaraciones de nuestra Constitución pueden aplicarse". Se jactó – no sin fundamento – de haber logrado que las autonomía institucional se convirtiese en hermosa verdad; para reorganizar la administración, buscó "la idoneidad dentro de nuestros propios elementos sociales y políticos"; asimismo, no interfirió la labor de los otros poderes, aunque alentó la discusión pública de todos los asuntos de bien común.

Mientras el senador don Eriberto Mendoza conseguía fondos para la reconstrucción del canal del dique del Potrero de los Funes y para el tendido de la línea telegráfica de Santa Rosa a Merlo, Rodríguez Jurado convocaba a la Legislatura, en octubre de 1904, para tratar proyectos relacionados con la reforma de la Constitución, el ferrocarril a Quines, la legislación minera y el cultivo experimental de caña de azúcar en poblaciones del norte.

En la madrugada del 4 de febrero de 1905 se produjeron movimientos revolucionarios en distintos puntos de la República, encabezados por varios cuerpos del Ejército. El Regimiento 4 de Artillería, destacado en Mercedes, permaneció fiel al gobierno y se aprestó a utilizar sus cañones contra los trenes que condujesen tropas sublevadas. La oposición acusó a Rodríguez Jurado de haber simpatizado con dicha intentona, así como de tolerar que "algunos titulados Moreiras" anduviesen por las calles completamente ebrios y dispuestos "a pelear a la partida".

Desentendiéndose de esos comentarios, el gobierno encaró los trabajos de rehabilitación del río Bebedero, tratando de conseguir riego para una rica zona de aproximadamente veinte leguas cuadradas. Esta y otras obras hidráulicas fueron estudiadas por los ingenieros Francisco Alric y Agustín Mercau. En la Región Sud fueron creados los partidos Vicente Dupuy y Justo Daract, así como se delineó el pueblo de Buena Esperanza. Librada al servicio público la prolongación del ferrocarril a Villa Dolores, se resolvió la creación de centros urbanos en las estaciones de las líneas que atravesaban la provincia, encargándose al ingeniero José H. Moyano los trabajos respectivos en el Balde, Fraga, San José y La Toma. En agosto de 1095 aceptó la donación de seiscientas hectáreas ubicadas en el partido de y otras pertenecientes al Banco de San Luis, se destinaron a la fundación de un pueblo que se denominaría Francisco J. Beazley.

Las pasiones políticas no dejaron de aflorar, tanto en las elecciones de Mercedes como en la sesión preparatoria de la Legislatura – el 24 de mayo de 1905 – en que se produjo un gran

escándalo y, mientras algunos diputados apelaban a los revólver, otros recurrían a los bastones y a los puños para afirmar sus convicciones o rebatir insultos.

En septiembre se concedió a la firma Matín García y Compañía autorización para instalar una red telefónica a Mercedes y demás poblaciones del interior. Mientras en esta ciudad se organizaba un comité de ayuda a las victimas del terremoto de Calabria y Sicilia, nada podía hacerse para evitar incendios en los campos situados al sur de Buena Esperanza, los que ocasionaron la muerte de varios miles de vacas y ovejas.

El 5 de octubre de 1905 se fundó la población de Fortuna, acto al que asistió el ministro don Juan T. Zavala, y en 1906 se aceptó la propuesta de don Sotero Careaga para formar junto a la estación San José del Morro – actualmente Juan Llerena – una población que se denominaría Presidente Quintana.

En los primeros días de julio de 1907, ambos ministros presentaron su renuncia. El profesor Zavala fundó la suya en la circunstancia de "Haberse negado V. E. a dar cursos a acusaciones que solicitaba contra los malversadores de caudales públicos de la provincia durante su gobierno". Hasta el final de su administración, Rodríguez Jurado fue secundado por el oficial mayor de los ministerios, don Víctor Páez.

* * *

El 8 de diciembre de 1904, al cumplirse medio siglo del dogma de la Inmaculada Concepción, se inauguró la última parte de la iglesia matriz quedando así totalmente habilitada. Dos meses después "un grupo escaso de mozalbetes estudiantes", apedreó la casa del vicario, en la noche, "por haber predicado un sacerdote un poco de moralidad entre jóvenes". En 1905 los nuevos altares de los cruceros de la iglesia matriz fueron donados por don Hugo Maveroff y los herederos Arias. También en la iglesia del Carmen se inauguró un nuevo altar, construido con fondos que legara la señorita Sabina Goicochea. En 1906 fue restablecido el convento de Santo Domingo.

A fines de junio de 1905 se compró a don Dalmiro Adaro el terreno para la futura escuela Mitre; un año después, el gobierno convino en edificar en la calle 3 de febrero, entre Catamarca y Entre Ríos, la escuela graduada de Mercedes; y en agosto de 1907 se inauguró el nuevo edificio para la escuela Lafinur, en la plaza 25 de mayo, de esta ciudad.

Ya a mediados de 1905 la Escuela Normal Regional organizaba certámenes literarios; el profesor don Francisco Rosario Quevedo continuaba brindando sus conocimientos de pedagogía a las alumnas maestras; y el gobierno por decreto del 14 de julio de 1905, aceptaba, "para ser ejecutado de hoy en adelante", el Himno Nacional Argentino según versión del inspector general de Bandas de Música Militares don Pablo M. Beruti. En Mercedes funcionaba el Liceo Artístico, dirigido por la profesora Odilia de Eguer, donde se enseñaba música, solfeo, pintura y dibujo. En San Luis, el Liceo Artístico estaba entonces ubicado en la casa de doña Ercilia O. de Ortiz Estrada y lo dirigía el profesor Francisco Arena "recibido en Italia", quién impartía lecciones de violín, mandolín y guitarra.

El doctor Abel J. Domínguez fue el primer médico puntano que viajó a Europa, con el propósito de perfeccionarse. Acá, en la ciudad de San Luis, por esos mismos días de 1905, don José Pesce avisaba haber instalado una gran casa de pompas fúnebres, para lo cual había traído de Buenos Aires "un servicio completo de últimos modelos de carroza fúnebre, cajones, coronas y candelabros".

Don Salvador Scarpati, precursor de nuestros filatelistas, deseaba comprar estampillas "usadas en cartas", de los años 1858 a 1872. Ángel María Segovia, en el salón de la Sociedad Española, echaba a volar las estrofas de su *Canto épico al Coronel Pringles,* luego de haber sido presentado por el joven literario Francisco Irurozqui Garro. Y don Nicolás Jofré pedía por los diarios que le devolvieran "siquiera los tomos de obras que me han dejado truncas, o que manden por los demás volúmenes".

Gobierno de Adaro – intervenciones de Iriondo y de Botet

El 24 de agosto de 1907, al anochecer, estalló en la ciudad de San Luis, "un motín de cuartel", destinado a impedir que el doctor Esteban P. Adaro - médico cirujano – se hiciese cargo del gobierno. Formaron la Junta Revolucionaria Adolfo Rodríguez Saá, Alberto Arancibia Rodríguez, Francisco F. Sarmiento, Juan Daract y Guillermo D. Levingston. Ocupaba la Legislatura, el 25 de Adaro prestó juramento ante los diputados reunidos en la barraca de don José Romanella y designó ministros al doctor J. Ramón Suárez y al ingeniero Francisco Alric. El 6 de septiembre llegó el interventor Manuel de Iriondo, quien de inmediato asumió el mando secundado por su secretario Manuel Peña. El 16 convocó a la Legislatura a sesión extraordinaria para el día siguiente – martes 17 – a las tres de la tarde, a fin de que tomara juramento el gobernador electo. Cumplida esta formalidad, Adaro designó ministros a Suárez y a Alric. El primero renunció el 18 de febrero de 1908, siendo reemplazado por el ingeniero doctor Modesto Quiroga. El segundo – Alric – dimitió el 29 de abril de 1908 y su lugar fue ocupado por el doctor Mariano S. Carreras. Al renunciar éste el 24 de octubre, Quiroga pasó a desempeñar esa cartera en tanto los asuntos de Gobierno se confiaban al doctor Nicolás Jofré.

Adaro señaló que "el pasionismo político estrecho y mezquino, había servido otra vez los perjuicios de los individuos y de los círculos, honestos, si se quiere, en su naturaleza y en su fondo, pero errados e impacientes en sus métodos y procedimientos de lucha".

A principios de 1908 se encomendó a Lallemant estudiar los trabajos relativos a la fijación del paralelo 36º, pues los ingenieros Norberto Cobos y Benjamín Domínguez discrepaban en su determinación. A su vez, el doctor Marcelino Ojeda fue comisionado para celebrar un convenio con el gobierno de Córdoba sobre fines de justicia y de intereses económicos.

En abril, un incendio destruyó la casa de comercio de don José Romanella y el 1º de mayo se realizó en la ciudad de San Luis la primera manifestación obrera.

Además de mejorar el armamento y vestuario de la Policía, el gobierno instaló en la jefatura talleres de carpintería, talabartería, armería y herrería. Encaró, asimismo, diversas obras públicas, como el camino al Potrero de los Funes, la mensura de las colonias Martín de Loyola, Nueva Constitución y Porvenir, ubicadas en la Región Sud del departamento Capital. También se fundó la Colonia La Verde y la Colonia Calzada y se delineó el pueblo Coronel Rodríguez, en las cercanías de Mercedes.

Dentro de una tendencia partidista, Adaro no dejó de prestar coloración a los intelectuales, haciendo que el gobierno adquiriese ejemplares de las obras *Juan Crisóstomo Lafinur*, de Gez, y *Recopilación de leyes de la provincia de San Luis*, de Aníbal Barbosa. Asimismo, mandó difundir el *Código de Procedimientos Criminales de la Provincia de San Luis*, realizado por el doctor Tomás Jofré, para lo cual debía enviarse un ejemplar de dicha obra a cada una de las bibliotecas públicas de la República y a cada gobernador de provincia.

A mediados de diciembre de 1908 fue aceptada la renuncia del doctor Modesto Quiroga y el 4 de febrero de 1909 se encomendó el Ministro de Hacienda, Agricultura e Instrucción Pública a don Víctor C. Lucero. Pero "fácil fue observar al Gobernador flotar a merced de círculos de diversos nombre y encontrada tendencia", cosa que motivó repetidos conflictos con

el poder legislativo y más tarde con las municipalidades de San Luis y de Mercedes. El 16 de marzo de 1909 el interventor nacional doctor Julio Botet declaró caducos los Poderes Legislativo y Ejecutivo de la provincia y asumió el mando de ella. El 29 de ese mismo mes convocó a elecciones de electores de gobernador para el domingo 16 de mayo, fecha en que también serían elegidos los diputados. Luego de este paso, "fracasadas las negociaciones entre los partidos para constituir gobierno estable", mediante un decreto que el 27 de julio suscribía también su secretario Ireneo Ramírez, convocó al Colegio Electoral para el lunes 2 de agosto.

* * *

El 9 de julio de 1908 los alumnos del Colegio Nacional depositaron una corona en el mausoleo del coronel Pringles. Un mes después llegaba a la ciudad de San Luis el inspector general de instrucción secundaria y normal don Santiago H. Fitz-Simon, quien venía a investigar el tumulto promovido en la Escuela Normal Regional contra el vicedirector don Faustino F. Berrondo.

Por entonces no existían en la provincia bibliotecas populares, "habiendo desaparecido las que se crearon en tiempo del presidente Sarmiento". Sin embargo, en esta ciudad estaba formando una el Centro Juventud Puntana, en tanto que en Mercedes organizaba otra Intendencia Municipal.

La revista *Lafinur* propiciaba, en 1908, un concurso de sonetos, prometiendo premiar los mejores "con una colección de tarjetas postales con vistas panorámicas tomadas de diversos puntos de la provincia". En cambio, entregaría un estuche de perfume donado por Arturo López Larrauri, "a la mejor vista panorámica". Lejos de esos concursos, el fotógrafo José La Vía realizaba su tarea modesta pero que trascendía los límites de San Luis y llevaba a la ciudad cosmopolita el mensaje provinciano.

Además de la revista Lafinur – que dirigían Antolín Magallanes y Miguel W. Gatica – los periódicos de combate servían a la cultura con artículos literarios y versos de todos colores. Y fue precisamente en un verso donde Rosarito Simón engarzó – por primera vez, si no estamos equivocados – el adjetivo *sanluiseño,* que nunca será sinónimo de puntano.

Gobierno de Rodríguez Saá

El doctor Adolfo Rodríguez Saá - el famoso Pampa - se hizo cargo del mando de la provincia el 18 de agosto de 1909. Para el ministerio de Gobierno, Justicia y Culto designó al doctor Víctor S. Guiñazú, al mismo tiempo que confiaba la cartera de Hacienda, Agricultura e Instrucción Pública al doctor José F. Domínguez. Durante su administración, también actuaron al frente de los ministerios los doctores Juan Daract, Rómulo Foncueva y Adolfo Barbeito.

Gobernó el *pampa* – según sus propias declaraciones – en una época completamente tranquila y con el concurso alentador de la opinión pública. La ausencia de adversarios restaba calor a las elecciones y permitía orientar los esfuerzos hacia obras de bien público. Así, a don Federico Giménez se le otorgó concesión para establecer un frigorífico dentro del territorio de la provincia, se encaró la demarcación de las calles de la ciudad de San Luis y se construyeron las veredas de laja que establecieron, particularmente, la avenida Quintana. Y así también se delineó la Villa del Carmen, se proveyó de agua a varias poblaciones y se reparó el carril

público que desde esta ciudad conducía a las poblaciones veraniegas del Chorrillo, San Roque, Las Chacras, Potrero de losa Funes, Volcán, Estancia Grande, Trapiche y La Florida.

Se buscó, asimismo, conmemorar dignamente el primer centenario de la emancipación política, "para lo cual se organizó una comisión de ciudadanos distinguidos" y se solicitó la colaboración de la Sociedad Pro Patria – presidida por la señorita Teodosia Pastor -, en tanto el jefe del Regimiento Nº 16 contribuía con sus efectivos al mayor brillo de esas fiestas. Notable fue el aporte del subteniente Enrique Chouciño, que formó el Batallón Escolar Puntano con niños de 12 a 15 años, el que, con el nombre Batallón Pringles y luciendo la bandera donada por las señoritas Herminia y Juana Sánchez, desfiló también en Buenos Aires.

La rememoración patriótica no aportó a los puntanos de otras preocupaciones. El 24 de junio de 1910, en el bar Victoria, los vecinos se reunieron "para organizar un mitin de protesta por los abusos y desmanes del Ferrocarril al Pacífico". En la comisión que se constituyó con ese objeto figuraron Modesto Quiroga, Juan T. Zavala, Alberto Quiroga, Deoclesio Pérez y Víctor Páez.

De ese año es un proyecto del doctor Rómulo Foncueva por el que se creaba una caja de jubilaciones y pensiones para los empleados de la provincia.

El gobierno propendió al adelanto de diversas poblaciones, dotándolas de edificios escolares y facilitando la instalación de escuelas de la ley Láinez. La tierra pública sólo fue enajenada para costear obras de importancia, particularmente la nueva Casa de Gobierno. Los fondos recaudados por venta de lotes en Beazley fueron invertidos en la construcción de un edificio para oficinas, similar a los construidos en San Francisco y en Villa General Roca. La población de Naschel se vigorizó estableciendo una subcomisaría permanente.

El 12 de octubre de 1912 se inauguró la estatua ecuestre del coronel Juan Pascual Pringles, obra del escultor don Rafael Radogna. En la oportunidad se distribuyeron medallas alusivas y se pronunciaron no menos de ocho discursos.

A fines de 1919 se formó en esta ciudad una comisión encargada de gestionar la construcción del ferrocarril al norte. La presidió Felipe S. Velázquez y la integraron también Eulalio Astudillo, Santiago Funes, Nicolás Jofré, Enrique M. Jurado, Gabriel Arce y F. Rosario Quevedo.

Don Carlos Pesce realizó la pintura del salón de recepciones de la Casa de Gobierno construida por los ingenieros Oliveri y Dieudonné. Para amueblarla, el Poder Ejecutivo fue autorizado a gastar hasta la suma de setenta mil pesos.

* * *

En noviembre de 1909 fue creada la Escuela Práctica de Mujeres, que entonces funcionaba en la calle Colón 758, dirigida por la señorita Josefa Puebla. El 9 de mayo de 1910 se constituyó la Asociación de Magisterio Puntano y en octubre se inauguró la Biblioteca Pro Patria en la cárcel de esta ciudad. El 30 de octubre de ese mismo año, en la Villa de San Francisco fue fundada la Biblioteca Popular "Juan de Dios Escobar", justiciero homenaje a tan laborioso maestro. En los primeros días de agosto de 1913 se constituyó en esta ciudad la comisión que se proponía recordar la memoria de Ameghino. Por esos mismos días, don Rafael Radogna solicitó a la Legislatura que restableciese el subsidio que gozaba la Academia de Bellas Artes, de la cual era director.

Para intervenir en el campeonato del Tiro Federal Argentino, como representante de la Academia Militar San Luis, en julio de 1910 viajaron a Buenos Aires los jóvenes Narciso G. Gutiérrez, Ernesto Liceda y Oscar Zalazar.

El jueves 18 de noviembre de 1909 se inauguró en el Bar Victoria, de la firma Cappa y Gazali, "la exhibición de vistas cinematográficas". El éxito fue tan grande, que pronto debió construirse "un nuevo y espléndido salón".

Las crónicas de estos años mencionan varios muertos notables: en agosto de 1910 falleció el ingeniero Jorge Shortrede; en julio de 1912 a los 72 años de edad, dejó de existir don Desiderio

Herrera; ese mismo año, el 3 de agosto, murió en Mercedes don Abel Gutiérrez y el 10 de agosto de 1912, en la misma ciudad, se apagó la digna existencia de don José Borrás, "excelente periodista y buen poeta que mostró amor sincero por este país, en el sendero del bien y del progreso".

Mercedino era el teniente don Manuel Félix Origone, que el 19 de enero de 1913 alcanzó la palma del primer mártir de la aviación militar argentina.

Gobierno de Daract

El 18 de agosto de 1913, luego de asumir el mando, el doctor Juan Daract nombró ministro de Gobierno, Justicia y Culto al doctor Adolfo Barbeito y de Hacienda, Instrucción Pública, Agricultura y Obras Públicas a don Eulalio Astudillo. Al renunciar Barbeito el 29 de noviembre, fue reemplazado por el doctor Adolfo Rodríguez Saá; Astudillo renunció el 25 de marzo de 1914 y el cargo no fue cubierto hasta el 15 de diciembre, en que se nombró al doctor Juan E. Garro Allende; éste presentó su dimisión el 31 de enero de 1916 y el 18 de abril lo reemplazó don Felipe S. Velázquez. Por fin, el 10 de abril de 1917 renunció el ministro de Gobierno doctor Adolfo Rodríguez Saá.

En su mensaje de mayo de 1914, Daract afirmaba: "El orden y la tranquilidad se mantienen inalterables, lo que permite al gobierno, libre de toda otra preocupación, se entregue por completo a realizar la tarea común que asegure el adelantó institucional y político con la prosperidad material y económica de la provincia". Señalaba, asimismo, que "la crisis económica por que atraviesa la República desde principio del año pasado, ha paralizado momentáneamente el creciente desarrollo de los negocios que atraían a nuestra provincia fuertes capitales para el desenvolvimiento de sus industrias".

En julio de 1914, el gobierno designó, para que organizará los festejos del Centenario, a don Víctor C. Lucero, al doctor Mariano S. Carreras, a don José D. Gorordo y al doctor Delfín N. Baca. Poco después aprobó el programa preparado por la comisión del monumento a Pedernera, que debía erigirse en Mercedes, y de la cual era presidente el doctor Epifanio Mora Olmedo. En aquella ciudad, se propició también la pavimentación de la avenida Mitre, "obra indispensable para el tráfico a la estación del Ferrocarril Pacífico".

Hechos los estudios de las obras hidráulicas en Santa Rosa, Merlo, San Francisco, Luján y La Florida – trabajos realizados por la Nación – se iniciaron las obras proyectadas. El gobierno, por su parte, inició trabajos de perforación a inmediaciones del dique del Chorrillo, pero debió suspenderlos por razones de economía.

Incorporado el voto secreto, en las elecciones de diputado realizadas el 14 de marzo de 1915 se presentó, por primera vez en las luchas cívicas de San Luis, el Partido Socialista. La misma agrupación política intervino después en las elecciones municipales, "sin protestas anteriores ni posteriores a los actos comiciales".

El gobierno reunió los recursos y elementos necesarios para fundar en esta ciudad una escuela de artes y oficios, a la vez que tendió a que la instrucción primaria, *gratuita y*

obligatoria, comprendiese a todos los niños en edad legal, “a fin de que ninguno quedase sin recibir sus beneficios”.

Por entonces, el trigo de San Luis llamó la atención en toda la República por su excelente calidad, aunque conspiraba contra su colocación la carencia de un transporte cómodo y barato para esa clase de productos.

En la ciudad de Mercedes, el 9 de julio de 1915, se inauguro la estatua ecuestre del general Juan Esteban Pedernera. Un año después, en la plaza Independencia, el monumento al general San Martín quedó librado a la veneración popular. Y el 8 de julio de 1917, en el barrio de la estación, frente a la casa donde pasó su niñez, se alzó hecho bronce la lección gallarda de Origone.

El año 16 trajo algunos sinsabores a Daract. “Se ha recurrido hasta a los expedientes delictuosos y se han puesto en juego elementos de desorden para provocar una situación difícil a mi gobierno. Tal, por ejemplo la intentona revolucionaria iniciada y sofocad en el pueblo de La Toma y en Nogolí, que como una regresión, inadaptable al ambiente y a la época, fracasó, sin que el Poder Ejecutivo se viera en el caso de acudir a recursos extremos. Una patrulla policial dio fin a esa azonada, cuyas consecuencias más graves las sufrieron el telégrafo nacional y los ferrocarriles, cuyas líneas fueron cortadas e interrumpido su funcionamiento durante 74 horas, y un comisario de policía asesinado”.

El 31 de julio de 1917 llegaron a San Luis los restos del doctor Valentín Luco, fallecido en la capital Federal. El gobierno decretó honores póstumos y varios oradores recordaron, con emoción, la egregia figura del admirable juez.

* * *

En enero de 1914, cuando Teodoro Fels cumplía el primer raid Mercedes – San Luis con un pequeño monoplano, se inauguraba la Biblioteca “Domingo Faustino Sarmiento” en la población que, andando el tiempo, sería la ciudad de Justo Daract. En julio de 1915 fue aprobada por el gobierno la *Historia de la provincia de San Luis,* cuyos primeros ejemplares Gez trajo con motivo de la inauguración de la estatua del general San Martín. Por entonces vio la luz en esta ciudad el primer número de la *Revista de Ciencias y Letras* dirigida por el doctor Alfredo Arancibia Rodríguez y en la que colaboraba el profundo pensador don Manuel A. Orozco. En agosto de ese mismo año comenzó a publicarse *Il Bersagliere,* un periódico mercedino, “el primero escrito en la lengua del Dante”.

En los últimos días de enero de 1916 se incorporó a la vida religiosa y cultural de San Luis quien habría de ser el más sagaz investigador del pasado puntano, a la vez que sembrador incansable de la Verdad: fray Reginaldo de la Cruz Saldaña Retamar, modelo de misionero y maestro de historiadores.

Gobierno de Alric – Intervenciones de Bellingieri y de Luna

El 18 de agosto de 1917 se hizo cargo del gobierno el doctor Carlos Alric, quien nombró ministros a los doctores Alberto Quiroga y Diógenes Tabeada. A mediados de febrero, por renuncia de ambos funcionarios, el despacho fue encargado al oficial mayor don Miguel Otero, hasta que el 6 de marzo el doctor Nicolás Jofré fue designado ministro de gobierno. El 21 de ese mes el gabinete se completó con la incorporación de don Arturo Reynoso. Jofré renunció el

17 de octubre de 1918, pero volvió a ser nombrado tres días después. Cambio tras cambio, colaboraron con Alric don Víctor C. Lucero y el doctor Francisco A. Adaro. Como gobernadores interinos actuales los doctores Delfín N. Baca y Marcelino Ojeda.

Alric comenzó por "que no se fume un cigarrillo ni se sirva una taza de té en las oficinas a costa de los dineros del pueblo". Tenía la provincia "una enorme serie de compromisos pendientes", en tanto que las finanzas "aparecían en un estado ruinoso". Hasta los mismos empleados debieron ser sometidos "al cumplimiento severo de las leyes y garantías" que regían la administración. Nadie podía decir dónde estaban las tierras fiscales, ni de qué calidad eran, ni cuál era su valor. En cambio, "se tienen noticias, por nota suelta encontradas o por simples referencias, que existen lotes *prestados* para que los usufructúen, otros entregados a simples tenedores para que los amparen y otros que *parece* estaban arrendados".

A los maestros se les debía de 16 a 18 meses y los últimos pagos se venían haciendo en bonos de la deuda interna, que se cotizaban al 60 % "o en papel sellado y estampillas fiscales".

Ante ese panorama, Alric trató de reunir fondos mediante rígidos procedimientos: estableció un registro de leña, en el que debían inscribirse quienes se dedicasen a la explotación de bosques o comerciasen con sus productos; nombró inspectores para controlar el pago de los impuestos al tabaco y al alcohol; propuso un impuesto a la sal que se extraía de la laguna del Bebedero, "cuya renta habría de ser importante".

El vecindario, a su vez, protestaba por el aumento de 7 ½ % que había establecido la empresa de electricidad. En septiembre de 1918 se produjo una huelga del personal de Correos y Telégrafos, lo que obligó a destacar efectivos policiales. La Legislatura, según expresaba el Poder Ejecutivo, por el cual, con fecha 28 de ese mes, el gobernador declaró "interrumpidas las relaciones oficiales con la H. Legislatura, ínter se normalicen sus funciones por el Poder Federal de la Nación". Al mismo tiempo, solicitaba la intervención del Gobierno Nacional "con el objeto de normalizar la situación creada al Poder Ejecutivo por la H. Legislatura de la Provincia".

El 23 de mayo de 1919 llegó a esta ciudad el doctor Ernesto E. Celesia, y el 26 se constituyó en el local de la Legislatura cuyo funcionamiento venía a normalizar. Pero la tarea no fue simple y se alargó indefinidamente. Mientras tanto, Alric seguía actuando como gobernador y, tal vez olvidado del panorama sombrío que pitara en sus mensajes, el 20 de enero de 1920 dispuso la adquisición de tres automóviles, uno de los cuales debía ser para uso de los ministerios.

A fines de junio de 1920 los partidos Demócratas, Unión Popular y Unión Independiente se fundieron en uno nuevo, "de carácter permanente, impersonal y orgánico" que se denominó Partido Liberal. Integraron la junta de gobierno provisoria Adolfo Rodríguez Saá, Epifanio Mora Olmedo, Francisco F. Sarmiento, Bonifacio C. Suárez, Rómulo Foncueva, José Carlos Arias, Valentín Luco, Toribio Mendoza y Salustiano C. Aguilera.

El 17 de agosto de 1921, al expirar su mandato sin haberse producido la elección de gobernador, Alric invitó al interventor nacional doctor Santiago A. Bellingeri a asumir el mando gubernativo, ceremonia que se cumplió esa misma tarde. Las funciones de ministro fueron encargadas al doctor Armando V. Mohando, quien falleció en esta ciudad el 18 de octubre.

El 24 de diciembre de 1921, como interventor titular, se hizo cargo del gobierno el doctor Álvaro J. Luna. El 5 de enero de 1922 comenzó a actuar al frente de ambos ministerios el doctor Juan Elías Benavente. El 9 de julio, Luna convocó a elecciones y el 15 de ese mes se incorporó a su gabinete el doctor Pablo Cubas como ministro de Gobierno, en tanto Benavente se hacía cargo de la cartera de Hacienda. Pronto, sin embargo, la intervención comenzó a desintegrarse: Luna se fue a Buenos Aires y no volvió; el 20 se marchó Benavente y se hizo cargo de ambas carteras el subsecretario Julio A. Niño; y el 9 de octubre Cubas, por orden del Gobierno nacional, se aprestó a entregar el mando al presidente de la Legislatura, doctor Humberto Rodríguez Saá, quien se hizo cargo el día siguiente. Para que lo secundasen como ministros, designó a don Cipriano Tabeada Mora y al doctor Rómulo Foncueva.

* * *

El 18 de agosto de 1918 se constituyó en esta ciudad una Cooperativa de Consumos, cuyo directorio presidió don Toribio Mendoza. En junio de 1920 en la Escuela del Hogar y Profesional "Mauricio P. Daract" se inauguró la Liga de Bondad y Trabajo, dirigida por la señorita Josefa Puebla. Al día siguiente – 20 de junio – la Sociedad Consejo de Madres, presidida por doña Quintina Acevedo de Mendoza, instaló en la Escuela Normal de Niñas una sala de primeros auxilios. El domingo 27 de ese mismo mes se colocó la piedra fundamental de la Estación Sanitaria.

La Biblioteca "Alberdi" fue inaugurada en la Escuela Normal de Niñas el 29 de agosto de 1918. En junio de 1920 el gobierno mandó pagar a Gez dos mil pesos a cuenta de sus honorarios por la *Historia,* aún no determinados. Pocos días después el Consejo de Educación, presidido por don Emilio E. Bertín nombró director de la Escuela Superior Lafinur al profesor Carlos N. Hordh, contratado con cuatrocientos pesos por mes. El 1º de junio, el gobierno acordó veinticinco mil pesos al Consejo para instalar escuelas industriales y dar una nueva orientación a la educación primaria.

Cuatrocientos folletos sobre la vida de San Martín, escritos por don Eudoxio Ortiz, maestro puntano, fueron distribuidos en abril de 1918 por disposición del gobierno, que los había adquirido en la suma total de ciento cincuenta pesos. En junio de 1920 el obispo Orzali ordenó homenajes a Belgrano y el gobierno, en agosto, mandó solemnizar el aniversario de la muerte del poeta y doctor Juan Crisóstomo Lafinur. En 1922, la intervención hizo construir en el histórico Campamento de las Chacras un monumento coronado por la efigie del Libertador general don José de San Martín.

El 3 de junio de 1920 se fundó en San Luis el Lawn Tennis Club Olimpia, presidido por el subteniente Eduardo Rivas. Pocos días después se presentó en el Club Social la Compañía Nacional de los Hermanos Podestá. El 9 de julio apareció el primer número del diario *La Actualidad*, impreso en los talleres de don Mauricio Celorrio y dirigido por don Enrique Arigós.

El interventor Luna, en marzo de 1922, mandó publicar diariamente el *Boletín Oficial y Judicial*, como órgano de los poderes públicos.

Gobierno de Guillet

El 15 de noviembre de 1922 se hizo cargo del Poder Ejecutivo don León Guillet, quien confirmó como ministros a Taboada Mora y a Foncueva. Levantó, como divisa, estas palabras de Avellaneda: "Creo en el deber como fuerza para mi vida y en la libertad como destino para mi pueblo".

Estaba seguro de haber vencido "a un doble oficialismo" y se prestaba a proscribir, "con serena energía, la intromisión del comité en el Gobierno pues los hechos de ayer nos demuestran que esa es una mala práctica que los pueblos no justifican ni toleran".

En varios comicios, el Partido Radical desertó, "lo que hizo que el entusiasmo del electorado decayera". Pero "el fallo de las urnas" indicaba "que la libertad fue ampliamente otorgada y los derechos plenamente respetados".

A poco de asumir el mando, Guillet disolvió la banda de música pues sus componentes se negaban a prestar servicios, pretextando atraso en los sueldos. En cambio, autorizó al

intendente general de policía a fundar un taller mecánico “con carácter de garaje oficial”, sobre la base de la instalación existente.

Una de sus preocupaciones – acaso la más característica de su administración – fue el mejoramiento de los caminos “por los beneficios que ellos aportaban a la vida económica”. Empezó por los más cercanos, por los que llegaban al Potrero de los Funes, al Volcán, al Trapiche y al Durazno; pero también mandó reparar los que se extendían hacia el sur, por las Tres Marías, por el Quebracho, por el que buscaba el Desaguadero; y no olvidó el de San Francisco ni el del Saladillo y La Toma, así como alcanzó las estribaciones de la sierra, aproximándose a Córdoba.

Había oído el reclamo de los pueblos, que pedían se les concediese el *derecho de vivir*, “porque las autoridades locales eran el mayor peligro para la estabilidad y la tranquilidad social”. Por eso nada quiso saber con las *policías bravas* y reprimió los torpes abusos de los envalentonados por la impunidad, ennobleciendo la función tutelar de una institución que debía dar testimonio de orden, de seguridad y de respeto. Extinguió el cuatrerismo, propició un más racial sistema de marcas y señales – pues “hasta la marca oficial del Estado había sido concedida a tres o cuatro particulares” – y le hizo la guerra al alcohol, por considerarlo “el principio engendrador de la delincuencia en una población de carácter y temperamento pacíficos”.

Cuidó la sanidad en toda la provincia y, particularmente, desarraigó el curanderismo que proliferaba amparado por la soledad y la pobreza. Creó, en la ciudad de San Luis, la Asistencia Pública y al Hospital de Caridad de Mercedes lo dotó de un aparato de rayos X. estableció la vacunación antivariólica obligatoria en las escuelas y la hizo extender a gran parte de la población; mecanizó la elaboración del pan y prohibió el funcionamiento de barracas y jabonerías dentro del radio urbano; reglamentó la atención nocturna y los turnos de farmacias y, buscando la fecunda colaboración de los vecinos, dividió en cinco secciones la ciudad para lograr mayor eficacia en la actuación de velar por la salubridad pública.

Estimuló al agricultor e instituyó exposiciones y fiestas del agro, a las que invitó funcionarios de otras provincias, para que ellos mismos fuesen los mejores voceros de la calidad de las tierras de San Luis y de su clima favorable a los cultivos industriales. No se olvidó del minero, para quien solicitó capitales y transportes económicos, a la vez que alentaba los estudios geológicos. Y el problema del agua, antiguo y premioso, tuvo en él un tesonero batallador que encaró estudios hidrológicos, hizo perforar pozos y gestionó la construcción de diques y embalses.

En el paraje de los Socavones, próximo a la ciudad de San Luis, formó un lugar de recreo aprovechando el arbolado natural y, abriendo picadas al turismo, mejoró los caminos serranos e hizo construir un puente sobre el río del Volcán, para que la población no quedase incomunicada durante las crecientes del verano.

Vio en el *Boletín Oficial* no sólo el mejor medio para difundir la obra de gobierno, sino también el instrumento útil para todas las oficinas públicas que, coleccionándolo, tendrían a su alcance “una síntesis del archivo oficial en su movimiento de vida administrativa, legislativa y judicial, al alcance de todo el mundo, en toda la extensión del territorio de la provincia”.

Y, como era comprensivo y magnánimo, creó la Oficina de Propagandas e Informes, dándole Gez la oportunidad de completar sus trabajos para la Geografía de San Luis que preparaba.

* * *

Con el patrimonio del profesor Juan W. Gez, el 14 de abril de 1925 fue fundado el Aero Club San Luis.

Y, sin olvidar la visita hecha a esta ciudad por el general Agustín P. Justo – hombre de armas y de libros – la crónica recoge los nombres de tres ilustres puntanos fallecidos en esa época: don Lindor L. Quiroga, que murió el 18 de marzo de 1924; don Juan T. Zavala, desaparecido el 6 de agosto de ese mismo año; y don Abraham José Jofré, fallecido pocos días después, el 26.

Gobierno de Arancibia Rodríguez

El doctor Alberto Arancibia Rodríguez, luego de asumir sus funciones el 15 de noviembre de 1926, designó ministro secretario en el departamento de Gobierno, Justicia y Culto al doctor Humberto Rodríguez Saá y de Hacienda, Agricultura, Obras Públicas e Instrucción Pública a don Cipriano Taboada Mora, quien renunció el 21 de julio de 1930. En este período actuaron como gobernadores interinos don Toribio Mendoza y el doctor Juan D. Aguilera.

La situación económica y financiera de la provincia, según lo manifestó el gobernador en su primer mensaje, “no podía ser más satisfactoria”. Pero a San Luis le faltaba “el control que corresponde siempre a las fuerzas opositoras en toda obra de gobierno, porque lo han abandonado y desertado totalmente del comicios”. A la oposición nada parecía preocuparle: “La reforma de la Constitución, la renovación de la Legislatura, de las municipalidades de esta capital y Mercedes, y los demás problemas de interés general ya resueltos, no han determinado ninguna actitud de su parte”.

Hacia 1928 se advirtió, sin embargo, “una intensa preocupación política y apasionados movimientos electorales”. Después, renovados los triunfos liberales, aquel silencio se hizo más profundo. Tanto, que el gobernador sintió en carne viva ese vacío elocuente. Declaró, pués, haber asegurado “la confianza, tranquilidad y orden en que desarrollan su actividad todos los habitantes de la provincia”. Pero no pudo dejar de añadir: “Frente a este estado de cosas, unánimemente reconocido por la opinión y la prensa de todo el país – porque los tiempos no están para encubrir a los malos gobiernos ni para fulminar con omisiones culpables o simples declamaciones a los que cumplen sus deberes – sólo hay un hecho vituperable y atentatorio para el progreso y las libertades públicas del pueblo de San Luis: la abstención del Partido Radical después de su triunfo en las elecciones de 1928, de renovación presidencial y diputados nacionales”. Y todavía agregó: “Con aquella actitud, se ha suprimido la saludable acción cívica de participación y control que es inherente al régimen republicano representativo, por los beneficios que comporta para los intereses generales, cuyo tutelaje corresponde tanto al gobierno como a la oposición. El pretexto desacreditado de la falta de garantías no sirve ni para disfrazar el pretendido y anhelado asalto a la autonomía provincial, única preocupación y esperanza de los que, haciendo abandono de sus deberes cívicos, tratan de hundir a la provincia en la ruina y el escándalo”.

A principios de 1927 fue creada la Chacra Experimental, cuyo plan de cultivos se formó luego de consultar los más recientes adelantos en esa materia. Particularmente, se hicieron cultivos especiales de diversas variedades de vides, así como se formó un vivero de forestales y frutales para atender las necesidades de la provincia.

El gobierno advirtió que el problema de la edificación escolar no estaba debidamente atendido, pués la mayoría de las escuelas funcionaban en locales alquilados. No obstante, pudo afirmar que “la instrucción pública estaba asegurada”, acaso por ser “el primero en acogerse a los beneficios de la subvención nacional”.

Construido en nuevo muro del dique de Potrero de los Funes, se procedió a formar allí un paseo público "con jardines, árboles y demás ornamentación adecuada" y facilitado el acceso por el excelente camino que permitía, al mismo tiempo, apreciar la belleza del paisaje.

Otro de los adelantos consistió en dotar a la capital de luz y fuerza eléctrica, "en condiciones y a precios ventajosos como para darles toda clase de aplicaciones industriales", aprovechando la fuerza motriz del dique del Potrero.

Desde el 1º de enero de 1928, la nueva Constitución prometió mejores horizontes al quehacer puntano pués la elección de gobernador debía hacerse en lo sucesivo en forma directa. La reunión de los constituyentes sirvió también para tributar condigno homenaje a los ya olvidados hombres que sembraron en el mismo surco, iniciativa que honró a quien la propuso, don Reynaldo A. Pastor.

* * *

En la vida cultural de San Luis, los viejos maestros seguían dando lo mejor de sí: don Felipe S. Velázquez, don Nicolás Jofré, don Manuel A. Orozco eran altas luces contra el viento. Pero también se anunciaba el promisorio retoñar, en las mujeres y los hombres del Ateneo de la Juventud. Con ellos llegaba – como un quijote o uno de aquellos caballeros de la Fe que dieron temple heroico de la Nueva Medina de Rioseco – don Víctor Saá, que sabía aprender con humildad para servir a su pueblo como insobornable maestro de la Historia.

El 5 de agosto de 1930 se apagó la vida del doctor Tomás Jofré, allá en la alucinante ciudad del puerto. Fue él quien apostrofó a los gobiernos "que hacen política con el agua y con la sal, negándoselas a sus opositores". Y también él quien cantaba y enseñaba a cantar:

Pueblo viril ¡Que no caiga:
sobre tu límpida frente,
el mote rudo e hiriente
de pueblo cobarde y vil!
Porque en la cuna grandiosa
de Pringles y Pedernera,
cuando la Patria lo espera,
hay que vencer o morir.

Rotundos versos que todavía resuenan bajo el cielo de San Luis, gracias a Dios.

FUENTES

- Archivo Histórico y Gráfico de San Luis.
- "La Reforma", periódico bisemanal, San Luis, 1904 a 1930.

APÉNDICE

CRONOLOGÍA DE GOBERNANTES Y MINISTROS DE LA PROVINCIA DE SAN LUIS

APÉNDICE

CRONOLOGÍA DE GOBERNANTES Y MINISTROS DE LA PROVINCIA DE SAN LUIS

1810 - 1890

	FECHA		CARGO	NOMBRE
1810			Gobernador Intendente de Córdoba	Gobernador Intendente de Córdoba
			Comandante	D. Juan de Videla
			Cabildo Gobernante	Alcalde 1er. voto D. Marcelino Poblet
			Comandante	D. José Ximénez Inguanzo
	Junio	28	Ministro	D José Mayorga
	Julio	29	Comandante	D. Francisco Vicente Lucero
			Comandante	Capitán D. Juan Basilio Garro
	Diciembre	14	Comandante (reemplazante)	Ayte. Mayor D. Matías Sancho
			Comandante	D. Francisco de Paula Lucero
1811			Comandante	D. Matías Sancho
1812	Marzo	1º	Teniente de Gobernador	Capitán D. José Lucas Ortiz
1813	Noviembre	29	Gob. Intendente de Cuyo	Cnel. D. Juan Florencio Terrada
1814	Setiembre	6	Gob. Intendente de Cuyo	Gral. D. José de San Martín
	Marzo	27	Teniente de Gobernador	Mayor D. Vicente Dupuy
			-Secretario	D. Manuel Riveros
1820	Febrero	15	Cabildo Gobernante	Alcalde 1er. voto D. Tomás Baras
	Febrero	26	Cabildo Gobernante	D. José Santos Ortiz
	Marzo	1º	Gobernador	D. José Santos Ortiz
			-Secretario	D. Manuel de la Presilla
1821	Marzo	1º	Junta de Gobierno	D. Manuel Herrera – D. José Leandro Ortiz
				D. Tomás Gatica
	Julio	17	Invasor de la Provincia	Gral. D. José Miguel Carrera
	Julio	24	Invasor de la Provincia	Gral. D. José Gregorio Giménez
	Agosto	21	Gobernador	Gral. D. José Santos Ortiz
1829	Abril	21	Gobernador	D. Prudencio Vidal Guiñazú
	Julio		Gobernador Delegado	D. Calixto María González
	Agosto	21	Gobernador Propietario	D. Justino Vélez
			-Secretario	D. Zacarías Jurado
	Setiembre	4	Gobernador	Tte. Cnel. D. Juan Gualberto Echeverría
	Setiembre	8	Gobernador	Cnel. D. José Videla Castillo
	Noviembre	1	Gobernador	Cnel. D. Juan Pascual Pringles
	Diciembre	5	-Secretario	D. Prudencio Vidal Guiñazú
1830	Marzo	15	Gobernador	Cnel. D. Luis de Videla

	Abril	2	Gobernador (interino)	Cnel. D. Ignacio Videla
			Secretario	D. Bailón Pizarro
	Agosto	23	-Gobernador Propietario	Cnel. D. Luis de Videla
	Noviembre		-Secretario	D. Francisco Borjas Correas
1831	Marzo	20	Invasor de la Provincia	Gral. D. José Ruiz Huidobro
	Marzo	22	Invasor de la Provincia	Gral. D. Facundo Quiroga
	Marzo	25	Gobernador Provisorio	D. Mateo Gómez
			Secretarios	D. Juan Lamas
	julio		Gobernador (interino	D. Pascual Peñaloza
			Secretarios	D. José Felipe Ortiz
		25		D. José Manuel Riveros
	Julio		Gobernador Delegado	Lic. D. Santiago Funes
			Ministros	D. Manuel Isidoro Sosa
				D. Pascual Peñaloza
				D. Felipe Ortiz
	Noviembre	15	Gobernador	D. Cornelio L. Lucero
	Noviembre	16	Gobernador (interino)	D. Mateo Gómez
1832	Enero	9	Gobernador Propietario	D. Mateo Gómez
			Secretarios	D. Pío Solano Jofré
				D. Félix Rodríguez
				D. Juan Lamas
	Abril	16	Gobernador Delegado	D. Antonio Navarro
			-Ministro	D Cornelio L. Lucero
	Agosto	21	Junta Gubernativa	Pte. D. José Gregorio Calderón
	Noviembre	24	Junta Gubernativa	Pte. D. José Leandro Cortés
1833	Diciembre	26	Gobernador Propietario	D. José Gregorio Calderón
			-Ministros	D. Pedro Herrera
				D. Romualdo Ares y Maldes
1840	Noviembre		Gobernador Delegado	D. Romualdo Ares y Maldes
	Noviembre	11	Jefe Revolucionario	Cnel. D. Eufrasio Videla
	Noviembre	12	Suprema Junta Gubernativa	D. José Rufino Poblete-D.José Leandro Cortés y D. Esteban Adaro
1841	Enero	2	Invasor de la Provincia	Gral. D. Pablo Alemán
	Enero	6	Gobernador Propietario	Gral. D. Pablo Lucero
			-Secretario General	D. Pedro Herrera
			-Secretario General	D. Carlos Juan Rodríguez
	Enero	19	Gobernador Delegado	Lic. D. Santiago Funes
	Noviembre	19	Gobernador Propietario	Gral. D. Pablo Lucero
			-Secretarios	D. Romualdo Ares y Maldes
				Presbítero José María Figueroa
				D. Pedro Herrera- D. Carlos J. Rodríguez
1852	Diciembre	10	Gobernador Delegado	D. Mauricio Daract
			-Ministro	D. Benjamín del Moral
1853	Mayo	31	Gobernador	Gral. D. Pablo Lucero
			-Oficial 1º	D. Buenaventura Sarmiento
1854	Febrero	1º	Gobernador Delegado	D. Mauricio Daract
	Noviembre	8	Gobernador (interino)	D. Justo Daract
1856	Abril	11	Gobernador Constitucional	D. Justo Daract
			-Ministro	D. Buenaventura Sarmiento
	Noviembre	25	Gobernador (interino)	Cnel. D. Mariano Carreras
1858	Mayo	10	Gobernador Delegado	Cnel. D. Juan Barbeito
	Agosto	17	Gobernador	D. Justo Daract
1859	Abril	9	Gobernador	Gral. D. Juan Esteban Pedernera
			-Ministro	D. Juan Rodríguez
	Junio	26	Gobernador (interino)	D. Juan Pascual Calderón
	Diciembre	8	Gobernador (interino)	D. Luis Maldonado
1860	Marzo	5	Gobernador	Cnel. D. Juan Saá
			Ministro	D. Carlos Juan Rodríguez
	Agosto		Gobernador Delegado	Cnel. D. Carmen José Domínguez
	Diciembre	12	Gobernador (interino)	D. Carlos Juan Rodríguez

1861	Junio		Gobernador (interino)	Cnel. D. Carmen José Domínguez
	Diciembre	7	Gobernador (interino)	D. Justo Daract
1862	Abril	10	Gobernador Propietario	Cnel. D. Juan Barbeito
			-Ministros Secretarios	D. Faustino Berrondo
				D. Buenaventura Sarmiento
1864	Abril	27	Gobernador Delegado	D. José Rufino Lucero y Sosa
			-Ministro (interino)	D. Pedro L. Lucero
1865	Abril	10	Gobernador Propietario	D. Justo Daract
			-Ministros	D. Juan A. Barbeito
				D. Faustino Berrondo
1867	Enero	25	Gobernador Delegado	D. Feliciano Trinidad Barbosa
	Enero	27	Comandante	D. Francisco Álvarez
	Febrero	7	Gobernador Provisorio	Cnel. D. Felipe Saá
			-Ministros	D. Víctor C. Guiñazú
				D. Bernabé Gómez
	Febrero	11	Gobernador Delegado	D. Víctor C. Guiñazú
	Abril	6	Gobernador Provisorio	D. José Rufino Lucero y Sosa
	Mayo	1º	Gobernador	D. Justo Daract
	Mayo	31	Gobernador (interino)	D. José Rufino Lucero y Sosa
	Noviembre	27	Gobernador Propietario	D. José Rufino Lucero y Sosa
			-Ministros	D. Faustino Berrondo
1870				D. José Napoleón Sosa
	Noviembre	21	Gobernador	D. Juan Agustín Ortiz de Estrada
			-Ministros	D. Pablo Pruneda
				D. Celestino Jofré
				D. Lindor Laurentino Quiroga
				D. Víctor Carmen Lucero
1871	Febrero		Gobernador (interino)	D. José Napoleón Sosa
1873	Noviembre	21	Gobernador	D. Lindor Laurentino Quiroga
			-Ministros	D. Jacinto Videla
				D. Rafael Cortés
				D. Mamerto Gutiérrez
1874	Octubre	24	Gobernadores (interinos)	Pte. Municipal D. Luis Ojeda y Comandante
				D. Gregorio Guiñazú
	Octubre	25	Gobernador	Cnel. D. Carlos Panelo
	Octubre	26	Gobernador Provisorio	D. Rafael Cortés
			-Ministros	D. Aureliano Lavié
				D. Toribio Mendoza
				D. Marcial Gigena
				D. Abrahan Silveira
				D. Valentín Luco
				D. José Napoleón Sosa
				D. Juan Sarmiento
1878	Mayo	8	Gobernador	D. Toribio Mendoza
			-Ministros	D. Jacinto Videla
				D. Adolfo J. Igarzabal D. Jacinto Videla
1881	Mayo	8	Gobernador	Comandante Zoilo Concha
			Ministros	D..Jacinto Videla
				D. Rafael Cortés
1884	Mayo	8	Gobernador	D. Eriberto Mendoza
			-Ministros	D. Juan C. Ojeda
				Dr. D. Rodolfo M. Sarmiento
1887	Mayo	8	Gobernador	Comandante D. Zoilo Concha
			-Ministro	D. Eriberto Mendoza
				Dr. D. Rodolfo M. Sarmiento
1888	Febrero	7	Gobernador (interino)	D. Ruperto Aguilera
	Febrero	17	Gobernador (interino)	D. Mauricio Orellano
	Abril	29	Gobernador Propietario	D. Mauricio Orellano
			-Ministros	Dr. D. Benigno Rodríguez Jurado
				Dr. D. Adeodato Isidro Berrondo

1891	Mayo	8	Gobernador	Dr. D. Jacinto Videla
			-Ministro de Gob. y Hac	D. Juan Alejandro Barbeito
1892	Marzo	28	-Ministro de Gob.	D. José Elías Rodríguez
			-Ministro de Hacienda	D. Lindor Laurentino Quiroga
	Noviembre	16	-Ministro de Gob.	D. Celestino Jofré
1893	Julio	29	Gobernador	Dr. D. Teofilo Saá
			-Ministro de Gob.	D. José María Tissera
			Ministro de Hacienda	D. Víctor C. Lucero
	Agosto	23	Interventor Nacional	Dr. D. Daniel Donovan
			-Secretario	D. Pablo Lescano
			Ministro de Gob. y Hac	D. Ramón J. Agüero
	Setiembre		-Ministro de Hacienda	- D. Pablo Lescano
	Setiembre	22	Interventor Nacional (interino)	Gral. D. José Miguel Arredondo
			-Ministro Gral. De Gob.	Ingeniero D. Carlos Aubone
	Setiembre	26	Interventor Nacional (interino)	Pablo Lescano
			-Ministro Gral. De Gob.	Ingeniero D. Carlos Aubone
	Octubre	2	Interventor Nacional (interino	Gral. D. José Miguel Arredondo
1894	Enero	8	Gobernador	D. Lindor Laurentino Quiroga
			-Ministro de Gobierno	D. Celestino Jofré
			-Ministro de Hacienda	D. Julio Olivero
	Abril	23	Ministro de Gob. Y Hac. (Int.)	D. Julio Olivero
1895	Enero	10	-Ministro de Gobierno (int.)	Dr. D. Jacinto Videla
1896	Enero	3	-Ministro de Gob. y Hac. (Int.)	-D. Julio Olivero
	Febrero	21	-Ministro de Gob. y Hac. (Int.)	D. Gabriel Arce
	Mayo	18	-Ministro Gral. de Gob.	Dr. D. Jacinto Videla
	Agosto	1º	-Ministro Gral. de Gob.	D. Gabriel Arce
	Noviembre	2	Ministro Gral. de Gob.	Dr. D. Jacinto Videla
	Noviembre	6	Interventor Nacional	D. Norberto Piñero
			-Ministro de Gobierno	Dr. D. Federico Ibarguren
			-Ministro de Hacienda	Dr. D. Narciso Rodríguez Bustamante
1827	Enero	6	Gobernador	D. Adeodato Isidro Berrondo
			-Ministro de Gobierno	Dr. D. Jacinto Videla
			-Ministro de Hacienda	D. Víctor S. Guiñazú
	Febrero	26	Ministro de Gobierno y Hac	Dr. D. Adolfo J. Igarzabal
	Agosto	4	-Ministro de Hacienda	Dr. D. Francisco F. Sarmiento
1900	Enero	6	Gobernador	D. Narciso G. Gutiérrez
			-Ministro de Gobierno	Dr. D. Jacinto S. Pérez
			-Ministro de Hacienda	D. Eulalio Astudillo
1903	Enero	6	Gobernador	D. Gerónimo Rafael Mendoza
			-Ministro de Gobierno	D. Eulalio Astudillo
			-Ministro de Hacienda	D. Abel Gutiérrez
1904	Febrero	3	-Ministro de Gob. y Hac.(int.)	D. Abel Gutiérrez
	Abril	22	-Ministro Gral. de Gob.(int.	D. Ramón Valentín Arroyo
	Mayo	14	-Ministro de Gob. y Hac (int.)	D. José Carlos Arías
	Junio	14	Gobernador Prov. Revolucionario	Dr. D. Francisco F. Sarmiento
	Junio	25	Interventor Nacional	Dr. D. Francisco J. Beazley
			Ministro de Gobierno	D. Leopoldo Lugones
			Ministro de Hacienda	Ingeniero D. Carlos Aubone
	Agosto	25	Gobernador	Dr. D. Benigno Rodríguez Jurado
			-Ministro de Gobierno	Dr. D. Francisco F. Sarmiento
			-Ministro de Hacienda	Prof. D. Juan T. Zavala
1907	Julio	12	-Ministro de Hacienda (Int.)	D. Víctor Páez
	Agosto	25	Gobernador	D. Esteban Adaro
			-Ministro de Gobierno	Dr. D. Ramón J. Suárez
			-Ministro de Hacienda	Ingeniero D. Francisco Alric
	Setiembre	6	Interventor Nacional	Dr. D. Manuel de Iriondo
			-Secretario	D. Manuel Peña
	Setiembre	16	Gobernador	D. Esteban Adaro
1908	Abril	8	-Ministro de Gobierno	Dr. D. Modesto Quiroga
	Abril	26	-Ministro de Gob. y Hac. (Int.)	Dr. D. Modesto Quiroga

	Octubre	17	-Ministro de Hacienda	Dr. D. Mariano S. Carreras
	Octubre	28	-Ministro de Hacienda	Dr. D. Modesto Quiroga
			-Ministro de Gobierno	Dr. D. Nicolás Jofré
1909	Marzo	16	Interventor Nacional	Dr. D. Julio Botet
			-Secretario General	Dr. Irineo Ramírez
	Agosto	18	Gobernador	Dr. D. Adolfo Rodríguez Saá
			-Ministro de Gobierno	D. Víctor S. Guiñazú
			-Ministro de Hacienda	Dr. D. José S. Domínguez
1910	Abril	15	-Ministro de Gobierno	Dr. D. Juan Daract
1912	Marzo	19	-Ministro de Hacienda	Dr. D. Rómulo Foncueva
1903	Febrero	7	-Ministro de Gobierno	Dr. D. Adolfo Barbeito
	Agosto	18	Gobernador	Dr. D. Juan Daract
			-Ministro de Gobierno	Dr. D. Adolfo Barbeito
			-Ministro de Hacienda	D. Eulalio Astudillo
	Noviembre	29	-Ministro de Gobierno	Dr. D. Adolfo Rodríguez Saá
1914	Marzo	25	Ministro de Gob. y Hac. (Int.)	Dr. D. Adolfo Rodríguez Saá
	Diciembre	15	-Ministro de Hacienda	Dr. D. Juan E. Garro Allende
1916	Enero	31	-Ministro de Gob. Y Hac. (Int.)	Dr. D. Adolfo Rodríguez Saá
	Abril	18	-Ministro de Hacienda	D. Felipe S. Velásquez
1917	Agosto	18	Gobernador	Dr. D. Carlos Alric
			-Ministro de Gobierno	Dr. D. Alberto Quiroga
			-Ministro de Hacienda	Dr. D. Diógenes Taboada
1918	Marzo	6	-Ministro de Gobierno	Dr. D. Nicolás Jofré
	Marzo	21	-Ministro de Hacienda	D. Arturo Reynoso
1919	Mayo	1º	-Ministro de Gob. y Hac. (Int.)	Dr. D. Nicolás Jofré
1920	Febrero	13	-Ministro de Hacienda	D. Víctor C. Lucero
	Noviembre	16	-Ministro de Hac. Y Gob. (Int.)	D. Víctor C. Lucero
1921	Marzo	15	-Ministro de Gobierno	Dr. Francisco Adaro
	Julio	25	-Ministro de Gob. Y Hac. (Int.)	D. Francisco Adaro
	Agosto	17	Interventor Nacional	D. Santiago A. Bellingieri
			-Ministro Gral. de Gobierno	Dr. D. Armando V. Mohando
	Octubre	14	-Ministro Gral. De Gob.(Int.)	D. Miguel Otero
	Diciembre	24	Interventor Nacional	Dr. D. Álvaro Luna
			-Ministro Gral. De Gob. (Int.)	D. Miguel Otero
1922	Enero	5	-Secretario General	Dr. D. Juan Elías Benavente
			-Ministro Gral. De Gob. (Int.)	Dr. D. Juan Elías Benavente
	Abril	8	Interventor Nacional (Int.)	Dr. D. Juan Elías Benavente
			-Ministro Gral. De Gob. (Int.)	D. Miguel Otero
	Julio	8	Interventor Nacional	Dr. D. Álvaro Luna
	Julio	15	-Ministro de Gobierno	Dr. D. Pablo Cubas
			-Ministro de Hacienda	Dr. D. Juan Elías Benavente
	Julio	18	Interventor Nacional (Int.)	Dr. D. Pablo Cubas
			-Ministro de Gobierno (Int.)	D. Julio C. Niño
	Octubre	10	Gobernador (interino)	Dr. D. Humberto Rodríguez Saá
			-Ministro de Gobierno	D. Cipriano Taboada Mora
			-Ministro de Hacienda	Dr. D. Rómulo Foncueva
	Noviembre	15	Gobernador	D. León Guillet
			-Ministro de Gobierno	D. Cipriano Taboada Mora
			-Ministro de Hacienda	Dr. D. Rómulo Foncueva
1926	Noviembre	15	Gobernador	Dr. D. Alberto Arancibia Rodríguez
			-Ministro de Gobierno	Dr. D. Humberto Rodríguez Saá
			-Ministro de Hacienda	D. Cipriano Taboada Mora
1928	Setiembre	8	Gobernador (interino)	D. Toribio Mendoza
	Octubre	1º	Gobernador	Dr. D. Alberto Arancibia Rodríguez
	Noviembre	13	Gobernador (interino)	D. Toribio Mendoza
	Noviembre	28	Gobernador	Dr. D. Alberto Arancibia Rodríguez
1930	Noviembre	15	Gobernador	Dr. D. Laureano Landaburu
			-Ministro de Gobierno	Dr. D. Humberto Rodríguez Saá
			-Ministro de Hacienda	Dr. D. Cipriano Taboada Mora
1931	Setiembre	8	-Ministro de Gob. y Hac. (Int.)	Dr. D. Humberto Rodríguez Saá

	Octubre	22	-Ministro de Hacienda	Dr. D. Matías Laborda Guiñazú
1933	Abril	28	-Ministro de Gobierno	Dr. D. Reynaldo A. Pastor
	Junio	4	Gobernador (interino)	Dr. D. Toribio Mendoza
1934	Noviembre	15	Gobernador	Dr. D. Ricardo Rodríguez Saá
			-Ministro de Gobierno	D. Epifanio Mora Olmedo
			-Ministro de Hacienda	D. Nicanor Liceda
1935	Setiembre	24	-Ministro de Gobierno	D. Toribio Mendoza
1938	Abril	23	-Ministro de Gob. y Hac. (Int.)	D. Nicanor Liceda
	Mayo	16	-Ministro de Gobierno	Dr. D. Julián Barroso Rodríguez
	Noviembre	15	Gobernador	D. Toribio Mendoza
			-Ministro de Gobierno	Dr. D. Isaac Páez Montero
			-Ministro de Hacienda	Dr. D. Julián Barroso Rodríguez
	Diciembre	5	-Ministro de Hacienda	Dr. D. Eduardo Daract
			Gobernador (Int.)	D. Víctor Páez
1942	Noviembre	15	Gobernador	D. Reynaldo A. Pastor
			-Ministro de Gobierno	Dr. D. Isaac Páez Montero
			-Ministro de Hacienda	D. Guillermo Domínguez
1943	Junio	20	Interventor Federal	Cnel. D. Mario Laprida
			-Ministro de Gobierno	Cnel. D. Mariano Fosbery
			-Ministro de Hacienda	Cnel. D. Alejandro Ojeda
	Julio	6	-Interventor Federal	Gral. .D. Justo P. Rojo
			-Ministro de Gobierno	D. justo Enrique. Rojo
			-Ministro de Hacienda	D. Rafael Aristegui
	Diciembre	5	Interventor Federal	Cnel. D. Horacio Carranza
	Diciembre	18	-Ministro de Gobierno	D. Guillermo F. de Nevares
			-Ministro de Hacienda	D. Roberto Corbella Figini
1944	Octubre	19	-Ministro de Gobierno	D. José Nicanor Dibur
	Octubre	27	-Ministro de Gobierno	D. Luis F. Cordeiro
	Diciembre	23	Interventor Federal	Dr. D. Agustín Rodríguez Jurado
			-Ministro de Gobierno	D. Carlos Alberto Sarachaga
			-Ministro de Hacienda	D. Gilberto García Laredo
1945	Setiembre	9	Interventor Federal	Dr. D. Abelardo Álvarez Prado
			-Ministro de Gobierno	D. Mariano Buitrago Carrillo
			-Ministro de Hacienda	Dr. D. Guillermo Borda
	Diciembre	9	-Ministro de Hacienda	D. Vicente Márquez Bello
1946	Mayo	26	Gobernador	Dr. D. Ricardo Zavala Ortiz
			-Ministro de Gobierno	Dr. D. Domingo Flores
			-Ministro de Hacienda	Dr. D. Marcial Rodríguez
1949	Mayo	17	-Ministro de Obras Públicas Y Turismo	Dr. D. Francisco Guillermo Maqueda
1950			Gobernador (reelegido)	Dr. D. Ricardo Zavala Ortiz
1952	Junio	4	Gobernador	D. Víctor W. Endeiza
			-Ministro de Gobierno	Dr. D. Domingo Flores
			-Ministro de Hacienda	Dr. D. Marcial Rodríguez
			-Ministro de Asuntos Econ.	D. José María Ojeda
			-Ministro de Previsión Social y Educación	D. Juan Cruz Ponce
1955	Setiembre	17	Gobernador Delegado de la Revolución Libertadora	Tte. Cnel. D. Carlos Manuel Trogliero
			-Ministro de Gobierno enc. De las Carteras de Hacienda Asuntos Econ. Y Prev. Social Y Educación	Cap. Dr. D. Simón Severo López
	Octubre	10	Interventor Federal	Gral. Brig. (R. A.) D. julio Roulier
			-Ministro de Gobierno	Cap. Dr. D. Simón Severo López
			-Ministro de Hacienda	D. Francisco A. Caputti
			-Ministro de Asuntos Econ.	Dr. D. Julio E. Jaeschke
			-Ministro de Prev. Social	D. Adalberto Gentile
1956	Abril	25	-Ministro de Prev. Social	D. Antonio Esteban Agüero
	Mayo	15	Interventor Federal	Dr. D. Horacio Aguirre Legarreta

			-Ministro de Gobierno	Dr. D. Roque Roberto Repetto
			-Ministro de Hacienda	D. Manuel A. Rico
			-Ministro de Asuntos Econ.	Dr. D. Hipólito Guillermo Olivera
			-Ministro de Prev. Social y Educación	Dr. D. Ismael Basaldúa (h)
	Octubre	3	Interventor Federal (Int.)	Dr. D. Roque Roberto Repetto
	Noviembre	5	Interventor Federal	Arq. D. Horacio E. Raffo Quintana
			-Ministro de Gobierno	Dr. D. Aníbal C. Vitón
			-Ministro de Prev. Social	Dr. D. Lorenzo C. Galíndez
			-Ministro de Hacienda	D. Eduardo Sánchez Ziny
1957	Enero	26	-Ministro de Gobierno	D. Alfredo E. Olaechea
	Mayo	8	-Ministro de Hacienda	Ing. D. Florencio José Arnaudo
	Mayo	29	-Ministro de Gobierno	Dr. D. Alfredo P. Navaro Hueyo
1958	Mayo	1	Gobernador	Dr. D. Alberto Domeniconi
			-Ministro de Gobierno, Justicia, Inst. Pública, Culto, Prev. Social Y Salud Pública	D. Antonio Esteban Agüero
			-Ministro de Hacienda, Obras Públicas, Agricultura y Ganad.	D. Leopoldo S. Nellar
			-Secretario Gral. De la Gob.	Esc. D. Jorge S. Bertín
1960	Abril	22	-Ministro de Gobierno	Ing. D. Efraín Domingo Bragagnolo
1962	Abril	23	Interventor Federal	Gral. D. Jorge Atila Naviero
	Abril	25	-Ministro de Gobierno	Cnel. D. Esteban Sanguinetti
			-Ministro de Hacienda	Cnel. D. Osvaldo J. Godoy
	Mayo	4	-Ministro de Hacienda	Cnel. de Ing. D. Carlos Zalazar
	Julio	2	Interventor Federal	Gral. de Brig. D. Alberto Vásquez
			-Ministro de Hacienda	Cnel. de Ing. (R) D. Luis Amboldi
	Julio	10	-Ministro de Gobierno	D. Eduardo Riquelme Taboada
	Noviembre	12	Interventor Federal	Ing. D. Luis Garzo
			-Ministro de Gobierno	Dr. D. Julio Eduardo Cabral
	Noviembre	28	-Ministro de Hacienda	D. Francisco José Floriani
1963	Agosto	14	-Ministro de Gobierno	D. Francisco José Darriba
	Octubre	12	Gobernador	D. Santiago Besso
			-Ministro de Gobierno, Justicia, Inst. Pública, Culto, Previsión Social y Salud Pública	Dr. D. Horacio de la Mota
			-Ministro de Hacienda, Obras Públicas y Economía	D. Félix Quiroga Origone
1964	Diciembre	14	-Ministro de Gobierno, Just. Inst. Pública, Culto, Previsión Social y Salud Pública	Dr. D. Andrés Matilde Garro
			-Ministro de Hacienda, Obras Públicas y Economía	Dr. D. Alberto Arancibia Rodríguez
1965	Noviembre	8	-Ministro de Gobierno, Just., Inst. Pública, Culto, Previsión Social y Salud Pública	Dr. D. Moisés Omar Mercau
	Noviembre	15	-Ministro de Hacienda, Obras Públicas y Economía	Esc. D. Julio Edmundo Luco
1966	Mayo	23	-Ministro de Obras y Servicios Públicos y Turismo	Agr. D. Guillermo Aguado
			-Ministro de Salud Pública y Prev. Social	Dr. D. Salvador Buzaglo
	Junio	28	Interventor Federal (int.)	Comod. D. Eduardo Jacinto Federik
			-Ministro de Gobierno y Educ. A/c Salud Púb. Y Prev. Social	Tte. Cnel. D. Ernesto R. González
			-Ministro de Hacienda, Econ. A/c. Obras y Serv. Púb. Y Tur.	Mayor D. Jorge Antonio Pereyra
	Julio	27	Gobernador	Ing. D. Luis Garzo
	Julio	28	-Ministro de Obras y Serv. Públicos y Turismo	Ing. D. Amílcar José Parodi

	Agosto	1º	-Ministro de Gob. y Educación	Dr. D. José Samper
			-Ministro de Hac. Y Econ.	D. Bartolomé Abdala
	Agosto	23	-Ministro de Salud Pública y Previsión Social	Dr. D. Carlos Aurelio Sosa
1967	Enero	17	Gobernador	Cnel. (R.E) D. Matías Laborda Ibarra
			-Ministro de Salud Pública y Previsión Social	Dr. D. Emiliano Agúndez Molina
	Enero	19	-Ministro de Hac. Y Econ.	Dr. D. Roberto José Mazzola
			-Ministro de Obras y Serv. Públicos y Turismo	Ing. D. Delfor Arístides Elorza
	Febrero	13	-Ministro de Gob. y Educación	Dr. D. Rodolfo Rodríguez Saá
	Abril	20	-Ministro de Salud Pública y Previsión Social	Dr. D. Luis Roberto Barroso
	Junio	13	-Ministro de Hac. Y Economía	Dr. D. Ángel Héctor Ferraro
	Noviembre	10	-Ministro de Hac. Y Economía	Dr. D. Guillermo Francisco Maqueda
1968	Enero	31	-Ministro de Obras y Serv. Públicos y Turismo	Ing. D. Francisco Federico Arbuco
	Febrero	23	-Ministro de Gob. y Educación	Dr. D. Bernardo Ramón Quinzio
	Noviembre	4	-Ministro de Obras y Serv. Públicos y Turismo	D. Gerónimo César Landaburu
	Noviembre	13	-Ministro de Gob. y Educación	Dr. D. Julio A. Quevedo Mendoza
1969	Mayo	21	-Ministro de Gob. y Educación	Dr. D. Manuel E. Rodríguez Gómez
1970	Julio	22	Gobernador (Int.)	Brig. D. Enrique Pedro Viola
	Agosto	6	Gobernador	Dr. D. Ángel Juan Gregorio Vivas
			-Ministro de Gob. y Educación	Dr. D. Joaquín Tula Durán
			-Ministro de Economía	Dr. D. Horacio de la Mota
			-Ministro de Bienestar Social	D. Víctor Bernardino Di Genaro
			-Ministro de Obras y Serv. Púb.	Dr. D. Alberto V. Estrada Dubor
	Noviembre	20	-Ministro de Bienestar Social	Ing. D. Leónidas O. Krupp
1971	Abril	21	-Ministro de Gobierno y Educación	Dr. D. Alberto V. Estrada Dubor
			-Ministro de Obras y Serv. Púb.	Ing. D. Leónidas O Krupp
			-Ministro de Bienestar Social	Dr. D. Guillermo A. Olivella
			-Ministro de Economía	Ing. D. Pedro Moyano
	Junio	15	-Ministro de Gob. y Educación	Dr. D. Edmundo Tello Cornejo
	Octubre	19	-Ministro de Economía	Dr. D. Luis Fernández Cronenbold
1972	Marzo	16	-Ministro de Economía	Dr. D. Dougal Campbell Olguín
	Mayo	20	-Ministro de Economía	D. Isidro Piguillem (h)
			-Ministro de Bienestar Social	Dr. D. Jorge Chada
	Mayo	29	Interventor Federal	Cnel. (R.E) D. Rafael A. Blanco Moreno
			-Ministro de Gob. , Just. Y Culto	Dr. D. Enrique V. Márquez Bello
			-Ministro de Economía	Cnel. De Int. (R.E) D. José Pérez
			-Ministro de Bienestar Social	D. Juan Carlos Pascual
	Julio	10	-Ministro de Obras y Serv. Púb.	Cap. De Frag. (R :E) D. Oscar Domingo Nava
	Agosto	28	Gobernador	Cnel. (R :E) D. Rafael A. Blanco Moreno
	Agosto	29	-Ministro de Gob. y Educación	Dr. A. Alberto J. Smuclir
			-Ministro de Economía	Cont. Púb. Nac. D. Jorge A García
	Noviembre	8	-Ministro de Economía	Cont. Púb. Nac. D. Ángel V. Parets
1973	Febrero	20	-Ministro de Bienestar Social	Dr. D. Ricardo Ernesto Azlor
	Mayo	25	Gobernador	D. Elías Adre
			-Ministro de Gob. y Educación	Dr. D. Julio Evento Suárez
			-Ministro de Economía	Dr. D. Roberto Ferradas Campos
			-Ministro de Bienestar Social	Dr. D. Juan Carlos Barbeito
			-Ministro de Obras y Serv. Púb.	Dr. D. Juan Jaime Cateula
	Octubre	6	-Ministro de Obras y Serv. Púb.	Ing. D. Carlos Ramón Britos
1974	Mayo	6	-Ministro de Gob. y Educación	Dr. D. Ángel Cirilo Estrada
	Diciembre	2	-Ministro de Obras y Serv. Púb.	Dr. D. Marcial Rodríguez
1975	Junio	4	-Ministro de Gob. y Educación	Dr. D. Audelino Torrontegui
1976	Marzo	24	Interventor Federal	Brig. D. Aldo Mario Barbuy
			-Ministro de Gob. y Educación	Comd. D. César A. Carreras
			-Ministro de Economía	Tte. Cnel. D. Guillermo Daract

			-Ministro de Obras y Serv. Púb.	Tte. Cnel D. Raul B. López
			-Ministro de Bienestar Social	Comod. D. Roberto Starc
	Abril	20	Gobernador	Brig. D. Cándido Matín Capitán
			-Ministro de Gob. y Educación	Vcom. D. Dardo E. Ferreira
			-Ministro de Economía	Tte. Cnel. (R: E:) D. Faustino M. Gómez
	Abril	27	-Ministro de Obras y Serv. Púb.	Arq. José María García
	Junio	7	Gobernador	Brig. (R) D. Hugo Raúl Marcilese
	Junio	21	-Ministro de Economía	Dr. D. Walter Barón Passera
	Agosto	13	-Ministro de Economía	Ing. D. Néstor Eduardo Silva
	Octubre	4	-Ministro de Gob. y Educ.	Vcom. Dr. D. Julio César Jaunarena
1977	Febrero	18	-Ministro de Gob. y Educ.	Dr. D. Eduardo Bradley
	Agosto	10	-Ministro de Economía	Cap. De Frag. Contador D. Osvaldo J Comelli
1978	Febrero	6	-Ministro de Obras y Serv. Púb.	Ing. D. Guillermo Federico Kall
	Setiembre	20	-Ministro de Bienestar Social	Ing. Agr. D. Juan J. de la Canal

AUTORIDADES DE LA PROVINCIA DE SAN LUIS A ENERO DE 1980

S. E. señor Gobernador de la Provincia
Brigadier (R) D. HUGO RAÚL MARCILESE
S. E. señor Presidente del Superior Tribunal de Justicia
Doctor don HIPÓLITO SAÁ
S. E. Ilma. Y Revma. Señor Obispo Diocesano
Monseñor Dr. JUAN RODOLFO LAISE
Señor Comandante de la Quinta Brigada Aérea
Brigadier D. CARLOS MARIO ECHEVERRIA MARTÍNEZ
Señor Comandante del Comando de Artillería 141
Coronel D. LUIS HUGO CREMONA
Señor Rector de la Universidad Nacional de San Luis
Doctor don GENARO NEME
S. S. Señor ministro Secretario de Gobierno y Educación
Doctor don EDUARDO BRADLEY
S. S. Señor Ministro de Economía
Capitán de Fragata Contador don OSVALDO JORGE COMELLI
S. S. Señor Ministro de Bienestar Social
Ingeniero Agrónomo don JUAN JOSÉ DE LA CANAL
S. S. Señor ministro de Obras y Servicios Públicos
Ingeniero don GUILLERMO FEDERICO KALL
S. S. Señor Secretario General de la Gobernación
Don EDUARDO ENRIQUE LOCATELLI (h)
S. S. Señor Asesor de Desarrollo
Doctor don HORACIO LUIS FARENGA
S. S. Señor Fiscal de Estado
Doctor don JUAN CARLOS VISCA
S. S. Señor Procurador General de la Provincia
Doctor don JULÍAN BARROSO RODRÍGUEZ
Señor Subsecretario de gobierno, Justicia y Culto Dr. Raúl A. Segura
Señor Subsecretario de Educación y Cultura Prof. José M. Balducci
Señor Subsecretario de Asuntos Municipales Vcmo. (R) José A. Durisch
Señor Subsecretario de Hacienda Cont. Púb. Nac. Héctor Juan Rosso
Señor Subsecretario de Turismo, Industria y Minería, Hildo O. Cappiello
Señor Subsecretario de Asuntos Agrarios Dr. Bernardino E. Giunta

Señor Subsecretario de Salud Pública Dr. Gabriel Martínez
Señor Subsecretario de Promoción y Asist. Social Dr. Jorge H. Lavopa
Señor Subsecretario de Obras públicas Ing. Civil Jacobo Salmón
Señor Subsecretario de Servicios Públicos Dr. Mario R. De Marco Naón
Señor Subsecretario de Recursos Hídricos Ing. Edi Pablo Petracco
Señor Jefe de Policía de la provincia Cnel. Raúl Benjamín López
Señor Intendente Municipal de San Luis Cnel. (R. E.) José María Porrini
Señor Director de Cultura de la Provincia Prof. Mario C. Quiroga Luco

*** * * FIN * * ***